SORIANO

UNA HISTORIA

ÁNGEL BERLANGA

SUDAMERICANA

Ángel Berlanga

SORIANO

Una historia

SUDAMERICANA

A Débora, Santiago y Manuel.

Al escribir, cuidame. Son mis memorias; no quiero aparecer como un viejo gruñón que idealiza sus años juveniles.

OSVALDO SORIANO,
Memorias del Míster Peregrino Fernández

No tengan piedad de mí: la memoria, si voraz y violenta, es una materia exquisita.

OSVALDO SORIANO,
Piratas, fantasmas y dinosaurios

1

Nueve señales a modo de entrada

I

Son las tres de la mañana de una noche de verano y Osvaldo Soriano está echado en la cama, solo, bajoneado, en el departamento que alquila, sobre la calle Mario Bravo. Buenos Aires, 1972: lleva ya casi tres años viviendo en la ciudad y varios meses como redactor en *La Opinión*. No le encuentra la vuelta a la novela sobre Laurel y Hardy que trabaja: quiere contar sus parábolas de anonimato, de astros de Hollywood e ídolos populares, y finalmente de caída e indiferencia para la industria. En su infancia y su adolescencia las películas del Gordo y el Flaco le encantaban. Con el tiempo se puso a averiguar todo lo que pudo sobre ellos. Poco antes de largarse de Tandil publicó una semblanza en los cuadernos de Grupo Cine, la agrupación cultural independiente que coordinaba. En "El error de hacer reír", la nota que escribió hace unos días en *La Opinión Cultural,* queda claro que sabe mucho más sobre ellos. Y que cuenta mucho mejor. Pero ahora quiere dar un salto, largar la imaginación.

De Stan & Ollie le impacta que diviertan a partir de la destrucción de la propiedad y la burla de la autoridad en Estados Unidos. *Big Business* es su favorita, una obra maestra: el dúo le quiere vender un pino a un tipo que tiene un parque lleno de pinos y sobreviene un crescendo destructivo fenomenal. Soriano contó hasta del paso fugaz por Buenos Aires de uno y otro allá por 1914, 1915, cada uno por su lado, y en la nota de *La Opinión* narró, con algunas licencias recreativas, varias escenas "biográficas": la llegada del barco que en 1912 lleva desde Londres a Estados Unidos a Charles Chaplin y a Stan Laurel, estrella y suplente en una compañía artística de gira; o el

intento que hace Hardy, ya en caída, para conseguir trabajo en la productora de John Wayne. Pero no hay caso: no consigue una trama que lo convenza.

Desde que está en *La Opinión* ha escrito de Pelé y de Chazarreta, de Muhamad Alí, de alguna película, de libros, sobre todo de autores norteamericanos: lo deslumbran las historias de Dashiell Hammett y Raymond Chandler. *Una noche caminábamos por Florida con un grupo de amigos, todos borrachos, y uno de ellos se puso a recitar un texto en prosa tan hermoso que me impresionó.* Ahí mismo le preguntó a Norberto Soares, el recitador, de quién era eso. *Me contestó: "¿No conocés a Chandler?". Y al día siguiente me mandó por un cadete* El largo adiós. *Así descubrí a Philip Marlowe.* "Dolor y dignidad", el primer artículo que publicó en el suplemento cultural de *La Opinión*, fue sobre este antihéroe de la novela negra y su autor.

Mientras rumia amarguras escucha un estruendo de cacharros en la cocina. Más perplejo que asustado se levanta y va, despacio, a ver qué pasa. Entre las ollas hay un gato negro, grande, que entró por la ventana. En la penumbra el gato lo mira fijo. Soriano le habla, se acerca un poco más, y el animal da un salto a la ventana. *Y ahí se quedó un rato, como diciéndome qué hacés, boludo, no te das cuenta de que la cosa es evidente…* ¿Qué es evidente, qué *lee* ahí Soriano, qué imagina? Que bien podría ser la gata negra de Chandler. Y que se le apareció para decirle que el único capaz de investigar la historia de Laurel y Hardy es un detective profesional como Marlowe. Cuando esta idea se configura en su cabeza, el gato se va.

Esto puede parecer un chiste para quien no entiende el lenguaje de los gatos, para el que no sepa que son médiums —teléfonos, como dice Cortázar—, pero yo sé muy bien que si Triste, solitario y final *existe es gracias a aquel gato*.

Entonces Soriano vuelve a su máquina y escribe el encuentro de Philip Marlowe con un periodista argentino llamado Osvaldo Soriano ante la tumba de Stan Laurel, en el cementerio de Forest Lawn.

II

Osiris Troiani pasa unos días de vacaciones en Tandil, en la estancia del abogado Juan Claudio Tuculet. Es enero de 1969. Soriano, cronista del diario local *Actividades*, lo había conocido un año y pico atrás, cuando fue a la ciudad a dar una charla. Mucho tiempo después Soriano contará que le dio la mano "paralizado por la emoción", sin esperar siquiera que le dirija la palabra: Troiani es por entonces secretario de redacción de *Primera Plana*. Cuando puede, en textos para sí, o que publica en los cuadernos del Grupo Cine, Soriano imita el estilo, el tono de la revista. Una noche Tuculet lo invita a una cena en la que también está Troiani. "Ni bien le dije que daría cualquier cosa por escribir una nota en la revista esbozó una sonrisa sarcástica y me dijo: 'Vaya, haga un relevamiento de la electricidad rural de todo el partido de Tandil, visite las centrales, entreviste a los responsables, a los beneficiarios, a los perjudicados, y preste atención al mundo en que viven; agréguele un poco de color y mándeme sesenta líneas en el primer ómnibus que pase'". Soriano cumple el encargo. Poco después la nota aparece, pero son cuarenta líneas, están reformuladas y no llevan su firma.

Se suceden los días de un verano aburrido: Facundo Cabral, Jorge Di Paola y Víctor Laplace han emigrado ya de Tandil y a los otros amigos del grupo les sobran ganas de seguirlos. Una tarde, antes de que el verano termine, su madre le muestra un telegrama: "Rogamos comunicarse urgente con el señor Julio Algañaraz a los teléfonos de *Primera Plana*". Soriano llama con la misma emoción con que había estrechado la mano de Troiani. Del otro lado de la línea le piden "la nota más informada, virulenta y cómica que jamás se hubiera escrito sobre la procesión de Semana Santa en Tandil". Enseguida entiende que si hace lo que le piden tendrá que irse de la ciudad.

Entrevista, averigua, se pasa dos días corrigiendo. La nota presenta la procesión como un espectáculo decadente que utiliza la fe para traccionar turismo y negocios. También plantea un tironeo entre el conservadurismo del obispado y las críticas de algunos curas jóvenes, alineados con las ideas tercermundistas. El que lleva haciendo de Cristo desde hace ocho años reniega: "Ya no siento la interpretación de Jesús, lo pintamos como demasiado bueno, casi un bobo, no como

realmente fue, un verdadero conductor de masas". La procesión, escribe Soriano, es una caricatura del catolicismo.

La noche anterior a la aparición de la revista se despide de su novia, Ana María, y huye con una valija: lo que escribió va a hacer ruido. Cuando el ómnibus llega a Constitución, oye que los canillitas vocean que salió *Primera Plana*. La compra, la hojea: está su nombre al pie de la nota. En ese número firman, también, Héctor Tizón, Daniel Moyano, Francisco Juárez.

Creo que me puse a bailar en medio de la plaza, dirá en una entrevista.

Creo que estuve a punto de ponerme a llorar, dirá en otra.

Era raro que *Primera Plana* pusiera la firma de los autores. "A veces unas pudorosas iniciales y de tanto en tanto los nombres de Ramiro de Casasbellas, Tomás Eloy Martínez, Ernesto Schoo o Mariano Grondona". Da por sentado que van a hacerle un lugar en "la catedral argentina del periodismo moderno". Deja la valija en el Tandil, un hotelucho de la Avenida de Mayo por el que ya habían pasado Cabral y Laplace. Cuando se presenta en la redacción, Troiani no le da pelota: "¿Y vos qué hacés acá?", le pregunta, y lo deriva a los mellizos Algañaraz, o a Juárez, que lo cobijan. Calienta algún sillón en la recepción, aprovecha algunos vales de comida que le habilitan los periodistas-ídolos, lee diarios y espera la chance de que lo manden a cubrir algo. Enseguida llega la carta del obispo de Tandil, monseñor Luis J. Actis, como loco por las blasfemias que publica *Primera Plana* sobre la procesión.

Francisco Juárez tiene otra versión. A mediados de marzo del 69 prepara una producción especial sobre la Semana Santa, con la idea de "desentrañar el cavernoso costumbrismo de ciertas devociones". Ve necesaria una nota que escenifique el Vía Crucis tandilense; le pregunta a Troiani, que le da un nombre: "Osvaldo Soriano. Es un gordito bastante inquieto y curioso". Juárez le escribe una carta en la que le pide un informe sobre la procesión. Hace una operación similar con el escritor Daniel Moyano para que cuente sobre el culto al Señor de la Peña, una roca con perfil de rostro humano venerada en La

Rioja. Y él se va a San Juan a hacer una crónica sobre la Difunta Correa.

A la vuelta encuentra que el informe que le manda este Soriano es "sabroso y casi desopilante" y entonces se reproduce tal cual, como nota, y con firma. El día que aparece la revista aparecen otras dos cosas: en Tandil, la indignación de los curas que organizan el Vía Crucis, y en la redacción, el mismísimo Soriano. Lleva un bolso y pregunta por Troiani. Troiani lo deriva a Juárez. Juárez sale a su encuentro y oye que el otro le dice: "Lo imaginaba más viejo". No hay lugar para él en *Primera Plana*, así que aprovecha algunos vales de comida, lee diarios, espera alguna chance. Antes que eso, llega la carta de monseñor Actis.

Soriano incluyó esta nota en el último libro que editaría en vida, *Piratas, fantasmas y dinosaurios*. Allí avisa que las dos últimas líneas no son suyas, que fueron agregadas para cerrar el artículo con un tono solemne. Para reeditarla le podó los tres párrafos iniciales de la publicación original, donde relacionaba la caída de la legendaria Piedra Movediza con la construcción del El Calvario, concebido como un atractivo "para imantar a los forasteros".

Pero, pero, la llegada a Buenos Aires y a *Primera Plana* pudo haber sido distinta. Su amigo Félix Samoilovich escribió otra versión: "Cuando descubrió que, en periodismo, la distancia nunca le consiguió trabajo a nadie, decidió largarse a la aventura: llegó cuando estaba terminando el verano. Pero, aun de cuerpo presente, no era fácil conseguir un puesto para un provinciano desconocido, ni siquiera esporádicas colaboraciones".

Soriano tiene magras reservas, gasta lo menos posible, pues sabe que tendrá que soportar —y ejercer— un largo sitio.

"El viejo hotel de la Avenida de Mayo no tenía, por fuera, un aspecto demasiado decrépito. La sorpresa venía luego, una vez franqueados la desconfianza del portero, varios pisos crepitantes de

ascensor y la escalera que conducía a los cuartos, ya más económicos, del altillo. Cuando creía haber alcanzado el límite, el Gordo me indicó, sin una palabra, otra escalera (artesanal, podría decirse) por la que había que trepar hasta una terraza donde un cubo de placas alquitranadas se dividía en dos cuartos minúsculos. El primero era el suyo; en el otro, mientras fumábamos sentados en la cama, resonaban los accesos de tos enfermizos del vecino de azotea. 'Está jodido el hombre —me explicó—, a veces es difícil dormirse; qué se le va a hacer, me dijeron que está tuberculoso'".

Al fin, gracias a una determinación indisoluble, consigue que la revista le encargue un informe sobre la Semana Santa en Tandil, el gran acontecimiento local.

El tono carnavalesco del final de la nota hizo lo que faltaba: los lugareños, heridos en su amor propio, le prometieron las peores represalias. "Me cortaron la retirada —se lamentaba—, estoy en la vía y ni siquiera puedo volverme al pueblo".

A cuarenta y cuatro años de distancia de aquello, en un bar de Bruselas, en 2013, Samoilovich cuenta otros detalles.

"El que arma todo es Dipi, Jorge Di Paola, tipo fino y escritor brillante. Yo lo conocía desde la noche del tiempo. 'Tengo un amigo en Tandil, el mejor conversador que existe. Quiere escribir y ser periodista: ¿te lo puedo mandar?'. 'Sí, qué sé yo, que venga, vamos a ver qué se puede hacer'. Pero yo ahí no tenía ningún poder, era redactor. Me acuerdo perfectamente del día que el Gordo viene a la redacción. Veo a un tipo en la recepción que me pregunta si yo soy yo; estaba sentado ahí desde hacía rato: 'No, yo no me atreví a tocar timbre', me dice. Eso era el templo para él, el paraíso de los intelectuales, de los que saben, de los que escriben. Sabía notas de la revista de memoria, y copiaba el estilo, pero menos de lo que él decía, porque se hacía el modesto, también. Lo llevé a comer a casa: recuerdo que comimos una ensalada de repollo colorado, y que él nunca había visto repollo colorado.

"La nota de Tandil tardó: esto fue antes. En muchas biografías

ponen ‘trabajó en *Primera Plana*’: hizo dos colaboraciones y cerraron la revista, desgraciadamente. El que estaba al corriente de que iba a venir era Troiani, pero no le dio bola; Soriano lo había interpelado en Tandil, después de una conferencia, diciéndole que le gustaría escribir, y Troiani le dio su número de teléfono. Pero después no le contestaba. A la venida del Gordo no la registró nadie, y a justo título, porque no pasó nada. Andaba dando vueltas por ahí. Cuando apareció esto de Tandil alguien dijo ‘che, pero hay un tipo de Tandil que quiere laburar’, y ahí le encargaron esa nota”.

“Pero puedo afirmarle, Sr. Director, y demostrárselo fehacientemente, que quien ha hecho una caricatura del catolicismo no ha sido otro que el Sr. Soriano. Dios le perdone el pecado, pero Tandil no puede perdonarle su atrevida y caricaturesca deformación. Con hombres como el Sr. Soriano, *Primera Plana* no gana nada, sino que se desprestigia”. Escribe esto el obispo Actis en la carta abierta que envió a la redacción, publicada en el diario local *Actividades* del 19 de abril de 1969, que titula: “Una Nota sobre Semana Santa en Tandil, Aparecida en una Revista Porteña, ha Causado Profunda Molestia”. Dios puede perdonar; Tandil, no.

Actis sostiene que la nota “distorsiona la auténtica realidad y que solo pudo haber sido elaborada por quien —imbuido de preconceptos — pretendió desprestigiar sus magníficas realizaciones”. Para el final reserva un aviso acorde a un tiempo en el que gobernaba *de facto* el general Juan Carlos Onganía: “Perdóneme Sr. Director la sinceridad de esta Carta Abierta, pero ella puede servirle para ponerlo en guardia sobre las dobles intenciones que algún infiltrado en su Redacción pareciera tener en contra del catolicismo que anhelaría iconoclasta y revolucionario a su medida filocomunista. Sin otro particular, queda a sus órdenes…”.

La carta hace efecto: le encargan otras notas. El infiltrado filocomunista tiene trabajo.

La segunda nota será en Berisso, donde la explosión de un buque petrolero hizo un estropicio. Le pidieron un informe sobre los restos del pasado de esplendor de la ciudad. Recuerda Juárez que fueron para allá en su Citroën destartalado y que mientras hablaban de la mufa y mencionaban a "algunos innombrables" el motor se clavó. Era supersticioso, Soriano. "No mucho después Onganía cerraba la revista y los Algañaraz le dieron laburo en *Semana Gráfica*, a la que él llamaba *Semana Trágica* —recuerda Samoilovich—. No pasaba nada ahí, eran todas fotos: querían competir con *Así*, la revista de Héctor Ricardo García. Ese fue su primer contrato".

Ahí estaba, instalado en Buenos Aires, la primera ciudad que eligió por sí mismo, a la que siempre querría volver.

III

A fines de 1992 publica en el diario *Página/12* una serie de notas, cuentos, añoranzas, historias que entreveran escenas de infancia, adolescencia, juventud, en las que los protagonistas son él y su padre. José Vicente Soriano, catalán, venido a la Argentina desde muy chico, sobrestante de Obras Sanitarias, ha muerto en 1974. Cáncer de pulmón. Osvaldo tendrá la misma enfermedad. Todavía no lo sabe, aunque lo intuye, e intenta dejar de fumar. Aún no lo consigue, pero lo conseguirá. Su hijo, Manuel, ha nacido en 1990. Viven, junto con Catherine Brucher, su mujer, en un PH de La Boca, sobre Del Valle Iberlucea.

En noviembre del 92 ha publicado su sexta novela, *El ojo de la patria*. Como ha pasado con sus libros anteriores, este tiene muchísimos lectores y encabeza las listas de los más leídos. A esta altura ya tiene muy masticado esto de ser *best seller*. En Italia también es idolatrado. Y ha sido traducido a quince idiomas. Escritores como Italo Calvino, John Updike, Antonio Tabucchi o Salman Rushdie han elogiado sus novelas y sus textos periodísticos. Los dos volúmenes de recopilaciones de artículos publicados en la prensa, *Artistas, locos y criminales* y *Rebeldes, soñadores y fugitivos*, son tan leídos como sus ficciones. A una década de haber hecho una película basada en *No*

habrá más penas ni olvido, su segunda novela, Héctor Olivera se apresta a hacer otra inspirada en la quinta, *Una sombra ya pronto serás*. Son muchos los escritores argentinos que disfrutan y ponderan su literatura, pero a otros no los entusiasma, y algunos lo aborrecen. Normal, tal vez. A Soriano le duelen las críticas, en especial las que lo tildan de demagogo, populista, oportunista y escribe-tosco. También se queja de la academia: dice que lo ningunean. *En un principio no me gustaba verme tan maltratado: ahora me acostumbré. Yo soy un marginal para la literatura, un sospechoso para los círculos de letras tanto de la facultad como de la crítica especializada.*

Estas notas con el padre como protagonista van a inspirar el título de su próximo libro de recopilación, *Cuentos de los años felices,* que aparecerá en noviembre de 1993. Otra tanda de esta serie será recopilada tres años después en *Piratas, fantasmas y dinosaurios*. Entre uno y otro libro suman unos treinta relatos. Es significativa, en estos textos, la superposición de *paternidades*. En principio está la suya, real, de Manuel. *No sé, es un misterio por qué me decidí a tener un hijo a los 46 años.* En su padre pone características de otros: lo semblantea parecido físicamente a Hammett y lo describe interesado por inventos que lo rediman: como Roberto Arlt, anota en "Mecánicos", siempre andaba dibujando planos y haciendo cálculos de fórmulas revolucionarias. *Cuando viajo, siempre llevo algo de Arlt en la valija*, dice Soriano, que se identifica con él en varios aspectos: el carácter de periodista-escritor, la llegada a los lectores, no haber terminado los estudios, cierto recelo con "lo culto", la falta de premios significativos, la idea de ser mirado como un infiltrado sin carnet en la literatura.

En *Cuentos de los años felices* incluirá, también, una serie de relatos sobre los comienzos de la nación: ha conseguido los veintitrés tomos de la colección Biblioteca de Mayo, que reúne memorias y biografías, y publica en *Página/12* artículos sobre la Revolución de 1810, Belgrano, Moreno, Castelli, el negrero y represor Álzaga, el corsario Bouchard. Historias que en el colegio no le enseñaron. En sus comienzos como padre va en busca de otros comienzos, de otros padres. Son los años de Carlos Menem en el poder, del peronismo neoliberal, el desguace descarnado del Estado, pero todavía en plena

fiesta. Volver a sus años de infancia, entonces, le permite a Soriano volver a Perón, padre político de al menos medio siglo en el país. “Nunca olvidaré aquellos lluviosos días de septiembre del 55 —escribe en ‘Gorilas’, a propósito del golpe de la Libertadora—. Aunque para mí fueron de viento y de sol porque vivíamos en el Valle de Río Negro y los odios se atemperaban por la distancia y la pesadumbre del desierto. Mandaba el General y a mí me resultaba incomprensible que alguien se opusiera a su reino de duendes protectores. Mi padre, en cambio, llevaba diez años de amargura corriendo por el país del tirano que no lo dejaba crecer”.

En este tironeo entre ambos, sin embargo, hay un elemento común que se contrapone al hilo cultural y al desguace que encarna Menem: la concepción de un Estado que apunte a expandirse más y mejor en sus funciones de amparo y desarrollo. Soriano cuenta muchas de estas historias junto a su padre “como si todavía lo estuviera viendo”. En ese mismo relato lo pone, ya en 1958 y durante una huelga de la que él participa como trabajador quinceañero en el empaque de manzanas para exportación, a certificar la voz de Perón en una de esas míticas cintas que circulaban clandestinas. Don José certifica, pero su interés pasa más bien por desarmar y volver a armar el grabador Geloso en el que se reproducen los carretes.

En “Mecánicos”, algo más adelante en el tiempo, entre los dos arman y desarman íntegro un Gordini, el único auto propio que tuvo su padre. Como pasa en otros de sus textos, este desemboca en la caricatura: se engrasan y ensucian tanto que la madre, Eugenia, les prohíbe que entren en la casa y los deja durmiendo en un galpón. Están de vuelta en Tandil y el padre cree que la habilidad con la mecánica automotriz le hará más liviano el servicio militar a su hijo en Bahía Blanca. “Siempre se equivocaba: fue como centrodelantero que evité las humillaciones del regimiento”, apunta. Esa habilidad le permitiría, contaba, hacer veinte goles sin patear un solo penal y “leer por las noches a Horacio Quiroga” mientras ensayaba sus primeros cuentos. En el pasaje de la publicación desde la prensa al libro introduce algunos cambios: al que lee, en *Cuentos de los años felices*, es a Italo Calvino. “Mi viejo sabía aceptar sus errores —remata— y

cuando publiqué mi primera novela, y me fue bien, se convenció de que en realidad su futuro estaba en la literatura. Enseguida escribió un cuento de suspenso titulado 'La luz mala', que inventó de cabo a rabo. Como Kafka, murió inédito y desconocido de los críticos. Por fortuna para él, su único enemigo, grande y verdadero, había sido Perón".

Estos relatos en los que comparte protagonismo con el padre son ficción, con apoyo y raíz en sucesos, coordenadas y elementos de la realidad. La palabra escrita, anota en "Rosebud", es dura de borrar. Soriano no hizo la colimba: zafó por una várice grande que le operaron en Tandil, después de que le sellaran la libreta.

En otro relato, "Encuentros", viajan entre las bardas en una camioneta de Obras Sanitarias y levantan a un pastor evangélico bastante chanta que le quita mérito a Gardel. "Oremos, hermano, porque le mientes a tu hijo y adoras a falsos ídolos", le dice el pastor después de que desbarrancaran, en medio de una tormenta. Mientras el tipo despotrica, el pibe cree ver entre las nubes la imagen de Gardel, una figura que con el tiempo ha vuelto a imaginar "de espaldas a su inmenso destino de padre celestial". Soriano idolatraba a Gardel y además de escucharlo durante toda su vida y de incluirlo en cada una de sus novelas intentó un libro con él como protagonista.

Estos relatos preconfiguran lo que sería *La hora sin sombra*, su última novela. *Tenía la necesidad de hacer algo más extenso con ese personaje de mi viejo, que ya no es mi viejo desde hace bastante tiempo. Quería escribir la historia de alguien que hacía un largo viaje con su padre.* Los *Cuentos de los años felices* son el viaje compartido y *La hora sin sombra* es una despedida postergada: en el comienzo del libro el padre agoniza en un hospital y el hijo, que se ha largado a la ruta a escribir una novela, que espera de un momento a otro la llamada fatídica que le anuncie su muerte, se encuentra con la noticia de que el viejo se disfrazó y se escapó.

Hay un texto que antecede a todos estos: "La ingenuidad del Gordo y el Flaco y el traje gris y gastado de mi padre". Soriano lo publicó en 1987 en *El Periodista* y en *L'Unità*, de Roma. Desde *Triste, solitario y final* se negaba a volver sobre sus personajes, explica en la presentación que hace para *Rebeldes, soñadores y fugitivos*, pero lo

rescata por su padre; Soriano recuerda en el artículo que todavía vivía a comienzos de 1974, cuando él dejaba un ejemplar del libro en la tumba de Stan Laurel, en el cementerio de Forest Lawn: “Ese día llovía en Los Ángeles y yo era feliz”.

Soriano, que se había incluido como personaje en su primera novela, se incluyó también en la que sería la última, pero esta vez sin nombrarse. Una figura que se cierra. “Tuve la nítida alucinación en la que mi padre se despedía de mí con una sonrisa y un beso en la mejilla”, escribe casi al final, en una escena que también transcurre en medio del campo, bajo la lluvia, con un pastor chanta. Anota en *La hora sin sombra:* “Ciorán decía que las palabras son gotas de silencio a través del silencio. Aunque los comienzos de un hombre cuentan, solo damos el paso decisivo hacia nosotros mismos cuando ya no tenemos origen. A esa altura es tan difícil comprender el sentido de una vida como buscarle un significado a Dios. Sin padres, sin infancia, sin pasado alguno no nos queda otra posibilidad que afrontar lo que somos, el relato que llevamos para siempre”. Es una despedida. *Creo que esta novela tiene el mejor final que he escrito. De algún modo cierra este problema de enfrentar el final, porque desde el punto de vista religioso yo no creo en nada, pero sé que la mayoría de la gente cree en algo, cualquier cosa. No solo prosperan todos los que venden algo del más allá, sino también los que venden la falsa inmortalidad en este mundo, donde en lugar de vivir sus años, la gente se los resta. En el fondo eso esconde una dolorosísima angustia frente a la muerte*.

IV

JUAN FORN. No hizo falta convocar a nadie. En las horas siguientes a la muerte de Soriano fueron llamando, uno tras otro, sus amigos, preguntando si podían escribir para el diario. La decisión se tomó sola: dedicar el número entero de *Radar* a Soriano. La consigna también surgió de la misma manera, espontánea u obvia: evitar las necrológicas. Quienes trabajaron a su lado en una redacción lo saben bien; no había nadie mejor que Soriano para esta tarea. Por una sencilla razón: jamás embellecía al muerto. Sus amigos han seguido

simplemente esa línea.

ISIDORO BLAISTEN. A diferencia de aquellos que hicieron del tedio un género literario, Soriano tenía lo que contar. Tenía un mundo propio hecho de imaginación. Un mundo de perdedores en lugares sórdidos, pero su prosa tiene el encanto de la naturalidad.

JORGE DI PAOLA. Treinta y dos años de amistad, con sus más y sus menos y sus espacios y tiempos, no tienen exactamente un relato. Tienen una intensidad, una música. Cerca de Osvaldo me pasaban cosas raras, algunas rarísimas, creo que las más raras de mi vida.

EDUARDO FEBBRO. Tenía una magia personal única y ese mismo don estaba en sus novelas: era siempre el hombre que nos cuenta una historia y lo escuchamos como si fuese un sabio que viene de lejos.

CRIST. No parecía un escritor. Parecía un tipo que uno había conocido en un bar, que hablaba de cómo organizar una biblioteca “por si a la madrugada se le da por consultar a los clásicos”. Prefería hablar de fútbol a hablar de estilo. Parecía un tanguero de los años 20. Mezclaba las anécdotas de París con las de su barrio. Tonto no era; había leído todo pero trataba de que no se notara.

ROBERTO COSSA. Alguna vez me dijeron que mi padre había muerto. Yo era muy joven como para entender lo que eso significaba. No sabía que ese día empezaba a vivir mi propia muerte. Y seguí caminando, dejando despojos. El miércoles 29 de enero se murió Soriano. Y vivir sin Soriano será como morir otro poco.

GUILLERMO SACCOMANNO. En las conversaciones que se estiran hasta la madrugada, el Gordo sabe que el sueño es la necesidad del olvido que todos tenemos. Pero el Gordo es insomne. Y no quiere olvidarse. De nada. En esas conversaciones, con sus opiniones, y

valiéndose de historias propias y ajenas, el Gordo construye algo así como un decálogo. La palabra le suena universitaria, presuntuosa, engrupida. Prefiere hablar de tácticas y estrategias. En verdad, se trata de un manual de instrucciones y uso. Que encierra una moral de la literatura.

MEMPO GIARDINELLI. Desde muy lejos siento rabia e impotencia. Me acaban de avisar, en esta helada noche de Virginia —tan lejos de Dios, tan cerca de Washington—, y es como que de pronto se me calentaran los recuerdos al llorar. Casi treinta años de una amistad que pensé para toda la vida, si la vida era una ilusión de eternidad que alguna vez compartimos.

RODOLFO RABANAL. Osvaldo era el mejor charlista de los tiempos modernos que he conocido nunca.

ANA MARÍA SHUA. Los argentinos tenemos la sensación de que nuestra realidad es mucho más absurda que mágica, mucho más kafkiana que garciamarquezca. Esa es la visión que volvemos a encontrar en las novelas del Gordo.

RODRIGO FRESÁN. Durante estos días demasiado largos, hojeando aquí y allá los primeros tramos de *Cuarteles de invierno* o las últimas líneas de *No habrá más penas ni olvido*, por ejemplo, vuelve a sorprenderme más que nunca el poder de una oración como anzuelo invencible, la facilidad con que uno se olvida de la página y de la letra para perderse y encontrarse en la voz y en el paisaje de Soriano que enseguida son la voz y el paisaje propios. Lo de siempre: ¡qué difícil sonar tan *fácil*!

CARLOS ULANOVSKY. Los periodistas que todavía queremos seguir aprendiendo lo leíamos agradecidos. Tenía aceitados los mecanismos y prestas las herramientas para volver luminoso al personaje más oscuro y empequeñecer al gigante asestándole unas pocas palabras.

VLADY KOCIANCICH. Me cuesta comprender que alguien haya dudado de su más clara identidad, la de un estupendo novelista, y que el mismo Soriano se haya sentido a veces exiliado de ese confuso paraíso de los escritores, la literatura.

ROBERTO FONTANARROSA. Ante este tipo de circunstancias uno puede escribir mucho o no puede escribir casi nada. Yo no puedo escribir casi nada. Advierto, eso sí, que hay un común denominador en todos aquellos que hablamos y opinamos sobre Osvaldo: más allá de la admiración por el narrador, más allá del deleite que nos han producido sus novelas y cuentos, más allá de esa suerte de revelación que nos significara, por ejemplo, *Triste, solitario y final*, todos sentimos, fundamentalmente, la muerte de un amigo y de un compinche.

V

OSVALDO BAYER. En Essen, a mediados de 1977, me dijo que tenía un oficio bastante bueno en Bruselas. Lo había puesto la municipalidad como contador de patos de los lagos de la ciudad. Me dio todos los detalles. Y debe haber sido cierto, no sé: no quiero ir a Bruselas a ver si existe ese cargo. Me describió distintas clases de patos; los cisnes también contaban. “El asunto es así —me dice—: se tienen que contar, porque si faltan hay que reponerlos. Uno pasa la cuenta, ‘faltan cuatro’, y ahí reponen. ¿Pero sabés lo que me pasó? Durante cuatro semanas no desapareció ninguno. Y entonces dije: ‘Acá me van a rajar’. Porque para qué me iban a pagar; si no pasaba nada. Por suerte conocía a un muchacho peruano, buena persona, que estaba sin trabajo, así que le dije: ‘Mirá, podríamos trabajar en conjunto’. Entonces por la noche él iba y se agarraba patos de distintas razas, para no levantar sospechas. Y era muy lindo, porque en las madrugadas celebrábamos la confraternidad peruano-argentina con unos asados de pato excelentes”.

VI

“Ojo, a ver, aclaremos una cosa. Esa imagen que hay de Osvaldo, del ‘gordo bueno’, es lo más falso que yo he escuchado”.

Sonia Freites lo conoció en 1970; por entonces su marido, José María Pasquini Durán, compartía la redacción de la revista *Panorama* con Soriano, que había recalado ahí como redactor de deportes tras sus breves estadías en *Primera Plana* y en *Semana Gráfica*.

“Era un tipo genial, pero ni era tan gordo, ni era tan bueno. Y con sus enemigos era implacable. Implacable. Otra característica: él, que siempre explicaba cómo eran los gatos, tenía mucho de ellos. Sí, le podés pasar la mano por el lomo, parece que ronronea, todo fantástico. Y luego se aleja y no te da ni cinco de bolilla. Y era un poco así: cuando se encerraba, se encerraba, y se acabó. Después llamaba por teléfono a las doce y media de la noche, y la conversación seguía hasta las cuatro de la mañana. O venía y se quedaba, efectivamente, hasta las cinco”.

Pasquini Durán fue quien dio el discurso de despedida a Soriano en el cementerio de la Chacarita. También él murió, en febrero de 2010. Ambos fueron parte en la fundación de *Página/12*. “Medio en broma, decían que cuando se muriera el primero de los dos el otro tendría que agarrar rápidamente la cosa, porque se iban a decir una cantidad de barbaridades. Los dos odiaban las chantadas de los falsos homenajes necrológicos. Coincidieron en varias redacciones, y no era por casualidad”.

“Tenía un anecdotario interminable, que generalmente inventaba. Un conversador estupendo, un seductor con la palabra. Era muy gracioso, además. A buena parte de las cosas que le pasaban, e incluso sus visitas al médico, las transformaba en relatos. De cualquier cosa sacaba un personaje, un relato, mitad cierto y mitad inventado. Era un tipo encantador”.

VII

Hubiera querido, en esa silenciosa noche de París, envolverme otra

vez en la casaca azulgrana que vistió una vez Coco Rossi y que ahora cuelga en la pared de mi escritorio. En los colores por los que, en el colegio, tuve que reír y llorar. Allá lejos, en mi viejo Boedo, mis sanlorencistas cantan y sacuden el bombo. Festejan a Los Gauchos, pero también anticipan una vida nueva. La vida grande de todo un pueblo. Gritemos hasta el amanecer, amigos. Solidarios y con bronca. Para que El Ciclón envuelva al pueblo entero y lo contagie de esta ansia que tenemos hoy de volver a ganar, de ser lo que no nos dejaron ser. Bienvenido, Ciclón, a un país que quiere resucitar).

(Desde el exilio, a propósito del retorno de San Lorenzo a Primera, en diario *La Voz*, 1982).

VIII

Cuando volvía de viaje, que siempre traía una sonrisa. Esa es la imagen que más recuerdo de él.

(Catherine Brucher, su mujer, en su casa de Janville-sur-Juine, 2013.)

IX

Hace unos días, una investigadora que prepara un libro de reportajes a escritores argentinos nos pidió a sus entrevistados que trazáramos cada uno una breve autobiografía. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo hablar de nosotros si no sabemos quiénes somos? Le dije que yo no tengo biografía. Me la van a inventar los gatos que vendrán cuando yo esté, muy orondo, sentado en el redondel de la luna.

(Soriano, “Educación sentimental”, *Página/12*, 1993.)

2

De acá para allá

Hay papeles. Certificados, actas, partidas, boletines.

El 27 de diciembre de 1941, *con todas las formalidades que indica la ley*, en Mar del Plata se casaron José Vicente Nicomedes Soriano y Eugenia Goñi. Ella, 33 años; él, 31. Ambos españoles. Solteros. Ocupación de ella: quehaceres del hogar. Profesión de él: dibujante. Su padre empezaba un periplo como trabajador en Obras Sanitarias, con el tendido de las instalaciones: venía desde Buenos Aires, donde vivía su familia. Se había recibido de técnico mecánico en el colegio Otto Krausse. Su madre vivía en Tandil, y tenía un par de hermanos que trabajaban en Mar del Plata. *Seguramente en alguna visita a sus hermanos mi madre habrá conocido a mi padre, aunque nunca me contaron demasiados detalles.*

Los Goñi llegaron al puerto de Buenos Aires el 22 de septiembre de 1923. Vinieron a bordo del buque España, que había salido de Bilbao. Ramón y su esposa, Antonia Arazcuren, cruzaron el océano junto a diez hijos. Él tenía 43 años y se declaraba labrador; ella tenía 39 y se decía ama de casa. Junto al grupo llegó además el padre de Antonia, Matías, 74 años, también labrador. Venían de Rípodas, una aldea, un concejo del municipio de Urraúl Bajo, en Navarra. Un caserío en medio de un valle, rodeado de sierras bajas, a unos 50 kilómetros de camino hasta Pamplona. Cuando Eugenia nació, el 25 de mayo de 1908, vivían en Rípodas unas noventa personas; cuando volvió, en 1980, y se reencontró con su hijo en el exilio, los vecinos del lugar eran treinta y siete. Se habla castellano desde hace siglos: en esa zona del País Vasco no prendió el euskera.

Quien mejor cuenta de la familia materna de Soriano es Nilda Villarreal, su prima (hija de Gregoria, la quinta de las hermanas), que

vive en Tandil y tuvo una relación estrecha con Osvaldo.

"El abuelo era un hombre común. Decían que en su pueblo hacía las veces de sacristán. Cuando fue al servicio militar, mi abuela, que tenía 15 cuando se casaron, quedó embarazada. En España el servicio militar duraba, en esa época, cinco años, que es la diferencia de edad entre mi primer tío, Nicolás, y la segunda hermana, Ignacia. Luego nacieron Eugenia (la mamá de Osvaldo), Casimiro, mi mamá, la tía Anita… Nacieron muy pegados, con poca diferencia entre uno y otro. Luego vinieron Eugenio, Irma, la Tana y Lorenzo. Cuando llegaron acá mi abuelo entró en La Tandilera, una fábrica de productos lácteos. Era peón, andaba por el campo. La abuela Antonia tenía parientes, una prima que estaba casada con un hombre que era gerente en La Tandilera. Y entonces le consiguió un trabajo. Mis tíos mayores… no vayas a creer que tenían una cultura general enorme, algunos habían ido hasta segundo grado, o tercero. Los que llegaron de más chiquitos alcanzaron a ir al colegio. El último hermano nació acá, Matías. Mi abuela estaba orgullosa porque había tenido un hijo argentino. Difícil la cosa, en aquella época. Pero salieron adelante, progresaron, cada uno tuvo su casa. Nuestro abuelo, que no tenía una moneda, era un tipo fantástico, educado, se vino todo el viaje de España escribiendo un libro alto, en hoja de misal".

Anota Soriano en "Cocinero" que cuando su padre se trasladó al interior dejó sus primeros treinta años enterrados entre Campana y el colegio Otto Krause, que nunca nadie le pudo dar noticias ciertas de sus años mozos, que lo que contaba en las sobremesas era banal y sonaba a cierto, aunque abundaban los agujeros negros. Sobre eso trabaja, y a la vez cita a Rodrigo Fresán: "Nada más obsceno y vano que intentar contener la vida y la obra de un hombre en un puñado de líneas invocadas en el tiempo y la distancia". La cita bien podría ser un epígrafe de este libro.

Algunos amigos y periodistas que los vieron juntos en Buenos Aires, ya en los últimos años de José, cuentan que no se tuteaban y que se aludían entre sí por el apellido.

—¿Cómo le va, Soriano?

—Bien, Soriano, ¿y a usted?

La partida de bautismo de José Vicente Nicomedes Soriano dice que nació en Pueblo Nuevo, Barcelona, el 1º de diciembre de 1910. "Es hijo legítimo de Don José Soriano Sánchez y de Doña Teresa Sellés Redondo, naturales de Canals, Valencia, y Zaragoza. Abuelos paternos: Don José y Doña Dolores, naturales de Cadenas. Abuelos maternos: Don Vicente y Doña Francisca, naturales de Ollenas (Valencia) y Mesones (Zaragoza)". "Mi bisabuelo fue bandolero y asaltante de caminos en Valencia hasta que lo mató la Guardia Civil —narra Soriano en otro de sus *Cuentos de los años felices*—. Me lo confiesa mi viejo al atardecer, mientras cebamos mate bajo la carrocería oxidada de un Ford T. No recuerdo bien su relato pero pinta al bisabuelo de a caballo y con un trabuco a la cintura. Trata de impresionarme pero está muy derrengado para ser creíble. El pantalón roto, la corbata abierta, el ombligo al aire y pronto cincuenta años. No hay más que gigantescos fracasos entre el bisabuelo que asaltaba diligencias y ese sobrestante de Obras Sanitarias que levanta la mirada y me señala con un gesto orgulloso la insignia del petróleo argentino. Una vida tendiendo redes de agua, haciendo cálculos, inventando ilusiones. Sueña con que yo sea ingeniero. De esa ínfima epopeya le quedan a mi madre doscientos pesos de pensión y a mí algunas anécdotas sin importancia".

El vapor Patricio de Satrústegui, de la Compañía Transatlántica, trajo desde el puerto de Barcelona a José Vicente, un bebé, a su madre de 23 años y a su abuela Francisca: el buque llegó a Buenos Aires el 25 de mayo de 1911.

Osvaldo Roberto Soriano nació el 6 de enero de 1943, a las 15.45, en Mar del Plata. Hijo único: creía que sus padres buscaron un hermano, sin suerte. Mucho más adelante contaría que se indignó cuando sugirieron adoptar uno. Su madre refería una tarde de calor espantoso, y que vivían en la calle Alvear, frente al viejo edificio de Obras Sanitarias, en lo que era al parecer una casilla de madera. Conservaba,

de esa época, dos fotos suyas. En una, ronda el año y medio y está sentado en la playa, con un paredón de piedra de fondo. En otra aparece junto a un grupo de primas, ante el mármol de una fuente: tiene tres años. Es muy rubio y pulcro. Soriano tenía a mano algunas fotos más antiguas: su madre junto a su tía Gregoria, Goya, en el año 37, en una foto de estudio, las dos posando, el pelo negro, corto, rizado, con raya al costado, vestidas elegantes; su padre en Barranca de los Lobos, en Mar del Plata, en lo que parece una miniserie: posando ante un cartel de YPF que anuncia el lugar, ante un teodolito, junto a un grupo de trabajadores que rodean una parrilla portátil. Es el año 41 y se adivina que es el jefe de la cuadrilla.

Soriano siempre evocó una infancia cargada de apremios, más bien precaria, devenida de los periódicos saltos de ciudad en ciudad que daba la familia, al ritmo de los traslados que el trabajo en Obras Sanitarias disponía para su padre. En 1946 llegaría la primera mudanza: a San Luis. De una ciudad pujante, en pleno desarrollo y modernidad, a un sitio polvoriento, "una ciudad achatada, con muy pocas calles asfaltadas", según evocaba. Hay una historia familiar que quedó, antes de la partida, y cuenta Nilda Villarreal.

"A mi papá, que trabajaba en la compañía de teléfonos, lo mandaban seguido a Mar del Plata, y paraba en la casa de ellos; el sitio era un pasillo, y todo piezas. Otros tíos míos vivían ahí, también. Osvaldo estaba enfermo y su papá, como toda la vida, viste, apenas tenía plata para comprar el remedio. Así que lo agarró y le dijo: 'Mirá, Osvaldín, vas a tomar este remedio y vas a estar bien, se te va a pasar la fiebre…'. El tío era así, tenía ese tono cuidadoso. Lo adoraba. Y el otro, ¡paf! Le dio un revés y el frasco fue a parar a la mierda. Y el tío lloraba: en lugar de sacudirlo por lo que había hecho, pobre, lloraba como un descosido porque no tenía más plata para ir a comprar otro. Decí que estaba mi papá, que fue a comprárselo. Pero mirá cómo era: un niño terrible. El tío Casimiro le decía 'Piraña', porque había un dibujito, una historieta, de un nene peladito, rubio rubio, travieso, con mucha imaginación. Era mi tía la que le ponía los puntos a Osvaldo, lo tenía rajando".

“A mi madre nunca se le apaciguaron las eses y las zetas de España. Quizás esos sonidos que yo le hacía repetir de niño para corregir la ortografía escolar eran los tesoros que guardaba de su infancia en Rípodas”. Soriano empieza así “Tierra de Quijotes”, un artículo de octubre de 1992. El *tú* de la madre, el *usted* del padre, el *vos* del colegio, de la calle: la lengua abriéndose camino, tallando. Y la memoria: cuando su madre volvió a su pueblo, sesenta años después de haberse ido, vio a sus viejos amigos y “les reconoció las caras de la infancia entre las arrugas y las canas”. En sus cartas con los vecinos, Eugenia sostiene su curiosidad por las casas, los frutales, la huerta del Palacio, la construcción más vieja e importante de la aldea; en la respuesta de alguna amiga se entrevé que el tío Casimiro pregunta si los siguen recordando. “Cómo no os vamos a recordar, si siempre nos juntábamos a jugar en el patio de vuestra casa”, le responde una anciana, que le elogia a Eugenia su modo de escribir: “Se nota que tienes un hijo escritor”, le anota. Sigue Soriano, en aquel artículo: “¿Qué me queda de España a mí, hijo de Rípodas y Barcelona, nieto de Valencia y Pamplona, nacido por azar en los mares del Sur? Me queda como a mis hermanos americanos el espíritu de insumisión de aquel caballero andante siempre dispuesto a arremeter contra bribones y poderosos”.

La familia vivió cinco años en San Luis capital. Es el escenario de varias de las historias de *Cuentos de los años felices*. El primer muerto que vio, las inspecciones de su padre, en bicicleta, *a las casas de los ricos*, los primeros juguetes, una gomera hecha por su tío, un camión hecho por su padre, partidos en los potreros. De ahí son sus primeras lecturas, las revistas *El Tony, Fantasía, Billiken, Rayo Rojo, Puño Fuerte*. Algún viaje en tren, una herida en la frente de su madre mientras su padre conducía en un camino poceado. Por una notita que le mandará al padre, que partirá en avanzada hacia Río Cuarto, se sabe que iba al cine seguido. La radio, los primeros picaditos de fútbol, un echarpe con los colores de San Lorenzo. Cuando tenía 40 años el periodista

Carlos Ferreira le preguntó por qué se hizo hincha del Cuervo, dónde estaba el origen de eso.

No me lo puedo explicar. Mi viejo era de River, pero simpatizante, ni siquiera hincha; mi vieja, de nadie, pero era española y vos sabés que los gallegos son todos nuestros. Pero es una especulación, nadie me hizo de los santos. Dejame ver: en una de esas, porque a los tres años, esa edad que tanto preocupa a los psicoanalistas, viví el título que ganamos en el 46. No sé, nunca pensé en otra camiseta. ¿Tenés idea de lo que significaba ser de San Lorenzo en una provincia? Significaba ser un bicho raro, porque la distancia hacía que llegaran solamente los ecos de los famosos, de Boca y River. En el aula había uno o dos de Independiente y como mucho otro de otro cuadro, en mi caso, San Lorenzo. Me comía todas las gastadas. Le había pedido a mi mamá que me tejiera una bufanda azulgrana: ¡para qué te cuento!

En la vereda de enfrente jugaba con un chico de nombre Eduardo Belgrano Rawson, que con el tiempo también sería un gran novelista: la coincidencia es asombrosa. “Vivía a la vuelta de casa —me contó—. Tendríamos ocho o nueve años. Y un día desapareció, no nos vimos más, cero contacto. Hasta que muchos años después nos encontramos en la redacción de *La Opinión*: él hacía deportes y yo, que estaba un poco harto de la política nacional, cada tanto le pedía para hacer notas en su sección. Él encantado, porque le bajaba líneas. En Buenos Aires por esa época nos vimos bastante, y cada tanto nos juntábamos para ir a comer buseca a un boliche de Paraná y Corrientes”. Los dos recordaban también los juegos con Marta Nassif, la hija mayor de una boticaria que le curó una verruga en un pie, con quien Soriano ya de grande se cartearía. “Bastaba que terminara el episodio radial diario de Tarzanito, que religiosamente escuchábamos juntos tomando Toddy, para que nos mimetizáramos en esos personajes y nos lanzáramos a vivir, en el patio de casa, notables y ‘peligrosísimas aventuras’ que él inventaba, protagonizaba y, a la vez, relataba —recordaría ella—. Esas imágenes las tengo grabadas a fuego y no solo yo, también una de mis hermanas, que era una ‘extra’ infaltable en nuestros juegos, mi madre y hasta mi tío. No por nada la portada de su libro *Cuentos de los años felices* reproduce al Rey de los Monos”.

La familia se instaló en Río Cuarto entre 1951 y mediados del 54. Soriano conservaba un viejo álbum con unas cincuenta fotos, un recorrido que abarca hasta sus 20 años, con mínimos apuntes hechos al pie de cada imagen. De esas notas se desprende el lapso que vivió en esta localidad. Una está fechada el 6 de enero de 1952: cumple nueve años y está sentado ante una mesa con mantel que carga tazas de una vajilla que se adivina como "la de ocasiones especiales", copas llenas de agua, una bandeja con torta. Lo acompañan otros cuatro chicos, sonrientes, cabellos cortos, pilchas prolijas. En *Cuentos de los años felices* narra de una paliza que le dio su padre por entonces: "No sé con qué cacharro estaba jugando sin atender las advertencias y cuando mi viejo vino a hablarme me retobé y le tiré algo contundente a la zona donde duele más. Después de unos cuantos saltos y flexiones que me hicieron despanzurrar de risa, mi padre me enderezó de una patada y me calzó tantos bofetones que me olvidé de contarlos. Enseguida se arrepintió. Mi viejo era calentón pero rara vez pegaba. Si no le entendía por las buenas, sacaba la lapicera y se ponía a explicar con un dibujo".

"El tío era cascarrabias, parecía que se iba a caer el mundo, pero a los dos minutos te daba el alma —dice su prima—. Era un tipo muy soñador; se compraba cosas, después no las podía pagar y las tenía que devolver. Y a la tía la hinchaba eso. Así que vivía rezongándolo. 'Yo no sé cómo este hombre aguanta a esta mujer', decía Osvaldo".

La descripción se complementa con la de Catherine Brucher. "Él contaba que en la infancia su madre no era una mujer muy cariñosa, que la relación era mucho mejor con su padre. Al mismo tiempo era ella la que le contaba las películas del Gordo y el Flaco. O por ahí iban juntos al cine. Era una mujer muy dura, con la idea de que la vida no es para divertirse. Me contó una vez que venía muy contento de un partido de fútbol y le dijo: 'Mamá, ganamos'. 'Cómo habrán sido los otros', le dijo ella. Y contaba que cuando se enojaba lo corría con la escoba y él se escondía y esperaba la vuelta del padre".

Por esos años era *un chico de la Nueva Argentina, de Perón Presidente y Evita Capitana. Fue difícil para mí porque mis padres eran profundamente antiperonistas. Me acuerdo de mi viejo golpeando la mesa con los puños y diciendo: "No moriré sin ver caer a este hijo de puta". Yo me cubría la cara y lloraba en silencio*.

El sentir de Soriano hacia el peronismo ha sido oscilante. Hay quien lo recuerda peronista, hay quien le asigna temporadas de gorilismo. "Creo que todo, entonces, tenía un sentido fundador. Aquel 'sobrestante' que era mi padre tenía un solo traje y dos o tres corbatas, aunque siempre andaba impecable. Su mayor ambición era tener un poco de queso para el postre. Cuando cumplió 40 años, en los tiempos de Perón, le dieron un crédito para que se hiciera una casa en San Luis. Luego, a la caída del General, la perdió, pero seguía siendo un antiperonista furioso. Después del almuerzo pelaba una manzana, mientras oía las protestas de mi madre porque el sueldo no alcanzaba".

Al llegar a Río Cuarto tenía acento puntano pero tres años después, cuando en junio de 1954 la familia se instaló en Tandil, había incorporado la tonada cordobesa. A las primas les causaba gracia su forma de hablar. Se domiciliaron en la que había sido la casa de los abuelos. "En esa época contaba algo que le había llamado la atención de Gatica, en San Luis, cuando ya era campeón, muy conocido —recuerda Nilda Villarreal—. Andaba en un Cadillac con un cartel, adelante, que decía 'Aquí viene Gatica'. Y cuando pasaba veías, en la parte de atrás, otro cartel que decía 'Acá pasó Gatica'". Soriano contó de ese día cuando Leonardo Favio estrenó su película sobre el boxeador: "Hizo varias pasadas por la vuelta del perro en un Cadillac descapotable, mordiendo un cigarro, agarrándose los tiradores. Iba ancho y contento con su suerte, que era la mejor que le podía tocar a un tipo como él. La gente aplaudía y le gritaba: '¡Grande, Tigre!', porque allá no tenía los enemigos que tenía en Buenos Aires. Mi padre me levantó sobre sus hombros para que lo viera y aquella imagen huidiza se me fijó para siempre".

Durante ese año tandilense hicieron junto a otra de sus primas, Irma, una revista semanal casera que cada domingo le vendían a Nilda

por veinte centavos. “Era chiquitita, como las de *El Pato Donald*. Se llamaba *Las Aventuras de Super Gato*, y la hacían a medias, una especie de historieta que dibujaban, pintaban y escribían”. Irma recordaba que Soriano leía entusiasmado la revista *Fantasía*, en especial la tira “El León de Francia”, adaptación a la historieta de un radioteatro muy popular por entonces: un folletín que transcurre en la previa a la revolución con un héroe enmascarado que enfrenta a la realeza, un muchacho que, en apariencia para todos, es un modoso debilucho. Una especie de Zorro. “Nunca pensamos que le iba a ir tan bien. De chico era como todos: vago, todo el día con la pelota, andando en bicicleta, no le gustaba mucho el estudio”. Soriano terminó quinto grado en la Escuela 21; en el boletín casi rutinario destaca una eme roja: “Mala conducta, por desobedecer órdenes”.

Un amigo de aquella época, Jorge Alí, recordó ese año compartido en Tandil: “Él era de San Lorenzo y de Los Fronterizos, y le gustaba *El Gráfico* (especialmente, Dante Panzeri); yo soy de Boca y me gustaban Los Chalchaleros y la revista *Goles*. Entonces iba a la casa y me acuerdo que ponía en el tocadiscos la zamba “Angélica”, primero por Los Chalchaleros y después por Los Fronterizos. Y discutíamos apasionadamente. Todas las tardes íbamos a patear a la plaza San Martín. Hay algo que me quedó de Osvaldo que más adelante, con el paso del tiempo, tomó otra importancia. Después de patear me contaba capítulos de *Dick Tracy*, que había visto en el cine de Córdoba. No sé bien qué cantidad me contó, tampoco si las inventaba o no, pero era una cosa atrapante. Cuando se fue a Cipolletti lloramos como descosidos”.

Es que a Soriano padre lo habían nombrado jefe de distrito en Cipolletti. En julio de 1955, después del bombardeo en Plaza de Mayo y antes de la caída de Perón, la familia arrancaba de nuevo.

3

Una temporada en el *Far West*

Radiante. Así se lo ve en las fotos que lo muestran vestido con pilchas futboleras, calzado con botines. En algunas está en un grupo de cinco, caminando o de pie ante la cámara; en la mayoría posa para *la foto de la formación del equipo*, y entonces siempre aparece en cuclillas, en el centro, los brazos abiertos para abrazar a un par de compañeros, el torso erguido.

Uno queda preconfigurado en esencia con lo que incorpora hasta los 16 años: es significativo que haya dicho esa frase cuando fue invitado en 1991 a la Facultad de Filosofía y Letras, porque hasta esa altura de su vida no había leído libros de ficción. Leía los del colegio. Y uno que había pedido por correo. En alguna foto de su álbum se lo ve trajeado, posando, la mano izquierda sobre una biblioteca, la mano derecha sosteniendo un libro abierto: hay cierta reverencia en la imagen. *Para mí un libro era lo que tenía mi viejo en su biblioteca: libros técnicos, una enseñanza; uno los abre y aprende cosas. Un saber que tiene que ver con la electrónica, con la arquitectura, con cosas tangibles. En mi casa no había ni un* Martín Fierro.

Los Soriano vivían en un chalet prototípico, de techo a dos aguas, edificado en un terreno grande en Mengelle y Alem; al fondo, unos galpones al servicio de Obras Sanitarias funcionaban como taller y cochera, donde José Vicente guardaba el Dodge *truck* modelo 46 o 47 provisto por la empresa. Cipolletti en esa época pegó un salto demográfico gigante: según los censos, entre 1947 y 1960 la población creció de 2.763 habitantes a 19.862. El impulso de las cooperativas fruteras y el de la obra pública. Casi no había calles asfaltadas, ni cloacas. Tampoco librerías. *Los diarios llegaban con tres días de retraso. Mi padre, como buen gorila, compraba* La Prensa.

Mi mundo era la historieta, el cine y la radio, que fue otro elemento muy importante. En los tiempos en que la televisión era un fenómeno circunscripto a Buenos Aires, las grandes ficciones sucedían en la radio, con el elemento perturbador y hermoso que tiene la imaginación del oyente. Recuerdo los grandes policiales: estaban magníficamente hechos, con gran calidad. Eran los tiempos del radioteatro, de Laura Hidalgo y otros grandes de la década del 50, verdaderas obras maestras de la imaginación. En esa época nadie se acostaba con nadie, entonces había que apelar a lo sutil, a lo sugerido. De esas narrativas tomará un elemento clave: el "continuará". *Porque casi siempre termino los capítulos de las novelas en una suerte de "continuará" que invita y empuja a seguir leyendo. Me han preguntado mucho sobre eso y yo les digo que es muy simple, es el "continuará" de mi infancia. Lo mismo ocurría con el cine, en donde se proyectaban series en "continuará"; recuerdo muy bien a* Dick Tracy*, que siempre terminaba en situaciones límite que me dejaban una semana entera pensando qué iba a pasar, cómo se iba a salvar el protagonista.*

El libro que pidió fue *El diario de Comeuñas*, de Ricardo Lorenzo "Borocotó". Comeuñas había sido protagonista de una tira en el *Billiken*, un pibe de barrio que encara junto a un grupo la fundación de un club de fútbol. El personaje inspiró un par de películas muy populares, *Pelota de trapo* y *Sacachispas*, protagonizadas ambas por Armando Bo, con guiones del propio Borocotó, una de las "plumas célebres" de *El Gráfico*, autor de una columna famosa llamada "Apiladas". Las ficciones, a la vez, inspiraron la creación en la real realidad del club Sacachispas, en 1948, inicialmente en Villa Soldati, con Juan Domingo Perón como presidente honorario.

A fines de julio del 55 Soriano retomó la cursada de sexto grado, el último de la primaria, en la escuela Juan XXIII. El golpe de la Revolución Libertadora del 23 de septiembre derivó en la suspensión de las clases por el resto del año. En marzo del 56 empezó la secundaria en la Escuela Nacional de Educación Técnica Nº 1 de Neuquén, doble turno, mañana y tarde. Cuesta arriba, solo cursaría tres años. Conservaba entre sus papeles el analítico de su paso por la ENET; Matemática fue un calvario, pasó raspando raspando en primer

y segundo año y le quedó colgada junto a Tecnología en tercero. Un siete por cada curso en Castellano. Tal vez este quedo en los estudios fuera una herida que dejó su cicatriz. Su padre quería que fuera universitario. Y acaso ahí haya alguna clave de su fijación con el reconocimiento académico.

En el colegio y en el Club Atlético General Belgrano, un equipo de barrio con canchita en Belgrano y Alem, jugaba de centrodelantero. En el álbum hay varias páginas dedicadas, fotos en las que identifica a sus compañeros y agrega algún apunte: "1956. Nuestro primer equipo". "1959. Estreno de las casacas propias. 0 a 0 con Cipolletti". Son fotos que tomaba su padre, que iba a verlo jugar. En su habitación tenía el póster de José Sanfilippo, su ídolo, goleador de San Lorenzo. *Yo tengo muy marcadas las voces, la de Fioravanti, la de Arióstegui. Está muy marcado eso en la infancia, en la radio por onda corta. No conocíamos a la mayoría de los jugadores: se creaba una suerte de ficción. Un tal Peloso, de Huracán, que desde cuarenta metros metía tiros libres espectaculares; un centroforward, Cejas, de Lanús, que se gambeteaba a ocho tipos antes de entrar en un arco. Una suerte de gran ficción, de algo no comprobable a la distancia*.

EDUARDO GARNERO. Tenía una memoria increíble, era un apasionado del fútbol y de relatar partidos. Y además se acordaba de la formación de equipos de otras épocas.

CÉSAR IACHETTI. Era chueco y caminaba bamboleándose para los costados. Y como jugador, más entusiasta que otra cosa. Los dos jugábamos adelante.

HÉCTOR GABETTI. Osvaldo jugaba de suplente, a veces lo ponían a jugar un rato como para dejarlo contento.

HUGO GONZÁLEZ. Usaba una rodillera, rengueaba un poco. Jugaba con unos botines Sportlandia y no sé por qué se le destiñeron, se le pusieron colorados: sabés lo que era jugar con unos botines colorados en ese tiempo.

JUAN CARLOS DE RIOJA. El papá de Osvaldo era el que ponía el dinero para comprar las camisetas y las pelotas. Por eso jugaba,

porque como jugador era un desastre. Nos pasábamos las tardes en el parque de su casa tirando centros para que Osvaldo la metiera de cabeza o de chilena.

ULISES GONZÁLEZ. En muchos de sus cuentos habla de mi hermano, el Colo. Los lunes hablaba del partido de primera que había escuchado por la radio y te comentaba todo, dónde había pegado la pelota, dónde había metido el pase. Desplegaba toda su imaginación.

HUGO GONZÁLEZ. Él creó ese mito de gran jugador, que estuvo en los mejores equipos de la zona del Alto Valle, pero es mentira.

EDUARDO GARNERO. Es cierto que fuimos a jugar a Chile, pero no que fue un seleccionado de jugadores de Cipolletti y tampoco que él fue el goleador. Soriano no jugó nunca en Cipolletti, nunca jugó en ninguna selección del Alto Valle, nunca fue goleador, sino que fue un patadura del montón como muchos de los muchachos que jugábamos.

En el mito de centrofóbal que se armó, se presentaba a sí mismo como un jugador tosco, víctima o favorecido por el azar, oportunista a veces, protagonista de situaciones absurdas, transgresor, un pibe que hace goles gracias a un rebote, una pifia, un tropezón del contrario, el engaño al árbitro, pero también porque quiere. *La gente de la Capital Federal no conoce lo que es el fútbol del Far West, el fútbol de aquellos tiempos. Vos llegabas a una cancha y el referí no estaba: se había mamado. Pero el partido se jugaba igual. Buscaban a alguien entre el público, se quitaba el saco y dirigía el partido. ¡Ni hablar de los linesman! Si hasta había equipos que jugaban con diez porque en el camino se había dormido o mamado alguno. Claro, había que recorrer treinta o cuarenta kilómetros entre un pueblo y otro. Esa era la razón por la cual muchos pibes de la tercera —y yo fui uno de ellos— se tiraban el lance de colarse en el camión que llevaba a los jugadores de la primera, porque ahí faltaba alguno y se presentaba la oportunidad de jugar. Eso fue lo que me pasó. Un día falló el 8 y debuté como 8. Otra vez faltó el 11 y jugué de 11. Después volví a aparecer de 8. Fue cuando uno me preguntó: ¿Y vos de qué mierda jugás? De 9, respondí. ¡Ah, ya me parecía que vos no eras 8!*

¿Soy yo aquel chico o es mi imaginación quien lo ha creado a imagen y

semejanza de mis deseos? En alguna entrevista contó que en Mar del Plata se le acercó el 10 del equipo, el que le tiraba los centros para que hiciera los goles; en otra, que un tipo aseguraba haber jugado un partido que inventó. *La ficción, cuando funciona, crea un terreno, una suerte de pacto similar al de una conversación o —mal que les pese a muchos— al de un cuento contado al lado de un fogón. Uno le cree al que cuenta o no. A partir de que le cree, por su tono, por su manera de relatar, nos puede contar el disparate del siglo. Es lo que ocurre con los cuentos de aparecidos y luces malas en el campo, si uno se pone a razonar dice que son un disparate, pero si el paisano entra a contar bien, se empieza a ver la luz mala por todos lados*.

No hay quien atestigüe que jugó en primera, ni en Confluencia de Cipolletti, ni en Independiente de Tandil, como solía decir. Tampoco hay mayores referencias de él como jugador al llegar a Buenos Aires; Eduardo Galeano aseguraba que siempre lo invitaban a los partidos entre periodistas de distintos medios y que nunca iba: ya Soriano se había acostumbrado a escribir de noche y a dormirse en las madrugadas. Samoilovich recuerda un único partido, acaso una única jugada: "Fue contra *Siete Días*, mientras estábamos en *La Opinión*. Yo le bajé una pelota de cabeza y él entró como Sanfilippo: metió un golazo, creo que ganamos 1 a 0. Pero se lastimó, y tuvo que quedarse en cama. Eso fue un poco antes de que yo me viniera para Bruselas. Luego, cuando él se vino para acá, jugábamos en la vereda".

El día que terminaba el Mundial de 1994 en Estados Unidos, aquel en el que a Maradona le "cortaron las piernas", contó en la contratapa de *Página/12*: "Evoco la prehistoria del fútbol y ahí estoy yo, tenso y concentrado en mi primer partido como internacional. Sucede en Temuco, al sur de Chile, allá por el año 59. Somos la selección juvenil del Alto Valle y llevamos casacas azules como Brasil ahora. No voy a narrar partidos que no interesan a nadie, pero recuerdo una cancha llena y un número 10 de ellos que nos hizo dos goles. Jugué horrible ese día. No acertaba a estar en el sitio adecuado en el momento adecuado. Me acuerdo cuánto me herían los festejos del público local

y lo irritado que estaba nuestro capitán Raúl Rusconi, un muchacho que pocas veces jugaba más de dos partidos seguidos sin que lo expulsaran". En su álbum de fotos hay un par de páginas vinculadas a esta historia: "Inolvidable viaje a Chile - Año 1961, mes de abril".

Durante las vacaciones de invierno de 1957 fue a Plaza Huincul, cien kilómetros hacia el oeste, junto con tres compañeros de la ENET. Se habían enterado de que en el industrial de esa ciudad los alumnos fabricaban motores y recibían una paga a cambio. Cuando llegaron el colegio estaba cerrado y no pudieron dar con nadie que los pusiera al tanto. Así que se mandaron a la planta de YPF, a ver si podían conocerla, y ahí sí tuvieron suerte, porque dieron con el jefe del yacimiento y su generosidad: les puso un Kaiser Manhattan con chofer para que recorrieran toda la instalación. Más adelante, cuando abandonó el colegio, empezó a trabajar en una casa de venta de materiales eléctricos. Y luego, en una empaquetadora de manzanas para exportación.

"Soriano era muchacho de jopo y gomina —escribió César Aníbal Fernández, representante rionegrino en la Academia Argentina de Letras—. Como Elvis Presley, llevaba un peinado que le aseguraba mantener el pelo en su sitio pese a los rudos vientos sureños. Pero no era un muchacho de rock sino de bailes más lentos. Con César Iachetti se juntaban en el Club Cipolletti para escuchar la orquesta de Los Ángeles de Perego que animaba los bailes de todo el Alto Valle. Entre sus pasatiempos estaba el de memorizar todas las marcas de los reloj pulsera de alta calidad. En 1958 su padre le compró una moto marca Motom de 49 centímetros cúbicos, de color rojo. Cada vez que tenía a mano algo parecido a un micrófono se ponía a relatar un partido, donde la estrella era ineludiblemente José Sanfilippo, (a) el Nene, máximo goleador de su equipo". Dice Catherine Brucher: "Me contaba que quería ser locutor, que se pasaba horas imitando a los locutores radiales".

Algún compañero recuerda carreras con la Motom, y que se lo veía con todo el equipo, casco, botas, guantes, campera de cuero. “Caímos presos por contestarle mal a un comisario —evoca Hugo González—. Éramos ocho muchachos que íbamos con las motos desde Cipolletti a Neuquén. A la policía le pareció que hacíamos mucho ruido, nos pararon y Osvaldo preguntó: ‘¿Y vos quién sos?’. De inmediato nos mandaron a la Comisaría 1. Pensábamos que nuestros viejos se iban a preocupar, porque éramos puntuales para llegar a casa. Para que pasara el tiempo más rápidamente al Gordo se le ocurrió formar un seleccionado de fútbol con los próceres que estaban colgados en los cuadros de la comisaría. Ahí agarró una libretita que tenía siempre y anotó que Julio A. Roca debía ser el arquero, por la altura. No era una persona de enojarse, se lo tomaba en joda, se reía todo el tiempo, siempre estaba de buen humor”.

Eran todos varones en el industrial; antes de abandonar parece haber tenido sus primeras relaciones sexuales. “Con toda seguridad éramos terriblemente machistas porque crecíamos en un tiempo y en un mundo que eran así sin cuestionarse. Un mundo de milicos levantiscos y jerarquías consagradas, de varones prostibularios y chicas hacendosas, sobre el que pronto iba a caer como un aluvión el furioso jolgorio de los años 60. Pero a fines de los 50 queríamos madurar pronto y triunfar en alguna cosa viril y estúpida como las carreras de motos o los partidos de fútbol”. El recorte proviene de “Primeros amores”, donde cuenta de su primera novia, de unos arrumacos/franeleos en el cine Español, del miedo de ella, de su propia e “inaudita torpeza”. A esa época y ese escenario refiere, también, el cuento “Donde Geneviève y el Flaco Martínez perdieron las ilusiones”, publicado en *Le Monde* durante el exilio. Relata las escapadas del colegio de un grupo de chicos, guiados por el profesor de Física, a un prostíbulo. Transcurre durante la primavera, “cuando la disciplina se relajaba” y los alumnos que eran parte del equipo de fútbol se sentían “con derecho a olvidar las matemáticas y la química para entrenar en la cancha vecina”.

El Gráfico, decía, era su Biblia. Y también estaba la radio. *Los relatos de Aróstegui, una voz culta, que gritaba el gol pero no tanto. A veces también escuchaba a Bernardino Veiga. Después me sedujo la voz de un comentarista que imaginaba un tipo serio, inteligente: era Osvaldo Caffarelli. Un día le escribí una carta. No sé, tendría 13 o 14 años y esa carta, pienso hoy, fue la primera pista de que yo quería ser periodista deportivo. Me contestó, y en un viaje a Buenos Aires fui a verlo. ¡Había estado con Caffarelli! Tengo una deuda con él porque, aun sin conocerlo, seguramente al permitirme visitar una radio por dentro influyó mucho para que yo dejara el fútbol, me hiciera periodista deportivo y me gustara el oficio*.

Junto a Ulises González y el ruso Acadier a comienzos de 1960 intentaron armar un periódico, que era más bien una hoja de oficio doblada en dos. Apenas apareció el primer número los citaron a los tres a la comisaría. Sobre el escritorio había varios ejemplares: los mandaron a recolectar el resto de la tirada. “Creo que Soriano había escrito una nota contra el intendente de ese entonces —relata González—. Fuimos a recoger todos los ejemplares que se habían distribuido, se los llevamos al comisario y nunca más volvimos a publicarlo”.

Al poco tiempo le escribió a Dante Panzeri, prócer del periodismo deportivo: en la sección “Usted tiene la palabra, lector”, del 4 de octubre de 1961, puede leerse: “Para Osvaldo Roberto Soriano, de Cipolletti: 1) *El Gráfico* siente no poder auxiliar su iniciación en el periodismo. 2) A Dante Panzeri puede escribirle a la misma dirección que a *El Gráfico*. 3) En sus puntos de vista de fútbol en general no hallamos motivos para respuesta. Están respondidos o compartidos semanalmente por *El Gráfico*”.

En otra carta adhirió a una campaña de la revista “a favor de la decencia y en contra de la violencia”. Hay una más, fechada el 6 de julio de 1960, que abre la sección de los lectores: “Osvaldo Roberto Soriano, de Cipolletti, Río Negro, nos pide una explicación de algo que no alcanza a comprender: ‘Si el fútbol argentino carece actualmente

de figuras, como suele decirse, por qué en vez de buscar «figuras» en el extranjero no salen los dirigentes (esto para los señores Armando, Liberti y otros) al interior a descubrir figuras?'. En el valle de Río Negro y Neuquén 'se ha formado la Liga Mayor de Fútbol, que une a más de diez pueblos, con un promedio de 20.000 habitantes cada uno'.

"Hay una explicación: las 'figuras' (entre comillas) tienen un fin inmediato; obran como impacto publicitario; las figuras (sin comillas) son para un fin posterior; con ellas es preciso esperar. La cosecha siempre es más fructífera en el segundo caso, pero no olvide que el plan es vivir para hoy. La angustia de vivir ese 'hoy' impide pensar en lo que hay que hacer durante el día siguiente. ¿Mañana? ¿Futuro? ¡Hoy, hoy, hoy!".

El futuro volvía a ser Tandil: el trabajo de su padre cambiaba otra vez la geografía de la familia. Esta vez fue más difícil: tenía un grupo de amigos e hizo algunos intentos por quedarse. Ante escribano, su padre consintió la emancipación. Nunca era del lugar en que vivía, y eso se parecía mucho a no ser de ninguna parte.

4

El descubrimiento de los libros

Por las noches, Robert Neville está cercado en su casa de Los Ángeles. Una guerra bacteriológica liquidó a gran parte de la humanidad, pero lo rondan vampiros mutantes y algunos muertos resucitan. Nació en 1940, tiene 36 años, fuma y toma bastante, escucha a Beethoven, cosecha ajos y afila unas estacas que emplea en sus recorridas para liquidar a los infectados mientras hay luz de día. Se ha endurecido y pertrechado para sobrevivir. Su familia ha muerto: está solo. Lo desquicia no tener compañía.

Años después, cuando arrecien las entrevistas, Soriano dirá que *Soy leyenda*, de Richard Matheson, fue el primer libro que leyó cuando tenía ya 20 años y estaba instalado en Tandil. La novela es de 1954 y aquí circulaba en una edición de Minotauro. En "Educación sentimental", artículo de 1993, Soriano cuenta que conservaba "un ejemplar mortecino, pegado con cinta scotch" y que se había enterado de que su autor seguía vivo por una noticia reciente: en pleno incendio de su casa en California, Matheson se mandó a las llamas para rescatar su último manuscrito y su gato. "El gusto por contar historias se lo debo primero a Matheson. Después vino Chandler con su mirada desencantada y hostil —escribe—. La casualidad hizo que en la primera novela que contó en mi vida, Laurel y Hardy aparecieran de nuevo, esta vez como vampiros", anota tras recordar que la primera película que vio fue un cortometraje del Gordo y el Flaco.

Sus padres alquilaron una casita frente a Plaza Moreno, en Avellaneda 335. Al poco de llegar a Tandil conoció a Ana María Colombo y enseguida se pusieron de novios. "Con Nilda, su prima, éramos amigas y estudiábamos Bellas Artes —me contó Ana María—.

A veces nos sacaban a hacer lo que se llama ‘paisaje’; un día fuimos a la plaza que está al pie del parque y cuando terminamos ella cruzó a saludar a su tía y a su primo. Osvaldo siempre le decía de una chica que veía pasar, con otras, pero no alcanzaba a explicarle quién era. Bueno, era yo. Y me quería conocer. Al otro día me lo presentó en el centro. Y así empezó todo. Él decía, al principio, que iba a ser jugador de fútbol. Pero luego nada que ver”.

Para zafar del servicio militar Soriano demoró la operación de la várice de su pierna derecha, que le molestaba bastante y lo obligaba a jugar con una muslera. “También tenía pie plano —me dijo Ana María —. Y aparte hubo un poquito de acomodo; mi padre formaba parte de una sociedad de canaricultura en la que había un militar con un cargo importante en Tandil. Cuando le llegó el momento de presentarse, mi papá habló con esta persona, y una ayudita le dio”. Luego estuvo en la operación: “Lo llevaron para el quirófano y a los cinco minutos lo trajeron de vuelta. Se descompuso, del miedo que le tenía a la anestesia. Lo operaron recién al día siguiente”.

Las salidas: “Acá era ir mucho al cine, a tomar café a las confiterías, por ahí a cenar”. ¿Bailaba, Soriano? “Nooo, no le gustaba. No hubo forma de que aprendiera. Y tampoco me hacía problemas por eso. Era buenísimo, pero tenía un carácter bastante bravo. Nos llevábamos bien, aunque teníamos agarradas grandes. Después de aprender dibujo y pintura empecé cerámica, y ahí tuve problemas, porque Osvaldo no quería que fuera. Decía que iba a perder el tiempo, que iba a fumar. Cuando nos conocimos yo fumaba y a los dos meses empezó él a fumar. Luego por ahí dejaba un tiempo, una semana, y siempre volvía. Fumaba muchísimo”.

La relación se rompería muchos años después, con Soriano ya instalado en Buenos Aires. De todas formas se mantuvieron en contacto hasta casi el final.

Hizo un curso de técnico gasista a poco de llegar a Tandil y gestionó una matrícula profesional. “Iba a disgusto, para conseguir el título —me dijo Ana María—. Pero era tan fiaca que no sé si lo terminó”. Para

contarse a sí mismo aludió muchas veces a su trabajo como encargado de un depósito de herramientas en Metalúrgica Tandil, que a mediados de los 60 llegó a tener dos mil empleados. Disponía de una oficina calefaccionada, bastante solitaria, en la que leía a gusto. Ahí escribió sus primeros cuentos. Entraba a las nueve de la noche y salía a las cinco de la mañana. *Nadie quería hacer este turno, porque todos estaban casados. Yo aceptaba este horario encantado de la vida a condición de que mis compañeros no me dejaran trabajo para hacer*. Es el comienzo de una rutina que ya no dejará: escribir por la noche, acostarse de madrugada, levantarse al mediodía o a primera hora de la tarde. *Cuando me fui de la metalúrgica, entré casi directamente en un matutino,* El Eco de Tandil. *En esa época, en los diarios de la mañana, sobre todo en los de las provincias, uno tenía que quedarse a ver la página en el taller. Cuando terminaba de escribirla me iba al boliche, volvía a la una y media a echarle un vistazo para ver cómo había quedado y vuelta al bar donde estaban los del cineclub, los del grupo de teatro, es decir toda la escenografía provincial, que era una proyección de lo que pasaba en la Capital.*

En comparación con Cipolletti, Tandil le parecía Nueva York. Una ciudad con edificios de cinco pisos, con grupos teatrales, bibliotecas, librerías. *Un buen día, en casa de unos parientes, conocí al novio de una prima. Trabajaba en una compañía de teatro experimental y era, a pesar de sus flamantes 19 años, lo que se dice un intelectual de provincia. Enseguida nos hicimos amigos, salíamos juntos, y poco a poco empecé a olvidarme de mi pueblo y a acostumbrarme a mi nueva vida. Una noche, a la entrada del cine, me preguntó qué estaba leyendo. Le contesté, bastante sorprendido, que no leía. Al día siguiente me prestó* Soy leyenda*, de Matheson. Quedé tan deslumbrado que al terminarlo fui a pedirle inmediatamente otro libro, entonces me prestó* Hacedor de estrellas*, de Olaf Stapledon, y, como lo devoré en unas horas, me pasó* Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Jan Potocki. En pocos meses había consumido toda la colección Minotauro y en el medio, sin que supiera de qué se trataba, había leído apasionadamente* Papá Goriot*, de Balzac, y* Madame Bovary*, de Flaubert, una de las experiencias más maravillosas de mi vida.*

Sobre esa época fue mencionando, en diversas entrevistas, muchos libros y autores. *Los hermanos Karamazov*, Hemingway, Lovecraft, *El perjurio de la nieve* de Bioy Casares, los cuentos de Cortázar, Horacio Quiroga, Edgar Allan Poe, Guy de Maupassant. También a Sartre, Scalabrini Ortiz, Lenin. *Recuerdo que fue algo dramático para mí, porque andaba por la calle pero quería volver a casa para seguir leyendo* —le decía a Mempo Giardinelli una madrugada de septiembre de 1988—. *Quería saber qué pasaba. Todo lo demás era accesorio; lo que yo sentía era una ansiedad tremenda por saber cómo carajos iba a resolverse la historia.* […] *Con Quiroga tuve el primer gran metejón, me volvió loco y fue mi modelo indiscutible en un momento de mi vida. Maupassant fue otra aventura, y para que tengas una idea de mi relación con el cuento —y decir cuento es decir Maupassant— su retrato preside aún hoy mi lugar de trabajo… Y cuando viene alguien a mi casa, si no lo conoce, le digo que es mi abuelo.* […] *Soy alguien que puede llorar leyendo. Igual que cuando veo cine, hay ciertas cosas que me hacen llorar. Y que no tienen que ver con la impresión melodramática sino con la belleza. De pronto, algo que es demasiado bello me hace saltar un lagrimón*.

Escribió sus primeros relatos a los 21 años. *Eran totalmente ilegibles. El primero se publicó en* El Eco de Tandil. *Un cuento imposible, quisiera que nadie lo encuentre nunca; comprar la edición de todos los archivos en donde están esos diarios, para que nunca los lean. Al llegar a Buenos Aires dejé de escribir ficciones, convencido de que tenía que hacer periodismo, porque era lo que más me gustaba*. Pero en esa época, en los comienzos, su sensación era distinta. *Yo estaba encantado. Cuando uno escribe un cuento nunca piensa que es malo. El narcisismo de los escritores es algo monumental; en comparación, el de los boxeadores es nada. Todos creen que son geniales*. Leía mucho a Horacio Quiroga. *Y no me arrepiento, porque ahí sí, con escrituras menores, es donde uno aprende más. Es muy difícil aprender con un texto absolutamente genial, como los de Cortázar o Borges, porque uno está ante una obra gigantesca, pero no se le ven los tornillos. Algunos escritores creen que no hay nada que aprender. Pero los que creemos que sí lo hay, apreciamos mucho los tornillos y las tuercas que*

se ven en Quiroga y en algunos buenos cuentos de García Márquez que maravillan por lo bien resueltos, y que también se ven en muchos norteamericanos y en Roberto Arlt.

Esa es la conclusión a la distancia, porque en aquel momento escribió esos relatos, decía, bajo la influencia de Cortázar, a quien le mandó uno de sus primeros cuentos. Con timbre de despacho del 27 de noviembre de 1964 recibía en su casa un sobre con bordes azules y rojos: "Monsieur Osvaldo Roberto Soriano". Desde el distrito XV de París, la respuesta de Cortázar. *Me temblaban las manos. Abrí el sobre y adentro había un cuento de Cortázar, "Una flor amarilla", publicado por la* Revista de Occidente *pero aún inédito en libro. Arriba, decía: "Con un abrazo de Julio". Nunca supe qué quiso decir. Había dos posibilidades. Una era: "¡Bestia, aprendé!", y la otra, más optimista: "Bueno, me mandás un cuento y yo te mando otro". Muchos años después, cuando lo conocí, le comenté este episodio. No se acordaba, obviamente, pero para consolarme me dijo: "Si te contesté, por algo era. Porque uno no puede contestar todas las cartas"*.

A ocho meses de su muerte, la revista *La Maga* reprodujo "Ocaso", cuento inédito fechado en agosto de 1964, que corrobora su opinión sobre sus textos de entonces. En *Actividades*, el otro diario de Tandil en el que trabajaría, publicó también el relato corto "La alfombra roja". A mediados del 65 recibía otra carta: "Tengo el agrado de dirigirme a Ud. con el objeto de comunicarle que su trabajo 'Persecución' ha sido seleccionado en el Concurso Latinoamericano de Cuentos organizado por Librería Palumbo. A los efectos de coordinar la publicación cooperativa de la antología que hemos formado con su cuento y otros trabajos seleccionados a este fin, es indispensable que envíe…". Cuando recibió la noticia anotó en un diario personal: "Si intervienen el trabajo y seleccionaron a más de veinte, ¿tiene valor?". Fue el primer relato que le publicaron en un libro, que se llamó *Otros trece cuentos*, del Instituto Amigos del Libro Argentino. Le dedicó uno a su novia: *Para Ana, mis primeras líneas impresas, producto de inquietudes que compartimos. Yo con mis alborotadas palabras, ella con su atento silencio*.

El historiador y periodista Hugo Nario fue quien propició la entrada

de Soriano a *El Eco*. *Siempre entré en los diarios y las revistas por la sección Deportes. Soy de los que, y lo voy a decir sin ruborizarme, leen el diario de atrás para adelante. Empiezo con Deportes, y a veces me leo la B, la C, estoy al tanto de todo, porque tengo esa sensación de que un día me voy a quedar sin trabajo y voy a tener que volver a trabajar en Deportes*.

"Lo mandaban a cubrir boxeo todos los sábados, en el club Ramón Santamarina, y yo lo tenía que acompañar —me dijo Ana María—. He visto tantas peleas… Y cuando había partidos en algún pueblo vecino, los domingos, y él iba para hacer las notas, me llevaba a ver fútbol también".

En ese tiempo yo era muy joven y tomaba demasiado. *Recién empezaba y me mandaron a ver un partido que no era central, sobre el final de la liga. Habría diez personas en la cancha. Llegué tarde, viniendo de un asado, y bastante entonado. Miré un poco y le pregunté a uno que estaba ahí: ¿Che, ¿cómo van?". Y me dijo, no recuerdo bien, "2 a 1". "¿Y quién hizo los goles?". Fulano y Mengano. "¿Y más o menos a los cuántos minutos?". Porque todo era más o menos. Tomé nota y seguí viendo el partido. Entonces hubo luego otro gol, un penal errado, etcétera, y yo me llevé en el resultado la suma de lo que me había dado el despistado que pasaba por ahí y los goles que vi después. De modo que puse, supongamos, "La Movediza batió por 3 a 2 a Gimnasia y Esgrima". Pero no había sido así: al otro día llaman al diario y dicen: "¿Cómo 3 a 2? ¡Fue 2 a 2!". Hubo un gran lío en el pueblo, y esto lleva a una gran reflexión sobre la credibilidad del periodismo, y sobre todo de lo escrito. En principio no quería decir la verdad, "Sí, llegué borracho y pregunté el resultado". Pero la gente que había estado en el partido que terminó 2 a 2 empezó a dudar si no había sido 3 a 2, como yo había escrito, puesto que esto estaba en el diario. Se tuvo que reunir el tribunal para discutir el tema. Después citaron al referí, y le decían: "Usted se comió un gol". "¿Cómo me voy a comer un gol?", decía el referí. "Estuve corriendo los noventa minutos al lado de los tipos: hubo dos goles de cada lado". Me citaron a mí y al periodista del vespertino, que había robado la nota completa, y los dos declaramos que habíamos visto 3 a 2. De modo que faltó un gol siempre.*

En enero de 1967 pasó de *El Eco* a *Actividades*, donde primero fue redactor y luego jefe de Deportes. De esta época Soriano no rescataría

un solo texto.

Juan Campagnolle, el novio de su prima, fue el muchacho que empezó a pasarle libros. Era también un gran narrador oral, humorista, con diversas inquietudes artísticas, en las que "inició" a Soriano, que pronto pasó a formar parte de la "mesa de intelectuales" que se juntaba en la confitería Rex, y de a poco fue sembrando sus historias en el Café 606, en la pizzería El Cisne, en el bar Ideal. Soriano contaba que a poco de llegar a Tandil, durante un tiempo y junto a Campagnolle se ganó la vida jugando al truco. Ana María y Nilda no recuerdan nada por el estilo en esa época.

Con este amigo, que era un gran intelectual y un gran cómico, que llegó a trabajar con Olmedo, solíamos jugar en los clubes, después de comer al mediodía. Una costumbre de los pueblos del interior: ir hasta el club, jugar un par de horas. Un día me dijo: "Che, con esto se puede ganar plata". Así salimos a jugar por esos lugares en donde sabíamos que se apostaba fuerte. Llegamos a jugar muy bien como pareja, a entendernos sin señas y a inventarnos señas propias. Empezamos por los barrios de afuera de la ciudad y después nos fuimos al campo, porque en el campo se creen vivos, sobre todo en este juego. Esa vieja cosa de las películas de ir a un pueblo, incluso pasar por gente de Buenos Aires, por porteños, que es lo más detestado del mundo: dos porteños obsecuentes, el paisano los carga, después la invitación para un partidito. Y así estuvimos un año dando vueltas por la provincia, hasta que mi padre se enteró y me lo reprochó a su manera. Pero la pasamos muy bien y fue una gran experiencia. Incluso jugamos en el Uruguay al truco uruguayo y ganamos, los hicimos de trapo; además, como se estaba apostando el orgullo nacional, se apostaba fuerte. Al final tuvimos la soberbia de ir a Médanos, que es la capital del truco, un pueblito cerca de Bahía Blanca en donde hasta los chicos de dos años saben jugar, y ahí nos destrozaron.

Recordaba Jorge Di Paola: "Frente al Banco Nación estacionó una especie de cápsula soviética, un vehículo de tres ruedas, y se abrió una puerta como de heladera, para adelante, y de allí bajaron dos gorditos muy de cine mudo, que con toda seriedad se dirigieron a El Cisne.

Eran Campagnolle y Soriano, de los que le había oído hablar a Víctor Laplace. Soriano conoció ese bar por el gordo Campagnolle, que quería ser humorista. Yo creo que eran cómicos los dos, y en la época de oro de Hollywood podrían haber sido de los grandes, porque manejaban los tiempos y los gestos como el mejor, pero que en la Argentina de los 60 tendrían que buscar otro destino". Nilda Villarreal contó que su novio de entonces probó suerte en Buenos Aires y fue parte de un par de emisiones de *La Tuerca,* el célebre programa humorístico. Era talentoso.

Campagnolle también llevó a Soriano al Pequeño Teatro Experimental, un grupo dirigido por Juan Carlos Gargiulo que montaba sus piezas en la Confraternidad.

"Como actor, Osvaldo era más o menos", me dijo Nilda.

"Actuaba bien", me dijo Ana María.

Daniel Pinhao, que también integraba el grupo, recordó la puesta de *Las aventuras de John Nobody*: "Era una sala que habíamos reciclado a pulmón, se llenaba de gente. Laplace era el protagonista, un tipo que quiere vender su suicidio a los diarios y las cadenas de televisión, tres magnates que éramos Osvaldo, Campagnolle y yo". Se estrenó el 14 de agosto de 1965 e hicieron seis presentaciones. "Éxito", apuntó Soriano en su diario personal.

"Hacíamos unos sketches, cortos, como parte de lo que se llamaba café-teatro, algo previo al café-concert, que había traído Gargiulo de Buenos Aires —contó Pascual Pina, otro amigo de esa época—. En Grisby, una confitería que ya no está, y era una réplica de Mau Mau. Era los martes: primero hacíamos estos sketches de humor político y luego había debates. Y se nos dio por hacer una parodia del intendente. Onganía ya estaba en el gobierno. Al martes siguiente el dueño nos dijo 'muchachos, lo siento mucho'… Y se terminó, nunca más".

En relación con la actuación, probó, también, algunos cortos humorísticos con Campagnolle. En su documental sobre Soriano, Eduardo Montes Bradley rescata "Un joven de nuestro tiempo", un cortometraje delirado, en blanco y negro. "Intentábamos hacer audiovisuales cómicos —contaba Jorge Di Paola, que también

participó de esos experimentos—. Mientras el Gordo y Juan hacían su número, yo sacaba fotos y luego hacía diapositivas en blanco y negro. La escena transcurría en el lago, que estaba sin agua porque habían hecho el dique".

En mayo de 1967 empezó a coordinar Grupo Cine: eran ocho, entre los que estaban Ana María Colombo y el periodista Eduardo Saglul. Los miércoles a las nueve y media de la noche, en el cine Avenida, proyectaron, entre otras, *Dr. Insólito*, de Stanley Kubrick; *Rocco y sus hermanos*, de Luchino Visconti; *Cenizas y diamantes*, de Andrzej Wajda; *Crónica de un niño solo*, de Leonardo Favio; cortos de Buster Keaton, de Chaplin, de Laurel & Hardy; *Los 400 golpes*, de Truffaut. Soriano andaba en un Isetta, un modelo de BMW más pequeño que un Fiat 600, dos asientos y techo de lona (la cápsula soviética a la que aludía Di Paola), al que solían pegarle los afiches de las películas, para promocionarlas dando vueltas por una ciudad que por entonces tenía 60.000 habitantes. "Casi siempre Soriano decía unas palabras antes de la proyección —me contó el cineasta tandilense Alberto Gauna—. Con *Zorba* o con *El romance del Aniceto y la Francisca* se llenó de gente, pero en general no teníamos mucho público. Después de las funciones nos íbamos a la Rex, para debatir sobre las películas".

En la revista mensual *Grupo Cine*, que dirigía, publicó un primer texto sobre Laurel & Hardy y un comentario deslumbrado sobre *2001: odisea del espacio*, de Kubrick. Hacia fines de 1967 el secretario de Cultura municipal les advirtió que eligieran "con más cuidado" las películas, en función del sesgo ideológico, y en enero de 1968 el ciclo se suspendió: Rubén Ferraro, el dueño del Avenida, les dijo que la policía lo había emplazado para que no les cediera más el espacio. El asunto saltó a la prensa nacional: *Clarín* y *Primera Plana* dieron cuenta del suceso y Soriano fue consultado en calidad de coordinador. La escena se iba poniendo densa: a las "sugerencias" sobre las temáticas que recibía el Pequeño Teatro Experimental, y al final de los sketches en Grisby, se sumaba esto. Varios miembros del Grupo han contado de pintadas en las calles acusándolos de comunistas, de guardias para

cuidar los afiches de promoción. “La orden de clausura surgió del comando militar de la zona”, consigna un informe de la Secretaría de Inteligencia de la provincia de Buenos Aires de 1968, que agrega: “Desde su creación, esta entidad habría estado influenciada por una corriente ideológica izquierdizante, circunstancia por la cual se la mantuvo en una permanente y discreta observación, pero hasta el momento, salvo la proyección de las referidas películas [las de Favio y *El bello Antonio* y *Pather Panchali*], y algunos debates luego de las proyecciones de las mismas, que se circunscriben a la calidad de ellas, en cuanto a dirección, fotografía, etc., no se observó ninguna otra actividad”.

En 1995 Onganía lanzaba su —estéril e insólita— candidatura presidencial, y Soriano, en un artículo titulado “Dictador”, lo recordaba así:

“Parco y temible en sus años de oro, el general es ahora una antigüedad, un desatino de la historia, una caricatura amarillenta y canosa. Pero qué miedo daban… La primera vez que lo vi en persona fue en Tandil, años antes de que iniciara su carrera de dictador. La última ocurrió en el invierno de 1970, ya caído, refugiado en casa de un nazi de la provincia de Córdoba. No bien lo tumbaron, la revista *Panorama* nos mandó, a un fotógrafo y a mí, a que lo buscáramos por cielo y tierra para sonsacarle una entrevista. Solo teníamos una pista que conducía a las sierras de Córdoba y allí fuimos, con suficiente plata para montar campamento y buscar entre valles y quebradas al hombre que nos había dado la Noche de los Bastones Largos, esa grande cacería de científicos, intelectuales y estudiantes. En una sola jornada Onganía acabó con el futuro de la Argentina y preparó el clima que una década después llevaría al terrorismo de Estado.

”[…] Lo cierto es que Onganía arruinó cuatro años de mi juventud. Lo recuerdo, amenazante, por televisión: un labio mellado cubierto por el bigote torvo. Casi tan ridículo y siniestro como Videla, aunque de mejor postura. Todo lo humano escandalizaba al general: el pelo largo de los jóvenes lo sacaba de quicio y entonces mandaba a que la

policía se los cortara. Los albergues transitorios, que en ese entonces se llamaban hoteles alojamiento, eran tomados por asalto y los amantes furtivos presentados en trapos menores a esposas y maridos cornudos. Sabiendo lo que vino después, aquello parecía un chiste. A nosotros, los muchachos del Cine Club de Tandil, nos clausuró por exhibir a Bergman y a Godard".

Cuando le comunicó su decisión de irse a Buenos Aires, el director de *Actividades*, Francisco Vistalli, se sintió aliviado: en un cajón de su escritorio guardaba un informe del comando militar zonal que identificaba a su cronista de Deportes como un "agente maoísta". Cuando aparezca la nota en *Primera Plana* sobre el calvario de Semana Santa, *Actividades* publicará "Un error que no debió cometerse", que critica su crónica por superficial, rebuscada, poco seria y negativa para la ciudad.

"Tandil, a él, nunca le gustó —apuntó Ana María Colombo—. Siempre decía que era un pueblo de mierda".

5

Grandes revistas porteñas

“La voz de Osvaldo sonó, alarmada, en el teléfono. ‘¿Qué pasa?’. ‘Que clausuraron *Primera Plana*’”. El 5 de agosto de 1969 Onganía había mandado el ejército a la redacción y Di Paola atendía el llamado en su departamento de Constitución: “Con cierta timidez me dijo que estaba haciendo la lista. ‘¿Qué lista?’. ‘Qué día de la semana puedo’. ‘¿Podés qué?’. ‘Almorzar en tu casa’”.

Quedaron para los miércoles. “Dos horas después cayó por la calle Salta. Traía una expresión entre rabiosa y preocupada. Tenía un cuadernito Rivadavia enrollado como un tubo y lo golpeaba contra la palma haciéndolo sonar. Lo dejó por ahí. Nos contó todo, vimos la ira, la impotencia. Lo imposible que era prever nada, siquiera suponer cuándo levantarían la sanción, ni si lo harían alguna vez. Yo sabía que se había venido de Tandil casi con lo puesto, que el episodio lo dejaba indefenso. Al rato nos dimos cuenta de que se había olvidado el cuaderno. Ese atardecer, al chusmear sus páginas, me di cuenta de la seriedad de Osvaldo. De la concentración y el tesón con que tomaba las cosas. Tenía relevado el peculiar lenguaje de *Primera Plana*. Venía de un diario de provincias, de narrar partidos de fútbol. Había hecho un análisis concienzudo del estilo de la revista. Me llamó la atención porque no era un estudiante de Letras, de quien hubiera podido esperar ese relevamiento de estilo (era técnico gasista, así como Miguel Briante era electricista) y yo hasta entonces desconocía, salvo el borrador de un cuento, sus aproximaciones a la escritura literaria. En el cuaderno también había algunos apuntes de cuentos y títulos de libros por leer. Comimos milanesas y nos reímos todo el almuerzo sin parar. Ya sabíamos que de algún modo se iba a arreglar todo”.

En ese departamento se conocieron Soriano y Antonio Dal Masetto. “Dipi preparó una comida para varios —me contó Dal Masetto—. Se las arreglaba con cosas muy económicas, arroz… Y la bebida era Redoxon, las pastillas efervescentes, con vitamina C, de farmacia, gusto a naranja: para no comprar gaseosa, que era más cara. Inventaba ese tipo de cosas”. “Eran de una pobreza franciscana, en ese momento —me dijo Sonia Freites—. El Dipi vivía a base de Nestum: como el padre era farmacéutico, se conseguía esas cosas para comer. La primera vez que Soriano vino a mi casa a cenar trajo un ramo de flores, muy formal. Era un tipo todavía muy tímido, con mucha cosa de provincia”.

Escribió Dal Masetto, sobre el día que lo conoció: “Somos jóvenes. Soriano comienza a contar una historia. Es algo que le ocurrió en Mar del Plata y, en la trama, de tanto en tanto, aparece un personaje que le ha traído mala suerte durante cierto tiempo. Cada vez que lo nombra, Osvaldo exclama: ‘Toco madera’. Y se lanza hacia atrás, sin darse vuelta a mirar, con el brazo estirado. La silla queda inclinada y en dos patas. La mano de Osvaldo, milagrosamente, acierta siempre en el marco de la puerta que está a sus espaldas y, gracias a esa puntería, logra sostenerse y mantener el equilibrio. […] Yo estoy especialmente deslumbrado por este desconocido, su capacidad de hacer las pausas justas y crear suspensos y manejar los tiempos como corresponde al contar su historia, y por esa suerte de acompañamiento circense. Osvaldo todavía no ha escrito ninguno de sus relatos memorables, pero los que nos reunimos en esa casa estamos asistiendo sin saberlo a un anticipo de lo que será: la palabra y el cuerpo en función del mismo arte, trabajando en armonía, proyectando con el riesgo y la elegancia de un acróbata los futuros maravillosos fuegos de artificio de un gran narrador”.

Soriano estuvo varios meses en el cuartucho de la azotea del hotel Tandil. “Lo había traído una promesa de Osiris Troiani, que le iba a dar trabajo en *Primera Plana* —recordaría Julio Algañaraz—. Pero

Troiani se olvidó un poco de él. Y un grupo de periodistas jóvenes, que hacíamos varias secciones, lo acogimos con nosotros, y así empezó a colaborar. Era un ambiente prácticamente mágico, con gente extraordinaria: para nosotros la revista había sido nuestra máxima experiencia profesional. En alguna nota Osvaldo recordó que mi hermano Juan Carlos y yo habíamos sido sus primeros editores". Tomás Eloy Martínez también lo recordaba "haciendo amansadoras" en la redacción: "A fines de los 60 era tímido, inseguro y corto de lenguaje (las antípodas de lo que sería después), pero tenía una mirada tan curiosa y tan atenta que parecía estar regresando del mundo y no yendo hacia él". TEM fue gran influencia para Soriano: *Para mí significaba una escritura periodística impecable, sus artículos eran una escuela, junto con los de Troiani. Cada nota de ellos era un ejercicio de estilo, y tenían más que ver con la narrativa que con el periodismo*.

Le contaba a Cristina Mucci: *Yo era un pajuerano y parecía un pajuerano. Para que me dejaran pasar llevaba la revista en la mano, abierta en la página de mi artículo. Nunca había entrado a una redacción y allí estaba la elite intelectual, no solo del periodismo sino también catedrática. En* Primera Plana *escribía la gente de Letras y de Sociología —una de las ciencias más fuertes y prestigiosas en la Argentina de ese momento—. Troiani, que era secretario de redacción, estaba parado al fondo, en el área de Corrección, y cuando me vio entrar, gritó: "¡Qué hace usted acá!". Yo le dije: "Y… vine a trabajar". "No", me contestó. "Las cosas no son tan fáciles. ¡Váyase!". Entonces empecé a irme, pero en la redacción había dos o tres que eran más piadosos y uno de ellos me dijo: "Sentate, no le des pelota. Quedate ahí". Había una silla vacía y me senté. Yo les recomiendo siempre a los periodistas que usen ese método, sé de varios que consiguieron trabajo así. Una noche, nadie quería ir a Berisso. Tomás Eloy Martínez, que era uno de los jefes de redacción, se paseaba tratando de tentar a alguien con los viáticos. De pronto me miró y me dijo: "¿Usted en qué sección está?". Y yo pensé: "Ya está, ya estoy en una sección". El jefe de Ciencia y Técnica, Félix Samoilovich, uno de los pocos piadosos, dijo: "Es mío". "¿No me lo prestás?", le pidió Martínez. Yo no sabía bien cómo era la cosa. Me miró y agregó: "¿Usted no iría, en condiciones muy especiales, naturalmente, hasta Berisso?".* […] *Eso me*

dio cierto crédito, y otro día me dijeron: "¿No quiere ir hasta Balcarce?". A esa altura ya me estaba poniendo más fino, porque estaba haciendo una sección dificilísima llamada "Transiciones", que contenía noticias políticas muy chiquitas, que había que meter con calzador para que entraran en una columnita fija. Era tan fino todo que para ir a Balcarce se tomaba el avión a Mar del Plata y de ahí un remís. Se tardaba más, pero esa era la regla de Primera Plana*. Si no era así los redactores se ofendían.*

Entre los papeles de Soriano hay una foto en la que se lo ve entrevistando al mayor Obdulio Siffredi, ingeniero y jefe de la Estación Terrena de Comunicaciones Vía Satélite de Balcarce: es de julio del 69, el mes de la llegada del Apolo XI a la Luna. Saco y corbata, serio, lapicera y cuaderno de notas. Es lo último que hizo para *Primera Plana*. Los hermanos Algañaraz le ofrecieron un sitio en *Semana Gráfica*. El primer número de esta revista de la editorial Abril, pensada para competir con *Gente* (que a su vez había crecido hasta tener muchos más lectores que otra revista de la editorial, *Siete Días*), apareció el 19 de septiembre del 69 y Soriano ya figura entre los redactores del staff. Como trabajó además en el armado de algunos números de ensayo puede deducirse que fue poco el tiempo de zozobra laboral. Títulos del número inicial: "La felicidad se llama Palito Ortega", "Todo el misterio de Sharon Tate", "Libertad Leblanc no quiere ser sexy". No le pareció la gran cosa, pero por fin tenía un empleo estable: primero se mudó a una pensión en Uriburu 1049 y pronto alquiló un departamento en Mario Bravo y Cabrera, barrio de Almagro. Nora Lafón fue compañera suya en esa redacción: "Era un tipo muy gracioso, que ya estaba obsesionado con Laurel y Hardy. Su escritorio estaba a mis espaldas, y mientras escribía se daba ánimo: '¡Adelante, Soriano!' '¡Vamos Soriano!'".

En 1970, a cuarenta años del fusilamiento del anarquista Severino Di Giovanni, le encargaron una nota. "Y no encontré nada más natural que comprar el libro histórico de Osvaldo Bayer y tomar de allí todos los datos. Comodidad u osadía, la pagué cara: Bayer me llamó, se presentó y me dijo de todo. Al colgar me quedó de él una falsa imagen: la de un tipo intransigente y de pocas pulgas". No volverían a hablarse hasta 1976 en Frankfurt, ambos ya en el exilio.

Por esos días, en la redacción, un sexto piso en Alem y Paraguay, conoció a otro periodista, que llegaba a Buenos Aires desde Resistencia: "Todos los días salíamos de ahí —me contó Mempo Giardinelli— y nos íbamos a tomar cerveza con maníes a el Bárbaro, sobre la calle Reconquista, un lugar lleno de historias y mitologías". El fotógrafo Carlos Bosch también lo conoció en *Semana Gráfica*: "Nuestro primer reportaje juntos fue un viaje a General Villegas con la idea loca de desentrañar los verdaderos personajes de *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig. El reportaje fue un fracaso, porque no conseguimos la mínima información necesaria, y Osvaldo, que aspiraba a ser Chandler, Mempo, que aspiraba a ser Hemingway, y yo, a ser Cartier-Bresson, volvimos sin la nota, frustrados pero contentos, sobre todo yo, pues había ganado amigos para toda la vida".

Al salir de la redacción caminaban por Corrientes hasta Pippo. "Era muy barato, comíamos un bife con puré, o unos fideos con tuco y pesto —recuerda Giardinelli—. Nos quedábamos charlando, largo. Y después, con Osvaldo, nos volvíamos caminando o en el colectivo 94. A veces nos juntábamos, en el departamento de él o en alguna casa, terminábamos armando un grupo de ocho o nueve. Todos estábamos bastante fascinados con los Beatles, pero él no, no lo tengo como alguien muy entusiasta con nada de música. Era más bien futbolero. Una época de bohemia, íbamos mucho al cine Arte, al Losada, al Lorraine: era obligatorio ir una o dos veces por semana. Parábamos cada tanto en La Giralda; alguna vez, rara, fuimos al Palacio de la Papa Frita; a La Paz también íbamos poco, le teníamos un poco de recelo. Otra cosa: con Osvaldo éramos ginebreros. Chupábamos mucha ginebra, con hielo, siempre Llave. Y fumábamos como animales: ¡agh! Dos o tres paquetes por día, como escuerzos. Eso, más o menos, era la vida".

Los boliches siempre estaban llenos de gente y nosotros íbamos a los del Bajo con Miguel Briante, Dal Masetto, Juan Manuel Francia, Néstor Sánchez, Di Paola, que ni siquiera dormía. Éramos distintas bandas y ocupábamos varias mesas de los bares donde parábamos hasta que, a cierta hora, nos juntábamos todos. ¿Eran tan distintas aquellas noches? *Creo que los cambios fueron generacionales. Nosotros nos casábamos*

mucho más tarde. Ahora veo chicos de 23 o 24 años con hijos. Nosotros éramos solteros en busca de minas por el Bajo o por La Paz. La idea del matrimonio y de los hijos venía después, era de gente seria. En esos tiempos también estaba muy connotado aquello de defender las ideas con el cuerpo. Con Briante y con Di Paola hemos ido presos varias noches por disturbios en la vía pública. También es cierto que en ese tiempo no se necesitaban dos sueldos. O quizás, otra variante que también pienso, es que no teníamos tanta ambición por poseer cosas inmediatamente. Hoy un sueldo o dos y varias colaboraciones te permiten comprar un minicomponente. En esa época solo podías rodearte de un Winco, un televisor blanco y negro (la televisión no era prestigiosa y por lo tanto no era el primer electrodoméstico que uno compraba), la heladera chiquita y usada y, si tenías algo de guita, un grabador. La noche no era cara. Por lo menos la noche nuestra, que era de ginebra. El whisky lo dejábamos para el aguinaldo o para cuando alguno cobraba bien. Norberto Soares, otro de los muchachos de la barra, era el que siempre andaba con guita, y lo proclamaba. Decía: 'No paran de pagarme, todo el tiempo recibo plata, tomen un poco', y pagaba la mesa. Me acuerdo de largas caminatas con Briante, Di Paola o Dal Masetto a las tres o cuatro de la mañana por Buenos Aires. Eran al azar, hablando de literatura y de la vida y la muerte, como corresponde a esa hora.

Giardinelli distingue etapas: "Al principio tenía una postura discreta, muy humilde respecto de la literatura. Es más: él no creía que fuera a ser un gran escritor. Pero era muy buen lector, y esto se empezó a manifestar a fines del 70. Y para mí fue muy importante, porque en materia de género negro a mí me formó él. Traía uno o dos libros por semana de El Séptimo Círculo, se enamoró de esa colección. Un día me dijo 'tenés que leer a Ross Macdonald, es extraordinario', y me dio *Costa bárbara*: él lo adoraba, sobre todo sus diálogos. Traía y traía libros y yo le decía 'hijo de puta, ¡vos leés más rápido que yo!'. Después empezó con Chase, se volvió loco con *El secuestro de miss Blandish*". El policial lo cautivó. "En esos días la consigna consistía en memorizar el primer párrafo de la inolvidable novela de Chandler *El largo adiós* —situaba Rodolfo Rabanal—. El efecto que esa novela causó en Osvaldo fue decisivo, y hasta me atrevería a decir que su

estímulo puso definitivamente en marcha la maquinaria de su talento narrativo. Recuerdo cuánto nos gustaba Marlowe, con su parquedad sentenciosa, sus debilidades varoniles y el sabio relumbrón de su escepticismo. En esas épocas, dos jóvenes periodistas con ambiciones literarias podían perder el tiempo alegremente y arrancarse los ojos por la utilización feliz de un adjetivo, la construcción perfecta de una frase o la preferencia de un autor sobre otro. Saber elegir era un mérito que se premiaba con respeto. Y cuando conseguíamos un párrafo adecuado dábamos un grito de triunfo detrás de la Olivetti. Más de una vez, el Gordo se acercaba con la página en la mano para decirme 'Escuchá esto', y me leía con cuidadoso énfasis lo que acababa de escribir. Vivíamos tiempos en los que nadie hablaba de marketing; los temas eran Hemingway, Proust y las crecientes desgracias de un país que temíamos perder. A veces nos demorábamos tanto en discusiones de trasnoche que olvidábamos la exigencia inapelable del cierre. Tomás Eloy Martínez era el director de *Panorama* y venía a buscarnos con una sonrisa cortés pero desesperada. Y, en ocasiones, lo sé ahora, se moría de rabia no solo porque tardábamos en entregar, sino porque él se estaba perdiendo los cuentos de Soriano o las discusiones interminables sobre los beneficios del estilo indirecto o las virtudes del estilo directo".

En 1984, ya de vuelta del exilio, Carlos Ulanovsky le señalaba que a varios escritores de su generación (Piglia, Martini, Dal Masetto, Feinmann) les apasionaba el policial. *Apasiona, probablemente, la conducta del personaje de novela dura, su propensión a la vida solitaria, la demostración de una ética individual, de una moral incorruptible. Y eso está tanto en el personaje chandleriano como en el de Hammett o en Ross Macdonald. Yo, de todos, me identifico con ellos por el rechazo que estos personajes sienten por una sociedad asfixiante y con que su actividad pasa por un eje de búsqueda, de investigación, que se parece en algo a la tarea del periodista.*

En marzo de 1970 pasó de *Semana Gráfica* a *Panorama*, en cuyo staff estaban Ernesto Schoo, Homero Alsina Thevenet, Juan Gelman, Aída

Bortnik, Pasquini Durán, Marcelo Pichon Rivière. El pase, apuntalado por Francisco Juárez, signó bastante más que la mudanza de un piso a otro —las dos revistas funcionaban en el mismo edificio—: empieza a consolidarse en el oficio. "La revista de nuestro tiempo" era el eslogan de este semanario que "se destacaba por tratar con profundidad los temas que los diarios trataban con superficialidad, dándoles mucha importancia a los enviados especiales", apunta Ulanovsky en *Paren las rotativas*.

En efecto, en los resúmenes editoriales de cada número se ponía la lupa en el trabajo de dos o tres semanas de tal o cual periodista sobre un tema, personaje, coyuntura. De esa etapa Soriano rescató para *Rebeldes, soñadores y fugitivos* "La leyenda de la rusa María", la historia de una polaca que con 25 años llegó a Buenos Aires en 1922 y terminó regenteando una serie de prostíbulos en Salta.

Para *Artistas, locos y criminales* rescataría "Sonny Liston. El último suspiro", una crónica sobre la sórdida muerte en Las Vegas del ex campeón de los pesados, publicada en enero del 71. Estaría en *Panorama* menos de un año, pero es un escalón importante en su formación: se acerca a grandes temas y personajes, asoman en su prosa la fluidez, la ironía y el humor. En dos páginas retrata la rebeldía de Muhamad Alí, que por entonces retomaba el camino para recuperar su título; en otras dos cuenta de un cansino combate de Locche o entrevista a Juan Domingo Corradi, un mendocino al que había visto pelear en Tandil, a dos días de haber conseguido el campeonato argentino de los livianos junior, y lo pinta como un vago para entrenar, mujeriego, que afloja en las peleas cuando ve al rival ya muy castigado. Escribe crónicas sobre un Boca-River, sigue los pasos por Bariloche del presidente Levingston durante un feriado, rastrea a Onganía por las sierras cordobesas. Casi al final de su estadía en la revista, en marzo de 1971, hace una extensa cobertura de la convulsionada situación en Córdoba, con entrevistas al gobernador José Camilo Uriburu (nieto del dictador) y a varios dirigentes sindicales, entre ellos Agustín Tosco. Lee qué está en juego, el factor industrial, las perspectivas revolucionarias de las organizaciones más radicalizadas, la interna militar, el peso específico del peronismo. Del

peronismo, de hecho, será de lo primero que escriba en *La Opinión*.

6

Redactor estrella y novelista

"*La Opinión* fue, en su mejor época, un diario de lujo para una elite de profesionales e intelectuales liberales o de izquierda. Jacobo Timerman, su creador, tenía una teoría que reiteró en el canallesco interrogatorio al que lo sometió el general Ramón Camps: 'Se necesita a los mejores periodistas de izquierda para hacer un buen diario de derecha'. La *boutade* tenía algo de cierto: el diario empezó criticando al gobierno de Alejandro Agustín Lanusse, pero cuando este lanzó el ilusorio Gran Acuerdo Nacional lo apoyó a cambio de avisos oficiales y con la secreta esperanza de cerrar el camino al peronismo".

Así abre el prólogo de *Artistas, locos y criminales*, su antología de artículos periodísticos de *La Opinión*, al que se incorporó un par de días antes del debut, el 4 de mayo de 1971, convocado por el subdirector, Julio Algañaraz, para hacerse cargo de la sección Deportes. Juan Carlos Algañaraz y Horacio Verbitsky arrancaron como secretarios de redacción. A Timerman no le interesaban los deportes, y como consecuencia la sección era mínima. Lo que se proponía era hacer un diario influyente, de análisis profundo, inspirado en *Le Monde*, con los mejores periodistas de Buenos Aires, a quienes les pagaría los mejores sueldos. Luego hubo etapas, vaivenes, volantazos, huelgas: era una época convulsionada, con varias organizaciones armadas robusteciéndose, con Perón todavía proscripto, con Timerman acomodando y reacomodando fichas y posturas para sostener su empresa, con los militares que parecían recular y en realidad estaban tomando impulso para la futura carnicería.

La redacción se distribuía entre dos plantas del edificio de Reconquista 585: en el tercero, las "secciones duras" (Política, Economía, Internacionales), y en el noveno, Cultura, Espectáculos,

Información General, Deportes, Ciencia y Técnica. Algunos compañeros: Roberto "Tito" Cossa, Luis Guagnini, Osiris Troiani, Lilia Ferreyra, Alcadio Oña, Rodolfo Terragno, Milton Roberts, Pasquini Durán. Algunos del noveno: Juan Gelman, Félix Samoilovich, Carlos Ulanovsky, Felisa Pinto, Tununa Mercado, Ricardo Halac, Roberto Jacoby, Miguel Bonasso, Julio Ardiles Gray, Enrique Raab, Hermenegildo Sábat, Victoria Walsh. "Yo estaba vagamente enamorado de Vicky, aunque ella no lo supiera", escribiría Soriano veinticinco años después, en "El mal absoluto", un artículo publicado a dos décadas del golpe de 1976, en el que se apesadumbra por su asesinato y también por los de Paco Urondo y Haroldo Conti.

"Aída Bortnik llevó a Osvaldo a comprar ropa —recuerda Samoilovich —. Le decía: 'No podés seguir vistiéndote así, tenés que ser un periodista bien'. Y entre otras cosas le compró un saco bordó, famoso, con botones dorados. Que el Gordo se lo podía poner con un pantalón verde, tranquilamente. Entonces ella lo retaba: '¡No, así no!'. Se compró un Fiat 600, con el que yo pasé mi examen para conducir. Con un mes de salario te comprabas un auto. Ganábamos 250.000 pesos. Era muchísimo comparado con lo que pagaban en otros diarios".

Di Paola tenía una historia en ese Fiat de segunda mano, un viaje para hacer una nota en Cariló, tiempos en los que el sitio se estaba configurando y las rutas eran bastante precarias. "Al atardecer empezó a echar humo el radiador. Nos quedamos completamente a oscuras en el camino. No paraba nadie. Había un cierto miedo en las rutas, estaba Lanusse. Vi unas luces. Sugerí que podían ser pescadores. El Gordo dijo: esos tipos deben estar cazando ranas. Y me fui a ver si conseguía una botella. Me metí en el campo, y cuando había hecho unos cincuenta metros casi me caigo. En la puteada fui a mirar qué era y era una botella de sidra clavada en la tierra arenosa. Pensé que era un cacho de botella, que no podía tener tanta suerte. Pero estaba entera. Fui hasta el arroyo y, en efecto, estaban cazando ranas. Cargué ahí un poco de agua. Hicimos un tramo más y se pinchó de nuevo, cada cinco minutos cargábamos agua en la banquina. Fue maravilloso cuando

entramos en una estación de servicio, el coche venía echando una humareda terrible. Los camioneros se cagaban de risa. Parecía una película cómica". La historia pasó a ser uno de los relatos de café de Soriano. "Después lo acompañé a hacer el reportaje a un cajetilla de alta alcurnia que había empezado el negocio con algunas construcciones. Era una caricatura de oligarca. Yo le notaba el fastidio que el Gordo tenía con el tipo, que por ejemplo decía 'nuestra familia ha plantado 200 mil pinos', y hablaba de la propiedad privada. Nos pateábamos por abajo de la mesa; yo percibía que algunas cosas que decía el Gordo eran irónicas. Por momentos tenía la sensación de que todo se podía arruinar. Luego comentábamos que se había parecido bastante a cuando Philip Marlowe iba a ver a un ricachón que tenía alguna historia secreta".

Su primera nota firmada aparece en la sección Costumbres y enfoca en la iconografía del retorno de Perón: "Desde que el gobierno del teniente general Alejandro Agustín Lanusse produjo una relativa apertura hacia la opinión pública moderada, y comenzó a mencionar el eslogan *Juego limpio*, una rápida ola de peronización creció en Buenos Aires. Al menos en el terreno de la iconografía". El artículo arranca señalando que el disco *Recibí carta de Juan*, de Los Bombos Negros, había vendido en una semana 50.000 placas, y que eso impulsó a Magenta a lanzar otro disco, *Respuesta a tu carta*, "balada interpretada por Juan Domingo y su conjunto", que antes de salir a la venta ya había colocado 100.000 copias en los comercios de Capital. Y luego traza un mapa del rebrote en la opinión pública del Pocho, cuyo nombre había estado prohibido durante largos años: la solemnidad de Bernardo Neustadt y el desparpajo de Tato Bores en televisión, el proyecto de Hugo del Carril para filmar la vida de Evita, discos con discursos del General y con marchas y canciones peronistas, biografías de Eva y de Perón, vendedores ambulantes que ofrecen los escudos justicialistas en los subtes, cuadernillos, pósteres, banderines. "Tal vez todo empezó cuando hace un mes las paredes de Buenos Aires aparecieron empapeladas por afiches con el rostro del 'líder' (cuando

era más joven y apuesto) que anuncian: 'Perón o nada'".

Enseguida se mete de lleno en sus temas: cubre la campaña de San Lorenzo, subcampeón del Metropolitano, y elogia al mediocampista Enrique Chazarreta. Y le echa el ojo a Carlos Bianchi, a punto de "convertirse en un delantero excepcional". Es particularmente duro con Pelé ("es ahora un propagandista de los objetivos de mano dura del Brasil") y con João Havelange, por entonces presidente de la Confederación Brasileña de Fútbol, en plena carrera hacia la presidencia de la FIFA. Quien la presidía por entonces, Stanley Rous, viajó a Buenos Aires de cara al próximo Mundial en la Argentina, y Soriano hizo una crónica puntiaguda sobre el primoroso recibimiento con asados, paseos y "chicas en hots pants". Era un especialista en captar estos detalles cargados de sentido. En esta serie de notas se ve su vocación para entreverar lo cultural y lo deportivo con el poder político y económico. Mientras Havelange plantea que si se habla de fútbol lo sociopolítico se disimula, o se soslaya, Soriano desenmascara la operatoria y hace algo más: habla de fútbol *y de* política.

Su mirada abarca la alta esfera y el hombre común, lo micro y lo macro y, como se ve, "los temas serios" de las "secciones duras" y los temas que pueden signarse a la ligera como de "esparcimiento", los de las "secciones blandas". Si la curiosidad y la pasión lo llevan a ahondar en distintas etapas en alguna dirección específica, eso no lo hará renunciar definitivamente a ninguna de esas dimensiones. Es una característica de su camino como periodista y también lo será en su obra literaria. Puede verse esto en una columna sobre deporte y violencia: "Quienes se asombran por el recrudecimiento de la violencia en las canchas […] son los mismos que olvidan que su salario tiene cada vez menos valor; que los hospitales se han convertido en una forma de filantropía piadosa en lugar de ser un derecho pactado por los seres humanos cuando se unen en sociedad; que la desmedida acumulación de valores desequilibra el presupuesto de quienes trabajan a las órdenes de otro".

También comenta libros. Y lo hace sin pelos en la lengua. Es contundente, digamos, a favor o en contra. Y eso puede coexistir en un mismo texto, como ocurre en *Literatura de la pelota*, de Roberto

Santoro, una recopilación de cuentos, poemas, ensayos, críticas y estribillos tribuneros "que no pretende otra cosa que reunir material disperso"; le critica, por ejemplo, que agrupe textos con el fútbol como tema central con otros que apenas lo aluden de soslayo, o que incluya ensayos "poco serios" (entre ellos, uno de Juan José Sebreli), pero a la vez le reconoce el desprejuicio, el fervor del autor o el rescate de textos de Arlt o Quiroga. Más duro es con los cuentos de *El país de octubre*, de Ray Bradbury: "Admirador de Walt Disney, este creador de mitos pequeños se dedicó a perfeccionar un lenguaje acaramelado en el que no tienen cabida las maldiciones ni los improperios". Le cuestiona que no use las palabras para describir un mundo en acción y que sí lo haga "para transformar la realidad objetiva en un sueño dorado". "La literatura norteamericana contemporánea tuvo en Faulkner, Hemingway, Mailer, Baldwin, feroces denunciantes de una realidad rica y compleja; con Bradbury consiguió un naturalista romántico capaz de conmover (ruborizar) a la mayoría silenciosa. Alguien que despoja a la vida de mandones y mandados, que los unifica en un solo hombre desconcertado ante el avance de la sociedad industrial". Un "ermitaño plañidero", anota, cuya leyenda lo convirtió en el narrador de ciencia ficción más famoso, aunque su escritura esté alejada de la de Clarke o Lovecraft.

En contraste, es fervoroso con *La maldición de los Dain*: "Hammett equilibra sabiamente los lineamientos de la novela-problema y aquella violencia con que el autor inauguró una nueva época en la narrativa norteamericana", y "va más allá de la simple trama policial: la muerte y la locura son sus protagonistas verdaderos". Lo deslumbra el estilo, que "cada palabra y cada frase describan acciones y climas a la vez", y enfoca en los encuentros entre el detective de la agencia Continental y el escritor Owen Fitzstephen, "memorables observaciones sobre los distintos prismas utilizados por un intelectual y un hombre de la calle para comprender una misma realidad". Del comentario se desprende que había leído toda su obra y que conocía de su biografía: *En Tandil era el único novelista policial aceptado entre los intelectuales de la Rex*.

Y en Buenos Aires se le reveló el universo de Chandler: está aquella escena iniciática, aquel grupo de periodistas borrachos caminando por

Florida, y Norberto Soares recitando el primer capítulo de *El largo adiós*. "Mi viejo muchas veces contaba, con orgullo de amigo, que lo había hecho conocer a Chandler", me dijo el poeta Lucas Soares. "Por él y por Marlowe profesó una auténtica idolatría —escribió Rabanal—. Por entonces la literatura hacía estragos entre nosotros (la literatura y la política), leíamos a Conrad, repetíamos de memoria el párrafo inicial de *Lord Jim* y afilábamos 'el estilo', un modo de decir que no fuera decir lo obvio (detestábamos la palabra 'obvio') y una manera de narrar que nos distinguiera del pasado sin olvidar a los maestros. No sería inexacto decir que revistas como *Primera Plana* y *Panorama* y después el diario *La Opinión* le prestaron el marco y el contexto para un joven escritor en marcha: en aquel periodismo estaba la calle y también la forma. La forma era la palabra justa describiendo la situación adecuada en el momento oportuno. Una frase debía ser precisa como un tajo y debía atrapar como un anzuelo".

La idolatría es nítida en "Dolor y dignidad", publicado en *La Opinión Cultural* que dirigía Gelman. Con *El largo adiós*, plantea, el discípulo ha superado al maestro: "Ya lejos de Hammett, con una grandeza humana que tiene pocos precedentes en la narrativa de su época, Raymond Chandler pone sobre la mesa sus dudas y sus odios, sus angustias y sus diminutas alegrías, para que Marlowe las haga suyas en medio de una soledad de la que es imposible rescatarlo". Lo semblantea "irónico, despiadado a veces, realista hasta la ofuscación", y observa que para él "el amor y la amistad son cosas demasiado importantes como para tomar a la ligera", en un mundo en penumbras poblado de "criaturas ambiciosas que no vacilan en matar para conseguir el dominio de un garito, para imponer un alcalde, un gobernador". El texto tiene varias pinceladas románticas: apunta que vivía solo y aislado, que se negaba a publicar en editoriales importantes, que en su casa de las afueras de Los Ángeles correteaban decenas de gatos. En este artículo hay varias claves para *leer* el que sería primer libro de Soriano, aunque falten dos años para que lo publique: la presencia del propio Marlowe, la cadencia y la atmósfera de la prosa, el escenario de Los Ángeles y hasta la última línea de la novela, que le dará el título a la suya: "No le digo adiós. Se lo dije cuando tenía algún significado. Se lo dije

cuando era triste, solitario y final". Chandler está hasta en la raíz de la mitología de los gatos y Soriano.

A poco de empezar en *La Opinión* Soriano convocó a Eduardo Rafael. El Flaco Rafael y el Gordo Soriano: sus relatos caricaturescos de aquellos días.

RAFAEL: Osvaldo recordó las largas charlas que habíamos mantenido en la redacción de *Semana Gráfica* y me llamó. La sección Deportes era la más desprotegida del diario. Timerman la desdeñaba, aunque menos que a Policiales.

SORIANO: En medios como *La Opinión* o *Panorama*, cultos entre comillas, hacer deportes era el mejor quiosco. Nos manejábamos entre amigos. Había un flaco fenomenal. Éramos nosotros solos.

RAFAEL: Osvaldo amaba el fútbol y el boxeo. Por eso deslindaba en "espontáneos colaboradores especiales" la responsabilidad del espacio que se le concedía al polo, al rugby o a juegos sociales como el bridge.

SORIANO: El asunto era laburar lo menos posible. Por eso el Flaco inventó lo de los colaboradores famosos. Les pedía columnas a Jorge Daguerre, a Osvaldo Zubeldía; incluso llegó a firmar Oscar Gálvez. Teníamos una columna de ajedrez y otra de bridge, que iban los días que estábamos flojos de información.

RAFAEL: Cuando cualquiera de ellos le entregaba una nota o un comentario corregía el estilo, cuidaba el lenguaje, pero jamás interfería en el texto. Un día nos desayunamos con que a Timerman le agradaba que se dieran versiones distintas sobre un mismo hecho para que el lector formara su opinión. Confeccionamos una lista de personajes y les pedíamos notas. Con eso reducíamos nuestro esfuerzo profesional. Lo pusimos en práctica y celebramos el éxito con una Quilmes Imperial en El Pulpito.

SORIANO: Un día al Flaco se le ocurrió que era una pavada ir todos los días, que podíamos turnarnos. Le dije que se iba a armar la bronca y me contestó: "¡Qué se va a armar, si ni siquiera saben que laburamos acá!".

RAFAEL: Escribir poco y salteado en el diario le redituó un tiempo libre que Osvaldo supo aprovechar, felizmente, para dejar vagar su imaginación. Y entonces Juan Gelman lo indujo a que escribiera en el suplemento cultural y se convirtió en una especie de entrenador de escritor. A Soriano le gustó la idea y sin abandonar la jefatura en la sección Deportes narró historias de vida y escribió artículos que lo fueron enriqueciendo.

Aunque solía gustarle presentarse como un transgresor algo atorrante, un repaso por lo publicado en *La Opinión* durante 1972 pone en evidencia que trabajó mucho ese año. En febrero publicó "El caso Robledo Puch", una hipnótica reconstrucción del raid criminal y de la personalidad de este chico de clase media de 21 años. Hizo notas sobre el Prode, el doping, la historia del off side, los jugadores que prometían, y siguió la campaña de San Lorenzo, que en esa temporada ganó los dos torneos locales. Escribió sobre la potencia de Víctor Galíndez en una pelea y sobre el insólito gesto de Nicolino Locche en otra, donde evitó seguir lastimando a un rival ya grogui: "Es uno de los más grandes boxeadores de todas las épocas, a pesar de él. También es un antihéroe, un hombre capaz de aceptar una victoria sin espectacularidad". A lo largo de ese año también entrevistó a Quino y retrató a Sábat, y emprendió para el suplemento cultural una serie de "Historias de vida" que definía así: "Era una de las formas más difíciles del reportaje. Consistía en escuchar, ante un grabador, durante cinco o seis horas —tal vez más—, a un hombre o una mujer que reconstruían los mejores —o los más terribles— momentos de su existencia. Luego había que comprimir sin reducir, restituyendo a la vez el sabor del relato, el estilo narrativo del entrevistado" (en esa serie están el legendario Obdulio Varela y el periodista César Tiempo). Hizo críticas de películas y documentales y siguió comentando libros: le cayó a otro volumen de cuentos de Bradbury y ponderó la autobiografía de Erskine Caldwell, "uno de los más importantes narradores norteamericanos de este siglo". Y novela negra, claro: comenta libros de Chase, Hammett y Chandler, de quien cita una carta

que le envió a Ross Macdonald en la que le cuenta que mientras en Inglaterra lo reconocen como un escritor norteamericano de algún valor, más allá de la casilla del policial, será difícil que en Estados Unidos le otorguen ese estatus alguna vez. Su propia tirria a futuro: el reconocimiento de la crítica y la academia en casa.

Estuvo mucho tiempo hablando con sus amigos sobre el Gordo y el Flaco aunque sin escribir, por algo que definía muy sencillamente: no sabía qué hacer. No tenía un modelo narrativo hasta que dio con *El largo adiós*, en particular con sus diálogos. Giardinelli recuerda que en algún momento iba a ser una biografía sobre Laurel y Hardy, que luego pensó en hacer una diatriba contra Chaplin. Soriano también barajó encarar una obra de teatro, con un final de tortazos de crema entre público y actores, hasta que un empresario le dijo que eso no iba, que la gente iba bien vestida al teatro y que la sala quedaría hecha un desastre. Y entonces pasó lo del gato negro que entra por la ventana a la cocina, una noche, mientras le busca la vuelta a la historia. Frente a la visita, pensó: *Es Taki, la gata negra de Chandler*. Y también: *¡Ah! ¡El que tiene que investigar sobre el Gordo y el Flaco es Marlowe!* Le hizo un pedido a Rabanal, que viajaba a California: "Necesitaba el plano del barrio de Philip Marlowe, una descripción de la calle La Brea y Sunset con ciertas precisiones cartográficas: su fantasía necesitaba el apoyo de la realidad. Le traje un mapa y le conté cómo olía esa calle".

"Trabajábamos de lunes a viernes pero íbamos los sábados igual, porque se armaba una peña, una tertulia cultural, en la que Gelman, por ejemplo, sacaba de la máquina un poema que acababa de escribir y lo leía —me contó Carlos Ulanovsky—. En esos sábados el Gordo leyó los primeros capítulos de *Triste, solitario y final*. Que luego me pareció fabuloso. Él juntaba lo periodístico con lo literario, y creo que no hubo nadie que lo hiciera tan bien". Samoilovich, que se había instalado en Bruselas a fines de 1971, se fue enterando por cartas de la evolución del libro: era un embrión en febrero de 1972, para junio llegaron las primeras páginas. "Aunque trabajo muy lentamente, es la

primera vez que tengo conciencia de novela; creo que es irreversible, que este engendro saldrá pronto". Para octubre estaba listo el primer borrador.

Di Paola fue acaso el mayor puntal de Soriano en el libro. Por entonces vivían a tres cuadras de distancia. Noctámbulos ambos, muchas noches se reunían en un departamento y se leían lo que venían escribiendo. A esa altura Soriano estaba emparejado con la psicóloga Lidia Lafón: fue la primera compañera con la que conviviría. Un detalle, dizque decisivo: ella era muy alérgica a los gatos. Escribió Di Paola: "Vino a verme… Lo avergonzaba pedirme el favor. Yo comprendí que era una situación difícil. Acaso insoportable: ¿Optar entre la chica y el gato?". El gato era negro, de pelo corto y se llamaba, por supuesto, Philip Marlowe. Contaba Di Paola que el animal era un crítico agudo, que le revolvía los papeles de lo que sería la novela. Le preguntó si se lo podía cuidar. "Yo amo los gatos, y compartirlo fue una fiesta. Osvaldo alternaba visitas puramente sociales con visitas enriquecidas con un rollo de papel que cada dos o tres días contenía un pedazo de borrador de capítulo. Me llamaba la atención que se concentrara y se preocupara tanto. Yo acostumbraba aconsejarle mayor ligereza. Él creía que lo estaba cargando. Pensaba todo el día en el libro, y a la vez iba creando un estilo. Jugaba con el gato mientras yo leía lo que había escrito la noche anterior. Yo notaba que se iban articulando sus temas y sus preferencias. Se deslizaban por esas páginas sin corregir. Todo tomaba forma".

Quizá nunca lo hubiera terminado si Di Paola, que lo iba leyendo a medida que yo lo escribía y sabe más que yo sobre este libro, no me hubiera alentado y convencido de que valía la pena, dirá diez años después. Tras alcanzar cierta fluidez con la prosa y la trama empezó a empantanarse y ya no supo cómo seguir. "Lo que pasa es que ya terminaste hace cincuenta páginas", le avisó Di Paola. Soriano se había metido como personaje en la novela para divertirse y su idea inicial era sacarse, pero al ver que en las lecturas con amigos eso funcionaba bien, lo fue postergando. *Mi aparición en* Triste *era tan desenfadada como gesto de primera novela que estuve a punto de eliminarla. Recuerdo que Di Paola en ese momento me dijo que si lo hacía*

iba a perder una de las mejores ideas del libro. Por esa época Samoilovich se carteaba también con Di Paola: "Él me anticipó que iba a ser un *best seller* —me dijo Samoilovich—. Y fue. Dipi es fundamental en la vida del Gordo, está en sus momentos claves: nunca aparece, y me da un poco de bronca. Dipi le dice 'Andá a Buenos Aires'; Dipi le dice 'escribí'. Lo quería muchísimo".

Rodolfo Terragno, que por entonces dirigía la revista *Cuestionario*, recordó que una mañana de 1973, antes de que Soriano se fuera a dormir, le entregó unos originales. "Luego, durante días, discutimos mis inútiles observaciones. Yo, incapaz de escribir lo que criticaba, subrayé con pedantería verbos mal conjugados y pronombres ociosos. El talento, sin embargo, se impuso a mi tilinguería morfológica". Juan Sasturain, que en esa época hacía bibliográficas en *La Opinión*, también leyó una copia antes de la publicación, y tiene presente una devolución en La Giralda, favorable aunque con leves reparos: "No me dio ni cinco de bola, y por supuesto tenía razón". El poeta Alberto Szpunberg, que había sido director de la carrera de Letras y Lenguas Clásicas de la UBA, entró a *La Opinión* en 1973 y pronto se hizo amigo de Soriano: fue otro de los lectores de una versión previa a la publicación.

"Cuando me quedé sin trabajo fui a ver a Kive Staiff, que dirigía la sección Cultura; el suplemento ya lo dirigía Tomás Eloy Martínez —me contó Szpunberg—. Kive, muy bien dispuesto, me dijo: 'Mirá, la forma de entrar acá es haciendo cosas. Escribite una nota; si ves que en estos días sale publicada, es que estás aceptado'. Yo hice algo vinculado a Kant, dejé la nota en recepción y me puse a ver si aparecía. A los dos días salió, y entonces me fui como un campeón para la redacción. Porque ahí había pesos pesados: Tito Cossa, el Turco Halac, el Gordo Soriano…". ¿Ya se lo veía así a Soriano?

"¡Claro! Cuando entro para hablar con Kive veo que Soriano se levanta y todos se levantan con él y empiezan a aplaudir, como diciendo 'bárbaro, extraordinario', celebrando mi incorporación. Él fue el que promovió la recepción. Ese era el clima de las redacciones: era una forma de vivir el trabajo, el periodismo, la literatura. Era la chispa del Gordo Soriano, 'hagamos esto', pero los demás también se

enganchaban; la chispa que enciende la pradera, de la que hablaba Mao, es la chispa pero también es la pradera. El Gordo tenía de esas iniciativas a montones: era un tipo de un humor y una inteligencia impresionantes. Enseguida tuve un escritorio al lado del de Soriano y eso se convirtió en una complicidad muy grande que llegaba hasta lo infantil, de tirarte cosas… ¡De escuela primaria! Nos divertíamos como locos. Él iba contando cosas de la novela y un día me trajo los originales y me dijo: '¿Me harías la gauchada de leerla y me das tu opinión? Pero objetivamente'. A mí me encantó. Él no podía creer que todo me parecía fenómeno. '¿Pero qué problemas encontraste?'. Y le dije que me había chocado, y me acuerdo porque fue un tema, la crítica a Chaplin, porque para mí siempre había sido un tipo admirable, no solo por su producción cinematográfica sino también por su trayectoria, un tipo antifascista que hizo *El gran dictador* y hasta se tuvo que ir de Estados Unidos por el macartismo. Y entonces el Gordo me empezó a contar historias, porque era un tipo que sabía muchísimo, y a darme argumentos, que ahora no recuerdo, pero eran muy fundados. Yo entiendo que entre esa crítica a Chaplin y esa reivindicación del Gordo y el Flaco había también algo personal en cuanto a su resquemor con el elitismo. Con el Gordo y el Flaco vos podías irte en medio de la película, podías verla un montón de veces, te reías, era como más inocente, más infantil, y por lo tanto menos prolijo, pero lo de Chaplin eran obras de arte consumadas. Yo creo que ahí jugó eso, el resquemor ante el mundo de la cultura. *Triste, solitario y final* es una maravilla: para mí es su mejor novela. En ese momento estaba lo del *boom* y es como que se incorporó a toda esa corriente. Era un libro merecedor de eso".

Publicado por Corregidor, *Triste, solitario y final* apareció en las librerías en junio de 1973. Al editor, Manuel Pampín, le acercó la propuesta el escritor Marcelo Pichon Rivière, que había sido compañero de Soriano en *Panorama* y escribiría el extenso prólogo del libro (y también una crítica muy elogiosa en la revista). En la portada hay una foto iconográfica de *Liberty,* película del 29: Hardy abraza a

Laurel, ambos de espaldas, sentados en la cornisa de un edificio en Los Ángeles, con las piernas colgando al vacío. La primera edición fue de 8000 ejemplares, y a las pocas semanas llegó a estar segundo en la lista de los libros más vendidos. Las críticas que recibió fueron, en general, muy favorables. Tres años después, Corregidor publicaría la tercera edición.

La novela está dividida en dos partes. En la primera retrata escenas varias de la historia del Gordo y el Flaco (la llegada de Stan junto a Charlie Chaplin desde Inglaterra a Estados Unidos, el comienzo del dúo, el pedido de trabajo de un Ollie en declive a John Wayne) y las intercala con otras que transcurren en un presente de 1965, con el viejo Laurel que intenta contratar a un Marlowe cincuentón y canoso para que indague acerca de por qué Hollywood les dio la espalda, los dejó al margen de la industria. Hay mucho más de Chandler que una impecable caracterización de Marlowe: los diálogos cargados de ironía, la acción, la dosificación de comparaciones que devienen de la mirada muy aguda del cotidiano, la determinación férrea en pos de una causa absurda, el "continuará" explícito en el fin de cada capítulo. Y sin embargo Soriano hace otra cosa, no se queda en la estricta imitación de Chandler. Compone el talante de Marlowe y lo pone a andar con un periodista que se llama Osvaldo Soriano. Se encuentran ante la tumba de Stan, que lleva siete años muerto: ahí empieza la segunda parte. Se pinta como un tipo gordo, con poco pelo, chueco, temeroso de a ratos. En un momento fabuloso se tapan las caras con pañuelos y emboscan a un par de guardias de la Academia de Hollywood; para terminar de ocultar la identidad, Marlowe lleva también su típico sombrero y Soriano se pone en la cabeza ¡un pañuelo anudado en las cuatro puntas! "Parecía un hincha de fútbol enmascarado". Es una marca de origen: en sus libros habrá, siempre, escenas grotescas, caricatura, el borde delirado de un realismo que contiene el humor y el drama, la melancolía y el vértigo narrativo. Aunque alude a la política, no lo hace del modo tan rotundo en el que lo hará en sus siguientes libros. Quizá por eso, esta novela inicial sea la favorita de muchos lectores; suele ser, de hecho, la que rescatan sus detractores.

El Gordo y el Flaco son antihéroes, yo tomaría un largo café con ellos, me quedaría una noche entera charlando. Y con Marlowe también. Con Chaplin, en cambio, es muy posible que a la segunda hora empezara a contar la plata que tenía, las mujeres, el éxito. Terragno también se refirió a esta postura: "Chaplin era, para él, el típico héroe de la sociedad norteamericana. El hombre que había alcanzado, simultáneamente, las dos cosas que más se valoran en Estados Unidos: el prestigio y el dinero". Tito Cossa también le objetaba el trato a Chaplin: "Yo le discutí mucho, nos peleábamos —me dijo—. Y sigo sosteniendo lo mismo, porque Chaplin no era solo un sentimental. No sé por qué se la agarró con él. Leí el libro una vez publicado, a mí no me dio a leer los originales: uno sabía que era muy buen periodista, pero encontrarse con esta cosa tan libre, que se meta él en el libro… Fue una sorpresa para todos".

A un mes de la aparición del libro, Soriano publicó un artículo significativo en *Satiricón*, titulado "Cómo hacían reír el Gordo y el Flaco". En el texto cita una entrevista a Ollie: "Aquellos compañeros que creamos son gentiles, amables. Nunca obtienen nada porque son muy estúpidos, aunque ellos no saben que lo son. Una de las razones por las que gustamos a la gente es porque se sienten superiores a nosotros, hasta un chico de ocho años se siente superior y eso los hace reír". Escribe Soriano: "Uno de los mayores genios del cine cómico de todos los tiempos, Buster Keaton, fue el primero en percibir lo que se escondía detrás de la aparente inocencia de las películas de Laurel y Hardy: 'Es asombroso —dijo— darse cuenta de que toda su técnica de comicidad se apoya en una premisa: el ataque a la propiedad privada y a la autoridad. La gente en este país no les perdonará eso'. Tenía razón en ambas cosas: Stan y Ollie murieron en la miseria, olvidados por Hollywood".

El cierre de ese texto da algunas claves para leer *Triste…* y también el resto de la narrativa de Soriano. "Charlie era golpeado y humillado, pero al fin se elevaba sobre sí mismo, vencía a sus rivales, rescataba a su dama y lograba justicia. Stan y Ollie nunca hicieron justicia ni la recibieron ellos mismos. Sabían que eso era imposible en la sociedad

norteamericana, donde los fracasados son seres despreciables. Chaplin vendía ilusiones y tuvo su Oscar, su reencuentro con Estados Unidos (en el mismo momento en que Nixon arreciaba sus bombardeos sobre Vietnam); también tendrá su monumento. El hombre más grande de este siglo es aquel hombrecito que en *La calle de la paz* vencía con astucia al grandulón del barrio (vestido de policía) y ponía las cosas en su lugar. O el inmigrante, que finalmente triunfaba sobre la injusticia. En el fondo, la ideología de la seguridad".

El escritor chileno Ariel Dorfman supo de Soriano mientras estaba como jurado del Premio Casa de las Américas. "Todas las obras que teníamos eran una porquería, de lo peor, y ya estábamos un poco desesperados por tener que declarar desierto el concurso. Eran las dos de la mañana cuando abrí un original titulado *Triste, solitario y final*. Estaba con seudónimo. En cuanto empecé a leer me di cuenta de que era una revelación y salí corriendo a despertar a los demás jurados… y a los que no eran jurados también. Pero no conseguí convencerlos. Los amigos cubanos consideraban que el libro era transgresor contra Chaplin y demasiado a favor del Gordo y el Flaco. Se decidió no darle el premio y yo hice un voto de minoría. A raíz de lo cual el Gordo me mandó una carta preguntándome si podía utilizar lo que yo había dicho en la primera edición que iban a sacar". Y así fue: en la contratapa aparecía reproducida la consideración de Dorfman: "*Triste, solitario y final* es, a la vez que una desmitificación de la sociedad norteamericana, una ironización y lucha contra el lenguaje de la dependencia cultural en los medios masivos de comunicación impuesta a nuestra América".

En su edición del 24 de junio del 73, el suplemento cultural de *La Opinión* publicaba una doble página con tramos de *Triste, solitario y final*; junto a esos textos, el diario ofrecía el cuento de Chandler "Un par de escritores", traducido por primera vez al castellano. Tres semanas después apareció un comentario crítico de Jorge B. Rivera: "En su nivel más notorio puede leerse como un excelente *thriller* o más precisamente como un homenaje a la deslumbrante y agónica

literatura que produjo Raymond Chandler". Una brillante narración, plantea, que compone "una aguda metáfora sobre la represión".

Ricardo Piglia recordó que a comienzos de los 70, mientras dirigía la colección de novelas policiales Serie Negra, se veía con frecuencia con Soriano. "Me parece que leyó el género policial, tan norteamericano, de una manera muy sagaz, única. Encontró una solución genial: traer al personaje de Marlowe, en lugar de inventar un detective, e incluirlo en su novela. Con un mecanismo típico de Roberto Arlt decidió apropiarse de aquello que le servía para construir su propia obra, realizando, así, un ejercicio de interpretación y de lectura del género. Él percibió que la figura clave era la del detective, y que al mismo tiempo era la más difícil de inventar desde nuestra tradición. De esta manera, leyó en el policial una gran metáfora, del funcionamiento del capitalismo, una alegoría de la sociedad que, podríamos decir, debe ser vista desde el crimen".

Es la novela de Soriano que más le gustaba a Dal Masetto. "Me impactó mucho cuando la leí. Le dije: 'Me imagino el placer que habrás tenido de ponerte como personaje junto a otros que admirás, tener aventuras con Marlowe. Es un gusto que hayas inventado eso'. Y me decía que sí, que realmente había sido un gran placer para él".

En agosto recibió carta de Cortázar: "Querido Osvaldo: aquí en mi rancho meridional he tenido tiempo de ponerme un poco al día en materia de lecturas atrasadas, una vez terminada la serie de gripes y otras consecuencias somasiquiátricas de mi largo viaje latinoamericano. Tu libro me llegó justo cuando empezaban mis vacaciones sureñas, y fue uno de esos regalos que aceleran a fondo cualquier convalecencia. Apenas terminé de leerlo, me cayeron también una o dos reseñas del libro, y no me sorprendió —dada la inevitable y quizá necesaria deformación de la óptica argentina en materia de valoración literaria— que los autores llenaran párrafos y párrafos con referencias a la *desmitificación de la sociedad americana* como se decía ya en la contratapa. Es evidente que en estos tiempos ese aspecto de cualquier libro pasa a primer plano, pero lo que me

molestó y me molesta es que ese primer plano tiende a dejar en penumbra, cuando no en la sombra, el hecho obvio, hermoso y alentador de que has escrito una excelente novela. Quizá hayan aparecido estudios más concentrados en el aspecto literario de tu libro, que todavía no conozco; a juzgar por lo que pude ver hasta ahora, se diría que Osvaldo Soriano, lleno de odio hacia el establishment yanqui, se sentó a la máquina y montó una ídem destinada a denunciarlo y a demolerlo. Pamplinas. Si algún olfato tengo, ese olfato me dice que Osvaldo Soriano, viejo enamorado de una literatura norteamericana que también demolía a su manera el sistema pero que no se escribía para eso, e igualmente enamorado de un cine en el que habitan nuestras más melancólicas nostalgias de juventud, se sentó a la máquina y produjo una larga, admirable ceremonia de evocación de muertos queridos, y que mientras escribía su libro en algún cuarto con poca luz y mucho humo, Stan y Marlowe y Oliver se paseaban en silencio, mirándolo mirarlos. […] Te agradezco como lector el incesante, perfecto humor de tu prosa, de las situaciones y los sobreentendidos; sin él tu novela no hubiera tenido sentido. Los diálogos, en esa especie de *traslatese* deliberado pero en el que has ido metiendo tu propio estilo, le dan al relato su ubicación perfecta y esa verosimilitud de lo absurdo que es el privilegio de los mejores novelistas, empezando por el mismo Chandler. Y aquí me paro, compañero, porque creo haberte comunicado lo más secreto y evasivo de mis sentimientos frente a tu libro. No era fácil, porque esos sentimientos nacen del clima profundo del relato, imposible de precisar racionalmente. Yo también, al doblar la última página, me he sentido triste, solitario y final. Pero encender otro cigarrillo y volver a llenar el vaso eran pequeñas ceremonias reconfortantes, signos de que la vida estaba aún ahí, y que me había dado tiempo a leer un hermoso libro.

”Te abraza, Julio”

7

Entre el peronismo y Los Ángeles

A Cortázar lo había conocido en Mendoza. *La Opinión* lo envió a comienzos de marzo del 73 para "pescarlo" en su llegada al país. El diario organizó junto a la editorial Sudamericana el Concurso América Latina de Novela, del que Cortázar sería jurado junto con Juan Carlos Onetti, Augusto Roa Bastos y Rodolfo Walsh. Venía de hacer una recorrida por Brasil, Ecuador, Perú y Chile; venía de estar con Salvador Allende y de asistir a una elección auspiciosa, el 44 por ciento de los votos para la Unidad Popular, y sin embargo subrayaba señales sociales de alarma que cobrarían forma horrible seis meses después, Pinochet mediante. Presentaría en la Argentina *Libro de Manuel*, cuyas regalías cedió para ayudar a los presos políticos de la dictadura de Lanusse.

"Si usted estuviera en lugar de Cortázar, ¿qué haría?, ¿cómo llegaría al país?", me preguntó Timerman. Le dije que me tomaría un avión, pero me corrigió: "Recuerde que pasó parte de su vida en Mendoza. Yo creo que va a ir en tren. Váyase allí y espérelo, total no perdemos nada. Espérelo en el andén, y a cada tren que llegue, mire para arriba". Y así fue: al atardecer del jueves 8 llegó, agotado, tras once horas de viaje. En la estación lo recibieron tres amigos. Y él. *Quería llegar en silencio, no me conocía y además no se acordaba de aquel mal cuento que le había mandado. Me pareció secote; era evidente que lo estaba molestando. Pero aceptó la propuesta. Me dijo que me esperaba al día siguiente. Fue una larga entrevista formal, que por otra parte fue pirateada mil veces y en algunos casos hasta con otra firma, y volé a Buenos Aires para entregarla*.

Las tres páginas de entrevista aparecieron el domingo 11, el día en el que Héctor J. Cámpora era elegido presidente con el 49,56 por ciento de los votos. Tras dieciocho años de proscripción, el peronismo volvía al gobierno. Luego todo se precipitaría, con la masacre de Ezeiza, la transición *by-pass* de Raúl Lastiri, el asesinato de José Ignacio Rucci, la derechización de Perón ya en su final, las bandas parapoliciales de la Triple A, la disidencia montonera. La escalada en el tiempo desemboca en lo que será *No habrá más penas ni olvido*, que alegoriza, diría Piglia, en un pequeño pueblo bonaerense, Colonia Vela, el tironeo violento del heterogéneo ideario peronista. Si se intercala en la cronología esta alusión al segundo libro de Soriano, que publicará en el exilio y primero en otros idiomas, es porque en esa entrevista a Cortázar parecen latir algunas nociones y sustancias que acaso lo nutran. Además de explayarse sobre la situación en Latinoamérica, Cortázar refiere a la coyuntura en la Argentina: celebra que haya elecciones luego de tanto tiempo y observa que el justicialismo es una expresión, una necesidad nacional, más que un pensamiento colectivo racionalizado. El otro asunto significativo tiene que ver con la convergencia de lo literario y el "compromiso ideológico", una búsqueda de Cortázar en *Libro de Manuel*, al que consideraba "una tentativa muy arriesgada". Enseguida entrevé que su nuevo libro será mal recibido por sectores de la izquierda, que le rechazarán sus componentes frívolos, y por sectores de derecha, que añorarán la "literatura pura" y repudiarán su "talante denunciador".

"En la Argentina y en América Latina toda —le apunta Soriano— se debaten los caminos a través de los cuales la literatura puede ser una forma de denuncia. Me pregunto si la mera exposición de hechos es una forma de denuncia. Si es válido el folletín; si la incorporación de la ciencia, concretamente, el estructuralismo, son pasos hacia la literatura revolucionaria. En América Latina, hoy, ¿solo es posible la literatura que abarque una temática revolucionaria o de denuncia?".

En esos cuestionamientos, con *Triste* terminado y a poco de publicarse, quizá vibre ya la "convergencia" de la literatura y lo político que contendrá *No habrá más penas ni olvido*. Por lo pronto, enseguida coordinó parte del concurso. *Era una especie de correo que*

llevaba y traía las novelas presentadas porque Walsh, Onetti, Roa Bastos y Julio no se juntaban mucho. Onetti me decía: "Decile a Julio que se deje de hinchar las pelotas, que esa novela es una mierda". Y Julio le mandaba a decir que seguía sosteniendo que era muy buena. En fin, que Julio me agradaba por su vivacidad y su inteligencia.

La novela ganadora fue *Los tigres de la memoria*, de Juan Carlos Martelli, votada por Onetti y Roa Bastos. Cortázar se decidió a favor de *Moros en la costa*, de Ariel Dorfman; y Walsh, por su parte, escogió *Penúltimos días*, de Francisco Urondo. A mediados de agosto Soriano escribió sobre el fallo, ponderó el libro de Martelli y celebró que se premiara una historia de sesgo policial. "La historia argentina de los últimos dieciocho años pasa fundamentalmente por la institución policial como brazo armado —represor— de un régimen que hizo cuanto estuvo en sus manos para impedir el acceso del pueblo al poder. Era lógico, entonces, que la policía se convirtiera en un protagonista principal de la vida —y de la muerte— de los argentinos. Así, grises funcionarios fueron cobrando dimensiones de pequeños césares dentro del régimen, aceptaron su tarea represora y sobre ella montaron escaños de poder; un poder limitado, es cierto, pero lo suficientemente arrogante como para considerarse intérprete de la 'verdad'. La droga, la homosexualidad, la guerrilla, los atentados contra la propiedad, las huelgas, los levantamientos populares, eran para ellos —y para las centrales de inteligencia que los dirigían— un estado de subversión contra 'el estilo y la tradición de vida de los argentinos'. Blanco o negro, nada tenía matices".

"—Tenés infiltrados —dijo el comisario".

Dos palabras que le dice el capo policial del pueblo al delegado Fuentes: con esa línea abrirá su próxima novela, y allí el comisario Rubén Llanos jugará su rol de "brazo armado" en la masacre de Colonia Vela.

Por esta época Soriano era muy buen entrevistador, faceta que iría

abandonando con el correr de los años: apenas hizo algún reportaje en su última década de vida. Le preguntaba a Onetti, por ejemplo, en abril: "¿Es válido el panfleto frente a la realidad político-social de América Latina?"; "El escritor latinoamericano está condenado a ser un amateur, ¿usted se ha ganado la vida alguna vez con el rédito de sus libros?"; "Existen dos teorías sobre el destino de la literatura. Una propone que la literatura descienda al nivel intelectual de las masas; la otra que hay que elevar a las masas a un nivel que les permita leer la gran literatura. ¿Qué opina al respecto?". Pregunta por Haroldo Conti, Puig, el *boom*, porque son señales de sus inquietudes. Para el formato de "Historias de vida" a lo largo del 73 entrevistó al poeta Pedro Godoy; a Mario Soffici, protagonista de los comienzos del cine en la Argentina, que dirigió a Evita en un par de filmes; al dibujante, escenógrafo y pintor Bartolomé Mirabelli; a Ernesto Serigós, el primer médico que se radicó en Bariloche. También dialogó con dos novelistas debutantes, Luis Gusmán con *El frasquito* y Pacho O'Donnell con *Copsi*. En el suplemento cultural aparecen relatos de amigos, como "Caballo de Titán", de Di Paola. Y se publican los primeros textos, de "entre cientos de manuscritos", de un autor inédito, Dionisios Iseka, el seudónimo que eligió para la ocasión Alberto Laiseca. "Y fue Soriano el que me ayudó para que se publicara mi primera novela en Corregidor, él me llevó a Pampín —me dijo Laiseca—. Así fue: él le llevó mis cosas. Y fuimos amigos hasta un mes antes de que muriera, que estuvimos comiendo juntos".

El 25 de mayo Lanusse era sucedido en la presidencia por Cámpora. Soriano escribió sobre ambos en los 90, en sendas contratapas de *Página/12*; un par de pinceladas en perspectiva:

"Alejandro Agustín Lanusse fue el militar 'liberal' que intentó jugarle un tute cabrero a Perón después de la larga noche de Onganía. Era de esos que llamaban 'tirano prófugo' al inaceptable general. En tiempos más tranquilos hubiese sido el hombre ideal de la derecha criolla, mejor que el propio Aramburu: negociador, pero apegado a cierta idea del autoritarismo iluminista. 'De facto', más que dictador, si hay que definirlo a la apurada. Escribió dos libros de opiniones y memorias en los que mostraba, aun retirado, que seguía sin entender

la historia del país. Despreciaba tanto al peronismo que la sola mención del régimen menemista lo ponía enfermo. Entre tanto, Perón, sentado al sol de un jardín madrileño con López Rega de valet e Isabelita cebando mate, lo hizo de trapo en un par de años. Como en los dibujitos de Tom y Jerry. El ratón ganó por demolición después de haber estado mil veces contra las cuerdas. […] 'A Perón no le da el cuero'. Debe haber sido la frase más desgraciada que haya pronunciado alguien con pretensiones de hacer política. La dijo Lanusse y poco después abandonaba la Casa Rosada tan abollado como el gato Tom al final del dibujito.

"Casi toda su vida Cámpora fue un esperpento político y en apenas cuarenta y nueve días entró en la historia como intérprete de una trágica ilusión que pronto sería saboteada por su conductor, minada por sus aliados y decapitada por la dictadura militar.

"[…] Asume el último, efímero gobierno rebelde de este país. Sabe que es un advenedizo; que la intrincada política de Perón y el azar de la vida lo han llevado a un sitio que no le pertenece, pero ese día, ante la Asamblea, ante Salvador Allende, de Chile, y Osvaldo Dorticós, de Cuba, se dirige a la Historia, que todavía está despierta.

"[…] El Tío reparte tareas, llama al combate con un mesianismo que no es solo peronista. Una multitud rugiente rodea la cárcel de Devoto y en plena noche firma la amnistía. Todos los presos políticos salen en libertad. […] Cámpora propone lo que Perón llamó 'socialismo nacional' y Juan José Sebreli 'fascismo de izquierda'. No sé si valdrá la pena discutirlo ahora que el tiempo ha barrido aquello en lo que muchos creyeron desde el peronismo y otros desde el socialismo. Pensábamos que eran ideas y utopías posibles. No sé; solo queda hojarasca".

Para *Artistas* rescató tres textos publicados ese año, que marcan el tránsito desde la expectativa y el "intento de convivencia" al crescendo de la violencia y el enfrentamiento interno. El primero de ellos, "Los vecinos de Perón", apareció sin firma el 8 de julio de 1973 y es un semblanteo zumbón y pintoresco de cómo se les transformó el

paisaje cotidiano a quienes vivían en la cuadra de la casa de Gaspar Campos, en Vicente López, donde el General e Isabel se alojaron hasta desembocar en la residencia de Olivos. El segundo texto es "El Operativo Dorrego", una extensa crónica que sigue de cerca a un grupo de militantes de la JP que habían viajado desde el Conurbano hasta Pehuajó para trabajar junto al ejército en procura de aliviar los daños de una de las mayores inundaciones del siglo pasado. Soriano pasó casi una semana con los muchachos y escuchó por radio, junto a ellos, el discurso de Perón al asumir el 12 de octubre su última presidencia. Define el encuentro como "una formidable experiencia que seis meses atrás pocos hubieran previsto", pero cosecha escenas escépticas, los milicos incómodos con las consignas revolucionarias, los militantes estupefactos con los bailes de represalia a los colimbas. Allí estaba a cargo del ejército el coronel Albano Harguindeguy, que luego sería jefe de la Policía Federal de Isabel y durante cinco años ministro del dictador Jorge Rafael Videla: murió en su casa en 2012, donde cumplía prisión domiciliaria, procesado por crímenes de lesa humanidad.

El tercero de los textos fue "De la euforia al terror. Elección de Perón y asesinato de Rucci". En la puesta en contexto del atentado, ejecutado por Montoneros el 25 de septiembre, dos días después de que Perón fuera elegido presidente por tercera vez, Soriano señala que el crimen propició el avance del lopezreguismo y la represión a la izquierda. La nota, sin embargo, pone más bien el ojo en las dificultades que estaba teniendo Perón para disfrutar en vivo y desde el balcón de la Casa de Gobierno, como en los 40 y los 50, "la más maravillosa música" que, para él, supo decir, era "la palabra del pueblo argentino". Cierra con dos apuntes: el 12 de octubre, cuando asumió, Perón habló ante el pueblo en Plaza de Mayo protegido por un vidrio blindado a prueba de balas; por la noche, en el Colón, de smoking negro y del brazo de Isabel, asistieron a una función de *El lago de los cisnes*. "Allí la gente pudo verlo y ovacionarlo: eran tres mil invitados especiales".

“Él sentía cierta admiración, infinito respeto por los militantes, por los que estábamos en la lucha armada —me dijo el poeta Szpunberg, que formó parte de las FAL y del PRT-ERP—. Pero hacía críticas. No creía en el papel revolucionario de Perón. No creía en el peronismo. Sí lo indiscutible, que el peronismo estaba en los sectores populares, y que de estos sectores populares algo revolucionario podía salir. Había un respeto generalizado por ‘los muchachos’; la gente decía ‘los muchachos’ y era sabido que se refería a los militantes de la guerrilla”.

Pero a contramano del espíritu de época, mientras se creía que la revolución estaba a la vuelta de la esquina y era alcanzable, a él se lo percibe escéptico. Nunca militó orgánicamente, aunque sí participaba en asambleas gremiales y manifestaciones. Y era un colaborador confiable para los militantes, fueran montoneros o de izquierda. Si le pedían transcribir de urgencia un material para ser leído al día siguiente en una fábrica, lo hacía. La escritora Tununa Mercado contó una historia que encuadra: “Una tarde en *La Opinión* se decidió que Soriano y yo iríamos a buscar unos carteles al otro lado de la ciudad. Paco Urondo había caído preso y lo mejor de la campaña que habían desplegado los trabajadores del diario era un dibujo de Sábat: la cara de Paco, con una leyenda en rojo que decía ‘Libertad al poeta Urondo’”. Fueron en el auto de Soriano y como apenas se conocían la conversación costó, hasta que se pusieron a hablar de gatos. “Recogimos los carteles de la imprenta. El impresor había hecho un trabajo perfecto. El Gordo se quedó con una imagen del poeta Urondo, y yo con otra”.

No participé en la lucha armada pero estaba cerca de ellos, me podían pedir cosas, guardaba material —decía en 1996—. *Hoy en día hay una tendencia a borrar hechos del pasado, parecería que nadie tuvo nada que ver. Pero esto no es así, hay que hacerse cargo. Sobre todo porque algún día un hijo va a hacer una investigación y va a encontrar cosas que uno dijo. Y hay que explicarle, porque todo tiene una explicación. Hay una encuesta de la agencia de noticias Télam, que encargó Lanusse en 1973, que dice que en ese momento un 49 por ciento de la población simpatizaba con los movimientos revolucionarios.* […] *Yo no soy ni fui peronista. Mi actitud con los Montoneros en ese tiempo se debió a que yo pensaba que*

ellos no creían en Perón, que en realidad se trataba de una trampa que le tendían al General. Con el General exiliado todo valía, porque había un elemento de ilegitimidad. A mí nunca me tocó decidir nada, pero creo que el clima de la época imponía ciertas cosas. Como la mayoría de la gente, pienso que todo hay que hacerlo en paz. Pero hay que hacerlo dentro de las reglas del juego, y esas reglas no regían en ese momento.

—¿Quiere ir a Europa? —le preguntó Timerman en los mingitorios de *La Opinión*.

—Tiempo tengo —dijo Soriano, que pensó que era un chiste.

—Bueno, el lunes que viene se va a Turquía.

El 26 de octubre partió desde Ezeiza: iba a cubrir la inauguración del puente del Bósforo, dos kilómetros de camino colgante entre la orilla europea y la asiática, en Estambul. *Y me perdí. Yo soy un despistado; había una multitud, me separé de los otros periodistas argentinos, y no había tomado la precaución de pedir una tarjeta en el hotel, no tenía la menor idea de dónde estaba. Cuando se despejó todo me quedé solito en el puente. "¿Y ahora qué hago?". Porque además no hablo inglés. Empecé a caminar, tratando de no desesperarme. ¿Qué se hace, cómo se entra a una comisaría en turco y se dice "Aryentinen"? Caminé una o dos horas al azar, siguiendo las luces, agarrando para donde había más. Y de pronto veo estacionado un coche en doble fila: era un Torino. Cuando me acerco se asoma un tipo que me dice: "Vos sos de allá". Me le agarré del brazo. "Soy el chofer de la mujer del embajador". Me salvó la vida, me llevó a la embajada. Ya me estaba planteando cómo se pasa la noche en una ciudad así, porque no es que Estambul se parece a una ciudad cualquiera, donde uno entiende los símbolos. A los costados pasaban cosas raras, que uno no podía descifrar*.

El tono de ese recuerdo contrasta con el de la nota que envió a *La Opinión*, donde en una página se las arregla para contar atractiva y fluidamente la inauguración del puente, los tironeos entre Oriente y Occidente por Turquía, cómo religión y tradiciones gravitan en las distintas generaciones, el 70 por ciento de mujeres analfabetas y el 40 por ciento de hombres analfabetos, la proporción entre un sueldo y un

alquiler de dos ambientes, las expectativas que despertaba la flamante llegada a la presidencia del economista y poeta Bulent Ecevit en los sectores progresistas, los miles de presos políticos y los partidos de izquierda proscriptos, el regateo en los mercados y el papel en la historia y la influencia en el presente de Atatürk Kemal, acusado por los armenios de ser "el Hitler de Asia Menor".

"En pleno centro, sobre la orilla europea, el hotel Hilton muestra su burda grandeza, preñado de lenguas extrañas, de odaliscas de trajes brillantes preparadas para la representación de todos los días —escribió—. Los turistas se conforman con poco: la obligada visita a la mezquita del sultán Ahmet, el palacio Topkapi, el templo de Santa Sofía, el bazar donde turcos, armenios y sefaradíes ofrecen sus mercaderías a regateo. Van, como en cualquier parte del mundo, en un rebaño encabezado por el guía, quien recita la historia de cada maravilla. Los nativos están acostumbrados a la invasión. Siete veces por día, en cada mezquita, el *moezim* llama a sus fieles con un cántico que ha atravesado intacto el paso de los siglos y la revolución victoriosa del europeizado Kemal Atatürk. Entonces ocurre algo sobrecogedor. Las mezquitas, profanadas por turistas descalzos que caminan de un lado a otro, son invadidas por los viejos fieles al Corán. Entran corriendo, como si alguien les hubiera indicado que ha llegado la hora de la redención. Caen de rodillas ante el *moezim* y oran; besan el suelo sagrado y se olvidan de quienes se acercan a fotografiar la escena".

Por aquellos días conoció a la psicóloga portorriqueña Ivelise Markovits. "Yo estaba en Estambul con dos amigas, y mientras caminábamos por el Blue Mosque oigo una voz argentina, alguien que hablaba en un teléfono público —me contó desde Los Ángeles—. Nos acercamos; Soriano estaba con otro periodista. Nos pusimos a charlar y les conté que estaba casada con un argentino, que vivía en Los Ángeles. En esos días había celebraciones de todo tipo, en la ciudad había montones de gente. Después de tomar un café no volví a verlo en Estambul, pero se había interesado mucho, porque *Triste, solitario y final* transcurre en Los Ángeles, y él nunca había estado allí, así que estaba como loco preguntándome cosas. Era muy emocional, hablaba

con pasión. Antes de despedirnos intercambiamos teléfonos y direcciones".

Desde Estambul se tomó el tren a Roma, donde iba a encontrarse con Osiris Troiani y Pablo Kandel. Tenían que hacer un suplemento de veinticuatro páginas: *Fue una larga aventura, un trabajo gigantesco, de mucho tiempo en muchas ciudades, un gran momento. Se nos terminó la plata y nos mandaron más; uno podía llamar y decir "se nos acabó". Me acuerdo que Troiani dijo: "Soriano se la gastó en la ruleta". "¡¿Cómo me mandás al frente así?!". "Si no, no nos van a mandar. Esto es así, tajante"*.

Escribió al menos tres veces sobre ese viaje por Italia, que lo maravilló: acaso la combinación del descubrimiento, de alguna forma de expansión, y la compañía de su admirado Troiani. "Cuando llegué a la plaza del Pantheon quedé tan deslumbrado que le avisé inmediatamente a Troiani que no tenía la menor intención de ponerme a trabajar. Así, mientras Kandel cumplía con su responsabilidad profesional, Troiani y yo caminábamos por Roma, saboreábamos las mejores pastas y gustábamos los vinos más amables. Después empezamos a subir hacia el norte y en Florencia se nos acabaron los viáticos, que eran generosos. *La Opinión* proveyó otros por cable y seguimos hasta Venecia, donde nos anclamos en la Piazza San Marco. No quiero menguar la reputación profesional de Troiani: creo que él hizo algunas entrevistas porque habla italiano. También recuerdo que me prestó una enorme tijera con la cual seleccioné los mejores artículos de la prensa italiana para 'cocinarlos' a mi manera". Guardaba varias fotos de Troiani y cuando murió, a fines de 1993, cerró su nota sobre él con el recuerdo de esos días: "Sin darnos cuenta nos gastamos toda la plata en copas, casino y ropa para mujeres. Nos instalamos en un hotel majestuoso y Troiani pagaba todas las cuentas". Quedó tan impresionado que en cada nuevo viaje a Venecia le parecía estar soñando algo ya soñado.

El pasaje de vuelta implicaba un paso por Nueva York, así que eso y el

ofrecimiento de Ivelise Markovits para alojarse en su casa lo tentaron a llegarse hasta Los Ángeles: “De regreso quise conocer los bulevares de Hollywood, saber si eran como los había imaginado entre las cuatro paredes de un departamento de la calle Mario Bravo en Buenos Aires”, escribiría en la revista *Cuestionario*. Con Troiani lloraron un poco en las oficinas de la compañía aérea y consiguió un vuelo a Los Ángeles vía Londres. Cuando el avión empezó a bajar en Inglaterra una azafata le avisó que no podría seguir viaje, que alguien ocuparía su asiento en el próximo tramo. “Un drama espantoso. Había cola en la lista de espera y me dije ‘estoy perdido’. Me puse adelante y los tipos me miraban con cara de reproche. Me tocaban el hombro delicadamente, como diciendo ‘vuelva a su lugar’. Y a mí no me salía nada: ¿cómo se dice en inglés ‘voy a Los Ángeles’ o ‘necesito ir a Los Ángeles’? Agregar ‘soy periodista’ ya era una exquisitez. Dije un disparate que no existía, algo en jerigonza; me salió una palabra muy rara, todos se quedaron mirándome. Mientras, seguían tocándome el hombro. Ahí me molesté, me salió el indio argentino y me di vuelta: ‘¡Basta de tocarme!’. Al final decía ‘tu los ényeles’, que no sé si quiere decir algo. Le tiraba el pasaporte al tipo del mostrador y él me lo devolvía. Era una comedia. Se molestó tanto —seguramente le arruinaba todo el horario— que me miró con un odio tremendo, agarró un sello y ¡tac!, me dio el pasaje. Subí”.

Luego de veinte horas en aviones y aeropuertos aterrizó en Los Ángeles. “Allí estaba, mirando por la ventanilla mientras el jet de Pan American carreteaba por la pista. No tenía la menor idea de cómo moverme en los Estados Unidos sin hablar una palabra de inglés”. Un taxi lo dejó en el hotel Alexandria, en el Downtown, centro de la ciudad. Al día siguiente, rumbo al chalet de los Markovits en las colinas de San Fernando, vio, de pronto, el Ocean Hotel, el sitio donde Stan Laurel había pasado sus últimos días. “Y una emoción digna de una abuela impresionable me dejó la lengua frenada —recordaría Soriano—. Empecé a revivir su vieja cara llena de arrugas, su traje barato, su mirada apagada por las luces de Hollywood”.

Ya de regreso publicaría en el diario “Tribulaciones de un argentino en Los Ángeles”, donde narra el episodio en Londres y diversas

escenas de lo que vivió en la ciudad, el violento apriete de dos policías blancos a tres negros que caminaban por la calle, la visita al Sexual Intercourse Center (un instituto-prostíbulo en el que un "curso" de veinte minutos costaba veinte dólares), las recorridas por los estudios de la Warner Brothers y el cementerio de Forest Lawn.

"Estuvo con nosotros una o dos semanas —contó Ivelise Markovits —. Nos quedábamos hasta tarde, conversando mucho. Él estaba empezando en ese momento, luego se volvió bastante famoso, despegó. Me tocó llevarlo a diferentes lugares. Porque tú sabes, me fascinaba la personalidad de él. Lo llevé a la tumba del Flaco: él llegó allí, se sentó frente a la tumba y empezó a hablar con Stan Laurel. Y luego se puso a llorar y llorar. Por alguna razón él prefería al Flaco y no al Gordo. Después quiso ver la tumba de Marilyn Monroe y ahí estuvo hablando con ella quince o veinte minutos, como si tal cosa".

Durante la estadía lo abrumó que el escenario que había construido para *Triste* no coincidiera con lo que veía: le pareció un horror que no pegara una, pero a la vez pensó que había creado "una suerte de espacio literario autónomo que funcionaba". Imaginó, por ejemplo, que como en cualquier ciudad del mundo sus personajes podrían parar un ómnibus en la esquina, pero en Los Ángeles no había colectivos: todos andaban en auto, observó. Markovits también aludió a esas preocupaciones: "Otra cosa es que aquí no llueve a menudo, y parece que en la novela él describe algunas escenas de mucha lluvia. Pero mientras subíamos por Hollywood Boulevard, una tarde, empezó a llover: ¡eso fue para él una maravilla! Una constatación de que tenía razón, que en Los Ángeles llueve. Y se puso tan contento…".

"Sobre el césped, quizás exactamente a la altura de su cara, florecían dos margaritas africanas —escribió en *Cuestionario*—. Más allá, el número de la sepultura: el 12. Me paré frente a Stan. La lluvia se hacía más empecinada y las colinas desaparecían entre la niebla. Estuve allí dos horas o más. No podría contar ahora, un año después de ese encuentro, todo lo que pasó dentro de mí. Le dejé mi libro junto a las flores. El agua empezó a mojarlo enseguida. Sentí que ningún otro acto me había acercado más intensamente a ese hombre al que tanto admiro. Hubiera querido que aún viviera para poder

abrazarlo. Lamenté haber llegado tarde, o que nuestras generaciones fueran tan desgraciadamente dispares".

Un domingo de noviembre entrevistó a Ross Macdonald en su chalet de Santa Bárbara. Lo había idealizado, tenía una visión romántica de él, y se decepcionó: de entrada Margaret Millar, su esposa, también escritora de policiales, le indicó que no fumara cerca de su esposo, que odiaba el cigarrillo. Acababa de aparecer *La bella durmiente*, a la que el escritor definía como "una novela negra más" con un "crimen ecológico", y hablaba acerca de un derrame de petróleo reciente en la costa del Pacífico y de su relación con otros "crímenes sociales" que investigaba Lew Archer, su detective. "Lew Archer nunca habla de política, ¿lo hará ahora?", le pregunta. "Yo no escribo libros sobre política —responde Macdonald—. Esas cosas no cambian las relaciones socioeconómicas. Yo espero que mis libros sirvan políticamente sin explicitarlo. Hammett, que es esencialmente un escritor político, nunca la menciona en sus libros". Retruca Soriano: "Sin embargo, en *Cosecha roja* hay un sindicalista muy revelador de la conciencia reaccionaria del gremialismo norteamericano. Y en *La llave de cristal* toda la trama gira alrededor de la disputa entre políticos por el destino de una ciudad".

Dos años después, cuando ya era redactor en *El Cronista Comercial*, Soriano lo miraba muy distinto. Porque planteaba: ¿qué marginación, qué sufrimiento, si el tipo estaba lo más plácido en su chalet? Nada que ver con Chandler, a quien Macdonald le criticó que hubiera publicado *Playback,* su última novela; y además tomaba distancia de Hammett, a quien acusaba de comunista. Le era fácil advertir en Macdonald al liberal norteamericano: audaz, pero hasta ahí nomás; desprejuiciado, pero no mucho; tolerante a las ideas radicales si están lejos. "Cuando leí algunas novelas suyas aparecidas en la década del 60, y por fin *El hombre enterrado*, me convencí de que se trataba de un narrador de primera —rebobina—. Más tarde tomé *La bella durmiente* y empecé a desconfiar de este escritor de insistido tema psicoanalítico-social cuyo héroe apelaba tan seguido a la delación. Releí parte de su

obra. Hoy ha dejado de atraerme. Pero todavía estoy dispuesto a reconocer que *El hombre enterrado* sigue siendo, a mi juicio, una obra mayor".

Hay unas fotos de Nueva York en el archivo de Soriano. Son nueve y parecen haber sido tomadas el mismo día. Un par de vistas de Manhattan enfocadas desde lo alto del Empire State, otro par de vistas del edificio Panam, enfocado desde Park Avenue; también retrató en una calle desangelada a dos tipos desguarnecidos que duermen sobre un colchón que ocupa el ancho de una vereda angosta. Las fotos quizás hayan sido tomadas en una escala antes del retorno a Buenos Aires: no se sabe de otro viaje suyo a Estados Unidos.

En los tres primeros tramos de "Tribulaciones de un argentino en Los Ángeles" predomina un tono paródico, pero en el cuarto y último el sesgo es más bien funesto. "Nada más nostálgico que pararse frente a un estudio que se muere lentamente, como se murieron las caras —escribió sobre Hollywood—. La ciudad de los sueños es ahora un depósito de humo sucio, una fábrica de pornografía". El artículo apareció en *La Opinión* el 20 de enero de 1974. Un día antes un médico le había entregado unos estudios en los que le adelantaban que su padre tenía un cáncer de pulmón avanzado y que le quedaba muy poco tiempo de vida.

8

Despedidas y cruces: el tiempo acelera

“Cada noche de Año Nuevo recuerdo, aunque sea por un instante, la última que vivió mi padre. Estaba envuelto en una bata raída, en la puerta de la casa que alquilaba en la calle Santo Tomé. El pucho seguía en sus labios pero ya lo estaba matando. Levantaba el brazo para saludarme mientras alrededor estallaban los petardos y bengalas de colores. Nos habíamos peleado, creo, porque yo odiaba las fiestas tanto como él y no sé qué estúpida costumbre nos hacía reunirnos a brindar y desearnos cosas en las que no creíamos.

”Me parece que ya habíamos discutido antes de comer. Mi padre estaba sin trabajo y deambulaba por la ciudad en busca de una changa. Había perdido el Gordini y ya no le quedaba nada que empeñar. Mi madre presentía que el final estaba cerca pero cuando supimos que hasta se le podía poner fecha, ella se negó a aceptarlo. Salimos al patio de baldosas y ahí se puso a llorar”.

“Año Nuevo” es el texto que eligió para abrir *Piratas,* publicado cuando él mismo estaba bajo tratamiento de quimioterapia. Para comienzos de 1974 los padres de Soriano alquilaban la casa de Santo Tomé 6131, en Versalles; cuatro años antes habían seguido al único hijo y alquilado una casa en Morón. En alguna foto familiar el Gordini aparece impecable, detenido en un camino de tierra: José Vicente saluda a cámara, el brazo en alto, el cigarrillo en la boca. El 19 de enero del 74 Ana María Colombo acompañó a Osvaldo a un consultorio para recibir el diagnóstico de la salud de José Vicente. Quedó en la memoria, la fecha, porque la noche de ese sábado el ERP

intentó copar el Regimiento 10 de Azul.

José Vicente Soriano murió en Buenos Aires en abril de 1974. Su hijo alude a esto en "Reloj", donde cuenta de la puntualidad de su padre ("nunca llegaba tarde a una cita") y de un Omega que se había comprado en 1941, antes de casarse. "Cuando mi padre se enfermó, noté que le había hecho limpiar la esfera como si quisiera ver más claras sus últimas horas —escribió—. Nunca se lo sacó de la muñeca y era lo único que llevaba puesto cuando murió en una clínica del barrio de Flores". Una enfermera le entregó junto al reloj el anillo de matrimonio y unos anteojos. Cuando volvió del exilio halló de él, también, dos gomas de borrar y una lapicera. *Esas cosas que reencontré, gastadas, me confirman que de entre todas las muertes, la fundamental (la grande, la importante) es la de mi padre. Ahí sentí que se moría el adolescente y que jamás había pensado en mi muerte. Digerí muy mal la muerte de Soriano: yo le decía Soriano y él a mí también, manteníamos una relación estrecha y distante a la vez, algo que tienen mis personajes. Nos dábamos la mano, no nos besábamos. Su muerte me hizo adelantar mi muerte.*

En "Año nuevo" cuenta que le había dado un relato suyo para que lo tipeara y que lo hizo mal. "Se lo dije y, súbitamente, se entristeció. Lo había juzgado desde mi pedantería juvenil y ni se me ocurrió pedirle perdón. Nunca lo había hecho y no iba a empezar esa noche, aunque mi madre presintiera que aquel era el último Año Nuevo que pasábamos juntos. Mi padre dijo algo así como 'si no te gusta hacételo vos' y se levantó a buscar otro paquete de cigarrillos. La bata que llevaba parecía salida de una novela de Gogol y el piyama, abajo, tenía tantos años como su inquina con Perón". Algo más adelante sugiere que el texto es un embrión de *No habrá más penas ni olvido*: "El relato que ha pasado en limpio trataba sobre la guerra entre peronistas y eso debe haberlo sobresaltado un poco, lo suficiente como para hacerlo tipear algunos párrafos a la bartola. No guardé aquella copia suya: nadie piensa que lo que hoy tiene entre sus manos con indiferencia será mañana un recuerdo".

“La luz mala”, el cuento que escribió José Vicente en sus últimos meses, transcurría en el Delta y evocaba su juventud. ¿Qué tipo de competencia quiso establecer su padre con ese cuento?, se preguntaba. No entendía a su padre en aquella época. *¿Con qué visión mía se habrá ido? Uno siempre le queda debiendo a su viejo. Él había tenido un solo auto y lo hizo mierda en la ruta. Y lo perdió, porque no tenía seguro, esas cosas que pasan. Yo tenía uno viejo y me pidió que se lo regalara; nunca se lo regalé, por desidia, por no irme hasta Tandil a buscarlo. Como el tiempo es eterno cuando uno es joven, el viejo no se va a morir… Fui dejando pasar. Y un día se murió. Y esto está en los cuentos, qué deudas tengo, ¿no? A partir de ahí, supongo que uno tiende a reescribirse, a reescribirlo, para hacerlo una masa… manejable. Yo lo tengo muy connotado al viejo. Necesitaba de mí, y no sé si estuve a la altura. Estaba muy desamparado al final; me vino a pedir que le consiguiera laburo, por ejemplo: ¿y cómo se consigue un laburo para tu viejo? Es fácil para un amigo, ¿pero para tu viejo? Tenía esta cosa de tipo digno pero desamparado. Fumaba como un chivo y no tenía para comprarlos. Entonces el mejor regalo era llevarle cigarrillos. Y se murió del cigarrillo, con lo cual la culpa se acrecienta*.

Escribe: “Todos los malos augurios se cumplen ese año. Se mueren mi padre y el General. Buenos o malos, esos hombres me tienen todavía en vilo”.

Su artículo sobre la muerte de Perón apareció el 3 de julio del 74 y fue de lo último que escribió para el diario. Es una crónica en las afueras del Congreso Nacional, en una de las cuatro tardes que duraría el funeral, con la multitud que pugna por entrar a despedirlo: su texto se lee como un fresco de caos y tumultos, con desmayos, guardias que no dan abasto, López Rega que se asoma desde un balcón y sonríe, custodios corpulentos con melenas engominadas, dirigentes sindicales con brazaletes, el cómico José Marrone que no alcanza a entrar y el dirigente radical Ricardo Balbín que sí, rumores sobre la presencia de Stroessner, las coronas fúnebres pisoteadas, el olor de las flores que vuela hasta avenida Corrientes.

En perspectiva, Soriano observó que había asistido en *La Opinión* "al fulgor y la decadencia", y que esta última había empezado mucho antes de su partida. "Viví las dos grandes huelgas que hicieron temblar a la empresa y que Timerman, paranoico, tomó por sendos complots peronistas para despojarlo del diario", escribió. La primera había sido a mediados de 1973 e incluyó en su crescendo que el diario no saliera durante once días y que varios periodistas fueran despedidos, entre ellos Gelman, Ulanovsky, Terragno y Pasquini Durán. En sintonía con el cambio de signo en el romance entre Perón y la Juventud Peronista, el diario daba un giro a la derecha. Y en esa dirección Timerman contrató como subdirector a Enrique Jara, que llegó con el objetivo de *desalojar* del diario a "periodistas vinculados a organizaciones subversivas o de tendencia marxista" que buscaban "sovietizar" *La Opinión*. Para acompañarlo también se incorporó a fines del 73 Ramiro de Casasbellas. El staff siguió mutando: Tito Cossa se iba a *El Cronista Comercial* y llegaba Mariano Grondona. El suplemento cultural, a cargo de Tomás Eloy Martínez, era casi el único espacio de sesgo progresista.

Tras varias asambleas, en mayo empezó la segunda gran huelga. En medio del conflicto, Szpunberg consultó con Soriano una consigna: "'¿Qué te parece si ponemos «Timerman es holandés»?'. Justo había habido un partido de fútbol y Argentina había perdido por goleada. ¡Y el Gordo se entusiasmó! Quedamos que yo lo escribía, en el baño del diario. Era como una caricatura, pero a Timerman lo preocupó mucho, y llamó a la cana para hacer un peritaje grafológico o algo así, porque al parecer tenía una rama familiar holandesa y sospechó que la consigna implicaba un conocimiento de su biografía. ¡Lo nerviosos que estábamos! Como con esta nos fue bien, pensamos otra; a pesar de la huelga, Kive Staiff, que editaba la sección Cultura, seguía laburando. Entonces propuse: 'Kive Staiff es a Timerman lo que Clark Kent es a Superman'. Y el Gordo decía: '¡Un genio!'. Él lo entretuvo con no sé qué pretexto y yo pegué el cartelito en su escritorio. Se armó otro quilombo. Y a Timerman, que no se le escapaba que el piso en el que estábamos nosotros era el conflictivo, pidió que Soriano se fuera al tercer piso, donde había gente insoportable y muy jodida, el Jara y el

Casasbellas, o Carlos Burone, que terminó como vocero de Massera".

Para entonces la atmósfera se había vuelto irrespirable. En el apogeo del lopezrreguismo Jara le encargó para la sección Política una apología de un operativo policial de "limpieza" de villas a punta de ametralladora. Como entregó un artículo crítico al gobierno, Jara le ordenó reescribirlo. Persistió cada uno en su postura, hasta que le pusieron un escribano junto a su escritorio para que certificara su mala fe con la empresa. Evaluó que la mudanza y el hostigamiento equivalían a darse por despedido. "Le dije que estaba loco —contó Szpunberg—. Y otros le decían lo mismo, que la empresa lo podía cambiar de lugar. Y él que no, que iba a consultar a un abogado. Y tenía razón. Estaba harto y entonces, muy inteligentemente, vio la oportunidad de irse". Jara no alcanzó a echarlo: Soriano se fue antes, dándose por despedido. Terragno fue su abogado en el juicio, que ganó en primera instancia y, ya en dictadura, perdió en la apelación.

En 1977 el general Ramón Camps secuestró a Timerman y lo torturó para obtener información sobre el empresario y financista David Graiver y su relación con operaciones de Montoneros; también lo acusaba de ser "instigador e ideólogo de la actividad subversiva desde las páginas de *La Opinión*". Para entonces Graiver, que había sido uno de los socios accionistas del diario, ya estaba muerto: el avión privado en el que viajaba se había estrellado en agosto de 1976, en México. Jara, que también fue detenido y torturado, condujo a Camps hasta la casa de Timerman. Escribió Soriano: "En los careos policiales Jara, acompañado de Ramiro de Casasbellas, denunció a decenas de periodistas, entre ellos yo, por sostener ideas contrarias a las suyas. El tiempo de la ignominia se había instalado en el país, y el diario, intervenido por los militares, fue un instrumento de silencio primero, de propaganda después".

Camps publicó en 1982 *Caso Timerman. Punto final*, un libro espeluznante en el que transcribe los interrogatorios a detenidos y torturados. "Hago notar que la base del plantel de redacción con el cual se funda y desarrolla *La Opinión* durante dos años y medio, estaba integrado por personas de notoria vinculación a organizaciones subversivas, algunas de las cuales continuaban en el diario cuando yo

ingresé en él —declaró Jara en uno de esos interrogatorios—. Varias de ellas eran miembros activos en diferentes organizaciones clandestinas y otros eran simpatizantes notorios cuyas actividades y opiniones no podían ocultarse a Timerman. Después de mi ingreso los fui despidiendo en el término de pocas semanas.

"'¿Puede dar los nombres de esas personas?' —pregunta Camps.

"Miguel Bonasso, cuasi funcionario del equipo camporista y dirigente de la Juventud Peronista, que era un organismo de fachada de los Montoneros; Silvia Rudni, también activa militante de esa organización; María Victoria Walsh, muerta en un enfrentamiento con las fuerzas de seguridad tiempo después; Lidia [por Lilia] Ferreyra, Néstor Abasolo, Silvia Eichelbaum, Tito Cossa, Osvaldo Soriano, Tomás Eloy Martínez, Ricardo Halac, Enrique Burgos".

Según Camps, "el 'matutino independiente' no perdió oportunidad para dar cabida dentro de sus secciones a todos los escritores comunistas, muchos de ellos guerrilleros, que deambulaban en busca de una trinchera desde donde apuntar contra la religión, la Patria, las tradiciones nacionales, la familia, la moral y las Fuerzas Armadas". Hacia el final compone una "lista negra" de textos periodísticos que considera subversivos, y ahí está el que Soriano escribió sobre el Operativo Dorrego: "En cuatro páginas se dedica a exaltar 'la disciplina no represiva de la JP frente a la rigidez de los militares'. El artículo, imposible de transcribir dada su extensión, es un canto de alabanza a las prácticas montoneras durante aquel operativo".

¿En qué diferencio yo a Jara de Timerman? En que Timerman jamás le dijo a Camps que alguien era guerrillero. En esa época Timerman se alejó de mucha gente, aunque con los años volvió a acercarse. Para mí fue un personaje importantísimo. Detrás de esa cosa de patrón, tenía por él un respeto reverencial. Una especie de tironeo entre el amor y el odio.

Para mediados del 74 hacía colaboraciones en revistas como *Cuestionario* o la legendaria *Crisis*: en julio escribía junto a David Viñas, Ricardo Piglia y Rodolfo Walsh a partir de la consigna "La influencia de Hemingway". "Creo que varios escritores

norteamericanos cambiaron toda la concepción de la narrativa durante este siglo, principalmente después de los años 20 —ponderaba —. Hemingway, Fitzgerald, Caldwell, Ring Lardner, Hammett, publicaron sus primeros libros por la misma época. En *Triste, solitario y final* y en otra novela que estoy terminando hay una gran influencia, si no toda, de estos grandes que alguna vez leí con admiración de mitómano. Hemingway, en particular, me asombró en sus cuentos: recuerdo que cada vez que leía alguno de sus relatos, aunque principalmente 'Los asesinos' y 'Cincuenta de a mil', me decía: 'Escribir es fácil, tiene que ser fácil'. Lo contrario me pasaba con Faulkner: siempre que intentaba leerlo (nunca pasé de treinta o cuarenta páginas) me decía: 'Escribir, contar algo, es demasiado difícil'".

Un Soriano sin barba, con pelo rubio y fino que ya anunciaba la calvicie, disfrutaba del suceso de *Triste, solitario y final*, que había tenido su primera traducción al italiano. Helicón, la productora de Graiver que hizo *La Raulito* y *Quebracho*, se interesó por llevarla al cine. Pero el intento, como otros más adelante, no prosperó: siempre se llegó a la conclusión de que sería carísimo, por el costo de los derechos para incluir a personajes como Marlowe o Chaplin. Por estos meses escribió algunos guiones: junto a Aída Bortnik hicieron el de *Una mujer*, película protagonizada por Cipe Lincovsky y dirigida por Juan José Stagnaro. También guionó una comedia unitaria semanal para Canal 13, *Sebastián y su amigo el artista,* con Víctor Laplace y Emilio Alfaro.

Todavía estaba en *La Opinión* cuando le ofrecieron formar parte de la revista quincenal *Mengano*, que aparecería en septiembre con una venta de 120.000 ejemplares de arranque. La redacción funcionaba en un departamento del microcentro porteño (San Martín 977) y la publicación, de la editorial Julio Korn, anduvo por el surco de *Satiricón*. El ilustrador y humorista gráfico Lorenzo Amengual fue quien lo convocó: Soriano formaría parte del "equipo creativo" junto a Alejandro Dolina, Serguei y Jorge Limura. Dirigida por Carlos Marcucci, en *Mengano* colaboraban entre otros Quino, Fontanarrosa, Crist, Sanyú, Caloi, Alberto Breccia. Con el seudónimo Max Ferrarotti,

Soriano compuso una suerte de periodista estrella y chanta, con influencias y acceso a figuras encumbradas, que pateaba las calles y accedía a la vez a los despachos y espacios del poder. Sus peripecias podían dar cuenta de la dificultad para conseguir monedas o del aumento de los alquileres, de las vacaciones y de la angustia de los pacientes cuando sus psicoanalistas se iban de vacaciones, del caos del tránsito en la ciudad, de las complicaciones con el IVA o con el desabastecimiento. A veces lo llamaban los dirigentes de Boca, de San Lorenzo y de River, para que les solucionase algún problema; ante la escasez de títulos de ese momento, incluso, lo probaron para jugar en River como centrodelantero. En alguna columna se disfrazó de Papá Noel y se tiró en paracaídas para repartir regalos en una villa; en otra fue el primer astronauta argentino. Alguna vez lo llamó un ministro, otra, el propio Kissinger. En otra, mientras tomaba sol junto a la pileta de la casa de Ross Macdonald, el que lo llamaba para pedirle consejo era Frank Sinatra, que había contratado a Pelé porque estaba celoso de la relación entre Alain Delon y Carlos Monzón.

Por el peloteo de los diálogos, por temáticas, por el oficio del protagonista, puede pensarse en Ferrarotti como antepasado del corresponsal de Llamada Internacional, una sección que escribiría quince años después en las contratapas de *Página/12*. Ferrarotti tiene un talante familiar con Tato Bores y también con el actor Fidel Pintos, uno de los personajes del *Polémica en el bar* de la época, que murió en mayo de 1974. Soriano lo despidió cuando todavía estaba en *La Opinión*, y conservaba entre sus papeles el recorte del artículo. “Su recreación del típico chanta, dueño de todas las manijas, que jamás le abrieron una puerta, divirtió a todo el país, despertó una ternura que solo Minguito Tinguitela [Juan Carlos Altavista] podía disputarle. Nadie como Fidel conocía el valor de la sanata para confundir, crear el espacio necesario por donde colar su oportunismo, ese desesperado intento por sobrevivir en una ciudad aplastante. Era uno de esos pocos personajes en los que se reconocía un Buenos Aires que agoniza”.

En *Mengano* también firmó muchas notas con su nombre. En la primera pone a dialogar en París a un Fitzgerald que arranca diciéndole a Hemingway: “Tengo el pito corto”. En números sucesivos

escribirá sobre “los engañapichangas de los jugadores de fútbol”; criticará a Los Tres Chiflados (“un triste remedo de los geniales Marx Brothers”) y la creciente práctica del tenis gracias a Guillermo Vilas; dará unas “Instrucciones para ganar el Mundial 78” y entonará un “canto de amor por Brigitte Bardot (Las minas que nunca tendremos)”. Su registro de escritura en esta revista es más ácido, acaso demasiado enfático. Nunca los rescató para sus recopilaciones.

Difícil precisar en qué momento empezó *No habrá más penas ni olvido*. *La escribí en un departamento de la calle Salguero, en 1974, aunque muchos creen que fue durante el exilio. Incluso hubo alguien que llegó a hacer un análisis de cómo se veían desde Europa los problemas argentinos… en fin. Era un momento difícil de mi vida porque en esos meses mi viejo se estaba muriendo. Yo estaba muy sensibilizado por lo que ocurría en el país. Era un gran disparate que nos desbordaba en todos los aspectos. De pronto vuelve Perón y los peronistas viejos pasan a ser no peronistas. Todo esto, que tiene explicaciones políticas, me parecía poéticamente siniestro. Y me pareció un material interesante para trabajar al reducirlo a un pequeño pueblito como Colonia Vela*.

Estación Vela, o María Ignacia, está ubicado a 50 kilómetros de Tandil; de chico le gustaba escuchar los relatos de su tío Casimiro sobre ese pequeño pueblo ferroviario. “Quiero intentar un modesto fresco de este clima atroz que negamos cada día”, le escribió a Samoilovich a comienzos del 75. Contaba Soriano que le había mostrado una primera versión a Galeano, que por entonces dirigía *Crisis*. *Me dijo: “Hermanito, tomá los originales. ¿Ves ese cesto de papeles? Tirala ahí. Que no se sepa que escribiste eso”*. Por temor a López Rega y al crescendo de la violencia ningún editor quiso publicársela. *Yo estaba destruido*. *En ese momento pesaba mucho la mirada política. Unos meses después, aunque no me animaba a mostrársela a nadie, en un viaje a Europa la llevé. Entonces elegí al que yo sabía era el peor y más duro crítico: Juan Gelman. Era implacable. En ese momento él estaba en Roma. Me dio una opinión totalmente contraria. Entonces le conté lo que había pasado con Galeano y me dijo: “Mirá, Eduardo estaría en pedo”. Con eso*

empató. Luego vinieron los penales y la novela se salvó.

Cuando se exilió en Bruselas, en 1976, se dedicó a pulirla. *No tenía mucho más que hacer y la reescribí. Lo único nuevo que encontré fue la frase final, cuando después del desastre total uno de los personajes le dice al otro: "Qué hermoso día"; y el otro contesta: "Un día peronista".*

En el octavo piso de Salguero 740, Almagro, Soriano compartía sus días con Lidia Lafón. Era psicóloga, fue una persona importante para él en estos años y siguieron en contacto hasta que él murió. "Cuando lo conocí estaba con ella —me contó el abogado Oscar Finkelberg—. En mi visión era una pareja despareja, como que tenían objetivos distintos en la vida. Estuvieron en casa varias veces, comiendo. Porque en algún momento Osvaldo dejó de ser un cliente y se convirtió en amigo. Después a ella le perdí el rumbo". Sonia Freites recuerda que intervenía muy poco en las reuniones, que era muy tímida. "No me parece que haya tenido mayor influencia en él. Osvaldo se veía a sí mismo como un muchacho simple, que venía de provincia. A ver: eso es más bien el retrato que él hacía de sí mismo. Y no era eso en absoluto: al contrario, era un tipo bastante complejo, sofisticado en el sentido del pensamiento, pero tenía una impronta así, y su arma de seducción era la del muchacho sencillo. Y siempre elegía chicas de bajo perfil".

El 19 de abril de 1975 la pareja voló desde Ezeiza hacia Roma. Algunas impresiones como pinceladas pueden rescatarse de las postales que le envió a su madre: caminan muchísimo, les encanta la ciudad. Los siguientes destinos son Florencia, Bologna y Venecia. En París los esperaba Félix Samoilovich, para llevarlos a Bruselas. "Después de almorzar en el Polidor, a pedido de Soriano, sacamos boletos para el tren de las cuatro. Y lo perdimos, porque nos quedamos charlando en un bar, hacía dos años que no hablábamos. El tren siguiente era a las siete, ¡y lo volvimos a perder! Nos quedó el último, de once y veinticinco. Alcanzamos a tomarlo, corriendo, y

como Lidia tenía asma, la levantamos entre los dos y la subimos al tren andando, con los bolsos. Le agarró un ataque, fue una odisea. Era muy frágil, ella".

—Che, ¿y el análisis? —le preguntó Samoilovich cuando el tren arrancó.

—Uh… Bien, pero al principio fue un desastre. Todo el mundo me empezó a hinchar las pelotas con que el tipo, en algún momento, me iba a decir que yo me quería acostar con él.

—Claro, lo que se llama "transferencia".

—Yo no le decía nada, nada que pudiera suscitar esa interpretación. Pero a la vez pensaba: "Estoy tirando la guita a la basura".

—¿Y entonces?

—Fui un día y le dije: "Quiero hablar con usted". "Bueno, a eso viene", me dijo. "Dígame de una vez que me quiero acostar con usted y empecemos este análisis…".

"Eso era el Gordo —sostiene Samoilovich—. Era capaz de encontrar la pepita de oro en medio de toda la cosa seria que había con el psicoanálisis en Buenos Aires. En esa época el analista era Dios, y muchos psicólogos se prestaban para eso, por supuesto. El Gordo intuitivamente sabía lo que había que saber. Esto era seguramente un chiste de él, una versión deformada, como solía hacer. Me dio un ataque de risa y desperté a unos tipos en el tren, casi me tengo que pelear".

"Él vino a analizarse a fines de 1972 —me dijo su analista, Jorge Palant—. Éramos sumamente jóvenes, tanto él como yo, que recién había cumplido treinta. Y una de las cosas que curiosamente funcionó rápido es eso que se llama 'transferencia', y no tuvo que ver tanto con el psicoanálisis ni con el sufrimiento que se puede tener cuando se va a buscar un análisis. Él me dijo, claramente: 'Yo me enteré de que usted fue jugador de fútbol. Y entonces me parece que eso puede ayudar'. 'No sé, yo no lo hubiera pensado, pero si usted lo dice…'". Soriano ha dicho que se alejó de terapia por resquemor a que interfiriera en su escritura; al respecto, Palant recuerda que algunas

dudas en torno a la publicación de *Triste* fueron un tema que en un momento pareció zanjarse. De la mucha correspondencia que intercambiarían en los años siguientes conserva dos cartas, y una de ellas está fechada justamente en mayo del 75; la otra es de cuatro años después, con Soriano ya en profundo exilio. Ambas fueron despachadas desde París.

El 18 de mayo aterrizaron con Lidia en Madrid y empezaron un periplo por Sevilla, Granada, Segovia y Zaragoza. Para el 4 de junio estaban de vuelta en Buenos Aires. Con algunos meses de diferencia, y como si fueran notas enviadas desde Europa, Soriano fue publicando en *Mengano* unas crónicas-cartas bastante atorrantas y deslumbradas. En París pasó por el Pigalle y el Moulin Rouge, contó de los pornoshops del boulevard Clichy y echó cuatro monedas de cinco francos en las máquinas proyectoras de cine. “Dicen que la mishiadura es una cosa mundial. Puede ser. Pero una cosa es vivir la crisis, como les pasa ustedes, en Parque Patricios, Avellaneda o Villa Urquiza, y otra estar tirado en Plaza San Marcos, desde donde les escribo esta nota”. Se describe recorriendo canales junto a dos mujeres y peleándose con el gondolero por el precio del paseo. En Bruselas compone unas estampas con pacientes policías que dialogan con un tipo que corta el tranvía y con hippies que cocinan en la vereda, y se sorprende con que el hurto de mercaderías expuestas al alcance del público no sea penado por la ley. “Además, los teléfonos andan siempre, los bomberos llegan enseguida, en los hospitales no faltan sábanas, un laburante cualunque gana el equivalente a 1200 dólares por mes, la biblioteca nacional tiene hasta *El Tony* argentino (esto es cierto, lo juro), se morfa como los dioses y encima tienen la sede del Mercado Común Europeo”.

Ese mismo junio, ya en Buenos Aires, casi sin trabajo y con la Triple A en plena faena criminal, le escribió a Samoilovich: “No tengo ganas de visitar redacciones ni de pedir favores que serán otorgados con una

risita sobradora". No cede. "No quiero ser aniquilado, aquietado por el fascismo. He visto cómo intelectuales de valor, por miedo o por piedad consigo mismos, van plegándose al ejército de los silenciosos o los justificadores. O pasan al otro bando. Verlo solamente me vuelve loco". Por entonces Corregidor había puesto a circular una segunda edición de 4000 ejemplares de *Triste*, y había cerrado negociaciones con Círculo de Lectores de España y Vallecchi de Italia. Soriano, por su parte, se apoyaba en Finkelberg, acaso el mejor especialista en derechos de autor del país: la relación con Pampín se había deteriorado. "Para él era fundamental disponer los derechos de la novela para manejarse en Europa —contextualizó Finkelberg—. Él estaba angustiado por liberar ese contrato. Por suerte en la Argentina a los contratos que no tienen un plazo previsto, expreso, de vigencia, cualquiera de las partes puede ponerles fin. Se hizo un pleito y le cambió el panorama".

En septiembre Tito Cossa consiguió que entrara a trabajar como redactor de deportes y de cultura a *El Cronista*, cuya redacción estaba en Alsina y Perú. *En ese momento se convirtió en un lugar de refugio para cuanto expulsado andaba por ahí, mezclado con una camada de chicos más jóvenes. Es uno de los diarios de donde más gente desapareció. Hasta desapareció el dueño, Rafael Perrotta. Volví a escribir sobre deportes, y desde allí conservé toda la vida la fantasía de que lo único que debía preservar como saber —Saber con mayúsculas—, para tiempos de desgracia, era el deporte. Fundamentalmente el fútbol. Y en segundo lugar, el boxeo*. Cossa era secretario de redacción y llevó también a trabajar allí a Carlos Somigliana, a Pasquini Durán y a Andrés Rivera. "Soriano era un maestro para eludir el laburo, pero cuando lo hacía era maravilloso —me dijo Cossa—. Tenía una especie de picaresca, de pasar por el mundo así, con lo suyo, con el menor esfuerzo".

"Como casi no se televisaban los partidos, en la nota vos tenías que contar todo —me dijo Eduardo Van der Kooy, uno de los 'chicos jóvenes' a los que refiere Soriano—. Y él novelaba un poco, transformaba eso en un cuento. Que yo recuerde, fue uno de los

primeros tipos en dar una mirada diferente sobre el fútbol. En ese grupo estaban Roberto Guareschi, Norberto Soares, Norberto Colominas, Mario Stilman. El gran regente era Tito, pero el que manejaba ahí era Somigliana, que también era director de teatro. El director del diario nos esperaba el cierre del domingo y nos llevaba a comer con su auto a la parrilla de Maipú y Corrientes. Eran cosas de otra época, de un tipo muy especial, con el que vivíamos situaciones extraordinarias. De ir a pedir un aumento del 25 por ciento y encontrarnos con que nos dijera que mejor pidamos 30: ¡el dueño de la empresa! Así que los domingos íbamos algunos en el Torino de Perrotta y otros en el Fiat 128 que tenía el Gordo".

"Éramos una linda bandita —me contó Colominas—. *El Cronista* tenía una cosa linda, más amateur, digamos, bien distinto a lo que pasaba en *La Opinión*, donde todo era más drásticamente profesional. Hacíamos lo que se nos cantaba. Comentábamos los libros que nos gustaban y no los que nos mandaban. Soriano cubría a San Lorenzo: 'Si me mandan a San Lorenzo, voy, si no, no', decía". El diario tenía un pequeño bar arriba, al que los periodistas casi no iban; preferían La Puerto Rico, sobre Alsina, o El Querandí, donde pasaban horas y horas de charla y de café. "Osvaldo era un tipo absolutamente abierto, muy ingenioso y de muy buen humor —recuerda Van der Kooy—. Fumaba muchísimo. Y aunque yo era un nene y él era más grande y relativamente conocido, no establecía ningún tipo de barrera en el trato personal que pudiera hacerte sentir mal. Al contrario".

San Lorenzo terminaría tercero en el Nacional del 75 y no se le percibe, en sus crónicas, un gran entusiasmo por el equipo: lo ponen nervioso el zaguero Maletti y el técnico Rendo, aunque elogia a Oscar Ortiz y al gringo Scotta, que resultaría goleador del campeonato. El artículo futbolero más laudatorio está dedicado al Pato Fillol: "Quien escribe estas líneas no vio a los arqueros de aquellos equipos de River de las décadas del 30 y del 40; tampoco a Sebastián Gualco, ni a los otros dioses; tiene que conformarse, entonces, con asegurar que Ubaldo Matildo Fillol es el más grande de cuantos arqueros ha visto en su vida, incluido el excelente Ladislao Mazurkiewicz". Es una apreciación temprana y certera: Fillol fue clave en los dos torneos que

ganó River ese año —tras dieciocho de sequía—, sería figura central en el Mundial 78 y está considerado el mejor arquero de la historia del país y del continente.

En cuanto al box, narra sobre peleas de dos grandes personajes que andan por el ocaso de sus carreras: Bonavena y Locche. “Cada uno se gana la vida como puede”, tituló su crónica sobre la que sería la última pelea de Ringo en la Argentina, contra su ex sparring Raúl Gorosito, y la penúltima de su historial. “La noche del sábado, Oscar Bonavena estaba nervioso ante la comprobación de una evidencia: el público todavía lo estima, pero él puede hacer muy poco para retribuir su amor”. Con Locche, en cambio, se entusiasma. Estaba de regreso tras dos años de retiro, luego de haber perdido el título mundial y de haberse chocado contra Kid Pambelé en el intento por recuperarlo. Le encantaba su humor arriba del ring, su estilo singularísimo, más caracterizado por esquivar con elegancia los golpes del otro que por aplicar los propios con potencia. Lo menos violento posible en un escenario, un deporte, un mundo violento: y ganar, así. “Como un chico, Locche jugó despreocupado del peligro”, tituló la nota del combate contra el norteamericano James Heair, “un rubio de 23 años con aire de egresado universitario con buena conducta”, que subió confiado y “esperó al ex campeón mundial con la seguridad de que tendría frente a él a un hombre terminado, a un viejo con el que bastaría exigirlo hasta agotarlo. Pero pronto empezó para él la mala vida. Mientras el público hacía el coro necesario, Locche iba de un rincón a otro burlándose de su rival, del boxeo, del fantasma de la muerte que suele acompañar a los protagonistas de este negocio. Días atrás, cuando terminó el combate entre Muhammad Alí y Joe Frazier en Manila, el campeón dijo: ‘Nunca vi la muerte tan cerca’. Nada de eso: Locche sabe aún las mejores maneras para espantar a la muerte. Al finalizar el cuarto round Heair ya sabía de qué se trataba. Se había dado cuenta de que estaba en Buenos Aires para arrojarle golpes a una sombra: era un loco tirándole piedras a un gato callejero. Imposible dar en el blanco”.

Escribe también sobre el comienzo del rodaje de *Piedra libre*, de Leopoldo Torre Nilsson, basada en un cuento de Beatriz Guido;

despide al poeta y compositor tanguero Cátulo Castillo y entrevista a Eduardo Galeano, que acaba de publicar la novela *La canción de nosotros*. Le pregunta por su visión continental, por la relación entre política y literatura. “Varios escritores latinoamericanos han escrito sus mejores obras fuera de sus países. Lo mejor de Cortázar está escrito en París; lo de García Márquez en Barcelona o México. Onetti trabajó mucho en Buenos Aires. Vos escribiste este libro alejado de Uruguay. ¿Te parece casual? ¿O el distanciamiento (sin perder de vista la realidad, claro) de la abrumadora velocidad y violencia con que suceden las cosas en nuestros países puede hacer más eficaz el acto de creación?”.

Además de sondear lo que será “escribir afuera”, Soriano se ocupa de algunos preparativos concretos. Cuenta Nilda Villarreal: “Vino un día y me dijo: ‘Mirá, prima, yo a la larga me voy a tener que ir de este país si no quiero que me limpien. Si yo te hago un departamento ahí atrás, ¿me dejarías que mamá venga a vivir con ustedes, así no está sola y yo me voy tranquilo?’”. Nilda lo consultó con su propia madre, que le advirtió del carácter de la tía: “¿La vas a aguantar?”. “Sí, por mí que venga”.

Aunque media familia se le puso en contra, la cosa prosperó: el tío Casimiro hizo la construcción y entre ellas se llevaron bien.

Le planteó a Lidia Lafón que se fueran juntos a Europa, pero ella no quería irse del país. Hacia fines del 75 él dejó el departamento que compartían y se fue unas semanas a lo de Tito Cossa, en Almagro. “Teníamos una piecita arriba y ahí se alojó. Con él me entendía mucho ya desde *La Opinión*, pero al estar compartiendo la casa se creó más la relación”. Marta Degracia, su compañera, recuerda el día que llegó: “Abrí la puerta y ahí estaba Osvaldo, con su valija y un bolsito. Me contó un par de cositas, porque en lo personal era muy reservado; yo a ella la había visto un par de veces. ‘Marta, usted tiene gatos, qué felicidad’, tiró apenas vio a Margarita. Tuvieron un feeling

instantáneo. A veces él llegaba tarde, de noche, y apenas sentía la llave en la puerta la gata saltaba de mi cama y se iba con él. Yo sabía que le apasionaban los gatos; le pregunté por qué no tenía y me contó que Lidia era alérgica. Así que se puso a criar grillos. Para la suerte".

NILDA VILLARREAL: Un delirante. No sé si le hicieron el cuento o qué, pero le regalaron una cajita con grillos. Se reprodujeron y eran un montón. Imaginate el despelote.

MARTA DEGRACIA: Tenía entre quinientos y mil quinientos, en el balcón del departamento. Con gran disgusto de los vecinos, protestas, qué sé yo.

SONIA FREITES: Estaba el Dipi en eso, también. Hacían carreras, los ponían en cajitas y los hacían competir, ¡a las tres de la mañana! No sé cómo no los echaron.

Con el correr de los meses las notas en *Mengano* van cargándose del crescendo de crisis y violencia política. Ferrarotti es convocado por Antonio Cafiero (ministro de Economía tras el descalabro que encarnó Celestino Rodrigo) para ir a pedir dólares prestados a Washington; otro ministro le encarga que vaya en secreto a la isla Martín García para rescatar a un ex presidente que "se esconde entre los yuyos", tiene 153 años y se llama Aureliano Buenasnoches. El derrocamiento de Isabel Perón se ve venir y aparece continuamente en la revista. En el último número del 75 bromean con un comunicado del "Mariscal" Ferrarotti, que ha tomado el control de *Mengano* para subsanar las arbitrariedades del director Marcucci y la caída en las ventas. En lo sucesivo aparecerán fantasmas en la Casa Rosada, desaparecerá el sillón presidencial y los marcianos pactarán con los militares para convertir a la Argentina en un imperio.

Estando en El Cronista *escribí una nota contando una serie de problemas*

que había tenido durante un viaje en avión. Me llamó uno de los gerentes de la línea aérea y me dijo: "Lo que usted cuenta en su artículo es imposible. Usted lo soñó. Elija el lugar del mundo donde quiera ir, y va a comprobar que lo soñó". Es el típico procedimiento que muchas veces se utiliza para tener contentos a los periodistas, hay que rechazar esas cosas. Pero en ese tiempo yo no era tan fuerte.

Tras un día en Dinamarca llegó a Bangkok junto con el fotógrafo Rafael Serenellini y se alojaron en el Montien, un hotel de cuatro estrellas. "Este es un mundo extraño, donde la miseria se ve como en pocos lados —le escribe a su madre—. Todo lo que hay es norteamericanos y cualquier blanco para ellos es yanqui. El centro de la ciudad es moderno y están preparando todo para el turismo. Hay más autos y más mendigos que en cualquier lado que yo haya visto. Las pagodas son muy lindas y hay budas y otros dioses que ellos adoran en las esquinas. La mugre es terrible. El olor de los arroyos contaminados, de las frituras de raíces y otras cosas que la gente hace por la calle es penetrante y se vuelve insoportable. Claro que los hoteles yanquis son muy buenos, con aire acondicionado. Yo estoy en uno de los mejores con otro argentino que habla un poco de inglés, único idioma occidental que hablan los tipos de los hoteles. Se puede decir que todo es dolorosamente pintoresco en comparación con la sobriedad y seriedad de Dinamarca". Se lava la ropa todos los días y comen "arroz y sopas orientales en un boliche barato, de trabajadores". Caminan mucho la ciudad. Observa a los mendigos, a los viejos que viven en la calle, a las mujeres que visten de largo y trabajan, muchas, dice, como albañiles.

El 18 de febrero ya estaba de vuelta en Copenhague. Tras unos días viajó a Roma y se instaló en lo de Miguel Ángel García, un ex compañero de *La Opinión* que además de hospedarlo le tendió puentes para que colaborara con el periódico socialista *Avanti*. En Roma también se encontró con Gelman: fue cuando el poeta leyó el borrador de *No habrá más penas ni olvido*. "Dice que es una narración del carajo", le cuenta a Lidia Lafón, entusiasmado, en una carta fechada el 4 de marzo, recién llegado en tren a París. En otra carta le dice que está impresionado por los aumentos de precios (Lidia le había enviado

diarios nacionales) y por el “quilombo, previsible pero jodido” del escenario sociopolítico. A veces cree que al volver irá a la cárcel. Desde Europa, y en particular desde Italia, le describe, se ven claras y coherentes las razones de la burguesía para provocar la crisis argentina, “pero qué importa, si allá no hay que interpretar, sino sufrir”.

Hacia el 9 de marzo estaba otra vez en Bruselas, alojado en Rue de la Pacification 62, la casa comunitaria en la que vivían Samoilovich y su mujer, Graciela Clementoni. “Mi hermana Christine y su marido son actores —me dijo Catherine Brucher—. Conocieron a Félix, que estudiaba montaje, en la escuela de cine de Bruselas (INSAS), y luego de un tiempo fueron a vivir a esta casa, que compartían también con otra gente”.

Catherine Brucher nació el 9 de mayo de 1951 en Le Ban-Saint-Martin, un pueblito de la región de Lorena, pegado a Metz, en el noreste de Francia. A esa altura llevaba cinco años trabajando como enfermera en Estrasburgo. “No es que de chiquita me dijera ‘quiero ser enfermera’. Yo no andaba muy bien en la escuela y en una orientación salió esto. ¿Y por qué no?, me dije. Y me gustó. En ese momento estaba cansada de trabajar, y un poco por una pareja con la que andaba mal, y otro poco porque mi hermana vivía en Bruselas, me instalé allá. En esa época trabajaba un mes y paraba: cuando no tenía más plata, volvía; se conseguía empleo fácil, se vivía con poca cosa, y al tener una vida así, un poco bohemia, con el grupo, se gastaba poco. Félix hablaba de que iba a venir su amigo, Osvaldo. La imagen más antigua que tengo de él, cuando nos conocimos, fue un cruce en un pasillo bastante oscuro de la casa:

”—Bonjour.

”—Bonjour.

”Me acuerdo de que la primera noche le conté un montón de cosas y no entendió nada; después hubo muchas charlas en una cocina chiquita, él me contaba y Graciela me traducía. Fue complicado y no sé bien cómo se hace, pero de a poco nos fuimos entendiendo. Él

terminó hablando muy bien francés. Era un tipo… no sé, encantador, simpático. Yo estaba con una separación complicada en ese momento; Osvaldo en esa época también se estaba separando de su pareja de entonces, Lidia. Recuerdo que cuando vino fuimos a ver un espectáculo del Tata Cedrón, en Bruselas. Y al poco tiempo salimos juntos".

"Les traducíamos todo, a los dos —contó Samoilovich—. Y una noche dije 'bueno, basta, arréglense'. Se quedaron en esta cocinita angosta que teníamos y me fui a apoliyar. A la mañana siguiente salieron de la misma zapie… Esa fue la historia del azúcar, ¿la conocés?".

"Quería decirme que yo le parecía muy dulce, y no sabía cómo —recuerda Catherine—. Entonces cargó una cucharada de azúcar y la dejó caer, como una lluviecita".

—¿Viste? Así sos vos —le dijo.

Me quedé más de un mes, compartiendo largas charlas noctámbulas, ese clima hoy casi muerto. Un día, la que es hoy mi mujer me despertó y me dijo: "Coup d'état en Argentine". A la noche vimos a Videla en televisión. Fue tan patético… En Europa tienen una maqueta de lo que es un dictador latinoamericano: morocho, con bigotes, anteojos negros y una gorra grande, encasquetada hasta los ojos. Esa noche, en el noticiero, lo vimos a Videla y era así, exactamente igual a la maqueta. Dentro de la tragedia la situación tenía un costado cómico, todos se morían de risa. Había llegado un punto en el cual yo estaba harto de los milicos, punto en el que sigo. Me hice una filosofía propia, que consistía en decir: "Nunca más, nunca más. No me los banco más". Era una cosa personal, que mantengo. En Bélgica me dijeron: "Acá tenés una pieza".

Pero todavía, antes del exilio, volvió para acomodar algunas cosas.

9

Exilio

Aquel 24 de marzo fue con Samoilovich a la Agence Télégraphique Belge De Press y leyeron los cables de United Press y de Associated Press. Seguían día a día las alternativas sobre la situación del país a través de Radio Nacional de España, *Le Monde* y la BBC.

Además de avanzar en el pulido de *No habrá más penas* y de intentar progresos con el francés, Soriano cruzó a Londres en barco junto con Samoilovich: "Él quería hacer una peregrinación al Highgate, el cementerio. Quería ver la tumba de Marx". Le envió a su madre tres postales; la última está fechada en Suiza el día 30, y anuncia su regreso.

A comienzos de mayo se imprimía el último número de *Mengano*. La tirada no alcanzó a circular, porque el día que debía aparecer, a Marcucci lo llamaron para que fuera de inmediato a la Municipalidad: ahí supo que una nota les había parecido "muy pornográfica". Cuando llegó, un funcionario le comunicó que habían secuestrado e incinerado la edición. Marcucci me contó que recibían llamados intimidatorios contra los "infiltrados marxistas": entre otros, aludían a Soriano. Un día lo llamó el gerente de la editorial, Julio Korn, para reclamarle: "'¿Qué carajo pasa?', me gritó. '¿En una revista de humor hay marxistas?'. '¿De dónde?, ¿quiénes?', le pregunté. Y entonces me nombró a Soriano y a Mempo Giardinelli". "Además de los llamados y los aprietes, nos censuraban, había que mandar las páginas para que las controlaran —me dijo Mazzei, el diseñador—. Un día Andrés Cascioli, director de *Satiricón*, nos avisó que el Ejército estaba visitando redacciones. Cuando fueron a la nuestra no estábamos, y revisaron una oficina equivocada: zafamos".

Arreciaba la represión. Detenciones, secuestros, centros clandestinos

de tortura, asesinatos enmascarados como enfrentamientos. El 5 de mayo el Ejército secuestró a Haroldo Conti: a pesar de las gestiones para su liberación, sería ejecutado y su cuerpo no volvería a aparecer. Dos semanas después, en Casa Rosada, Ernesto Sabato, Jorge Luis Borges, Horacio Ratti (presidente de la Sociedad Argentina de Escritores) y el sacerdote Leonardo Luis Castellani almorzaban con Videla: la reunión sería presentada en la prensa como "el diálogo" entre los intelectuales y el gobierno. Ratti le pasó a Videla un listado con diez autores que estaban "a disposición del Poder Ejecutivo" y solo Castellani preguntó explícitamente por Conti y pidió verlo. A Soriano lo conmocionó lo ocurrido con él: en sus textos sobre la dictadura lo alude, y lo caracteriza como "uno de los mejores escritores argentinos". Las voces acerca de cuán amenazado se sentía Soriano por entonces difieren.

EDUARDO VAN DER KOOY: Comentaba que alguien lo había llamado por teléfono. Y más allá del tenor de la amenaza, cualquiera que haya recibido era grave.

SONIA FREITES: Ya con la Triple A mucha gente había empezado a plantearse "hay que irse", entre otros, Osvaldo. No porque se sintiese perseguido, aunque no había lugar para ellos en los diarios. Pero en ese momento nadie pensaba que la cosa iba a ser tan sangrienta.

TITO COSSA: Él vio lo que vieron algunos; pero otros, con cierta displicencia, o con cierta inocencia, decíamos "bueno, a mí no me va a pasar". Y me quedé.

EDUARDO VAN DER KOOY: Andaba muy apesadumbrado por el clima que se vivía. Tengo muy presente una noche en la que me llevó hasta Retiro: no me acuerdo a quién habían matado —o puede que fuera lo de Conti—, y él estaba muy tomado, decía que no se podía vivir así. Para él era insoportable. Y al poco tiempo se fue.

Tito Cossa plantea que Soriano se exilió por varias causas concurrentes. "En primer lugar, estuvo amenazado: lo denunciaron

como un agente disolvente cultural. La frase decía textualmente: 'La subversión cultural es la otra cara de la guerrilla'. Lo acusaron por tevé de ser cómplice de la guerrilla en el año 75. Eso era algo muy duro. En verdad esa fue una razón evidente para exiliarse, pero no fue la única. Lo denunció Roberto Aizcorbe, en la revista que dirigía, *El Burgués*". Soriano había coincidido en la redacción de *Panorama* con Aizcorbe, un apologista del almirante Massera que en la dictadura fue columnista de *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca; decía que en el país había un clima de "psicosis revolucionaria", fogoneado por "la propaganda armada de los izquierdistas", una organización "que se extiende desde el periodismo hasta el teatro, pasando por todas las manifestaciones cotidianas de la cultura"; quien negase este panorama, planteaba, "irá a la guillotina o al paredón". Ya en el exilio, Soriano le pedirá a Lidia "el libro de Aizcorbe", acaso en referencia a *El mito peronista*, que publicó ese año. "Acordate que una vez me quemó en su revista", le apuntaría.

Poco antes de irse viajó a Tandil, a preparar su salida. El documentalista Gauna lo encontró una noche en lo que era "la mesa de los intelectuales". "Me voy a Europa a cubrir la próxima pelea de Monzón, pero no voy a volver", le confió.

La madre de Soriano vivía ya en el pequeño departamento que le había hecho construir en el fondo de la casa de su prima, sobre la calle Alsina.

—¿Le contás vos a mamá, cuando ya esté allá?

—¡Qué piola! Me encajás eso a mí.

—No me animo a decirle, le va a pasar algo.

—En todo caso, cuando estés allá, le va a pasar igual.

"Me las fui rebuscando —me contó Nilda—. Y cuando le decía que no iba a volver, no me creía, se enojaba. Él se sentía en peligro: 'Yo me tengo que ir sí o sí, o en cualquier momento te avisan que desaparecí. Duermo una noche en cada casa'. Lo llamaban por teléfono, le mandaban cosas".

Tras el cierre de *Panorama* y la falta de trabajo, Di Paola se había refugiado en Tandil, donde armó una librería de viejo en un garaje. "Vino a saludarme. Se iba ya a Bélgica. Entró en la librería estallando

en una carcajada al ver que mi campanilla de aviso no era otra cosa que una lata de tomates que giraba libremente sobre el piso al golpearla la puerta: '¿No te alcanzó para una campanilla?'. Traía una carpeta enrollada como un tubo. '¿Es?', pregunté. La alisó cuidadosamente. Me la dio. Decía: 'No habrá más penas ni olvido'. Fue el último original que leí de Osvaldo".

Giardinelli recuerda que una de esas noches, en Buenos Aires, se encontraron en la avenida 9 de Julio, cerca del Teatro Colón: hacía frío y los dos estaban asustados. "Nos prometimos hacer de nuestros exilios una militancia literaria. Nos dimos un abrazo, emocionados, llorosos los dos, hasta que él, desprendiéndose y en su estilo juguetón, me dijo: 'Guarda que va a venir la cana y nos va a llevar, pero por maricones'".

Samoilovich escribió que, durante los cincuenta días que Soriano estuvo en Buenos Aires, recibió al menos cinco cartas en las que hablaba de la violencia, el dolor, la escritura, la elección de un lugar donde vivir, el amor y sus dudas: "¿Estoy enamorado de Catherine o, lo que es terrible, de una situación poética? Porque escribir una novela, estar con ustedes, hacer el amor con una francesa, esperarlos a todos, es lo que le gustaría a un poeta y editor cursi".

Antes de irse hizo registrar ante la Dirección Nacional del Derecho de Autor una obra con carácter de inédita: *No habrá más penas ni olvido*. El gestor hizo el trámite el 18 de junio: ese día Soriano viajó por Air France hacia París.

Esa mañana Colominas pasó a buscarlo por el departamento que había compartido con Lidia Lafón, en Almagro. "Era una flaquita, psicóloga, excelente tipa —me dijo Colominas—. Él estaba muy triste: quizá no la amaba, pero la valoraba mucho. Fuimos hasta Ezeiza en un Citroën 3CV que yo tenía. Me pidió que cada tanto le mandara *El Gráfico*, sobre todo si saliera algo de San Lorenzo; cuando yo me fui, empezó a mandárselo Tito [Cossa]. Tenía pasaje de ida y vuelta; absurdo, pero casi todos nos íbamos con pasaje de ida y vuelta. En ese viaje me dijo: 'Andá pensando en rajar, esto se va a poner feo, va a morir mucha gente'. A Tito también le decía, por carta: 'Salí de ahí, te van a matar, pelotudo'. Estaba muy preocupado". En el aeropuerto

había muchos controles. Soriano llevaba un papel con membrete de *El Cronista* que certificaba que era enviado a cubrir la pelea. *Me acuerdo de un soldado con ametralladora al hombro que me dijo: "¡Qué envidia!"*.

En otra carta le lista a Samoilovich qué se llevará: "Gardel completo *pata de leopardo para viajes en avión* máquina de escribir *cuerpo herido de amor* mi amistad / ganas de ganarme un lugar en un mundo hostil".

Al día siguiente aterrizaba en París.

Aunque más de una vez Soriano ha dicho y escrito que Monzón se enfrentaba contra el francés Jean-Claude Bouttier, debía referirse en realidad al primero de sus combates contra el colombiano Rodrigo Valdez. La pelea fue el 26 de junio en Montecarlo: Monzón ganó por puntos tras quince rounds. Pero Soriano se quedó en Bruselas y no la cubrió para *El Cronista*. Por entonces Samoilovich y su mujer Graciela, Catherine y otros moradores que iban y venían, seguían viviendo en Rue de la Pacification, a cien metros de la plaza Marie Louise, que tiene un lago en el medio. Es el lago de la historia de los patos.

"Mientras él estuvo en Buenos Aires intercambiamos algunas cartas —me dijo Catherine—. Y cuando volvió a Bruselas yo ya había decidido irme, volver a Francia, porque con el trabajo en Bélgica no me sentía muy cómoda. Hacia septiembre de ese año volví a instalarme en Estrasburgo; a él no le gustaba la provincia, para vivir: su sueño era vivir en París. ¡Pero yo en ese momento tampoco quería irme a París! Entonces cada uno estaba en su sitio y viajábamos mucho, se venía a pasar una semana a Estrasburgo y yo también iba a Bruselas. Me acuerdo de haber hecho un viaje en tren a Turín, teníamos muy poca plata. Bah, yo tenía mi sueldo, pero él casi no tenía. No teníamos ni para ir al restaurante: comíamos sánguches. ¡Harta de comer sánguches! Así fue todo el viaje".

Soriano se instaló en una habitación del segundo piso; cuando coincidían, compartían habitación con Catherine. Comprender, hablar y escribir el francés fue una de las preocupaciones en esa primera época; en septiembre le contará a su madre que ya lo maneja bastante: "¡Si me vieras hablando en francés!". En carta a Tito Cossa y Marta

Degracia, a comienzos de 1978, escribe: “Esto de leer francés tiene algunas ventajas: por ejemplo, me puse con *El extranjero*, de Camus, en el original, y te juro que es un placer (si se le puede llamar así) de dioses. En medio de la pobreza actual de la literatura francesa hay que irse para atrás y releer a los maestros y entonces agradecés haber estado más de un año rompiéndote el bocho para aprender el idioma”.

Dedicó también mucho tiempo y energía a la escritura de cartas: le rindió frutos en varios sentidos. Los intercambios más intensos serán con su madre y con Cossa, pero el abanico es amplísimo y abarca a ex compañeros de los diarios de Buenos Aires (Colominas, Van der Kooy, Eduardo Rafael), a exiliados de México y Venezuela (Tomás Eloy Martínez, Daniel Divinsky, Giardinelli), a escritores de los que se haría amigo ya en el exilio, como Osvaldo Bayer o Giovanni Arpino. Algunos más, como para dar mejor idea del arco: Gabriel García Márquez, uno de los contactos que le ofreció Cortázar; Gelman; Daguerre, aquel preparador físico de las columnas en *La Opinión*; su ex psicólogo, Palant; Finkelberg, su abogado; Carlos Bosch y Juan Martini, exiliados en España. “Tenía muchos rituales, y las cartas era uno —me contó Samoilovich—. Tenía que tener la mesa ordenada; organizaba las cartas en tres pilas: los amigos, los tipos un poco más lejanos y las relaciones. Todas las noches se sentaba y antes de ponerse a escribir lo suyo, iba respondiendo. En la casa a la que nos mudamos después encontró un pesacartas en miniatura, de la exposición de 1910, precioso. Para cuidar hasta el último mango tenía estampillas compradas y sabía las tarifas, así que pesaba los sobres en casa y luego no tenía que hacer la cola en el correo, mandaba directamente”.

Junto a Samoilovich escribieron un folletín policial para una radio suiza, cuya corresponsal en París era Nicole Werren, esposa del escritor ecuatoriano Jorge Enrique Adoum: otra pista brindada por Cortázar. “Todavía tengo ese material, era malísimo. En cada hoja había un muerto”. Para esa radio Soriano adaptaría *Dormir al sol*, de Adolfo Bioy Casares.

En carta fechada el 1º de julio del 76 Cortázar le explica de la conveniencia de que termine “la nueva novela” para ofrecerla a la

editorial Fayard en tándem con *Triste, solitario y final*. Cinco semanas después ya sopesó *No habrá más penas ni olvido*: "Leí de un tirón tu novela y eso en mí es siempre un primer balance favorable; sigo creyendo que un libro que 'agarra' da ya la prueba de su calidad. Para un argentino, además esa calidad es obvia y transparente, en pocas páginas has resumido el drama de estos años, y lo has hecho a tu manera, con esa rapidez que nunca es ligereza sino eliminación de lugares comunes y acotaciones innecesarias". Que le sigue gustando más *Triste*, "quizás porque reúne más recuerdos y querencias y nostalgias muy mías", le dice. "Tu nuevo libro es digno del otro, y el único problema es el que vos mismo prevés en tu carta: a un editor francés no le va a gustar, o va a asumirlo equivocadamente como una novela 'dura' y de acción, cuando es mucho más que eso". Conclusión: mejor encarar con *Triste*. La generosidad de Cortázar es enorme: "Cuando te decidas a hacer las entrevistas de que me hablás, por supuesto te daré todos los teléfonos que tenga, y te ayudaré en la presentación personal". También incidió para que sus libros se publicaran en Polonia.

Vía Cortázar recibía además información del otro lado del océano, donde campeaban las dictaduras: "Tus comentarios sobre las últimas noticias argentinas contenían aún cierta esperanza con respecto a Paco Urondo. Creo que ya no podemos esperar nada; las versiones difieren pero coinciden en el hecho fatal. En cuanto a Conti, queda una remota duda de que aún esté vivo. Acabo de recibir carta de Daniel Moyano desde Madrid; menos mal que él pudo salir. Parece que Galeano ya está afuera (*Le Monde dixit*) y que Zito Lema se prepara para irse". Intuye, certeramente, que pasará bastante tiempo hasta que puedan volver.

En julio le envía un par de cartas a Lidia Lafón. Espera que todavía lo siga queriendo, aunque sea un poco. Le dice que pese a haber pensado mucho todavía no consigue resolver la contradicción entre la vida que vive, "enquilombada, de un lado para otro, escribiendo una novela después de la cual no valdré dos guitas allá", y sus ganas de estar con ella, mirando juntos la televisión ("ya parezco un chico educado y trabajador"). Le refiere sus próximos viajes, despliega las

dificultades que enfrentaría si volviera, narra sobre los gatos que lo visitan. Y conjetura que la experiencia, como sea que termine, le va a ser útil si es capaz de repensar los pasos que dio en el último tiempo.

El tono cambia en otra carta, fechada el 9 de octubre, en la que se deduce que unas semanas atrás ella le ha contado acerca de una relación amorosa y que ha decidido "dar vuelta la página". Por supuesto, es tu elección, le dice Soriano, entre herido y estupefacto; y también que quiere que sea feliz con quien sea, ya que no pudo con él. Crujen las diferencias entre ambos en torno al terrorismo de Estado; le dice que está dolido porque Lidia le cuestiona "pequeños suicidios como el del telegrama". No he podido precisar a qué telegrama refiere: acaso fuera de apoyo al reclamo por los asesinatos de Urondo o Conti, o por el secuestro del hijo y la nuera de Gelman, o por la desaparición de periodistas de *El Cronista*. Le retruca con preguntas: ¿es un suicidio dar la cara frente a quienes acaban de asesinar a sus amigos?, ¿debería quedarse callado cuando sus compañeros de trabajo son brutalmente asesinados?, ¿piensan quienes están junto a ella que lo mejor sería cerrar los ojos y olvidar? Tendrá que rehacer su vida a brazo partido, le dice, pero con la conciencia limpia, para que nadie le tenga lástima ni lo mire "como a esos que ahora escriben lo que manda el patrón para proteger sus vidas, que más hubiera valido nunca vivirlas". Que escribirá una novela del exilio, asevera. "Quiero ser testigo de mi tiempo, mientras pueda y me alcance el talento".

En septiembre participó en Frankfurt del Coloquio de Autores Latinoamericanos y también de la Feria del Libro, donde se reencontró con Juan Rulfo, a quien había entrevistado junto con Szpunberg para *La Opinión* apenas dos años antes. Volverían a reunirse en Buenos Aires en 1985; Soriano lo cita en "Escritores en apuros", un artículo que publicó poco después, en el que reúne historias de narradores que en algún momento se empantanaron. "Creo que he leído *Pedro Páramo* como veinte veces y mi admiración por Rulfo no tiene límites".

"Me encontré con alemanes que han leído el libro mío y con algunos amigos argentinos que están exiliados en Alemania, de manera que la

pasamos bien", le escribió a su madre; en Frankfurt fue que se cruzó con Osvaldo Bayer. Soriano dejó *Triste* a una agente alemana para que gestionase su publicación. "Ahora estoy a punto de firmar con la editorial Suhrkamp que, miserables, anticipan apenas mil marcos —le escribirá a Bayer seis meses después—. De todas maneras me será útil que el libro aparezca y no estoy en condiciones de negarme". Para septiembre del 77 Bayer ha accedido a la traducción (a cargo de Heidrun Adler), le anticipa que "es mala" y le pone unos cuantos ejemplos: audaz en lugar de sobradora; mate por mateo; "las cosas iluminaban por las ropas flamantes". A vuelta de correo, Soriano dice que protestará ante la editorial: "Bueno, creo que me pueden mandar a la mierda, pero que se vayan a la puta que los parió. Les mando una carta respetuosa pero no aguantan ni eso porque son fascistas de primera y realmente nos tratan como si fuéramos indios y ellos Pizarro y Almagro. Cuando el libro salga les voy a mandar una carta con todo". Suhrkamp publicará *Traurig, einsam und endgültig*, finalmente, en 1978, y la reeditará en 1983 y 1995.

En esa carta desde Frankfurt a su madre le cuenta que visitará a Aída Bortnik en España, que allí también está Lautaro Murúa: especula incluso con instalarse allá. "Es posible que puedan vender aquel guion que hicimos y nunca se filmó en la Argentina", se esperanza. Dos meses después, en otra carta a Cossa, el panorama cambió: "Aída está en Madrid, pero nuestras fricciones llegaron a un límite en el cual he decidido romper toda relación, o al menos eso surgirá de una dura carta que le mandé y no contestó. Era fulera de contestar. En fin, ya tenía las bolas rotas con sus agresiones. Vos entendés, ¿no?".

"Aída vivió un tiempo con nosotros, en la casa —contó Samoilovich —. Era muy, muy amiga. Tuvieron una pelea memorable, con el Gordo, en un restaurante griego. Porque eran el día y la noche para algunas cosas. Aída era gastadora, la exaltación ucraniana, de tirar la guita por la ventana, y el Gordo era terriblemente económico. En esa época la única que tenía laburo era mi mujer, así que nos tenía que mantener a todos: vivíamos con lo justo. En el restaurante, Aída quiso pedir una entrada. '¿Entrada? No, Aída, ahora somos pobres', le dijo él. Y se armó una pelea que no se hablaron por no sé cuánto tiempo.

El Gordo, para mí, quería ahorrar guita y no venderse, despreocuparse y escribir. No hacer nada, o hacer lo que le gustara. Creo que en algún momento France Press le propuso tomarlo como redactor y él no aceptó, porque quería manejar sus tiempos: pudo haber tenido un laburo más regular, pero no quiso. Andaba en ese equilibrio, que también incluía la inseguridad de qué iría a pasar. Y como además sus pronósticos eran siempre agoreros…".

Junto a Samoilovich viajaron en noviembre a Polonia, para participar de ferias en las que se conseguía *Smutne, samotne i ostateczne*, la traducción de *Triste* que hizo Zofia Chądzyńska (otra gestión de Cortázar: ella tradujo sus libros al polaco).

CARTA A COSSA: Acá empezó el frío fulero y menos mal que en Polonia me compré algunas pilchas. Hice un buen viaje con el flaco. Él fue en tren, pero yo me instalé cómodamente en un Tupolev soviético y en una hora y media estaba allá, previa escala en la siniestra Berlín este. Hermosa ciudad Cracovia, fulera la reconstruida Varsovia.

FÉLIX SAMOILOVICH: Los tipos eran una combinación entre la policía de Stalin y la Gestapo. El Gordo me estaba esperando en la estación con el ex embajador polaco en Francia. Le dije: "Es la primera vez que vengo a un país comunista", y me respondió: "El comunismo es una mierda". "Che, Gordo, ¿este es el ex embajador?", le pregunté, después. "Sí, son todos así…".

CARTA A COSSA: Raro ver un país donde todo es del Estado. Más raro aún encontrarse con que la libertad es bastante amplia, pese a los obreros encanados, y que falta toda una generación, que es la de nuestra edad, que fue muerta en la guerra y solo hay viejos y pendejos y minas muy, muy jóvenes, que se cagan en el comunismo en las plazas y las calles. Eso sí, imposible escribirlo en ningún diario: el partido manda con rigor.

FÉLIX SAMOILOVICH: Había pilas y pilas de libros de Brézhnev, pero no los quería nadie: la gente compraba García Márquez, Soriano, de a cuatro o de a cinco, para después intercambiar. Yo todavía tengo la primera edición, tapa negra y letras naranjas.

CARTA A COSSA: El broli fue un balazo y vendió los 20.000 ejemplares en quince días (ojo, son muy baratos y la gente compra libros como nosotros los fósforos).

FÉLIX SAMOILOVICH: Estuvimos unos días en lo de Zofia Chądzyńska, que era amiga de Gombrowicz en la Argentina. Queríamos vivir como polacos comunes, ir al supermercado y ver cómo era la vida ahí, porque con ella estabas protegido. Entonces agarró al ex marido, que era este embajador, lo mandó a otro lado, y nos dejó su departamento. Que era triste como el comunismo estalinista. Todo era triste, había barro hasta llegar ahí: ¡y era un ex embajador!

En Polonia gestionó la publicación de alguna obra teatral de Tito Cossa y consiguió que tradujeran poemas de Szpunberg al polaco. En diciembre pasó unos días junto a Catherine, en Estrasburgo, y siguieron viéndose cada dos semanas, allí y en Bruselas. En abril del 77, en carta a Cossa, da una pincelada sobre el momento de la relación: “Es una piba macanuda y, si no le hubiera errado y fuera mi tipo, estaríamos juntos. Además, seguro yo no soy su tipo, por decirlo con palabras hollywoodenses”.

A mediados de marzo se había mudado junto con Samoilovich y su mujer, y con otra pareja de estudiantes, a una vivienda situada a 500 metros de la anterior, en avenida Palmerston 5, esquina con Bodougnat. “Me vine a vivir a una antigua casa burguesa del siglo pasado, llena de vitrales increíbles, en la que no pagamos nada, porque es de la Iglesia y con un buen verso nos la dieron por lo menos para un año y medio —le escribe a Bayer—. Yo tengo la planta baja, que son dos piezas, una para el apoliyo y otra para escritorio, que puse muy habitables: enfrente hay un parque con lago y la vista no es mala. Uno se olvida de vez en cuando que es Bruselas”. Empieza a despotricar contra la ciudad: añora Buenos Aires, ansía instalarse en París. Es un momento de estrechez económica: “Si me pongo a pensar en el futuro me pego un tiro en las bolas”, le escribe a Cossa. La rutina de entonces: “Yo hacía guiso de mondongo y cenábamos —me contó

Samoilovich—. Laburábamos, discutíamos, escribíamos, lo que fuera, y a las seis de la mañana, antes de acostarnos, guiso de mondongo recalentado. Él dormía hasta las dos, tres de la tarde; se levantaba, iba al correo. Y limpiaba y ordenaba todos los días, era meticuloso: el único tipo que usaba la aspiradora en esa casa. Ventilaba la pieza, hacía la cama. Para ir a apoliyar tenía que rodearse de toda una serie de objetos: el Vick VapoRub para la nariz, el pañuelo debajo de la almohada, un vaso de agua, el atado de cigarrillos con el encendedor arriba. Tenía problemas para dormir. Yo creo, además, que por eso se acostaba tarde: se acostaba agotado. Y ya le daba al Mogadon". Para el insomnio.

"Yo lo fui a ver a esa casa, que era un palacio, con esos vitrales impresionantes —recordó Szpunberg—. Y no me olvido más del Gordo, bajando las escaleras, con una bata… ¡que no tenía nada que ver con ese escenario! Nos dimos un abrazo fuerte. Tenía un humor extraordinario, que no es que niega la nostalgia, pero la arrincona un poco". Bastante de eso destilan muchas de las cartas de esta época. Y angustia: por no poder volver, por el destino de quienes percibe en peligro. "La muerte de un tío mío me trajo un poco el fantasma de que la vieja, tal como se queja en sus cartas, se muera sin verme", le escribe a Cossa. "¡Un año! Tristezas, alegrías, descubrimientos, olvidos, esperancitas, incertidumbres, estafas, sueños, otras caras, otras miradas, otros estilos, otra lengua; cosas ganadas y cosas perdidas: imposible un balance, imposible reír o llorar. Zapatos rotos y piel sana. Mi Buenos Aires querido cuando yo te vuelva a ver… Osvaldo Bayer me escribe, desconsolado, desde Alemania; Galeano me escribe desde Barcelona. Otros desde París o Roma. Desparramados, con el cordón umbilical en Boedo, en el cementerio donde está enterrado el viejo, en la casa de José Mármol, en el café de Perú y Moreno (El Querandí). Qué lejos está todo, y qué cerca".

En perspectiva, este primer año del exilio le resultaría el más duro: en Bélgica la pasó mal. Había mucha solidaridad con los exiliados, pero no manejaba bien la lengua, no quiso pedir asilo político (porque no se sentía tan perseguido como otros) y no tenía papeles. *Era un clandestino, por lo tanto hacía trabajos en negro, por supuesto, "trabajos*

de turco": limpiar oficinas de noche, limpiar iglesias, que era un buen trabajo porque los curas pagaban bien. No solo pagaban sino que tenían buenas actitudes.

Decía que el exilio fue para él como volver a nacer.

Frente a la casa, en el parque, peloteaban cada tanto con Samoilovich. Salían poco. Caminaban. Por cinco o diez francos belgas le compraban a un viejito novelas policiales, usadas, de la Serie Negra de Gallimard.

Es en estas semanas cuando Soriano intenta una novela con Gardel como protagonista. Era otra de sus supersticiones: ha dicho que da suerte, que conjura la mufa, que puede hacer algunos milagros, que su presencia reconforta. "Nunca he ocultado mi cariño por Gardel y mi adhesión a la leyenda". En las cartas contaba si conseguía un disco, si lo perdía, si observaba intacta su vigencia en París, si era desconocido en Estrasburgo. Adoraba su talante y su generosidad, que se hubiera hecho de abajo "sin traicionar a nadie", que se convirtiera en un ídolo mundial. Le contaba a Bayer: "El primer capítulo es de lo mejor que escribí; después no sé, porque no releí y sale algo que no esperaba, especie de monólogo sin diálogos ni acción, pero bastante fuerte. Lo peor es que no tiene continuidad, como si fueran cuentos separados sobre el mismo tema". Un mes después le cuenta a Cossa que *Araca, París* está congelada: "La releí una vez y me pareció a medias entre una rabiosa y tierna historia y una cagada en varios tiempos". Entre ambas cartas hay otra, fechada el 3 de abril, que alude al intento: "Estoy escribiendo otra novela, que pretende reflejar el exilio con humor y con rabia a través de aquel gran cantor de tangos que fue Carlos Gardel, a quien hago marchar por las calles de París en la miseria más absoluta, acompañado de un penoso guitarrista también exiliado".

El destinatario era el periodista y escritor Giovanni Arpino, autor de veinticinco libros, amigo de Italo Calvino, que en 1974 había elogiado *Triste, solitario y final* en *La Stampa*: "Es una historia perfecta, con cada elemento necesario para un *thriller*: resacas y astucia, desencanto y

ferocidad. Si alguna vez he envidiado un libro, es este (naturalmente, después de *Cuore di cane*, de Bulgakov)". Zarandea la edición económica de Vallecchi, se queja de no haber leído una línea en la prensa sobre la novela, y cierra así: "Soriano, periodista deportivo y escritor carente de huellas hereditarias, tal vez no sea capaz de repetir. Pero sin duda, en la vena heroica, elegíaca o de denuncia sudamericana, representa el lado *ariostesco* [fantástico, maravilloso]: indispensable pimienta de la vida".

Soriano le señala que supo recientemente del artículo, le agradece, le explica de su condición de exiliado por razones políticas, de su vida en Bélgica "sin demasiadas perspectivas". También le dice que *No habrá más penas ni olvido* fue prohibida en la Argentina y que, a pedido de la editorial Bompiani, la envió a su sede en Milán: "Aunque no se dignaron siquiera a contestarme". A vuelta de correo Arpino le pasa su teléfono y dirección en Turín y lo invita a enviar un cuento a *Il Quaderno del Sale*, una revista satírica que le pagará bien. Esta carta abre varios caminos; Soriano le confía que el contrato con Vallecchi está por vencerse y pregunta: "¿Usted cree que el libro tiene posibilidades aún como para interesar a otra editorial italiana?". Arpino tiene un gesto magnífico: le habla de la novela al director de la Einaudi, Guido Davico Bonino, le recomienda su lectura y publicación, y le indica a Soriano que le escriba. Con algunos contratiempos, la cosa se encaminará. "Es mi padre espiritual y literario en Italia", lo definirá al poco tiempo. En el crescendo del intercambio, Arpino le cuenta que trabaja en una novela "ambientada en el mundo del fútbol": se trata de *Azzurro tenebra*, que protagoniza un reportero llamado Arp en su cobertura del seleccionado italiano en Alemania 74. Es una conexión estimulante, porque el fútbol será tema en futuras ficciones de Soriano. Hacia fin de año se encontrarían en Lieja, para ver un partido entre Bélgica e Italia.

Encaró nomás, Soriano, un cuento para *Il Quaderno del Sale*. "Imaginé a un boxeador en decadencia y a un cantor de tangos que se encontraban en una estación de trenes y cuando llegué a las ocho páginas que me había pedido Arpino me di cuenta de que la historia era demasiado argentina y no hacía más que comenzar. Nunca iba a

poder ganarme esos cien dólares que tanto necesitaba". Así que le explica a Arpino: "El problema es que no tengo cuentos escritos; es un género al que siempre le tuve miedo y si una vez terminé uno el resultado fue penoso. No obstante, cualquier cosa que escriba se la haría llegar".

Araca, París seguía empantanada y ya no la retomaría. Pero se entusiasmó con la historia de los dos tipos que llegan una noche a la estación de Colonia Vela, el pueblo de *No habrá más penas*, aunque unos años después, ya en dictadura. La voz que narra en primera persona es la de Galván, el cantor de tangos; de Gardel en París a Galván en Vela. El boxeador ronda los dos metros y los cien kilos, está en la última etapa de su carrera y se llama Rocha. Por esos días Soriano se había emocionado con *Rocky,* la primera de la saga de Sylvester Stallone. También tiene presente a Ricardo González, Gonzalito, un peso pluma al que vio pelear en 1961 en General Roca, cuando ya era un veterano con ciento diez combates en sus espaldas, algunos de ellos en el Luna Park y en el Olympic de Los Ángeles. Le escribe a Cossa: "Cuando era joven, hace como quince años, iba desde Cipolletti a ver pelear a Gonzalito, que era un mago del estilo y hasta me firmó un autógrafo. Roca era una ciudad pavimentada y eso tenía para nosotros un cierto aire de desafío". Está con el origen de *Cuarteles de invierno*, su novela favorita entre las que publicó.

En julio cargó su Lettera y se instaló unos días con Bayer en Essen: cada jornada escribía varias páginas y se las mostraba. Por la mañana el anfitrión trabajaba y él dormía, por las noches se invertían los roles. Sobreviene una temporada fructífera, de la que va dando cuenta entre septiembre del 77 y enero del 78 en sucesivas cartas a Degracia y Cossa.

"Ahora son las cuatro de la matina y termino de bajarme cuatro páginas de la novelita (ayer otras cinco y en total tengo setenta y cuatro, las cuento porque para un fiaca cada página es como la conquista del Polo). Bueno, resulta que lo que me está saliendo me gusta".

“Mi boxeador está encamado con la hija del promotor y tiene una mano rota pero va a pelear igual contra el crédito local que pega como caballo. Creo que va a perder por nocaut, pero me gustaría poder describir la pelea como si fuera una película de suspenso, aunque no sé si me da la tela. Creo que no te va a disgustar, ni a vos, Marta, porque pase lo que pase yo escribir aburrido no sé, porque ni bien algo se pone pesado el primero que se apoliya soy yo. Eso sí: alguien dirá que estoy cada vez más influenciado por Chandler y el policial. Es cierto”.

“Uso el viejo truco de Hemingway: abandonar cada día en medio de una escena que uno sabe bien cómo sigue para que al retomar el motor esté caliente y sea fácil sentarse a la máquina”.

“Llegué a la página 100 de la novela y me faltarán unas veinte o treinta con final dramático”.

“Primera carta que escribo en el 78; acabo de meter un par de sinfonías de Beethoven en el estéreo de Catherine y aquí me tenés. No es que me haya vuelto terriblemente culto, pero hay un álbum del sordo Beethoven que me parece una maravilla como fondo para escribir. Acabo de terminar el original de la novela. Ayer, no anteayer. Y como siempre, uno empieza la relectura, las primeras correcciones y se agarra una depresión para quedar de catrera. Otra vez las dudas, oscilar entre ‘es una cagada’, ‘es mala pero la gilada no se va a avivar’, ‘es buena pero los giles me van a dar con todo’, ‘es genial pero el único que se aviva soy yo’”.

“Busco un título desesperadamente y no hay nada que hacer. Estoy pensando en *La última pelea*, pero me parece banal y descriptivo; *Rochita* hace acordar demasiado a Rocky, el boxeador del film; *Serenata de otoño*, demasiado romanticón; *Tango de otoño* no me dice mucho, *Estos días*, entre nosotros me gusta más pero no sé qué carajo quiere decir aparte de eso mismo; y por fin *Cuarteles de invierno*, que haría referencia a lo obvio y además a la decadencia y final de Rocha, el boxeador. Decime qué te parecen y si se te ocurre algo (el hijo de puta de Cortázar usó ya *Último round*, que me venía perfecto). Calculo que los próximos seis meses serán de correcciones y reescrituras y, te confieso, aunque sea berreta, si lo fuera, no tengo ganas de tirarla. Son

como ciento ochenta páginas y casi un año de laburo de escritura. […] No la leyó nadie todavía, así que no puedo comunicarte opiniones. Cuando haya un original limpio, en dos o tres semanas, trataré de hacértelo llegar del modo que sea más conveniente para que me des tu opinión. Eso sí: creo que los diálogos son muy justos, muy explícitos, y si algo estoy haciendo que alguien recuerde alguna vez serán los diálogos. En cambio las descripciones son en general bastante banales. Tengo más oreja que vista, qué le vamos a hacer".

A mediados de los 90 Soriano advertía que sus personajes eran arrastrados por la historia del país. *Y no hay necesidad de remontarnos al origen, miremos los años 70. Fulano daba un paso, después lo arrastraban unos cinco pasos más, y después ya estabas en medio del mar y había que nadar. El boxeador y el cantor de tangos son dos soledades que se encuentran, que vienen a una fiesta chiquita en un pueblo de provincia. Su plan es irse al día siguiente a Buenos Aires: no tienen en cuenta que hay una dictadura, son personajes grises, comunes, de los que podrían haber dicho que no sabían lo que pasaba. El problema es que una vez que están en el pueblo toman conciencia de que la fiesta la dan los milicos. Como uno de ellos, el tanguero, tiene algún rasgo de dignidad, dice que no al pedido de un milico de que le firme un autógrafo. El otro ni lo piensa, pero ese "no firmo" los arrastra a los dos a un infierno del que salen empujando una camilla por el medio de la calle para tomar el tren e irse hechos mierda. Obviamente, el que no firmó hizo bien, creo yo. Me acuerdo de que ese dato era de la realidad. El personaje trata de evitar firmar de manera elegante, y el milico le contesta: "Rivero me firmó". Eso es porque, cuando estaba escribiendo el libro había visto que Edmundo Rivero, a quien adoraba, había acompañado a Videla en un viaje: es decir, firmaba. De alguna manera, mi personaje estaba diciendo: "Yo ni siquiera soy Rivero, pero no firmo".* Ricardo Piglia evaluaba que *Cuarteles* es, tal vez, la mejor novela que se escribió en el exilio sobre la dictadura. "Porque no es un libro con una denuncia directa, ni cuyo contenido explícito está ligado a las atrocidades y a los horrores que conocemos. Es una metáfora concentrada en el enfrentamiento de ese boxeador

que se ve obligado a luchar, en una pelea decisiva, con el hombre que había elegido el ejército. Hay mucha gente que narra bien la historia, pero son muy pocos los capaces de construir en una historia sencilla un sentido suplementario. A mi juicio, ese es el gran mérito de la obra de Soriano".

"Tenía un fino instinto para percibir los diferentes matices del habla coloquial —apuntó sobre su narrativa el escritor Isidoro Blaisten—. Borges decía: 'Así como habla la gente, así es la gente'. Hacer hablar a un personaje es una forma de describirlo. Mejor dicho, una forma de ahorrarle al lector tediosas descripciones, insustanciales explicaciones". Oigamos al promotor, el abogado que se acomodó con los militares, cómo trata de sacarse de encima a Galván sin pagarle, porque ya lo han bajado de la fiesta:

—Mire, si usted quiere irse esta noche mismo, yo le mando mañana la plata por un cheque… No pensará que voy a quedarme con lo que no es mío, ¿no?
—Yo no pienso nada, doctor. ¿Y si no me voy?
Se echó para atrás, miró a la rubia de reojo y después bajó la vista a sus manos pequeñas.
—Usted me cae bien, ¿sabe? Usted no tiene pinta de malandra. Firmó algunas solicitadas, dijo algunas zonceras políticas por la radio y como es un poco ingenuo cantó en algún festival de la juventud. Bueno, esta gente está muy sensibilizada por el terrorismo y no se anda fijando en matices. O sí, y se fija más de lo que debería, qué sé yo. Tienen buenas intenciones, quieren sacar al país del pozo y si uno está dispuesto a andar derecho saben olvidar.
Bajó la voz y agarró la cuerda confidencial.
—Yo, por ejemplo —se tocó el pecho con el pulgar—, yo defendí presos políticos en el año 71, en Azul. Muchachos que estaban metidos hasta las orejas, mi viejo, y aquí me tiene.
—¿Y a cuántos sacó?
—Eso no tiene importancia. Yo me jugué en aquel momento por lo que creía que era justo. Tengo una carta de Perón que me felicita, sí señor. Ahora es otra cosa. Yo nunca fui peronista, pero el viejo era sabio. Si le hubieran hecho caso no habría pasado lo que pasó. Pero no, se creían más peronistas que Perón y ahí tiene… ¡La revolución! —sonrió, paternal—. Se creían que era soplar y hacer botella… Claro, entonces vino esta gente y puso orden.

"Detrás de esa escritura sensual y visual, aparentemente precipitada,

había todo un trabajo sobre la lengua —señalaba Blaisten—. Lo que pasa es que no se notaba. Como quería Huidobro: 'Poeta: haz que el sudor no se note en tu obra'". Soriano trabajó en la reescritura de *Cuarteles* a lo largo de 1978 y durante algunos meses de 1979. Sigue Blaisten: "Tenía la condición necesaria de todo escritor de raza: no ser aburrido. Eso, la gente se lo agradecía. Fue popular sin ser populista porque confiaba en ese aliado olvidado: el lector. Escribía para él y lo respetaba".

Samoilovich disiente con quienes plantean que Soriano era un escritor populista. "La suya no era una lógica de la estructura: su lógica se mandaba a un punto de fuga de la realidad. Fuimos con amigos a ver un partido entre dos comunas flamencas rivales y empezamos a ver los sistemas de juego, cómo se paraban, que tenían un estilo distinto al nuestro, y en eso el Gordo descubrió que uno de los equipos tenía doce jugadores. Vio lo que nadie veía, la anomalía. Él tenía una percepción espontánea y me parece que es el secreto de lo que escribía, poder aprovechar esas pequeñas cosas que no tienen ninguna importancia y a las que él le daba valor". Por ahí lo semblantea también Di Paola: "Su estilo y su literatura andaban por esa capacidad de fabular lo considerado insignificante".

Y ese rasgo aparece en las entrevistas, o en las charlas con amigos: muchas veces un relato oral le servía para testear el funcionamiento para un texto posterior. "Sabías que parte era ficción y parte realidad, pero qué importa, ¿no?", sostiene Ivelise Markovits. Que trabajó en Bruselas limpiando iglesias y escritorios: "No, para nada —asevera Samoilovich—. Pasa que muchas veces la ficción es más divertida que la realidad. La realidad es más gris. Y él le ponía colorido a todo". Bayer se hizo de un repertorio de anécdotas con Soriano, por las que solían preguntarle. "Siempre me gustaba cacharlo un poco, así que le dije: '¿Cómo podés ser hincha de San Lorenzo, ese club con nombre de cura?'. Se lo tomó muy mal. Pensó un poco y me dijo: 'No, el nombre es por la batalla de San Lorenzo'. 'Peor: ¡militarista!'. Ahí se calló y se mandó a mudar. Habrá pasado una semana, y como yo soy hincha de Rosario Central, me dijo: '¿Y cómo se puede ser hincha de un club que tiene el nombre de esos adminículos con los que rezan las viejas?'".

En octubre del 77 viajó a París para trabajar en *Je ne vous dis pas adieu*, la edición de Fayard de *Triste* que se publicaría con un prefacio de Cortázar. Al mes siguiente, en Turín, firmaría contrato con Einaudi por la reedición de *Triste*, pero también por *Mai piú pene né oblio*. En este viaje conoció al periodista y narrador Nico Orengo. “Quiso visitar la ribera del río Po, donde había vivido Salgari”, recordaba Orengo. “Soriano es toda una aparición en el panorama italiano de la narrativa. Nosotros veníamos de años de vanguardia donde la literatura contaba el lenguaje pero no contaba historias. Él venía, además, de un país muy querido, que es la Argentina. Los personajes del cine reviven en su escritura y eso para nosotros era muy importante”.

El cruce del 77 al 78 lo pasó junto a Catherine en Estrasburgo. Maduraba la idea de asentarse en París. “Yo había vuelto de hacer un viaje a Egipto, con una amiga, y estaba muy contenta, muy en forma —me contó Catherine—. También me decidió que mi hermana, Christine, se fuera para allá en la misma época. Así que me pareció más fácil, y un día le dije a Osvaldo: ‘Si querés, nos vamos a vivir los dos a París’. Nos pusimos a buscar departamento y encontramos uno, muy chiquito, cerca del Père-Lachaise”. A comienzos de mayo se instalaron en 44, Rue de la Bidassoa, primer piso, a cuatrocientos metros del cementerio.

¿Qué cabe, qué se esfuma, qué hay que rescatar de estos meses de 1978 para esta historia? ¿Una nevada intensa en Metz de febrero, medio metro de nieve acumulada? ¿La llegada de la primavera en París? ¿El deseo de comprarse una Grundig Satelite, dieciocho frecuencias y chance de agarrar emisoras de la Argentina, para la que la guita todavía no alcanza a comienzos de año, o el flamante televisor Continental Edison que se comprarían poco después? ¿El traslado de los restos de su padre desde el cementerio de Chacarita al de Morón? ¿El tumulto de los turistas en el Père-Lachaise, la tranquilidad de su calle, el sol que entra por las ventanas del departamento? ¿El vecino

que escucha música fuerte al mediodía mientras él duerme, el repiqueteo de las teclas de la máquina en la madrugada, cuando el que duerme es el vecino? ¿La operación de vesícula en un hospital de Bruselas, la presentación de *Triste* en *Apostrophes*, el famoso programa de televisión de Bernard Pivot?

Decodifica el entramado político francés y el papel del presidente conservador Valéry Giscard d'Estaing y palpita en detalle la situación en Argentina. El abanico de sus lecturas es amplísimo: Scioscia y Buzatti, retorno al género negro y a Caldwell, Peter Handke, Puig y las *Variaciones en rojo* de Walsh. Pero también ensayos sobre el origen de la lengua castellana. Y *Facundo*, de Sarmiento. "Que jamás toqué, porque en la escuela me habían roto tanto las pelotas… ¡Qué escritor del carajo era el pelado! —le escribe a Cossa—. Tenía los cables cruzados, pero hay que ver que era el 45 y solo debe poder comparársele Martí en estilo, aunque el cubano sabía mejor qué quería. Cómo reprocharle al pelado que interpretara mal el curso de la historia si El Otro no lo había hecho aún, no había abierto la puerta. Pero yo, que creía que Borges venía un poco por generación espontánea, me lo encuentro en embrión en el *Facundo*. En fin, ya ves las boludeces que descubre uno cuando está lejos de Callao y Corrientes".

Al Mundial se lo caracterizaba, en Francia, como "la mala conciencia de Occidente". Revistas de todo tipo se ocupaban, en sus tapas, del tema. A la vez, Soriano es *hincha*: sigue apasionadamente los partidos de la Selección. "Hace una hora que somos campeones del mundo, de un mundo de rengos, pero también en el mundo de los rengos hay lugar para la felicidad —le escribe a Cossa el 25 de junio, tras el 3-1 de la final ante Holanda—. Desde aquí vimos el Mundial con una enorme mezcla de bronca y pasión: el triunfo ya sabemos a quién le sirve, para qué seguir. Yo no pude contener un lagrimón cuando vi a Olguín abrazado a Menotti".

El partido previo, el 6-0 ante Perú, lo había sintonizado en una radio española que retransmitía a José María Muñoz, "el relator de

América", propagandista de la dictadura. "Un balde de nacionalismo pegajoso y agresivo, pobre gordo", consigna, y ese componente aparece también en la correspondencia con Arpino: "La creciente ola de 'nacionalismo', planificada por los medios de difusión y con los consecuentes paralelos mussolinianos, es el mayor problema con el que tendremos que enfrentarnos nosotros en el futuro. Lamentablemente existe en el exilio gente que piensa que 'el pueblo está en lucha' detrás de esa barrera de silencio. Quizá. Hay huelgas y sabotaje continuamente, pero la situación es negra, negra, por mucho tiempo. Me es difícil acostumbrarme a la idea del regreso imposible".

Para mediados de año tiene un panorama de cómo marchan las ediciones de *Triste* en Alemania, Francia e Italia. La de Fayard tuvo bastante repercusión, con entrevistas y comentarios: "Tres mil ejemplares vendidos en dos meses no hacen un *best seller*, pero para un extranjero es mucho —le cuenta a Cossa—. Las críticas son tan ditirámbicas como superficiales (lo poco serios y superficialmente grandilocuentes que son los franceses es una cosa de locos)". Aunque lo entrevistan en radios y televisión, en Alemania la repercusión es escasa. Pero en Italia la cosa marcha: "Yo soy pesimista y el balance de este perro mundo me parece siempre negro —le cuenta a Arpino en octubre—. Pero ayer la Einaudi me mandó cinco críticas sobre *Triste* y el mundo me pareció más rosado. […] Hay un espíritu italiano, trágico, capaz de producir un humor que otros pueblos no conocen, salvo un poco el nuestro, que es un hijo bastardo". Ese mismo mes le llegó un paquete con libros, notas y cartas que habían quedado en el departamento de la calle Salguero. "Fue como si me mandaran el cadáver de una época de mi vida —le escribe a Arpino—. Cartas de muertos, recuerdos de mi padre y un cuento que él escribió un año antes de morirse".

"Llevamos a los muertos con nosotros hasta que también morimos, y entonces es a nosotros a quien llevan durante un tiempo, y luego nuestros portadores caen a su vez, y así sucesivamente en todas las generaciones imaginables".

El Negro Vení también llegó al departamento en octubre. Le faltaba un centímetro de cola y tenía la nariz achatada, “como las de los boxeadores”, decía Soriano, y sus características sobresalientes eran exigir comida cada cuatro horas y “una seriedad casi francesa en sus asuntos particulares: imposible contar con él cuando no tiene ganas de dar pelota”. Poco después, en una etapa de encierro, sin ver casi gente, le habla bastante al gato. En castellano. “Fue el primer gato que tuvimos juntos —me dijo Catherine Brucher—. Cuando llegamos a París él quería absolutamente un gato. Lo fuimos a buscar a un sitio de la Sociedad Protectora de Animales, y lo eligió él. Era *su* gato”.

A fines del 78 evaluaba el año, en carta a Cossa. “La noticia histórica no me parece el papa polaco, sino este gato californiano abandonado en Canadá, que se recorrió tres mil kilómetros para volver a su casa”.

La lejanía de casa: Soriano piensa al respecto. Cuando camina por Champs-Élysees se acuerda de la Costanera, de la avenida Corrientes, y daría cualquier cosa por las trasnoches con los amigos, por subirse a un colectivo 60; le cuenta a Cossa que de estar en Buenos Aires tendría miedo hasta de guardar lo que escribe en el cajón del escritorio. “En un plano ‘profesional’, es imposible pensar que en otra parte puedas ser ‘solicitado’ de tal manera como podés serlo aquí. Contá que mi libro tuvo cuatro traducciones en un año y si eso no te parece heroico, pensá que la otra novela que no tiene editor en español ya tiene dos en lenguas extranjeras y, casi, casi, tres. Pareciera como que a la gente le gusta poner en el sobre ‘señor fulano de tal, París’. Suena bien, hace soñar. Hay toda una mitología de esto: Hemingway, Dos Passos, Fitzgerald, Miller, Faulkner, West, Wolfe, hicieron de dos a cinco o más años de ‘reclusión’ parisina. Pero ojo, otros tantos miles deben haberla hecho (caso Vallejos) antes de morir de hambre. En resumen, y con una mano en el corazón: me parece útil desde el punto de vista de la ‘difusión’, pero no sé si inútil desde el ángulo del trabajo en sí mismo. Quiero decir: no está probado que las

distancias te den madurez, y en todo caso es una madurez que uno paga caro en angustias".

En marzo viajó a Barcelona, para hablar de la publicación de *Triste, solitario y final*, que Bruguera editó en su Serie Negra, dirigida por el escritor Juan Martini: la edición, de 15.000 ejemplares, se agotaría en el transcurso de un año. "Novela policíaca", anunciaba el volumen desde la portada; el libro aparecía en la colección Libro Amigo junto a obras de Chandler, Hammett y demás referentes del género. Se hicieron unas jornadas *ad hoc*, en las que participó junto a Juan Carlos Onetti, Manuel Vázquez Montalbán, Carlos Barral. "Onetti estaba más ácido y curda que nunca, poniéndoles los pelos de punta a los de Bruguera, contándome cómo cantaba Gardel en el teatro de la 18 de Julio".

Hubo unas cuantas marchas y contramarchas en torno a publicar en una España en plena transición, amarras que se sueltan, destape. Y robustecimiento editorial. Muchos argentinos, que habían llegado machacados, huyendo del país, consiguieron aclimatarse, acceder a puestos claves en editoriales y en la prensa. A Soriano lo entrevistan para diarios, revistas, radio y televisión. Bruguera y Seix Barral se interesan en simultáneo por publicar *No habrá más penas* y *Cuarteles.* Es bastante divertido cómo le narra a Cossa una negociación. "Bruguera me ofrece 5.000 dólares por las novelas y yo, en gesto olímpico, digo no. (Enseguida corro a cagar la diarrea por contraofertar doce, en la esperanza de que me tiren siete u ocho). Ahora espero, con el culo a cuatro manos, pero había que hacerlo de una vez por todas. Cuando te enterás de los precios que se pagan por los escritores latinoamericanos en España te avivás por qué los puntos andan de viaje en viaje, no laburan casi nunca y cada nuevo libro es peor que el otro". "Era un tipo muy inteligente, con mucha astucia —me dijo Szpunberg—. No solo en la cosa de escribir, que era maravilloso, sino en el manejo con los editores. Tenía como cierta cosa de provinciano, pero se manejaba como diciendo 'a mí no me engañan'. Eso lo llevaba a ser muy hábil. En el buen sentido, de no

dejarse pisar el poncho".

En los primeros meses de 1979 Szpunberg y la traductora Laure Guille-Bataillon leyeron *Cuarteles de invierno*, cada uno por su lado, y coincidieron en que era lo mejor que había escrito. Aun así reformularía el comienzo, para darle más dinamismo, y la corregiría a lo largo de todo el año. Desde Francia le avisaban que Fayard publicaría en breve *No habrá más penas* y le llegaban por correo los primeros ejemplares de la novela editada en italiano por Einaudi, que le costearía los pasajes para viajar junto a Catherine a la presentación en Roma. Y otra vez: más entrevistas para gráfica, radio, televisión. Italo Calvino escribió sobre este libro: "Los personajes, que de capítulo en capítulo pasan de la dimensión cómica y grotesca a la de la tragedia, son observados por el autor con una mirada fría y sin indulgencia, aunque el sentimiento final es de una amarga piedad. […] Humor negro, acción vertiginosa, diálogos apretados y chispeantes, un estilo rápido y seco, como el de un Hemingway heroicómico, hacen de esta novela una lectura apasionante. *No habrá más penas ni olvido* sitúa a Osvaldo Soriano en una línea absolutamente diferente a la de otros autores latinoamericanos". Como había pasado con *Triste* —cuya reedición había vendido 10.000 ejemplares—, el libro recibió muy buenos comentarios.

De regreso en París se encontró con que, vía Nouvelle Agence, *Triste* se traduciría al noruego, al danés y al sueco. Había juntado un poco de plata y entonces le compró un pasaje a su madre, que pasó una semana en Pamplona, Lumbier y Rípodas, y otra en París. En julio de 1979 se mudaron con Catherine a 68, Rue de Meaux, en el distrito XIX, un quinto piso por escalera. Era un tres ambientes con ventanas a la calle, al toque del Parc des Buttes-Chaumont, en el que recibirían muchas visitas. Estuvo largo tiempo sin los papeles en regla como residente en Europa. Durante la época en Bruselas lo rondó el temor a que lo detuvieran, aunque no quiso acogerse al régimen/categoría de refugiado político; finalmente consiguió un permiso temporal para residir en Bélgica. También especuló con adoptar la ciudadanía española (era viable, por sus padres), e incluso averiguó tramiterío y reunió algunos certificados, pero finalmente desistió. "En Francia

estaba como clandestino —sitúa Catherine—. Vivíamos juntos, pero el alquiler del departamento estaba a mi nombre, y él para la Justicia y la administración no existía. Para solucionar esto y hacer la cosa más fácil decidimos casarnos. Queríamos que fuera en París, pero los franceses le ponían muchas trabas, pruebas de que nunca había tenido problemas con la Justicia, le pedían un montón de cosas y tenía que ir a la embajada argentina, así que resolvimos ir a Bruselas y todo fue más simple. Con la documentación de Bélgica empezamos el trámite para que los documentos fueran aprobados en Francia". Se casaron el 3 de octubre de 1979. Soriano aparece domiciliado en la avenida Palmerston, frente a los patos. Ocupación: estudiante.

Para entonces estaba ya muy avanzado el proyecto de *Sin Censura*, cuyo número cero aparecería en noviembre de 1979. Una vez a la semana se reunía con Cortázar, el periodista Carlos Gabetta y el ex senador radical Hipólito Solari Yrigoyen para charlar acerca del país, Latinoamérica y el exilio. Solari Yrigoyen fue la primera víctima de un ataque firmado por la Triple A y después estuvo detenido durante el Proceso, hasta que en 1977 se exilió vía Venezuela. Era amigo del senador demócrata Ted Kennedy y solía tener muy buena información sobre los acontecimientos. "*Sin Censura* aparecerá todos los meses, desde el 1º de enero de 1980, para inscribirse modestamente en el campo específico de la información y contrainformación, a ese complejo y apasionante proceso —se presenta—. La censura de prensa, el control de la información, el bombardeo ideológico, se cuentan entre las armas principales de todas las dictaduras. Con ellas aíslan y dividen a la oposición, a los pueblos entre sí: ganan tiempo a favor del *statu quo*. Ese es nuestro terreno y allí nos proponemos colaborar, informando con la mayor fidelidad, en la lucha por la democracia plena y el cambio social". El Comité de Dirección estaba formado por Soriano, Cortázar, Solari Yrigoyen, Gabetta, Oscar Martínez Zemborain y Gino Lofredo. En el primer número Soriano escribe sobre la "versión exiliada", en México, de *Cuadernos de Marcha*, la emblemática publicación uruguaya dirigida por Carlos

Quijano. En su artículo consigna enfoques, cita textos y autores: Mario Benedetti, Galeano, Onetti, Noé Jitrik, la "Carta a mis amigos" de Walsh. "Los pocos ejemplares de *Cuadernos de Marcha* llegados a Europa circulan de mano en mano, se fotocopian, se comentan como todo un acontecimiento —cierra Soriano—. La gravedad de los temas abordados no ha impedido, sin embargo, un salto de alegría en el corazón. Porque es una prueba más de que estamos de pie, entre tantos muertos. De que hay que seguir adelante por los vivos, contra la nostalgia, contra el pequeño cementerio que cada uno de nosotros arrastra, pesado como un ancla".

Algunos de los títulos del primer número de *Sin Censura*: "América Latina: ¿entre las 'democracias viables' y la continuidad de la dictadura?"; "La opinión pública mundial contra la dictadura del general Videla"; "Entrevista con Tomás Borge". Hay también un cuento inédito de Cortázar: "Graffiti". En el Comité Internacional de Patrocinio están Gabriel García Márquez, el ex presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, Hortensia Bussi de Allende, Lord Avebury, el poeta Ernesto Cardenal. Hay materiales bárbaros: una crónica sobre los cuarenta y un días de huelga de 250.000 obreros metalúrgicos en San Pablo, a cargo de Carlos de Sà Régo; un artículo de Andrew Graham-Yooll sobre las amenazas que hicieron que Robert Cox abandonara la dirección del *Buenos Aires Herald*; una nota sobre la emigración en Alemania escrita por Bayer; un discurso de Darcy Ribeiro en La Sorbona; poemas inéditos de Szpunberg. Soriano escribió de temas varios: del boicot de la Argentina a los Juegos Olímpicos de Moscú, por ejemplo. Y le hizo, en marzo de 1980, una larga y extraordinaria entrevista a David Viñas, que acababa de publicar *Cuerpo a cuerpo* en España.

—¿Por qué no vuelve a la Argentina?

—Me lo pregunto yo mismo todos los días. Me respondo, por ahora, lo mismo: por miedo. También este es un tema recurrente, pero no literario.

—¿Miedo de que lo maten?

—No. Ya no. Hace unos años, sí. Sí, pero ahora no… Si algo hemos aprendido en esta cabalgata fuera de nuestros países es que se acabaron las costumbres. Al fin y al cabo la muerte es algo así como un "zas". Y allá dirán. Miedo de que me

torturen, tengo. A la tortura. No sé qué es eso. No estoy preparado para eso.
—¿Y de que no lo dejen decir lo que quiera?
—No, no. Al contrario: de que me hagan decir lo que no quiero.
—¿En una entrevista, en algún diario, o en la…?
—Algo así: para usarme, para exhibirme, para tergiversarme. Para usarnos de "modelo arrepentido". O para degradar mi empecinamiento crítico… si cabe. Para que sirva de "patriótico ejemplo de conversión". O en alguna "beata delación", por ejemplo. De "modelo edificante", digamos. Sutilezas que, por cierto, los fascistas de América Latina ya han hecho. Con frecuencia. Con impavidez. Hasta con vehemencia. Prolijamente. Sin compasión. Obscena y sofisticadamente.

A Gabetta lo había conocido en la redacción de *Panorama*, en 1970; los caminos los distanciaron hasta que coincidieron, fugaz y azarosamente, en Roma y en Bruselas: ambos fueron amigos de Aída Bortnik, y tuvieron con ella, también, distanciamientos. Gabetta, que había sido militante del Ejército Revolucionario del Pueblo, era el jefe de redacción y el único asalariado a tiempo completo del periódico: cobraba el equivalente al salario mínimo en Francia. Se veían en la casa de uno u otro dos o tres veces por semana, y cuando se acercaba el cierre se encontraban a diario, porque Soriano colaboraba en la edición.

Sin Censura, el nombre, fue idea de Cortázar. El periódico se inspiró, en parte, en *Denuncia*, una publicación que hacían en Nueva York los hijos de emigrantes económicos argentinos de los años 60, militantes o simpatizantes del ERP o el PRT. En una carta previa a la aparición de *Sin Censura* Soriano alude a que está trabajando para editar *Denuncia* en Francia. Cada miembro del Comité de Dirección puso 1500 dólares para arrancar. "Y luego Gino Lofredo consiguió interesar a una ONG canadiense y católica, que puso 35.000 dólares —me contó Gabetta—. Además de mi salario, y de algunas colaboraciones, había que pagar el papel, la impresión y, sobre todo, el envío. Hacíamos el diario y las películas en París y luego lo enviábamos a Washington, donde se imprimía. Gino, que vivía ahí y se ocupaba de eso, había encargado como 50.000 sobres con el logo de Ford o General Motors. Iban 5000 a la Argentina, 1500 a Uruguay, 3000 a Chile, 2000 a Paraguay, los sitios donde había dictaduras. Duró hasta que se nos terminó la guita".

Soriano escribió el prefacio de *Argentine. Le diable dans le soleil*, que

Gabetta publicó en Francia en 1979: “El fascismo, verdadero nombre del infierno, es el principal protagonista de este libro. […] En Argentina los ‘señores de la guerra’ (así se llaman a sí mismos los jefes de las Fuerzas Armadas) no se ocupan de denuncias ni la Justicia recibe solicitudes de hábeas corpus por hombres y mujeres que la policía y el ejército sacan a empellones, más muertos que vivos, de sus casas”. Aunque nunca militara en partido alguno, siempre está presente el interés sociopolítico de Soriano. Esa falta de encuadramiento le permitía señalar o criticar libremente lo que no le cerrara o le generara dudas. “Tenía una visión subjetiva que le permitía ver lo que los demás no podíamos ver, obnubilados por las ideologías —observa Samoilovich—. Nunca se engrupió con las ideologías. Todas nuestras experiencias en los países del Este, o la relación con el peronismo… En esa época yo estaba súper zurdo, revolucionario, y él siempre me decía ‘a ver, explicame’, y luego, cada vez, le encontraba la quinta pata a la cosa. Por ejemplo: ‘Sí, pero si Stalin era el más boludo de todos los dirigentes revolucionarios, el más bruto, el menos culto, ¿cómo puede ser que los haya cagado a todos?’. Había algo que no caminaba en el esquema: no es con la inteligencia, no es con las ideas, la historia es mucho más sucia. Y él lo sabía”.

A la distancia seguía auscultando la evolución de la dictadura, los intentos de cortarse del almirante Massera, el reemplazo de Videla por Viola, el encuentro de las Madres de Plaza de Mayo con el papa Wojtyla en Porto Alegre, la progresiva aparición de fisuras informativas en los diarios, el aceleramiento del deterioro económico, la perspectiva del alejamiento de Martínez de Hoz y la posterior confirmación, los planes para privatizar Obras Sanitarias (¡la empresa en la que había trabajado su padre toda su vida!) y las gigantescas cicatrices de las autopistas en Buenos Aires. Noches de mover despacito el dial, atento a captar emisoras. “Hoy se descompuso la radio, pero la abrí y la arreglé: era un cablecito jodido —le escribe a su madre—. Ahí agarré de Chile, otra vez: ¿te das cuenta, tan cerquita? Radio Nacional de Chile, pero de Argentina, nada”.

Se cartea frecuentemente con Van der Kooy, que ya trabajaba en *Clarín*. "Acá hubo el otro día una manifestación grande frente a la embajada argentina (con las Madres), que contó con Michel Piccoli, Yves Montand, Catherine Deneuve, José María Nat, etc., lo que dio pretexto a la TV para un brulote contra la dictadura militar en todos los canales". Recibía la edición semanal del diario en el exterior; también podía asomarse a la que enviaba *La Nación*, que recibía Solari Yrigoyen. A través de Gabetta, tenía acceso a France Press; a través de Szpunberg, que se mudó a París para dirigir la Agencia Nueva Nicaragua, al caudal de información de Prensa Latina. Su madre le enviaba materiales varios: entre 1980 y 1982 el carteo fue intenso. "Recibí *El Gráfico*, pero por favor mandame *Goles*, que es mejor, más honesta y más seria que las revistas de editorial Atlántida. Tengo pilas de cosas para leer, pero cuando llega el *Goles* interrumpo todo". También le enviaba alguna *Siete Días* y, cuando lo conseguía, *El Ciclón*. Él le fue mandando cada una de las ediciones de sus libros publicados en países e idiomas varios.

Al llegar al exilio fantaseaba con alejarse del periodismo y dedicarse de lleno a la literatura, pero con el correr de los meses intensificó sus publicaciones en diversos medios. Publicó, de arranque, textos sobre Chandler, Hammett y Chase en Brasil y México: en una carta a Bayer se quejaba de lo magro del pago. En contrapartida, cobraría 500 dólares por "Coca Cola es así" para *El diario de Caracas*, dirigido por Tomás Eloy Martínez, cuyo suplemento cultural estaba a cargo de Daniel Divinsky, legendario editor de De la Flor; el texto, que recopilaría luego en *Rebeldes, soñadores y fugitivos*, aparecería también en el mensuario trotskista *Debate*, de Roma, en *Il Manifesto* y, bastante más tarde, en la resurrección de la revista *Crisis*. En *Interviú*, en Barcelona, estaba como redactor jefe otro exiliado, Carlos Alfieri, a quien conocía de *La Opinión*, y también Carlos Bosch, como jefe de Fotografía: en este semanario Soriano publicó artículos sobre la situación en Polonia, las elecciones francesas y la corrupción del gobierno de Giscard. Junto a Colominas hicieron una larga entrevista a Cortázar a propósito de la publicación de *Un tal Lucas*, y también de

su evolución en torno a política y literatura, que apareció en *El País* de España y en varios diarios de Latinoamérica. En *Le Monde* publicó textos sobre Gardel y sobre la Patagonia y, además, el relato "Donde Geneviève y el Flaco Martínez perdieron las ilusiones". También colaboraba en *La República*, un "periódico de lucha y de opinión" vinculado al radicalismo y editado por Solari Yrigoyen, y en la *Gazette Culturelle-Gaceta Cultural*, revista que editaba el Centro Argentino de Información y Solidaridad, CAIS, cercano a Montoneros.

A fines del 79 pasó unos días en su casa Di Paola, "brillante, agudo, y loco como una bolsa de gatos. Nunca sabés si el Premio Nobel se lo están por dar a él o a García Márquez. El hijo de puta ha escrito unos cuantos cuentos excelentes". Es una época en la que pasan y pasan los amigos por el departamento de Rue de Meaux.

EDUARDO VAN DER KOOY: Debo haber estado unos tres días y lo vi bien, conocí a su mujer. Tenía mucha avidez por que le contáramos cosas. Añoraba, sobre todo a San Lorenzo: tenía en una pared una camiseta que le había regalado el Coco Rossi.

DANIEL DIVINSKY: Solía verlo cada vez que iba de camino a Frankfurt, pero nunca fui a su casa. Yo lo conecté con Ariane Fasquelle, quien resultaría su editora en Grasset, estuvimos cenando muchas veces en la casa de ella. Osvaldo se quejaba de todo: de los franceses, de las costumbres, de que no había noche, que todo terminaba muy temprano… Era un quejoso consuetudinario.

MARTA DEGRACIA: Una noche fuimos a una premier, creo que estaba Pino Solanas, y también el Tata Cedrón. Cuando salimos eran las doce y no sabíamos dónde ir, costaba encontrar algún bar: como buen grupo de argentinos necesitábamos algún lugar para discutir la película, tomar un café. Ahí lo escuché hablar un poco en francés a Osvaldo, con mucha timidez; y el Tata, muy divertido, decía "Mozó, tgaemé un café, y la cuchagá": para él hablaba en francés, y Osvaldo se reía.

JORGE PALANT: Cuando todavía no se habían publicado en castellano, en el bar Danton me dio copias de *No habrá más penas* y

Cuarteles. Y lo sorprendió que le dijera que me había gustado más *Triste, solitario y final*. Creo que no esperaba eso, pero fui sincero. Me dio a leer allá, también, la carta de Walsh a la Junta, y me habló del Centro Piloto de París, cosas a las que él tenía acceso.

MARTA DEGRACIA: Me gusta mucho la pintura, así que le dije: "Primera salida, ¿vamos al Louvre?". Estaba a dos estaciones. Me chicaneó un poco: "Ahhh, no querrás ver *La Gioconda*, ¿no?". "¡Sí, quiero verla!". Se reía: "Bueeeeno, voy a averiguar…". Años en París y la primera vez que entró al Louvre fue con nosotros. Estaba felicísimo.

JORGE PALANT: En ese viaje, en el 79, yo estaba con mi hijo de 8 años y con un sobrino de 11, y fuimos a jugar al fútbol en los Jardines de Luxemburgo. Jugábamos él y yo en los arcos, y los pibes uno para cada uno: estábamos los dos, parados, mirándonos, a 40 metros. Es un recuerdo muy simpático.

TITO COSSA: De lo que más me acuerdo es de las discusiones políticas. Porque nosotros viajábamos con Raúl Serrano, que era del PC, y su mujer. La gran discusión era que en plena dictadura el PC apoyara a Videla. Osvaldo era medio anarco, porque no se sometía a ninguna línea. Me acuerdo de eso y de largas caminatas por París.

CARLOS ULANOVSKY: Estuve una semana. "Vos te levantás y hacés lo que quieras. A las cuatro me llamás por teléfono y me decís 'estoy acá', y yo en veinte minutos o media hora estoy ahí". Un día agarraba para un lado, otro para el otro, y luego llegaba el Gordo a socorrerme. Dormía en una pieza, en un colchón en el suelo. Su gato tenía la extraordinaria condición de que se estiraba, empujaba el picaporte de la puerta y la abría. Y tenía la horrible costumbre, además, de pasar como si fuera volando por encima de mi cabeza mientras yo dormía. Esas escenas nocturnas me desvelaban, me dejaban palpitando el corazón.

MARTA DEGRACIA: Osvaldo seguía con su rutina de dormir de día y trabajar de noche. Y el Negro Vení estaba al lado de él, siempre. Si el Negro ponía la pata arriba del guion de algo, decía: "Esto va a andar bien". Era maravilloso. En ese momento Cortázar estaba fuera de París y le había dejado para que cuidara a su gata Flanell. Los gatos empezaron a seguirme por todos lados, ¡se venían a dormir conmigo!

Les dejaba la puerta un poquito abierta, por si tenían ganas de salir. Como soy una insomne eterna, lo veía a Osvaldo pasar por el pasillo, con la esperanza de que el Negro saliera. Cuando nos fuimos de París le dije: "¿Viste, Osvaldo, que me vengué de aquellos días en mi casa con Margarita?".

"El otro libro sale en estos días en Bruguera. Hoy me mandaron las tapas, carajo, con los colores de Boca". En efecto: franja azul arriba con su nombre, franja amarilla en el medio con el título. Se lo contaba a su madre en marzo de 1980, a propósito de la aparición de *No habrá más penas ni olvido* en España, primera versión en castellano, en la colección Narradores de Hoy, y le encantó formar parte. "Narradores de hoy" fue además el título de unas mesas literarias en Barcelona, en abril, en las que estuvo junto a Onetti, Borges, Calvino, Sciascia, Rafael Alberti y Jorge Semprún, entre otros. La novela también estaba en las vidrieras de las librerías de París; decía que era la que mejores críticas había recibido en Francia.

La primera edición fue de 6000 ejemplares y Bruguera envió parte de esa tirada a varios países de América Latina. Un par de meses después aparecían artículos en México: en la revista *Proceso,* Marco Antonio Campos elogiaba en un texto las dos novelas de Soriano. "Uno de los libros más subversivos que se hayan producido en la literatura argentina del exilio", aseveraba Tununa Mercado en la revista *Sábado*, donde lo presentó como "uno de los periodistas argentinos jóvenes que había logrado un estilo personal envidiable: incisivo, ágil, desdeñoso, particularmente sensible a ciertas manifestaciones 'menores' de la realidad, pero buscando siempre en ellas la grandeza y la miseria de la condición humana". En *Unomasuno* Ángel Rama anuncia "la firme aparición de un creador original", el carácter de "guion cinematográfico" del libro", cierta filiación con Manuel Puig y Guillermo Cabrera Infante y algunas coincidencias con Antonio Skármeta: "Ambos hijos de la edad cinematográfica actual, ambos manejando sin zozobra los materiales de una cultura popular embebida de la chafalonía de la industria cultural norteamericana,

ambos disciplinando estos elementos al servicio de una raigal protesta política, ambos tentados por el populismo que ya no ven como mero rezago tradicional sino como invención viviente de una comunidad que asume su destino revolucionario".

A mediados de 1980 Bruguera puso a circular ejemplares en Uruguay (en su correspondencia Soriano alude a críticas elogiosas) y también envió algunos a medios de la Argentina. Le escribe a Van der Kooy: "¿Sabés que *La Razón* publicó el 25/10 un elogioso artículo sobre *No habrá más penas ni olvido*? Debe ser nomás una novela antiperonista. Hasta recomienda su lectura". Le llegaron además noticias de que Hugo Guerrero Marthineitz, prócer peruano de la radio argentina, hablaba de su libro, lo leía y hasta planteaba que podría hacerse una gran película.

Por una carta a la mítica agente literaria Carmen Balcells fechada el 5 de febrero de 1981 se sabe que se habían conocido poco antes en Barcelona y que los presentó Juan Martini. En el mismo sobre le adjuntaba un panorama sobre publicaciones, traducciones y negociaciones de sus tres novelas, y copias de los contratos, para que hiciera una evaluación del caso. "Verás que he metido la pata muchas veces, pero me gustaba librar batallas perdidas de antemano con los editores. Puro gusto de escribir cartas, nada más. Las traducciones de los libros me sirvieron para sobrevivir cuando salí de la Argentina. Como ves, no tengo mucho para ofrecerte y no soy de esos escritores que producen una novela por año; tengo poca imaginación y mucha fiaca, y cuando me pongo a trabajar el gato me distrae. Atender un gato, aun uno de albañal, es un trabajo agotador, ya lo decía mi querido Chandler".

En el detalle que le adjunta se aprecia, por ejemplo, que su primera novela había sido publicada en trece países y que tenía por el momento ocho traducciones. "El *Triste* ha hecho una buena carrera, pero creo que puede ir más lejos y por su tema debería traducirse en USA. Yo no tengo contactos allí. Un adivino me pronosticó que me haría rico con él a través del cine y desde entonces hubo una pila de

intentos fracasados. Ahora he recibido un nuevo pedido de opción de una productora mexicano-americana de Los Ángeles. Quizá no sean serios. Recuerdo que en 1973, cuando le di el libro a Onetti, me dijo con su sonrisa malvada: 'Va a caminar una barbaridad en Estados Unidos'. Pero supongo que venderlo a una editorial de allí será tan difícil como venderle el *Playboy* al ayatollah Jomeini. Tú dirás". A vuelta de correo Balcells ya ha encarado algunas gestiones y le anticipa que vender las traducciones al inglés les resulta "una labor sumamente difícil, ya que las editoriales son reacias a nuevos autores latinoamericanos".

"He aquí el contrato, que firmé con un gesto de inocultable solemnidad", les escribía a Balcells y a Magda Oliver, su colaboradora, el 1º de abril. La carta incluye una decena de detalles de faltas de respuestas y asuntos pendientes con las editoriales: "Que por una vez dios abandone al editor para estar con nosotros". Mandó además un retrato del Negro Vení: el gato se disculpa por no autografiar la foto, les confía.

La llegada al poder del socialista François Mitterrand, el 10 de mayo de 1981, lo puso contentísimo. "Te imaginarás lo que fue aquí el domingo —le escribía a su madre—. No se podía creer. La gente salió a las calles bajo la lluvia, en la plaza de la Bastilla hubo una fiesta de trescientas mil personas que bailaban, y cantaron Yves Montand, Michel Piccoli y todos los artistas que apoyaban a Mitterrand. Por supuesto, Catherine lo votó las dos vueltas y lo va a votar en las elecciones legislativas de julio. El otro fanfarrón de Giscard ni aparece. Se espera mucho de Mitterrand, que es un hombre culto, escritor, sencillo y muy honesto. Esa noche vinieron a casa amigos franceses, estuvimos festejando y lloraban de alegría. Fue muy emocionante. Me imagino que allá lo darán como un peligro, con la alianza comunista, pero no es así. Habrá aumentos de sueldo, una semana más de vacaciones y la gente trabajará solo treinta y cinco horas por semana con el mismo sueldo para dar trabajo a los desocupados. No será fácil, pero será lindo de ver".

Pintaba ser un buen año. Había señales de deterioro de la dictadura en la Argentina y Francia había cambiado de rumbo. *Triste, solitario y final* llegaba a Grecia y tenía sus versiones radiales en Alemania e Italia. *No habrá más penas* seguía con repercusión en Venezuela, México y España. En febrero se publicó *Quarteri d'inverno*, traducido por Angelo Morino y editado por Einaudi; también se publicó en Polonia, editado por Czytelnik. Y firmó los contratos para publicarlo por Bruguera en castellano y por Calmann Levy en francés. Se compró un grabador Sony muy moderno y una videocasetera con la que veían películas con Catherine: "Hace dos días que la estoy probando porque tiene más botones que una camisa y recién hoy pude grabar una película de Frank Sinatra", le contaba a su madre. Estaba contentísimo, además, con una dieta que le había hecho perder doce kilos y lo dejó en 75. "Todo el mundo se asombra. Estoy hecho un atleta". En junio empezó a publicar notas en la revista *Humor*, que justo cumplía su tercer aniversario: "Entre Madame Ivonne y José María Muñoz", se titula la primera, "Crónicas de un argentino en la Ciudad Luz". Arranca con un breve diálogo en un bar junto a dos amigos (Gabetta y Solari Yrigoyen) y entrevera después la falta de pasión para hablar de fútbol con el interés y la difusión de la cultura, las modas literarias, los debates y malentendidos intelectuales y, además, el recuerdo de un busca callejero que se gana la vida vendiendo, asegura, los dientes de Gardel que sobrevivieron al fuego de Medellín.

Un par de meses después, en la previa al Argentinos Juniors-San Lorenzo que decidiría cuál de los dos equipos iba a descender, enviaba a *Humor* su segundo artículo, que terminaba así: "Cuando esta nota aparezca en Buenos Aires, mis amigos sabrán si tengo derecho a emborracharme envuelto en la camiseta que fue del Coco Rossi. Si no, ya sé: a llorar a la iglesia".

10

Cuervos

“Esto no es una despedida. Es, más bien, un abrazo de bienvenida al reino del olvido. Juntos entramos en un largo invierno. A 10.000 kilómetros de distancia pero juntos, como cuando yo era chico y quererlo desde lejos no me impedía la pasión, la angustia, el júbilo”. En el *réquiem* sanlorencista que *Humor* recibió antes y publicó después del descenso se explica que el autor, “más lúcido que pesimista, palpitaba el final desde lejos”. Valía la pena publicarlo, se plantea, más allá del desenlace ya resuelto. “Fuimos felices y quizás algún día volvamos a serlo —escribió Soriano—. Cuando estas líneas estén impresas sabremos si es hora de reír o llorar: tantas vidas y haciendas se han perdido en estos años, que sería vana pretensión querer salvar tan poca cosa del naufragio”. Que tiene un nudo en el estómago y que quizás escriba tonterías, porque en este tipo de encrucijadas suelen escribirse cosas que después sonarán ridículas: palabras huecas, frases aprendidas en un teleteatro. “Empecé a querer a San Lorenzo sin haberlo visto nunca, como esos pretendientes que solo conocen una fotografía y juran amor eterno. La distancia nos separaba —como hoy, a la hora de la agonía—, pero no hubo amor más fiel, más rabioso, más dañino. Dos colores —el azul y el grana— me han acompañado toda la vida y aún están aquí, en la pared, absurdos en una ciudad que sabe tanto de Boedo como Baudelaire supo del *Facundo*…”.

En la correspondencia con su madre le pregunta por su primer viaje a Buenos Aires juntos: en una nota lo sitúa a mediados de los 50, desde Cipolletti, dos días en tren, sándwiches y termo de café, parada en un hotel de Bahía Blanca. “En aquel viaje descubrí la televisión, la Coca-Cola, el subterráneo, el puerto. Pero nada iba a quedarse en mi memoria como la tarde que entré por primera vez al estadio de

avenida La Plata. Fue un miércoles o un jueves. En todo caso un día de silencio, de tribunas vacías. Para mí, la misma emoción que para otros hubiera sido cantar a dúo con Sinatra, o leerle el primer cuento a Cortázar. Caminé alrededor del alambrado, toqué los tablones gastados, subí hasta el último peldaño de la popular y debo haberme sentido como el emperador frente a las pirámides. La voz de Aróstegui, que llegaba en cadena a Río Negro, me había enseñado algunos detalles: los nombres de las tribunas, la ubicación de los arcos respecto de las calles, las torres de iluminación en los ángulos que impedían ver el orsai".

A un empleado le explicó que venía de lejos y le preguntó si podía entrar a la cancha. Le abrieron: el césped escaso y reseco, observó. "Entré despacio, a tranco corto, y es posible imaginar que escuché esa tarde el estallido de la tribuna que me llegaba los domingos por la radio a Cipolletti. Caminé hasta uno de los arcos: quería ver cómo eran los famosos postes redondos que hacían única a mi cancha. Los palos que cuidaron en aquel tiempo el insólito Mierko Blazina, el inseguro Gerónimo, el pibe Galelli y el Drácula Periotti (¿dónde estarán hoy esas 'promesas' que se quedaron en el camino?). El área que defendieron Oscar Basso, Federico Pizarro, Brescia, un tal González y un pelado flaquito que se llamaba Garibaldi y no duró nada".

Una época en la que San Lorenzo "hacía sufrir a Boca y a River". Casi siempre era el único cuervo entre sus compañeros, que en ese tiempo solían gastarlo por una racha de salir sextos en los campeonatos. El verdugo, en esos años, decía, era Racing. Y solía contar una historia de cuando vivía en San Luis y tenía siete años, una tarde que lo llevaron al cine: *Poco antes de entrar le pregunté a un verdulero cómo iba el clásico y me contestó que San Lorenzo ganaba 2 a 0. Estaba feliz. Cuando salí, medio tímidamente, pregunté cómo había salido Racing: ganó 5 a 2, me contestaron. Se me vino el mundo abajo. No podía entender cómo un equipo que ganaba 2 a 0 podía perder 5 a 2. No me olvido nunca de eso*.

Cuando volvió a Río Negro, después de aquella visita al Gasómetro, "tenía mucho para contar, como los turistas que vuelven ahora de

Grecia o de Miami". Y que se le había abierto un mundo nuevo, que para un pibe de 10 años eso se parecía a un cuento de hadas. "No había visto al equipo —creo que esa semana era visitante en Rosario —, pero había visitado 'la casa' y el empleado me dijo cómo hacerme socio, que era algo así como entrar en la familia. Una familia en la que hubo buenos y malos, que iba a criar poco después a Sanfilippo, el enano prodigioso que volvió a los 36 años: un clan que trajo a José Rafael Albrecht, el mejor seis que yo haya visto jamás; si los nombro es para rendirles homenaje, uno más si hiciese falta en esta hora negra".

A Sanfilippo lo había entrevistado para *La Opinión* en 1972, una hora mucho más luminosa para él y para el club. Había jugado en San Lorenzo entre 1953 y 1962, y tras diez años en otros clubes y seis meses de inactividad retornaba para retirarse en su viejo equipo. "Su vuelta enciende la nostalgia de un fútbol más agresivo", escribió Soriano. Con doscientos cinco goles, Sanfilippo todavía es el goleador histórico de San Lorenzo. Ya sus mejores tiempos como jugador habían pasado, pero se las arregló para hacer ocho tantos en el Metropolitano del 72, el año del bicampeonato.

"Mire, yo no sé cómo definir a un goleador —le decía Sanfilippo—. Podría intentar definirme a mí mismo, tal vez eso sirva. Yo conocía a todos mis compañeros más que ellos mismos. Cuando uno agarraba la pelota yo sabía qué iba a hacer. Entonces iba adonde ellos pudieran verme, me destapaba. La diferencia entre un goleador y un buen jugador que hace pocos goles está en su actitud en la zona del área. Yo salía a la cancha dispuesto a hacer goles. Estaba nervioso mientras no los conseguía: era como un desahogo".

Para Soriano, sin embargo, el ídolo mayor era un zaguero central: Rafael Albrecht. *Es raro, porque uno siempre elige a los delanteros porque hacen goles o por su virtuosismo. Yo no. A Sanfilippo le dediqué un artículo y todavía me impresiono cuando lo veo, pero en el San Lorenzo de los años 60 había una personalidad gigantesca. Un tipo al que veía y me tranquilizaba porque me decía yo mismo: no puede pasar nada. Si ese señor está ahí, nada grave puede pasar. Me acuerdo de que a su lado tuvo un número 2 de lujo, como Calics. Y cuando había un penal, uno festejaba*

el gol antes de que lo pateara. Penal y gol, era gol. Nunca me volvió a pasar.

El San Lorenzo más lindo que recuerdo es aquel del 72 —dirá en 1983 —. *Estaban Cocco, Telch, Veglio, Fischer, el Ratón Ayala, ¡qué equipo!* Eduardo Rafael recordaba haber visto junto con Soriano la final del Nacional, contra River en cancha de Vélez. "Fuimos con Ricardo Halac, que también trabajaba en *La Opinión* y era hincha de River. Cuando llegamos el estadio reventaba de gente y la única posibilidad de ingresar era en la tribuna popular que ocupaban los hinchas millonarios. Allí fuimos, y aún tengo fresca la imagen del Gordo Soriano ahogando el grito cuando Luciano Figueroa convirtió el único gol que le dio el triunfo a San Lorenzo". En su crónica de ese partido Soriano sostenía que el resultado había sido justo y que San Lorenzo era a esa altura un conjunto formado y experto, que conoce sus fuerzas: "En síntesis, ganó el mejor. La justicia es total".

Cuando Figueroa hizo aquel gol pensó que era hora de reconstruir el nacimiento de San Lorenzo y encaró una nota futbolera en el suplemento cultural de *La Opinión*: "Juan Gelman —hincha de Atlanta — aprobó la idea pues gustaba, como yo, de provocar a los lectores del diario y al propio Timerman". Apareció el 7 de enero de 1973 y recoge el testimonio de Francisco Xarau y Luis Giannella, ambos ya bastante machacados y cerca de los 80, que cuentan de cuando eran chiquilines y jugaban al fútbol en la esquina de México y Treinta y Tres (calles de tierra); del equipo que en 1907 empezó llamándose Forzosos de Almagro; de los primeros partidos, potreros, pelotas, camisetas; de sus infancias y del papel que jugó el cura salesiano Lorenzo Massa en la conformación; de cómo en abril de 1908 se adoptó el nombre definitivo. Los pibes le querían poner Club Atlético Lorenzo Massa pero el clérigo, cuenta Giannella, se agarró la cabeza: "¡No! ¡Por favor! Ustedes se pelean en la cancha, les van a decir 'cuervos', 'frailongos'; no, no". Los pibes le dieron una vuelta a la cosa, le mentaron la batalla de San Lorenzo y el cura agarró viaje.

Soriano retrata en un cuarto de pensión al solitario Xarau; Giannella apenas puede mover las piernas, está ciego y sordo, pero "habla como una ametralladora y se indigna cuando lo interrumpen". Abandonados

por el reciente campeón, “su hijo presuntuoso”, el viejo centrodelantero y el viejo wing izquierdo se juntan “para recordar aquella época, que ya parece una alucinación”. Cuando rescató el texto para *Artistas, locos y criminales*, escribió: “Esta reconstrucción sigue pareciéndome apasionante, porque aquella aventura de un puñado de pibes en la primera década del siglo es común al nacimiento de casi todos los clubes de Buenos Aires. Un fenómeno cultural que ha impregnado la vida argentina y que, en el caso de San Lorenzo, me parece una parábola del fulgor y la decadencia de una sociedad. Cuando hicimos el reportaje, ni Xarau, ni Giannella, ni nadie podía imaginar que nueve años más tarde San Lorenzo perdería su estadio y sus bienes, que costaron tantos esfuerzos. Menos aún, que en 1982 tendría que volver a jugar en la B”.

Durante el exilio siguió a San Lorenzo de todas las formas que pudo. Les pedía a sus amigos que le contaran detalles, que le enviaran recortes periodísticos. Desde Europa pedía teléfonos prestados para consultar resultados y formaciones, o se acercaba a agencias de prensa para leer cables. La correspondencia con su madre y con Tito Cossa está repleta de comentarios sobre lo mal que andaba el equipo. Cuando se acercaba el día decisivo lo contactaron con un experto en computación. *Le tuve que dar todos los resultados del campeonato y todos los datos que pude reunir. Los tiró en la computadora, hizo un cálculo de probabilidades, el tipo laburó como loco y un día me llamó. “El que se va al descenso se llama San Lorenzo”, me dijo. Me cagué todo. La noche del partido llamé a* Clarín. *Mi amigo Van der Kooy fue impiadoso: “Mirá, te comprendo, están en la B”. Recuerdo que grité: “¡No puede ser!”. Y él me contó: “Mirá, Gordo: hubo un inmenso boludo que erró un penal —no me dijo quién— y otro hijo de puta, pero de Argentinos, que lo convirtió”. Ahí nomás me puse a llorar. Fue, sin duda, uno de los momentos más desoladores de mi vida. Era el primer grande que se iba al descenso. Y enseguida aparecieron todos los hijos de puta. El teléfono sonaba y sonaba. Me llamaban para gastarme. Yo estaba hecho mierda. La contestación fue siempre la misma: “Por qué no te vas a la puta que te parió”.*

Le escribe a su madre: “Te imaginarás lo triste que me puse. Todavía no lo puedo creer y espero con ansia la revista para saber cómo perdió. Decile a Casimiro que no se ría: yo sigo siendo de San Lorenzo, como toda la vida. La verdad es que desde el domingo no tengo ganas de hacer nada. A los que jugaban habría que cortarles las bolas con una yilet sin filo, mirá… me imagino lo que será el barrio de Boedo. Ahora me van a empezar a mandar cartas de cargadas y condolencias. Andá a saber cuántos años tarda en volver a Primera”. Un pesimismo que ya era palpable en aquel artículo que había enviado por anticipado a *Humor*: “Cuando demos con los huesos en la B será el apocalipsis de una agonía que empezó no el día que se acumularon las deudas, sino cuando hubo que dejar la casa, nuestra casa”. San Lorenzo era un exiliado que había jugado su último partido como local a fines del 79, porque los militares expropiaron las instalaciones y luego las remataron.

“Caprichosamente, se puede simbolizar la parábola de San Lorenzo con la del país: llega a la Primera y funda su estadio de lujo en el 16, cuando brilla la estrella de don Hipólito y los inmigrantes ganan su lugar bajo el sol; se va, o empieza a irse, cuando el país entra en su cono de sombra y la inmigración se revierte. Ningún otro club puede decir que ha crecido y envejecido tan simétricamente con el país hasta mimetizare en su decrepitud, en su caída, en su miseria económica y moral. Quien lo dude puede pasar a ver, antes de que las arranquen como un absceso, las ruinas de avenida La Plata al 1700. Otros seguirán, cierto; pero la historia, taimada, ha querido empezar por Boedo. Como si la flamante autopista que partió el barrio en dos hubiera también corrompido su alma”.

El 6 de enero de 1982, cuando cumplía 39 años, ya le encargaba a su madre el *Clarín* posterior al debut en la B: el 7 de febrero San Lorenzo se imponía 2 a 1 ante Gimnasia de La Plata, en cancha de Ferro. Sigue la campaña palmo a palmo. Arrecian las cartas:

8 de marzo: El *Clarín* me llega bien: lo espero con ansiedad. San Lorenzo está primero e invicto, espero que siga así. ¿Viste la gente que

va a la cancha a acompañarlo? ¡Casi 40.000 personas por partido!

16 de marzo: El otro día me mandaron un recorte de *La Razón* con lo del fenómeno San Lorenzo, que recauda más que Boca y que River y está en la B. ¡Éramos tantos hinchas y no lo sabíamos! En la desgracia se ven los guapos y ahí va San Lorenzo, ganando todos los partidos.

8 de agosto: San Lorenzo anda a los tumbos y veo que si sigue así no va a ascender.

10 de octubre: Estoy cortando clavos hasta que San Lorenzo salga campeón, si llega, y vuelva a Primera.

25 de octubre: Te imaginás qué alegría con San Lorenzo. Estaba tan impaciente que llamé a *Clarín* a mis amigos y me dieron la noticia. Decile al kioskero que si sale algún número especial del *Goles* o *El Gráfico* te lo guarde. O *El Ciclón*.

El 8 de noviembre publicaba en el diario peronista *La Voz*. “No hubo manera de matar a San Lorenzo, como no existe poder para destruir a un pueblo. A los Gauchos de Boedo les arrebataron el estadio de tablones y les prometieron un monumento de arquitectura en un parque de paraíso. Al país le rompieron los huesos y la fe jurándole una sociedad liberal de avanzada. El uno y el otro —que son la misma cosa— trastabillaron durante años al borde del abismo para precipitarse, al fin, en una pesadilla vil. A cada juramento, una traición. A cada sueño insensato, un despertar horroroso”. Evoca ¡la resurrección de Lázaro! y sostiene que San Lorenzo es una metáfora de la sociedad argentina. “El año pasado, cuando Alles le paró el penal a Delgado y nos mandó al descenso, recordé que el Ciclón se había asomado a la primera con el amanecer de la democracia, en el 16, cuando Hipólito Yrigoyen rechazó la componenda y se ganó la recompensa popular. Que arrasó en el 46, cuando las masas llevaron a Perón al poder, por primera vez. Dije, también, que se iba en el momento más dramático de la historia argentina, sin casa, exiliado, en Vélez o en Ferro, como un judío errante. Ya vuelve. No sé si ya tiene casa nueva o si va a arreglar el bulín de avenida La Plata, rematado, loteado, como si pudiera venderse el alma de un pueblo”.

Para fines del 82 ya había pisado fuerte la guerra de Malvinas y la dictadura entraba en su ocaso. “Es banal emocionarse con el fútbol cuando tanta ignominia pesa sobre las abatidas espaldas del país. Será, quizá, ese aliento multitudinario, que pudo más que el vacilante despliegue de los De Magistris, los Quinteros y los López, lo que me llena de orgullo. Como si los ejecutores fueran secundarios cuando toda la gente está detrás queriendo la misma cosa”. En Francia, contaba, nadie conocía a San Lorenzo y no hubo noticias del triunfo en la televisión; se hablaba, en cambio, de la corrupción militar y de los cementerios clandestinos. “Hay quien pregunta —por ejemplo— si alguno de los delegados sindicales, artistas o los periodistas desaparecidos en estos años de capuchas, picana y hambre, están enterrados allí. La respuesta la darán, creo, las Madres de Plaza de Mayo: los muertos están muertos, pero a los desaparecidos se los sigue esperando”.

El párrafo siguiente es duro: “Aquí estamos, pues, festejando victorias sin heroísmo y velando muertos de pobre sepultura. ¿Qué hacíamos mientras los mataban? La respuesta es tan simple como dramática: alentábamos a San Lorenzo y a la Selección, viajábamos a Miami y a Europa, nos exiliábamos por miedo o por necesidad, nos creíamos derechos y humanos mientras festejábamos con José María Muñoz a los campeones del mundo. Hasta que un día, con el Ciclón, todos nos fuimos al descenso. Brutalmente descubrimos (¿porque no queríamos saberlo?) que Martínez de Hoz y las multinacionales se habían llevado la guita, que la flota inglesa era mejor y más grande que la nuestra, que las locas estaban tan solo locas de amor y de desesperación. Que los militares no eran señores de la guerra. Que hasta San Lorenzo se podía hundir en el pantano en que flotaban, hermanadas, la Biblia y el calefón”.

Un pueblo sin memoria, seguía, no tiene futuro. “El nuestro tiene la memoria de un idiota azotado por el ruido y la bronca. Algunos que antes hablaban de una ‘campaña antiargentina’ en el extranjero, hoy piden a gritos justicia para los mismos crímenes que, cuando paseaban por Lafayette en 1979, negaban en nombre de la dignidad de los argentinos. El país perdía a sus mejores hijos pero se llenaba de

televisores a color".

Abran cancha, el humillado vuelve, escribía, y enseguida se preguntaba qué importancia tenía el retorno a Primera. Ninguna, planteaba; o, más bien, el alegrón pasajero de su gente. "Hubiera querido, en esta silenciosa noche de París, envolverme otra vez en la casaca azulgrana que vistió una vez Coco Rossi y que ahora cuelga en la pared de mi escritorio. En los colores por los que, en el colegio, tuve que reír y llorar. Allá lejos, en mi viejo Boedo, mis sanlorencistas cantan y sacuden el bombo. Festejan a los Gauchos, pero también anticipan una vida nueva. La vida grande de todo un pueblo. Gritemos hasta el amanecer, amigos. Solidarios y con bronca. Para que el Ciclón envuelva al pueblo entero y lo contagie de esta ansia que tenemos hoy de volver a ganar, de ser lo que no nos dejaron ser. Bienvenido, Ciclón, a un país que quiere resucitar".

San Lorenzo volvió a jugar en Primera en 1983, el año en que Soriano podría, todavía provisoriamente, volver al país; en esta temporada fue subcampeón, con un juego vistoso y muy ofensivo: fue el conjunto más goleador y el que más partidos ganó, pero terminó un punto debajo de Independiente. En ese equipo jugaban Insúa y Rinaldi, Perazzo y Husillos, y los dos wines uruguayos, Navarro y Bueno. Después de ese año sobrevino una medianía, dos séptimos puestos, un octavo.

Las ruinas de avenida La Plata: contaba que en su primer viaje a la Argentina tras el exilio se encontró con que estaban demoliendo el Gasómetro. *Me bajé del auto y no me dejaban pasar. Había una pared rota, camiones que sacaban los escombros, y cuando me quise colar apareció un tipo y me dijo: "No se puede, ¿adónde va?". "¡Cómo adónde voy! —le digo—. Están tirando abajo el Gasómetro…". No me dejaba entrar y entonces uno de los camioneros, que era hincha de Boca, le dice: "¿Cómo no lo vas a dejar pasar? Imaginate si tiraran abajo la Bombonera. ¿Sos loco vos?". Entonces me dejó pasar. Sentí como una desolación. Algo que nunca más iba a tener. ¡No lo estaban remodelando, lo estaban tirando abajo! Sentía que irreversiblemente se iba una parte de mi vida. En*

esos momentos jugábamos de local en cancha de Ferro. Yo no sabía ni por dónde se entraba. Si llegaban a tirar piedras no sabía por dónde salir. En cambio conocía de memoria los callejones que había a la salida de la cancha de San Lorenzo.

Para 1988 y ya en *Página/12*, publicó "Historia de una mufa", donde engarza una serie de tragedias a partir del reciente atentado contra el plantel en la cancha de Instituto de Córdoba: una bomba explotó en el vestuario y el zaguero Claudio Zacarías se llevó la peor parte, porque un vidrio clavado en su axila casi lo desangra. El "carasucia" Victorio Casa, baleado por una guardia militar, lo que le costó la amputación de un brazo; el central Hugo Pena, que murió electrocutado con un televisor; el volante Pedro Coudannes, asesinado por una patota. Soriano recordó que Xarau y Giannella le habían contado que allá atrás en el tiempo el chico al que se le ocurrió aquello de Forzosos de Almagro, Luis Manara, murió de tifus cuando tenía 16. "Al cumplir sus 80 años, San Lorenzo de Almagro más que un club parece un milagro al revés, un rezo hereje del cura Lorenzo Massa, creador del culto azulgrana", escribió. Y también: "Fue el primer grande que descendió a la B, el primero en admitir publicidad sobre la camiseta, el único que perdió su cancha, el solo 'grande' que nunca jugó dramáticas finales de la Copa Libertadores. En definitiva, un club de tránsito para grandes jugadores que empiezan o pasan por allí y después van a otro más rico".

Con la inauguración del nuevo estadio, cinco años después, levantará cabeza, sacará pecho. "Ya tiene casa el viejo San Lorenzo después de diez años de intemperie, de sobrevivir por ahí en rancho ajeno. Nadie nos ahorró cargadas ni humillaciones y durante algún tiempo llegamos a pensar que el Ciclón no era más que una comparsa borracha, perdida en los amaneceres del Sur". Recordará las peripecias de los fundadores y el campo arrasado en el que René Pontoni clavaba las guampas y el Gringo Scotta se consagraba goleador del 75. "Imposible saber si este segundo Gasómetro albergará glorias parecidas a las del que ahora yace bajo el supermercado de avenida La

Plata", dirá en torno al estadio en el Bajo Flores, y se atajará ante el presidente de ese momento, Fernando Miele, que vaticinará que San Lorenzo será como el Real Madrid de Buenos Aires. Algo así. "Seremos felices si podemos pagarle el sueldo a Néstor Gorosito. Porque si hay que venderlo para comprar los muebles o pagar la pintura, ¿qué le digo a mi hijo que tiene tres años y solo nos conoce por los colores? Bastante trabajo me costó explicarle que el morocho que grita un gol en la pared de su pieza, de atuendo azulgrana y pantalón blanco, no es el mismo que ahora lleva una absurda camisa azul y oro. Que la suya es una caprichosa ilusión de pibe, que Acosta y San Lorenzo son una misma cosa. Que los colores son los que eligieron los Forzosos de Almagro en 1907 y serán los mismos por los siglos de los siglos. Todavía me falta contarle que no elige a un ganador, que ser de San Lorenzo es un interminable sobresalto; una carga que se arrastra en la vida con tanto desconcierto y orgullo como la de ser argentino".

Cuando en 1995 Eduardo Galeano publique *El fútbol a sol y sombra*, un precioso libro de estampas y misceláneas, incluirá una carta enviada por Soriano: será el único texto de un autor "invitado".

"Te cuento que el otro día estuve en el supermercado Carrefour, donde antes estaba la cancha de San Lorenzo. Fui con José Sanfilippo, el héroe de mi infancia, que fue goleador de San Lorenzo cuatro temporadas seguidas. Caminamos entre las góndolas, rodeados de cacerolas, quesos y ristras de chorizos. De pronto, mientras nos acercamos a las cajas, Sanfilippo abre los brazos y me dice: 'Pensar que acá se la clavé de sobrepique a Roma, en aquel partido contra Boca'. Se cruza delante de una gorda que arrastra un carrito lleno de latas, bifes y verduras y dice: 'Fue el gol más rápido de la historia'.

"Concentrado, como esperando un córner, me cuenta: 'Le dije al cinco, que debutaba: no bien empiece el partido, me mandás un pelotazo al área. No te calentés que no te voy a hacer quedar mal. Yo era mayor y el chico, Capdevilla se llamaba, se asustó, pensó: a ver si no cumplo'. Y ahí nomás Sanfilippo me señala la pila de frascos de mayonesa y grita: '¡Acá la puso!'. La gente nos mira, azorada. 'La

pelota me cayó atrás de los centrales, atropellé pero se me fue un poco hasta ahí, donde está el arroz, ¿ve? (me señala el estante de abajo, y de golpe corre como un conejo a pesar del traje azul y los zapatos lustrados). La dejé picar y ¡plum!'. Tira el zurdazo. Todos nos damos vuelta para mirar hacia la caja, donde estaba el arco hace treinta y tantos años, y a todos nos parece que la pelota se mete arriba, justo donde están las pilas para radio y las hojitas de afeitar. Sanfilippo levanta los brazos para festejar. Los clientes y las cajeras se rompen las manos de tanto aplaudir. Casi me pongo a llorar. El Nene Sanfilippo había hecho de nuevo aquel gol de 1962, nada más que para que yo pudiera verlo".

Galeano contaría mucho después que cuando escribió ese libro Soriano le aseguraba que Sanfilippo era el mayor goleador de la historia del fútbol argentino, y lo entusiasmaba con que además de jugar en San Lorenzo también había sido jugador en Nacional, el equipo del que era hincha el narrador uruguayo. "Decía que era un justo homenaje —dirá Galeano—. Pero el tema es que no era verdad: el mayor goleador era, hasta ese momento, el paraguayo Arsenio Erico, que metía más de cuarenta goles por temporada. Por suerte no caí; después el Gordo se mataba de la risa".

El 25 de junio de 1995 San Lorenzo, tras veintiún años, volvería a ser campeón en Primera. "No sé si alguna vez les tocó seguir un partido por teléfono a 11.000 kilómetros de distancia —escribirá Soriano desde su departamento parisino, en donde se recluirá para terminar la que sería su última novela—. A mí sí, esta es la segunda vez. Solo en la medianoche de París, encerrado en cuarenta metros cuadrados, igual que hace catorce años, cuando era joven y San Lorenzo se fue al descenso. ¿Cómo festejo un título ahora? ¿Con quién lo comparto? Qué hago, ¿cuelgo las doscientas páginas de la novela y me voy a terminar la noche a Pigalle?". Ante Rosario Central, de visitante, con gol del gallego González, San Lorenzo ganaría 1 a 0. "A las once de la noche de Francia la angustia ya me tenía afiebrado y ahora, tres horas más tarde, todavía no se me pasó. Sabrán perdonar los lectores la parcialidad y las tonterías que pueda decir. Estuve hasta recién festejando a gritos, despertando vecinos, tirándome de cabeza

en el colchón. ¡Vamos San Lorenzo, carajo! ¡Veinte años después de aquellas campañas inolvidables el Ciclón vuelve a ser el más grande, el que se hizo un estadio nuevo y lo estrenó con un campeonato!".

De costado, en la nota, alude a que puso unos pesos para colaborar con las finanzas del club, que seguía con la puesta a punto del estadio. "¿A qué se parece eso de ser campeón, preguntará usted? Mire: es algo así como un champán seco y cálido que baja por la garganta. Una cosquilla ahí donde usted quiere. La piel rejuvenece de golpe. En una sola noche a los calvos les crece el pelo, y se cura el ardor de estómago. Yo, por ejemplo, usaba anteojos para leer y escribir. Bueno, ya no, ya se curó. Escribo estas líneas de la mano de Dios todopoderoso, veo las letras de *San Lorenzo campeón* con la misma claridad con que Beethoven escuchaba más allá de los zumbidos y la sordera".

Escribirá: que pueden pedir lo que quieran los jugadores, que les será concedido. Que ganaron con los colores que él solamente pudo vestir en sus sueños. Una persistencia, porque ha pasado el tiempo y su pasión, los colores de San Lorenzo y el universo que eso implica, siguen vibrando con fuerza en su figura.

En su homenaje, la sala de prensa del estadio de San Lorenzo se llama Osvaldo Soriano.

11

Para no olvidar este tiempo infame: *best seller* y regreso

Cuarteles de invierno apareció en castellano en España a mediados de marzo de 1982. Soriano viajó a Barcelona y Madrid para acompañar la publicación, que salió también en la serie Narradores de Hoy, pero esta vez con los colores de San Lorenzo en tapa; en las publicidades de *La Vanguardia* o de *El País* su portada se veía junto a las de *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez y *El último magnate*, de Fitzgerald. Para entonces la novela estaba también en los escaparates de las librerías francesas; en Polonia se había editado junto a *No habrá más penas*, y en Italia había sido declarado por el diario *Paese Sera* "libro del año" 1981. El comentario de Michelangelo Antonioni para el periódico aparecería citado en la contratapa de la primera edición de Bruguera: "*Cuarteles de invierno* es menos irónica que *Triste, solitario y final*, pero más amarga todavía. Soriano posee una escritura incisiva, efervescente, con frases como bofetadas. La historia se desarrolla en un pueblito argentino dominado por la violencia y la resignación de la gente. Es la historia de una amistad sustancial, hermosa por imprevista, casi irracional, y Soriano la ilumina con una luz tan cruda y dulce al mismo tiempo que nos la hace sentir cercana, al alcance de nuestra emoción". "En Europa se había hecho famoso por *Triste*, pero la obra que más amo es *Cuarteles de invierno*", escribió Antonio Tabucchi, que lo consideraba un libro "lúcido, terrible y valiente".

Lo entrevistan. *El gran problema argentino es la falta de memoria histórica* —le decía a *El País*—. *Las relaciones entre ambos personajes permiten cierto estudio del hombre medio con relación al fascismo: un hombre que cree que todo son únicamente cuestiones personales.* […]

Cuento, en fin, lo que sucede cuando el fascismo se instala y no se puede hablar. Lo que está pasando en la Argentina desde 1976. En *La Vanguardia* se declaró lector de Juan Marsé y Flannery O'Connor y perfiló su impronta: *Soy sobre todo un periodista. Los periodistas conocemos el rigor; aprendemos a eliminar comas, a recortar, a precisar, a no repetir. Creo que nadie sería capaz de tachar tres adjetivos de más en* Crónica de una muerte anunciada. *Son noventa páginas, pero hay que saber escribirlas así.*

Una reseña formidable de Nora Catelli en la revista española *Quimera* empieza citando un tramo del primer capítulo:

> Entonces escuché a mis espaldas un ruido de pasos, como si King Kong hubiera escapado otra vez. Me di vuelta, discreto, y vi al grandote que caminaba apurado por el medio de la calle. Apoyaba los pies sobre el asfalto como si viniera aplastando hormigas. Me paré a verlo llegar. Era cierto que no tenía mucho juego de cintura, ni de rodillas, ni de tobillos. Caminaba con la cabeza echada hacia adelante y llevaba el bolso sobre la espalda. Se paró delante mío, agitado.
> —Lo alcancé —dijo con una voz que parecía salir de una cueva.
> Tenía los ojos algo pequeños para esa cara y la nariz aplastada como la de cualquier veterano. Lo miré un rato sin saber qué decirle. Por fin me salió algo.
> —¿Todo bien?
> Sonrió y dejó el bolso en el suelo.
> —Sí —dijo y me miró con cierta timidez—. Yo tengo un disco suyo, ¿sabe? Ese que tiene "La última curda".

"En las dieciséis líneas citadas hay cuatro adjetivos y tres comparaciones —escribe Catelli—. Lo demás es acción, movimiento. Exiguo de figuras, parco en calificativos, el texto parece atento solo a la dirección de ese encuentro en un escenario casi vacío. *Cuarteles de invierno*, una excelente novela, es de aquellas en que todo *ocurre*. No apela al lector, no remite al proceso de la escritura, no desarrolla ningún polo lírico. El modelo de Soriano, el de la 'novela que narra', ha pasado por diversos estados de opinión: desde la remisión a los subgéneros y la acusación de parasitismo cinematográfico y la temida tacha de simplismo hasta la exaltación de sus 'valores eternos'. En este trozo de *Cuarteles* se expone un diseño. Algo va a suceder previsiblemente: un encuentro, una situación hermosamente clásica.

Su singularidad, no obstante, está marcada —y enmarcada— por términos que resaltan de inmediato en el anonimato de la narración: *King Kong* y *La última curda*. Su mención dirige hacia los personajes una luz peculiar que irradia sentido. El haz de luz forma una constelación que tiene que ver con el éxito, con la fama, con la lucha por ser el mejor. Se conoce la razón de ser de esos personajes sin conocer su psicología y se penetra en algo parecido a su esencia: un boxeador que se fatiga al correr y un cantor de tango que ha grabado, al menos, un tango clásico. Ambos a su vez son remitidos a ese viejo fotograma en blanco y negro y a la figura del cantor por excelencia, de Gardel. Sellado de esta manera el curso evocativo de la lectura, construida sumariamente la imagen que preside la novela, el boxeador Rocha y el cantor, Galván, se embarcan en la historia, en el sueño del éxito. Serán, al mismo tiempo, hombres de principios, donjuanes de pacotilla, amigos fieles, pobres ratas de pensión y aterrorizados testigos de un país que no entienden o que no quieren entender, la Argentina de hoy".

El libro también se publicó en Venezuela, desde donde lo entrevistó Alejandro Rozitchner, que de arranque le baja el precio simplificando *Cuarteles* como mera continuación de *No habrá más penas*: ¿qué agrega una a la otra, en qué se distinguen? Soriano puntualiza que más allá del escenario, difieren entre ambas novelas los personajes, los conflictos y hasta los planteos narrativos. *Creo que mis libros tienen una "continuidad" en el estilo y una ambición: la función primera de una novela es transmitir una emoción, el placer de leer. Si un libro se te cae de las manos no hay nada que hacer: el narrador ha fracasado. No ignoro, por otra parte, que para algunos críticos esto es un pecado mortal, que el contar una historia constituye ya una gran ingenuidad, ingenuidad que estoy lejos de tener*.

—La relación estrecha que tienen tus novelas con los lugares comunes de las tramas convencionales del cine comercial y de la TV, ¿es un efecto buscado conscientemente o surge de tu escritura, más allá de tu voluntad? Si es un efecto buscado, ¿cuál es la idea que lo produce?

—*Tu pregunta supone que acepte a priori que existen los conceptos que*

expresás con aparente inocencia. Hay una diferencia, creo, más útil: mis novelas no expresan esas "tramas convencionales", sino los efectos que estas producen en la gente. Yo no recojo los mitos del cine para perpetuarlos: me interesan más sus efectos sobre los personajes. Y no hay que fiarse demasiado de lo que cuenta el narrador, de cómo lo cuenta. ¿Quién te garantiza que la manera de contar de Galván es "sincera" y "aceptable"? Porque el personaje tiñe su relato de sentimientos: envidia, celos, bronca, piedad, y es allí que el lector debe desconfiar y hacer su propia lectura.

A comienzos de 1982 tenía claro que el deterioro de la dictadura se agudizaba. "Este ministro de Economía va a terminar de fundir a todo el mundo, pero ya se están achicando —decía por Roberto Alemann—. La gente se les ríe, y siempre eso fue el principio del fin, como le pasó a Onganía —le escribía a su madre—. Solo que aquel no tenía veinte mil desaparecidos y estos sí y los políticos ahora les piden cuentas. Vos conociste la miseria de los años 30. Creo que esta es peor, fijate lo de Quilmes, los desocupados, la mortalidad infantil. Nos han hecho retroceder cien años, pero a todo chancho le llega su San Martín. Ahora lo aplauden a Illia, y cuando lo voltearon yo debo haber sido de los pocos que lo defendieron en *El Eco"*. "Lo de Quilmes" refiere a una toma masiva de tierras, que originó seis nuevos asentamientos, un fenómeno que se expandiría en los suburbios de varias ciudades. "La situación del gobierno es cada vez más precaria, y si el plan económico fracasa se va a la mierda. Y el plan no puede sino fracasar. El congelamiento de salarios va a movilizar a la gente y la Multipartidaria ya se organiza".

Estaba en Barcelona cuando llegó la noticia: las Fuerzas Armadas habían ocupado las islas Malvinas. El 3 de abril volvió a París. *¡No faltaba más que esto para castigar a un pueblo que ha sufrido tanto!* Abomina la imagen de Galtieri en el balcón de Casa de Gobierno, repara en "el derroche de nacionalismo barato" que también hacen los ingleses, se esperanza con un acuerdo diplomático, intuye que la guerra será inevitable. *No es de descartar que los militares dejen el poder*

en un plazo razonable o —en caso de una derrota militar— precipitadamente. Da horror pensar que puedan morir chicos de 18 años en esta aventura que es, sobre todo, un salto al vacío para tratar de rehacer un prestigio perdido. Fue a varios programas de televisión, en París y en Grenoble, para hablar del conflicto.

"Te imaginarás con qué angustia se sigue aquí el drama de los soldados del Belgrano", le escribió a su madre tras el hundimiento del crucero, el 1º de mayo. Seguía a la BBC de Londres ("que es bastante objetiva"), leía los diarios franceses (que dieron mucho despliegue al tema) y llamaba por la madrugada a *Clarín*. "Él estaba absolutamente en contra de la guerra, le parecía un delirio", me dijo Van der Kooy. El 7 de mayo un grupo de exiliados en Europa, entre quienes estaban Cortázar, Bayer, Solari Yrigoyen y Soriano, publicó una declaración en *Le Monde* que reafirmaba los derechos sobre las islas y el reconocimiento de la ONU al respecto, subrayaba la maniobra de la dictadura para perpetuarse y señalaba la actitud del gobierno inglés y el apoyo de Estados Unidos como planificados con antelación.

"Hoy empezó la guerra en serio y estoy pegado a la radio", le escribe a su madre el 21 de mayo; le manda una carta por semana, con información y señales imperceptibles todavía en el país. "Aquí se sabe ya del heroísmo de los pilotos argentinos, pero también de la terrible paliza que están recibiendo los soldaditos en Malvinas", anotó el 27 de mayo. Para el 9 de junio ya entrelee el final: "Estamos esperando ver cómo termina esto, que cambiará muchas cosas en el plano interno. Esperamos el desenlace, que sea lo más pacífico posible para que no haya más pérdidas en vidas de chicos". 17 de junio, tres días después del final: "Ayer supimos acá que lo habían rajado a Galtieri, como era previsible. Todavía estamos esperando el nuevo presidente. La descomposición de la junta militar es tal que ya no duran más que unos meses. Esta aventura de Malvinas y la rendición vergonzosa después de haberle hecho creer al pueblo que iban ganando les va a costar muy caro".

Antes de que terminara la guerra supo que Peter Lilienthal,

protagonista del Nuevo Cine Alemán junto a directores como Fassbinder y Wenders, se había interesado en hacer una película en base a *Cuarteles*, que en Alemania había sido publicada por Suhrkamp con el título de *Das Autogramm* (El autógrafo), en alusión al que Galván le niega a un matón en Colonia Vela. Soriano conversó sobre las líneas argumentales con el director, pero los criterios no confluyeron. “Como otros escritores que me soportaron, Soriano no participó del guion”, me contó Lilienthal por correo electrónico. “Pero sí fue generoso al hablarme de su vida (difícil en París) y de su fe política, aunque nunca de interpretación de su novela. Ambos sentíamos cierta discreción frente a diferencias de carácter de las que no hacía falta hablar. Que ‘mi Rocha’ no sería un tipo vencido y viejo sino uno radiante de ingenuidad y juvenil optimismo, creo que se lo confesé a tiempo”. En *Das Autogramm* Rocha es negro y seductor y Galván toca el bandoneón. Los papeles serían encarnados por Ángel del Villar y el bandoneonista argentino Juan José Mosalini. Lilienthal hizo un viaje en 1983 a Tandil para ambientarse, acabó haciendo el rodaje en Portugal y estrenó en Berlín al año siguiente.

Un domingo de fines de octubre de 1982 Van der Kooy lo felicitó porque un libro suyo estaba en la lista de *best sellers*. *Yo no podía creer que fuera* Triste, solitario y final*, después de tantos años. Pero era* No habrá más penas ni olvido*, en una edición que había hecho Bruguera en la Argentina sin consultarme. Inmediatamente me contacté con la editorial en España, me confirmaron que el libro encabezaba la lista de* best sellers *argentinos y me invitaron a la Feria del Libro del 83*. Pasaban las semanas y el libro seguía figurando al tope de los más leídos. “Les va a ser un poco más difícil prohibirlo”, pensó. Tres meses después, por teléfono y para *Humor*, Mona Moncalvillo le preguntaba por el episodio y la popularidad.

Me enteré una semana después de que el libro hubiera salido; el editor no se tomó el trabajo de avisarme y lo publicó con las películas de la edición española, lo que hizo que apareciera el prólogo que yo había escrito para el lector extranjero, que si no, no hubiera entendido por qué

los peronistas se peleaban entre ellos. Que saliera el libro me hizo muy feliz y que apareciera con ese prólogo me preocupó mucho, porque condicionaba la lectura y sabía que muchos iban a comentar tanto el prólogo como la novela, así que pedí que lo sacaran en las próximas ediciones. […] *Te aseguro que me conmueve desde el alma hasta las tripas saber que, tanto tiempo después, con todo lo que pasó, me reencuentro con los lectores y tengo otros nuevos. Me da un gran gusto que el libro se lea tanto, pero la verdad es que soy bastante tímido y no estoy hecho para el "bestsellerato", que requiere relaciones públicas, franeleos y fotos en la Plaza Francia. Fue una gran alegría recibir cartas de un preso, de lectores que no conozco, pero de alguna manera me sentí muy solo en París, pensando que una parte mía estaba allá, expuesta, y yo aquí, contándoselo a mi gato.*

La dictadura entraba en su último año y todavía daba algún coletazo: en octubre censuró *La Semana*, de Perfil, y arreciaron los rumores de un cierre de *Humor*, donde Soriano ya publicaba con asiduidad; entrevistó a Solari Yrigoyen, que permanecía exiliado, y escribió un artículo bastante jocoso sobre la prohibición municipal de la novela *La vida entera*, de Juan Carlos Martini, "el narrador argentino sátiro de la literatura y corruptor de porteños desamparados (la inmoralidad del texto se detiene en la avenida General Paz)".

Cuarteles se publicaría en la Argentina en febrero de 1983, pero las referencias sobre el libro en el país también tienen su historia. El camino fue abriéndose a través del guionista de historietas y escritor Carlos Trillo, que dirigía *Super Humor*. En marzo de 1981 Soriano le envió un ejemplar de *Quarteri d'inverno*: "Acaba de salir, fresca, doradita. Ver la cosa en tano antes que en castellano parece joda". En mayo apareció un artículo titulado "Il cappisimo signore Soriano", que aludía a las publicaciones en Europa y señalaba que *No habrá más penas* no había sido distribuida en la Argentina, "al menos oficialmente". "Censuras o autocensuras están en juego, sin duda, y es una lástima: se trata de un relato, más allá de cualquier otra consideración, excepcional". Cuando *Cuarteles* se publicó en España

mandó al país varios ejemplares que no llegaron, acaso porque coincidió con Malvinas. Al terminar la guerra por fin le llegó un ejemplar a Trillo, que tras leerlo se lo pasó a Andrés Cascioli (director de *Humor* y dueño también de Ediciones de la Urraca), que tras leerlo se lo pasó a Juan Carlos Kreimer, que publicó en la revista una doble página deslumbrada. "Lo empecé un sábado que planeaba una serie de tareas práctico-domésticas y no hice ninguna. No pude largarlo ni despegarme del sillón del living más que para revisar un par de veces la heladera. El domingo por la mañana desperté con dudas: ¿por qué me había gustado tanto? Abrí la novela otra vez. ¿Para qué? Otro día borrado de mis compromisos. Aun así, y para enfriarme, decidí pasar una semana antes de abrir la boca. Entre tanto, otros amigos me lo quitaron con el compromiso de devolvérmelo al día siguiente. Y cumplían: lo devoraban de un saque". Kreimer enfoca en la economía de recursos, en la falta de digresiones, en la unidireccionalidad del texto. "No conozco de cerca ningún cantor de tangos ni ningún boxeador, pero me parece que ni Rocha ni Galván podrían ser de otra manera. Son un gordo y un flaco de nuestra mística y representan los personajes mayoritarios —no el intelectual, no el prototípico laburante explotado, amorfo, pasteurizado y sin más fe que ya no sabe contra quién lucha—. En la sordidez de las palabras frías, desapasionadas, con que Soriano narra esta historia hay ecos de Onetti, Hammett, Chandler".

Poco después aparecía en *Punto de Vista* un comentario de Marcos Mayer sobre *Cuarteles* que coincidía con Kreimer en cuanto a la unidireccionalidad y la novela negra como modelo, al que sumaba la falta de rupturas temporales, Hemingway y el cine policial americano de los 40. "Con esta poética construye Soriano su producción novelística del exilio, basada en la confianza de que el microcosmos que es capaz de mentar la literatura puede contener en sí todas las contradicciones y movimientos de 'lo real'. Como si la literatura fuese una sinécdoque de 'la totalidad'", que "coincide con la imagen que sobre los sucesos trágicos de la Argentina en estos últimos años de gobierno militar circula en Europa. Una imagen donde el macrocosmos está bipolarizado, por un lado los opresores y por el otro

los oprimidos, y donde la única forma de comunicación social es la represión, entendiendo a la represión en su aspecto más físico y, por ende, más visible. Esta imagen de la represión se ajusta adecuadamente a la poética de Soriano: su representación parecería necesitar una ubicación precisa en un momento para dar acabada cuenta de sus efectos. Funciona un concepto de 'brutalidad de lo literal' ya desde el título, donde se anula la lectura metafórica de la expresión 'cuarteles de invierno'". En contraposición a Kreimer, Mayer cuestiona una falta de ambigüedades, que en su ojo darían cuenta de "las marchas y contramarchas de lo real" y de "las relaciones que con la realidad mantiene la obra literaria".

El mexicano Alfonso Fierro Obregón mira a *Cuarteles* como una novela negra más allá de que pudiera no parecerlo. La mirada crítica de Galván y su posición marginal en Colonia Vela, su percepción de que Rocha va al matadero y la posterior pesquisa y los movimientos para tratar de evitarlo, las amenazas latentes, una sociedad en la que los actos criminales se llevan a cabo de manera sistemática, "donde la autoridad policial y civil está al servicio de grupos de poder *de facto* y donde, por lo mismo, la Justicia termina por estar en manos de grupos que más bien practican cotidianamente la criminalidad". Las características de Galván se asemejan a las del detective duro y son producto de su posición histórica ante la dictadura: en Colonia Vela saben que cantó en algún festival de la Juventud Peronista, pero los militares "saben olvidar" a quienes estén dispuestos a andar derecho. Galván "es un 'perdonado' por el régimen a cambio de silencio" y "tuvo que sacrificar sus opiniones, su forma de pensar, su libertad de expresión a cambio de que los militares 'supieran olvidar' para poder quedarse en el país". Está a la vez dentro y fuera del régimen, y eso constituye su singularidad y su lucidez como narrador; cuando aparezca algo de su carácter irreverente y desoiga "sugerencias" (otro rasgo del detective), su estatus cambiará y su salud volverá a estar en peligro. Y aunque se las arregla para encontrar una vía de escape decide quedarse para bancar a Rocha; esto es, el típico involucramiento personal con "su caso" del protagonista de la novela negra.

Es curioso lo que pasa con Cuarteles de invierno —dirá Soriano en 1989—. *Aunque yo lo considero quizás el mejor de mis libros, el que no dudaría en escribir otra vez, es la novela de la que menos me hablan. Creo que eso se debe a que es un enjuiciamento implícito a toda la sociedad argentina de aquellos tiempos, cuando cerraban los ojos al genocidio. En el final, cuando Rocha lleva a Galván en la camilla hacia la estación, todas las ventanas del pueblo están cerradas, no hay un solo gesto de solidaridad. El único es el loco del pueblo, que termina colgado de un árbol. Solo las Madres de Plaza de Mayo rompieron el cerco de silencio en torno al terrorismo de Estado. Pero mi novela no era un panfleto denunciando lo que pasaba sino que contaba un incidente menor ocurrido en un pueblito de provincia; quizá por eso es un buen libro. Aunque la respuesta de los críticos en la Argentina fue completamente diferente. En general lo rechazaron. Hace poco leí en un suplemento literario que no hay novelas argentinas sobre la dictadura. Bueno, la mía quizá no sea la Gran Novela Argentina Sobre la Dictadura, quizá no sea siquiera una gran novela, pero ¿no es una novela sobre la dictadura? ¿No ofrece una metáfora de lo más clara de lo que estaba pasando en aquella época?*

Cuando se publicó en Buenos Aires, también editado por Bruguera, de inmediato se sumó a la lista de *best sellers*, junto con *No habrá más penas*. El 12 de febrero apareció en *Humor* la extensa entrevista telefónica de Moncalvillo: es, acaso, el primer reportaje que le hicieron en la Argentina. Hasta que *Humor* y *Super Humor* le dieron espacio, dijo, ningún diario o revista aceptaba publicarle algo, y su nombre era *cuidadosamente extirpado de los comentarios o artículos sobre la literatura argentina de los años 70*.

—¿Por qué te fuiste? ¿No te bancaste quedarte aquí?

—Hay que tener cuidado con la palabra "bancarse", como con otras cosas que andan sueltas por ahí. Porque el exilio también hay que "bancárselo". Se terminaron los exilios dorados... Digo que hay que tener cuidado con esa palabrita porque implica en sí misma un cuestionamiento, un reproche. Ya sabemos cómo se "bancaron" muchos estos años terribles en el país... Basta leer sus artículos y reportajes en los años 76 al 80 en los que la calumnia, la delación y el chauvinismo fueron como una ola de ignominia que invadía los medios de comunicación y lavaba el cerebro del

país. ¿Había obligación de "bancarse" todo eso, tragarse los sapos de los desaparecidos, la corrupción, la carrera desenfrenada que hizo de la clase media (es una manera de llamarla) la campeona mundial de la especulación financiera y moral? Porque había maneras y maneras de estar en el país, además de estar preso; la dignidad de los Roberto Cossa, de la gente que creó Teatro Abierto, de los muchachos que hacían de Goles *la más honorable de las revistas que circulaban entonces, los que estudiaban y se juntaban para prepararse para ese futuro que hoy empieza a tentarnos.*

Habla del Nobel a García Márquez, del populismo y "la literatura populachera", de su vida en Europa, de su visión de la Argentina. *El país atraviesa el más enorme drama de toda su historia. Después de tanto horror, después de esta violación colectiva que ha sufrido la Nación a manos de sus propios hijos de uniforme y de tantos otros que les sostenían la espada, ¿cómo será la criatura que va a parir la historia?* Subraya que es indispensable que no haya impunidad, que si los responsables no son castigados sobrevendrá el odio, y que las elecciones son apenas un primer paso. *Todo el mundo sabe que arreglar el desastre económico va a llevar años de esfuerzo, pero no hay esfuerzo posible si los responsables de lo que pasó siguen ahí, amenazando con las armas, disfrutando el festín, tragándose el cincuenta por ciento de los ingresos que durante siete años les quitaron a los trabajadores*.

—¿Qué perdiste al irte y qué adquiriste?

—Perdí, y espero que transitoriamente, lo más esencial, la tierra que me formó, que me hizo lo que soy, con lo mejor y lo peor. El contacto cotidiano con mi gente, con los personajes de mis novelas. Esas cosas indefinibles que son olores, sabores, luces, café, atardeceres, tribunas, gestos en común. Pero como tengo muchos buenos amigos y soy un empedernido escritor de cartas, nunca rompí el contacto con los míos. Lo que se pierde no se puede explicar en pocas palabras. Son más bien susurros, sobreentendidos, espacios comunes. Mi mujer es francesa, pero no tengo amigos franceses, en la acepción del término que empleamos los argentinos. Ellos tienen códigos diferentes y el cartesianismo veda todo lo irracional que tiene una amistad. Sin embargo, valía la pena vivir en Francia para ver de cerca cuántos buzones nos vendieron, y nos siguen

vendiendo a los intelectuales desde París. Seguramente habrá quien siga comprando, pero yo no soy candidato… Ya conozco la cocina por dentro… Ahora bien, después de casi cinco años en París, te puedo decir que hay mucho que aprender de ellos en lo que hace a la convivencia democrática. Aquí la cosa es en serio, nada de salidas típicamente argentinas como "es verdad porque te lo digo yo", o "mirá viejo que tengo la justa". En Francia o en Italia, que son los países que conozco mejor, cada uno tiene su opinión y el derecho a expresarla y a ser escuchado. Las discusiones en los diarios o en la televisión son durísimas. La gente mama eso todos los días, una idea frente a otra y, salvo el fascismo, todo lo demás merece respeto.

Los escritores latinoamericanos, plantea, son más valorados en Europa que en la Argentina, y nombra a Juan José Saer, Daniel Moyano, Antonio Di Benedetto, Viñas, Gelman. *Una de las responsabilidades del escritor es intentar comprender los fenómenos de su tiempo, escribir sobre o desde ellos*, dice, y parece una clave de su obra. *El mundo escucha a los intelectuales y nuestro deber es decir lo que otros no pueden, en el momento justo*. *Las dictaduras necesitan acallar a los escritores de coraje, por eso en nuestro país desaparecieron Haroldo Conti, Rodolfo Walsh y tantos otros. Con los periodistas —entre los que hubo más de cien víctimas— pasa algo similar. ¿Para qué sirve un periodista si no escribe la verdad, lo que sabe? Para nada, o más bien sí, sirve como propagandista*.

En cuanto a la literatura argentina, arranca por destacar el teatro, al que observa como *una forma de arte a la altura de las circunstancias en estos años trágicos* y destaca, sobre todo, a Tito Cossa, *cuyo nombre quedará asociado al de la resistencia cultural*. También alude a lecturas de obras de Griselda Gambaro, de Somigliana, de Tato Pavlovsky. *Si te hablo primero del teatro es porque dio la cara en momentos en que la literatura, quizás a causa de los editores que se autocensuraban, no mostraba gran cosa. El que rompió el silencio fue Ricardo Piglia con ese libro importantísimo que es* Respiración artificial*, del que se hablará por mucho tiempo, porque toca una serie de ideas preconcebidas sobre la novela, cuestiona nuestros orígenes culturales y, sobre todo, porque es un libro que muestra valentía intelectual en un medio timorato. Después surgieron otros a tener en cuenta*. Destaca entonces títulos de Laiseca,

Dal Masetto, José Pablo Feinmann, Elvio Gandolfo, Vlady Kociancich; elogia a Belgrano Rawson, Di Paola, Briante, y también pondera a muchos que viven fuera del país, como Manuel Puig, Tomás Eloy Martínez, Martini. *Lo importante es luchar contra la idea de que hay dos literaturas argentinas, la de adentro y la del exilio. Dejémonos de tonterías.*

—*¿No habrá más penas ni olvido* y *Cuarteles de invierno* son parábolas de ese país que hay que cambiar?

—*Claro. Son libros que despiertan polémica, que irritan o suscitan adhesiones porque no son complacientes. Hablan del país, aun cuando no pretenden ser la exacta parábola de una realidad que es infinitamente más compleja que las desventuras de Ignacio el delegado, de Galván el cantor, de Rocha el boxeador. Yo sufrí y me divertí con esos personajes. Ahora les toca enfrentarse al lector argentino, a sus compatriotas, que sufrieron la misma suerte que ellos… Si esas novelas sirven para conocernos un poco mejor, para no olvidar este tiempo infame, yo seré feliz. Cuando un escritor se enfrenta a su época siempre corre un riesgo, pero esa es parte de su responsabilidad. Por eso el poder nos odia tanto.*

Diez días después de la entrevista tiene pasajes en avión y fecha de regreso a Buenos Aires: 27 de marzo. Sabe que Héctor Olivera quiere hacer una película con *No habrá más penas ni olvido* y que el protagonista será Federico Luppi. Le sigue escribiendo seguido a su madre, para ajustar detalles de la vuelta, y le cuenta de una reunión de dos horas con Alfonsín, a quien semblantea como un "un tipo honesto" que saldrá segundo. Los presentó Solari Yrigoyen: "Él le tenía simpatía a Alfonsín, pero no era radical; más vale estaba más próximo al peronismo, pero a un peronismo idealizado por él, porque nunca vi que elogiara a Perón, y tampoco se proclamaba peronista". "Osvaldo era de izquierda, pero no peronista —me dijo Catherine—. Porque hay mucha gente que cree todavía que es peronista".

"Imaginate cómo estoy, lo que siento —le escribe a Cossa, a un mes del retorno—. Es el fin de este exilio que se me vino después de irme (y no antes, como vos sabés): todos los temores, no físicos, metafísicos, me asaltan. Quiero sentirme bien, carajo, como que es mi casa, como

que ahí estás vos, están los otros pocos amigos y los tantos amigotes de la noche, los que quedaron". El 27 de marzo cae domingo y calcula que llegará demasiado molido como para ir a ver a San Lorenzo esa misma tarde. Le adelanta, a Cossa, que lo invitará al Luna Park, porque lo extraña terriblemente.

Pasó los últimos días de cena en cena, de festejo por la vuelta. En la noche del 26, junto a Catherine, en el aeropuerto Charles de Gaulle, abordaron el avión que los trajo. Soriano escribió un texto sobre la llegada que aparecería en *Le Monde* en octubre, cuando por fin habría elecciones. No durmió en todo el viaje y en su cabeza sonaba, previsible, "Volver", cantado por Gardel. El exilio, pensó con Victor Hugo, es una especie de largo insomnio. En Ezeiza un soldado de la Fuerza Aérea le selló el pasaporte y enseguida se encontró con los amigos que fueron a esperarlo. El cambio de unos dólares en el mercado negro, la autopista vacía rumbo al centro. "A lo largo del camino, sobre las ruinas de las casas demolidas, leo por primera vez las pintadas de los partidos políticos: 'Somos la rabia', dice el peronismo. 'Democracia y justicia con Alfonsín', dicen los radicales. El Partido Intransigente agrega un toque de humor: 'Por la reactivación del aparato digestivo'. Los trotskistas del Movimiento al Socialismo y del Partido Obrero tienen más memoria: '¡Que aparezcan los desaparecidos!'. Al contrario que en Santiago de Chile o Río de Janeiro, no hay en los muros ninguna exigencia en favor de los exiliados. ¿Nos han olvidado? ¿Nos han dividido? ¿Somos intrusos en esta Argentina desgarrada que dejan los militares? Hay un poco de cada cosa y sobre todo desconfianza hacia aquellos que vuelven a encontrarse con los fantasmas del pasado.

"El coche toma la avenida Entre Ríos, larga, limpia, desolada. Veo desfilar bares vacíos, esquinas reconocibles. El Congreso cerrado. Callao: los edificios *fin de siècle,* una plaza triste por donde se pasean los viejos y los enamorados. Quizá la melancolía acentúa el patetismo de ese domingo. Siempre detesté la calma de los feriados, las calles vacías y las persianas cerradas de los negocios".

Cossa, uno de los amigos que fue a recibirlo, recuerda ese momento: "Baja del avión con demasiado abrigo para un Buenos Aires todavía

caluroso. Pide que el remís que lo conduce desde el aeropuerto al departamento donde va a vivir se desvíe y circule por Callao; al llegar al cruce con Corrientes le solicita al chofer que baje la velocidad".

Tiene por delante unos días felices.

12

Siempre es difícil volver a casa

"Sople y se van… ¡Feliz cumpleaños, 'Proceso'!". La tapa de *Humor* de marzo de 1983 tiene a los tres comandantes recibiendo un tortazo que los enchastra. En *Clarín* aparece un aviso de la revista a media página donde resalta el anuncio de una entrevista de Soriano, "desde París", al politólogo Alain Rouquié: "El primer reportaje concedido a un medio de prensa argentino". Después de apoyar a la dictadura y de robustecerse empresarialmente, tras Malvinas el diario alentó la salida democrática. El domingo en que llegó Soriano se anunciaba un paro masivo de la CGT para el día siguiente y el columnista Joaquín Morales Solá postulaba al sindicalismo como gran contendiente del poder militar. El diagnóstico económico: catastrófico. En espectáculos, "un nuevo teatro para un nuevo país", con entrevistas a Luis Brandoni, Tito Cossa, Laura Yusem, Soledad Silveyra; y "Latinoamérica canta a la libertad", los nuevos discos de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Chico Buarque y Caetano Veloso. La revista dominical desplegaba las cicatrices de Malvinas, con testimonios de excombatientes. En el espacio editorial se criticaba el inciso del artículo 45 de la Ley de Radiodifusión, que impedía a las empresas gráficas ser dueñas en simultáneo de una emisora de radio o televisión, y "se invitaba" al Poder Judicial a que solucionase el asunto. San Lorenzo, que venía puntero e invicto en su zona, le ganó esa tarde a Central 1 a 0. Una bienvenida.

Se instalaron en un departamento vacío que les prestó una amiga. Lo primero que le gustó a Catherine de Buenos Aires fue que la gente se largara a hablar más espontánea y fácilmente que en Francia; ese rasgo barrial que le hizo recordar su infancia era algo que, salvo en los pueblos pequeños, en su país se había perdido.

"Caminamos por esos barrios de acacias amarillentas y Catherine, que viene por primera vez, me dice: *'C'est beau, il y a comme une douceur de vivre'*. Cuando uno sabe todo lo que ha pasado, la observación parece chocante, pero define bien a Buenos Aires. Las puertas de muchas casas están abiertas de par en par y la gente conversa en voz alta en las esquinas y en las plazas. Si uno se aleja del centro es posible encontrar viejos tomando mate en el umbral de la puerta, como en la época de nuestros abuelos. Los chicos juegan a la pelota en las calles y los autos tocan la bocina antes de pasar. *Douceur de vivre;* esta expresión francesa no alcanza para esconder la terrible realidad: miles de hijos de esta ciudad han sido secuestrados, llevados a prisiones clandestinas, asesinados, desaparecidos, empujados al exilio".

Con la publicación en la Argentina de *Cuarteles* fueron apareciendo los comentarios. Carlos Alberto Gómez, en *La Nación*, aludió a "una prosa de rara economía, en la que no parecen sobrar ni faltar palabras, escueta y directa, singularmente eficaz", con la que Soriano cuenta "una historia sencilla y patética"; la trama, evalúa, "convence menos que el vínculo que se establece entre los protagonistas, vínculo que dentro de su tono viril no es extraño a una recóndita ternura". Gómez señala la repercusión "quizá desmesurada" entre críticos europeos, que ven "una especie de síntesis elocuente de un momento sin duda importante de la historia argentina reciente". Hermes O. Gosso, en *Clarín*, destaca "el argumento íntimo" de la novela y se entusiasma con un estilo que "le asegura una dinámica especial, poco frecuente, en la que se aprecian los brillos, la espontaneidad del tono porteño, donde la metáfora es extraída de lo cotidiano y las palabras traslucen su inmediatez emocional". En la relación entre los protagonistas encuentra un eco, "con las lógicas licencias asociativas", de Don Quijote y Sancho: "Es como si el autor, con el pulso de Dashiell Hammett, se hubiera detenido, tal vez no lo suficiente, a jugar con esos míticos andarines, a redimensionarlos en la aspereza de su estilo, a situarlos en nuevo tiempo y en otro espacio, pero sin perder su

sentido primordial, su valor arquetípico".

Para marzo el libro estaba al frente de la lista de *best sellers* de *Clarín*; segundo, *No habrá más penas ni olvido*. Un mes después *Cuarteles* encabezaba el listado en *La Nación*. "Estaba conociendo en carne propia la condena intelectual de ser un inesperado *best seller*, y para peor eso iba a durar casi dos años y se repetiría en 1986 con *A sus plantas rendido un león*. El éxito de un libro ajeno irrita mucho a los críticos y escritores, que son la gente más egocéntrica de que se tenga noticia. La presencia durante casi veinte meses en las listas de *Clarín* y *La Nación* de dos novelas del mismo autor logró sacarlos de sus casillas. Pero el colmo ocurrió cuando la reedición de *Triste, solitario y final* vino a llenar la cartelera del gran-éxito-gran de la temporada literaria preelectoral. Los libros en la lista eran tres y el autor uno solo: ese canalla, oportunista, provocador, que había vuelto del dorado (y sospechoso) exilio parisino. En su lugar, a mí también me hubiera molestado".

Al escritor y editor Juan Forn los libreros le decían que cuando aparecía un libro de Soriano durante un mes no se vendía casi nada de ningún otro escritor argentino. "Quizá de ahí viniera la pica con él —me dijo Forn—. Porque generaba una cosa que parecía perniciosa para los demás; es una idea que está en el mundo de los escritores, que siempre hay una torta limitada, y entonces si un tipo cobra un gran anticipo y vende mucho, quiere decir que queda mucho menos para los demás. Es una manifestación de envidia un poco absurda, y sin embargo esa idea se tenía con Soriano". Desde que tuvo conciencia del mundo editorial, donde empezó a trabajar a fines de los 70, Forn no vio otro fenómeno argentino semejante: "No vi que eso pasara con Borges o Cortázar; tampoco con Puig, aunque su *punch* fue anterior". Forn trabajaba en Emecé cuando leyó en 1982 las dos "novelas del exilio" de Soriano, remitidas por la agencia Balcells. Esas lecturas activaron la idea de lo que en la década siguiente sería Biblioteca del Sur. "Ahí empecé a hinchar con el proyecto de hacer una colección de escritores argentinos. 'Publiquémoslas, esto sería una manera poderosísima de arrancar', les dije, pero no hubo caso: para Emecé los temas peronistas eran intratables. *Triste* tiene una enorme frescura y

fue tan novedosa como lo que hizo Puig, pero si me apretás, diría que las otras dos me gustan más. Me parece que *Cuarteles* está mejor escrita que *No habrá más penas*, que a la vez tiene un *punch* tremendo: nadie se animaba a hacer eso con la derecha y la izquierda peronista. Nadie".

Como en la entrevista con Moncalvillo aludió al pasar a aquel almuerzo de Borges y Sabato con Videla pocos días después del golpe de Estado, cuando Conti había sido secuestrado y permanecía preso, Sabato envió una carta a *Humor* en respuesta a los "cuestionamientos maliciosos" del "Sr. O. Soriano", en la que explicaba que el dictador era considerado parte del sector moderado del golpe, que había vacilado en ir pero lo "convencieron" "políticos y sindicalistas", y que había ido "para denunciar los graves delitos que se estaban cometiendo". Ofrece como "únicos documentos" a los que remitirse por aquello lo publicado entonces en *La Razón* y *La Opinión*, porque allí, asevera, aparecieron las "acusaciones" que había planteado en el almuerzo, "denunciando el terror, la caza de brujas y el secuestro o encarcelamiento de cantidad de seres humanos". Al día siguiente de la comida, *La Opinión* transcribió estas únicas declaraciones suyas: "Se habló durante dos horas de temas espirituales, culturales e históricos. Hubo un altísimo grado de comprensión y respeto mutuos. En ningún momento la conversación descendió a la polémica literaria o ideológica. A pesar de ello, tampoco incurrimos en el pecado de caer en la banalidad. Cada uno de nosotros vertió, sin vacilaciones, su concepción personal de los temas abordados". Osvaldo Bayer polemizó fuerte con Sabato, y tras un artículo sobre él publicado en 1984 en el *Periódico de las Madres de Plaza de Mayo* recibió dos años después ¡la misma carta que le había mandado a Soriano! Citaba, Bayer, declaraciones de Sabato a agencias internacionales: "El general Videla me dio una excelente impresión. Se trata de un hombre culto, modesto e inteligente. Me impresionó la amplitud de criterio y la cultura del presidente".

En 1981 Gabriel García Márquez había publicado en *El Espectador*

de Colombia “La última y mala noticia sobre el escritor Haroldo Conti”, un artículo en el que contaba que Videla había reconocido que estaba muerto; citó allí aquel almuerzo, mentó a sus concurrentes y consignó que solo Ratti y Castellani habían hecho algún gesto. Sabato le mandó su carta con tramos idénticos a los que les enviaría a Soriano y Bayer años después. Más adelante ese año, Soriano le hizo una entrevista a García Márquez, publicada en diversos medios: “Sabato reaccionó mal frente a mi artículo sobre Conti, en el que yo le reprochaba su silencio. No hay nada más reprobable que el silencio o la ambigüedad en los momentos críticos”.

En una larga entrevista que le habían hecho en *Il Manifesto,* también en 1981, Soriano ya se había despachado contra Sabato. Diez años después, en su famosa charla en Letras de la UBA y mientras hablaba de sus “enemigos” (*un término que uso para provocar un poco*, decía), lo mentaba: *Los que me conocen saben que Sabato me detesta. Es mutuo. No podríamos estar juntos en algún lugar izando la bandera. Donde va él yo no voy. Donde yo voy, él no va. Dice que soy un comunista de café*.

“Hay un señor que es escritor, al que no conozco, que ha dedicado la vida a atacarme —le decía Sabato a Dante López Foresi en 1994—. Soriano. Primero fue García Márquez; naturalmente, no desde Buenos Aires. Porque es muy fácil ser valiente desde Caracas o Bogotá, o desde un sillón del Café de París o del Café de Flore. Un tipo que está agraviándome, falsificando documentos, es un delincuente. Es más, me han dicho: ¿por qué no le hace un proceso, una querella? Lo voy a pensar. Si vuelve a insistir, lo voy a obligar a una cosa de esa naturaleza”.

Cuando Soriano murió, a Sabato lo llamaron de la agencia DyN: no fue una gran idea. “Soriano siempre habló mal de mí”, dijo, ofuscado, y cortó la comunicación.

En la previa de la Feria del Libro del 83 le preguntaban, en *Clarín*, qué significaba el retorno: le resulta conmovedor volver a estar en un lugar en el que es igual que otros, donde no es un extranjero, y sentir que funciona un gesto o una seña. *Es indudable que si uno no escucha su*

idioma durante mucho tiempo pierde riqueza. Si la literatura que uno practica es de experimento lingüístico, se verá poco afectado. Si necesita jugar con personajes cotidianos, necesita tener el oído atento. No hay muchas soluciones: o se tiene memoria o en algún momento hay que reintegrarse a la propia lengua.

—¿Venís para quedarte?

—*Vine a tomar la decisión de volver, a verificar si la ciudad seguía siendo mía y si yo seguía siendo de la ciudad. Mi primera sensación es que sí.*

—¿Por qué te leen tanto?

—*Creo que hay un afán enorme de entender lo que pasó en los últimos años, hay una necesidad de leer cosas que metaforicen el destino del país. Nunca tuve la idea de ser* best seller*, lo recibo con asombro*…

—Hablás de una literatura que metaforice, es decir que no elegís el realismo.

—*Me interesa la parodia, el delirio, reírme con la tragedia. Hay una gran diferencia entre el realismo de los años 20 o 30 y lo que yo hago. Tampoco Asís es realista.*

—¿Por qué mencionás a Asís como si fuera tu polo opuesto? En cierto momento se polarizó Asís-Piglia. Vos no sos Piglia, pero tampoco sos Asís. ¿Cómo te ubicarías?

—Respiración artificial*, de Piglia, apareció en un momento en que las ideas estaban aplastadas, puso sobre la mesa las ideas. De Asís no se me ocurriría decir que su literatura no es válida. Cada época da sus expresiones. Piglia, Asís, Gandolfo, Laiseca, mis libros, hay que verlos en un contexto sociopolítico. La literatura populista es un fenómeno de este país y tiene para mucho. Sin duda Asís es su paradigma. Y no lo digo de manera peyorativa, creo que expresa algo que ocurre en el país. Me dijeron que ahora todos le pegan a Asís. Si todos le pegan yo lo defiendo. Porque pienso que en lo cultural hay que impedir la división a todo precio. A esta literatura que menciono hay que añadirle la que se hizo afuera y que es, en ciertos casos, la gran riqueza. Paremos con la tontería de que hay dos literaturas. Hay un solo país. Unámonos en la democracia, pero sabiendo que todos no somos iguales.*

Lo de “las dos literaturas” tiene su historia: desde aquí, Soriano procura desactivar (al menos inicialmente) el tironeo de ese par, acaso para empezar a pensar en otras cosas. En esa línea anti adentro/afuera, por ejemplo, se pronunció con frecuencia Piglia (y desde antes). La historiadora Silvina Jensen ha trabajado el tema en el ensayo “Los debates entre ‘los de adentro’ y ‘los de afuera’ de la Argentina de la última dictadura militar”. Suele decirse que *el* disparador fue una frase de Cortázar en la revista colombiana *Eco*, en noviembre de 1978: en el país, dijo, se vivía un “genocidio cultural”. Escribió Jensen: “Si bien el escritor apuntó a desnudar el potencial destructivo de un régimen que calificaba a los argentinos que estaban en el exterior como ‘grupos subversivos marxistas leninistas’ y ‘agentes de la campaña antiargentina’, el impacto de la expresión desbordó su propósito de denuncia del gobierno y generó una cascada de réplicas y contrarréplicas”. Liliana Heker le respondió a Cortázar desde las páginas de la revista *El Ornitorrinco*: cómo que acá no hacemos nada, es fácil hablar desde afuera, usted se había ido del país antes del golpe. También Sabato y Manuel Mujica Lainez pusieron reparos a la declaración. Un par de títulos del periodista Luis Gregorich trabajaron (a favor de la dictadura) el ambiente: “Los escritores argentinos que han debido optar por el exilio son relativamente pocos”, planteó primero desde *La Opinión* y más tarde desde *Clarín*. Compañero suyo de *Clarín*, Asís, que fue con la novela *Flores robadas en los jardines de Quilmes* el *best seller* durante la dictadura, también la emprendió contra Cortázar: “A mí me gustaría estar acá con Julio, conversando, y entonces sí, le diría: ‘Mirá, Julio, desde que te hiciste revolucionario no escribiste nada mejor que antes’”, declaraba Asís en septiembre de 1981, mientras presentaba en Madrid el libro *Carne picada*. Decía Asís que lo del genocidio cultural era una distorsión, que en la Argentina se publicaban muchas obras de escritores que no eran precisamente fascistas, que la literatura argentina no estaba en el exilio, que era erróneo creer que los grandes escritores eran los que vivían fuera del país.

En octubre del 81 Soriano había comentado estas declaraciones en

la correspondencia con Cossa: “Al pasar te digo: ‘Julio’ no tiene la más puta idea de quién es Asís”. Especulaba con salir a contestarle: “Bastará una enumeración de las cosas que no se pueden leer. Esta clase de tipos son más peligrosos por arribistas que por fascistas, y me doy cuenta de que gasté demasiada tinta en él”. Al año siguiente tuvo la oportunidad, cuando le preguntaron por “el genocidio cultural”. “Yo no emplearía un término tan duro, sobre todo utilizándolo *sensu stricto*; hay algunos datos, más de cien periodistas muertos, veinte poetas y escritores asesinados… Y sobre todo, un auténtico vaciamiento cultural del país por el exilio. No quiero decir que Argentina sea ahora una tierra baldía en lo cultural: hay gente que se quedó en silencio durante todos estos años, y ahora, a partir del deterioro evidente de la Junta Militar, resurge. Por ejemplo, el sector teatral, que ha sido el más duro, el más inteligente. En literatura, el silencio casi general ha ido acompañado de un fenómeno común en estos medios: el surgimiento de una literatura *lumpen*, ambigua, que no sé si me atrevería a llamar neofascista”. Le piden que precise: “Es una literatura que habla de lo que pasó, pero de una manera confusa y ambigua, digestiva. Son *best sellers* tipo Jorge Asís, ese tipo de escritor que consiguió llegar a una venta casi masiva gracias a su ambigüedad y al vacío que hay alrededor. El ensayista Osvaldo Bayer comparaba este tipo de novelas con los éxitos del nazismo, y tienen realmente mucho en común”.

Entre esas declaraciones y las que haría a Moncalvillo y en la Feria parece latir ese cambio sustancial: aflojarle a “la tontería de que hay dos literaturas”, y destacar las obras de muchos escritores. Pero no será tan fácil: en junio del 83 Gregorich publicó en *Humor* un artículo en el que acusaba de impostores, especuladores e hipócritas a los “Mefistos del exilio”, que a diferencia de “los miles de exiliados que sobrellevaban su condición con discreción y entereza”, se dedicaron a vociferar “su supuesta índole heroica, proclamaron su calidad de ‘únicos’ resistentes autorizados por la historia […], y hasta se dieron el lujo de calificar de neofascistas, nazis o colaboracionistas precisamente a aquellos compatriotas que resisten en la patria”. Seguía Gregorich: “¡Más que dedicarse a trazar un proyecto común de

sociedad se lanzaban, en el fondo, a la competencia por futuros puestos en el miserable aparato cultural argentino!".

Bayer le replicó en *Humor* con un largo artículo, "Elogio del exilio": "Sostener que solo los ricos, los nenes de mamá y los intelectuales pudieron salir al exterior a gozar del 'amargo caviar del exilio' ha sido siempre el argumento típico de las dictaduras fascistas". En una respuesta que apareció a la par, Gregorich blanqueó que se refería a Soriano, a Tomás Eloy Martínez y a Bayer mismo. Tres meses después de su artículo, con Alfonsín electo, Gregorich se despedía de *Humor*, porque ya tenía un puesto como director de la Editorial de la Universidad de Buenos Aires, Eudeba. Que tenía un impedimento ético para seguir en la revista, explicaba. Y que los lectores entendieron sus guiños, "a pesar de lo que sostienen algunos tontos de afuera y de adentro del país".

La Feria se abrió al público el 8 de abril y ese día Soriano firmó ejemplares de sus libros en el stand de Bruguera. En días posteriores participó de una charla junto al novelista Daniel Moyano y de la mesa "Literatura, censura y educación", junto a Enrique Medina, Isidoro Blaisten, Luisa Valenzuela y Bernardo Kordon. Soriano leyó unos apuntes que luego reprodujo una crónica de *Humor*: "Aquí, en esta Feria, no estamos todos: decenas de escritores argentinos que residen en el exterior no están representados con sus libros. El oficio de intelectual en la Argentina conoció la pena de muerte. Los secuestros y las desapariciones fueron constantes, hubo editoriales clausuradas, editores perseguidos y puestos en prisión, se practicaron ritos abominables igual que hace cincuenta años en Alemania. Rodolfo Walsh, hace seis años, denunció la censura y desapareció dos días después. Esto no fue un capricho de locos ni de delirantes, fue toda una política organizada de destrucción de la cultura con la misma coherencia con que desde la economía se programó la destrucción del aparato productivo para entregar el país a la especulación.

"Aún hoy faltan libros de Haroldo Conti, Rodolfo Walsh, Alberto Szpunberg, Juan Gelman, David Viñas, Tomás Eloy Martínez y

Osvaldo Bayer, entre otros. […] Nosotros, los escritores, tenemos el deber de escribir pero también de ser la conciencia crítica de una sociedad que está amenazada de descomposición; para ello debemos participar políticamente, dentro o fuera de los partidos". Y cerraba: "Ojalá mi trabajo, lo poco que he escrito, haya servido para romper en parte el silencio de los cementerios que quisieron imponernos y ojalá que la justicia nos redima de la vergüenza". Carlos Ares, el cronista de *Humor*, apunta que la ovación duró varios minutos.

Durante su estadía en la Argentina Tito Cossa trabajó con Héctor Olivera en el guion de *No habrá más penas ni olvido*. Fernando Ayala fue el productor y Federico Luppi, el protagonista, junto a un elenco notable: Lautaro Murúa, Ulises Dumont, Raúl Rizzo, Miguel Ángel Solá, Arturo Maly, Julio De Grazia. "Cuando empezó a decaer el Proceso y leí la novela dije: 'Esto es una película' —me contó Olivera —. Una madrugada lo llamé por teléfono a París, me presenté, pregunté si me daría la posibilidad de comprar los derechos. '¡El director de *La Patagonia rebelde*!', me dijo: esas cosas del Gordo, esos entusiasmos de chico que tenía. Le pareció bárbaro". Junto a Ayala, su socio, decidieron hacerla antes de las elecciones. La película se rodó en unas pocas semanas en Capitán Sarmiento, provincia de Buenos Aires. *Cuando volví del exilio lo conocí personalmente. Y ahí comenzó una amistad. Es una persona como pocas en el medio. Tanto él como Ayala tienen un prestigio muy grande en esta industria tan cruel: prestigio de palabra empeñada, de saber qué quieren, de ser claros*.

El 17 de junio salió desde Ezeiza hacia París. "¡Con qué desgano tomé el avión!", le escribe a Cossa cinco días después. "Para mí, lo de Francia ya parece un capítulo cerrado, si no hay 'obligación de quedarse'", plantea, siempre atento a las turbulencias, ansioso e inquieto por la marcha de la filmación. Extraña las cenas en Cuchillo y Tenedor, un bar sobre la calle Montevideo, "sobre todo la ensalada de radicheta y cebolla: de cosas así está hecho el destino del mundo".

Catherine está decidida a instalarse en Buenos Aires, aunque no consigue imaginar en qué ocupará sus días.

En esas semanas armó *Artistas, locos y criminales*. El volumen, que Bruguera publicaría en septiembre, apareció con el subtítulo *Personajes en La Opinión 1972-1974*; mientras estuvo en Buenos Aires Soriano reunió buena parte del material, compuesto por catorce notas aparecidas en el diario, una de *Panorama* y otra de *El Cronista*. Gatica, Sonny Liston, Lucio Demare, Mario Soffici, Obdulio Varela, Roberto Mariani, los fundadores de San Lorenzo, son algunos de los protagonistas de estos textos. El paso por *La Opinión*, señalaba, había sido para él una suerte de entrenamiento literario, un laboratorio donde trazó los borradores de *Triste* y se acercó al estilo despojado de *No habrá más penas*, con artículos como "El caso Robledo Puch" o "El asesinato de Rucci". El libro está dedicado a Cossa. A cada artículo le agregó una nota introductoria, algún recuerdo o reflexión, algo de contexto, alguna historia pintoresca, y dedicatorias específicas: a Pasquini Durán, Finkelberg, Divinsky, Di Paola, Trillo, Bayer, Cortázar, Juárez. Conflictos gremiales, el periplo ideológico del diario, las historias con el director. "Sé que tiene sentido del humor y por eso nunca entendí por qué este libro lo molestó tanto —agregaría en la reedición de 1991—. Timerman sostiene que las anécdotas son apócrifas y llegó a describirse a sí mismo como un 'director tímido y ecuánime'". A mediados de los 80 se reunirían en la casa de Carlos Ares y se reirían bastante recordando aquellos comienzos del diario. "Timerman me enseñó buena parte de lo que sé, también el arte de lo apócrifo, y eso marcó mi vida para siempre".

El libro es un paso rotundo hacia su conformación como escritor-periodista-personaje. Junto con la reedición de *Triste* de cara al lector se ensancha su tiempo como narrador: su obra es más que lo publicado en el exilio. *Artistas* pone en relieve su narrativa periodística, con ese mojón que irá mitificando: la llegada a Buenos Aires, la pensión de Avenida de Mayo. Y también está esa impronta algo atorranta que coexiste con la transgresión picaresca a las reglas del sistema, la lucidez para decodificarlo, la tentación y persecución de algunas de sus iconografías, y el marco de lealtades y traiciones. Se

presenta como reticente al trabajo y a recibir órdenes jerárquicas, incapaz de "aprovechar las oportunidades que le ofrece la patronal" para ascender, y a la vez como un tipo que a pesar de sus limitaciones y torpezas, unas veces por azar y otras por empatía, se las arregla para conseguir lo que quiere y para mostrar que lo que quiere tiene un componente romántico.

"Tenía una mirada muy amplia, popular pero culta, y podía pasar de Borges a un jugador de San Lorenzo", me dijo Cossa. *A mí me gusta más el fútbol que la literatura*, diría Soriano a fin de 1983 en una entrevista en la que contaría esto de que había jugado en la primera de Cipolletti y de Independiente de Tandil. Parte del personaje: un ex jugador que escribe.

A comienzos de julio pasaron con Catherine unos días en Pamiers, en los Pirineos. "Veo que la situación política está movidita, pero no hay espacio para golpe exitoso —le escribió a Cossa el 22—. Hoy estuve en la triste cena de los jueves, creada por Solari Yrigoyen y que agoniza por el verano, terrible, y por su ausencia. Son radichetas y creen en la victoria de Alfonsín. Para mí el próximo presidente se llama Ítalo Luder. Me acabo de enterar de que Isabel va para allá (desde que fui yo todo el mundo se larga…), así que esto puede crear quilombo, pero no creo que la mina meta la gamba como para hacer ganar a Alfonsín. Aunque todo es posible". Le preocupa la subsistencia en Buenos Aires: "Estoy tratando de conservar toda la guita posible para no tener que largarme allá a trabajar en boludeces". Hacia agosto sabe que sus libros siguen vendiéndose bien y prevé que podrá quedarse hasta más allá de las elecciones del 30 de octubre.

Desde París escribe para *Humor*. En julio aparece una entrevista a Albert Paul Lentin, el fiscal más joven entre los que participaron del Tribunal de Nuremberg. ¿El gobierno militar puede estar encuadrado en el marco de la legislación de Nuremberg?; ¿la Doctrina de Seguridad Nacional puede compararse con el nazismo?; ¿tribunales ordinarios o especiales?; ¿y en cuanto a las posibles amnistías dictadas previamente? Es un testimonio de avanzada para lo que se venía.

—*Es que hay quienes piensan que ante todo lo ocurrido lo mejor es perdonar y olvidar…* —comenta Soriano al final del reportaje.

—Perdonar, en el sentido cristiano del término, solo es posible cuando hay arrepentimiento —responde Lentin—. Pero, fíjese, hay muy pocos criminales que se arrepienten y piden perdón. Lo que hay que hacer en estos casos, según mi experiencia, es no olvidar jamás. Recordar siempre lo ocurrido, con un sentido histórico, para que nunca más vuelva a pasar. El olvido es una herramienta política y, sobre todo, es antihistórico y antiprogresista.

En estos días hizo también una larga entrevista a Cortázar —que aparecería en septiembre— en torno al libro que acababa de publicar, *Deshoras*, al país y Latinoamérica, al peronismo y a su condición de exiliado, a la polvareda que había levantado su definición de "genocidio cultural", a su inminente viaje a la Argentina. "Eso va a ser muy hermoso", dice Cortázar.

Soriano regresó a Buenos Aires el 24 de agosto. El 22 de septiembre se estrenó *No habrá más penas ni olvido* en cuarenta y un salas de todo el país.

"Ni peronista ni antiperonista: un doloroso testimonio de un pasado violento que no debe repetirse". La inscripción estaba a la cabeza de los anuncios publicitarios; en la imagen, el torturador (que encarna Arturo Maly) acaba de golpear en la cara al delegado Fuentes (Luppi), ya muy machacado. Por contexto (mediados del 83), tono y autoría, la película es antiperonista; por contexto (mediados de los 70), tono y autoría, la novela no lo es. "A Osvaldo le gustó mucho, salvo un par de detalles que criticó —apuntó Olivera en 1997—. Yo había incluido un cartel que decía 'Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista', que perforaban a balazos los peronistas que atacaban a los atrincherados en la delegación municipal. Consideró que era un toque gorila. Quizá tuvo razón". Según el Instituto Nacional de Cinematografía la película fue vista por 765.463 espectadores. Al año siguiente fue premiada con el Oso de Plata en el Festival de Cine de Berlín, y Soriano recibió allá la distinción junto con Olivera y Luppi.

“Fue conmocionante y llegó en el momento preciso: cuarenta días antes de las elecciones en las que, por primera vez desde su nacimiento, el peronismo era derrotado en las urnas”, escribió Olivera. “Algunos dicen que le acercó votos a Alfonsín —me dijo—. Yo no creo que una película te cambie la manera de pensar. Sobre todo porque lo que hizo fue mostrar el enfrentamiento entre la izquierda y la derecha peronista, que era de dominio público”. En 1994 Soriano ponderó que Olivera siempre hubiera hecho las películas más conflictivas de su época, y aludía a *La Noche de los Lápices* o *El caso María Soledad*. *Los escritores, por regla, debemos estar disconformes con las versiones para cine de nuestros relatos. Desde Scott Fitzgerald y Chandler hasta Simenon, siempre ocurrió esto. Yo, por mi carácter, siempre me deprimí un poco, sobre todo por los diálogos.* No habrá más penas *me gustó, pero tenía una serie de objeciones muy grandes. No podía decir nada, porque pude haber participado en la elaboración del guion y no lo hice. Sobre todo tratándose de Héctor, que es muy abierto*.

La opinión de Soriano parece haber ido oscilando. *La película de Olivera (a la que no desautorizo, pero es suya, no mía) hizo que el libro no tuviera un juicio objetivo*, plantearía en una entrevista de 1987, en torno al enfoque sobre el peronismo del director. En 1995 la refiere al paso como “maravillosa”. *Pudo tener influencias sobre la sociedad argentina en un momento determinado. La novela se había vendido inmensamente bien, yo nunca supe, no tenía en ese momento un editor muy claro, pero supongo que se aproximó a los 200.000 ejemplares*.

Poco antes de su llegada para el estreno, Liliana Heker publicó en *El Ornitorrinco* un comentario crítico muy duro sobre el libro, titulado “Los subproductos del exilio”. “Lo de Soriano no es ‘estilo seco’: es pobreza formal”, escribió Heker; la leyó como una novela de acción, “sin la eficacia de la novela negra norteamericana”, “una sucesión de acontecimientos más o menos arbitrarios”, con personajes que “hablan para proporcionar algún dato necesario a la narración”, aunque “debajo de ese dato no hay nada”. De aquel prólogo para el lector europeo que Bruguera publicó en el país sin consultar cuestionó “la simplificación” y “la ausencia de matices”. También criticó “la impunidad” de las declaraciones de Soriano contra Asís en particular y

contra la producción literaria en el país durante la dictadura (que después el propio Soriano matizaría).

"Me enojó mucho ese prólogo —me dijo Heker tres décadas después —. Porque me dio la sensación de que estaba hablando para los extranjeros y que daba una imagen que distorsionaba. Sentí que era un libro maniqueo. Cuando escribí la crítica no lo conocía personalmente, pero creo que eso no habría variado nada. Cuando él volvió nos saludamos muy amable y cariñosamente: me cayó muy bien, pero no tuvimos posibilidad de charlar mucho, eran más bien encuentros circunstanciales". *Cuarteles de invierno*, en cambio, le pareció muy bueno; también le gustaban, en general, sus crónicas, y la sección "Créase o no". "Era un tipo muy talentoso". En el documental de Montes-Bradley pone en contexto la dureza de esa crítica: "Creo que tenía que ver con lo que nos estaba pasando a todos: la muerte que ejerció la dictadura militar nos destruyó a todos, estábamos todos lastimados (los que se habían ido y los que estábamos acá). Durante largo tiempo nos costó reconstruirnos, nos costó reconocernos, y hubo muchas polémicas, muchas discusiones y, sin duda, hubo acusaciones injustas en algunos casos".

En ese mismo documental la escritora Ana María Shua recordó su encuentro con *No habrá más penas*: "Avancé dos, tres, cuatro, veinte páginas y, de repente, tuve una especie de revelación. Empecé a gritar, a llamar a mi marido. '¡Vení, mirá! ¡Mirá, lo que está haciendo este hijo de puta, no se puede creer!'. Estaba contando lo que todos llamamos 'nuestra historia reciente', la lucha entre la izquierda y la derecha del peronismo, como si fuera una película de cowboys. Era maravilloso porque eso no lo hacía superficial, porque de pronto me hacía tomar conciencia de otras posibles miradas de lo que nos estaba pasando. Y esa forma de contar que él descubrió, completamente nueva en la literatura argentina, servía para que el lector pudiera profundizar en la idea que tenía de sí mismo, de su país, de su época, del momento en el que le había tocado vivir".

—Cierta crítica afirma que en *No habrá más penas ni olvido* el peronismo es visto como un fenómeno político irracional —le apuntó Néstor Ponce en una entrevista.

—No es cierto. Yo busqué mostrar la máscara de un absurdo que no es tal, porque detrás de toda la vorágine de acciones hay contradicciones reales, objetivas, que operan como motor. El libro toma como punto de partida una anécdota que es conocida: la caída del gobernador Obregón Cano en Córdoba, defenestrado por un jefe de Policía. A partir de esa anécdota, me preocupé de trabajar el tema de una manera satírica, tragicómica, al estilo de dramaturgos del Río de la Plata como Armando Discépolo o Florencio Sánchez. Yo no intenté escribir una novela sobre el peronismo, sino simplemente una novela.

A partir de 2003, y con la dirección de Forn, Seix Barral reeditó la obra completa de Soriano. Cada novela incluyó un prólogo de otro escritor. José Pablo Feinmann hizo el de *No habrá más penas*: "Lo primero que noqueaba (porque esta novela noqueaba, noquea y seguirá noqueando) era la asimetría entre la dimensión de la tragedia narrada y el minimalismo de los recursos narrativos". Feinmann plantea que la economía expresiva es fundante en el lenguaje de Soriano. "Torpemente, se dijeron sobre ella vacuidades de triste memoria. Que la novela no era tal cosa sino un mero guion de cine, por ejemplo. Alguna vez habrá que revisar las valoraciones de los operadores de la universidad alfonsinista de los 80, que, entre otras cosas, eligieron a Soriano blanco dilecto de sus agravios".

En 1985 la novela formó parte de la colección Literatura Contemporánea, de Seix Barral, que distribuyó 20.000 ejemplares. Fue reeditada más tarde por Sudamericana, por Norma y de nuevo por Seix Barral. En 2014 se hizo la última reedición. *No habrá más penas ni olvido* es un clásico que retrata magistralmente los tironeos internos del peronismo en ese momento clave de la historia argentina. Pero excede eso, porque despliega un abanico de intereses y conductas posibles del hombre de cara a la lealtad, el compañerismo, el prejuicio, el oportunismo, la valentía y la cobardía, la especulación, la hipocresía, la ambición. El dogmatismo. El absurdo, las pasiones y las lógicas de matar y/o morir en nombre de algo que tiene un nombre que se interpreta distinto.

En *Humor* es ya un columnista político. En el número previo a las elecciones del 30 de octubre que consagrarían a Raúl Alfonsín escribió un artículo titulado "El nuevo presidente frente a la historia". Su lectura del momento es de una lucidez premonitoria. Reclama atender de inmediato cuatro urgencias: información sobre los desaparecidos; castigo ejemplar a los culpables de violaciones de los derechos humanos y desmantelamiento del aparato represivo; restitución progresiva del salario de los trabajadores, devastado a partir de 1975; vigencia de todas las libertades y derechos. Vislumbra tiempos difíciles y plantea que quienes más tendrán que ceder son "los que más acumularon en los vergonzosos años de la especulación y la plata dulce. Los otros, los trabajadores, los desocupados, ya han puesto la sangre, el sudor y las lágrimas. No son ellos, precisamente, quienes han sacado del país 23 mil millones de dólares que duermen en cuentas numeradas en Suiza, Panamá y Bahamas. Sería puro cinismo equiparar a banqueros y financistas con obreros y empleados de oficina. No se trata de hacer demagogia sino de empezar, por fin, a hacer justicia". Pide la liberación de los presos políticos y abrir las puertas a los exiliados, para que regresen. Y enfatiza, sobre todo, en investigar los crímenes de la dictadura, aunque observa que los candidatos del radicalismo y el peronismo tratan de esquivar las exigencias de las Madres y no concurrieron a actos o marchas que podrían comprometerlos en el futuro.

Alfonsín fue electo presidente con el 51,75 por ciento de los votos. "Yo voté al MAS (Movimiento al Socialismo) y a Augusto Conte, que consiguió entrar como diputado de derechos humanos", le escribió a Caherine. Conte, abogado y uno de los fundadores del Centro de Estudios Legales y Sociales, se presentó con la lista de la Democracia Cristiana. El candidato del MAS era Luis Zamora. "El partido que yo voté sacó 40.000 votos en todo el país. ¡Un desastre!".

En el número siguiente de *Humor* retrató las elecciones. "Las clases medias, en su espectro más amplio, aliadas a la pequeña burguesía y aun a la derecha liberal, propinarían a las extenuadas masas de trabajadores peronistas una sonora bofetada. Desde el festivo domingo 30 de octubre, cuando Alfonsín fue consagrado presidente

constitucional de la República, el destino de los más necesitados, de los más miserables, de los más humillados, quedó en manos de la inteligencia liberal". En el artículo señalaba la frondosa participación de intelectuales para apoyar a los dos principales candidatos. "Un rotundo desmentido para quienes suponían que la mayoría de los pensadores de este país son izquierdistas de sólida convicción. La gran mayoría llamó a votar por Alfonsín y fue curioso observar la heterogeneidad de la militancia: codo con codo apostaron liberales, oportunistas, exexiliados, miedosos, gorilas, progresistas, escépticos, víctimas y colaboracionistas de ayer. La Biblia y el calefón". La victoria de Alfonsín, a quien Soriano le atribuye astucia, decencia y méritos personales, se construyó también por la coalición "del miedo del oficinista, la incertidumbre de los empresarios, la inquietud de los intelectuales, la amenaza del matonaje y, sobre todo, la profunda debacle de la clase obrera, hambreada, desocupada y en consecuencia exhausta de tanto sufrimiento".

Tras el artículo algunos partidarios del nuevo gobierno le retiraron el saludo. Tampoco fue del agrado de muchos lectores de *Humor*: "El país contra Soriano. En la historia de la revista se ha batido el récord de cartas en contra". Le dicen de todo: que es un francés-argentino, que dónde vio el liberalismo entre estos radicales, que dice pavadas, que la suya es "¡palabra de Lenin!".

A comienzos de diciembre publicó otra nota, "La autocensura de la democracia", donde cuenta del tironeo entre la apertura que plantea el secretario de Cultura, Carlos Gorostiza, y las advertencias del ministro del Interior, Antonio Tróccoli, preocupado por llevar adelante una "prevención intensa para todo lo que se vincula con la pornografía, el vicio, la obscenidad y el erotismo, que son flagelos, cargas de la sociedad, negocios de alta lucratividad". Es aquí donde aborda por primera vez un episodio que lo marcaría: que Alfonsín no recibiera a Cortázar en el último viaje que haría a la Argentina. Ningún miembro del gobierno le dio una bienvenida oficial. "Tamaño olvido no podrá ser explicado fácilmente: el criterio de 'selección' aplicado por los radicales que se ocupan de la cultura excluye, según parece, a un escritor colosal que ha repudiado siempre las dictaduras

militares y brindado apoyo a los pueblos liberados de América Latina".

Cortázar llegó a Buenos Aires el 30 de noviembre: ya muy enfermo, vino a despedirse. El día anterior a su llegada Alfonsín recibió a solas a Sabato; tras el encuentro, Sabato dijo que le planteó el tema de los derechos humanos. Durante su estadía Cortázar dio varias entrevistas, en las que declaró que el presidente electo le parecía un hombre con ideas claras, un modelo democrático, alguien que le inspiraba confianza. Soriano, Gabetta, Solari Yrigoyen y Cortázar, el grupo de argentinos exiliados que se reunía los jueves en París, se juntaron a cenar, en esa última noche de Cortázar en Buenos Aires, en la pizzería Los Inmortales, sobre la avenida Santa Fe. "Fue una cena triste, porque yo hubiera querido que pudieran charlar", me dijo Solari Yrigoyen, que había sido nombrado embajador itinerante. "Yo hice personalmente las gestiones para el encuentro, pero un advenedizo le recomendó a Alfonsín que no lo recibiera". Dos meses después, el 12 de febrero, cuando Cortázar murió en París, Soriano estaba allí y escribiría una despedida para *Humor*: "Le dolió la indiferencia del electo gobierno democrático, tan lleno de intelectuales, de escritores, de artistas, de humanistas. Le hubiera gustado saludar al presidente Alfonsín. […] Hacía veinticinco años que había adherido al socialismo y con ello irritaba a militares, peronistas y radicales argentinos. No a todos, claro, pero a los suficientes como para vedarse el camino de los elogios públicos. A su muerte, el gobierno se tomó casi veinticuatro horas para enviar a París un telegrama seco, casi egoísta: 'Exprésole hondo pesar ante pérdida exponente genuino de la cultura y las letras argentinas'. No había en el texto juicio de valor que dejara entrever acuerdos o celebraciones compartidas. Apenas un reconocimiento de argentinidad ('genuino') sin mengua. Habrá que reconocer que es un paso adelante respecto de quienes lo habían considerado francés creyendo que con eso lo insultaban".

A diez años de la muerte de Cortázar apareció en *La Nación* un artículo de Raúl Ivancovich en el que asegura que Alfonsín no lo recibió porque su secretaria, Margarita Ronco, olvidó anotar en su agenda el pedido de Solari Yrigoyen. Soriano respondió entre irónico y

furibundo en *Página/12*: “Algo así como ‘¿Quién? ¿Cortázar el de *Rayuela*? Bueno, después te lo anoto que ahora estoy ocupada con Nosiglia que viene y Caputo que va’”. Soriano recordó que “Solari Yrigoyen hizo todo lo que pudo por persuadir a Alfonsín” y que él mismo habló con futuros funcionarios del gobierno. “Después, radicales más confiables que Alfonsín y su secretaria me dijeron que el nuevo presidente y algún intelectual de los que se pegaban a él estimaban inconveniente el encuentro con un escritor ‘comprometido’, que vivía en el exterior y acompañaba a los exiliados. En claro: un izquierdista amigo de François Mitterrand, de los sandinistas y de Cuba, que había abrazado y sostenido a Salvador Allende en los tiempos en que distintas formas de socialismo luchaban por el poder en América Latina. La verdad es que Alfonsín no recibió a Cortázar por razones políticas. Es posible que, de saberlo enfermo, lo hubiera hecho para evitar las consecuencias de la negativa”.

Recién en diciembre de 1983 empieza a figurar en el staff de *Humor*: cierra la lista de “colaboradores especiales”. Entre las páginas de este último número del año es protagonista de otra polémica: su nota, “La provocación militar”, enfoca en que el primer jefe del Ejército de Alfonsín, Jorge Arguindegui, tuvo como *invitados* en su asunción a los ex presidentes Videla y Viola, y reivindicó en su discurso a “los caídos ante la acción insidiosa del terrorismo”. Soriano también recoge diversos signos de justificación y celebración de la dictadura, los reúne con una represión policial salvaje en pleno Obelisco y recomienda a Alfonsín que utilice un lenguaje que los militares entiendan: el del rigor. “Duele entrar a la democracia en puntas de pie —escribió—. Si los lobos tienen el sueño liviano, ¿podremos alguna vez jugar ruidosamente sin temor a despertarlos?”. Uno de los secretarios de redacción de la revista, Enrique Vázquez, leyó la nota de Soriano antes de que fuera publicada y la rebatió con otra que salió a la par, titulada “La impaciencia desestabilizadora”, donde argumenta en favor de los tiempos y las posibilidades del gobierno, tilda de “imbéciles” a quienes “reclaman tribunales populares”, defiende el discurso de

Arguindegui y considera que la presencia de Videla y Viola “o fue una provocación o fue una estupidez burocrática”. La coyuntura excede lo militar, plantea, y Alfonsín “está librando una batalla colosal entre las fuerzas de la tolerancia y las fuerzas del totalitarismo”. Recomienda Vázquez: “No carguemos más responsabilidades inútiles y desgastantes sobre un gobierno que ya, veinte días después de asumir, ha hecho más, muchísimo más, de lo que cualquier ‘revolucionario’ fue capaz de hacer en toda la historia argentina”.

La respuesta de Soriano en el número siguiente, “El miedo al disenso”, es áspera. Tras enumerar las aberraciones de la dictadura y la cultura del miedo, y de citar a un épico Alfonsín sobre memoria, escucha y futuro, cuestiona a quienes “por codicia u oportunismo se erigen en portavoces o propagandistas del oficialismo”, unos “ocasionales cazadores de brujas que no son otra cosa que el residuo por aquellos años terribles en cerebros sometidos a la experiencia del pánico”. “Desde el miedo o el chantaje solo la palabra superior es legítima y ninguna otra conducta es válida, aun si es democrática y libre, si no desfila al compás de la marcha oficial —escribe Soriano—. La diversidad de pensamiento, el disenso, nunca desestabilizan a la democracia. Tampoco quienes tienen la legítima impaciencia por la justicia”. Luego señala que no puede compartir el método de Vázquez, que consistió “en hacer uso arbitrario, como secretario de redacción, de su jerarquía empresarial para responder con un exabrupto a mis opiniones en el mismo número de la revista y sin previo aviso. A hurtadillas. Tampoco me parece ético su estilo, clásico en el pasado, por el cual se adjudican ideas imaginarias (‘tribunales populares’) a adversarios ideológicos y luego se las rebate para descalificarlas en busca de una opinión uniforme. En nombre del contraste”. Y remata: “Francamente creo que, por su método y su estilo, si Enrique Vázquez pudiera, me mandaría la policía”.

Tres números después Vázquez renunció y pasó a la revista *Libre*, de la editorial Perfil.

El pulso de Soriano late en la situación política: escribe todavía un par

de notas más antes de volver a París, a fines de enero de 1984. En “El contragolpe de Alfonsín” cuenta del retome del “tono dramático” en los discursos del presidente, que por esos días había ordenado la detención del general Ramón Camps. El general Luciano Benjamín Menéndez estuvo a punto de desenfundar su revólver ante un grupo de manifestantes, el coronel Mohamed Alí Seineldín se hizo acompañar por una patota a un juzgado: hay un crescendo en las tensiones. “Los oficiales están alarmados por el ‘destape’ macabro y hartos de que los acuse públicamente de asesinos y ladrones”. Alfonsín denuncia un plan para derrocarlo. Soriano reclama democracia activa, con discusiones en los medios y en las universidades, y también que sean detenidos los integrantes de las tres primeras juntas del Proceso. “La libertad que no se usa se pierde”, postula desde el título de la columna que escribió antes de partir, casi una arenga de compromiso democrático.

Hay como una especie de angustia en este texto, escrito en largos tramos en primera persona del plural. “Está en cada uno de nosotros el que no vuelvan más. En la defensa cotidiana de lo conquistado. En la práctica de la democracia, a favor del gobierno o empujándolo con la crítica a hacerlo mejor. Activamente. […] Asociarse; por ejemplo en ligas de defensa de los consumidores. Contra la especulación. Por una Policía más respetuosa. Contra el servicio militar. Por el divorcio. Por todo aquello que duela. Asociarse para practicar la libertad. Para hacer saber que los ciudadanos existen y tienen derechos, todos los derechos que les da la ley. Hablar con los concejales y los diputados electos, que para eso están. Empezar desde abajo, porque tan bajo hemos caído. Aprenderlo todo de nuevo, como esos enfermos mentales que tienen que recuperar de a poco el uso de la palabra, el movimiento de los miembros”.

El artículo es una marca de época. “Estar por Alfonsín o en desacuerdo con él es circunstancial. Lo importante es militar activamente en la defensa y conservación de la democracia. […] Habrá que alarmarse por el cierre de una fábrica, no por una huelga. Por un desalojo, no por la ocupación de un edificio vacío. Por el asesinato de un ratero, no por la rebelión de un preso. Habrá que

invertir los términos en nuestra conciencia autoritaria, dejar de lado las frases hechas y los clichés. La democracia pide la constante rebelión de las ideas y la eliminación de los preconceptos. No le prohibamos nada bueno a nadie. No nos prohibamos las cosas que nos gustan y no dañan a los demás. Dejemos de mirar con horror un desnudo, a un homosexual, a un locutor sin corbata, a una mujer con cinco amantes, a un chico de pelo largo o a una muchacha de pelo corto. Hagamos un esfuerzo por ser receptivos, adultos. Aunque la televisión siga pasando por ahora el mismo mensaje deplorable y nos informemos por los mismos medios que antes delataban o aplaudían la masacre que hoy se ha probado".

En el texto están el viaje, los temores y la esperanza para el futuro inmediato. Ya había tomado la decisión de levantar el departamento parisino y de instalarse en Buenos Aires con Catherine. Pero el clima de zozobra en la Argentina no garantizaba nada.

13

Breve historia del amor por los gatos

Llegó a París apenas comenzado febrero, tras una escala de un día y medio en Venezuela. En una carta a su madre fechada el día 3 surge un dato significativo: “Estoy escribiendo un cuento para niños que me había pedido un editor amigo y que espero terminar la semana que viene”. Varios elementos indican que refiere a “El Negro de París”, el único relato para chicos que editó. De la Flor publicaba por entonces una colección de libros infantiles que dirigían Kuki Miller y Amelia Hannois, y le pidieron uno. “Escribió sobre su gato, Negro Vení —me contó Divinsky—. Pero a ellas no les gustó, y se lo dijeron. Y él, que estaba muy contento con ese cuento, terminó publicándolo en otro lado”. Aparecería recién cinco años después, editado por Punto Sur, sin demasiada repercusión ni circulación inicial. En la actualidad, sin embargo, es habitual su lectura en las escuelas.

El cuento se sitúa en la encrucijada y el contexto de la vuelta. El narrador es un chico (¿un Soriano pibito?) que tuvo que irse con sus padres a Francia en 1976, huyendo de los militares; aquí queda, al cuidado del tío Casimiro, su gata Pulqui. Casi diez años después, en “Educación sentimental”, escribiría: “Cuando yo era chico mi gato Pulqui era mono, león, pirata y bandolero. Yo lo acechaba entre las plantas del jardín y me le tiraba encima con el cuchillo de madera entre los dientes”. En “El Negro de París” las referencias biográficas incluyen la visita a la Sociedad Protectora de Animales de donde, *en busca de un amigo*, rescatan al animal. “Un lindo gato que pudiera recorrer las calles de París sin perderse y que alguna vez llevaríamos con nosotros a la Argentina para que se reuniera con Pulqui y le contara cómo es esta ciudad vista desde los techos”, escribió. En estas coordenadas se leen varias simbiosis simultáneas: el narrador hace un

cálculo aproximado, concluye que el gato nació en enero, como él, y decide que cumplen años el mismo día. La primera línea del cuento lleva a pensar en cómo, acaso, Soriano se veía a sí mismo: “El Negro tenía un carácter tranquilo, distante, tosco a veces, sin ser grosero”. La definición de Sonia Freites al comienzo de este libro: “Sí, le podés pasar la mano por el lomo, parece que ronronea, todo fantástico. Después se aleja y no te da ni cinco de bolilla. Y era un poco así: cuando se encerraba, se encerraba, y se acabó”. Como escribió en “Educación sentimental”: “Soy uno de ellos, perezoso y distante. Aunque nunca aprendí la sutileza de la especie”.

El pibe del cuento se ha acostumbrado a la vida en París y tiene a su gato como compinche principal cuando, con la democracia reinstaurada, sus padres empiezan a hablar a diario de volver a Buenos Aires. “Decían que había que regresar para hacer un lindo país, una nación donde yo, que estaba terminando la escuela, pudiera vivir en libertad, con justicia y sin miedo. Para que nunca tuviera que irme como ellos”. El padre despliega un mapa y le va contando de las batallas de la Independencia, de Moreno, Belgrano, Rosas, Sarmiento, Yrigoyen, Perón; le da libros, le va desgranando “una historia larga de desalientos y de utopías”, le dice que él “debía heredar sobre todo la esperanza”. El gato oye los relatos y parece interesado por ese país en el que no hay “dragones ni elefantes”, pero sí “tigres de los llanos, peludos gorilas, salvajes unitarios, caciques y hombres de a caballo”. Una noche el Negro le dice al pibe que hay una manera de mirar sobre el mar y ver la otra orilla, para palpitar el país antes de volver definitivamente. “No bromeo, puedo mostrarte el mundo entero si te animás a subir conmigo alto, muy alto”. En la primera salida nocturna no llegan muy lejos porque al chico se le ocurre entrar a un bar a comprar chocolatines y se enredan en una trifulca en crescendo que remite a las de sus libros y acaso también a las discusiones de los meses pasados en Buenos Aires.

“Adentro, al calorcito de la estufa, había una docena de perros de todo tipo, tamaño y color esperando que sus dueños terminaran el aperitivo. Al verlo al Negro saltaron y empezaron a rascar el piso con las patas. Gruñían feo, sacaban la lengua y ladraban a coro. Eso de

que perro que ladra no muerde es un invento de ellos para que uno no salga corriendo. ¿Qué hizo el Negro, acosado y en inferioridad de condiciones con sus cuatro kilos inmovilizados entre mis brazos? Lo primero fue llamarme estúpido y otras cosas más. Después agachó las orejas, infló la cola y mostró los cuatro lustrosos colmillos como si fueran clavos de carpintero. Yo me asusté un poco porque me di cuenta de que estaba todo complicado y la íbamos a ligar". El gato hace señas para que lo ponga sobre el mostrador y allí saca unas uñas que parecen garfios, "cosa de impresionar un poco a la concurrencia". Los perros están amaestrados, "como esos que tiene la policía". Un cuzco se les viene encima y el gato lo abaraja de un zarpazo. El pibe, julepeado hasta ahí, festeja. "La gente empezó a hacer comentarios desagradables para el chico extranjero que había venido a arruinarles el aperitivo". La cosa se pone espesa y tienen que escapar: "No sé quién ganó la calle primero, si él o yo, pero los perros nos seguían pisándonos los talones y la gente del bar se asomó para ver la cacería. Corrimos como avestruces hasta que vimos un paredón que debía tener dos metros de alto. El Negro, que corría delante, dio vuelta la cabeza para avisarme que había que hacerlo o estábamos perdidos. Así que saltamos juntos, a la desesperada, con el malón husmeándonos los tobillos. Fue como si de pronto fuéramos dos los gatos y un solo miedo. Llegamos al borde del paredón y estuvimos haciendo equilibrio un rato, resoplando, mientras el viento frío nos acariciaba los pelos; porque yo era un gato de albañal, como el Negro, y me sentía allí arriba como por encima del mundo. A salvo".

Con los gatos Soriano comparte el gusto por la noche. *Esa tendencia es psicológica y física. O como dicen ahora y es moda: genética*. Se enorgullece de no haber escrito jamás una línea en horas de la mañana. *Es cierto que parece un orgullo snob, pero creo que si lo intentara saldrían solo disparates*. En la noche entran las supersticiones, decía. *Yo soy alguien que tiene una relación muy mágica y extraña con los gatos, sobre todo porque me la creo. Cuando estoy escribiendo estoy rodeado de todos los gatos de mi casa y de todo el barrio. Hay una mítica relación del*

escritor con el gato que yo la vivo intensamente. En "Educación sentimental" rebobina hasta el comienzo: "El día que nací había un gato esperando al otro lado de la puerta. Mi padre fumaba en Mar del Plata, en el patio. Mi madre dice que fue un parto difícil, a las cuatro y veinte de la tarde de un día de verano. El sol rajaba la tierra. Los jóvenes Borges y Bioy Casares paraban cerca de ahí, en Los Troncos, alucinando las historias de don Isidro Parodi. A Borges lo seguían los gatos. En una de sus fotos más hermosas está junto a María Kodama, que tiene uno en los brazos; Borges lo acaricia como a un amigo".

Son talismanes. *Al principio eran animalitos que estaban allí, pero después me di cuenta de que eran señales. Los gatos, como decía Cortázar, son teléfonos: ponen en comunicación con el misterio. En lengua vulgar un "soriano" es un gato rayado proveniente de Génova. El más común, el "piu soriano", es colorado a rayas. También está el gris a rayas que se conoce como "soriano argentato". Esta coincidencia me ha llevado a leer prácticamente todo lo que se ha publicado sobre los gatos. Aspiro a escribir un libro sobre el tema que sea a la vez un ensayo literario y un homenaje a mis gatos.*

En *Triste*, después de una paliza que les da la policía, después de cruzarse en una playa de Bay City con un fantasma de Chandler que carga un gato en brazos, Soriano y Marlowe vuelven a la casa del detective.

> Por la claraboya de la cocina saltó el gato que daba maullidos prolongados. Corrió de un lado a otro del living, con la cola parada y los ojos fijos en Marlowe. Por fin se sentó. Soriano lo levantó, le acarició la cabeza y le rascó el cogote. El gato echó las orejas hacia atrás, movió la cola larga y protestó con un gruñido amenazante. Estaba demasiado flaco. Marlowe salió del baño.
>
> —Lo va a arañar.
>
> —No se preocupe. Un gato nunca ataca a quien lo quiere. De todas maneras mi cara no podría estar peor.
>
> Marlowe sacó de la heladera un pedazo grande de bofe y lo puso en un plato que dejó en el suelo. Soriano soltó al gato y luego puso leche en una taza.
>
> —Le gustan mucho los gatos, ¿no? —preguntó el detective.
>
> —Ajá.
>
> Recordó la muerte de aquel gato que lo acompañó en los años de su adolescencia. Estaba echado y su cara flaca aguantaba el dolor en silencio. Se iba apagando de a

poco. Cuando sintió que iba a tener una convulsión se paró y se alejó unos pasos, como para que él no participara de su tragedia. Luego cayó, se retorció dos minutos y se quedó quieto.

No alcanzó a hacer el ensayo sobre los gatos, pero escribió varios artículos. “Educación sentimental”, publicada en 1993, es la canción mejor que les dedica. El disparador es la conducta de Richard Matheson ante el incendio de su casa en California: “Yo creía, Dios me perdone, que Matheson se había muerto. Pero no: allí estaba, peleando contra el fuego, apartando maderas en llamas, abriendo un camino para que su gato pudiera escapar con él. En el revoltijo alcanzó a salvar, también, una carpeta con su último manuscrito. Es que siempre, cuando uno rescata un manuscrito, hay un gato adentro”. El escritor perdió la casa, los muebles, los premios. “Pero alcanzó a salvar lo esencial: esa mirada que lo sostiene por las noches, cuando la palabra no viene y la novela no avanza. Esa mirada que nos atornilla al sillón, ese ronroneo que precede a la llegada del diablo. Poe, Lovecraft y Matheson asociaron los gatos al horror. […] Los fantásticos vampiros de Matheson, entre los que estaban Laurel y Hardy, y el realismo romántico de Chandler, sobreviven a las modas y a las vanguardias porque el lector quiere verse ahí en sangre de papel. Necesita leer sus miedos. Con eso Sthephen King escribe ahora una obra excesiva e inquietante. En uno de sus libros, un personaje acusa de plagiario al narrador, le mata al gato y se lo deja frente a la puerta. Es un momento insoportable de la literatura de terror”.

En *La hora sin sombra*, su última novela, hay un bosque que se quema, y allí el protagonista pierde el auto, y un manuscrito que tenía dentro; en medio del desastre, una gata blanca carga a su cría y la pone a salvo. Al día siguiente, cuando los árboles todavía arden y ante la pantalla de un noticiero, el narrador recuerda a Matheson, el escritor que lo marcó cuando era joven, y cómo se mandó a su casa en llamas para rescatar a su gato: “Tenía más de 60 años y no le importó el peligro. Ahora no es tan conocido, pero en su tiempo escribió novelas de terror metafísico y la mejor de ellas, *Soy leyenda*, fue el primer libro que leí en mi vida”. En una versión previa había un

capítulo entero dedicado a los gatos, porque el protagonista trabajaba en el Archivo General de la Nación, donde había muchos, pero en la versión definitiva apenas quedó una alusión al pasar: que no alcanzan a neutralizar el trabajo de las ratas. Hay gatos en todas sus novelas. En *Cuarteles* aparece uno al comienzo, en la pensión en la que se alojan Rocha y Galván, y otro en el último párrafo, en la foto de una anciana que carga un gato en brazos, foto que lleva en su billetera el boxeador ya vencido. Entre los varios que aparecen en *A sus plantas rendido un león,* el más significativo es uno gris, ciego, que es un oráculo para Quomo, un revolucionario africano; en *Una sombra ya pronto serás* distribuyó junto al narrador protagonista uno negro de entrada y otro colorado, en un tren, también al final. Mientras trabajaba en París en *El ojo de la patria* se le apareció un gato que hacía equilibrio en una canaleta de un desagüe de un quinto piso inaccesible: en este libro los gatos aparecen sobre los mármoles del Père-Lachaise.

NORBERTO SZPUNBERG: Yo no conocí a ningún otro erudito sobre gatos como el Gordo Soriano. Era impresionante. Iba a una biblioteca en París, especializada en gatos. Y luego me comentaba horrorizado, por ejemplo, cómo la Inquisición los había quemado, por considerarlos la encarnación del diablo.

MARTA DEGRACIA: No era una pose literaria con los gatos: era profundo. Era profundo. Yo creo que esta ternura, esta necesidad de ser solidario con otros seres, expresaba una parte importante de su personalidad. Tenía un amor incondicional. Ibas a su casa y que no se le ocurriera a nadie gritarle a un gato o tratarlo mal. Como pasó una vez con un periodista que lo fue a visitar al departamento de París; tenía una cocina chiquita y el Negro Vení se acomodaba donde podía, a veces arriba de la heladera, y desde ahí se tiraba a la mesa. Hizo esto con este periodista, que es amigo, y él le dijo “salí, salí de acá”. Y bueno, el gato se vengó.

Soriano narra el episodio en “Breve historia de mi amor por los gatos”,

un artículo que publicó cuando todavía no había vuelto. “Un gato no puede ser maltratado impunemente. La respuesta adecuada llegará tarde o temprano. Un amigo que vino a pasar tres días a casa avisó de entrada su antipatía por los gatos. Hasta ahí, nada de anormal. Cuando estábamos comiendo el Negro Vení saltó arriba de la mesa y quiso saber de qué estaba hecha la cena. Mi amigo cometió un error grosero: de un manotazo agresivo lo tiró al suelo. Como no está acostumbrado a tanta intolerancia, cayó mal y se golpeó contra una silla. Cuando un gato se siente humillado es mejor ponerse a salvo. Esa noche, mientras mi amigo dormía y yo trabajaba, el Negro veló pacientemente su sueño junto a la puerta abierta. A las tres de la mañana, cuando presté atención, subió sigiloso sobre el estómago de nuestro huésped, me miró como diciendo ‘son cosas mías’ y lo meó copiosamente. Nunca lo había hecho, nunca volvió a hacerlo. Perdí un amigo que grita a los cuatro vientos que es peligroso venir a mi casa, pero los gatos ya hacían eso en el tiempo de las pirámides de Egipto y no hay manera de quitarles el gusto de la venganza”.

En ese mismo artículo rememora un combate de los tiempos de Tandil: “Cuando tenía 20 años presencié una batalla entre mi gato de entonces y una rata que parecía una bolsa de cemento. Hubo dos horas de escaramuzas a primera sangre. La rata, parada en dos patas y la espalda contra la pared, lanzaba tarascones de cocodrilo, pero más rápidos. El gato, los pelos como si hubiera metido la cola en el enchufe, sacaba unas garras de tres centímetros y amagaba con una mano como el gran Nicolino Locche, y tiraba la otra de arriba hacia abajo para evitar el mordiscón. Diente contra uña, el asunto fue empate agotador y mi viejo tuvo que intervenir tocando la rata con un palo de escoba. Bastó que el movimiento desviara un instante su atención para que el gato le saltara al cogote. Orgulloso como un faisán, paseó el cadáver del enemigo por todo el barrio, cosechando aplausos y recelo”.

Como apuntó Szpunberg, buscaba historias, estudios y libros sobre los gatos. Tomaba notas y se deslumbraba con los trabajos a fondo: el de un investigador de Marsella, que estableció que si bien el gato “tiene tanto olfato como una gallina batataza”, su oído “es capaz de

percibir el paseo de una laucha o el movimiento de una hoja acariciada por el viento a veinticinco metros a la redonda. Y eso dormido". Lo fascinan datos como este: "Según el informe, el gato tiene en su pequeña cabeza una especie de computadora que puede ponerse a prueba. Usted se le acerca cuando duerme y hace un ruido que el animal no haya oído jamás. Se despierta, mira, investiga para saber qué pasa y se vuelve a dormir. Mañana usted le hace el mismo ruido y el gato ni se mosquea. Ya almacenó el dato: usted es un cretino que está haciendo pruebas con él y no se dejará sorprender dos veces". En "Maldición eterna", otro artículo que publicaría en 1991, cita el trabajo de tres años de una etóloga en Roma, que siguió un grupo que pasó de veintiséis a cincuenta y dos bichos y concluyó en que "estos individualistas imposibles de someter han evolucionado con la ciudad moderna y viven en grupos 'sociales'". Soriano ausculta cómo los tratan en distintas ciudades: Roma es "la mejor ciudad de Occidente" para los gatos, donde la municipalidad alimenta a los que viven en las ruinas y puede vérselos durmiendo lo más campantes en los parques o arriba de los autos estacionados; de Basilea destaca "el colosal Museo del Gato"; en París pondera L'École du Chat, "un comité de defensa que emitió una Declaración de Derechos del Gato Libre", que los distingue "protectores de la naturaleza" y reclama que no los usen para experimentos científicos. Bruselas, en cambio, "es la ciudad más hostil que un gato pueda conocer", asunto que tiene sus raíces "en las fiestas de la suntuosa Grande Place", donde hasta 1895 "la gente se divertía lanzando gatos desde las ventanas altas para verlos caer de pie, las patas quebradas, aullando hasta que los muchachones los remataban a golpes en medio de la algarabía popular".

Para males del gato, la Inquisición: *vade retro*. "En la Edad Media la Iglesia y la ciencia convirtieron al dios del egipcio en el demonio de los católicos, y así los presentaron los españoles a los indios —escribió en 'Maldición eterna'—. Todavía en su *Historia natural* de 1658, el británico Edward Topsel advierte que 'las brujas reaparecen comúnmente bajo la forma de gatos, por lo que debe considerarse a este animal como peligroso para el alma y el cuerpo'. La Iglesia mandaba quemarlos en las grandes fogatas de San Juan y en los

maullidos de horror creía escuchar la voz atormentada del Príncipe de las Tinieblas". La caza de brujas-gatos devino por entonces en proliferación de ratas y desparramo de epidemias, asunto que le permite a Soriano argumentar a favor de las bondades de los gatos en las urbes y emprenderla contra el secretario municipal de Medio Ambiente en el 91, Alberto Morán, que se propuso ralearlos de las plazas: "Tenía que ser un genio argentino el que tomara la decisión de eliminar a los gatos de los paseos públicos", ironiza, "aunque es dudoso que una idea tan grande se le haya ocurrido a un funcionario tan pequeño". Trascartón, dientes como clavos, profetiza: "Maltratarlos, como hizo el señor Morán, está penado, según la leyenda y algún cuento de Edgar Poe, con los peores horrores de un infierno terrenal. Y en eso no hay indulto que valga". La asociación da una idea: por los gatos rompe sus lanzas. Sigue: "En serio: ¿a qué persona en su sano juicio se le ocurre levantar y 'trasladar' animales inofensivos sin un amplio estudio previo que lo justifique? Cuando se hace memoria, ¿con qué se asocia en la Argentina la cadena *levantar-enjaular-trasladar*? Echar a los gatos de la ciudad es como echar a las víboras de la selva: el equilibrio natural se rompe y empiezan las desgracias. Hasta la insólita llegada del gato a la comunidad de los hombres, hace solo cinco mil años, había que recurrir a todas las estratagemas para mantener a raya a las ratas. Envenenaban los alimentos, mordían a los bebés en la cuna y en invierno hasta se animaban a cobijarse entre las frazadas. […] En su terrible cuento 'El gato negro', Poe revive la leyenda de maldición eterna que perseguirá ahora al pobre funcionario de la Municipalidad: una justicia divina, implacable y de largos bigotes acerados que cae sobre el inquisidor y lo vuelve sueño, pesadilla. La peor que haya soñado en la más aciaga noche de su infancia".

Cinco años después, con el menemismo por el séptimo año y sus secuelas devastadoras ya muy a la vista, Soriano escribió "Buen provecho". Por la falta de empleo en los barrios pobres y precarios se agudizó la situación y los noticieros se cebaron con que en una villa

de Rosario algunos habitantes recurrían a comer gatos domésticos. Un borde: en la televisión mostraban a unos chicos arrancándole la piel a un gato, que luego fue exhibido colgado, despellejado, fileteado y a la parrilla. Para robustecer el efecto también mostraban pibes con gatos en brazos, encariñados. Los adultos reporteados reclamaban comida y contaban que les entraban por igual a peces, tortugas, caballos.

Debe haberse estremecido, Soriano; la gravedad de la situación hace parecer superfluo observar que arranca su texto enfocando en Chaplin, su "villano" en *Triste*. Escribe: "En *La quimera del oro,* Carlitos Chaplin, obnubilado por el hambre y el frío, confunde a otro buscador de oro, compañero de infortunio, con un gigantesco pollo. Y a punto está de comérselo. En plena persecución, Carlitos tiene un instante de lucidez que lo devuelve a la realidad; al final los dos amigos terminan comiéndose los zapatones llenos de clavos en una de las escenas más conmovedoras de la historia del cine. Cercano a las ideas comunistas de aquellos tiempos, Chaplin filmó centenares de historias en las que su pobre vagabundo, hambreado y explotado, salía airoso de las peores ofensas. Sin necesidad de comerse al gato. En las grandes guerras, en cambio, la población civil rompe su contrato moral con los guardianes de la casa y se alimenta de ellos. Es un acto de barbarie justificado por la adversidad. Así ocurre toda vez que la miseria supera lo tolerable. Cuando no hay ríos ni bosques que den de comer. El pobre de pobreza absoluta se come al gato primero, al perro después. Y a él se lo comen las ratas. Es un buen asunto para la tele y cada cual lo explotó con su mejor demagogia. Hubo, incluso, quien se hizo filmar tomando mate con el hambreado".

Soriano apunta que alguna vez pasó hambre, "pero era hambre bohemia y no tanta ni tan desesperada como para matar al gato", y que para tener una idea recurre a las novelas de miseria; se detiene en *Hambre*, de Knut Hamsum, y consigna que los personajes de Zola, Victor Hugo y Dostoievski "van antes al robo y al crimen que a la matanza de gatos". Se pregunta: "¿Hay que desearles buen provecho a los villeros de Rosario? ¿Felicitarlos? ¿Compadecerlos? ¿Preguntarles por quién votaron? Hay que darles oportunidades de trabajo, qué novedad. Escuela, hospital, dignidad. Poco más que eso hizo Perón y

todavía se habla de él".

"Una laucha es alimento o juguete —escribió en 'Breve historia de mi amor por los gatos'—; su sadismo es el de los niños porque, como ellos, no ha definido los conceptos del bien y del mal. Una rata, en cambio, es un enemigo en potencia". Más allá del bien y del mal: su ronroneo precede a la llegada del diablo, dice, pero también lo observa como "la única obra maestra que le salió a Dios", y en consecuencia todo el mundo debería conocerlos antes de tirarles un cascote. Una divinidad, más allá del signo.

Un amor incondicional, que lo lleva a sostener que en Estambul y en Bangkok los gatos son "soberanos", y que eso "habla bien de esos pueblos". "Baudelaire recomendaba desconfiar de la gente que no quiere a los gatos. Porque hay una bronca al felino que no ha desaparecido". Luego de apuntar que el diccionario español todavía conserva a la palabra *gato* como sinónimo de ladrón, cita a Jean-Louis Hue en *El gato en todos sus estados*, que reivindica "la imagen saludable de un mundo en que los verdaderos conquistadores se quedan en la cama", que le resulta una figura perfecta: la del dormilón al que hay que darle todo sin pedirle nada. Escribió: "Me gustaría retomar esa vieja historia de alto mérito: no se conoce manera de adiestrar gatos de policía y los aduaneros de New York que quisieron usar sus oídos como detectores se llevaron un chasco: los gatos inmovilizaron las orejas y mostraron que no nacieron para alcahuetes".

Anduvo bastante tiempo con una pata de leopardo como amuleto (alguna versión dice que era de puma), hasta que un día la perdió, en un cine: estaba con Catherine, que recuerda su búsqueda desesperada, pero el talismán no apareció. "Cuando compraron con Catherine la casa en La Boca le empezaron a aparecer gatos de todos lados —me contó Marta Degracia—. Él tenía a Negro Vení, a otros permanentes y después estaban los visitantes, los vagabundos del barrio. Yo era como una asesora en gatos y podía pasar que me llamara a las dos de la mañana para contarme qué le pasaba a alguno o qué le había dicho un veterinario. Una vez, a la vuelta de un viaje en París, me contó que había tenido que dormir en el piso y que estaba molido. Le pregunté y me explicó: una de las gatas había tenido cría arriba de su cama y no

la iba a incomodar, así que le dejó el colchón".

Dal Masetto tomó el episodio y lo incluyó, trabajado, en una novela: el protagonista de *La culpa* viaja a un pueblo costero en Brasil, a reencontrarse con parte de su pasado, y en el bar del hotel se pone a charlar con un hombre que acaricia un gato que toma leche de un plato.

> —Estaba viniendo para acá, se me cruzó y me pidió que lo llevara conmigo.
> —¿Se lo pidió?
> —Así es. Tenemos esa relación con los gatos. Nos comunicamos. Me buscan. Hace un par de meses una gata a la que nunca había visto se metió por la ventana de mi dormitorio y tuvo cría sobre la cama. Eso se llama tenerle confianza a alguien, ¿no le parece?
> —Supongo que sí. ¿Y usted qué hizo?
> —La dejé ahí. Me conseguí un colchón y dormí en el suelo hasta que la señora decidió levantar campamento y llevarse a sus gatitos.

"Las cosas que en boca de otro hubiesen sonado como intrascendentes, contadas por él tomaban un peso muy especial —me dijo Dal Masetto—. Te las contaba convencido, y por lo tanto quedaban impresas. Una vez, en El Verde, un bar del Bajo, me dice: 'Mirá, Antonio, yo te voy a decir algo: a vos no te va a ir bien con los libros'. '¿Pero cómo me decís eso, por qué?'. 'Porque en todos los libros que publicaste hasta ahora hay un gato maltratado, algún gato al que matan…'. Traté de hacer memoria y efectivamente, siempre aparecía algún hijo de puta con eso, que mataba o castigaba a un gato. 'Sí, es verdad, pero no soy yo, es algún personaje siniestro el que se la agarra con el gato… Son personajes'. 'Y, sí… Pero no está bien'. 'Bueno, ¿y ahora qué hago?'. Porque me estaba hablando en serio, y yo entré en el juego. 'Bueno, me dice, vos sos un tipo que anda mucho de noche, volvés tarde a tu casa. A esa hora siempre andan los gatos merodeando por ahí, en la calle, rondando los tachos de basura… Cuando veas uno, vos hablale. Tratá de hacerte amigo. Y si te deja, pasale una mano por el lomo, acaricialo…'. La idea era que si yo me conquistaba algún gato, en la comunidad internacional de gatos se iba a comentar que finalmente yo no era un hijo de puta tan grande; la

idea era que me permitieran seguir con mi laburo, qué sé yo, publicar libros… Y bueno, después de esa noche yo, cada vez que veía un gato, me acercaba y les decía *mish, mish*…”.

El periodista Jorge Lanata contó sobre una noche, a poco de la aparición de *Página/12*, en la que caminaba con Soriano por Sarmiento rumbo a un restaurante. En la calle estaban los afiches que anunciaban el nuevo diario y ambos, cansados, llevaban un par de números cero preocupantes; Lanata, que sería el director desde el arranque, se imaginaba haciendo el ridículo. Estaban junto a una persiana cuando a Soriano se le arrimó un gato gris y blanco; en otra versión, los gatos que se acercaron fueron cinco o seis. “Jorge, acordate: el diario va a ser un éxito, nos va a ir bien, nos va a ir muy bien”, escribió Lanata. “El Gordo tenía razón: los gatos iban a darnos suerte”.

El escritor Luis Chitarroni, que fue su editor en Sudamericana, presenciaba otra escena de la familia: “Cuando llegaba el Gordo a la editorial empezaban a aparecer gatos. En la planta baja había un jardín y los gatos aparecían de todas partes. Era como de García Márquez la cosa”. Esas escenas persisten en Gloria Rodrigué, entonces dueña de Sudamericana: “Llegaba a las cinco de la tarde y los gatos aparecían por las medianeras, por los patios. Insólito. Increíble. Un día me llama por teléfono y me dice: ‘La gata está pariendo arriba del libro’. ‘¿Qué libro?’. ‘El original que te iba a llevar’”.

Puede que se estuviera refiriendo a la Vírgula, la gata negra que hacia 1990 lo acompañó en la escritura de *Una sombra ya pronto serás*: *Estuvo un año velando sobre la computadora, mientras yo tecleaba*. La consideraba “una crítica estupenda”. Según decía, también “incidió” en su sexta novela: *Supervisó todo el proceso de escritura de* El ojo de la patria. *Es difícil explicar lo que me pasa con los gatos, pero yo siento que me protegen, que me ayudan a escribir*. Sostenía que el juicio de los gatos alrededor eran la única certeza profunda, no solo de sus originales sino de textos que le alcanzaban algunos amigos. Que no era tan fácil hacer una lectura de sus gestos, que era un rito que podía llevar horas, y que no servía acercarse al gato, que el animal tenía que venir solito. *Un ejemplo clarísimo: yo conservaba unos originales de*

Roberto Mariani, a quien apreciaba muchísimo. Un día uno de los gatos los destrozó. No quedó nada de ellos, y tenía razón. Porque no eran los cuentos buenísimos de Mariani, eran muy malos. Yo me negaba a aceptarlo, porque cada uno de nosotros es el creador de los grandes escritores olvidados, incluso de Roberto Arlt. […] *Me pregunté qué tendrían escrito esos papeles hasta que me acerqué y comprobé con horror que eran los cuentos de Mariani. Me dio una bronca bárbara, porque tenían correcciones de puño y letra de él, pero entendí que eran muy malos*.

Contaba otra historia de este estilo, con el Negro Vení como crítico de una novela que trabajó en París. *Yo pensaba que era una gran obra y no había notado que eran meras descripciones costumbristas de la Argentina. No me daba cuenta de que era una caricatura de lo que hacía. No quería admitirlo. Tenía los originales de eso arriba del escritorio y un día el gato se subió: estuvo un rato bastante prolongado mirando los papeles y luego los tapó con todas las cosas que había arriba del escritorio, como si fuera una cagada. Entonces me di cuenta de que la novela era una mierda. Fue una cruda verdad. La rompí en cuatro pedazos y la tiré a la basura*.

El 12 de abril de 1984 llegó para instalarse definitivamente en Buenos Aires junto a Catherine. Con ellos venía, dopado para el viaje, el Negro Vení. Soriano le pidió a Francisco Juárez que los fuera a buscar a Ezeiza en su auto, en resguardo de que los taxistas se negaran a cargar con el gato. Fueron hasta el departamento que habían comprado, en Sarmiento y Junín, a tres cuadras de Callao. “El Gordo abrió la puerta de la jaula en la que traía al gato, y el Negro Vení salió disparado hacia un ventanuco medieval que había, por el que entraba la luz —contó Juárez—. Los gatos tienen esas conductas suicidas cuando están pichicateados. Yo di un salto para agarrarlo y le hice un tackle: ‘¡Sos el Flaco!’, me dijo el Gordo. Siempre me acuerdo de ese momento”.

“El Negro Vení fue el gato que más quiso”, me dijo Catherine.

14

Unos años para hacer pie

Cuando Cortázar viajaba con Carol Dunlop a Nicaragua dejaba a Franelle, su gata, al cuidado de Soriano. *Andaba por mi departamento, jugando con el Negro Vení. Sentí como un presagio el día que Julio me dijo "¿sabés que se murió Franelle?". Me corrió un escalofrío por la espalda. Los mensajes de los gatos son así. Fue la primera de la familia que se murió, unos meses antes de la muerte de Carol.*

El 20 de febrero del 84 les escribió a Sonia Freites y a Pasquini Durán: "Estoy abatido por la muerte de Cortázar, por la tremenda soledad que lo rodeaba, pese a los amigos; debe ser una ilusión mía, un punto de vista personal y persecutorio, pero era la muerte de un exiliado. El cadáver en su pieza, tapado hasta la mitad con una frazada, un ramo de flores (de las Madres de Plaza de Mayo) sobre la cama, un tomo con las poesías completas de Rubén Darío sobre la mesa de luz". Les cuenta que no eran muchos en el entierro, que la tristeza le afectó la salud y que le provocó pesadillas".

De la frialdad gubernamental con Cortázar habló el 6 de marzo en las Jornadas Latinoamericanas de Cultura que se hicieron en Palma de Mallorca: en el encuentro coincidió con Nélida Piñón, Ernesto Cardenal y Roberto Fernández Retamar. Sobrevienen días de preparativos para el regreso. Catherine renunció a su trabajo de enfermera. "Mudarse es un quilombo imposible de describir. Ahora me pregunto qué carajo haré en Baires y no sé qué responderme. Dios proveerá. Lo de *Humor* lo estoy pensando mucho y el fantasma de hacer una revista me ronda todavía".

Antes de volverse entrevistó a Rodolfo Mattarollo, investigador de la Unesco en derechos humanos, que aseveraba que los crímenes de lesa humanidad debían ser imprescriptibles. También armó una nota con

postales parisinas, una empresa dedicada a conseguir manifestantes para tal o cual causa, un retrato de Gelman mientras escribe y acaricia a un gato pelirrojo, un ladrón amable que se le manda al departamento una noche. “Me voy sin demasiada pena (tal vez eso venga después)”, apunta en la cuarta de esas postales, que narra el encuentro en un hotel con un negro cincuentón que le contó que había sido siete años primer ministro en Burundi. “Durante los últimos dos años había conspirado para establecer un gobierno nacional y ‘más o menos popular’ (repitió varias veces el ‘más o menos’)”. Una especie de busca, exiliado y becado en Francia, a la expectativa de volver. El personaje y el escenario remiten a Quomo, uno de los personajes principales de *A sus plantas rendido un león*, que planea una revolución en África. En alguna entrevista previa a la aparición del libro Soriano contaba que el país en cuestión era Burundi, pero luego optó por Bongwutsi, una nación imaginaria. El tono paródico/absurdo de la postal, finalmente, es el que campeará en su próxima novela.

Ya instalado en Buenos Aires le propuso a Cascioli el proyecto de un semanario que, hacia septiembre de 1984, desembocaría en *El Periodista de Buenos Aires*, revista que sería un hito en la época. “Me llamaba por teléfono y me decía ‘Negro, tenemos que resucitar *Primera Plana*’ —me contó Francisco Juárez—. Y yo le decía: ‘Gordo, eso ya fue’. Íbamos a una quinta que Cascioli tenía en el Gran Buenos Aires, en la que nos invitaba a jugar al fútbol, y le hablábamos del proyecto”. Terminaron convenciéndolo: el 23 de mayo Soriano le pasó a Cascioli un boceto de “Organigrama tentativo para la redacción”. La lista estaba encabezada por Gabetta y Carlos Alfieri (siempre y cuando aceptaran volver desde Europa), Juárez y Carlos Ares (con quien se había carteado durante la dictadura), que “participarían en los primeros pasos, con la colaboración de otros que luego incorporaríamos según su capacidad profesional”. A continuación proponía un equipo de periodistas y escritores de primera línea, la mayoría de los cuales terminó conformando el staff inicial: Rogelio García Lupo, Homero Alsina Thevenet, Juan José Panno, Dal Masetto,

Pedro Orgambide, José Pablo Feinmann, Horacio del Prado. La lista de columnistas desde el exterior era extraordinaria: Bayer desde Berlín, Benedetti desde Madrid, Galeano desde Barcelona, Gelman desde París, Terragno desde Londres. Soriano articuló para que *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez, fuera apareciendo por capítulos en el semanario. Como columnistas de literatura propuso a Piglia, Viñas y Beatriz Sarlo.

En simultáneo seguía escribiendo notas de coyuntura política en *Humor*: en mayo observaba la reunión entre Alfonsín e Isabel Perón como una señal de debilidad política en medio del tembladeral de la crisis económica y en junio denunciaba que la Cancillería había auspiciado y colaborado en un simposio en Toledo del que participaron Martínez de Hoz y Roberto Alemann, economistas estrella de la dictadura, y también el célebre Álvaro Alsogaray; con los intereses del Fondo Monetario Internacional en juego (la deuda ascendió durante la dictadura de 9.000 a 43.000 millones de dólares), del encuentro también participaron Domingo Cavallo, José Luis Machinea y Guido Di Tella. Los dos artículos siguientes daban cuenta de la pulseada que intentaba el gobierno con el FMI y de las tensiones con los militares tras la difusión del primer informe de la Conadep, situación combinada con la contradicción de que estuviera preso "por guerrillero" el ex gobernador peronista Ricardo Obregón Cano y que Videla y Viola siguieran libres. Notas en sintonía con la futura dirección de *El Periodista*. Se armó una redacción a todo trapo en Alsina 1121.

"Lo conocí en *La Opinión* en 1974, era un tipo encantador, muy buen compañero —me contó Carlos Alfieri—. Recuerdo conversaciones muy interesantes y larguísimas con él, sobre Stalin y sobre Borges: era un gran borgeano él. Cuando nos llamó, a mí y a quien fue su amigo en el exilio, Gabetta, tenía una enorme repercusión y renombre, era Gardel. Y cuando lo reencontré se había transformado un poco, lo veía con resquemores; no conmigo, siempre tuve con él una relación espléndida. Yo lo atribuyo a que en esos años los escritores jóvenes, la vanguardia de ese momento, lo rechazaba, y él acusó ese golpe. Estaba dolido, y me dio la impresión de que ese dolor

lo volvió un poquito paranoico. Me llamó la atención, porque no era así para nada, y le iba bárbaro con sus libros".

Gabetta recordó que en AFP "ganaba un sueldazo" cuando lo convocó: "'Le conté a Cascioli de este proyecto que hicimos nosotros', me dijo". Gabetta se atribuye parte de la idea. "Porque habíamos estado hablando de que cuando cayera la dictadura había que hacer una revista de información general, de izquierda. 'Yo voy a ser el director, venite vos de jefe de redacción', me dijo". Los secretarios de redacción serían Oscar González y Norberto Colominas. "La revista tuvo tres meses de factura previa —situó Colominas—. Y Soriano fue el factótum de todo".

Catherine asevera que la idea fue de Soriano. "Lo armó entero, y es muy raro, porque todo el mundo piensa que lo armó Gabetta. Muchísimos encuentros con Cascioli, pasaba a buscarnos e íbamos a restaurantes, los dos charlaban mucho. Me acuerdo de discusiones con Pasquini sobre quién iba a ser el jefe de redacción: eligieron a Gabetta, porque a Osvaldo le parecía un tipo muy serio. Osvaldo ya tenía su despacho de director".

Y de hecho encabeza el listado de quienes escribirán en la flamante publicación que *Humor* anuncia en agosto: "Presentamos la primera revista política semanal nacida con la democracia: *El Periodista de Buenos Aires*. Desde el mes próximo, *Humor* y sus lectores estarán menos solos. Quienes acompañaron con esta revista la resistencia contra la dictadura y la reimplantación de las instituciones democráticas manifiestan desde hace mucho tiempo, en miles de cartas o personalmente, su inquietud por la carencia de un espacio informativo y de análisis riguroso, verdaderamente libre y progresista". Tras advertir sobre los fenómenos nuevos que operan sobre la sociedad, presenta al grupo de periodistas, ensayistas y escritores que, a partir del espíritu crítico, "que no admitirá presiones ni compromisos", defenderá "la profundización de la democracia en busca de la justicia, la vigencia de los derechos humanos, la independencia económica y la modernización tecnológica". El texto no tiene firma, pero tiene estilo e impronta de Soriano.

Pero el 9 de agosto tuvo una discusión furibunda con Cascioli. Una

noche, después de la jornada en la redacción, fueron a cenar junto a Alfieri, Gabetta y Nora Bonis, pareja por entonces de Cascioli.

CARLOS GABETTA: De repente Cascioli lo empezó a tratar muy mal, a cuento de cualquier estupidez. Alfieri y yo lo conocíamos desde hacía un mes: sabíamos de él por *Humor*, le admirábamos eso, pero lo trató de tal forma que la cena terminó mal, nos levantamos todos y nos fuimos.

CATHERINE BRUCHER: Estaba furioso Osvaldo. Cascioli se quería meter demasiado, ponerse en gallo. Y no aceptó, le dijo que así no seguía.

CARLOS ALFIERI: Fue en un restaurante en San Telmo. No conocíamos mucho del intríngulis del Gordo con la editorial. Y de pronto, en medio de la cena, o en la sobremesa, se armó esta discusión brutal. Ignoro el motivo concreto, seguramente fue una pavada que obró como disparador. Y casi se van a las manos. Fue una cosa violentísima.

NORA BONIS: Yo no me acuerdo bien por qué fue la pelea. Andrés también era difícil, eh. Era bravo.

CARLOS ALFIERI: Nos quedamos perplejos, porque nos desbordó la situación. No entendíamos por qué tanta inquina. Y nunca supe la causa concreta de por qué pasó lo que pasó.

CARLOS GABETTA: Lo que sí tengo claro es que Cascioli se dio cuenta de que esa iba a ser una revista muy importante y entonces él quiso ser el director.

“No estoy acostumbrado a discutir en las churrasquerías cosas de tanta importancia y gravedad como las que anoche expresamos a los gritos y delante de personas que no tenían por qué presenciar un espectáculo tan deplorable como el que brindamos para solaz de una platea de mozos y parroquianos. Se hizo evidente, a mi entender, que ya no hay entre nosotros cambio de ideas sino reproches explícitos. Y yo no tolero lavadas de cabeza en público. Tengo la sensación, que no quiero

se transmita a la redacción, de que vos has dejado de confiar en mi conducción". Escrita al día siguiente, la carta de Soriano alude sin explicitar a unos chismes que le han llevado a Cascioli, y da algún indicio: "Este choque preludia tal vez otros peores, ya que nosotros 'venimos de afuera y no entendemos este país'. ¿Cómo podríamos, entonces, sin entender, hacer una buena revista?". Que no le deja alternativas, que termina con las ambigüedades: "Te presento, entonces, mi renuncia al cargo de director de *El Periodista de Buenos Aires* y quedo a la espera de una respuesta que, más allá de lo que podamos conversar en tono más mesurado, desearía efectivices por escrito lo antes posible".

Y aquí podría engancharse un vagón que carga con las disputas entre Gabetta, Cascioli, Bonis, que serían bien agrias y surgirían casi de inmediato: en efecto, Cascioli arrancó como director de *El Periodista* y unos meses después asumió el puesto Gabetta.

Al día siguiente Soriano se encontró con Gabetta y Alfieri. "Nos reunimos en un bar —contó Gabetta—. 'Me voy, a mí nadie me trata así', nos dijo. 'Sí, si te trata así antes de que asumas… nos vamos nosotros también', le dijimos con Alfieri. Cagadísimos, te imaginás: habíamos dejado los trabajos en Europa, donde ganábamos muchísimo más. Y el Gordo nos dijo: 'No, de ninguna manera, esto es conmigo'. Estuvo maravilloso, nos autorizó a quedarnos". Alfieri lo recordó distinto: "Lo llamé al otro día y le dije: 'Pero qué pasó, qué fue esa locura'. 'No, es un hijo de puta este', me dijo. Pero no me explicó, tampoco. Le dije que se quedara y no quiso saber nada. 'Mirá, no te voy a acompañar en la renuncia. Me interesa el proyecto, y además necesito el laburo'. 'Por supuesto, no pasa nada', me dijo. Incluso unos meses después me llamó para elogiarme un texto que había publicado sobre la película *La mosca*, y estuvo muy cálido". Catherine apunta que a Soriano le cayó mal que siguieran: "Para él fue una traición. Recuerdo que decía: 'Se están poniendo la ropa del muerto antes de que se muera'".

Enseguida *La Razón* publicó un artículo sobre la aparición de *El Periodista*, en el que se explicaba que si bien Soriano formaba parte de la dirección, "la falta de un reloj despertador parece haberlo

distanciado de la puntualidad de Cascioli. El autor de *Triste, solitario y final* ha argumentado que necesita meditar hasta tarde en la cama la novela que escribe ahora y Cascioli ha simulado creerle". Soriano no inició una demanda judicial tras el encontronazo, y cada vez que se cruzaron con Cascioli se saludaron cordialmente. "Andrés después lo lamentó, y se quedó preocupado —me dijo Nora Bonis—. Porque a Osvaldo lo admiraba, era un amigo y una persona excelente. Se respetaban entre ellos. Y Osvaldo sabía que si Andrés fallaba era por loco, no por hijo de puta". Cuando Soriano publicó *A sus plantas rendido un león* apareció un anticipo en *El Periodista*. Y sería entrevistado muchas veces en *Humor*. En 1987 le preguntaron por la experiencia fallida:

Cuando nació el proyecto de El Periodista *coincidíamos con Cascioli en la necesidad de editar un semanario progresista que abriera un espacio de debate y de información en el marco de la democracia recuperada. Lamentablemente no nos pusimos de acuerdo en la forma de llevar adelante esta idea y se produjeron fuertes choques personales que hicieron que me alejara rápidamente. Debo reconocer que no tengo el temple para salvar las dificultades que median entre el esbozo de un proyecto y su puesta en funcionamiento. A la manera de mis maestros, si acepto ser el director, no me comporto como el empleado del patrón.*

Al tiempo que aparecía *El Periodista*, el 6 de septiembre se estrenaba en el país la versión de *Cuarteles de invierno* que dirigió Lautaro Murúa, con Oscar Ferrigno en el papel de Galván y Tato Pavlovsky en el de Rocha, y música de Astor Piazzolla. A Pavlovsky lo conmovió encarnar al boxeador y escribió un par de textos recordando la filmación, el sesgo solidario de los dos protagonistas en ese pueblo hostil: "Me permitió componer uno de los personajes más tiernos de mi vida". Pero la película no dejó satisfecho a casi nadie y tuvo escasa repercusión y espectadores. Murúa se arrepentiría de haberla hecho y para Soriano fue una decepción: *Tuve problemas con los productores y ni siquiera fui al estreno* —diría diez años después—. *Yo era muy amigo de Lautaro, pero terminé mal. Cuando la vi, en un cine de barrio, me quería*

matar. Después la volví a ver en televisión y creo que está llena de buenas intenciones y malas resoluciones. La salva el calor que le dio Lautaro. El cine es una experiencia grupal, y entonces lo fundamental es formar un buen equipo. Lo mismo sucede con el fútbol o con una revista. Y creo que Cuarteles *dejó de funcionar desde el momento en que se dejó mal y afuera al autor*. La ruptura ocurrió por una discusión por los derechos, surgida en torno a que se hiciera en Alemania otra película basada en la novela. "Hubo un episodio legal con el guion cinematográfico y el productor Guillermo Smith", me dijo Finkelberg. "Victorioso del asunto salió Osvaldo, que pudo cobrar por dos los derechos de autor, algo que me dejó feliz y contento, y muy amargados a los productores", escribió Lilienthal, desde Munich.

A comienzos de octubre Soriano participó de la Feria del Libro de Montevideo, invitado a una mesa redonda sobre literatura latinoamericana, en la que llamaba la atención sobre la falta de circulación de autores y libros. Las dictaduras incidieron en la consolidación de este panorama, señalaba, y se esmeraron en que no se intercambiaran ideas. "Siempre es fácil pararse frente a la bandera y hablar de Artigas, de San Martín y de los sueños de Bolívar, pero después en la práctica ni los países, y por extensión, ni las economías ni los escritores, estamos integrados los unos a los otros". El debate había arrancado con una cita a un diagnóstico de Viñas: tras el *boom* el panorama había desembocado en un *crash,* de la euforia de los años 60 a la depresión de los 70, represión mediante. "Osvaldo es un autor que ha llegado a Montevideo, pero también a Tacuarembó, donde lo leen muchísimos de nuestros jóvenes —dijo el escritor Tomás de Mattos—. ¿Por qué lo leen a él? ¿No será precisamente porque la temática argentina de Osvaldo llega profundamente a todos los latinoamericanos, porque todos vivimos una realidad depresiva, de repliegue, de constantes frustraciones, una realidad gris, donde existe una violencia que recrea siempre Osvaldo con humor y con un clima a veces surrealista, de delirio?".

Elvio Gandolfo, que narró el encuentro en la revista uruguaya

Jaque, entrevistó y retrató a Soriano. “Antes de irse de Argentina tenía algo de muchachón entusiasta: podía pasarse largo rato hablando, con los ojos inundados por la euforia, de los lectores que no podían soltar *Triste, solitario y final* hasta la última página, o de cómo adelantaba la investigación acerca de una probable edición pirata. Ahora en cambio habla con voz baja y reposada, camina con una levísima inclinación, se lo ve con la edad que tiene. Los años pasados en Europa no fueron en vano, pero en sentido positivo: no hay derrota ni tristeza, sino serenidad. Cuenta con el mismo brillo de aquellos años anécdotas diversas, recogidas entre amigos, durante las notas periodísticas en distintas ciudades y campos de un par de continentes. Pero lo hace con un estilo más sutil, sin variar el tono de voz, sin hacer pausas profesionales, con la misma voz llana”. Da indicios de reformateo tras la trifulca con Cascioli: un paso atrás respecto a la intensidad periodística, un intento por recostarse de lleno en la literatura. Que no extraña demasiado el periodismo, dice, y que cometió el error de entrar en el nicho de los que laburaban a destajo: *Y es mortífero, un matadero: se labura y nada más. Antes solo le tenía miedo al trabajo, ahora le tengo terror*.

Desde septiembre tiene en marcha la escritura de *A sus plantas rendido un león*, y aquí aparece ya el cónsul Bertoldi, *una especie de chanta que está ahí, perdido en Burundi, mientras ocurre la guerra de Malvinas*. En la mesa con sus colegas recordó algo que le dijo Ross Macdonald: *Para escribir una novela se necesita poner todas las fuerzas de las que un hombre o una mujer son capaces. No puede haber dispersión. Me explicaba que él mismo en Estados Unidos, aun en ese monstruoso mercado, no había alcanzado, hasta el momento en que fue* best seller *con un par de novelas, independencia como para poder poner todo lo mejor de sí, de su cuerpo y su mente en cada obra. Y esto es cierto. Es posible que la comodidad no garantice para nada mejores obras, pero la comodidad no está de más: no hay por qué mitificar el padecimiento*.

La generación de la incertidumbre, dirá en esta entrevista; parte de una generación que murió y renació muchas veces, dirá en otra, dos meses después: allí ubica a Piglia, Dal Masetto, Martini, Feinmann, Giardinelli. ¿Qué signa que muchos de esos escritores hayan sido

periodistas? *Alguien que todos los días tiene a la palabra como su oficio tiende al desafío de llevar más allá la palabra que le ha sido dada. Y para trascender a lo que es posible decir cotidianamente existe la tentación de narrar. Hay una línea muy clara de escritores que provienen del periodismo. Hemingway, García Márquez, serían los prototipos, el mismo Vargas Llosa trabajó en una agencia de noticias antes de ser lo que es. El escritor que proviene del periodismo tiene una cierta manera de narrar, relatar o contar historias. Terreno en el que se diferencia totalmente del escritor que proviene de las ciencias sociales, de la universidad o de una formación literaria más estricta, que lo convierten en una persona más preocupada por la palabra antes que por los sucesos que esa palabra puede narrar*.

—¿Cuál es la pregunta fatal del periodista antes de convertirse en escritor?

—*Debería ser: ¿podré salir de la idealización de ser y sentirme un escritor? Pero, normalmente, la que uno se hace, con un terror enorme, es: ¿estaré en condiciones? ¿Podré hacerlo? Y cada libro viene a ser una respuesta a ese fantasma que jamás desaparece.*

Así que ahora está ante el fantasma de *A sus plantas*. Considera que con sus libros anteriores no ha creado algo nuevo; los que crearon algo en la Argentina fueron Cortázar y Borges, acaso Bioy Casares, dice. Los escritores tienen más ego que los boxeadores, sostiene; y también, que él tiene el suyo. Pero le cuesta creérsela. *A mí me fue bien. ¿Hay manera de manejar un éxito sobre todo cuando cae de golpe?* ¿Qué es tener éxito?, le preguntan. *Que te ocurra lo que en este país y en muchos otros se llama éxito: vender muchos libros, aparecer en los medios. ¿Cómo no convertirse en otra cosa?* Se siente presionado para dar respuestas brillantes, para ir a ciertos boliches, para vestirse así o asá. *El periodista de un semanario al que yo le había negado una entrevista me dijo enojado: "Hoy se venden los libros de Soriano, yo tengo que hacer a Soriano". Yo era un jabón: jabón marca Soriano. Pude reaccionar, por suerte. Si me dejo tratar como a un jabón, ¿qué les digo después a mis amigos?*

Le preguntan por su vida en el exilio, por el regreso: París no lo fascinó, aunque vivir allí lo favoreció como escritor, por el acceso a

los editores, por la cercanía entre las grandes ciudades; la experiencia en Europa, a la vez, lo "desargentinizó", lo mantuvo alejado de los colores y sabores propios. *Tengo necesidad de reinjertar mi planta, pero la tierra, la sociedad, no es la misma* —dice: y él tampoco es el mismo —. *Es una sociedad que no saldrá por largo tiempo de una cierta programación que le fue impuesta*. También dice que vivió en diez ciudades y que lo emociona reconocer que las dos únicas veces que eligió con total libertad un lugar se vino a Buenos Aires: cuando se largó a *Primera Plana* y tras el exilio.

Desde agosto ya vivía con Catherine (y los gatos) en Del Valle Ibarlucea 1140, un primer piso ubicado sobre una unidad básica: desde el balconcito a la calle, a dos cuadras y media hacia el norte, a la vista la popular de la cancha de Boca que da a la calle Brandsen; a cuadra y media hacia el sur, la Vuelta de Rocha. Construcciones de los años 20 y 30, con un piso a lo sumo, algunas con frente de chapa, mucho colorido, un conventillo atrás y otro al costado. Estaban encantados en el barrio: al principio compartían el teléfono con los muchachos de la jotapé, que cuando se iban de viaje quedaban al cuidado de los gatos y de las plantas. *Con la gente de la básica todo muy bien. Son progresistas; de vez en cuando nos hemos trenzado en buenas discusiones ideológicas y políticas*. Omar Gasparini, militante y artista plástico, me contó de aquello: "Lo de abajo era un conventillo, bastante destruido, por cierto. Un amigo me lo pasó para abrir un local; nos instalamos y al tiempo, gran alegría, cayó Osvaldo. Un piso entero que no te puedo explicar, lindísimo. Venía cercano del exilio, casado con una muchachita francesa, que lo tenía recagando con la salud". Debatían sobre política: "Él era del campo nacional, pero tenía una gran desconfianza hacia el peronismo. Durante la dictadura yo había estado escondido en un sótano, así que en ese momento tenía un optimismo del carajo. Y aquel me bajaba los castillos de un hondazo, pero bien, con argumentos. Yo pensaba: 'Este es un gorila'. Aunque tenía razón, las cosas que decía una a una se iban dando".

"Era una cosa muy linda, porque la gente se conoce y se saluda, a lo lejos —recuerda Catherine—. En alguna nota, ya para *Página*, el personaje de Llamada Internacional decía que se iba a divorciar, y me

encontré con alguien que me preguntó: '¿Así que se van a separar?'. Yo les decía que no. '¡Pero si está en el diario!'. Osvaldo por ahí tomaba algún personaje del barrio y después inventaba; al lado, por ejemplo, había un viejito al que ponían en el balcón, y después lo volvían a guardar". La referencia parece aludir a "Don Salvatore, pianista del Colón", uno de los textos que enviaría a *Il Manifesto* durante el Mundial de 1986. Soriano trabajaba por las noches en un altillo grande en el que ubicó el escritorio, la biblioteca y algunos retratos enmarcados, Gardel por supuesto, Hammett, Bret Easton Ellis unos años más adelante. Desde allí, con otros noctámbulos, navegaba por larguísimas conversaciones telefónicas. El Negro Vení andaba por los techos, los gatos le entraban y salían. Esta es la casa en la que vivirían cuando naciera Manuel. Si Buenos Aires fue su ciudad elegida, la de la Boca fue su casa favorita.

Pero 1985 sería el año del empantanamiento. "Mientras escribía las primeras páginas de *A sus plantas rendido un león* me hice mil veces la misma pregunta: ¿cómo demonios se hace para escribir algo que merezca llamarse literatura?". Pero ¿no tuvieron, sus novelas anteriores, el disfrute y el elogio de grandes escritores, de miles de lectores, de muy diversos medios, en unos cuantos países? Por lo que dirá cuando publique el libro, las críticas adversas lo mortificaban. Lo rondaba una creencia: que un "don" puede "retirarse" repentinamente. De modo tajante. Había terminado *Cuarteles* en 1979: seis años de sequía, contabilizaba. *A otros escritores los movilizó y les hizo escribir tres veces más el exilio o la vuelta al país: a mí no*, decía. Y aunque se había procurado "las condiciones de comodidad" que mentaba Macdonald, y apenas si escribía algún artículo para medios italianos, se encontraba con este panorama incierto. De acuerdo al estado de ánimo, unas noches avanzaba con el cónsul Bertoldi en Bongwutsi, malaria y patrioterismo con el fondo de Malvinas, y otras, con el comandante Michel Quomo y sus preparativos para encarar su revolución africana. Pero llegó un momento en que no hubo truco que funcionase. "En el verano de 1985, mientras estaba en aprietos, dejaba

a cada rato la máquina para ir a darle de comer a la araña que vive en el resquicio de la puerta de mi escritorio. Esto me distraía de mi empantanamiento y me gustaba verla salir a buscar su alimento deslizándose sobre la transparente tela que rodea su cueva. A cada momento me decía que iba a aplastarla, pero algo, una burda superstición, me detenía". Además del Negro Vení, lo acompañó en esos días el Peteco, un blanco y negro. Hacia la primavera tenía escritas doscientas páginas y se llevaba bien con los personajes.

Una pareja que estudiaba Letras en la UBA lo acompañó también en esa encrucijada: Claudia Pasquini (la hija de Sonia Freites y Pasquini Durán) y Rolando Graña. Soriano y Catherine iban seguido a lo de Pasquini, por donde circulaban muchos periodistas, escritores, dramaturgos: Bortnik, Somigliana, Cossa, por citar a algunos. "Algo típico de esa generación es que a nosotros, que éramos chicos, no nos dieran ni cinco de pelota —me dijo Claudia Pasquini—. Osvaldo fue el primer tipo que me hizo su interlocutora, y para mí fue muy importante. Le interesaba mucho saber qué pensaba la gente de nuestra edad, porque había perdido contacto por sus años en Francia". Graña, que admiraba sus novelas, de inmediato conectó con él. "Como buen narrador, sabía escuchar al otro. Tenía una cosa como de excluido del saber formal, y entonces nos preguntaba mucho por la carrera de Letras, cómo era que estudiábamos". Cuando Soriano tuvo listas las primeras sesenta u ochenta páginas de *A sus plantas* hizo copias para Pasquini, Cossa y Divinsky.

ROLANDO GRAÑA: Una noche vino al departamento en el que vivíamos y nos trajo una copia. Y nos dijo, ceremonioso, como se ponía a veces: "La verdad es que me interesa la mirada de ustedes, y les quería pedir, si no es molestia, si pudieran leerla". "¡Pero claro, dejate de joder!".

CLAUDIA PASQUINI: Yo le hacía anotaciones minuciosas. Después nos pasábamos horas: "¿Por qué te parece que acá no se entiende?", me decía. Muy detallista y obsesivo. Sobre todo con la historia, lo volvía loco que no se entendiera algo de la historia.

ROLANDO GRAÑA: La cuestión es que le destrozamos la novela, esa primera versión del comienzo. Y le pareció bien.

CLAUDIA PASQUINI: A partir de esa devolución, yo era una de las personas que tenía que leer el original. Y creo, ahora, que no era tanto por lo que le aportara: era más bien por cábala. Aunque me dijera "me interesa tu lectura, porque vos estás en la facultad…".

ROLANDO GRAÑA: Me había quedado sin laburo y una noche me llama: ¿No te querés venir a casa? Estoy perdido con la novela…". Me fui hasta La Boca, y ese fue el comienzo de una serie de largos encuentros nocturnos. Me quedaba hasta las seis de la mañana y me tomaba el 29 en Caminito. Tengo recuerdos hermosos de eso.

Por esta época ya había adoptado la computadora y militaba uso y ventajas. Arrancó la novela en su Lettera 22 de Olivetti, en la que había tecleado sus tres libros anteriores, y por relatos de colegas como García Márquez y João Ubaldo Ribeiro dejó atrás el romanticismo de la máquina de escribir y se pasó para siempre a la pantalla, al "texto flotante, susceptible de ser modificado, ordenado y desordenado poco menos que de un soplido". *La cosa me tentaba, por mi disposición a aliviarme la vida cada vez que puedo. Justo recibí una guita por una traducción y me la compré. Había trabajado un año y medio recopilando material para el libro; todo eso lo mandé a la memoria de la computadora, junto con las cien páginas que tenía terminadas, y volví a comenzar, liberado de todo ese universo de lápices, gomas de borrar, tijeras, cintas de pegar y engorrosas pasadas en limpio*.

"Apenas aparecieron acá las primeras Macintosh, él y Pasquini fueron y se las compraron —contó Sonia Freites—. ¡Al mismo contrabandista! Me acuerdo de una reunión grande, con amigos que iban cayendo, en la que hubo una discusión estúpida que duró hasta las cuatro de la mañana, totalmente de borrachos, sobre ¿computadoras sí o no? Y estos eran dos fanáticos".

"La videoescritura no solo facilita y perfecciona la presentación de lo escrito: también reduce el tiempo de trabajo y enriquece las posibilidades de corrección, paginado y visualización de los textos",

apuntaría Soriano en un artículo para *Crisis*, en 1988. Aquí confía que esperaba con impaciencia este invento, que al principio estaba casi solo y que, de a poco, "el miedo al fantasma del futuro desaparece". Como son caras, calcula, en estas tierras expoliadas la máquina de escribir todavía tendrá larga vida. Ya algunos periodistas y escritores, acredita, "se han aventurado en los archivos electrónicos", y nombra a Eloy Martínez, Verbitsky, Isidoro Gilbert, Kociancich.

"Le debo a él mi ingreso tan temprano al uso de la computadora —me contó Kociancich—. Yo escribía en una Lettera 22, con el esfuerzo que eso significa. Osvaldo había hablado más que elogiosamente de mi primera novela publicada, *La octava maravilla*, y a mí me gustaban sus libros, así que nos pusimos en contacto, nos encontramos y nos hicimos amigos para hablar de literatura. Me contó que estaba encantado con la computadora, y yo le decía que me consideraba incompetente, que jamás haría un curso para aprender. Así que me invitó a su casa e hizo algo maravilloso: prendió la máquina, me dijo apenas un par de cosas, y me dejó sola en ese piso alto en el que tenía su escritorio. Y me di cuenta de que me sentía no solo cómoda, me sentía liberada. Fue una magia estupenda. Así que compramos una Mac, carísima, y a los quince días estaba escribiendo mi primer cuento ahí".

Hacia fin de 1985 viajó junto con Tito Cossa a Cuba, para participar del II Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Ernesto Cardenal, Frei Betto y Daniel Viglietti estaban entre los trescientos participantes de las jornadas, que se inauguraron el 29 de noviembre con un discurso de García Márquez. Mientras Soriano charlaba con él, una noche, sonó el teléfono y surgió una cita urgente con Fidel Castro. "Ven, que te lo presento", le propuso Gabo. "¿Qué hago yo en este lugar, caminando al encuentro del hombre que tantas veces ha conmovido al mundo? García Márquez dice mi nombre y el comandante me tiende una mano pesada mientras murmura 'sí, sí, te hemos leído, hombre', y sus ojos se empequeñecen, un poco perplejos ante el intruso".

Publicó en *El Periodista* una semblanza de ese encuentro, “Fidel, el insomne”, en la que aparece la admiración por quien “marcó buena parte de una esperanza hecha de ruido y de furia”, un hombre “que está en el corazón de la gente”, que “no cesa de alborotar a las bellas conciencias de este mundo”, un jefe “que quiere estar en todas partes a la vez, oír, ver y opinar sobre cada cosa que afecte el destino de su pueblo rebelde”. Pero no se trata de un texto aséptico, porque además de pintarse a sí mismo nervioso y deslumbrado, plantea sus interrogantes sobre la continuidad, trabaja con luces y sombras: “Solucionados todos los problemas de educación y salud (dos orgullos de la revolución), subsisten graves carencias en la vivienda, el empleo del tiempo libre y el pluralismo de opiniones tal como se lo entiende en las democracias liberales”. Son apuntes que desentonan con las pinturas idílicas de la izquierda sobre la isla.

Había hecho ya dos viajes a Cuba. En 1977 partió desde Bruselas para ser jurado del Premio Casa de las Américas de novela. Y en 1981 participó del I Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos, donde un episodio lo disgustó. *Teníamos que producir una declaración final de condena a las dictaduras latinoamericanas*, contextualizaba. Trece argentinos eran parte del grupo, entre ellos Viñas, Julio Huasi, León Ferrari, Ricardo Carpani. *Cuando decíamos que se incluyera al Proceso como una dictadura, nos votaban en contra. Recordar esto me parece vergonzoso. Era la alianza que tenía el PC con el gobierno de entonces y que Isidoro Gilbert cuenta en su libro. Nosotros hablábamos de dictadura y ellos corregían: “autoridades militares”. Fue una batalla feroz. Tanto, que hoy nos reímos de que, con Viñas, nos turnábamos para ir a mear, porque si íbamos juntos al volver a la sala de sesiones el párrafo de condena a la dictadura había desaparecido. Viñas terminó con eso poniendo sobre la mesa la figura del Che, para decir que si él hubiese estado ahí habría roto a patadas el congreso.*

Ya en el exilio Soriano cuestionaba al PC. “Y en el 85, mientras yo tenía una postura muy romántica e ingenua a favor de la revolución cubana, él ya tenía sus críticas, no era tan intransigente —me dijo Cossa—. Osvaldo tenía razón. Sobre todo a esa altura”. Porque faltaban cuatro años para la caída del Muro de Berlín. Todavía faltaba

para que Francis Fukuyama proclamara por todas las repetidoras del capitalismo que la historia y las ideologías se habían terminado, consignas que Soriano discutiría desde 1989 en *Página/12*.

Ahora Jacques Derrida, este filósofo francés tan anticomunista, de tanto éxito en Estados Unidos, acaba de sacar un libro cuya tesis central es "rescatemos al marxismo, por favor" —dirá en 1993—. *El oportunismo es tal… Es como decir: "¿Están seguros de que el cadáver está frío?". Sí. "Doctor, ¿seguro?". Seguro. "¿Ustedes saben que no era tan malo? Está muerto, ¿no? Tenía sus costados simpáticos".* […] *No hace falta ser comunista para que duela la caída de la estatua de Lenin. ¿Quién, progresista, no tenía ciertas, muchas o pocas, coincidencias con la visión del mundo de Lenin o de Marx? Yo no soy un experto, soy un escritor que percibe más que razona. Pero es como que se les está yendo la mano con todo esto; hay una cosa que me parece elemental: en el mundo no hay lugar para todos en el capitalismo. Un mundo capitalista, entero, es imposible. No dan los números. Hasta los capitalistas lo dicen. Entonces esta ilusión del Este, de Sudamérica, de ser todos capitalistas ricos, Primer Mundo, no existe.*

—¿Hay algo que te duele particularmente de Cuba y de Fidel?

—Sí, que después de treinta años no se haya podido ganar una doble batalla: la interna y la de la comprensión de los otros. Porque esto es una cosa muy especial, son treinta años de bloqueos, de apuros, de miseria. Y en ese doble cruce lo que más me duele es que quizá lo que esté pasando en Cuba no sea el fracaso, el fin de la revolución, sino una suerte de reconocimiento del fracaso de los medios que usaba la revolución, y por lo tanto un paso hacia la aceptación de reglas capitalistas. Sigo admirando en Castro la idea de morir de pie, de no renunciar: "No me voy a humillar". Esto, en un mundo miserable, donde todo el mundo renuncia a todo y a nadie le importa nada, me causa simpatía de piel.

Desde su retorno a la Argentina siempre votó al Movimiento al Socialismo. *En el 80 por ciento de los problemas sociales, la opinión que expresa el MAS es la que más se acerca a lo que yo pienso. De todos los partidos marxistas que he conocido es de lo más abierto que ha dado la izquierda argentina. Con la caída del Este ellos han salido inmaculados. Esto los fortalece y les abre un crédito que sabrán o no aprovechar. Pero,*

para alguien de izquierda como yo, es de algún modo un deber estar cerca y hasta saber si se puede hacer algún camino juntos. Supongo que seguiré votando por ellos mientras no hagan disparates. Apuesto en realidad a que el mismo crecimiento los desdogmatice. El hallazgo de una figura como [Luis] *Zamora, su relación con los medios y con la gente, colabora para sacarlos de esa elite trotskista y a que hablen más del sueño de Castelli, un argentino, y menos del de Trotsky*.

En octubre de 1986 viajó a Nicaragua e hizo una larga nota, que aparecería publicada en *El Porteño*. "Este texto no oculta mi simpatía por los sandinistas, pero no pretende decir que esa revolución sea maravillosa —consignó—. Lo que vi allá me dejó pasmado, porque nunca había encontrado tanta miseria y solo una ciudad fantasmal puede parecerse a la Managua destruida por el terremoto". Un país donde las viviendas eran tan escasas como los días de invierno. "La revolución sandinista no llegó a despertar los mismos entusiasmos que la cubana, pero sí iguales odios y parecidas calumnias. Quizá porque llegó a destiempo, en medio de la crisis mundial que provocó el desencanto de las izquierdas y el júbilo de las derechas, nuevas o viejas. Tal vez porque solo expropió a la familia Somoza y a su guardia pretoriana, o porque no fusiló a los vencidos ni produjo un líder del carisma de Fidel Castro". Hay algunas alusiones a Castro en *A sus plantas*. En una, casi caricaturesca, unos agentes estalinistas vigilan el cabaret parisino en el que se han refugiado el revolucionario Quomo y otro de los protagonistas, Lauri, un argentino a la deriva en Europa que se enganchará en la aventura. Para sacarse a los fisgones asesinos de encima Quomo les envía una caja de habanos de parte de Fidel: resultan ser explosivos.

A comienzos de 1986 se embarcó en el proyecto de reflotar la revista *Crisis*. Obligada a cerrar por la dictadura diez años antes, en abril reapareció su "segunda etapa". La carga simbólica es grande, porque fue una de las publicaciones culturales más lúcidas de la historia

argentina, y varios de los que allí escribieron habían sido asesinados: Conti, Walsh, Urondo, Santoro. Federico Vogelius, fundador de la primera etapa, se puso al frente como director ejecutivo; Vicente Zito Lema como director periodístico y, trascartón, Galeano y Soriano como asesores editoriales. “En principio la dirección periodística iba a ser dividida, entre Osvaldo y Zito Lema —me contó Claudia Pasquini, que estuvo desde el comienzo como redactora—. Pero fue una locura, porque eran el agua y el aceite. Osvaldo quería hacer una revista moderna, al estilo *Le Canard Enchaîné*, y Zito Lema quería hacer el diario de las Madres de Plaza de Mayo. Ojo, no es que Osvaldo estuviera absolutamente en contra de lo testimonial; lo que no quería es que fuera solo eso. En lo personal, encima, se llevaban pésimo. A las tres semanas la pelea que tenían era irreconciliable”.

En el primer número se destaca un informe sobre las izquierdas en América Latina, con textos de Carlos Monsivais, Viñas, Eva Giberti, León Rozitchner. También se anuncian inéditos de Borges, Benedetti, Héctor Tizón, y una entrevista con Manuel Puig. Soriano escribió sobre Gardel, “Pagar el deslumbrante frac del Zorzal”. El 11 de abril murió Vogelius: Galeano lo despedirá en el número siguiente. “El clima en la revista era insoportable —me dijo Oscar “Oso” Smoje, que fue el diagramador—. Desde lo gráfico por suerte pude aggiornarla, pero los contenidos muchas veces eran lamentables, refritos de refritos. Era una desidia pavorosa”. Smoje y Pasquini cuentan que a las pocas semanas se reunieron en una cantina de La Boca y que Soriano les dijo que era insostenible y que se iba. “Galeano también se apartó, porque no soportaba el manoseo de Zito Lema —recordó Smoje—. En la reunión Soriano nos dijo: ‘Estoy grande para pelear por un nombre. Porque lo que quiere este tipo es quedarse él a cargo de la revista’. Lamentablemente quedó en manos de este personaje, que terminó hundiendo a *Crisis* y a la familia Vogelius también”.

En mi opinión, la revista no satisface las necesidades del momento. Bajo la dirección de Zito Lema está anclada en el pasado y hablando siempre de lo mismo. Me parece una revista vieja, desgraciadamente. En abril del 87 *Crisis* cerró su segunda etapa.

Aunque Soriano es un referente central de lo que podría llamarse literatura futbolera, recién a lo largo de los últimos diez años de su vida escribió unos treinta relatos de ficción sobre el tema. Los primeros surgieron a partir de la propuesta que le hizo el periodista Maurizio Matteuzzi para que a lo largo del Mundial de México 86 escribiera uno por día para *Il Manifesto*. No se trataba de comentar los partidos en sí: la cosa era imaginar textos vinculados con el fútbol "para acompañar las conjeturas de los especialistas italianos". Con Matteuzzi se conocían desde 1978, cuando a Soriano le hicieron en Roma la primera entrevista para este diario de izquierda. Había publicado algunas notas durante el Mundial de España 82, y también lo invitarían para que escribiera *in situ* sobre el de Italia 90. Matteuzzi ha explicado que los textos de Soriano prestigiaban al diario, que el diario contribuyó para que él llegara a un público masivo y que rechazó ofertas con mejor pago para escribir en otros periódicos. Al igual que ocurrió con sus novelas del exilio, cuentos como "Gallardo Pérez, referí", "Táctica y estrategia de Orlando el Sucio", "El Míster Peregrino Fernández" y "El penal más largo del mundo" se publicaron primero en italiano y recién a fines del 87 aparecerían compilados en *Rebeldes*.

Los cuentos están plantados en los años 50 y 60 en Cipolletti y lo tienen a Soriano como personaje, un goleador juvenil al que se le amaga abrir una perspectiva de triunfo en simultáneo con una acumulación de indicios que evidencian que, de no mediar algún milagro, la cosa terminará en alguna zozobra, la comisaría, una golpiza. Canchas peladas, viento, todo bastante precario: un sitio al que van a parar los que vienen dando tumbos, con la esperanza imposible de un golpe de suerte. El Míster con una táctica conservadora, Orlando con alfileres y manganetas: algo que los devuelva a Buenos Aires. Al árbitro Pérez le toca dirigir en Barda del Medio, una cancha en la que todos entienden que deben ganar los locales, porque de lo contrario hay vidas en peligro. "El penal más largo del mundo" es un clásico, con un partido por el campeonato suspendido cuando solo resta patear el penal que decidirá la cosa y el

foco puesto en el Gato Díaz, el arquero veterano del equipo chico. Ya en los 60 Di Paola había oído la historia en boca de Soriano. Dal Masetto recordaba que a él empezó a contársela en un bar, pero un incidente salió al cruce, quedó pendiente el desenlace, y cada uno se fue a su casa. Cuando llegó a la suya, Dal Masetto seguía con la intriga, así que lo llamó por teléfono:

—¿Y? ¿Qué pasó?

—*Quedate tranquilo, se lo ataja*.

En *Il Manifesto* pensaban de antemano que Argentina ganaría el campeonato (y habrá influido ver al Maradona del Napoli). "Y creían que lo mejor era que un argentino escribiera en sus páginas. ¿Argentina campeón? Yo pensaba que los tanos estaban locos. Al final se reían de mí y me cargaban: 'Ustedes son siempre negativos, ¿cuándo aprenderán a ser optimistas?'". Graña vio todos los partidos con él en su casa de La Boca. "Ese equipo venía maldito, hasta antes del Mundial jugaba muy mal —me contó—. Osvaldo tenía un sillón antiguo, tipo provenzal, tres cuerpos, frente al televisor. Argentina ganó en el debut y como era cabulero dijo: '¡Tenemos que ver todos los partidos juntos!'. Y así fue, en el mismo sillón, sentados igual. Él había sido jugador de fútbol y me acuerdo de sus reacciones en los goles contra los ingleses. En el segundo, cuando Maradona arranca desde la mitad de la cancha, él se para y empieza a gritar: '¡Mirá lo que está haciendo!'. '¡Mirá lo que está haciendo!'. Nos abrazamos, por supuesto. Y en el primero, ¡el hijo de puta se da cuenta de que había sido con la mano! Explicame cómo en ese mundo de la prototelevisión color, con muy poquita definición, pudo verlo. Pero lo vio".

Don Salvatore, el pianista del Colón que aparece en varios relatos, se cae de la silla cuando el segundo gol de Maradona y no quiere que lo levanten hasta que termine el partido. También lo enfoca tras la definición Brasil-Francia: "Cuando Platini tiró el penal a la tribuna, don Salvatore escupió hacia el televisor y preguntó a gritos quién era el imbécil que podía comparar semejante salame con el gran Maradona. Se refería a mí, que había escrito en *Il Manifesto* un artículo donde ponía en duda el genio de Diego". En "Maradona sí, Galtieri no", otro de los artículos, cuenta de un concejal de Malvinas que se

desmaya con cada gol a los ingleses. Soriano conocería al Diez recién en el Mundial del 90, en la concentración de la Selección en Trigoria. “Al comienzo fingí no interesarme en él con el propósito de lastimar su orgullo y ganarme su atención —escribiría—. Entonces, para impresionarme, se puso una naranja sobre la cabeza y la hizo bailar por todas las curvas del cuerpo sin que se cayera ni una sola vez. Por fin la atrapó y sin fijarse en mí le preguntó a su amigo Gianni Miná, que me había llevado con él: ‘Qué tal, ¿cuántas veces la toqué con el brazo?’. Yo estaba embobado. ‘¡Nunca!’, respondimos a coro. Maradona sonrió y dijo con voz de pícaro: ‘Sí, una vez, pero no hay referí en el mundo que pueda verme’”.

Si bien las notas para *Il Manifesto* le fortalecían algo el temple, seguía sin terminar de asentarse. Que no las publicara en el país era un signo en sí. La tirria con el radicalismo, recíproca, iba acentuándose. *La cultura oficial no me necesita, ya tiene sus intelectuales. Las cosas que planteo generan rechazo*. “Es un momento en el que no tiene dónde publicar en la Argentina, está excluido del sistema de medios —situó Graña—. Y tiene mucho quilombo con el alfonsinismo, los radicales lo detestaban”.

El viernes 15 de agosto participó en el Centro Cultural San Martín de “Argentina: represión y reconstrucción de la cultura”, unas jornadas de intelectuales organizadas por el profesor Saúl Sosnowski, de la Universidad de Maryland. En rigor, el encuentro era la continuación del que Sosnowski había hecho dos años antes en Estados Unidos. Soriano formó parte de la mesa “Literatura: represión, exilio y democracia” junto a Ana María Shua, Jorge Lafforgue, Liliana Heker, Juan Carlos Martini, Andrés Rivera, Santiago Kovadloff y Beatriz Sarlo. “Utopía: una cultura en deuda”, fue el título de la ponencia de Soriano (la última de la serie), en la que arrancaba preguntándose si los intelectuales no estaban desperdiciando la libertad del momento, y cuestionaba la “cautela” para debatir los grandes temas nacionales no resueltos, para encarar la lucha contra las amenazas “del oscurantismo” que representaban la deuda externa, la

Iglesia, el Ejército y los burócratas sindicales. “Eludimos la obligación de discutir y elaborar el pasado, como si aceptáramos clausurar el debate con la tesis simplista de que la lucha armada fue producto de la locura de unos pocos, y que ella es culpable de todo lo que nos ha pasado”, leyó. Es un texto que, en perspectiva, tiene una lucidez estremecedora; describe un contexto de pobreza, desocupación y dependencia, de falta de proyecto de sociedad. “Las clases dominantes odian los sueños porque son incapaces de producir una poética del futuro. Prefieren el pragmatismo, porque en el terreno de la eficiencia la derecha ha ganado siempre y lo demostró otra vez con el Proceso de Reorganización Nacional, que liquidó una cultura que, al menos, creía en una sociedad mejor, más justa y solidaria”. La explotación parecía haber desaparecido de la Argentina porque no se la nombraba, cuestionaba; la deuda externa era la nueva forma de dominación que ataría de pies y manos a las próximas generaciones hasta al menos el 2010 y esto no parecía quitarle el sueño a mucha gente, advertía; los intelectuales de la posdictadura eran cada vez más fragmentarios, oscuros, elitistas, explicaba, y por primera vez en mucho tiempo “la derecha elegante ha copado el universo de las ideas que hasta hace una década eran monopolio de las izquierdas más lúcidas”, en buena parte a través de “una línea refinadamente reaccionaria que se viste de democrática y anticolonialista, porque ha tenido que volverse más presentable ante la opinión pública”.

Se preguntaba hasta qué punto el combate “por una verdadera democracia” involucraba la literatura: “Estoy seguro de que los escritores tenemos mucho por hacer”, aseveraba, y concluía: “La verdadera salvación está en la audacia intelectual, en la locura creadora. En la utopía, que mantiene viva la esperanza de que seamos mejores”. La ponencia sería reproducida en el número de octubre de *El Porteño* y rescatada más tarde en *Rebeldes,* con una contextualización en la que recordaba que había generado “un poco de revuelo”: “Sosnowski se divierte con estos enfrentamientos entre argentinos: ni bien terminé de leer, la profesora de Letras Beatriz Sarlo, de la UBA, se enojó un poco con la ‘exhortación pugilística’ y el ‘tono muscular’ de mi texto. La prensa reaccionó así: *Clarín* y *La Razón* se

pronunciaron por Sarlo y nos atacaron a Andrés Rivera y a mí por nuestros 'pronunciamientos extremos' (*Clarín*). El matutino *La Razón*, vinculado al alfonsinismo, hizo suya la ponencia de la profesora y la publicó completa".

Y así fue. La polémica fue disparada por el texto de Soriano, señalaban en *Clarín*, y le cuestionaban una "admirable capacidad reduccionista". La crónica de *La Razón*, firmada por Cristina Mucci, también le apuntaba los reflectores: "Todo se desarrollaba dentro de los carriles previsibles, hasta que el eterno polemizador Soriano introdujo la deuda externa dentro de la literatura, al manifestar que era lamentable que los intelectuales no polemizaran sobre ese tema y otros similares —escribió—. La causa, a su criterio, es que muchos se pasaran 'al campo de la derecha'. Tal vez el problema […] proviene del desconocimiento u olvido del tema de la mesa: 'Literatura, represión, exilio y democracia'. Y eso, se supone, implica una cierta orientación en el debate. La opción no es política o literatura, y fue Beatriz Sarlo la encargada de aclarar las cosas. 'No rechazo la discusión política —dijo—, pero me hubiera gustado que se encarara desde el terreno de la cultura, como lo hicieron en su momento Jean-Paul Sartre, los rusos hasta el suicidio de Maiacovski, Bertolt Brecht y aquí, en la Argentina, Ricardo Rojas, Ezequiel Martínez Estrada o David Viñas en la década del 60'".

La ponencia de Sarlo apareció en *La Razón* con el título "Leer, hoy, no es un acto inmediatamente político". En contraste con lo que pasaba durante el Proceso, planteaba. Desde aquí ya puede desplegarse un contrapunto con Soriano: está claro que, para él, sí lo es. Político desde lo temático y podría decirse que también desde lo estético: se reivindica como un contador de historias, quiere llegar a los lectores, trabaja un lenguaje "directo y simple". Sarlo manifiesta su "preocupación" sobre la falta de "debates estéticos" entre los escritores; la crisis entre la literatura y el público, se pregunta, ¿no estará hablando de una crisis en el campo de los escritores? "¿Estamos seguros de que los narradores efectivamente se leen entre sí?", se pregunta, sobre el final. Su texto arranca indicando que durante la dictadura "el peligro y el desafío de la literatura" habían sido

encarados por una franja muy acotada de lectores, “muy próxima al campo intelectual”, “lectura entre pares”, indica. “Pero también fue una etapa de éxitos considerables —sigue—. Asís y Medina primero, luego Soriano en el período de desintegración de la dictadura militar. Y el año pasado, *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez. Para decirlo de manera muy sumaria: las obras de éxito son y fueron aquellas basadas en una fuerte relación referencial”. Sarlo señala trascartón que el vínculo “cuantitativamente importante con el público” se da cuando “el pacto de mímesis entre texto y público incluye, por una parte, cierto tipo de estrategias de representación y, por la otra, proximidad lingüística (representación de la lengua oral, por ejemplo) e ideológica”. En las condiciones de la democracia, postula, resurge la pregunta clásica en cuanto a si “cierta narrativa y casi toda la poesía” no establecen de manera casi permanente “esa relación conflictiva con el público que *desborda los marcos del campo intelectual*”. A modo de ejemplos, propone la obra de Samuel Beckett y *Madame Bovary*, casos de textos incomprendidos inicialmente por el gran público, y luego clásicos.

Establece un programa de convalidación, y a la vez previene observaciones: “Desearía que quede claro que no estoy proponiendo como condición indispensable que la literatura circule en los márgenes”, dice. Y también: “Como diría Sartre, los libros pueden tener lectores futuros, aquellos lectores que ellos mismos construyen. Con esto quiero significar que el efecto de una obra difícilmente puede medirse solo en relación puntual con el presente, aunque existan obras que se inserten activa y productivamente en el presente”. Soriano dirá, seis meses más tarde, algo que parece una respuesta: *No recuerdo novelas que hayan vendido considerablemente y que hayan sido tratadas bien en* Punto de Vista [que dirigía Sarlo]. *Estamos acostumbrados a pensar con una mentalidad seudovanguardista que los únicos escritores interesantes son los que no tienen reconocimiento*.

Pero antes Soriano también pudo despacharse en el “alfonsinista” *La Razón* sobre la polémica, en una entrevista que le hizo Carlos Ares. *La*

verdad es que cuando vine no tenía idea real de hasta qué punto estaba destruido el país —largaba—. *Recibía información, sí, pero no sabía que el golpe había sido tan duro a nivel intelectual, fue un vaciamiento calculado* —aceleraba—. *No creo en la tesis del "lavado de cerebro", me parece que hubo una "reprogramación" del cerebro* —provocaba—. *Hay un nuevo casete, otro programa colocado en la cabeza de la gente, que va a durar mucho tiempo. Ese es el único "éxito" de la dictadura, dejó a la sociedad programada para huirle al debate y en especial para temer a determinadas ideas.*

—Parece que ni siquiera se intenta hablar o explicar qué pasó —tira el centro Ares.

—No se habla de lo que pasó ni de lo que pasa. Este es un país que tiene 4000 kilómetros de frontera con Chile y acá Pinochet es una anécdota. Nos programaron para que no importe nada, ni Sudáfrica, ni Chile, ni Nicaragua, ni nada de lo que nos preocupaba hace diez años. El otro día yo traté de hablar sobre esto en el encuentro de escritores que organizó la Universidad de Maryland. Cuestioné ese regreso de los intelectuales a la época de Rubén Darío, cuando se proponía hablar solo de poesía, de narrativa o de especificidades. Un planteo que el mundo dejó de lado hace muchos años. Hay una totalidad que nos involucra. La poesía, la música, el fútbol, cualquier actividad humana se encuadra en un contexto económico, social, político y cultural determinado.

—¿Cómo es posible mantenerse todavía en ese punto con la necesidad que tiene este país de que sus intelectuales debatan y aporten a un proyecto común?

—Pero cuando lo sugerís te rechazan y marginan. A mí me han reprochado la propuesta de ser más utópicos, más audaces. Ese es el tema de mi próxima novela, la utopía que sí es posible. Porque ahora hay como una negación o muerte de la utopía para aceptar algo muy pragmático. Se supone que si te salís de ahí, atentás contra la democracia. Y yo creo todo lo contrario, que la única manera de afirmar la democracia es probarla por los extremos. En Italia conviven partidos de extrema derecha y de extrema izquierda dentro de la ley y a nadie se le ocurriría pensar que son grupos de locos; no, son distintos y de ideas muy diferentes, nada más que eso. Y además tenés a los movimientos feministas, los homosexuales, los

anarcos, todos ocupan un lugar y la democracia garantiza la diferencia, el derecho a ser diferentes. El otro, el de ser iguales, está en todos los totalitarismos del mundo.

—Algunos cronistas de esa mesa a la que te referías antes te colocaron en el lugar del "petardista" de la noche porque, dijeron, "querías mezclar la deuda externa con la literatura". ¿Por qué y a quién molestás tanto? —tercer centro de Ares.

—Yo reconozco que alguna responsabilidad debe ser mía, en la forma de plantear las cosas. Tal vez me desboco por una cuestión de temperamento, pero nunca de manera solemne, al menos trato de rescatar el humor. Tampoco creo que no pueda hablar con nadie, tengo muchos amigos con los que discutimos estas cosas, pero hay un sector que actúa de mala fe.

Claudia Pasquini pone en contexto el contrapunto y explica que, con la recuperación democrática, volvieron a la carrera de Letras los docentes que habían estado prohibidos: "Viñas, Jitrik, Sarlo, Pezzoni, Panessi, Ludmer. Por un lado era un momento muy bueno, de mucho movimiento y discusión. Y por otro había un desprecio absoluto por la literatura hecha por periodistas. Y Soriano era la cabeza de esto. 'A nosotros el mercado no nos importa', era la divisa. Empezó a haber como una pica entre Saer, que era el modelo de la academia, y Soriano, que era una cosa pasatista, que te cuenta historias como un periodista, 'se lo lee rápido en unas vacaciones y ya está'".

¿En las clases? "En las clases. Y se hablaba de él porque era el escritor que vendía, básicamente, toneladas de libros. Y además era un escritor muy popular, cosa que no sucedía con ninguno de los otros. Sobre todo en la cátedra de Sarlo; bueno, porque daba Literatura Argentina, y en la de Ludmer, Teoría Literaria. A Osvaldo le dolía terriblemente, lo afectaba muchísimo. Tenía una especie de complejo relacionado con eso, con que él no era lo suficientemente culto, lo suficientemente no sé qué. Yo lo viví bastante de cerca porque escuchaba los dos lados. Por un lado era alumna y por otro hablé larguísimamente con él sobre esto".

Tras recordar un comentario elogioso a *No habrá más penas ni olvido* en una efímera revista juvenil, el periodista Daniel Gigena también evocó el rechazo a Soriano: "En una clase en la Universidad de Buenos

Aires me sorprendió que una docente la usara como el ejemplo más acabado de lo que no se debía leer ni mucho menos imitar. En su opinión, Soriano era un demagogo y sus libros estaban llenos de efectos destinados a conmover". Cuando se cumplieron cinco años de su muerte la periodista Patricia Kolesnikov contó en *Clarín*: "No fui amiga de Soriano, no hablamos de fútbol, no me llamó nunca a la madrugada. Las dos veces que nos vimos fueron para mí algo para contar; dudo que él recordara mi nombre. Fui lectora tardía de sus novelas: yo era estudiante de Letras y, aunque nadie lo decía, se sabía que nosotros no leíamos a Soriano. Así fui, virgen de sus libros a buscarlo en marzo del 90 a la Feria del Libro. Lo esperé después de su charla con el público, se sentó a tomar café y a hacer la nota. Terminó llevándome a mi casa en auto. Tiempo después me tocó entrevistarlo de nuevo. Entonces leí todos sus libros anteriores y me pasé dos días atornillada a la cama, llorando de risa por momentos, disfrutando ese paseo porteño por géneros que parecían ajenos".

La palabra "delirante" suele aparecer asociada con *A sus plantas rendido un león*. La historia surgió una noche en la casa de Pasquini Durán y a él le dedica la novela, "por el cónsul, por la amistad". Un diplomático varado en Guyana durante la guerra de Malvinas que vivía en una pieza de hotel, casi nunca recibía el sueldo, no tenía información sobre lo que pasaba en la Argentina, ni contactos. *Este funcionario estaba desesperado, aunque en condiciones no tan malas como el de mi novela. Mientras Pasquini me contaba su historia se me presentó la imagen del cónsul perdido en algún lugar del planeta, que después se convirtió en un pequeño país africano imaginario*. Bertoldi trucha unos papeles para ocupar el cargo, enviuda mientras está en Bongwutsi y por intermedio de Borges se venía dando unos revolcones amatorios con Daisy, la esposa del embajador inglés: ambos le dispensan una conmiseración de distinto calibre, hasta que se sabe del desembarco argentino en Malvinas. Soriano trabaja el grotesco sobre la solemnidad y las formas establecidas, y Bertoldi es un espécimen que sintoniza tics simbólicos del Proceso, la pompa con la escarapela y la bandera, se

pregunta qué haría San Martín en su situación y tiene como principal objetivo fugarse con una valija que carga un millón de dólares. Por su casa cae un guerrillero irlandés, la avanzada para voltear al emperador y establecer una República Socialista Popular: Bertoldi es anticomunista y teme que lo relacionen con un subversivo, pero O'Connell es quien abre la chance de la guita. Por otra cuerda e intercalando capítulos, Soriano trama el encuentro en Europa entre Lauri, un argentino que "alguna vez" había usado armas, que "se había dejado ganar por la melancolía" y busca asilo político, y el comandante Michel Quomo, "fundador del primer Estado marxista-leninista de África", que tiene un plan para "levantar a las masas" y tomar el poder en Bongwutsi. En relación con él puede pensarse en el capitán Thomas Sankara, el revolucionario comunista que fue presidente de Burkina Faso en 1983, que encaró medidas de avanzada social y económica inéditas para África, y sería asesinado en octubre de 1987. Soriano conoció a este personaje impresionante durante su viaje a Nicaragua.

Esta última es la cuerda romántico-utópica del libro: el desencantado Lauri se engancha con el entusiasmo vitalista de Quomo. Y en el camino hay agentes rusos y alemanes, el apoyo de un sultán y de Kadafi, un avión que sigue la ruta del Nilo y un ejército de gorilas que a bordo de un tren desembocan en la capital para derrocar al emperador. Es una novela de aventura política, una sátira en la que Soriano arriesgó algo distinto: no se tentó, por ejemplo, con seguir la saga de Colonia Vela. Estilísticamente también hay variaciones: sigue siendo él, y ahí están sus diálogos ágiles, pero la prosa tiene más rienda. Hasta dos meses antes de su publicación manejaba como título *Zona de exclusión*, en referencia a la que disponían los ingleses sobre las islas y también a la que le marcan a Bertoldi. *Una noche, mientras la releíamos con Tito Cossa para corregirla, me sugirió que el título no lo convencía y me preguntó si había pensado en otros. Yo tenía una lista con unos quince y el primero era* A sus plantas rendido un león*; pegó un salto, "Es ese, Gordo", me dijo. A mí no me convencía. "Vamos a consultarlo con Carlos Somigliana, que es un gran titulero", propuso, y lo llamamos, ya de madrugada. Lo despertamos y sin saber de qué se trataba,*

le preguntamos cuál le sonaba mejor. Y Carlitos, entredormido, eligió el título de la novela".

Verso del Himno Nacional, el título ironiza de cara a las ínfulas de los militares del Proceso y a la vez convalida la revolución en Bongwutsi. "Por primera vez quise que una novela mía no terminara mal. […] Es una novela optimista, en el sentido de que rescata cosas que no están de moda, como la utopía y la esperanza. Y habla también de cosas que ya no se escuchan, la propuesta de mundos nuevos, vidas mejores".

—¿Sabe que se lo ha criticado mucho en la izquierda por esa suerte de rebelión de los primates? —le preguntaron en *El Porteño*.

—Sí, y no deja de ser curioso que suceda. Pensar que una revolución se puede hacer con los monos me parece apostar contra el desencanto y el descreimiento generalizado. Mi intención era decir que, aunque haya que hacerla con unos cuantos delirantes y un ejército de chimpancés, igualmente haremos la revolución.

Nunca escribí un fracaso, pero tampoco jamás me propuse hacer un éxito —planteó en otra entrevista, en *Crónica*—. *Esta fue la novela más complicada, la que más trabajo me costó; no podía descuidar un solo detalle ni dejar de resolver cada situación que planteaba. La utopía de la historia, las alegorías que tenían que funcionar, la cargada hecha con mucho cariño a la izquierda… Más que el éxito económico me puso contento saber que la gente aceptó que nos pusiéramos a contar un cuento a partir de un verdadero disparate que debía ser creíble.*

Y en "la cargada hecha con muchísimo cariño" puede haber una clave. En 1994, en una entrevista con la investigadora francesa Elisabeth Dhaine, decía que quienes lo querían le dijeron: "Vos habías planteado la caída del comunismo", en relación con la novela. *Y no, no es verdad, en la medida en que en ese momento ninguno de nosotros suponía que pasaría lo que iba a pasar*, advertía. Aunque quizás inconscientemente tallara que la única vía era la fantasía, el delirio, el disparate: tenía, para conformarlo, sus miradas directas sobre Polonia, Cuba, Nicaragua, sus lecturas sobre la todavía Unión Soviética. Más allá de eso, en los alrededores de la salida del libro, en *La Razón* insistía: *Pueden sacarse muchas interpretaciones de la novela pero yo me*

quedo con una fundamental: la historia termina con la concreción de una revolución en Bongwutsi.

Fue el primer libro que publicó, en noviembre de 1986, con la editorial Sudamericana. Un año antes Carmen Balcells había rescindido el contrato con Bruguera; Sudamericana contrató además los derechos para publicar el resto de la obra: "Todo el tiempo reeditábamos todos sus libros", me dijo Gloria Rodrigué. "Era una persona afable, tengo un lindo recuerdo de él. Cuando salía un libro nuevo se ponía tan mal… Cada libro era un examen: tenía que ser mejor y más exitoso que el anterior. Y eso, en aquel momento, sin los sistemas informáticos de hoy, se sabía por los corredores, a quince o veinte días de aparecidos: eran días muy angustiosos para él. Cuando lo llamaba y le decía 'Osvaldo, el libro se está vendiendo bien', se relajaba, empezaba a disfrutar". Rodrigué cuenta que Soriano rechazaba algunas entrevistas, que trabajaba bien con los editores (su interlocutor en *A sus plantas* fue Enrique Pezzoni), que tenía muy buena relación con los libreros y que, con cada libro nuevo, se pasaba una tarde escribiendo dedicatorias especiales. "No era un autor conflictivo, él escuchaba, estaba seguro de lo que hacía, intercambiaba. En ese momento teníamos muchos autores importantes, como García Márquez o Cortázar, y seguramente eso incidió para que publicara con nosotros. Era el sello en el que a los autores les gustaba estar".

"Cuando había un libro de él estábamos contentos —sigue Rodrigué —. Era un suceso para todos. En general sus libros aparecían en noviembre, y la cantidad de ejemplares era mucho más alta que la de los demás. Y no publicábamos ninguno que le hiciera competencia, porque era liquidarlo: corríamos a los otros escritores a octubre, o a diciembre. Hay autores a los que no les importa lo que venden, pero a él le gustaba ser *best seller*. Es verdad que la buena literatura no necesita ser *best seller*, pero cuando se dan las dos cosas, ¡qué bueno está!".

En la primera semana *A sus plantas* vendió su primera edición de 10.000 ejemplares. A los tres meses iba por 30.000. Y llegaba a 40.000 tres meses después. Soriano ratificaba su condición de *best*

seller y remarcaba, de cara a buena parte de la crítica académica, su propia zona de exclusión.

15

El corazón de *Página/12*

"Es mucho lo que esta delirante historia hace sonreír, y mucho más es lo que hace pensar: sobre todo, en el fracaso humano y caricaturesco (por ineptitud y equivocación) de todo intento de heroísmo (ya sea público o privado)". Es parte de la crítica de Jorge Masciángioli en *La Nación*, donde considera que en *A sus plantas* Soriano se supera con mucha fortuna respecto de sus novelas anteriores. Le son venturosos los comentarios de Hugo Ferma en *El Cronista* o de Gustavo Beliz en *La Razón*. "Es un optimista alegato contra toda forma de solemnidad y tentación 'intelectualosa' —escribió Beliz en enero de 1987—. Hay un Soriano en su plenitud, con toda la cuota de fantasía que lo caracteriza". Al mes siguiente lo entrevista y le plantea, un punto esquemáticamente, si no se estaría reeditando entre los escritores que cuentan historias (relaciones referenciales) y los "crípticos" (relaciones conflictivas) un nuevo Boedo y Florida (aquella agitación estética y sociopolítica entre grupos literarios en los años 20). *Es cierto, puede ser un fenómeno interesante de estudiar. Aquel enfrentamiento se dio de una manera tal vez más orgánica, con revistas y órganos de expresión institucionalizados. Pero en definitiva se trataba de dos formas de ver y contar el mundo. Hoy, para comprobar este enfrentamiento podría hacerse una encuesta, y preguntarles a nuestros escritores en cuál de los bandos se ubican. Sería interesante, ¿no?* Feinmann y Martini le responden desde *Humor* con un artículo jodón, "Algo huele a podrido en la literatura argentina, las patotas de Nuevo Boedo y New Florida". "Decinos: ¿entre quiénes se da la cosa? —escriben—. Vos proponés que se haga una encuesta, pero a nosotros no nos engañás: vos y tu computadora ya hicieron el laburo. Y si no, explicanos de dónde sacaste que 'escribir herméticamente trae mejores comentarios aunque ese éxito

sea proporcional a la carencia de lectores'".

En *La Razón* además recoge una crítica adversa, firmada por Guillermo Saavedra, que tendrá en un tiempo su devolución. También tiene sus reparos en torno al libro Ignacio Xurxo, en *Clarín*: "El montaje de Soriano revalida su contundente eficacia: nadie abandonará el libro a media lectura, pero quizás al concluirla alguien podrá suponerse cómplice de un simulacro vano. Soriano es, ya se sabe, capaz de manejar apenas trazos sin caer en la linealidad, pero su trama fue más convincente cuando se proyectó contra un fondo de realidad cercana. *A sus plantas rendido un león* va a veces 'demasiado lejos'. No todos se sentirán cómodos 'acompañando' a un ejército de monos en el tren revolucionario y mucho menos se querrán identificar con ese Bertoldi final. Los nuevos héroes de Soriano parecerían cifra de una honda decepción. En todo caso, cada uno sueña los héroes que puede".

A esta altura es parte de la cooperativa que publica *El Porteño*, una treintena de periodistas entre quienes están Lanata, Ernesto Tiffenberg, Eduardo Aliverti, Eduardo Blaustein, Piglia, Ricardo Ragendorfer, Marcelo Zlotogwiazda. En el número de enero escribió sobre la Ley de Punto Final, promulgada por Alfonsín el día de Navidad. "Con voz insegura y mirada ensombrecida, el Presidente anunció la hora del perdón para quienes asolaron el país con una saña inolvidable —arrancaba—. La píldora no debe ser fácil de tragar para los radicales que creen todavía en la vieja, vapuleada Constitución. No es estético quitarse el traje de la ética justo a mitad de camino. Pasar sobre tantos cadáveres, pisotear los derechos de los que solo tenían a la Justicia como esperanza. Aprovecharse de la minoría más dolida para hacer gracia al omnipresente poder militar".

La nota sintoniza por temática con "Crónica de una Pascua inolvidable", que publicaría en mayo, en torno al levantamiento carapintada que encabezaron el mayor Barreiro en Córdoba y el teniente coronel Aldo Rico en Campo de Mayo, con la consecuente reacción popular, la lentitud en la respuesta al gobierno del general

Alais y las idas y vueltas de Alfonsín, con sus históricas “Felices Pascuas” que dos meses más tarde desembocarían en la Ley de Obediencia Debida, segundo eslabón de impunidad. “De inmediato, el decidido general Alais fue a buscar armas y bagajes al Segundo Cuerpo de Rosario y se lanzó por la ruta Panamericana tratando de no molestar al tránsito de los turistas de Semana Santa. Delante suyo iba la Gendarmería para revisar puentes y alcantarillas donde alguien pudiera haber colocado algún explosivo. Pero como el general Alais no confiaba en otra fuerza que la propia, al llegar a los puentes volvía a revisarlos, y esto demoró bastante su marcha de 300 kilómetros. El viernes a la noche el general se adelantó a la tropa y se fue a dormir al hotel Plaza, el mejor de Zárate, a 50 kilómetros de su objetivo militar. Entre tanto, en Campo de Mayo, el teniente coronel Aldo Rico se había pintado la cara de verde y negro, como Rambo, y como los oficiales chilenos, y ordenó a sus cincuenta y dos camaradas que hicieran lo mismo pero sin exagerar, pues quería poder reconocerlos sin necesidad de preguntarles el nombre cada vez que los cruzaba en el patio”. El tono preanuncia el que iba a utilizar en *Página/12*.

Rolando Graña tenía 26 años y trabajaba en una librería cuando Soriano lo contactó con Alfieri en *El Periodista* y lo orientó sobre qué notas proponer en el semanario. “Cosas que él hacía, y en ese sentido era como los personajes de sus novelas, que no iba a hacer algo por vos para luego jactarse de esa ayuda. Me enseñó a pensar las colaboraciones. Y pude dejar la librería, porque me empezaron a pedir notas y en ese momento se pagaba bien. Ahí me llamó Tiffenberg para *El Porteño*; hacia fines del 86 me incorporan como redactor. Enseguida lo meto a Osvaldo en la cooperativa de la revista. Un día Lanata, que era jefe de redacción, me dijo: ‘Presentameló, que le quiero hablar de un diario que queremos hacer’. Así se conocieron”.

“Cuando nosotros hicimos *Página/12* discutíamos con Soriano qué íbamos a hacer: ¿*Libération* o *El País*? Como esquema, soñando —contextualizaría años después Lanata ante Luis Majul—. Y llegamos a la conclusión, ya en aquel momento, de que nunca podríamos ser *El*

País. Porque en la Argentina no hay una burguesía democrática dispuesta a crear una estructura de prensa como la que se creó en España". El comentario da idea del tipo de interlocutor que era Soriano al pensar el periódico en ciernes. *Página/12* cambiaría la impronta y el tipo de periodismo en los diarios de la Argentina, y para que eso sucediera concurrieron varios factores: el afloje de Alfonsín de cara a enjuiciar los delitos de lesa humanidad y el progresivo desinfle de las expectativas que había generado; la simpatía con el gobierno radical de medios como *La Razón* de Timerman y los de Cascioli, *Humor* y *El Periodista*, y la escasez de cuestionamientos desde lo popular y/o la izquierda; la confluencia en un diario de varios periodistas y escritores fabulosos. Y también la pulsión de quien fue su primer director, Lanata. "Yo inventé *Página/12*", suele proclamar. Era el jetón, el que encaraba muchas de las iniciativas y el que tenía la última palabra. Pero no estuvo solo, porque Tiffenberg bregó a la par desde el comienzo. O más, según sostiene el periodista Eduardo Blaustein: "Mientras le duró la modestia, Lanata confesó que no sabía un carajo. El que sostenía el día a día era Tiffenberg: el rigor, el cuidado de la edición. Estaba al fondo, era fóbico. Pero era el que se encargaba del laburo duro y riguroso".

Al principio eran cuatro u ocho hojas de contrainformación, inspiradas en una sección de *El Porteño*, The Posta Post, cuya bajada prometía: "Todo lo que los demás medios saben, pero no pueden publicar". Tiffenberg y Lanata citaban a los candidatos para la futura redacción en el bar La Ópera, y unos cuantos se espantaron ante la rotunda precariedad y el sesgo quijotesco del proyecto. Soriano fue uno de los primeros en agarrar viaje, se subió enseguida. Pasquini Durán no tanto, pero terminó convenciéndolo y fueron hasta el embrión de la redacción, una oficina en Montevideo entre Lavalle y Tucumán. Se encontraron con un grupo de entusiastas que trabajaban muchísimo, aunque algo crudos: no sabían hacer una cuadrícula. Como financista aparecía el empresario Fernando Sokolowicz, aunque con el tiempo se supo que el dinero inicial para el diario provino de un grupo de ex guerrilleros del Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP, cuyo líder, Enrique Gorriarán Merlo, estaba instalado en

Nicaragua.

Soriano acercó al proyecto elementos importantes. El pirulo de tapa, por ejemplo, esa historia breve, potente, pintoresca, paradójica y/o absurda que aparece en la portada. Y la idea de plantear un tema de rotundo predominio en la tapa de un diario, también: esta última, tomada de *Libération*, que admiraba. El pirulo y la impronta entre irreverente y descontracturada provienen de *Le Canard Enchaîné*, un semanario satírico independiente, el más antiguo de Francia, que entrevera información refinada, un sesgo de izquierda y humor. Es factible que el chiste en la portada, que desde los comienzos de *Página* hacen Daniel Paz & Rudy, también provenga de *Le Canard*. Parece natural que Soriano sintonizara con este clásico de la prensa francesa, porque en esas páginas que frecuentó en París están los elementos con los que él mismo nutría su escritura ya antes del exilio. En alguna entrevista Lanata dijo que conoció *Il Manifesto* por Soriano, y que del periódico italiano proviene la idea de anticipar en tapa con un número la página en la que tal o cual autor firmaba un texto. La influencia de Soriano en el nacimiento de *Página* es más fundamental de lo que suele atribuirse: su ADN es clave en el diario.

Horacio Verbitsky también se enganchó de arranque como "redactor especial", de modo más "independiente" de la dirección. "Osvaldo, en cambio, sí estuvo en los preparativos, en las discusiones más de base —me contó Tiffenberg—. De cuando nos sentábamos a pilotear qué íbamos a hacer tengo una imagen de él, con un ejemplar de *Le Canard Enchaîné* que trajo para mostrarnos: yo no sabía qué era, y Lanata tampoco. Y nos divertía mucho, estaba en línea con lo que íbamos a hacer. Yo tenía más referencia en *Libération*. Pero ya veníamos de *El Porteño* con la idea de hacer algo más coloquial, con la aspiración de que esté bien escrito, esto de guardarse un dato para el remate, textos tipo cuento, una historia con desarrollo que dé ganas de leerla. Prohibimos la pirámide invertida o las cinco W de la cabeza, lo que se hacía en otros diarios. Ahora no es tan novedoso, pero en aquel momento… Permanentemente buscábamos cruces entre periodismo y literatura, en la idea de que no eran cosas separadas".

Alberto Dearriba es otro de los periodistas que estuvo casi desde el

comienzo. “Lo que Lanata no sabía y lo que Soriano no ejecutaba era el ‘proceso industrial’ del diario. Cuando Lanata me convoca me dice ‘va a trabajar fulano, mengano, zutano…’, ‘muy bien, le dije, ¿y quién te va a hacer el diario? Porque vos me estás hablando de las lamparitas del arbolito de Navidad, pero te falta el arbolito’. Soriano le ponía el broche, el lujo, como lo ponía Verbitsky, o Dal Masetto en las contratapas. Pero había que hacer el diario, y eso era obra de un grupo muy chico”.

En el número de mayo de *El Porteño* se anunciaba que “*Página/12,* el diario sin desperdicio” saldría a partir del día 19, “todas las mañanas de martes a sábados en su kiosco”. Soriano encabezaba la lista de quienes escribirían, seguido por Aliverti, Verbitsky, Enrique Medina, Bonasso, Briante, Pasquini Durán. La salida se demoró una semana para terminar de afinar el artefacto y por temor al ridículo. Contó Nora Veiras, novata por entonces y actual directora del diario: “En una reunión Soriano levantó un ejemplar y dijo: ‘Esto no es ni un pasquín de barrio, no sirve para nada’”. Catherine evocó algo del estilo: “Cuando hicieron el primero de los ceros, Osvaldo dijo: ‘Esto no tiene que verlo nadie’”. “Hicimos muchísimos ceros, y eran pésimos —recordó Tiffenberg—. Dábamos esta noticia: ‘Amenaza de lluvia en Carlos Casares’. No me olvido nunca, ¡porque ni siquiera había llovido! Era desopilante”. Soriano trabajó a cuatro manos en la edición de esos intentos iniciales.

El diario apareció el martes 26 de mayo y tenía 16 páginas. Para entonces la redacción estaba en el piso 12 de Perú 367: era el mismo edificio en el que había funcionado *Primera Plana*, donde se apareció Soriano recién llegado de Tandil. Las instalaciones y el equipamiento eran muy precarios, aunque eso terminaría contribuyendo a la mística fundacional. Lanata encabezaba el staff, Soriano le seguía como “asesor editorial” y terciaba Tiffenberg, jefe de redacción. Luis Furman era secretario de redacción y Jorge Llistosella, prosecretario. En ese grupo inicial se entreveraban veteranos que ya habían trabajado en los 70 con veinteañeros como Veiras, Camilo Sánchez, Zlotogwiazda, Román Lejtman, Martín Caparrós, Jorge Dorio. Entre los corresponsales estaban Gelman, Bayer y Juan Gasparini. El tema

central del primer número daba cuenta de las ostensibles dudas de los oficiales del Ejército a la hora de jurar por la Constitución y fue escrito por Verbitsky. Soriano escribió la contratapa: “Alfonsín, con el alma en la cara”. Es un retrato exquisito de las marcas físicas y políticas que le generó el alzamiento de Semana Santa. “Ese rostro ajado, ¿contiene todavía las esperanzas de los argentinos que lo votaron en 1983? No parece. Más bien se ven las huellas profundas de la decepción, de la bronca contenida, del desafío de un futuro incierto. Es la cara de un hombre colérico que asimila los golpes y los cuenta para devolverlos uno por uno. Un boxeador vapuleado que busca tomar aire en su rincón. Alguien que, en el centro del ring, enceguecido por los aplausos de los suyos, se encontró con un gancho traicionero y no sabe si ahora, a novecientos días de finalizar el combate, va ganando por puntos o está al borde del nocaut”.

En la noche del 25, después del cierre, la mayor parte de la redacción se fue hasta Impresiones Gráficas Tabaré, en Nueva Pompeya, para asistir al nacimiento: Soriano agarró el primer ejemplar, recién salido de imprenta. Se volvieron al centro, a cenar: la ciudad estaba empapelada con los anuncios, “Despiértese con *Página/12*”. Los 30.000 ejemplares iniciales casi se agotaron. Dos meses más tarde la tirada se duplicó. Hacia fines de agosto se sumaron ocho páginas, el suplemento *Sátira/12* y la edición dominical de 32 páginas.

Soriano llegaba al diario entre las siete y las nueve de la noche y se quedaba hasta el cierre. Escribía en su casa y llevaba las notas a la redacción. Con la edición ya encaminada, se encerraba en un cuarto con Lanata, Tiffenberg y Dearriba a cambiar ideas para el título de tapa. “De los tipos conocidos, con prestigio, fue el que más presencia tuvo —recuerda Tiffenberg—. No era de matarse laburando, era más bien vago, pero puso bastante el cuerpo, sobre todo en la etapa inicial. Estaba cuatro o cinco horas, que para él era muchísimo. Y además de participar en la tapa, muchas veces escribía el pirulo”.

TIFFENBERG: Se cabreaba con las cosas que no le gustaban, pero no

armaba quilombo. Yo siempre me llevé muy bien con él. De arranque era un diario muy desparejo y cuando bajaba nos preocupábamos, y entonces teníamos largas conversaciones sobre qué hacer, qué cambiar. Después, cuando más adelante dejó de venir a diario, llamaba. Siempre estaba atento.

CLAUDIA PASQUINI: Como estaba muy involucrado con el periodismo político y cultural se volvía loco con los errores, al principio. Se pasaban con mi viejo horas, en la madrugada, apuntando cosas, y llevaban el diario marcado al día siguiente.

ALBERTO DEARRIBA: De repente aparecía y decía "Che, no podemos hacer esto, mirá qué cagada, estamos diciendo tal cosa y en realidad es esto otro". Pero no era desagradable en sus críticas.

Lanata contó que tuvo la suerte de pasarle a Soriano borradores de sus libros de ficción y que escuchó de su boca "los mejores consejos para cualquiera, escriba relatos o listas de almacén" y que le contagió su amor por Fitzgerald y por la figura de Belgrano. "En 1987, yo era un chico de 26 años que despertó en un sueño; rodeado de casi todos los autores que leí con pasión en mi adolescencia: Gelman, Bonasso, Bayer, Soriano". Con idas y vueltas, en los primeros años del diario tuvieron una buena relación. Lanata lo admiraba. Quería ser escritor, pero lo suyo no terminaría siendo la literatura. Cuando publicó la novela *Historia de Teller*, a fines de 1992, le pidió que la comentara en el diario. Escribió, Soriano: "Soy amigo de Jorge Lanata (lo poco que se puede a los 49 años con alguien tan joven y audaz), y le reconozco grandezas y debilidades. Igual que él conoce muchas de las mías. Lanata es un torbellino en cambio permanente y en ese sentido, inasible". Ubica al libro entre "los más logrados de la nueva generación de argentinos". Un narrador del hastío que se busca una identidad, plantea. En la ficción el protagonista es un rockero refamoso que se hace un lifting, se cambia el nombre y se instala en Venecia para disfrutar del anonimato. Pero como no lo disfruta "termina por regresar al mundo de los ricos y famosos". A los pocos días, le mandó una esquela: "Te hice la nota, ahora la usás para un

aviso. ¿No te parece que se te va la mano?". Lanata, que por esos días conducía el programa de radio *Hora 25*, usaba un tramo de la contratapa para promocionar la novela. "No sé muy bien qué pensaba Osvaldo de él —me dijo Catherine—. Lo consideraba un tipo inteligente, con posibilidades. Un poco loco. En los últimos años creo que no se vieron más". "No lo quería a Lanata, pero no se peleó tanto", me dijo Sonia Freites. Tito Cossa recordó una escena de mediados de los 90: "Yo lo tenía en un cuadro de honor, pero Osvaldo me puso al tanto: 'No te creas, Lanata no es de izquierda —me dijo—. No te equivoques'".

Lanata se alejó del diario en 1995. A dos años de la muerte de Soriano había variado su percepción del sueño: "Yo laburé con tipos que habían estado con Timerman: Gelman, Soriano, Tomás Eloy Martínez, Pasquini Durán —situaba—. Al comienzo les tenía una confianza enorme, pero después me di cuenta de que era al pedo: los tipos de firma nos daban un pequeño valor agregado, pero no más; en realidad, el diario les servía a ellos. Lo que nos servía era formar gente nuestra, de *Página*. Ese fue nuestro punto fuerte: los equipos de investigación". Ha dicho, en entrevistas más recientes: "Soriano era mi asesor editorial".

Hacia mitad de 1987 Catherine está en Europa: no termina de acostumbrarse a la vida en Buenos Aires. Parece incierta la continuidad de la relación. Se cartean. "Estoy pensando en pasar un par de meses en París, desde mediados o fin de septiembre, pero no sé todavía —escribió Soriano el 7 de agosto—. Pronto voy a publicar un libro de artículos en la editorial de *Página/12* y eso me dará plata como para estar tranquilo un tiempo allá. Ahora Tiffenberg está en París, Lanata se enfermó y estoy solo en la dirección, así que te imaginarás que no es muy tranquilo el asunto. Se habla mucho del diario. Ahora llega a Rosario y vende en promedio unos 50.000 ejemplares estable. Pronto irá a todo el país y habrá suscripción para el extranjero. Porque publicamos dos escándalos y todos los otros diarios, menos *Clarín*, lo citan. Gabetta está pálido de bronca y

envidia. Verbitsky renunció en *El Periodista* y se vino con nosotros. El periodista anda cada vez peor (sé que eso te gusta)". También le cuenta que todavía no sabe por quién votará en las próximas elecciones, que mira en televisión a Olmedo y *La noticia rebelde*, que tiene invitaciones para ir a Canadá y Alemania. Y que será socio en la editorial del diario, que le duplicaron el sueldo y que la inflación es del diez por ciento mensual. "Sudamericana me pagó con atraso y perdí bastante plata, pero pienso que mañana me darán un poco más de 2000 dólares. Creo que como dijo el que me tiró las cartas en Barcelona, nunca seré rico pero tampoco tendremos problemas de plata. Hablando de eso, acá salió el Renault 9, ¡cómo me gusta! Lástima que no tendría dónde guardarlo. En la casa hay problemas con la luz, hace mucho frío y casi no sale el gas". Le pide que le compre y le envíe suplementos culturales, revistas y novelas de Simenon. "Te extraño y los gatos te extrañan, y los amigos preguntan por vos. En este momento la Chiruza está en el techo y se oyen aullidos: me temo que tendremos gatitos para regalar. Una novedad en el barrio y para el mundo: están arreglando y pintando Caminito, lo cerraron y está lleno de andamios y obreros".

A lo largo de ese año publicó una serie de notas sobre temas y personajes emblemáticos. Hay, casi un clásico, una nota sentimental sobre Gardel, planteado como metáfora de una sociedad fracasada. Y otra, bárbara, sobre el Che Guevara a veinte años de su muerte, que recorre su influencia a través del tiempo en Argentina, América, Europa. En "Los invasores de la isla imaginaria" enfoca en el quinto aniversario de Malvinas, y arma una figura entre los militares irresponsables de la guerra con los que, vía Aldo Rico & sus caras de betún, jaqueaban la democracia. En "El candidato de la muerte" escribió sobre el genocida Antonio Domingo Bussi, que aspiraba a la gobernación de Tucumán, y lo caracterizaba como "un jinete ejemplar del Apocalipsis", "un tipo que guardaba reliquias de sus martirios". También perfiló a Pinochet en un acto, "un poco torpe y balbuceante, con voz de pito y mirada de lince cansado", en una escena que lo

remite a una asamblea nacionalsocialista de los años 30.

Varios textos enfocan en algunos de sus escritores de cabecera: Hammett y Chandler, en un suplemento sobre novela negra; Quiroga, a propósito de una miniserie televisiva de Eduardo Mignogna; Borges, a un año de su muerte. Hay que disociarlo para comprenderlo, plantea: por un lado el escritor genial, por otro el insensato con declaraciones terribles a favor de la dictadura, "ir contra las reglas de razonamiento para crear otra que nos permita amarlo y sentirlo como nuestro a pesar de él mismo". Soriano solía citar el final del cuento "El muerto", una de sus frases favoritas entre la literatura universal: "Suárez, casi con desdén, hace fuego". *Como escritor, es muy difícil entrarle de un lado y decir "yo tengo algo opinable sobre Borges…". En un congreso literario por ahí alguien plantee algún reparo, pero uno, desde el oficio, dice Cervantes, García Márquez, Borges, y son los que yo llamo escritores más que humanos*.

Hacia mediados de diciembre en la contratapa de *Página* apareció un aviso que promocionaba su nuevo libro: *Rebeldes, soñadores y fugitivos*. Publicado por Editora/12, contiene cuentos y artículos aparecidos durante los últimos cuatro años en la prensa argentina (*Página, Humor, El Porteño, Crisis*) y extranjera (*Le Monde, Il Manifesto, L'Unità, Merian*). "Un escritor, cuando trabaja también en periodismo, debe hacer un delicado equilibrio entre la pura información y el ejercicio de estilo —escribió en la presentación—. Con el paso del tiempo lo que queda es el estilo: los artículos de Roberto Arlt y de Rodolfo Walsh tenían eso y aún hoy se los lee con placer". Como en *Artistas*, las piezas son presentadas con apuntes que define como "antojadizos y tal vez arbitrarios", narraciones que contribuyen a contornearlo como personaje. Rogelio Demarchi, un académico que decodifica su obra con mucha lucidez, plantea entre ambos libros un "pasaje", una "evolución": si en *Artistas* Soriano era un periodista del mejor diario argentino que se enfrentaba con su director y se convertía en escritor, en *Rebeldes* "grafica su reconocimiento", "la actividad periodística forma parte de la tarea del escritor" y sus enfrentamientos son con el

gobierno radical y con la crítica. “Tanto los artículos como los apuntes construyen el costado picaresco y el costado político de un Soriano que tanto puede ser autor como personaje: el registro mitográfico ya no remite solo al pasado, sino que incluye el presente”, señala Demarchi. *Ribelli, sognatori e fuggitivi* sería publicado en Italia por Manifestolibri en 1991; diez años más tarde Einaudi lo reeditaría con algunos artículos adicionales recopilados de *Il Manifesto* e inéditos en la Argentina sobre Jim Morrison o Cristina Onassis.

En febrero de 1988 viajó a Roma para presentar *La resa del leone*, editado por Rizzoli, con traducción de Vittoria Martinetto y Angelo Morino. Por Rizzoli había publicado, dos años antes, *Artisti, pazzi e criminali*: tras una edición de cada uno de estos dos libros, volvería a publicar en Einaudi. *A sus plantas* aparecería en Francia en mayo de 1991, vía Grasset, con el título *La révolution des gorilles*. El libro sería traducido también al alemán, al danés y al turco. En España y en Chile aparecería publicado por Mondadori narrativa. Desde Roma Soriano escribe sobre el desarrollo económico de Italia y ausculta el lanzamiento a la conquista de magnates como Berlusconi, en un escenario de *yuppies* jubilosos y marginados indefensos, una novedosa y rozagante etapa del capitalismo: “Un tercio de la población queda al margen de la riqueza y no hay beneficencia que la rescate”, en un panorama en el que la modernización tecnológica deja afuera a cada vez más trabajadores. Apostaba a que el Partido Comunista Italiano, por entonces “lejos de haber pasado a la historia”, comprendiera a tiempo las complejidades de la era electrónica: si eso pasara, decía, “Italia podría llegar a ser un día el lugar más creativo de la Tierra”.

De regreso escribió sobre la caída mortal de Alberto Olmedo, el 5 de marzo en Mar del Plata. Sus artículos-despedida componen una serie fabulosa. Porque no maquillaba a los muertos. “Una noche de otoño pasado, luego de separarse de su mujer, me llamó a las tres y media de la mañana, sin disculparse. Le parecía lo más natural la hora, como me lo parece a mí. No nos conocíamos. O mejor dicho, él no se acordaba de que hace unos años, la única que vez que lo vi en

persona, me había pedido que le tirara unos tomatazos para cerrar un sketch en el que hacía —sin éxito— el papel de un mal cómico. Aquella madrugada me dijo que le había ido bien en Mar del Plata, que había 'ganado unos pesitos' y quería interpretar al cónsul de *A sus plantas rendido un león*. Estaba dispuesto a producir la película, a hacer algo digno, 'a pasar a otra cosa'. Le dije que ya había una coproducción en marcha y que habíamos pensado en él para hacer a Faustino Bertoldi, pero no me creyó. Le resultaba imposible imaginarse al lado de italianos y franceses de cartel internacional. Al fin de cuentas él venía de provincias (llamaba 'pueblo' a Rosario) y creía que era solo un cómico de legua, un saltimbanqui de ocasión. Me contó de sus jornadas agotadoras y luego no supe más de él".

Soriano disfrutaba viéndolo. "Incluso lo grabábamos en la videocasetera, cuando estábamos de viaje —recuerda Catherine—. Le encantaba. Se reía mucho cuando hacía el número de Borges y Álvarez". "Un pesar inconsolable para la gente que se levanta al amanecer y viaja tres horas en colectivo. Sin el gran Payaso, este país de incautos, melancólicos y rufianes se queda a solas con sus pálidas. Cada uno de nosotros es un personaje de Olmedo que, quizá sin saberlo, se ríe de sí mismo". No maquillaba al muerto: "En algún momento empezó a corromperse, igual que casi todos sus compatriotas, y su arte se volvió vulgar, degradante, fascistoide. Perdió el pelo, ganó mucho dinero y algunas mañas y repitió como letanías los instantes soberbios en los que había cambiado las reglas de la televisión. Su humor de bragueta le bastaba para hacernos reír. No buscaba la crítica, aunque a veces lograba hacernos sentir todo lo bajo que habíamos caído".

Solía recordar su entusiasmo, aquella madrugada al teléfono, por interpretar a Bertoldi: Olmedo quería hacer la película con su grupo de actores. *Durante diez minutos trató de convencerme de lo buen actor que era el Facha Martel*, contó Soriano. "Yo también leí la novela, porque el Negro quería que hiciera uno de los personajes —dijo en una entrevista Javier Portales, su ladero—. El protagónico era un lindo papel para él, ese cónsul chanta en África". Soriano contaba que en uno de los sketches de Borges y Álvarez, Olmedo largó: "A sus

plantas rendido un león". "Eso creo haberlo escuchado en algún lado", respondió Portales. "Pero cómo, Álvarez, ¿usted no lee?".

Marcello Mastroianni también barajó interpretar al cónsul. Soriano contó que mientras comía en Roma junto con su mujer lo encaró un productor *vestido con pilchas de 7000 dólares y una pinta de chanta terrible* que les dijo que le había llevado un guion de *A sus plantas* a Mastroianni, que en el proyecto estaba involucrado Fellini. No le creyó. Una noche de 1993 sonó el teléfono en su casa de La Boca y pensó que era otro chiste: le hablaba Mastroianni. Estaba en Colonia filmando *De eso no se habla*, dirigido por María Luisa Bemberg, y lo invitó a pasar unos días allá. *"Hace mucho tiempo que quiero hacer el personaje del cónsul de tu novela, pero el director era muy joven"* —contaba Soriano que contaba Mastroianni—. *No lo podía creer. "Una tarde estuvimos con Fellini y él leía el guion". Yo le dije: "No me digas que es verdad". Le conté la historia y sí, era cierto*. Pero era un tren que había pasado. Cuando murió, el 19 de diciembre de 1996, Soriano recordó aquellos días en Colonia: "Me contó que su sueño, a los 69 años que él tenía entonces, era interpretar a Tarzán viejo y descangallado, impotente, lamentable. '¿Por qué no me escribís el guion?'. Le dije que sí, que tal vez". Tampoco pudo ser.

De los primeros tiempos en *Página* hay un par de historias ríspidas. La primera involucra a Martín Caparrós y a Jorge Dorio, amigos en aquella época y encargados de la sección Cultura: mes, mes y medio, fue lo que estuvieron al frente. Ambos se hicieron cargo del espacio poco antes del debut y enseguida cosecharon reparos por sus faenas: varios de los entrevistados para este libro coinciden al respecto. "Tenían muchos enemigos ahí adentro —dice uno de ellos—. Porque además eran muy soberbios: llamaban 'los nac & pop' a los que tenían alguna militancia, se ponían en otro plano. Iban con capas a la redacción". Majul cuenta en su libro sobre Lanata que Caparrós tuvo de arranque "una serie de conflictos profesionales" con el director. El primero, consigna, fue que quiso escribir una crónica en primera persona de cómo los habían trompeado unos barrabravas en una

tribuna: Lanata se opuso. Se putearon. Y al poco tiempo el director lo encaró y le dijo: “No es mi deseo, pero Soriano me puso entre la espada y la pared. Me dijo o él o vos. Y la verdad es que yo hoy lo necesito más a él que a vos”. “Te agradezco la sinceridad —contestó Caparrós—. Decile a Soriano de mi parte que así como él usó su poder para echarme yo voy a usar el poco poder que tengo para cagarlo bien a trompadas”. Escribió Majul que ese mismo día “se encontraron en los pasillos” y que Caparrós le contó, “muerto de risa”: “Osvaldo salió corriendo. Y yo me llevé ocho meses de indemnización”. Son declaraciones a muchos años de distancia de aquello; Caparrós no se había incluido como damnificado directo cuando Montes-Bradley lo entrevistó para el documental que hizo a pocos meses de la muerte de Soriano, donde asevera que “consiguió que echaran de medios donde él tenía influencia a gente que en algún lugar alguna vez había escrito una crítica desfavorable”. Para octubre del 87, a tres meses del incidente, Caparrós publicó en *Página* una nota sobre el Che junto a otra de Soriano en un suplemento especial. Al poco tiempo firmaría contratapas, y más adelante formaría parte de la revista *Página/30*, subsidiaria del diario, donde publicaría sus extraordinarias crónicas.

“Yo con Soriano no tuve ningún cruce directo —me dijo Jorge Dorio —. Simplemente, un día nos llamó Lanata y se decidió, pero no sé quién lo decidió. Eso fue todo”. ¿Y tuvo que ver con Soriano? “A mí no me consta. Pero es lo que se comentó. Viste cómo son los rumores en esos pequeños conventillos. La línea que habíamos impuesto para el suplemento no era que le gustara a Soriano. No tengo una gran contra con él, en términos concretos, y sé que yo no era santo de su devoción, pero jamás tuvimos un comentario o enfrentamiento directo”.

Sonia Freites sostuvo que fue así: “Los hizo volar. Es que no era bueno lo que hacían, para nada. Y Osvaldo venía de lo que había sido el suplemento cultural de *La Opinión*”. Tiffenberg y Dearriba, que estaban bien en el riñón de las decisiones, sostuvieron en cambio que no: no le simpatizaban, pero no creen que lo haya puesto en términos de “ellos o yo”. También hay quienes dicen que era un rasgo de Lanata echarle el fardo a otro. Catherine no cree que los hiciera echar y

sostuvo que, salvo alguna excepción, “no le daba mucha importancia” a las críticas que le hacían. “Osvaldo decía: ‘Mi enemigo preferido es Caparrós’. Le parecía divertida esta pelea con él. Otra cosa divertida que me pasó fue cuando vendí la casa, antes de irnos para Francia”. Un año después de la muerte de Soriano puso en venta la última vivienda que habían compartido. “Y Caparrós vino a visitarla para comprarla. No sabía que era la casa de Soriano. Lo vi llegar con la mujer de la inmobiliaria y lo reconocí, por supuesto. Mi primer impulso fue ‘voy a sacar las fotos de Osvaldo’, pero después dije ‘no, ¿por qué?’. Él no me conocía, no sabía quién era. Cuando llegó al escritorio de Osvaldo fue evidente de quién había sido esa casa. Y estaba como… un poco incómodo. No sabía bien cómo comportarse. Y fue amable”.

Caparrós no compraría esa casa, pero sí el último auto que tuvo Soriano, un Renault 21 blanco. A Catherine se lo compró Montes-Bradley, quien a su vez se lo vendió a Caparrós: a bordo de ese vehículo recorrió 30.000 kilómetros, catorce provincias del país. De esa recorrida salieron las crónicas que compondrían el libro *El interior*.

La segunda historia ríspida fue con Guillermo Saavedra. “Lo único que yo hice fue escribir una reseña muy dura sobre *A sus plantas* —me dijo Saavedra—. Dura pero no ofensiva a título personal; planteaba que la novela era floja, que se repetía, que me parecía que él se decía de izquierda pero que su literatura no lo era. Y proponía, como contraejemplo, a Andrés Rivera. A él, obviamente, no le gustó nada”. El comentario, del 3 de mayo de 1987, plantea que el libro “pone de manifiesto las limitaciones del autor”, y que Soriano piensa, más que en los lectores, en productores de cine que conviertan sus textos en películas taquilleras. Que su humor es antiguo, que las tramas no funcionan, que apela a frases hechas, que el éxito de ventas no garantiza un éxito de lectura. Un discurso pobre en lo ideológico y lo literario, que desplaza a otros más comprometidos. “No puede pensarse una utopía cuando el lenguaje que la expresa es incapaz de volar más alto que las vidrieras donde se exhiben los *best sellers*”.

Unos meses después, cuando cerró *La Razón,* Saavedra consiguió escribir sobre teatro en la sección Espectáculos de *Página,* a cargo de Homero Alsina Thevenet. Y cuando estaba a poco de llegar a las veinticuatro colaboraciones, lo ralearon. "Homero me dijo: 'Es terrible, no hay vuelta atrás. Le dije a Lanata que no te iba a echar, así que te lo dice él'. Fui a hablar con Lanata y me dijo: 'Mirá, el Gordo no es mal tipo, pero está muy enojado…'". Saavedra aseguró que trató de contactarlo pero nunca llegó a hablar con él. Y que Soriano usó su influencia para que se le cerraran puertas en *El Porteño* y *El Periodista*. Al poco tiempo se armó la revista *Babel*, dirigida por Dorio y Caparrós, y Saavedra fue, como secretario de redacción, uno de los hacedores.

"Para mí fue bastante grave el asunto. Cuando Soriano murió varios periodistas vinieron a buscarme la lengua, pero no quise hablar. Me pareció que una cosa era un episodio laboral, una cosa jodida que hizo, y otra es salir a mostrar los trapitos en ese momento. Así que durante muchísimo tiempo no hablé del tema". Otra vez, aquí las versiones difieren. Hay quienes no ubican a Soriano en ese papel; desde adentro del diario, incluso, algunos compañeros señalan que no tenía ese poder de decisión. "Osvaldo se enojó mucho —recordó Catherine—. Decía: 'No lo leyó', porque en la nota había equivocaciones. Pero no creo que lo hiciera echar. Y más adelante, decía: 'En realidad fue una tontería darle tanta importancia a una crítica'".

Chitarroni, que fue a la vez editor de Soriano y parte de *Babel*, contó que en la revista "la leyenda era que pedía cabezas" y que "flotaba la idea de que con él no había que meterse". "También había como un deseo generacional de ruptura —me dijo Chitarroni—. Y si esa ruptura no existía, por lo menos hiperbolizarla, exagerarla. Y Soriano era como la víctima ideal. Que, a la vez, te ponía en la mira, porque se acordaba de cada crítica que le habían hecho". Fernando Fagnani, que también sería su editor, sostiene que Soriano le contaba de esos enfrentamientos convencido de que tenía razón. "No, la versión de las víctimas no era muy distinta a la de él —me dijo—. Lo justificaba: fue por esto, por esto y por aquello. Él tenía una zona complicada con el reconocimiento de la academia. Y si bien ni Caparrós, Saavedra o

Charlie Feiling eran de la academia, no eran Puán, por presencia estética y por *Babel* parecían parte de la academia, y en todo caso se investían con la capacidad de sancionar como la academia sanciona. Por supuesto, vos podés tomar la sanción en serio o no. Pero Soriano lo sufría".

En su prólogo a la reedición de *No habrá más penas ni olvido* de 2003, Feinmann cita al filósofo Raúl Cerdeiras: "A *Punto de Vista, La Ciudad Futura,* El Club Socialista, en definitiva, al alfonsinismo, le asignaron los laureles de la democracia, que después de un arrepentimiento público por las locuras de su juventud y de escupir una y mil veces sobre la tumba del viejo Marx, fueron premiados con todo el aparato cultural de la Universidad de Buenos Aires". Puntualiza Feinmann: "Fueron los pequeños discípulos de tan vastos maestros quienes se arrojaron sobre el lenguaje de Soriano y sus historias 'sencillistas'. No fue un odio liviano, pasajero. Fue una épica. En los 80 cundía el 'pensamiento débil' de la posmodernidad pero en los odios, exclusiones y silencios, los espacios se defendían y se conquistaban a dentelladas. […] Siempre que les fue posible pusieron veneno, abundante, en su café", remata.

"Cuando un gato tira un objeto al suelo no lo hace por descuido o error de cálculo —escribió Soriano—. Lo hace a propósito, y ese detalle (el valor del objeto lo tiene sin cuidado) es parte de su lenguaje. Reclama o reprocha algo, pero siempre es imposible saber de qué se trata cuando ha comido bien".

"También habría que decir que Soriano consiguió un montón de trabajos a muchos otros, que por ahí lo olvidaron muy rápido —señaló Claudia Pasquini—. Conmigo, sin ir más lejos. En el oficio hay mucha mezquindad y poca generosidad". El periodista y escritor Camilo Sánchez es uno de los que entró en *Página* por Soriano. Lo conoció a fines de 1986, por la entrevista que le hizo para *Libre*, y a comienzos del año siguiente lo echaron de Perfil. "Supe que se estaba armando el diario y que él iba a estar ahí, así que lo llamé una noche —me contó —. Le expliqué que estaba sin laburo y el chabón dijo: 'Esperá, dejame

hablar'. Una hora y media después me llamó: 'Ya hablé con Lanata, andá a verlo mañana'. Así entré a laburar en *Página*, dos semanas antes de que saliera. Y no es que después lo frecuenté, porque… entre la timidez que a uno le da conocer a quien admira mucho, y que yo estaba en un viaje de percepción rara… Como era 'de su riñón', supuestamente, no lo quería joder". Sánchez no conoce pormenores de estos conflictos. "Yo no entiendo esto de fagocitar a los mayores. Y sí, en cambio, lo de cierta reverencia hacia los mayores. Podés discutir, y todo, pero hay tanto para pelearte del otro lado de la cancha. Pelearte con Soriano… Nunca lo entendí a eso".

Hacia mediados de 1988 trabajaba en una novela que llamó, provisoriamente, "Agente confidencial". Es el embrión de lo que será *El ojo de la patria*. El disparador surgió un par de años antes, mientras estaba empantanado con *A sus plantas rendido un león*. Fue a caminar por el Père-Lachaise, a visitar en el bloque 89 la tumba de Raymond Roussell, porque en tanto autor de *Impresiones de África*, acaso pudiera echar alguna mano, inspirar de algún modo. "No sabía cómo salir del paso y, naturalmente, acudí a Roussell", escribiría Soriano. En algún momento reparó en un aparatoso busto de mármol a dos tumbas de distancia que lo hizo pensar en un general de la Primera Guerra o en el ganador de un premio literario, así que se sorprendió cuando vio la inscripción en el monolito: Julio Carrié *Docteur en (¿Droil?)* Inspecteur General Des Consulats *Agent Confidentiel Du Gouvernement Argentin* 1857-1910. "Por supuesto, ningún servicio secreto identifica a sus muertos. La tumba tan ostentosa y la placa delatora son obra de alguien que lo quería mal". Tomó apuntes y referencias. Y aunque en ese momento no lo pensó como un personaje subsistieron sus señales con el correr de los meses y se corporizó como protagonista de la novela. Le decía a Inés Pardal, en el *Buenos Aires Herald*: *Estoy obsesionado con la idea de este hombre enterrado en París, en cuya lápida puede leerse "espía argentino". ¡Otro chanta argentino! Me traje fotos de su tumba, llamé a Cancillería con pocas expectativas y, para mi sorpresa, me dijeron que sabían bien de quién les estaba hablando y que podían*

facilitarme información, cosa que rechacé instintivamente, porque no soy un historiador o un escritor realista, y los hechos verdaderos limitarían mi imaginación.

—Aquí, con este mundo de espías, así como con el falso cónsul de *A sus plantas*, está mirando en profundidad los territorios de Graham Greene… —apuntó Pardal.

—*¡Graham Greene es mi último amor literario! Estoy sumergido en sus libros ahora. Y creo que es uno de los más grandes escritores vivos.*

The confidential agent es el título de una novela que Greene publicó en 1935. Como antes que la historia del espía aparecerá en el camino del lector otra novela, *Una sombra ya pronto serás*, conviene aprovechar la vía que abre Greene. *La cantidad de prejuicios que yo tenía con él* —le decía a Mempo Giardinelli—. *Un tipo católico, que cree en Dios y en los curas, para mí no valía la pena: ¿qué idea del mundo podría tener un hombre así, como para leerlo? Y sin embargo un día empecé, como por azar, y hoy lo sigo, lo releo y le debo grandes momentos y reflexiones de mi vida*. En octubre de 1988 lo retrató en *Página*: "Escribir una novela es un poco como meter un mensaje en una botella que uno arroja al mar y luego será leída por amigos o enemigos inesperados", citaba Soriano de *Ways of scape*, un libro de apuntes autobiográficos, y es fácil ver su identificación allí. Lo deslumbró sobre todo *El factor humano*, un libro que escribió cuando tenía 74 años. Volvió a escribir sobre él cuando murió, y recogería ese texto para *Piratas*. Le apasionaba de Greene el tratamiento en sus novelas de temas como la piedad, la justicia, el castigo, con personajes que "vivían la angustia de una ética tironeada entre Dios y la Nada". En esa despedida recordó que en los años de la dictadura Greene adhirió a una carta que le envió Gelman, en la que denunciaba las desapariciones en la Argentina.

Lo ponía en tándem con otro de sus admirados, Georges Simenon, y decía que había "llorado como un chico" cuando murieron. "A diferencia de Graham Greene, el otro gran 'viejo', que busca un Dios misericordioso a través de los pecados de la Creación, Simenon acepta al hombre como es: inexplicable. Los dos han tratado temas similares y creado personajes perdidos en la bruma de una vida sin esperanza,

pero el autor de *Las hermanas Lacroix* llegó a tanta gente con sus libros que sus personajes ya se confunden con el común de la vida". Lo adoraba, le impresionaba su llegada a los lectores (500 millones de ejemplares en 55 idiomas) y decía que tenía que haber ganado el Nobel. Leyéndolo descubrió, decía, cómo se podía escribir despojadamente de los grandes temas sin énfasis. "En verdad, era un hombre simple, agobiado por las desgracias, sorprendido por su extraña facultad para construir personajes cotidianos enfrentados a situaciones extraordinarias. Todo gesto humano —aun el más oculto e inconfesable— le era familiar, y aunque se dijera que era el Balzac de este siglo, no podía tomárselo en serio. Nadie más incapaz que él de teorizar sobre un arte que dominaba hasta hacerlo parecer tan simple como beber un vaso de agua".

Su primera nota de 1988 en *Página* está dedicada a Gelman, de regreso en la Argentina tras el exilio. "Perseguido por la dictadura, condenado a muerte por los Montoneros, con los que rompió en 1979 con una severa crítica, procesado por un juez que tiene una curiosa interpretación de la ley, tuvo que esperar cuatro años de gobierno constitucional para estar entre los suyos. […] Abrazará a los amigos, visitará la tumba de su madre a la que no vio morir, comenzará la búsqueda de su hijo Marcelo, su nuera Claudia —desaparecidos durante la dictadura— y de su nieto, que nació en cautiverio".

En febrero escribió sobre el asesinato de Alicia Muñiz en manos de Carlos Monzón, donde traza el recorrido de un ídolo que fue de canillita a campeón, transcurrió por "*la borrachera* y la fama en un país sin grandes ejemplos de trabajo creador" y desembocó en el femicidio de su ex mujer. En junio retrató el fenómeno de *Salsa criolla,* la obra de teatro de Enrique Pinti que llevaba cuatro años ya de éxito, un ajuste de cuentas a las puteadas que recorría la historia argentina y desembocaba en el presente, ante una clase media y media alta que asistía para que le expliquen "cómo es de canalla, de arbitraria y de cobarde". Hacia mediados de julio cruzó la cordillera para formar parte de Chile Crea, una reunión de la que participaron unos

doscientos intelectuales de todo el mundo. De cara al plebiscito que empezaría a marcar el final del gobierno de Pinochet, Soriano hizo una crónica sobre la situación, las privatizaciones y la represión, quinientos sesenta presos políticos, unos cuatro mil exiliados. El dictador, las fuerzas armadas y los *yuppies* "no parecen dispuestos a renunciar a quince años de privilegios, erigidos sobre miles de muertos y la humillación de un pueblo que durante un siglo fue el más legalista y democrático de América Latina". Hacia agosto se involucró en la suerte de *Diatriba de amor contra un hombre sentado*, primera obra de teatro de Gabriel García Márquez, que estrenó en el Teatro Cervantes con Graciela Dufau como protagonista. Soriano contó que recibió el original unos meses antes y que García Márquez estaba nervioso ante el estreno, que producto de la puesta en escena el resultado fue fallido. "Como soy su amigo sufrí más que él, porque yo sí estaba allí".

El desbarranque del gobierno fue tomando velocidad: el año abrió con una segunda sublevación carapintada, en Monte Caseros (Aldo Rico otra vez), y cerró con una tercera en Campo de Mayo, con el impulsor de los fundamentalistas, el coronel Mohamed Alí Seineldín, al frente. "La capitulación de Semana Santa y las leyes de Punto Final y Obediencia Debida animaron a los subversivos a intentar la conquista de nuevos espacios —escribió en diciembre—. Mientras haya impunidad, habrá espacio para conmover a la democracia". Salarios cada vez más deteriorados, inflación en crecimiento, protestas sindicales, proyectos de privatizaciones, perspectivas de ajuste: perfumes de la tempestad. Soriano aborda el panorama socio-político-económico con diversos registros y eso es una marca, entrevera tonos, temas, matices. Hacia mitad de año retrata a Eduardo Angeloz, el candidato radical para suceder a Alfonsín: en un diálogo con un asistente lo pone preocupado por la imagen que pueda dar ante el FMI y por despegarse de cierta aura "socialista" del presidente. En su balance de fin de año intercala tramos de *Tifón*, la novela de Conrad, y avizora lo que viene: "El gastado Alfonsín va al mando de un barco

apestado, sin mapas ni mástiles y ya avizora la costa donde aguarda, ojalá, otro piloto más ducho y sensible. El capitán lleva el rostro ojeroso de mal dormir y ha perdido el favor de tripulantes y grumetes. Se asemeja a ese personaje de Conrad, el sorprendido capitán Mac Whirr, al que se le soltaron los chinos de la bodega en pleno ciclón. Es un corazón simple, apagado por las tinieblas".

Durante el primer año en *Página* había escrito un par de contratapas "dialogadas"; a lo largo de 1988 escribió nueve, un conjunto que da cuenta de un "laboratorio" en el que fue probando voces: la charla con un periodista francés en un bar destartalado de La Boca en torno a la interna peronista; una conversación delirante con Jesús Iglesias Rouco, servicio-director de *El Informador Público*, que había escrito que Soriano trabajaría en el equipo de campaña de Dante Caputo; otra conversación con el dueño de un Rolls Royce, un millonario melancólico que le ofrece el auto para que lo maneje hasta Caminito; y otra, también a orillas del Riachuelo, con "un profesor catalán" (que remite en parte a su padre), un republicano revolucionario que está en la miseria. El 13 de noviembre publicó el diálogo que terminaría abriéndose camino: "La duda externa" es el primero en el que Soriano habla con el periodista que lo llama desde París y lo sondea para que escriba para el "Créase o no" sobre los desquicios de la Argentina. En este texto ya tiene definido el estilo, un ida y vuelta/peloteo muy ágil que camina por el desquicio, que alcanzará su clímax durante el menemismo. "Le cuento por si le interesa: acá en París, Menem parecía el embajador de un emirato árabe al que se le acabó el petróleo. Lo que dice no se le entiende y lo que cuenta no es de este mundo. Pero bueno, ustedes ya le hicieron la guerra a la OTAN, así que se puede esperar que voten cualquier cosa en las elecciones. Me dicen que los otros candidatos no son mejores". Hay tramos que son postales de época:

—Aerolíneas Argentinas le vende el 40 por ciento del capital a SAS pero tiene que depositar una garantía en el extranjero y cede el control de la empresa.

—Ajá. En cualquier parte es necesario comprar el 51 por ciento. Eso vale cien dólares. Mándeme treinta líneas.

—ENTel hace lo mismo con Telefónica de España.

—Bueno, si los argentinos están de liquidación lo suyo baja a cincuenta dólares.
—Menem va a dar un salariazo en cuotas.
—Eso ya lo dijo acá. No me sirve. Deme algo que haga sonreír al lector europeo.
—Angeloz promete dientes apretados y años de esfuerzo.
—Bueno, eso son solo promesas. Mitterrand prometía reducir la semana de trabajo en cinco horas y solo le bajó una. Todavía trabajamos treinta y nueve horas por semana en Francia. Esto no es ninguna fiesta, ¿sabe?
—Acá hacemos doce por día y Angeloz quiere que trabajemos más.
—¡Ah, ahora se entiende lo de Menem! ¿Vio que todo se explica, aun en la Argentina? Escríbame treinta líneas por veinte dólares.
—Antes me dijo cincuenta.
Le mando veinte y capitalizo treinta por la deuda argentina. Sorrouille se lo puede explicar mejor.

Del tono humorístico de ese texto no quedará una pizca para el que publicó el 24 de enero de 1989: un grupo del Movimiento Todos por la Patria, craneado por el guerrillero Enrique Gorriarán Merlo, copó el cuartel de La Tablada con el argumento de que así estaban frenando un golpe de Estado. Fue una masacre, con siete integrantes del Ejército, dos policías y treinta y tres miembros del MTP muertos. “Si a este país le faltaba una nueva tragedia, esta ocurrió (o empezó a ocurrir) ayer —escribió Soriano—. En medio de la confusión, de los obuses, la metralla y el fuego, resurgía el poder militar en todo su esplendor. De golpe, al amanecer, decenas de insurgentes aparecidos del fondo de los tiempos, empujados quizá por la intoxicación de los servicios de inteligencia, se lanzaban a una aventura demencial que al anochecer se había convertido en una catástrofe para la democracia y aquellos que buscaban ampliar su contenido participativo y popular”. El diario fue un tembladeral en esos días, sospechado de tener vinculación con el ataque. Está históricamente demostrado que no fue así.

Un episodio contribuyó a que Soriano se alejara de la elaboración cotidiana de las tapas del diario. Cuando Seineldín encabezó la tercera intentona golpista, en diciembre del 88, Lanata firmó algunos pirulos de tapa y Soriano se cabreó, porque lo que hasta ese momento había

sido una elaboración anónima de autoría variada, con ideas e historias que cada uno traía y escribía, de repente aparecía ante el lector con un autor exclusivo: el director. Que, cuando el copamiento de Tablada, volvió a colocarse en esa marquesina. Soriano lo consideró un pacto roto.

En el balance de 1989 pasaría más tiempo instalado en París que en Buenos Aires. Para marzo estaba junto con Catherine en un departamento pequeño que compraron, un quinto piso sin ascensor sobre rue Erckmann-Chatrian, en el Distrito XVIII. "Es todavía un barrio de árabes y negros, el más pobre de París —describe Catherine —. Ahora en esa zona hay una parte muy rica, y otra todavía está anclada en el tiempo. Tiene un muy lindo nombre, el barrio: La Gota de Oro. Osvaldo tenía buena relación con los vecinos, iba a un negocio de árabes a hacer las compras. Le encantaba instalarse unos meses, iba a las librerías y pasaba horas". Volvieron a contratarla en el hospital des Diaconesses, una maternidad en la que cada tanto retomaría su oficio de enfermera.

Así es que desde marzo empezarían a aparecer notas a propósito del Bicentenario de la Revolución Francesa, que allí se conmemoraba "con pompa y ceremonial, pero sin mucha pasión", describía, "una memoria con muchos olvidos", con los moderados en primer plano y el bajo perfil para "los años de la guillotina y el comunismo utópico". La serie de notas es riquísima, repleta de matices e idas y vueltas entre París y Buenos Aires: se trata de la revolución que "allá lejos iluminó a Moreno, Castelli y Belgrano", anota por ejemplo. Es un momento de opulencia en Francia, presidida por un Mitterrand al que por entonces se lo llamaba "Dios", con cifras florecientes de la economía y abundantes recursos volcados a la cultura. "En estos años de bonanza se ha construido una vistosa pirámide de vidrio en el Louvre, un gigantesco parque cultural en La Villette, el museo de arte moderno de Orsay y una ópera popular en la Bastilla", inventariaba. La descomunal iluminación de la torre Eiffel en contraste con los cortes de energía porteños; la inflación anual de 3,1 en Francia contra la que emprendía su galope fenomenal en Argentina —78,5 solo en mayo—, a la par de una devaluación demoledora. "Además, la deuda externa

ha desaparecido en un solo año como por arte de magia —explicaba —; son los países del Tercer Mundo (un término poco grato en Europa) los que envían a los bancos de Norteamérica o Suiza colosales remesas de capital: 105 mil millones de dólares en 1987, según un informe oficial publicado este mes. Si la crítica situación de los países pobres preocupa, nadie se siente corresponsable del desastre; después de todo, el gran capitalismo nunca les prometió a sus socios de la periferia un brillante jardín de rosas".

—Oiga, ¿por qué volvió? Seguro que apostó al dólar.
—Hay elecciones.
—Justamente. París está a más de quinientos kilómetros. Ni siquiera tenía que pagar la multa por no votar.
—Quería ver a la gente en la calle. Un día de felicidad entre tanta pálida no es para perdérselo.
—¿Felicidad para quién? Mi mujer se despierta gritando todas las noches.
—La democracia tiene esas cosas. Hoy se gana, mañana se pierde.

En la última semana de abril estaba de regreso: no se quería perder la votación. El dólar daba unos saltos tremendos día tras día, y en la tapa de *Página* era protagonista a menudo el retrato de Washington en los billetes, desde donde se le veía decir cosas como "no llores por mí, Argentina", "Estoy hecho un demonio" o "Hasta que no me den un ministerio no paro". "Dios existe", tituló el diario cuando renunció al Ministerio de Economía Juan Vital Sorrouille; pocos días después, con el reemplazo de Juan Carlos Pugliese, la situación recrudeció: "Volvé, te perdonamos", proponía la portada. Seguían los cortes de luz, Obras Sanitarias apenas suministraba agua, los teléfonos funcionaban pésimo, los precios daban saltos surrealistas. Las fuerzas del establishment le pasaban todas las facturas a Alfonsín.

"No es el mismo del 83, pero se va sin rencores —escribió en 'El vals del adiós'—. En alguna parte, Alemann, Krieger Vasena y los otros deben haber sonreído: la capitulación de este año ante los depredadores del trabajo ajeno debe haber sido tan amarga como las anteriores, ante los militares y ante los sindicatos. Habría que preguntarse si la derrota era inevitable, si aun desde la perspectiva de

este gobierno no valía la pena luchar un poco más, jugarse el resto, terminar el combate de pie". Advierte que nunca antes un presidente había enfrentado una coyuntura tan difícil, subraya el gran apoyo popular y el reconocimiento en el exterior y plantea que, quizás, Alfonsín soñó de verdad aquello de la democracia mágica que cura y da de comer, y que por eso escuchó tanto a los adulones de la corte, a los economistas de simposios y a los sociólogos desencantados.

A una semana de la elección charló con varios muchachos de la unidad básica que funcionaba debajo de su casa, que apostaban confiados por la candidatura del Menem que había prometido "la revolución productiva" y un "salariazo". Gasparini, aquel militante y artista plástico, había modelado un Menem de gomaespuma, una figura emponchada que llevaba una llave en la mano, con el que había yirado por la ciudad a bordo de un enclenque Fiat 600, en tren proselitista. ¿Cómo piensan que será la Argentina justicialista de los 90? "Será solidaria, auxiliará al más necesitado, dará trabajo y castigará a los especuladores", respondía Gasparini. Primero las deudas internas, después ver qué se hace con el FMI, planteaba alguno. Y otros enfocaban en que el caudillo riojano representaba la América Latina profunda y mágica, con virtudes incomprendidas por "los ilustrados" de la izquierda o el radicalismo. "Esta unidad básica, como tantas otras, espera con serenidad la noche del 14 de mayo. Ese día, dicen, empieza, como por arte de magia, una vida mejor".

Menem fue elegido con el 47 por ciento de los votos. Vuelven ahora los "cabecitas negras", escribió Soriano, a buscar su parte de justicia, el trabajo que les falta, el sueldo que les deben. "Hay quien piensa que los peronistas no saben de pluralismo ni de derechos humanos, como si no hubieran dado su cuota de dolor en los años de la dictadura, en la guerra, en las villas miserables, en la servidumbre de una deuda que los dejó fuera de la fiesta democrática y los empeña por lo menos por dos generaciones". ¿Podrán soportar otra frustración?, se preguntaba, ¿o serán —por encima de sus contradictorios dirigentes— la fuerza y la inteligencia que cambiará la historia? "Es difícil saberlo: en esa

impresionante mayoría hay progresistas y también oscurantistas de mullidos sillones". Lo fácil, graficaba, era saber qué país querían quienes votaron por el peronismo. "Nada del otro mundo, pan, trabajo, paz y libertad. Un objetivo posible, siempre que los verdaderos poderes, a los que Menem vio de cerca en la Sociedad Rural y en las mansiones de la señora Fortabat, le permitan una distribución más equitativa de lo que hay y de lo que vendrá".

A una semana de las elecciones auscultaba, en "Si ves al futuro", a quienes habían doblegado a Alfonsín y operaban a toda máquina para condicionar a Menem, para que al asumir fuera, ya, "un trapo inservible". "Sin duda aman a los niños y alguna vez cantaron la Marcha de San Lorenzo —escribió—. Liberales, claro: capaces de desnucar a cualquiera si hay un dólar en juego. Para hacer un póquer con ellos hay que poner una pistola sobre la mesa, pero ni eso alcanza. Siempre habrá detrás nuestro un tipo silencioso con un Colt en la sobaquera". Hay, en el texto, varias definiciones extraordinarias: "Son de mal gusto, pero no lo saben. Hambrear a la gente es de capanga, no de capitán". Observaba que, por las dudas y para mejor, se llevaban todo. "Preventivamente. Está más segura la plata en Nueva York. No se pagan impuestos federales y el dinero está siempre disponible".

El gabinete nacional renunció, Alfonsín anunció una etapa de "economía de guerra", se produjeron los saqueos de supermercados en Rosario y el Gran Buenos Aires. "Síganme, no los voy a defraudar", decía Menem en campaña, y sus primeros pasos tornaron esa frase una obra cumbre de la chantada: anunció que su ministro de Economía sería el vicepresidente de Bunge & Born, Miguel Roig; transó con los grupos económicos que surgieron durante la dictadura y se consolidaron durante el alfonsinismo; ubicó a Domingo Cavallo como canciller para negociar la deuda; posó para la foto con Álvaro Alsogaray, y presentó a su gabinete en el programa de Neustadt. Las cifras de la economía eran ya estratosféricas: hacia fines de junio el dólar había subido, desde comienzos de febrero, ¡3400 por ciento! En una semana los precios llegaron a duplicarse. El establishment forzó el alejamiento adelantado de Alfonsín y dejó una marca doble: represalia para el saliente, amenaza para el entrante. Menem asumió el 9 de

julio, pero a esa altura Soriano ya estaba en París, y había enviado varios artículos desde allí. “Después de la hambruna de Alfonsín, el doctor Menem les ha dado los cubiertos a los que esperan el postre”, escribió el día del recambio: aludía al “milagro de entronizar a los Alsogaray”. Es más duro con Alfonsín que con su sucesor: acaso porque había tenido expectativas.

“El dolorido Alfonsín llega a puerto sin gloria, encallado en sus propios amaneceres de ilusiones gigantescas: Viedma, la red informática de La Quiaca a Tierra del Fuego, una nueva moneda, el Tercer Movimiento Histórico, el ejército en las fronteras, la integración con Brasil, la jefatura del Tercer Mundo, todo eso se propuso el presidente sin preguntar por el precio del pan y la yerba”. Le reprocha las leyes de impunidad, “las flexiones ante el FMI” por la deuda, que tallaran más los adulones que las rebeldías. “Si hay algo que festejar es el recambio legal, la continuidad democrática —concluía—. La Argentina que deje Menem será mejor o peor en la medida en que no confunda a la burguesía argentina con la española o la coreana. Ni a su electorado popular con el del coronel Gadafi. Tampoco los escritos del general Quiroga con los del doctor Adam Smith”. Soriano leyó a Menem muy rápido.

Hacia mitad de año Catherine quedó embarazada. Durante un tiempo no se ponían de acuerdo: ella quería tener un hijo, él no. “Al principio no quería —me dijo Catherine—. Creo que tenía miedo de tener hijos. Por un lado, por sus libros, por su dedicación a la escritura. Y también por temor a no saber cómo hacer, cómo llevar adelante la paternidad. En general no le interesaban los chicos, le parecían muy hinchapelotas. Cuando vivía en Bruselas había una pareja que tenía uno, chiquito, y a él le resultaba muy molesto”.

“Osvaldo durante muchísimo tiempo estuvo absolutamente convencido de que no iba a tener hijos”, recordó Sonia Freites. “Fue una cosa bien fuerte, porque nadie hubiera pensado que iba a tener un hijo —corroboró Eduardo Febbro, un periodista amigo, radicado en París—. Pero un día se apareció por mi casa con una botella de

champán y me dio la noticia". El abogado Finkelberg también recuerda la situación: "Tuvimos largas conversaciones, en las que él me transmitía sus temores de la paternidad, si podría ser padre, cómo iba a ser eso. En ese entonces mis hijas eran muy chicas y yo estaba muy entusiasmado con ser padre, lo que significa esa relación, todas las etapas. Tengo la impresión de que de algún modo fue un mensaje tranquilizador, porque él estaba con muchas aprensiones por los tiempos que se le avecinaban". Por entonces no era tan común ser padre a esa altura: Soriano tenía 46 años. "Él no hablaba casi nunca de la infancia —puntualizó Catherine—. Le encantaba leer biografías, pero saltaba la parte de la infancia. Decía que no le interesaba la infancia de la gente".

Algo entonces se activó. En el cruce de perspectivas ante la llegada de Manuel y por lo que podría venirse en el país durante el gobierno de Menem, y a propósito del aniversario del nacimiento de Perón, por el que en *Página* se armó un dossier sobre el General en el que escribieron Viñas, Briante, Dalmiro Sáenz, el 8 de octubre Soriano publicó "Aquel peronismo de juguete": es un viaje a su infancia. "Ahora que el peronismo no pretende ser la revolución, ni la rabia, ni aquel oscuro día de justicia que quería Rodolfo Walsh, ¿podrá ser otra vez, como decía Carlos Menem durante la campaña electoral, portador de felicidad?". Este párrafo inicial no estará cuando lo recopile para *Cuentos de los años felices*, que arranca desde el segundo párrafo y se sitúa en 1950: "Cuando yo era chico Perón era nuestro Rey Mago: el 5 de enero bastaba con ir al correo para que nos dieran un juguete, una pelota de fútbol, una muñeca para las chicas. Por supuesto, para mi orgulloso padre eso era una vergüenza: hacer la cola delante de una ventanilla que decía 'Perón cumple, Evita dignifica' era confesarse pobre y peronista. Y mi padre, que era empleado público y no tenía la tozudez de Bartleby el escribiente, odiaba a Perón y a su régimen como se aborrecen las peras en compota o ciertos pecados tardíos". Una nostalgia que trabaja luces y sombras. En el umbral del tiempo por venir, la melancolía por el tiempo en el que todo era tiempo por venir. "Estar en las filas agitaba el corazón: ¿quedaría todavía una pelota de fútbol cuando llegáramos a la ventanilla? ¿O tendríamos que

contentarnos con un camión de latas, acaso con la miniatura del coche de Fangio? Miramos con ansiedad a los chicos que se iban corriendo con una caja de los soldaditos de plomo del general San Martín: ¿se llevaban eso porque ya no había otra cosa, o porque les gustaba jugar a la guerra? Yo rogaba por una pelota de aquellas de tiento, que tenían cualquier forma menos redonda".

Esa vez se llevaría una "lanchita justicialista", a alcohol, que andaba más o menos. Pero tres o cuatro años después le escribió una carta a Perón, pidiéndole un juego de casacas de fútbol, y al poco un camión del correo estacionaba frente a su casa para dejarle un paquete que también incluía la pelota. "Acá te mando las camisetas. Pórtense bien y acuérdense de Evita que nos guía desde el cielo". Firmaba Perón, de puño y letra, escribió Soriano. La voz ronca del general, de mago lejano, que oía en la radio y el encanto de madre severa de Evita, en juego con las imágenes de sus padres, el viejo puteándolo a Perón, su madre cerrando ventanas de la casa para que no lo oyeran, el miedo a perder el empleo público, la humillación de portar un carnet justicialista, a pesar de su odio, para hacer carrera en Obras Sanitarias y llegar a jefe de distrito en un lugar perdido de la Patagonia.

La serie de los años felices, sin embargo, florecerá algo más adelante. Cuenta Catherine Brucher que siempre pensaron, los dos, que Manuel naciera en Argentina. "Nos parecía lo más normal, vivíamos allá. El departamento que teníamos en París era muy chiquito, además, y hubiera sido complicado con la vida de Osvaldo, que dormía de día. Era lo más simple tenerlo en Argentina, en una casa más grande".

Para fines de noviembre se habían vuelto a instalar en La Boca. Poco antes había muerto el Negro Vení. "Fue cuando yo estaba embarazada de Manuel, y Osvaldo sostenía que se dejó morir por celos".

Para Soriano fue terrible.

Manuel nació el 13 de marzo de 1990 a las 20.55, en la Clínica del

Sol.

CATHERINE BRUCHER: Le encantaba vivir con Manuel, incluso cuando era bebé. Porque podía pensarse que no le gustarían los bebés. Pero sí, enseguida se conectó, y le interesaba cómo iba cambiando, su evolución.

SONIA FREITES: Siempre había tenido una vida totalmente distinta, y le puso una gran dedicación a Manuel. Osvaldo tuvo dos etapas: una de bohemia total, y otra mucho más organizada, y en eso Catherine tuvo mucha influencia. Él siguió viviendo al revés, pero estaba organizado, había una casa que funcionaba.

ANTONIO DAL MASETTO: Con el correr del tiempo fue acomodando algo sus los horarios. Porque el pibe un poco lo reclamaba, y él se daba cuenta de que se lo estaba perdiendo.

SONIA FREITES: Se dedicaba mucho a enseñarle cosas de la Argentina. Era muy chiquito y Osvaldo sostenía que, pese a eso, Manuel sabía de memoria las estrofas del himno, que él le había enseñado.

Por entonces Soriano empezó con sus intentos por dejar de fumar.

16

Una sombra en la fiesta de los 90

"¿Cómo será la Argentina de los años 90? No hay que ser adivino para imaginar que el sector privado, que ha vivido de la rapiña de los bienes comunes administrados por el Estado, no será mejor ni más eficiente que las grandes empresas ya conocidas, que viven de las subvenciones y los favores estatales. Este país no sabe de industria ni de comercio, sino de especulación, y es inútil soñar con un paraíso en el que reine la razón cuando la característica de esta comunidad es producir delirios y alucinaciones". En el contexto de la caída del Muro de Berlín y de los autoritarismos del Este, Europa y Estados Unidos se volcarán hacia "la tentación liberal, tan bien publicitada", escribió en la última contratapa de la década. "Las grandes utopías —socialistas, cristianas, panafricanas, tercermundistas— han quedado en mala postura y los militantes de la justicia social tendrán que trabajar con propuestas muy novedosas para ser creíbles frente a los desheredados de la tierra". Tenía claro que el gobierno de Menem trabajaba para la concentración de la riqueza "de quienes ya lo tienen casi todo" y que el peronismo sería usado "como instrumento político para imponer un proyecto multinacional que asegure mano de obra barata y disciplinada". Delirios y alucinaciones habría de sobra durante el menemismo.

—Pruébeme que no me va a dejar sin noticias.
—Menem está escribiendo el *Libro verde*.
—¿En serio? ¿De qué color era el de Perón?
—Azul y blanco contra el de Braden, que era solo blanco.
—El de Mao era rojo y el de Mussolini negro. ¿A qué aspira el Presidente?
—Al Nobel de Literatura que no tuvo Borges.

—Lo veo difícil.
—¿Por qué? No sea antiargentino. Winston Churchill lo ganó.
—¿Novela, cuento, poesía? ¿De qué se trata?
—Ensayo. Una ideología nueva para un mundo nuevo.
—¿Lo escribe con Guy Sorman?
—Con el gordo Dromi.
—Entiendo. ¿Me consigue un anticipo?
—Si está dispuesto a pagarlo no hay problema. Cuál quiere, ¿la versión para adultos o la de los chicos?
—¿Hay versión para niños?
—Dos. "Amados niños ricos que todavía tienen tristeza" y "Amados niños pobres, ánimo que no los voy a defraudar". Títulos provisorios, lectura sugerida en las escuelas privadas.

La conversación es parte de "Sucesos argentinos", una de las contratapas en las que pone a dialogar a esa suerte de álter ego con el editor del "Créase o no". Todavía Cavallo era canciller y el ministro de Economía era Erman González: la inflación seguía siendo un descalabro, las empresas estatales se ponían a punto para el desguace o la privatización y popes liberales como Alemann y Alsogaray decían "vamos bien, vamos bien". Soriano mecha en estas notas el divorcio escandaloso de Menem con Zulema Yoma, los tironeos y los pasos de comedia con los radicales, los sindicalistas, los carapintadas, sus performances en fútbol, básquet, automovilismo. Y a eso podía entreverarlo con un meteorito gigantesco robado en el Chaco, un aviso clasificado en Rosario pidiendo cien carros con caballos para recolección de residuos domiciliarios, o el juicio que contra María Kodama perdió Fanny, la mujer que asistió a Borges en su casa durante cuatro décadas: son temas que entusiasman al editor francés. En artículos de fondo, a la vez, abordaba temas como la privatización de los canales 11 y 13, que junto al 9 (privado desde el alfonsinismo), centraban sus campañas para captar espectadores en "la familia". ¿Pero a qué familia se refieren?, se preguntaba Soriano.

"¿La de una villa? ¿Una de Palermo Chico? ¿La *Sagrada* de Marx? ¿La familia Alsogaray, festejada en todos los espacios de TV? No, el objetivo es la clase media como categoría 'social', esa que —dicen los encuestadores y publicitarios— cree que un desodorante es la clave

del éxito, Mirtha Legrand una mujer de mundo, Adelina de Viola una dirigente del futuro y Alsogaray un tipo que acierta siempre. Esa familia es la que compra todos los buzones de una Historia que está lejos de terminar. Cuando uno prende el televisor intuye la altísima idea que las empresas de publicidad y comunicaciones se hacen de esa familia puritana, nacional y cristiana. A ella le están vendiendo el liberalismo (Economía Popular de Mercado, le llaman Margaret Thatcher y Carlos Menem) como la doctrina del futuro. Para la brusca conversión de esas almas, que tarde o temprano morirán por el bolsillo, se necesitan algunos requisitos previos. El primero es la conversión o 'evolución' ideológica (cuanto más degradante mejor) de antiguos enemigos del liberalismo. Así sucedió en otros países, así debe suceder aquí".

Y entonces escribe artículos sobre el gran negocio que será la privatización de ENTel para las compañías telefónicas, o acerca la mirada del exégeta del liberalismo Zaki Laïdi, experto en las relaciones Norte-Sur, que es pesimista respecto a la marcha de esa doctrina en esta parte del mundo. "Si en lugar de tantas usinas de propaganda perversa esta sociedad tuviera buena información sobre la marcha del mundo, podría ahorrarse la frustración de una nueva década perdida". Durante los primeros cinco meses del año publicó veintidós artículos. Y luego estuvo cinco meses sin escribir para el diario. En una nota manuscrita alistó una serie de cuestionamientos que parecen tener vinculación con este paréntesis; la nota no tiene fecha, pero cronológicamente se sitúa hacia la segunda mitad de 1990. Allí reprocha que no se lo consulte más, o que no se lo haya invitado a reuniones específicas; cuestiona que a los Alsogaray se les dediquen "récords de tapas", que para hablar de Neustadt se utilice "un doble lenguaje". "Lanata por TV y radio (liberal, radical, etc.)"; invitado por Mariano Grondona, Lanata dijo, ese año: "Yo soy una especie de liberal de izquierda, cosa bastante rara. *Un líberal*. La revista *Newsweek* hizo un artículo sobre la prensa en América Latina y cuando habla de *Página/12* lo califica como 'el diario liberal *Página/12*'". "Cholulismo,

vedetismo", anotó. También apunta que nunca le rindieron cuentas por el libro de Editora/12 (*Rebeldes*) y que le robaron la máquina de escribir. La había llevado a la primera redacción del diario: era una suerte de amuleto.

En el bache cayó el Mundial de Italia: Soriano escribió para *Il Manifesto*, pero no para *Página*. Goycoechea se convirtió en héroe al atajar dos series de penales y el diario publicó entonces "El penal más largo del mundo": le cayó mal que no lo consultaran. Y que tampoco lo consultaran para que su nombre apareciera en los afiches de promoción de la cobertura. La cosa estuvo caldeada. Varias veces le hicieron propuestas de otros medios, ofertas con mejor paga en *Clarín, La Nación* y alguna publicación de Perfil, pero siempre se quedó. Como escribió Pasquini Durán: "Desconfiaba de los grandes medios porque creía que mientras mayores fueran los intereses que defendían, más grandes serían las posibilidades de que le pusieran algún límite a la libertad de sus opiniones, y no quería aceptar otro límite que los que le dictara su propia voluntad".

El bache también se corresponde con la concentración en *Una sombra ya pronto serás*. *Estaba trabajando en una narración sobre un espía argentino en París, a principios de siglo* —decía en junio de 1990—. *Avancé bastante, pero la abandoné, o quizá ella me abandonó a mí. En cambio,* Línea de fuga *se me impuso. Me dolió escribirla. Qué mal nos va, carajo*. Junto a *Zona de exclusión* y *Agente confidencial*, *Línea de fuga* comparte la categoría de título provisorio durante la elaboración. Trazó sus primeras páginas a fines de 1989. *En el momento en que empecé a trabajar en* Una sombra *estaba leyendo* Moby Dick*, de Herman Melville, en París, en una edición francesa de bolsillo. Cuando volví, busqué por cielo y tierra la edición argentina traducida por Pezzoni. En el estado de ánimo que me colocaba* Moby Dick *escribí* Una sombra. *Quería hacer una cosa despojada. Estaba muy asustado por los riesgos que corría:* Una sombra *está muy trabajada, era una novela que originalmente tenía cuarenta páginas más, que tuve que cortar y rehacer*. Tras la cobertura del Mundial en Italia se instaló un mes en París, para pulir la última versión.

Cuando descubrí Moby Dick *sentí que nacía de nuevo y me preguntaba*

cómo podía ser que no la hubiera leído antes, decía en otra entrevista. En sus siguientes novelas incluirá pinceladas que dialogan con el libro de Melville. Que también entraba en su categoría de Dios: *Me cuesta creer que* Moby Dick *haya sido escrita por un ser humano, por un tipo de carne y hueso*, dirá. En un artículo sobre comienzos de novelas ubicaba el párrafo inicial de ese libro como su preferido: "Pueden ustedes llamarme Ismael. Hace algunos años, no importa cuántos exactamente, con poco o ningún dinero en la billetera y nada en particular que me interesara en la Tierra, pensé en darme al mar y ver la parte líquida del mundo". El de *Una sombra* tiene su punto de contacto: "Nunca me había pasado de andar sin un peso en el bolsillo", arranca el narrador, un tipo que viaja sin rumbo por una llanura bonaerense signada por la decadencia, la malaria, el sálvese quien pueda. "Hace tiempo que todo me sale torcido: me parece que ahora en el mundo solo existen historias que quedan en suspenso y se pierden por el camino". El epígrafe que abre *Una sombra* pertenece a la novela de Italo Calvino *Si una noche de invierno un viajero*, cuyo comienzo está, también, entre sus favoritos: "Estás a punto de empezar a leer la nueva novela de Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*. Relájate. Recógete. Aleja de ti cualquier otra idea".

También Soriano se esconde en *Una sombra* detrás de su protagonista; no es una radiografía o un holograma, pero deja unas cuantas pistas. *El narrador es una persona que se deja arrastrar por el destino, un destino argentino muy difícil. No ofrece resistencia a lo que le propone la vida. Y aunque yo no soy como él, porque no me dejo llevar por la corriente, le puse, sí, mis pequeños fantasmas: el narrador no sabe llevarse puesto, y yo tampoco. Quizás porque provengo de una cultura que llegó muy tarde a los libros*. El protagonista de *Una sombra* es un ingeniero informático que estuvo en Europa durante la dictadura, que volvió al país y anda perdido por las rutas, desorientado. Se cartea con una hija que se quedó en España: será el único protagonista en la narrativa de Soriano que es padre. Y de hecho proyecta a su hijo en la novela, en un chico que en Colonia Vela se le arrima al ingeniero, que poco antes había sido mordido en el tobillo por un perro.

Fuimos caminando juntos, el pibe silbando y yo tratando de andar derecho. Le pregunté dónde vivía y me respondió que más allá, cerca del frigorífico. Luego me contó que se llamaba Manuel y que jugaba de 9 en Unión y Progreso. Tendría 11 o 12 años y manejaba bastante bien la pelota; mientras caminábamos la hacía bailar sobre la cabeza y la bajaba por la espalda como si la llevara atada al cuerpo.
—¿Usted siempre fue rengo? —me preguntó con tono respetuoso.

En general, suelo escribir a partir de una imagen. Una sombra*, por ejemplo, se me ocurrió mientras estaba cruzando la calle: tuve la visión de un tipo haciendo dedo al costado de una ruta sin autos. Eso funcionó rápidamente: volví a casa, lo escribí y era el comienzo de una novela*. Un tipo en la ruta, *un científico, que podría ser útil en un país en crecimiento*, en medio del ajuste menemista. Un momento desolador configurado por el naufragio alfonsinista y las falsas promesas de Menem que, para redondear la decepción democrática y con el argumento de una "pacificación nacional", había decretado indultos para centenares de represores a fines de 1989 e indultaría también a los comandantes de la dictadura en diciembre de 1990. "Ramal que para, ramal que cierra": la frase de Menem signó el desguace de los ferrocarriles, medio de transporte fundamental en la interconexión del país, en el desarrollo de miles de pueblos y ciudades y también en el imaginario histórico. En la novela el camino del ingeniero empieza cuando baja de un tren varado en medio del campo. "Los otros pasajeros se habían quedado esperando que vinieran a buscarlos, pero cuando a la segunda noche el guarda y el maquinista juntaron la comida y se largaron por la vía, yo los alcancé corriendo y así empecé la caminata".

A Colonia Vela va en busca de que le devuelvan el dinero del boleto de tren, pero al llegar a la estación descubre que lleva un año cerrada. "Alguna vez debió de ser un lindo edificio, con columnas de hierro forjado y marquesinas labradas. Ahora no quedaba más que el piso sucio donde dormían algunos linyeras y gente de paso. En el andén habían arrancado los bancos y ni siquiera dejaron la campana. Sobre la pared leí una pintada en la que trataban al cura de zurdo". Es el lugar al que habían llegado Rocha y Galván una década atrás, en *Cuarteles de invierno*; el pueblo está en decadencia y los supermercados

tienen guardias en la puerta: el pibito, Manuel, le comenta al ingeniero que a su padre se lo llevaron preso cuando los saqueos. El protagonista come en una olla popular que se ofrece en una capilla de adobe. Colonia Vela es, sin embargo, un sitio entre varios de un recorrido, porque *Una sombra* es una novela de los caminos. *Por las rutas peladas de la provincia de Buenos Aires, el narrador termina yendo adonde lo llevan, pero quienes lo llevan no encuentran la salida y en torno a ese trajín se va construyendo un mundo fantasmal. Es una metáfora sobre muchas cosas que tienen que ver con los argentinos: el irse o el quedarse, el desarraigo, el arrastrar la argentinidad para siempre, vayas donde vayas*.

Falta de precisiones en las rutas, caminos rotos, carteles ausentes, mapas fuera de escala: una llanura bonaerense con la cartografía dislocada. El ingeniero, que dice ir para Neuquén aunque no esté muy seguro, va cruzándose con una serie de personajes: Coluccini, un seudoitaliano entusiasta de 120 kilos que alguna vez fue dueño de un circo y al volante de un Gordini encara para Bolivia, donde "a los argentinos los pagan a precio de oro"; Lem, un melancólico millonario estadounidense enamorado de una mujer casada: el hombre anda en un Jaguar y tiene en desarrollo un sistema para ganar en el casino; Nadia, una adivina a bordo de un Citroën, que va por los pueblos trocando sus profecías por lo que le den, salames, vinos, quesos, gallinas. Un empleado del Automóvil Club en huelga; una pareja de jovencitos que a bordo de un Mercury rumbea para Estados Unidos; una orquesta que carga un piano atado al paragolpes de un colectivo de la línea 152; unos emprendedores que roban los cables del tendido eléctrico; gauchos ortivas, una patrulla militar rotosa y anacrónica, unos curas truchos dedicados al comercio de bautismos y casamientos. En esa galería también incluye a un grandote que anda por las estancias ofreciendo sus servicios para bañar peones: "Barrante, la ducha al instante". El tipo lleva una valijita, una manguera enrollada al cuerpo y un estrafalario sistema de caños desplegables. Va maltrecho y hambriento, pero repite la cantinela de los medios: "Hay que pasar lo peor, compañero. Si nos dejan trabajar a los privados vamos a salir adelante, mire toda la riqueza que tenemos", dice, y

señala la inmensidad del campo, como si fuera suyo. “Yo siempre digo que hay que modernizarse, que si el Estado nos deja a nosotros en un año se arregla todo”, dice también. Y además: “Qué sé yo, si en vez de una ducha tuviera diez me pongo una empresita. Usted me vio trabajar, ¿no? Yo soy una persona seria. Me consigo diez paraguayos y en un año salgo a flote”.

Una suerte de fauna argentina que cae en todas las trampas de la historia, planteaba. “Al escribirla, cuando me preguntaba adónde iban esos personajes que nunca llegarán a ninguna parte, pensaba que simplemente corrían detrás de ese llamado primitivo, vacío de contenido, que había sido el ‘Síganme, no los voy a defraudar’, de Menem”. De hecho, ese “síganme” figuraba explícitamente varias veces en la primera versión. Después supo que estaban de más y los quitó.

—¿Por qué un escritor de ficciones como usted aparece tan pegado a la política? —le preguntó Norberto Soares—. ¿Por qué no dedicarse, como otros, solo a la literatura?

—Recuerdo una frase de Onetti que decía: “Yo solo soy escritor cuando escribo”. Pero después yo ando por la calle, trabajé durante años en medios de comunicación, tengo una formación política tardía pero que no puedo perder. Y además, me parece que todo está estrechamente vinculado: si el país se va a la mierda, nosotros no vamos a poder seguir viviendo acá. ¿Qué estamos defendiendo, entonces? El elemental derecho a vivir sin que la policía venga a tocar timbre para saber si uno es de tal o cual partido, de tal o cual agrupación. Esto, que parece obvio, no lo era hace diez años. Creo que estamos defendiendo algo en lo cual yo no creo: el futuro. Yo no creo en el futuro del país, pero me esfuerzo por defenderlo. No digo que esto haya sido siempre así, desde el fondo de la historia. Yo estoy convencido de que se ha precipitado a ser un país sin destino, sin objetivos, sin deseos. […] *Algo que surja de un entendimiento, de saber que somos argentinos, que podemos convivir, recibir extranjeros que trabajan en nuestro suelo y los consideramos iguales, etcétera. El país ya venía mal, pero la dictadura liquidó esos valores y este proceso que estamos viviendo los liquida definitivamente.*

El escenario en descomposición y las criaturas sin rumbo de

entonces, consecuencia del fracaso político-económico, tuvo su revival en la crisis de 2001-2002: la novela también da cuenta por anticipado de las claves del país en esos años. Y quién descarta que vuelva a hacerlo en el futuro.

Trabajó la edición de *Una sombra* en Sudamericana con Chitarroni. “Es un libro que me encanta. Osvaldo era un tipo muy inteligente, y ya con una relación muy afinada con los editores. Que aceptaba lo que le decías, que estaba abierto, atento. Raro en un escritor. Y le prestaba especial atención a lo que en cine se llama ‘continuismo’: se volvía loco si un personaje había dejado una puerta cerrada y quedaba otro adentro. Era, por un lado, un ‘profesional de la escritura’, pero nunca dudé de que estaba ante un escritor, con sus obsesiones. ‘¿Te parece que está bien que a este personaje le pase eso?’, te decía, y era algo que yo ni me había preguntado. Antes de la publicación él hacía una repartija muy heterogénea entre lectores, para tener distintos puntos de vista”. Héctor Olivera lo llamó una noche para avisarle “el disparate” de una escena en la que un grupo empujaba un Citroën para hacerlo arrancar: es que los Citroën, así, no arrancan.

“Solía entregar los libros a las dos de la mañana —contó Rodrigué —. Venía y tiraba por debajo de la puerta de la editorial un diskette, finito, que encontrábamos a la mañana siguiente”. La primera versión llegó sin título definitivo. “Uno de los posibles, creo, era ‘Rutas argentinas’ —me dijo Chitarroni—. Él trajo la ilustración para la tapa: un Hopper, un pintor que a él le encantaba, realista. Era una estación de servicio norteamericana y hubo que pintarle ACA en un cartel, por la sigla del Automóvil Club. Como Piglia, daba muchas vueltas con el título, y me parece muy piola: sabía que era una cosa definitiva”. En el origen del título tallaron el azar y los sentidos atentos a la búsqueda continua, en todo aire. *Le puse así por desesperación: era uno de los títulos tentativos, pero dudaba. Y una madrugada, cuando volvía a casa en el auto, la radio había quedado prendida en una audición de tangos de Cervantes Luro y oigo anunciar “Mi noche triste”, por Gardel; pero en vez de ese tango empieza a cantar “Caminito”. Y de pronto, cuando Gardel*

entona "una sombra ya pronto serás", cortaron y se disculparon. Entonces yo me dije: esta es una clara señal del destino.

Chitarroni recuerda que hacía unas devoluciones de galeras perfectas, que no se le escapaba nada. *Al corregir las pruebas sentí que era la mejor de mis novelas: por primera vez me releía con cierto placer. Pero esto es muy subjetivo. Trabajé como un negro, doce horas por día. La gente cree que uno se sienta y le vienen las palabras por arte de magia. Además fumo mucho y tomo toneladas de litros de café por día. Con esta novela me enfermé, pero siento que es la más íntima y la que más me gusta*. "Entre las novelas de Soriano, las de esta etapa son mis favoritas —dijo Chitarroni—. Me parece que son libros más complejos que los primeros, que es una literatura más 'difícil'. En *Una sombra* veo una gran actitud: una novela de la carretera, como gesto, me parece re precursor; el cine retoma la idea de la carretera, en ese momento, pero en la literatura acá eso no estaba. Y es toda una cuestión, porque estas son cosas que después se olvidan, no se ven". El último domingo de octubre *Página* publicó un adelanto exclusivo, con dos fragmentos de la novela, que acababa de ser distribuida en las librerías.

"*Una sombra ya pronto serás*: ese sí que fue un *boom* —me dijo Rodrigué—. Hay libros que salen en el momento justo, y este fue el caso".

Soriano tenía una red de contactos en distintos medios y fue haciéndose cada vez más entretenido y agudo en las entrevistas. Es el comienzo de una etapa prolífica y su popularidad da otro salto. Está naturalizado, hoy, que los escritores acompañen y apuntalen la circulación de los libros con el propósito de que lleguen a los lectores, pero por entonces era inusual que los autores se involucraran en trabajar las novelas luego de impresas. Gloria Rodrigué lo puso junto a Puig en el tope del ranking de escritores atentos a la promoción del libro. Dal Masetto contaba que Soriano se pasaba una tarde en la editorial ante una pila de cien ejemplares para escribir las dedicatorias a amigos, escritores, familiares. "Y no es que ponía 'Para tal, con afecto, Osvaldo': ¡El hijo de puta le anotaba a cada uno algo especial, personalizado!".

GLORIA RODRIGUÉ: En el bar de la esquina de la editorial, en Humberto Iº y Perú, se sentaba a charlar hasta cualquier hora con los corredores. Venían siempre a la tardecita, después del recorrido, y él se entretenía conversando con ellos. Y también charlaba mucho con los libreros. Hay autores que no quieren hablar con nadie, que nadie los ve, o nadie los conoce. Con él era más fácil, porque le gustaba participar: "A ver, ¿qué vamos a poner en contratapa, qué vamos a poner en los avisos?". Su trabajo en el diario también le daba herramientas para eso.

LUIS CHITARRONI: Era un tipo preocupado por la recepción de su obra en general. Si alguien le decía que su libro no estaba en la única librería de Pompeya llamaba de inmediato. Nadie es desinteresado al respecto. Claro que es un tema que preocupa: quienes posamos con más desinterés es porque somos más distraídos. Pero el interés tiene que existir y está bien.

La primera edición de *Una sombra* está fechada en octubre, fue de 10.000 ejemplares y se agotó de inmediato. En noviembre se editaron la segunda y la tercera; la quinta, de enero de 1991, seguía al ritmo de 10.000 volúmenes. Encabezó las listas de ventas durante varios meses.

GLORIA RODRIGUÉ: Hasta ochenta y pico mil le llevamos la cuenta, después ya… Era la estrella de los autores argentinos. Por entonces vendíamos mucho García Márquez, Isabel Allende. En esa época Soriano vendía más que Cortázar. Y además reeditábamos todo el tiempo sus otros libros.

LUIS CHITARRONI: Yo no vi nada igual con un escritor argentino. Me interesaba particularmente, porque la figura del *best seller* no existía acá salvo como algo importado, un Sidney Sheldon. Soriano empieza a crear eso acá. Y si hubiera habido alguna estrategia, se podría haber armado algo latinoamericano con él, como se había formado involuntariamente con el *boom*. El *boom* no era interesante

solo por lo buenos que eran esos novelistas, sino porque además mandaba radiaciones a todos lados.

GLORIA RODRIGUÉ: No es tan fácil tener un *best seller*. Y eso más allá de las herramientas de marketing actuales. Costo-beneficio: podemos armar y gastar un millón de dólares, poner todos los libros en la calle, vender, pero cuando ves las cuentas, te gastaste un millón para vender un millón. Y para eso hiciste unos destrozos increíbles. Los libros realmente buenos y *best sellers* no surgen por fuerza del marketing, tienen otros componentes que tocan una fibra que el lector entiende. Son libros que le llegan. Y eso pasaba con García Márquez y Soriano.

"¿Cuánto vale un escritor? La guerra de los anticipos". El artículo apareció hacia mediados de 1991 en el segundo número de *Primer Plano*, el flamante suplemento literario que Tomás Eloy Martínez dirigía en *Página/12*: era un panorama de cuánto habían cobrado distintos autores por libros que acababan de aparecer, o que iban a ser publicados en breve. Un cúmulo de información del que no se solía hablar en ningún lado. El texto está firmado por "Garganta Profunda" y arranca así: "¿Cuál es el valor real de un libro? Tratándose de literatura —de arte—, incomoda un tanto rebajar a los elegidos por las musas a un nivel tan trivial pero revelador al fin". Tras subrayar que García Márquez recibió un millón de dólares de anticipo por *El general en su laberinto*, y tras dejar al margen por la desmesura de las cifras a autores como Stephen King o John Irving, la nota repasaba cuánto recibirían aquí escritores como Piglia, Abelardo Castillo, Bioy Casares, Rabanal, Blaisten, el mismo Tomás Eloy. Lo de Soriano aparece hacia mitad del texto y es quien más cobró por publicar un libro en el país: "Sudamericana le entregó 25.000 dólares al contado al autor de *Una sombra ya pronto serás* para tener el privilegio de publicarla. Esta cantidad es su récord en la Argentina, mientras que en Italia le pagaron por la misma novela 40.000 dólares". Mérito de Balcells, decía Soriano, "consultado" para la nota.

Con *Un'ombra ben presto sarai* (que estuvo en la lista de *best sellers*

en Italia) volvía a publicar en Einaudi (que la reeditaría dos veces). El libro apareció en simultáneo en Uruguay y en Chile; el 20 de diciembre de 1990 viajó a Santiago para presentarlo, con mucha repercusión. Publicada por Mondadori, la novela también apareció en España, aunque tuvo poca trascendencia. Para 1993 coincidieron tres traducciones importantes. La portuguesa fue hecha por el periodista y escritor Eric Nepomuceno, que había conocido a Soriano durante los años de bohemia, a mediados de los 70: el libro fue publicado en Brasil por Dumará. En Francia lo publicó Grasset y recogió buenas críticas, como la de Ramón Chao en *Le Monde Diplomatique*, que destacó el estilo despojado, lo atrapante de las historias, la composición de los personajes, el retrato de la Argentina contemporánea. En Estados Unidos lo editó Knopf, y fue comentado en *The New Yorker* por John Updike, que ponderó el carácter de "farsa seductora" de la novela. Updike, que ya había hecho una reseña en el *Yorker* de la versión inglesa de *No habrá más penas ni olvido* (*A Funny Dirty Little War*), en la que le elogiaba "un estilo de una brutal eficacia", recuerda en su lectura de *Shadows*, que había leído aquella otra novela con "escalofriante asombro", subraya "el gusto por el desorden y los líos" de Soriano, pondera varias escenas del nuevo libro y enmarca algunas situaciones "en el realismo mágico".

En el país el libro recogió críticas variadas. "El regreso de la Argentina patética a través del ojo de un buen Soriano", titula Carlos Alberto Morán una nota que destaca la carga emocional del libro, el trabajo sobre personajes y territorio, la pintura surrealista y las pinceladas de grotesco, la pericia narrativa; curiosamente, sostiene que en este libro Soriano "deja de lado lo político". Las alusiones políticas, el carácter itinerante y la fluidez en la narración es lo que rescata Ignacio Zuleta para su comentario, titulado "Soriano, una sombra de lo que fue", donde cuestiona que no llegue a darles a los "personajes arltianos" "una historia que vaya más allá de la simbolización de algún demonio criollo: el fracaso, la desilusión, la melancolía, el desamor".

Para el escritor Oscar Hermes Villordo, en cambio, la novela está construida con una gran artesanía y Soriano ha perfeccionado su

escritura. “La historia del personaje, el tipo de argentino que ‘ha cavado su propio pozo’ dentro de la descomposición general, es un ejemplo de progresión sin desvíos innecesarios y es, sobre todo, una muestra inmejorable de saber contar bien, arte que parece perdido en las experimentaciones de muchos de nuestros narradores. Pero Soriano no sólo cuenta bien, claro: tiene cosas que decir. Sus criaturas representan el drama del país y este drama es, precisamente, el tema absorbente del novelista”. Tras señalar que casi por reflejo el lector ubica a los personajes en la picaresca, observa que están demasiado al borde del abismo: “Sus agonistas se acercan, sin duda, a los de nuestro sainete, funambulescos y trágicos, héroes a su manera. Producen una risa desesperada, no la risa sana, puramente cómica. El humorismo de *Una sombra ya pronto serás* pasa por otra parte. Es el guiño de complicidad que nos hace el novelista, sabedor de que nosotros también estamos implicados en la historia, que la conocemos de memoria y no podemos hacer otra cosa que verla con ironía”.

La crítica del libro que más perdura es, sin embargo, la más virulenta. La escribió Charlie Feiling en *Babel*. Feiling avisa de arranque que escribe desde la frivolidad, la pedantería y el cinismo, porque, plantea, en un país en el que a la mayoría de la gente le gusta el fútbol, y Sabato pasa por un profundo pensador, ¿qué otras actitudes caben? Luego argumenta que, para contrarrestar que “la eterna entelequia, el Pueblo”, no se encuentre en el sitio adecuado, “cierta izquierda busca ocupar el sitio donde se encuentra dicho espejismo”, y entonces, en un contexto internacional poco propicio, “resulta grave que la enfermedad del populismo haya llevado a la izquierda a la sala de terapia intensiva”. Y para el frívolo o cínico, señala con ironía, más graves todavía “resultan los efectos culturales del populismo”. Sigue: “Ciertas producciones artísticas parecen mostrar que el daño neurológico es irreversible, sobre todo cuando al esfuerzo de captar un público, esfuerzo loable pero que debería estar supeditado a otros, se lo reemplaza por estrategias dignas de un ‘cómo ganar amigos’. Sobre todo cuando se cae en el equivalente cultural de la política

menemista".

Y es que Feiling plantea que la novela "le hace a la literatura argentina lo mismo que el Excelentísimo Sr. Presidente al país". Plantea que el estilo es cercano al de Tarzán, que los personajes son "chabacanos", que Soriano no tiene imaginación, que el libro está plagado de golpes bajos y que se repite al buscar que, como en *No habrá más penas ni olvido*, *Una sombra* pretenda constituirse en "*state-of-the-country-novel*". "Soriano cree que con exagerar los rasgos de decadencia del país, los apagones, la privatización, el crecimiento de la economía informal, logra pintar con colores indelebles la Argentina de 1990", plantea Feiling, y sostiene que solo consigue guiñarles el ojo a los lectores ávidos de reconocerse y que, "lejos de ser una novela que describe el estado del país en una etapa de la historia", el libro resulta "una larguísima falacia". Enseguida razona que dado que las únicas concesiones a la "cultura alta" de la novela "son una mención de Stephen Hawking y otra de Bret Harte", se la podría considerar "fruto de la ignorancia y liberar a Soriano de culpa y cargo".

Pero más allá de que además los músicos del 152 toquen en medio del campo el réquiem de Mozart, o que aparezcan varias novelas de Simenon en la guantera del Jaguar de Lem, o que se aluda de refilón a Troilo y Mercedes Sosa, ¿por qué el número de alusiones explícitas a la *alta cultura* (¿qué?) tendría relación directa con *la ignorancia* de un autor, o con el valor artístico de una novela? Feiling encara el final de su comentario aseverando que el "concentrado populismo" de *Una sombra* responde a "una combinación mortífera de las peores tendencias de cierta izquierda argentina y una imagen del artista absurdamente romántica"; para sustentar este concepto cita y encasilla como "reseña" una contratapa en *Página* que Soriano había escrito sobre *Oscuramente fuerte es la vida* y Dal Masetto, en la que contaba de los tiempos de bohemia compartidos junto a Briante a comienzos de los 70, bares, peleas, borracheras, el sueño de ser escritores. "Uno se pregunta si no es hora de ser un poco más frívolo, más pedante o más cínico —remataba—. Son formas de evitar la idea de que para escribir hay que emborracharse y pelear. De no quedarse, por otra parte, babeando frente a un banderín de Boca Juniors o a las estampitas de

San Cayetano". (Aunque ya tampoco Soriano reivindicara para sí los trompazos o el escabio).

En una nota que Mauro Libertella hizo en 2011, a veinte años del cierre de *Babel*, Alan Pauls caracterizaba la revista como asociada a "la academia", en una "división de aguas" que ponía del otro lado al "mercado", signado en la editorial Planeta (Forn dirigía por entonces la colección Biblioteca del Sur) y en Soriano: contra ellos, sostiene Pauls, escribían. Feiling estaba a cargo de "El cónsul honorario": "Una columna que nos hacía ganar enemigos por todos lados —sostiene Chitarroni—. Era devastador". Cuenta Caparrós, en la nota de Libertella, que tras la salida de *Una sombra*, varios de los integrantes de la revista discutieron qué hacer, si publicar "catorce textos destruyéndolo", si ignorar la aparición del libro. "En la revista teníamos una cosa que se llamaba 'el proli', que era un jueguito en semejanza con el Prode, pero literario —decía Caparrós—. Eran preguntas con tres opciones, para poner las respuestas, y tenían premio. El primer premio era un libro de Soriano, el segundo eran tres libros de Soriano, el tercero eran cinco libros de Soriano. Había problemas con Soriano. Pero es que nos había echado a todos de nuestros laburos; a los dos directores y al secretario de redacción, nos había hecho echar de *Página/12*". Hacia comienzos de 1991 Caparrós escribía en *Página/30*, donde también publicaba Soriano.

Me contó Chitarroni: "Soriano, que sabía que yo estaba en *Babel*, me dijo: 'Tus amigos no me quieren nada'. 'Bueno, pero eso no tiene que ver con la relación que entablemos nosotros'. Charlie tenía una cosa como antipopulista. Él mismo decía: 'Yo soy gorila'. Le producía un poco de repugnancia aristocrática el 'contenidismo'. Le molestaban gestos que consideraba populistas, en el peor sentido". ¿Y en cuanto a que Soriano era a la literatura lo que Menem era a la política? "Me parece que ahí hubo una mala comprensión real, que eso fue como equivocar quién era el enemigo. Porque nada hacía creer que Soriano podía estar de acuerdo con Menem, ni en lo previo ni después. También pudo ser que esa crítica tuviera que ver con lo de Saavedra, como una especie de venganza".

El editor Fagnani fue más rotundo: "Me parece una frase estúpida, y

más viniendo de una persona como Feiling, con el modo que tenía de leer él. Increíble. Es un gran eslogan publicitario, pero no tiene ningún sentido, y no es cierto". Fue una injuria bien redactada que resultó efectiva, dice. "Ahora, cuando vas leyendo a Soriano, libro a libro, ves que en cada uno está buscando algo. Que no es lo que buscó en el libro anterior. Podés decir que una novela no te gusta, que es mejor o peor que la anterior, pero esa búsqueda estaba. Y hacer esa comparación con el menemismo lo supone calculador, sobre todo por lo que era el menemismo en ese momento. Además Feiling sabía que Soriano editaba con Chitarroni, que consultaba con él qué le parecían sus libros. Podía estar inseguro antes de publicar, pero era lo contrario a un crápula. Y decir que es el menemismo es decir que es un crápula".

Juan Forn contó que en mayo de 1997, a poco de la muerte de Soriano, se armó una publicación especial por los diez años de *Página*. "A Charlie le tocó hacer un panorama sobre los libros en esa década, y en la parte que tenía que comentar los de Verbitsky y Soriano me dijo: '¿Hacés vos este párrafo, que la verdad yo no lo puedo hacer?'". Forn dirigía *Radar*, el suplemento cultural del diario. "Recuerdo que le dije: 'Pero hay un lugar en donde hay más afinidad entre tus libros y tus novelas y la estética de Soriano, que entre las novelas de Soriano y tu *statement* de que eran el equivalente de Menem en la literatura'. Me respondió: 'Sí, sí, me pasé un poco, qué sé yo…'. Igual, aclaro: yo no hablé tanto con él, aunque trabajábamos juntos; a veces me iba del diario y él decía 'quedate, tomemos un whisky', pero no se daba. De esas cosas que te das cuenta después". Feiling tenía 36 años cuando murió, seis meses después que Soriano.

"Charlie también repartía sus libros, antes de publicarlos, entre distintos lectores —dijo Chitarroni—. Podrían haber sido perfectamente amigos. Suele pasar que a veces uno quiere anteponer algo, tal vez porque teme, justamente, que terminará siendo amigo… Había una especie de prejuicio, de obstáculo. Pero en realidad, tanto uno como el otro eran tipos que vivían obsesionados por lo que estaban haciendo. Y eso es ser un escritor".

Aunque el mismo Soriano reivindicó para sí la figura de tirapiedras, aunque en su temperamento la rebeldía sea un color predominante, tal vez se haya destinado demasiado detalle a las polémicas (que, ah, no se agotarán en esta historia). Soriano se refería al tema en noviembre de 1991: *Cuando la crítica me trata mal y considero que es de buena fe, me digo: somos de mundos distintos. Soy alguien que llegó tarde a la literatura, alguien en quien es difícil reconocer lo que es un escritor como estereotipo, al estilo de Bioy Casares, por ejemplo, que es un gran escritor y encima da el tipo. Yo estuve mucho en el periodismo y hay una suerte de difícil aceptación, de divorcio entre las letras y el periodismo. Y finalmente, me digo, sin duda hay gente que detesta que en las novelas haya personajes, haya acción y haya argumento. Además, cuando un escritor saca un libro, es como una factura que le pasan; le caen encima por todas partes las cosas pendientes, los malos entendidos, las antipatías, las broncas, todo lo que pasa en este ambiente que yo, por fortuna, no frecuento mucho. Cuando el crítico arranca diciendo "este tipo ha vendido tantos ejemplares", uno ya se ve venir la mala fe, porque entonces no estamos hablando de literatura, estamos situando la cosa en otro lugar. Si tuviera un gran fracaso, esto tampoco me garantiza que me vayan a aplaudir; van a decir: por fin fracasó este canalla. Quizá cuando uno escribe el único miedo que tiene es darles el gusto a sus enemigos, decir "caramba, si fracaso se me van a reír en la cara". Quisiera evitarme en vida esto. Como hace mucho que no tengo la experiencia del fracaso de librería, quizá mentiría si dijera: "Mientras presente un libro con el que estoy feliz y contento y les guste a mis dos o tres amigos o escritores preferidos, lo otro no me importa". No lo sé, porque no he tenido la experiencia del altibajo. Supongo que no me gustaría pasar de tener tantos lectores a no tener ninguno, o a tener cuatro o cinco. Sin duda me lo explicaría, mi soberbia debe pasar por otros lados. Yo creo mucho en esto de los años 70, creo que la sociedad quiere que le hablen de aquello que tiene necesidad de discutir, de compartir, y de allí viene que mis libros se venden bien. Sin embargo, a los escritores se los puede llevar el viento en un cambio de sociedad, y nosotros estamos ahora en un cambio muy grande; para la mierda, pero es un cambio de sociedad. Manuel Puig,*

escritor que yo admiro mucho, fue uno de los que pasó de ser un best seller*, el gran* best seller *de este país, a pelearse con el país e irse. Seguía siendo un gran escritor y un mito entre nosotros, pero no vendía. Decidió romper con la sociedad. Romper con la Argentina, no volver más. Me acuerdo de que cuando lo conocí a Manuel, las cifras de venta eran cinco veces las de hoy. En ese momento los* best sellers *eran Manuel Puig y Enrique Medina. Se vendían 200.000 ejemplares, cosas así*.

Esto dijo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, ante unos trescientos estudiantes, en el ciclo "Conversaciones en Puán", que organizó la notable periodista Hinde Pomeraniec, por entonces docente de la cátedra de Teoría Literaria III, cuyo titular era Nicolás Rosa. Del ciclo participaron otros tres escritores: César Aira, Fogwill y Bioy Casares. Soriano respondió preguntas de los alumnos, de Pomeraniec y de Telma Luzzani, que compartió la conducción de la charla. Firmada por ambas, una versión del encuentro se publicó al mes siguiente en *Clarín* con formato pregunta-respuesta; en febrero de 1992 la revista *Maniático Textual* transcribió, también, segmentos de lo dicho allí por Soriano (hay unos cuantos matices entre una versión y otra, y no se ha podido dar con alguna grabación).

Otro tramo, pertinente con lo que se desarrolla, de lo que dijo aquella tarde en Puán: *Cuando yo hablo de "mis enemigos" me refiero a las rencillas que se crean en sociedades que están, como esta, en una situación muy crítica. Lo que nos pasa a nosotros con los enfrentamientos no pasa ni en el Uruguay, ni en Chile, ni en Francia, ni en Italia. En esos lugares se parte de una suerte de respeto básico; el que trabaja en esto y deja muchas horas y lo hace lo mejor que puede, es ya respetable. Acá somos mucho más afectos a destrozarnos. Yo me incluyo. Entonces, uno se crea enemigos. Sin duda en estos días los editores deben estar enojados conmigo, pero ese es mi carácter y a mí me gusta un poco crear estas situaciones. Pero uno dice "enemigos" para provocar un poco, en una de esas no es tan así, cuando es cierto que en esta actividad uno tiene gente que no lo quiere. Los que me conocen saben que Sabato me detesta. Es mutuo. No podríamos estar juntos en algún lugar izando la bandera. Donde va él yo no voy. Donde yo voy, él no va. Dice que soy un comunista de café. Esto del enfrentamiento entre escritores en la Argentina ya es una*

cuestión deportiva en la que lo estético no es más que un pretexto. Si hay cuatro escritores en una mesa y uno se va al baño, lo destrozan. Empiezan a decir: "Mirá la pelotudez que escribió en tal lugar", etcétera. Las enemistades tienen que ver con tantas cosas tan chiquitas…

Cuando se cumplieron diez años de la muerte de Soriano, en 2007, en el suplemento *Radar* se desplegó durante varias semanas una larga polémica en torno a su presencia en la UBA. Osvaldo Bayer escribió que poco antes de morir y a poco de haber sido invitado "por Beatriz Sarlo", Soriano lo llamó y le dijo que, durante la charla, lo habían humillado por no tener secundario completo y que quería "entrar por la puerta grande" a la universidad; Sarlo respondió, a la semana siguiente, que la historia era falsa y que nunca lo había invitado; Saccomanno respaldó a Bayer, varios docentes respaldaron a Sarlo, hubo réplicas e intervenciones laterales, el investigador Germán Ferrari mentó el artículo de *Clarín*. Y Pomeraniec, finalmente, dio su versión de aquel encuentro:

"Se fue serenando mientras rumiaba su chicle de nicotina, asistente inevitable de esos días para conjurar la adicción. Tímido y ansioso, recorrió los pasillos de la facultad con gran curiosidad. En el aula lo esperaba una pequeña multitud de unos cientos. La entrevista fue un encanto, porque él era un gran entrevistado, que daba títulos todo el tiempo y buscaba guiños con el público, siempre". No fue maltratado, aseguraba la editora y periodista, lo aplaudieron y hasta firmó ejemplares de sus libros. "Justo es decir —aclaraba— que probablemente esa tarde la mayoría de los alumnos que lo aplaudieron no cursaban la carrera de Letras, en donde efectivamente él no era uno de los autores estudiados. Son muchas las carreras que se cursan en ese edificio y es muy posible que el público haya estado mayormente conformado por estudiantes de Historia, Antropología, Geografía o alguna otra disciplina, lo que no anula ni los aplausos ni los autógrafos".

Como Soriano era "lo out" para los alumnos de Letras, ya esclarecidos, probablemente hayan sido estudiantes de otras carreras. "Fui discípula de Sarlo por varios años, en diferentes cátedras y cursos privados, del mismo modo que estuve muy cerca, por una cuestión

generacional, de varios miembros de su cátedra", escribió Pomeraniec. Su nota en *Clarín* de 1991 aseveraba, en la bajada: "Niño mimado del éxito de librerías y huérfano del éxito de la crítica especializada, Soriano se animó como visitante y resistió firme, amparado en la fuerza de los que llegan atropellando".

—En un reportaje de hace unos años decías que eras el número nueve de la literatura argentina, contundente y eficaz, y que el diez, el de los lujos, era Bioy Casares. ¿Nunca soñaste con ser el diez?

—*Efectivamente, en esto, igual que en el fútbol, el puesto es una condena: no podés pasar de un lugar a otro. Bioy es un grande, capaz de tener todo el panorama delante de él, sabe cómo administrar su talento… Pero Bioy es número diez desde que nació. Se crio en un ambiente en el cual las letras contaban para él desde que las aprendió, y yo vengo de otro mundo en el que accedí a eso a la fuerza, como quien atropella*.

El asunto es que en la transcripción que hizo la revista *Maniático Textual* no hay rastros de ese último tramo, el que refiere a la fuerza y el atropello. En lo que se ampara, según la bajada. Alguna de las preguntas: "Habría en tus novelas una *estrategia básica* del suspenso ligada al folletín y a la historieta, ¿no?" (la cursiva es propia). Lo de *huérfano* de la crítica tampoco parece tan así. E incluso en todo este entuerto parece una gran simplificación pensar que "la academia" fueran Sarlo, pupilos & allegados. Por ese carril encaró su participación en la polémica Eduardo Romano, profesor en la materia Problemas de la Literatura Argentina: "Soriano figuró en más de un programa y especialmente *Cuentos de los años felices* y *Una sombra ya pronto serás* fueron motivo de análisis e interpretación en las clases teóricas y prácticas de la asignatura, en cuatrimestres diferentes. Siempre lo he considerado entre los mejores escritores-periodistas (o viceversa) del país, con una enorme capacidad de comunicación con el gran público lector (que siempre fue poco y cada vez es menos) en una tradición que se remonta por lo menos a José Álvarez (Fray

Mocho)".

Pomeraniec sostiene que Soriano (sobre quien ha escrito afectuosamente) acaso haya sido "el generador de esta gran confusión póstuma", porque "buscaba alimentar su mito de escritor maldito para la mirada miope de los académicos", y forjó así su leyenda. "Cuando lo invitaron fue un gran triunfo para Osvaldo —me dijo Sonia Freites —. Se sintió muy reivindicado. Pero para él, como para los tipos de su generación, no importa: los enemigos son enemigos para siempre. Pasquini era igual. Hay cosas de las que siempre se van a acordar. Él hablaba pestes de ellos". Claudia Pasquini plantea que pudo haber sobreinterpretado el episodio. "Entre que *Babel* se convierte en la contracara de la línea Soriano, y que la gente de Letras manifestaba un desprecio absoluto por lo que llamaban literatura pasatista, que solamente te cuenta historias, se armó como un circuito. Y él insistía: yo lo que quiero es contar historias. Sentía que no lo reconocían, que le negaban el prestigio como escritor. Y era verdad, se lo negaban. Lo siguen odiando".

—¿Le duele o le molesta que en algunos sectores se siga discutiendo si usted es o no un buen escritor? — le preguntó Ares en mayo de 1992.

—Me duele, sí, por qué negarlo. No es que viva pensando en eso; si alguien te dice que no servís ni para un equipo de la B y vos estás jugando en Boca o en River y hacés goles, mucho no te preocupa.

—Pero usted mismo a veces se pone a la defensiva, como si no se creyera un buen escritor. El año pasado dijo: "Yo estoy en el borde de la literatura".

—Eso lo dije en la Facultad de Letras, ante un auditorio hostil. La Facultad de Letras forma gente para entender la literatura de una manera, no de varias. Ciertos sectores que se formaron allí son lo menos pluralista que yo conozco. Salen como hechos por un molde y se encuentran con esto: un sujeto que viene de otro lugar, que no es de la literatura, que no pasó por la facultad, que no ha hecho la carrera de las artes, que viene del interior, que escribe y que tiene lectores y valores diferentes... eso genera

una hostilidad. Frente a eso yo trataba de explicarme con sinceridad, sin hipocresía. No soy el primero que viene de otro lugar.

El escritor y doctor en Letras Ángel Chiatti lo conoció poco después, cuando lo entrevistó para la revista *Unicornio*; la relación se profundizó, y así organizó una serie de charlas en la Universidad de Mar del Plata. "Y estuvo encantado: la primera se hizo en el Aula Magna y había como ochocientas personas. Se sintió muy cómodo con las preguntas de los estudiantes. Era más bien tímido; no le daba gusto el trato multitudinario, ni las entrevistas. Aunque en los últimos tiempos eso fue cambiando. Él tenía un imaginario extraño: pensaba que habría alguna especie de desprecio hacia su literatura en los ámbitos académicos. Y eso estrictamente no es así: depende de quiénes estén al frente en las cátedras de Literatura Argentina, eso lo define. Y no deja de ser una subjetividad. Los recortes que se hacen, los autores que se trabajan, son más o menos canónicos, pero qué quiere decir canónicos".

Tiffenberg recuerda cómo despotricaba con el asunto: "Tenía esto de los tipos que no son del mundo académico, un mundo al que odian porque no se sienten reconocidos. Él lo manejaba con más elegancia que otra gente, pero lo fastidiaba esta cosa con Puán. Yo le decía: '¡Pero dejate de joder, qué carajo te importa! Es así, no les gusta porque vos vendés, es parte de esa lógica. Se entiende lo que escribís, es divertido: eso para ellos no va'. En ese momento era muy fuerte la cosa críptica, que contaras una historia no importaba. Entonces le hacían críticas tremendas, pero me parecían muy marginales. Me sorprendía que a él le importara. Ahora, a la distancia, lo entiendo".

"Yo supongo que le dolía un poco esta situación con la academia, pero tampoco era una cosa tan terrible —me dijo Catherine—. No era algo que le impedía dormir, o su preocupación primera: era un hecho, y punto. Porque él tenía sus lectores, su gente que lo quería, cuando iba a una charla lo recibían bien, estaba contento con su vida, con sus libros. Estaba feliz".

Parece feliz también en Madrid el 23 de abril de 1991, durante la

entrega del Premio Cervantes a Adolfo Bioy Casares: Soriano lleva saco y corbata, insólito. Contaba que se conocieron cuando él se le acercó durante una Feria del Libro: se leían con gusto. “Bioy Casares ha escrito decenas de cuentos tan inolvidables como ‘El perjurio de la nieve’ y ‘El atajo’ y por lo menos cuatro novelas que quedan como clásicos de la literatura de este siglo: *La invención de Morel, El sueño de los héroes, Diario de la guerra del cerdo* y mi preferida, *Dormir al sol”*. Lo consideraba el novelista argentino con una obra “más vasta y perdurable”, a pesar de que “los críticos lo ponían a la sombra de su amigo Borges; como Bioy Casares detesta mostrarse y hablar de sí mismo, el reconocimiento le llega tardío”.

Decía que también Cortázar lo admiraba, y evocaba charlas sobre Bioy durante el exilio. “Nada le cuesta más a un escritor argentino que reconocer los méritos de otro, sobre todo si está vivo y lo tiene cerca: no es casual que Roberto Arlt se haya muerto con fama de analfabeto y que solo los talentos contemporáneos de Cortázar, Puig y Saer —que estaban o están lejos— ocupen las páginas de las revistas literarias y las cátedras de Letras; se admitió a Borges, claro, pero se decía de él que era un escritor extranjero, o del siglo XIX”. Lo deslumbraba el paisaje porteño que había retratado en su narrativa, sus personajes: “El suyo es un Buenos Aires sobrenatural y siniestro, con domicilios precisos en los que se confunden las fronteras del cielo y el infierno”. Soriano alguna vez proyectó una novela porteña y nocturna, ambientada en Retiro, Constitución, el Obelisco: una novela sin un atisbo de luz, decía. *Más allá de Arlt y de Bioy Casares, hay muy pocos escritores de Buenos Aires. Solo Humberto Costantini y David Viñas. Esas formas referenciales sobre nuestra ciudad fueron muy repudiadas por los escritores jóvenes. Las calles en las que viven los personajes de Bioy me quedaron muy marcadas*.

Para mayo de 1991, cuando el décimo aniversario de Mitterrand en el gobierno, Soriano estaba en París. “Nunca como hoy los ricos han sido tan ricos ni los trabajadores han estado tan despolitizados”, apunta en *Página*, un panorama signado por un socialismo en tránsito hacia un

“liberalismo atemperado”, el Partido Comunista en caída libre y una “apatía general”. En una década el desempleo había crecido de 1,6 a 2,6 millones de personas. “Salvo alguna excepción, ya no quedan programas políticos en la televisión. Toda confrontación, incluso cultural, ha sido superada o se resuelve en sordina. Ser de izquierda, aquí, es ser oficialista, porque casi nada existe más allá del discurso socialista-liberal, salvo la vieja diatriba de derecha al estilo thatcheriano. Toda Francia ha cambiado. Cambió la mentalidad de la gente y su aspecto. Cambiaron las ciudades y la infraestructura del país. La construcción del túnel bajo el canal de la Mancha, el desarrollo de los trenes de alta velocidad, los monumentos, los modernos edificios, la biblioteca más grande del mundo, la extensión de los transportes subterráneos, las redes de comunicaciones, la calidad de vida, todo se ha perfeccionado a la medida de consumidores exigentes”. Las encuestas le daban a Mitterrand un 55 por ciento de aprobación. Soriano concluye con un balance resumido: “Modernización espectacular, desocupación galopante, despolitización, individualismo, crecimiento de la extrema derecha de Jean-Marie Le Pen, autosatisfacción, transformación del paisaje urbano y las costumbres. Es más hermoso pero menos interesante este país ahora que hace diez años”.

“Vuelve la Argentina potencia. Menem dijo que pronto la Argentina va a estar entre los diez mejores países del mundo”.

Para “interesante”, lo que seguía ofreciendo el gobierno argentino, embalado con Cavallo ya como técnico experto para desembocar en el espejismo bizarro del Primer Mundo. El álter ego de Soriano tenía una cantera de material para “venderle” al editor del “Créase o no”: hacia junio estos diálogos empezaron a aparecer como “Llamada internacional” en lugar de “Sucesos argentinos”. Menem maneja una Ferrari que le regalaron, manda tropas al golfo Pérsico para alinearse con Estados Unidos, baila con odaliscas, dice que lee a Sócrates, se pronuncia a favor de la pena de muerte, recorta leyes laborales. Al lado de la redacción del diario, sobre la avenida Belgrano, estaba la

sede de SMATA, y Soriano vio cómo Menem llegaba a un acto sindical manejando un descapotable, de contramano: estacionaba, se bajaba, saludaba sonriente. “A veces quiero dejar de escribir esas contratapas de domingo. Pero no puedo, mirá lo que es esto…”, le dijo Soriano al delegado Tato Dondero, que presenció la escena.

“Luz verde para el ajuste”, titulaba tras la victoria electoral del menemismo en septiembre del 91. “Una moneda estable y una inflación moderada pueden más que las denuncias sobre escándalos y las consideraciones éticas y morales: el electorado votó mayoritariamente como el nuevo establishment quería. Menem ha sido autorizado para continuar con su plan de reconversión hacia el capitalismo de libre mercado”. El rechazo social a los indultos a Videla, Massera y los ex comandantes no tuvo, nueve meses después, una correlación en las urnas. Tampoco el envío de naves al Golfo: Soriano advertía sobre probables secuelas de terrorismo. “Si uno escucha a Menem tiene la sensación de que, más iluminado que nunca, está dispuesto a imponer a los argentinos las consecuencias de una nueva guerra”. El 17 de marzo de 1992 un atentado volaría la Embajada de Israel en Buenos Aires. Y en 1994 llegaría otro ataque, todavía más sangriento, en la sede de la AMIA.

En 1991 inauguraría también su serie de notas sobre los comienzos del país, la Revolución de Mayo, las guerras de la independencia, sus protagonistas. Un interés tardío, decía, que comenzó hacia fines del 89 y comienzos del 90, esto es, debacle de Alfonsín y entrega de Menem, desencantos “democráticos”. Son a la vez los meses de gestación de Manuel. *Creo que me incita la curiosidad sobre el naufragio argentino, esta parábola del hundimiento que todos vivimos, material o psicológicamente*. Había encontrado por casualidad, en una librería de usados, los veintitrés tomos de la Biblioteca de Mayo, una recopilación de documentos de primera mano que empezó a publicarse por el Senado de la Nación en 1960, a ciento cincuenta años de la Revolución, y contiene autobiografías, memorias, diarios y crónicas, escritas por muchos de los próceres de los comienzos de la nación. La

colección incluye revistas literarias de la época, publicaciones periodísticas, expedientes, sumarios, correspondencia, documentación diversa. *Un material de lectura fascinante, porque no era una interpretación de la historia; abría al azar algunos de esos volúmenes y me encontraba con cosas que me impactaban mucho, de puño y letra de los protagonistas, no tamizadas por otras lecturas. Como escritor me interesaba eso, el Moreno que dice "Se cagan en mis órdenes", literalmente, y el French que le dice: "Quédese tranquilo, con mi propia mano le di el tiro de gracia a Liniers". ¿Cómo se siente el tipo que acaba de darle el tiro de gracia a Liniers? Porque en la escuela me enseñaron que French ponía la cintita, era un tonto que andaba dando vueltas por ahí con Beruti y resulta que le pegó un tiro en la cabeza a Liniers. Remontando esas historias me dije que tal vez sería útil para fijarlas en mi memoria y para la gente, que como yo hasta ayer, no sabe del tema. Así fui escribiendo pequeñas historias que fueran crónicas*.

La primera nota de la serie es "Las palabras del adiós", y reúne despedidas de protagonistas varios de la revolución, el "¡Viva mi patria aunque yo perezca!" de Mariano Moreno en altamar, el "Si ves al futuro dile que no venga" de Juan José Castelli con cáncer de lengua, el "¡Ay, patria mía!" de Belgrano en su último suspiro. Los enfrentamientos salvajes de los primeros años del país, las persecuciones, las ejecuciones, el hito de Rivadavia como gestor de la primera deuda externa, la identificación de los liberales con su figura y la tirria que le tenía San Martín, que sobre él le escribe a O'Higgins: "Yo he despreciado tanto sus groseras imposturas como su innoble persona". Cita a Juan Manuel Beruti y sus *Memorias curiosas*: "Pobre patria, que la ambición de tus hijos te expone a su total ruina y expuesta a ser presa de naciones extranjeras de Europa que ambicionan de sus riquezas y desean dominarnos". Había constatado que Menem y sus funcionarios jamás citaban a los héroes fundacionales. *¿Por qué? Es muy simple: porque son indignos de ellos, nadie puede citar hoy a un prócer de Mayo desde este lugar, desde este sistema, porque se les cae la cara de vergüenza. ¿Con qué cara pueden citar a Moreno o a Saavedra? Alfonsín tenía algunas citas todavía, había elegido el retrato de Belgrano en lugar del de San Martín y solía citar a*

Moreno, lo citaba mal pero lo citaba. ¿A qué fundador puede citar Cavallo? ¡A Rivadavia! ¡Claro, ahora entiendo!, es el mismo empréstito que tardamos ochenta años en pagar.

En *El ojo de la patria*, que será su próxima novela, hay un prócer restaurado, un autómata que está en el centro de la trama y de la misión del protagonista: entre otras vertientes que la compondrán, se entrevé allí un destilado de estas lecturas de Mayo, unos retazos de ilusiones que a duras penas, quijotescamente empecinadas, titilan en la flamante liquidez neoliberal. Además de interpretar el contexto y de rescatar historias descubrió personajes que le resultaron fascinantes. Con las memorias del corsario Hipólito Bouchard, por ejemplo, publicó un par de notas de impronta aventurera que hacen pensar en Salgari: el hombre en la batalla de San Lorenzo junto a San Martín, que más tarde pierde y captura naves por el camino, que con la bandera celeste y blanca navega por Madagascar, Java, Borneo, Filipinas, que gestiona ante el rey de Kameha-Meha el primer reconocimiento internacional de la Argentina como nación soberana.

En una nota entrevera las faenas represivas de Martín de Álzaga, en 1795, con la de Videla en el Proceso; en otra enfoca en el director supremo Carlos María de Alvear, admirado "por la rancia oligarquía porteña" y caracterizado como "el primero que intentó entregar el país a una potencia extranjera", porque rogaba a las autoridades inglesas que estas provincias fueran sus colonias.

Los tomos de la Biblioteca de Mayo son voluminosos y los que se conseguían por la época venían con las páginas unidas en bordes verticales y horizontales. *Es infernal leerlos, son volúmenes de cuatro mil páginas cada uno. Además hay que tener la paciencia de cortar las hojas con el cortapapel y son muy incómodos de leer en la cama, por el peso que tienen. Pero ahí está casi todo*. Citaba fuentes al pie de página en las notas y se observa que su bibliografía excede la Biblioteca. *Yo a esto le llamaba lecturas compartidas: "Estoy leyendo esto, si usted quiere saber, le contagio las ganas"*. En el diario recibía cartas con sugerencias, con reconocimientos.

Yo me pregunto, ¿en qué sentido está pendiente Mayo? De Mayo surgen las tres cosas que la caída del socialismo no toca. Castelli, que es primo de

Belgrano, encabeza toda su campaña con un lema: Libertad, Igualdad, Independencia. Son copiados de la Revolución Francesa, pero Castelli no solo encabeza esto sino que intenta aplicarlo y fracasa porque no entiende que no tiene nada que ver Europa con estas tierras que recién nacen y viven en condiciones muy distintas. Esto era el culo del mundo, mucho más que ahora. No era Lima, no era nada. Pero ese lema está entero. Es muy claro, es la utopía pendiente. Utopía, patria, ideales: Soriano apelaba a esas palabras aunque parecieran demodés, ponía la lupa sobre eso y las seguía usando. Castelli, Moreno y Belgrano son los personajes que más lo conmueven.

Sus prototipos de honradez son Belgrano y San Martín. *Belgrano es más humano, tiene más facetas a flor de piel de lo que es la condición humana. Vive conflictos todo el tiempo, se equivoca, vuelve a insistir. San Martín, en la medida en que es un hombre con formación militar, se equivoca solo en las batallas. Tiene actitudes humanas, protege al perseguido, es el que protege a Saavedra cuando lo persiguen los jacobinos, así como lo ha atacado antes, cuando Saavedra se pasaba de rosca. San Martín es el primero que entiende la catástrofe que va a significar Rivadavia, que es el héroe, entre comillas, de hoy. Es más, en una reunión en Londres llegan casi a irse a las manos. San Martín, de todos modos, es más armadito, más lineal. Belgrano tiene unos líos terribles en la cabeza, pierde batallas porque no sabe cómo se organizan las fuerzas, no es militar, pierde por exceso de coraje, se enamora todo el tiempo… Es un tipo que tiene hijos con varias amantes, vive pasiones de amor que son de teleteatro, de caer a los pies de una adolescente para besarle los pies. Vive en la pobreza más extrema, en la que también ha vivido San Martín: una pobreza de andar en pelotas, eso es literal. No tenían nada que comer de verdad. En los dos hay una utopía que sostiene toda la adversidad y que los va a llevar a intentar hazañas que quizás ellos mismos saben imposibles. Son los dos tipos de la historia que siempre dicen: hay un futuro y hay un futuro mejor*.

A tono con las corrientes fukuyamistas del “fin de la historia”, dice, Mayo fue dejado de lado. *Tengo la sensación de que marcó la diferencia porque hizo dos cosas al mismo tiempo: independencia y revolución. Es muy emblemático el nacimiento de una noble ambición: ser independientes*

y cambiar la sociedad. El resto de América Latina se conformó trabajosamente solo con independizarse, negociando. Evaluaba que la gran mayoría de los integrantes de la Primera Junta tenía *una utopía inmensa* y que daba una idea de esa grandeza que la Revolución de Mayo hubiera ocurrido en un lugar tan apartado de la civilización, en la remota Buenos Aires. Ese ideario desmesurado, planteaba, había sido clave para atraer la inmigración. *Ellos percibieron que además de diferente, era rico. Ofrecía garantías de cierta locura de crecimiento, de emprender y poder largarse. Si no, ¿cómo se entiende cuando uno pasa por los viejos barrios o por Callao, por Avenida de Mayo, la presencia de esos edificios con semejantes cúpulas? Creían que esta prosperidad duraba mil años. Y pensar que ahora cierran el bar Suárez, donde uno iba a comer un sándwich de cantimpalo y trasnochar. ¡Carajo! Una parte de mi vida se hunde.*

17

El ojo secreto

En estos días los editores deben estar enojados conmigo, dijo en aquella charla de noviembre del 91 en Puán: se refería a tres notas que publicó en *Página* ese mes. Provocó una polvareda considerable. La primera, "Escritor corsario, editor pirata", empieza así: "'Napoleón fue un gran hombre solo por el hecho de mandar fusilar a un editor'. El asunto me vino a la cabeza en un bar de Montevideo cuando uno de ellos me confesó que había hecho imprimir varias ediciones pirata de mi libro *No habrá más penas ni olvido*. Me lo dijo al amanecer, con unas cuantas copas encima, delante de un viejo librero y dos escritores amigos". Uno de ellos, en chiste, propuso llamar a un vigilante. Soriano entreveró esta historia con otras, en particular con la publicación en Francia de la correspondencia inédita entre Louis-Ferdinand Céline y el editor Gaston Gallimard (con los consiguientes reclamos y agravios mutuos). En el texto hay citas condenatorias varias ("Ya decía Goethe que los editores 'son hijos del diablo'") o la referencia a la leyenda de Ariel Dorfman en Italia que, "cansado de que le demoraran la liquidación, se presentó a un gerente de Milán con un revólver y solo así pudo irse con su dinero". Pero el disparador fue ese episodio personal, que ocurrió tras su participación en octubre en la Feria del Libro de Montevideo: la escritora y el escritor que compartieron la cena confirman el episodio. "Se quedó duro cuando uno de los integrantes de la mesa, encargado de la sucursal de Sudamericana, le comentó cagado de risa cómo le habían hecho varias ediciones extra de un libro suyo sin que él se enterase —cuenta uno de los escritores, que pide que su nombre quede en reserva—. Lo fantástico era su descaro: lo decía a los gritos".

En la nota refiere que los editores de aquella época eran dos

hermanos mellizos. “Si no los nombro es porque nunca he oído de un editor que vaya preso”, consigna Soriano, que tampoco menciona al sello Bruguera, el que en 1982 y sin que lo supiera publicó en la Argentina *No habrá más penas ni olvido*. Unos profesionales: le mandaban plateas preferenciales para ver a San Lorenzo, llevaban y traían a su madre de Tandil, y aunque sabía que no le liquidaban lo que le correspondía, les apreciaba la gentileza. Un día uno lo llamó, compungido, para decirle que habían detectado un pirata que inundaba las librerías con sus títulos, idénticos a los de la editorial. Los libreros venderían ejemplares falsos y sus derechos de autor disminuirían. Procurarían pescarlo. “Siete años después, cuando por fin apareció en mi camino, el pirata tenía varias tarjetas de crédito, un auto considerable y me ofrecía la llave de su casa. Debo reconocer que acababa de pagar una buena cena y que después de todo solo había trabajado por encargo de los mellizos de Buenos Aires. ‘¿Hiciste muchos ejemplares?’, le pregunté. ‘Un montón’, me contestó y se encogió de hombros, como quien archiva una historia pasada y pisada. Sabía que yo no estaba armado y que de madrugada suelo andar de buen humor. Nos reímos”.

El restaurante estaba frente a Playa Ramírez, a orillas del Río de la Plata, y la escritora recuerda el episodio. “En ese momento Soriano estaba muy fóbico, había dejado de fumar y andaba con un cigarro apagado en la mano, cosa que lo tranquilizaba un poco. Lo extraordinario de esta situación fue que en medio de la cena preciosa que pagaba Sudamericana se encontrara con este editor que le reconocía esa deuda con esas ediciones antiguas”.

En las Memorias del Míster Peregrino Fernández, la serie que contiene los últimos relatos de Soriano, el viejo técnico está internado en un geriátrico y va contándole sus aventuras a alguien que lo visita, con la idea de hacer un libro. “¿Ya arreglaste con alguna editorial? —le pregunta el Míster—. Elegí bien, guarda con los ladrones, no vayas a lo de Willy Sonchável Lerrus, que es el editor más tacaño del mundo, menos a lo de Henri Piquete, que te afana hasta el encendedor”.

El referente de Sudamericana en Uruguay en aquella época era Enrique Piqué.

En la segunda de las notas, “Cafiolos”, enfocaba en el milagro de ver a tantos escritores burlados de la mano de sus editores en las presentaciones de libros, los egos inflados por los minutos de fama. Entre los ofendidos listaba esta vez a Hemingway, Kafka y la tropa de escritores que en los 80 esperaban cobrar de Bruguera en España hasta que García Márquez publicó allí un libro y exigió que se pusieran al día con todos. “El más afortunado de los autores argentinos puede ganar un promedio de cuatro o cinco mil dólares anuales de derechos de autor (la gran mayoría no saca nada), cuando hay algunas editoriales que en el mismo plazo facturan millones de dólares. Por supuesto, un escritor solo tiene cuatro o cinco títulos propios mientras un editor, uno grande, tiene tres mil ajenos”. También mechaba algún rasgo infumable de los autores: “Hay que reconocer que el sacrificio mayor de los editores consiste en tratar a diario con los escritores, que son los seres más desagradables, insolentes y arrogantes de la Tierra”.

A dos días del segundo artículo sale indignado a responderle su amigo Divinsky, editor de De la Flor: lo acusa de caer en el recurso fácil de ironizar sobre estereotipos arraigados, plantea que la indefensión del autor por entonces no era tal y despliega un abanico de chantadas de escritores: “¿Todos los autores son santos e irán al cielo? […] No voy a asumir una defensa del gremio de los editores con la que nadie me invistió. Simplemente recordaré que sin la audacia de muchos de mis colegas en el tiempo, obras fundamentales hubieran permanecido inéditas; que sin la osadía de otros, a quienes sí les costó cárceles y exilios, por ser mucho más ubicables que los propios autores, no se hubieran publicado en el momento adecuado libros que cuestionaban las ideas dominantes en materia política y económica, o la moral y las *buenas* costumbres imperantes”. Lo que no implica negar la existencia, dice, de delincuentes que hacen ediciones pirata, perjudicando a autores y editores.

“Fue una polémica famosa y lamentable —me dijo Divinsky—. Él hacía una generalización, como el gringo que visita un país africano, ve a un negro descansando a la sombra y dice ‘ah, los negros nunca hacen nada’. Yo salí al cruce y él se lo tomó como una cosa personal.

Osvaldo tuvo mucha mala suerte con sus primeros editores, en especial con Bruguera, donde vendían muchísimo sus libros. La editorial empezó a andar mal y no le pagaron a él ni a nadie".

A tres días de la nota de Divinsky salió Saccomanno en *Página* a terciar en el debate: le parecía significativo que tras las "terribles anécdotas" en la ecuación editor-editado, "que suele ser la de amo-esclavo", quien se sintió tocado fue un editor: "Tal vez los autores, de tanto sentirse tocados, perdieron la sensibilidad". Tras veinte años en el oficio, decía Saccomanno, podía contar unas cuantas historias de terror sobre editores.

"Naturalmente, hay editores honestos y todo el mundo los conoce, pero son tan escasos como las almas en el cielo", escribió Soriano en la última nota de la serie, "La muerte del corsario negro"; a Divinsky no lo nombraba, pero en esas líneas parecía aludirlo. En esta recorrida entre los defraudados están John Kennedy Toole, Quiroga, Arlt. "Florida era el lado en que se pagaban las ediciones de los propios autores; Boedo era el lado en que el editor no exigía plata, y no liquidaba. Esa era la diferencia. Elegantes o proletarios, ya entonces la costumbre era no pagar o malpagar. Hacerlos ir y venir de una semana a la otra, a veces meses o años, para al fin mostrarles una planilla con el saldo en blanco". Sin herramientas para saber cuántos ejemplares se fabricaban y vendían, plantea, el escritor está obligado a creer en lo que su editor le dice, aceptar su palabra. También critica la falta de legislación, las características de los contratos, lo desparejo de la relación. A los piratas, concluía, no hay Sandokán que pueda derrotarlos: "Por eso un escritor italiano que conmovió a varias generaciones de jóvenes les mandó esta carta, horas antes de suicidarse en 1911, a los 48 años: 'A mis editores: ustedes se han enriquecido con mi piel, me han tenido a mí y a mi familia continuamente en la miseria y aun más que eso. Les pido solamente que, en compensación de cuanto les hice ganar, piensen ahora en pagar mi funeral. Los saludo quebrando esta pluma'. Firmaba Emilio Salgari, autor de *El corsario negro*".

La polémica siguió con un surtido de notas y cartas de lectores. Cuatro años después los protagonistas coincidieron en la Feria del

Libro en una charla acerca de los derechos de autor: las posiciones no habían variado. Soriano dijo que lo que más lo sorprendía desde que escribió los artículos es que el tema no le importaba a nadie. Tampoco demasiado a los autores; incluso algunos le dijeron "cómo vas a decir eso, después no te van a editar". *Salvo Dal Masetto, que está por ahí, no sé si hay otro escritor en la sala. No entiendo por qué no participan, por qué no dan la cara, se supone que un escritor es una persona valiente*.

"Fuimos amiguísimos antes de su partida, y durante el exilio —me dijo Divinsky—. Tengo una pila de hologramas, el papel celeste de sus cartas: yo escribía desde Caracas y él desde París. A la vuelta también nos vimos bastante, íbamos mucho a su casa y nos hicimos amigos con Catherine. Después vino este absurdo episodio de los artículos. Osvaldo se ofendió. Fue una especie de querella político-editorial, aunque nunca nos peleamos. Lloré mucho cuando murió, y estuve en el velatorio y el entierro. O sea que nunca dejé de quererlo".

Soriano rescató las tres contratapas para *Piratas*. Estaban reunidas por el subtítulo "Peleas": "Los metí a todos en la misma bolsa, sin distinguir los buenos de los malos, y se armó un lío bárbaro. Aunque hablar mal de los editores sea el tema de conversación preferido de los escritores de todas las edades y todos los tiempos, no es frecuente que saquemos el tema a la discusión pública. Solo Antonio Dal Masetto, Osvaldo Bayer y Guillermo Saccomanno se unieron; hubo mesas redondas, careos, insultos y un editor reputado por su temeridad llegó a decir que éramos nosotros quienes los estafábamos a ellos". Que las había escrito en un arranque de furia, consignó. Y que tenía experiencia en el tema y también el rencor suficiente como para no olvidar las afrentas sufridas antes de que interviniera Carmen Balcells a poner un poco de ecuanimidad.

Las dos primeras notas de 1992 en *Página* refieren a la vocación de Stalin por liquidar amigos, enemigos, sindicalistas, intelectuales, escritores. "Vaya a saber por qué su nombre no quedó tan asociado a

la persecución de la cultura como el del senador Joseph McCarthy, que en la misma época perseguía rojos en Estados Unidos", escribió después de consignar las desgracias de Pasternak, Gorki, Maiakovsky, Isaac Babel, Bulgakov. "En ese espejismo que fue la URSS, un escritor 'disidente' iba a parar a un campo de reeducación o al desván de la memoria". En los dos artículos hay alusiones a la KGB y al mundo del espionaje y buchonaje intelectual, y también referencias a *Los tres días del cóndor*, película en la que Robert Redford es un agente de la CIA que trabaja en el departamento de lectura de libros, donde decenas de hombres y mujeres leen todo lo que se publica y redactan informes luego procesados informáticamente: los más sutiles espías de un pueblo, hipotetiza la Central, son sus escritores. Ambos textos pueden pensarse como laboratorio o trabajo de campo para lo que será *El ojo de la patria.*

Breve recorrida por lo publicado en el diario a lo largo del año. Curiosamente, las "llamadas internacionales" fueron solo tres; el humor, sin embargo, abunda en otros textos sobre el gobierno, como en la semblanza bufonesca del tendero y director de la Casa de Moneda Armando Gostanian, que había hecho imprimir billetes con la cara de Menem. En "Pito catalán" aborda "el gesto teatral" de Menem al divulgar los archivos que dieron cuenta de la recepción del primer peronismo a los refugiados nazis. "De paso el indultador de los genocidas argentinos pone el símbolo del horror nazi *afuera* en el espacio y el tiempo. Si hubo nazis en el país fueron extranjeros que vinieron en épocas pretéritas en las que no gobernaba el liberalismo. Si hubo crímenes, ocurrieron en otra parte, en Auschwitz, en Buchenwald o en Dachau y no en El Olimpo, La Perla y la ESMA. Los oficiales nazis que vivieron con toda tranquilidad en la Argentina, parece significar Menem, son responsabilidad exclusiva de Perón. Los de 1976-1983, entre tanto, toman copas en bares de la calle Santa Fe, como Astiz, o hacen gimnasia en la Costanera, como Videla".

Desde este año han de intensificarse sus contratapas futboleras: el Boca-River de "Un domingo de otro planeta"; el título boquense luego

de once temporadas sin campeonatos. Lo alegra el festejo en el barrio, que el campeón sea la contra del equipo del presidente, que de vez en cuando les toque algo a los que son mayoría. El artículo más simpático y pertinente para una biografía es “El dilema de Manuel”: “Mi hijo ya tiene dos años y medio y es hora de que se decida. A los tres yo ya me paseaba con un echarpe azulgrana y el escudo en forma de corazón. Mi padre era de River pero sin exagerar y mi madre ni fu ni fa. Ahora bien: un hincha de San Lorenzo es tolerado en el barrio de La Boca si es escritor, pintor, músico o escultor. Nobleza obliga. También los números obligan al líder a ser respetuoso: desde que empezaron a enfrentarse, San Lorenzo, aparte de los empates, gana dos de cada tres partidos contra Boca. De ahí el remanido ‘hijos nuestros’ que canta la hinchada y que a nosotros nos toca padecer con el glorioso Racing Club”. Ese domingo ambos equipos se enfrentaban por la tarde. “Entre las primeras palabras de mi hijo figuran: ‘Mamá’, ‘papá’, ‘pis’, ‘caca’, ‘gato’, ‘barco’, ‘libro’ y ‘San Lorenzo’. Pronunciado ‘Banoenzo’. Pero, ¡horror!, el barrio pesa tanto como dice el tango y el otro día Manuel me tiró a boca de jarro un terrible: ‘Papá… ¿Boca?’. Casi me da un infarto. Si San Lorenzo no gana hoy y Víctor Hugo no grita bien fuerte algún gol de Acosta, corro serio riesgo de que el chico se me aparezca un día en casa con un trapo azul y oro”.

A lo largo de 1992 hay también varias notas centradas en libros y escritores. Entre ellas destaca “El inventor de Buenos Aires”, Roberto Arlt a cincuenta años de su muerte, sus expediciones por el alma de Buenos Aires, su intuición sobre la decadencia del país. “Escribía mal. Es decir: si lo que hacía Lugones era escribir bien, entonces Arlt escribía con los pies. Y así, con los pies y el corazón destrozado, fue nuestro Balzac pequeño, a la medida de una comedia humana modesta y analfabeta, fue nuestro Dos Passos atónito y desmañado pero sobre todo nuestro Dostoievski desnaturalizado y furioso. Era periodista y todos los días publicaba un artículo sobre las gentes de Buenos Aires que aún no se habían descubierto a sí mismas. Las “Aguafuertes Porteñas” aparecidas en *El Mundo* forman un universo indivisible y

fantástico de los años del yrigoyenismo y de la Década Infame". El periodismo, las críticas a su escritura, la mirada ácida sobre su tiempo: está a la vista su identificación con Arlt. Incluso en el deseo de que trascienda su obra, o cuando apunta que el éxito le trae enemistades y celos, o que cierta izquierda no le perdona las burlas al comunismo en sus novelas.

—En algún momento describió la narrativa argentina contemporánea en las colocaciones de un cuadro de fútbol —le preguntó Graciela Speranza a comienzos del invierno—. Se reservaba el número 9, contundente y eficaz. Para continuar con la metáfora futbolística, ¿cómo se lleva con el resto del equipo?

—Hablo con el número 8 o con el 3, como pasa en el fútbol, de a grupitos. Nadie quiere hablar del tema pero uno sería muy ingenuo si no sintiera la hostilidad. Por supuesto hay escritores con los que me llevo muy bien, cuya obra me interesa. Pero creo que falta una suerte de respeto mutuo, de aceptación de la diferencia. Además, por lo general en este ambiente la pedantería es solo comparable a la del mundo del box. Por suerte, tengo otros espejos que me han malcriado: el reconocimiento en Italia, la publicación de editores considerables, de Einaudi a Alfred Knopf en Estados Unidos. En ese sentido, me conformaría con que aquí me reconocieran un espacio en la diferencia. Que me digan: muy bien, usted es Alejandro Dumas hijo, cuenta historias, puede sentarse a la mesa.

La nota de Speranza describe el estudio en la casa de La Boca: una mesa amplia sobre la que ubica una viejísima máquina de escribir Smith negra, una laptop Toshiba muy pequeña, café. "Soriano habla de espaldas a una biblioteca que señala más de una vez cuando se refiere a Borges, Conrad o las "Aguafuertes Porteñas" de Arlt. Desde una foto pegada en la puerta sonríe Bret Easton Ellis, tal vez por la inesperada vecindad con el perfil duro de Dashiell Hammett, casi una provocación. Más abajo, un banderín de San Lorenzo compite en color y brillo con una página enmarcada de *Las ilusiones perdidas* de Balzac".

El ojo de la patria tuvo varias versiones. En la primera, a partir del hallazgo de la tumba en el Père-Lachaise, situaba la acción en 1910, la

época de aquel insólito espía argentino. *Pero esto me ceñía terriblemente. Cuando uno no ha escrito nunca una novela histórica, corre el peligro de hacer pintura de época*. En otra, el protagonista tenía la misión de llevar a la Argentina el cadáver embalsamado de Lenin. En la versión definitiva Julio Carré es un agente confidencial solitario y bastante inútil, y prácticamente desactivado en París, que un buen día recibe la orden de hacerse pasar por muerto y aguardar a que aparezcan en su propia tumba las instrucciones para una misión que le encarga el presidente: repatriar a un prócer restaurado, computarizado, que anda a pilas. Una momia puesta a nuevo, más bien callada, que cada tanto putea sobre todo a Rivadavia y a Saavedra. Un jacobino sin nombre, recauchutado, de escasísima acción, de carga simbólica y potencial, un muñeco prometedor que es un prodigio tecnológico, codiciado por agentes y servicios en pugna.

A mediados de junio Soriano viajó a España para participar del Encuentro de Escritores Iberoamericanos, organizado por la Universidad de Barcelona: junto a Augusto Monterroso y Augusto Roa Bastos conformó la mesa "La literatura del exilio". Enseguida se fue a París, al departamento de la calle Erckmann-Chatrian, para concentrarse en la escritura de la novela: estuvo dos meses allí, solo. Que se había encerrado, que se había metido preso, contaría después. *Compraba comida enlatada una vez por semana y dormía al pie de la computadora. Tachaba en un almanaque los días que iban pasando; exactamente como un presidiario. Pero así comprendí lo que una vez me dijo Ross Macdonald: "Cuando se está escribiendo una novela, es imposible gastar energía en otra cosa". Para mí, que soy perezoso y fácilmente desconcentrable, el método fue duro pero muy eficaz.* Dos litros de café por día, un cigarrillo tras otro, alguna pastilla para dormir, contaba. Y que perdió siete kilos. Un sacrificio para la salud.

Hay unas cuantas señales autobiográficas filtradas en el personaje de Carré: sus várices, de arranque. Ya sobre el final, dormido en un micro turístico junto al prócer, Carré sueña con los personajes y héroes de su infancia, que son los de Soriano. El departamento diminuto en el que el confidencial vive en París, que debe dejar cuando le indican que se haga pasar por muerto, tiene detalles del

suyo: barrio La Goutte D'Or, cinco pisos por escalera, altillo desde el que se ve, a 800 metros, la cúpula del Sacré Coeur. Erckmann-Chatrian son dos escritores franceses que publicaron y firmaron en dúo unos sesenta libros en la segunda mitad del siglo XIX, muy populares en su época y con una fuerte impronta antimilitar, nacionalista y antialemana; Carré comparte esa tirria con los alemanes, sobre todo porque lo tuvieron preso ocho meses, hasta que el servicio secreto argentino pactó su libertad a cambio de veinte toneladas de carne. El trueque se hizo en un puente sobre el río Rin, y la obra más conocida del dúo de alsacianos que nombra su calle en París es *Cuentos de las orillas del Rin*.

Para vengarse, en las madrugadas Carré relojea la guía telefónica, llama a números alemanes y cuelga tras ocho o diez rings. Como en sus novelas anteriores, en *El ojo* hay humor, impronta aventurera y un suspenso que tracciona. Humor que le sirve, entre otras cosas, para que fluya el trasfondo histórico y para tomar alguna distancia. *La cosa es hacer convivir al personaje con un espejo de alguien que fundó la patria. Pese a ser una momia, un cadáver, es el único que tiene cara propia y la puede defender. El único que puede decir qué frío hacía en el Cabildo. Los otros cambian todo el tiempo. El único que no cambia y que a veces dice cosas comprometedoras es el prócer.* La traición recorre la historia argentina, plantea vía lecturas de la Biblioteca de Mayo, y enfoca en los enfrentamientos brutales de los orígenes de la nación. *No conozco una nación que se haya maltratado y se maltrate tanto como la nuestra. Al prócer de* El ojo de la patria *lo mataron entre todos, lo trampearon sus contemporáneos y nosotros mismos. Tiene rasgos de Moreno, de Belgrano, de Castelli, de French. Es un revolucionario*.

Pero anda a pilas, es una momia: hay que ponerle gotas en los ojos cada seis horas ("En un prócer lo que importa es la mirada") y bañarlo con una esponja suave. Pinta impecable, aunque su performance es algo limitada: canta, se queja, recita versos del *Martín Fierro*. Un cirujano muy atorrante se lo entrega en Viena a Carré, para que encare el retorno. Soriano y Marlowe; Rocha y Galván; en *El ojo de la patria* a la dupla de compañeros que no se traicionan la componen el prócer y el espía Carré, que circulará con otro nombre (Gutiérrez) y

otra cara porque el médico, inspirado en una foto de la revista *Hola!*, le ha puesto ojos celestes y el rostro de Richard Gere o de Harrison Ford. Es un cambio de identidad que Carré padece: extraña sus rasgos, no se encuentra en el espejo. ¿Quién es? Es uno de los temas que componen la atmósfera de la novela: los personajes y la gente en general se ponen y se sacan máscaras de celebridades, actores y cantantes, Sting, Madonna, Gardel, James Dean, Laurel & Hardy, Julio Iglesias, Michael Jackson. Son gestos naturalizados, normalizados: la ambición de ser otro. Famoso, admirado. Caída del Muro, fin de la historia, hora de liquidez, reconfiguración del pasado: sobre ese escenario, los dobleces que implica el mundo de los espías, de identidades falsas, incertidumbres, camuflajes, desconfianzas, traiciones. Con los intereses de fondo correspondientes. Carré no sabe bien para quién trabaja, ni si el objetivo de su misión es triunfar o fracasar en la repatriación del prócer, ni quiénes son sus aliados. Por ahí andan Vladimir, un viejo comunista ruso; Olga, su atractiva jefa bisexual; Pavarotti, un ex montonero formado en Estados Unidos que le oferta tres millones de dólares para ubicar a la momia en el Museo Británico.

> —Tan joven y tan hijo de puta.
> —¡Es que yo no quiero vivir como usted, Gutiérrez! Mírese: años de andar a pie, de cagar en letrinas sin luz, de vivir en piezas mugrientas y comer pizza recalentada. Sin mujeres, sin amigos, ¿para qué? Dígame para qué. ¿Cuál es su objetivo en la vida? ¿Cargar cadáveres? No, gracias. Yo fui a Harvard. Ciencias Sociales, estudié.

Suele emparentarse *El ojo* con *A sus plantas*, a Bertoldi con Carré: argentinos anacrónicos y oxidados fuera del país, involucrados de pronto en una "misión patriótica". Pero al contrario del cónsul, el espía apenas se tienta por los millones que le ofrecen y se la juega por la causa y por su "compañero". Desde que lo descubrió en Père-Lachaise, la mirada de Soriano sobre Carrié/Carré cambió: de considerarlo "otro chanta argentino", cuya tumba ostentosa y placa delatora percibía como obra "de alguien que lo quería mal", a pensar que era un modo de hacer pasar por muerto a alguien que no lo

estaba. *Carré, en francés, significa cuadrado. Y como el tipo es un cuadrado me venía bien. No tomé en cuenta para nada a John Le Carré, a quien he leído muy poco, y nunca un libro completo. No me interesa la novela de espionaje. Si alguna vez me interesó el tema fue como lo toca tangencialmente* El factor humano*, de Graham Greene, que es una obra maestra. No tengo los parámetros del género, como puedo tenerlos del policial.*

"Día por medio voy a ver *Barton Fink*", dice en un artículo escrito ese año. El protagonista de la película de los hermanos Coen es un escritor contratado por Holywood, un autor teatral que en la habitación de un hotel decrépito se choca día tras día contra lo que le encargaron: un guion para un film de luchadores. Ante él hay un cuadrito en el que se ve a una mujer joven, de espaldas, sentada en una playa frente al mar: es la fantasía del solitario Fink, y también la de Carré. "Tal vez encontraría a su chica caminando por la playa. Al fin y al cabo tenía una cara como la de Richard Gere o Harrison Ford". Se oyen ruidos en las habitaciones vecinas; Fink conoce así a un vendedor de seguros macanudo, que tendrá una segunda identidad, y cuyo nombre, Karl Mundt, remite a la vez a *El espía que vino del frío*, novela de John Le Carré; y Carré conoce a Tom, un escritor borracho y también bloqueado con sus personajes. En las paredes del cuarto de Fink se desprende el empapelado; las de Tom están forradas de carillas escritas con frases sueltas, "apuntes garabateados a la apurada". En *El ojo* hay incluso una escena que refiere al incendio final de la película. Aunque ya tiene escritas veinte novelas, Tom dice que anda con la autoestima por el suelo y que se siente demasiado viejo, porque no consigue imprimirle a Sarah, el personaje de su novela, "un odio profundo, un odio de mujer herida". "Si pudiera me gustaría escribir con amor; pero si pudiera escribir con amor sería un hombre distinto al que soy", lee Carré, y también alguna referencia a Bendrix. Bendrix y Sarah son los protagonistas de *El fin de la aventura*, la novela de Graham Greene.

Y la figura apenas camuflada de Greene, la del escritor que escribe y publica libros pese a las crisis, las borracheras y los cabezazos contra las paredes, contrasta en *El ojo de la patria* con la de los

administradores del hotel en el que confluyen durante varios capítulos Carré, el prócer, el agente Pavarotti. En efecto, quienes manejan el hotel Orión son un grupo de escritores inéditos o casi, que alardean de permanecer secretos, de no llegar a los lectores, esto es, la antítesis del *best seller*. Los críticos de la popularidad de Soriano, podría pensarse. Se financian con la venta de droga y organizan un velatorio del prócer como pantalla para trasladar un cargamento de cocaína desde Austria a París. El dueño del hotel se llama Roger Wade, igual que un personaje de Chandler en *El largo adiós*: allí Wade es un escritor mediocre y charlatán, que terminará asesinado por su esposa. En *El ojo* Tom le cuenta a Carré quién es Wade.

> —Cuando era joven publicó una buena novela y después nada más. Los críticos creen que desapareció en Marruecos y lo adoran. Le hicieron una leyenda y tiene que cuidarla. No puede volver a publicar porque rompería el hechizo.
> —Entonces es un hombre muerto.
> —Algo así. Compró el hotel y armó una especie de fundación para escritores inéditos. La condición es no publicar nunca. Ahí se ven los valientes. Una vida escribiendo para nadie, sin lectores ni posteridad.

Algo después es Wade quien habla de Tom: "Es un fabulador profesional, no le haga caso", dice. "¿Es buen escritor?", le pregunta Carré. "Hace novelas con intriga. Valen lo que la gente paga para leerlas". Enseguida trata de que le ceda al prócer: "Vea, voy a serle sincero: la fundación anda en dificultades financieras y como van las cosas no podemos dedicarle a la literatura todo el tiempo que quisiéramos. Bibi está con un largo poema al que le falta tiempo para ser la última referencia de este siglo miserable. Marc está logrando lo que Bernhard nunca pudo, pero necesita tranquilidad. Yo mismo preparo unos cuentitos cortos y para que funcionen tengo que vaciarlos de todo contenido. Eso lleva tiempo, le aseguro. No se asuste, no lo voy a aburrir con literatura. Usted es un profesional en apuros y nosotros podemos darle una mano". Son líneas destinadas a "los enemigos", gastes, pases de factura, señalamientos de esnobismo. "'Usted tiene un no sé qué de escritor sin inspiración —le dice Wade después de elogiarle la cirugía—. De esos que ponen la foto en la

solapa del libro”.

> —No sé… —dijo Carré—, a veces me pregunto si no debería escribir mis memorias.
> —Si se compromete a no publicarlas nunca, puede contar con el apoyo de la fundación.
> —¿Y para qué las voy a escribir, entonces?

Mis personajes no leen, decía Soriano mientras trabajaba en este libro. ¿Y esto explicaría de algún modo que fuera un escritor querido por los lectores y resistido en las “capillas literarias”?, le preguntaban. *Puede ser, puede pasar por ahí, porque en mí hay una cosa muy intuitiva*, respondía. Algo de eso, de la falta de referencias a la “cultura alta”, hay en la crítica de Feiling a *Una sombra*. Y parece sintomático que en la primera página de *El ojo* haya una referencia y unos versos de “Canción de otoño”, el poema de Verlaine: es una clave codificada que usa Carré en un confesionario. Camino a casa observa a una chica en el subte leyendo *Madame Bovary*; en su altillo tiene una biblioteca y entre los pocos libros que carga hay un ejemplar gastado de las *Memorias de una princesa rusa*, del que se sabe de memoria los mejores fragmentos. Esto en el primer capítulo, donde puede pescarse alguna otra “coincidencia”. Para justificar el cinismo y la frivolidad, ante “el estado de cosas” de la cultura, como “cuestión ética” Feiling planteaba “quejarse de quienes enfrían excesivamente el vino”; y Soriano pone a Carré en el trance siguiente de su cotidiano: “Esa noche hizo lo de siempre: secó el piso con un trapo y se calentó unas salchichas que comió con un pedazo de pan. Abrió una botella de vino blanco que dejaba debajo de la cama para que no se arruinara con la luz y se la tomó de a poco hasta que empezó a hablar solo”.

Hay persecuciones, vértigo y tiroteos en *El ojo* (el confidencial tiene muy buena puntería), pero con Carré le imprime a su protagonista algo que había hecho poco con los de sus novelas anteriores: introspección, recuerdos, cierta reconstrucción del pasado: unos años en un juzgado comercial de Morón leyendo expedientes, la afición por las biografías de compositores clásicos, colecciones de discos. Y la

fantasía de escribir sus memorias: “Si se convertía en el confidencial que había hecho posible el Milagro Argentino, podía ser tan famoso como esos espías ingleses que revelaban secretos y se volvían intocables. *El hombre que volvió de dos muertes*, sería un buen título. O tal vez *Confesiones de un agente confidencial*. Tenía que pensarlo con calma. Nunca había leído libros de espías y no tenía idea de cómo empezar el suyo. En ese momento, mientras conducía por las montañas nevadas, como de tarjeta postal, se sentía confuso pero dispuesto a afrontar cosas en las que antes no se había atrevido a pensar”.

En varias notas de la segunda mitad del 92 fue dando adelantos de la factura de la novela: cierta noción de tráiler, anticipos laterales de lo que pronto publicará. En “Nuestro hombre en París” presenta al agente Julio Carrié, aquel busto del Pére-Lachaise, la hipótesis de que hiciera informes sobre anarquistas a comienzos del siglo XX, años de la “Argentina opulenta” del primer centenario. Uno de los guardias del cementerio le contó que cada tanto un desconocido meaba la tumba después de dejar allí unas flores negras. “Como no consigue información manda datos falsos en códigos imposibles de descifrar. Tengo las fotos de su busto pegadas en mi cuarto y cuando vuelvo al cementerio lo imagino caminando por allí, leyéndole sus piezas a Molière y sus versos a Apollinaire”. El 9 de agosto publicó “El vacío de la página llena”: “Al poner el ansiado punto final a su libro, el escritor se siente Tarzán rey de la selva, Superman volando sobre el Empire State, Carlos Gardel saliendo del Tabarís. Pero la sensación solo dura un instante: enseguida viene el vacío, la idea aterradora de que nunca más lo visitarán el gato de Baudelaire o el duende de Chéjov. Sin embargo, las doscientas y pico de páginas están sobre el escritorio y cuando el tipo las mira se dice qué bueno, ya está, este es el producto de dos, tres, cuatro años de trabajo”.

Por la contratapa del 23 de agosto se sabe que ya está de vuelta. “Uno pasa dos meses lejos, sin mujer y sin hijo, sin gatos, sin el Tortoni, sin la voz de Víctor Hugo, sin Tato, sin Rodari ni el colectivo

60 y lo añora todo. Se agigantan Charly García, Pergolini, Rep, Rudy y Paz, Inodoro Pereyra, Araceli González y hasta se vuelve simpático el vigilante de la esquina. Borges resucita de entre los muertos y Arlt todavía remonta cabizbajo la flamante Diagonal. Aquí está la tumba de mi padre. También la de mi tío Casimiro, que me enseñó historias descabelladas y se muere cuando estoy lejos". Sus "notas de regreso" son un clásico, el viaje como un largo insomnio de revistas y diarios: "Se acabaron los trenes en la Argentina y a la señora que va al lado leyendo *La Nación* le parece bien". El contraste en la televisión entre los programas culturales franceses y Sofovich, los Blaquier que dicen que votarán por Menem, la pensión de 150 pesos que cobra su madre: "Para el menemismo es lo que vale el trabajo de mi padre, que le instaló el agua corriente a dos ciudades de la Patria en tiempos de Perón". Los modestos refuerzos de San Lorenzo. "Trato de darme ánimo. Al fin y al cabo aquí está mi casa, los amigos y sobre todo los enemigos, que sin ellos la vida no valdría la pena". Entre el equipaje trae el diskette con las doscientas páginas de la novela.

En la que seguiría trabajando, más en sintonía con la reescritura que con Tarzán. *Por primera vez me releía con cierto placer*, sentía al corregir las pruebas de *Una sombra*; con *El ojo* se lo entrevé inseguro. Surge de las entrelíneas de esos artículos o de una carta agradecida que le escribió, con la novela recién impresa, a su amigo Febbro, que en París asistió a la escritura del libro: que no sabe si le hizo bien a la literatura, pero como amigo, un fenómeno. En Buenos Aires la trabajó con Chitarroni, que dirá: "Es la mejor de todas sus novelas, la más completa y la más compleja: la idea y la trama son apasionantes".

Juan Forn, por entonces editor en Planeta, también leyó el libro antes de la publicación. "Fue la única novela de la que vi originales de Osvaldo —me contó—. Y de hecho hice lo que se llama editing una noche, por teléfono, nos sentamos cada uno en su casa y estuvimos cinco horas, desde las dos hasta las siete de la mañana". Su "verdadera sintonía" con Soriano fue posterior a su muerte, porque no tenían tanta confianza. "Creo que me encontré con él cuatro veces y que habremos hablado por teléfono unas cincuenta horas. Era difícil verlo en esos años: era muy canuto, salía muy poco. Te citaba en un bar a

las diez y pico de la noche y llegaba con su Renault. Siempre tuve la impresión de que a él le dio confianza, o alegría, que Rodrigo Fresán y yo le diéramos pelota, porque en parte daba por sentado que el veredicto de *Babel* era generacional. A Rodrigo lo apoyó un montón, y de hecho le dio una frase consagratoria para la edición de su novela, *Historia argentina*".

Tras esa lectura, junto a Fresán, le sugirieron un agregado. "El libro termina con el protagonista metiéndose en su tumba junto al héroe, y nosotros pensábamos que el prócer tenía que empezar a hablar con el final de *Blade Runner*, donde el replicante dice 'Yo vi amaneceres de dos soles en la galaxia de Orión, vi batallas sepulcrales…'. Que el héroe empezara a contar algo de la historia argentina de una manera épica y lunar, y que el libro terminara con ese golpe de efecto. Esa noche al teléfono se empezó a dar una manija bárbara: 'Claro, porque podría decir esto, y podría decir aquello…'. Pero al día siguiente había un mensaje en el contestador: 'Ya es demasiado tarde, sería otro libro. Qué buena idea. Pero no'".

Y sin embargo en el último párrafo de *El ojo* hay una referencia a la famosa escena final de la película de Ridley Scott. En ese mundo distópico los replicantes son autómatas de perfecta apariencia humana, artefactos sensibles y conscientes que se han salido de control. "He visto cosas que la gente no podría creer —dice el que interpreta Rutger Hauer—. Ataques de naves en llamas en la galaxia de Orión. He visto rayos X brillar en la oscuridad, cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán… en el tiempo… como lágrimas en la lluvia. Es hora… de morir". En *El ojo*, Orión es el hotel de escritores y el prócer dice, en las últimas líneas: "He visto amaneceres de sangre…". Se intuye que podrá seguir con su relato. Pero bajo tierra.

Hasta última hora, también, se mantuvieron las negociaciones editoriales por la cifra del anticipo. Forn decía que a Soriano le encantaba la idea de pasarse a Planeta y formar parte de la colección Biblioteca del Sur. "Pero Balcells siempre pedía sumas altísimas, y en

ese momento estaba obsesionada por pasar los 100.000 dólares. Él llamaba a casa y yo ya había empezado a buscar imágenes para la tapa. Hasta que [el director editorial] Ricardo Sabanes una tarde entró a la oficina y dijo: 'Lo perdimos, les dio la última opción'. Sudamericana tiró su oferta, Planeta la subió y Balcells, en vez de cerrar, levantó el tubo y les dijo 'Planeta ofrece tanto'. Consiguió que Sudamericana pusiera unos billetes más y zafó, se quedó ahí".

Tema de impacto para los medios. "Osvaldo Soriano ha marcado un hito en la literatura local al cobrar 120.000 dólares como anticipo por su última novela", decía *La Nación*. "Se alzó con el anticipo más suculento de la historia de la literatura argentina", decía *Clarín*, y explicaba que a Balcells le tocó negociar el precio entre las dos editoriales "con detalles casi epopéyicos que Soriano dice desconocer". Cristina Mucci lo entrevistaba en *Los siete locos*: *Son las cosas que pide Balcells, que tiene sus códigos. Ella maneja la parte que nosotros no sabemos. Había dos editoriales interesadas, pregunté cómo se hace y me mandó un fax explicándome en detalle: "Entregás a Sudamericana y a Planeta el mismo diskette de los originales, con la misma etiqueta y a la misma hora"*.

"Con Balcells siempre había negociaciones tremendas —me dijo Gloria Rodrigué—. Para cada libro, para cada contrato. Una no estaba tranquila nunca. Con ningún autor ni con nada. Yo pensaba que era con nosotros, pero después me enteré de que era con todos los editores. Siempre fue una lucha". ¿Se ocupaba Soriano de que las cifras trascendieran? "Sí, sí, claro. Yo jamás las decía. Me parecía que nosotros no teníamos por qué decirlas. Si el autor quería, adelante, que las dijera".

Y también en parte, coincide Rodrigué, era subir el piso de lo que podía cobrar un autor por un libro. Lo explicitó Forn: "Soriano defendía condiciones dignas de laburo en momentos en que todos estaban acostumbrados a que los forrearan. Los que volvían del exilio venían de juntar los garbanzos como fuera durante el mes, de escribir para cualquiera para que les pagaran. A muchos, al volver, les pasó como a Di Benedetto, que terminó muriéndose solo en una cama de hospital. Son tipos que volvían esperando que les llegaran buenos

laburos, reconocimiento, una situación cómoda, y terminaron galgueando y pasándola pésimo. En ese sentido el Gordo defendía muchísimo que se pagara bien, también para tratar de arrastrar a los tipos que eran como él. Le podrán criticar: 'Bueno, se creía estrella y por eso pedía esa guita'. Para mí no: sabía que tenía más margen. Y sabía que era una máquina de ideas. Porque en el periodismo hay dos clases de tipos: los que son burros de carga, y te trabajan con cualquier cantidad de información, fecha de cierre, sin problema, y los que son más vagos y tienen buenas ideas. No sé si más vago, pero sí con otro estilo".

Le preguntan en *Somos* si ganar dinero le daba culpa. Sí, más por lo generacional que por lo ideológico, dice, y encara hacia las carencias económicas del padre, sobrevuela por las malas y las buenas que le tocaron, asevera que en él impera la idea anarquista de que la propiedad es un robo. *Yo me gano la vida bien. Me la gano dándole a la máquina. No tengo dinero oculto. Ahora que cobré este anticipo grande no sé qué hacer con la plata. Tengo miedo de ponerla en un banco. Tengo la seguridad de que muchos banqueros son ladrones. Y el temor de que si la dejo no la veo nunca más en mi vida. A veces se me mezclan las cosas: siento orgullo por haber ganado mi dinero bien, pero a la vez no lo siento mío. Cuando Sudamericana me dio el cheque y lo tuve en la mano vine, subí aquí, lo apoyé y lo miré. Mi mujer estaba afuera. Ninguno de mis gatos compareció (no sé si sabían, los gatos odian la guita). Lo volví a mirar. Y no hubo forma de que lo sintiera mío. ¿Por qué tendré esa culpa? Yo cumplo con la doctrina Cavallo: no solo mantengo a mi vieja sino también a tres tías más. No sé. No sé. El afuera es demasiado trágico para que yo no sienta culpa.*

Iba a la televisión, casi exclusivamente, cuando lo invitaban a hablar de sus libros, la mayoría de las veces a propósito de la salida de alguno. Se lo ve amable con sus interlocutores; bromea, trabaja su perfil de escritor atípico y su tono al hablar está lleno de matices; gesticula, enriquece su relato con las manos, con los ojos. En la pantalla sí que contribuye a la mentada imagen de "gordo bueno". Considera las entrevistas parte del trabajo, y por lo que le cuenta a Febbro en general anda lejos de disfrutarlas. Le fastidia responder las

mismas preguntas o tener que ser "ocurrente" en las respuestas. Es su época de mayor exposición pública. En la nota para *Somos* aparece retratado en el living de su casa junto a Manuel, que tiene dos años largos para entonces, que lo abraza: "El límite para exhibirme es esta foto. No voy a aparecer en la bañera con espuma", se lee en el epígrafe.

Primero hay que hacer las cuentas, nunca se le preguntó a un editor cuánto ganaba con un libro —decía en *El Cronista*—. *En el caso del escritor es el diez por ciento por derecho de autor, y en algunos, como el mío, el diez por ciento hasta 10.000 ejemplares, y el doce de allí en adelante, cifra que considero escasa. Como escribo una novela cada tres años, es muy fácil: 120.000 dólares divididos por 36 no me da gran cosa. Además, los puedo justificar. Pero esto no me agrega nada. Todavía está todo muy caliente. Me agregará mayor tranquilidad para manejar los tiempos libres. Lo que trato de comprar con el trabajo que hago es tiempo libre, en vez de frivolidad o corbatas carísimas. Tiempo libre para poder decir que no a otros trabajos, o para lo que considero fundamental para un escritor: leer y comprar todos los libros que uno quiere leer. ¿En qué gastamos la plata los escritores sino en libros?*

¿Usted qué auto tiene?, le preguntan en otra entrevista. *Un Renault 11 modelo 1990 que me acabo de comprar con la guita del adelanto. Hasta hace poco tenía un Dodge 1500 bastante viejito. Una vez, después de una reunión en la que me empecé a quejar de la corrupción ostentatoria, me estaba yendo y un tipo me preguntó: "¿Me permite que lo acompañe hasta su auto?". El tipo, cuando lo vio, se quedó tranquilo. "Está bien —me dijo—. Porque el otro día vino alguien a dar una charla sobre honestidad y se fue en un Mercedes-Benz último modelo". Tengo un reloj Seiko. A este pulóver que tengo puesto se lo puede valuar como muy barato. No tengo nada que ocultar. Porque casi no tengo nada. No pagaría si hubiera un impuesto a la ostentación*. En otra nota dice que si tuviera dos millones de dólares se compraría un Rolls Royce, para tenerlo en su casa y mirarlo: porque es una obra maestra y no porque salta a la vista de los otros. Son sueños del pibe, dice. ¿Y qué otros sueños de ese tipo tiene? *Lo sostendría al Beto Acosta un año más en San Lorenzo. Mi hijo duerme con el muñequito de Acosta. A fin de año, cuando Acosta*

esté en la Fiorentina, ¿qué le digo? ¿Que ahora tiene que dormir con el muñequito de un tipo de cuarta categoría?

El 22 de noviembre de 1992 aparecieron en *Primer Plano* un par de capítulos como anticipo de *El ojo de la patria*. Tres días después, se anunciaba en la portada del suplemento, se distribuiría en librerías. La primera edición fue de 22.000 ejemplares. En diciembre se imprimió la segunda, de 16.000. Y una tercera en enero, de 5.000. En 1993 fue publicado por Mondadori en España y por Einaudi en Italia; en Francia aparecería en 1995, editado por Grasset. Es la novela menos traducida de Soriano y, acaso, la que menor agite produjo en la Argentina. Al momento de su salida se ubicó segunda en los rankings de venta: arriba estaba *Escrito en las estrellas*, de Sidney Sheldon, campeón mundial del "bestsellerato". Recién para el 27 de diciembre la novela aparecería al tope de la lista de *Primer Plano*, donde se mantendría un mes: después osciló al tercer, cuarto puesto. Soriano se mosqueó, se figuró alguna ojeriza contra él dentro del suplemento y le escribió a Lanata: ¿cómo era posible que en el cultural de *La Nación* su libro apareciera al tope de la lista y en *Página* figurara cuarto? Si se hubieran tomado el trabajo de consultar a la editorial, le señala, sabrían que el suyo era el libro mejor colocado de Sudamericana. *Te confieso que estoy cansado de la colección de pequeñas miserias del diario y por eso, también, quería tener una charla con vos. No es verdad que yo esté enemistado con Tomás, como dicen por ahí. No sé él, pero es un rumor sin asidero en lo que hace a mí. No sé quién la tiene conmigo ahí pero el asunto ya me cansó y voy a irme pronto con la música a otra parte. No me entiendas mal: no pido lo que no me corresponda sino que me traten al menos con consideración*.

Desde el 28 de febrero *El ojo* volvió a estar al tope del ranking de *Página*, y allí permaneció hasta el 2 de mayo de 1993.

La novela más ambiciosa que publicó hasta ahora, aseveraba Guillermo Saccomanno en su reseña en *Primer Plano*, y le destacaba

“una escritura de sello propio, inconfundible, que le permite construir alegorías con los entretelones de nuestra historia más reciente”. La novela, plantea, es varias cosas en simultáneo: un *thriller* carnavalesco que no trepida en las piruetas circenses, un sembradío de homenajes y guiños sutiles, un relato tributario de un puñado de escritores (Cortázar, Simenon, Greene, Hemingway, Chandler), una respuesta al *ghetto* que lo cuestiona, una declaración a favor de contar historias, una resignificación de las ficciones que la elite literaria descarta, una metáfora actual y una tragedia en el sentido clásico. “El confidencial Carré lucha contra la adversidad que lo supera, pero puede torcerle una pulseada. Del mismo modo, tensando los límites y convenciones de un género, Soriano logra un relato vertiginoso, de humor sombrío y con ritmo de videoclip de horror, sacándoles jugo a ciertas pantomimas fúnebres del *grand guignol* local”.

En perspectiva, es muy atractiva la lectura crítica de Rogelio Demarchi, su síntesis de qué dice Soriano en este libro: “El mundo de hoy está perdido. Nadie puede probar nada. Si todo puede ser cierto, cómo identificar a la mentira. Definitivamente: no importa lo que somos, sino lo que aparentamos. Es más importante el muerto aparente que el vivo fugitivo, las máscaras que los rostros, el simulacro que la realidad; por todo ello, lo más importante no es venderse al mejor postor sino ser el mejor impostor para subir los precios. Si el pasado se puede inventar y el futuro es cualquier cosa que se pueda comprar, ¿qué es el presente? Una ilusión que nos hace olvidar nuestra eterna decadencia, la cadena de traiciones que nos ata al fracaso, el equívoco que nos lleva a pensar que somos lo que nunca hemos tenido. Somos sentimentales porque tenemos nostalgias de un tiempo y una pureza que no hemos conocido, pero que hemos sabido inventar”.

“Escúcheme bien. Cuando llegue el día yo le voy a dejar un mensaje en la tumba. Usted vaya a ponerse flores todos los días y un día se va a encontrar con la orden. Va a haber un busto suyo, lápida de mármol, una placa, todo bien hecho”. Carré oye a su jefa bisexual, que le da

instrucciones para que cumpla la misión y le asegura que ese es el único camino que lo llevará al paraíso. Cuando encuentre el mensaje va a entender: ¿le interesa la historia argentina?, le pregunta. Durante los siguientes días el confidencial anda por el cementerio: ve construir la bóveda, pulir el mármol de su lápida, colocar el busto de bronce, una imagen muy lograda de sí mismo. “Recordaba tantos trastornos y amarguras que le parecía haber vivido cada una de las hazañas escritas en la placa”: son unos embustes halagadores. Espera. Va familiarizándose con el Père-Lachaise, visita las tumbas de Wilde, de Chopin, de Balzac, de Jim Morrison. En la de Morrison se juntan pibes a cantar y Carré se conmueve con “The end”; una tarde, mientras los chicos cantan “El espía”, ve el paquete escondido entre las flores y dos balas que asoman de la nariz del busto, brillantes con el último sol.

Ya en el hotel encuentra una pistola en el paquete con una inscripción en la culata: “En Dios confiamos”. Una de las balas es de goma y será para simular un asesinato; la otra es hueca y tiene una inscripción dentro. Como no alcanza a leerla sale a agenciarse una lupa. Anda sin un mango, así que se instala frente a una óptica, al acecho de un incauto. Un filatelista flaco con muletas compra una; en el subterráneo, Carré le roba la bolsa donde la ha puesto. De regreso otra vez en el hotel descubre que en la bolsa también hay una billetera y siente que Dios no lo había abandonado cuando descubre dos tarjetas de crédito, quinientos francos y “la foto de un tipo bastante robusto que no era el paralítico”. Hay algo más: un sobre con el membrete de un laboratorio. “No tuvo que hacer ningún esfuerzo para descifrar el resultado de la biopsia —escribió Soriano—. Era el mismo que le habían dado a su padre. Uno de los dos, el paralítico o el tipo robusto, tenía cáncer”.

Balas en las vías nasales, una lupa para descubrir un mensaje, que conduce al hallazgo azaroso de un diagnóstico de cáncer. Los detalles de ese cáncer están clarísimos para Carré: son los que llevaron a la muerte a su padre. Inevitable, aquí, preguntarse si Soriano sabía ya que estaba enfermo y lo deslizó enmascaradamente a la novela, o si se le filtró más inconscientemente. O si se trató de pura intuición. O si jugó el azar. Los familiares y sus amigos cercanos aseveran que

Soriano supo que estaba enfermo de cáncer recién en 1996. ¿Pudo haberlo mantenido en secreto durante ese tiempo? Pueden imaginarse razones y temores en Soriano. Secreto, confidencial, es en esencia el oficio de Carré. “Conozco el sueño/ que estás soñando/ Conozco la palabra/ que anhelas escuchar/ Conozco tu miedo/ más profundo y secreto”, canta Morrison en “El espía”.

El cirujano chanta que le cambia su cara lo felicita por la biopsia que le pesca entre sus papeles: “Con un cáncer así quién se anima a preguntarle nada”, le dice. Y también: “Un tipo que lleva un cáncer en el bolsillo no es chiste. Eso lo puede sacar del peor apuro”. Aunque a la vez es escéptico: “Yo a este tipo no lo veo en una misión así, Jefe. Si usted viera las radiografías… Unos pulmones así de chiquitos. Un hígado de este tamaño… El electrocardiograma vaya y pase, pero el resto no aguanta”. Cada tanto, a lo largo de las aventuras, Carré recuerda el diagnóstico, se pregunta si el filatelista o el tipo robusto lo sabrán. En el primer viaje en auto junto al prócer saca un cigarrillo, y cuando está por encenderlo el héroe patrio se enoja: que no fume, le grita. Al final del camino, cuando han zafado de todas las traiciones, incluso la de la jefa que los manda al muere, los dos encaran para el Père-Lachaise. Llevan las máscaras de Laurel y Hardy. Los chicos que acompañan a Morrison cantan “The end” y ellos también canturrean: “Este es el fin, mi hermoso amigo/ este es el fin, mi único amigo”. Cuando llegan ante la tumba y el busto Carré le presenta su vieja imagen: “Ese soy yo”, le dice. Hay un gato sobre el mármol, que Carré acaricia.

“Pensó que en ninguna parte encontraría un refugio más seguro. Y el prócer necesitaba descansar de una buena vez. ‘He visto amaneceres de sangre’, le oyó decir. Tal vez a solas le revelaría los secretos de su vida y entonces comprendería por qué los habían entregado. Tenía pilas nuevas y muchas historias que contar. Carré levantó la mirada sobre las copas de los árboles y adivinó el reflejo de la luna entre las nubes. Tiró el cigarrillo y fue a abrir la puerta de la bóveda. Estaba oscura y vacía como el vientre de una ballena. Se alumbró con una vela, prendió un fuego de hojas secas, y volvió a buscar al prócer que cantaba las últimas estrofas de ‘The end’”. “El fin de la risa y de las

dulces mentiras/ el fin de las noches en que habíamos querido morir/ el fin".

O como dice Hauer, el replicante de *Blade Runner*, empapado bajo la tormenta, en la noche:

Todos esos momentos
se perderán en el tiempo
como lágrimas en la lluvia
es hora…
de morir.

18

Iluminaciones y penumbras

"Soriano, Osvaldo (1943 - ¿1992? ¿2006?)". Con la inauguración de la Feria del Libro de 1993, *Primer Plano* adelantaba un listado de publicaciones previstas a lo largo de ese año. El suplemento invitó a ocho escritores para que imaginaran el artículo que podrían merecer en una enciclopedia del futuro. "Narrador y futbolista argentino considerablemente apreciado en su época. Autor de varias novelas escasamente originales y ya olvidadas, como…". Su entrada arranca así, y la ironía irá in crescendo. "Ingresó al severo cuerpo de la *Enciclopedia Británica* después de que su relato *No habrá más penas ni olvido* (1982) se convirtiera en el mayor éxito de ventas de la Argentina posterior a la dictadura. Su incomprensible popularidad, el magnetismo que ejercía su obra sobre los 'lectores salvajes', demoró temporariamente el reconocimiento que merecían otros notables hombres de letras que fueron sus contemporáneos y que estaban cambiando silenciosamente las perversas poéticas populistas heredadas de los años 20". Unos toques irónicos para cicatrices: "A la publicación de *Una sombra ya pronto serás*, un agudo crítico de entonces escribió: 'El libro ni siquiera consigue volar más alto que las vitrinas de los *best sellers*'. Otro joven escritor, ignorado en vida, pero que luego devendría un clásico, juzgó que Soriano era 'a la literatura lo que Carlos Menem a la política'".

En ese hipotético registro futuro abre esa incógnita sobre la fecha de su muerte. "Al parecer, en agosto de 1992, citado a prestar declaración en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, un estudiante exaltado le disparó un balazo en el pecho", escribió: se declara ya posiblemente asesinado. Ciertas enciclopedias de Italia y Francia, señalaba, conservan su dudosa biografía gracias a la

celebridad que adquirió como eximio futbolista. “Otras fuentes anotan su muerte en el estadio de Nueva Jersey, durante el segundo Mundial de Fútbol de Estados Unidos, en 2006, a poco de marcar el gol de la victoria en la final Argentina-Inglaterra. Soriano había abandonado la literatura para retornar al fútbol junto a otro veterano, Diego Armando Maradona, con el que integró una célebre delantera que señaló treinta y dos goles en siete partidos. Uno de ellos se conserva en la sección Obras Maestras de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos”.

Para comienzos del 93 habían comprado una casa en Mar del Plata. “Desde entonces íbamos muy seguido, pasábamos los veranos, incluso a veces nos quedábamos los tres meses —me dijo Catherine—. Osvaldo escribió mucho allá. Le gustaba porque era un lugar muy tranquilo, no lo molestaba nadie, podía escribir”.

En la edición de la Feria de ese año presentó, junto al escritor mexicano Fernando del Paso, el Premio Juan Rulfo de Literatura. La periodista Patricia Kolesnicov describe su popularidad en una crónica de recorrida por allí: “Es imposible caminar por la Feria del Libro con Soriano y pretender llegar rápido al lugar de destino. La gente lo para, lo saluda, le sonríe. Otros lo señalan de lejos, codean a un amigo y se quedan viéndolo pasar”. Observa que algunos se le acercan por cholulismo, pero lo felicitan por sus libros, le piden que vuelva a escribir en el registro de *Una sombra.* Concede que *los lectores siguen a alguien porque confían en él y lo han convertido en su portavoz*, pero a la vez plantea que la fama es puro cuento.

Lo ovacionaron cuando llegó a una mesa redonda por los seis años de *Página*. En otra, junto a Juan Sasturain, Fontanarrosa y Carlos Ferreira, contó una historia a partir de un relato futbolero suyo: *Por supuesto que se trataba de una ficción. Pero tal debe haber sido la fuerza de ese texto que la semana pasada volví a Neuquén después de muchos años, me encontré con un tipo que decía que había jugado ese partido para mi equipo y que además me había tirado pases largos, y con otro que aseguró haberme cagado a patadas. A mí me dio una gran alegría y ahora hasta tengo la impresión de que ese partido existió.*

—El fútbol fue su primera vocación, ¿se arrepiente de haberlo abandonado? —le preguntaban días después en la revista *Cultura*.

—*Lo lamento hoy, porque es una nostalgia muy grande. Mi abandono del fútbol es un poco el símbolo de ese choque que ha habido siempre en la cultura entre los géneros populares y una concepción de la cultura como* ghetto. *Cuando llegué a Tandil desde el sur seguí jugando y al mismo tiempo me metí en un grupo de teatro experimental, en donde había gente de la literatura, de la pintura, etcétera. Y era muy mal visto, yo me daba cuenta, decir que uno tenía que ir a entrenar, o volver de un entrenamiento con un bolso o en zapatillas. Te hacían saber que era de mal gusto. Eso me hizo ir perdiendo interés por la práctica de fútbol. Pienso que son cuestiones de presión social, en lo íntimo sigo sintiendo una gran admiración por el fútbol, creo que, en el fondo, es de lo único que sé. El otro día, en la Feria del Libro, estuvimos en una mesa redonda sobre fútbol y literatura; yo generalmente me intimido cuando hay público, pero ahí hablé hasta por los codos, porque sentí que de eso sabía. Dejamos un poco de lado la literatura, hablamos de fútbol, y ese es un terreno seguro para mí, discutible pero seguro. Al mismo tiempo, en esa reunión, la gente reclamaba, quería saber por qué no hay una literatura que tenga que ver más cercanamente con los hechos populares. Y un poco surgió la perplejidad ante esa constatación, somos pocos los que hemos escrito (yo lo hice muy tardíamente) temas que tengan que ver con el fútbol, por ejemplo. Y cuando escribí no fue porque se me ocurriera, sino porque un diario italiano me había contratado para cubrir el Mundial de México y el de Italia.*

"Historias que quepan en un bolsillo": el recurso aparece mencionado en *El ojo de la patria*. Un formato para tener a mano que funciona, de alguna manera, como reescritura del pasado. *Tenemos muchos pasados, los nuestros y los que los demás quieren que tengamos*, dice. En algún camino de la novela anterior Carré abre la guantera, ve el sobre con la biopsia del filatelista, recuerda su figura renga y espástica y se pregunta si ya se habrá enterado del diagnóstico del cáncer, o si la mala noticia era para el otro, para el robusto. "Las imágenes del pasado se le hacían confusas y pensó que tendría que

inventarse otras que las reemplazaran", anotó en *El ojo*. El viaje a Neuquén toma dimensión simbólica en "Rosebud", una contratapa que publicó el 30 de mayo. "La memoria lo agiganta todo. A mí me parecía que mi casa de Cipolletti era tan enorme que ocupaba una manzana. Hace unos días, al regresar después de treinta y tres años, encontré que no lo era tanto. Todo a su alrededor había cambiado, pero mi *Rosebud* seguía ahí. Es un peral añoso, de tronco bajo, al que me subía las tardes en que me sentía triste".

En "Rosebud" recorre los sitios en los que vivió, la falta de pertenencia a un lugar, y va pescando recuerdos sueltos, la compañerita de San Luis con la que jugaba, los modos en que lo llamaban aquí y allá, el preservativo que compró y luego le descubrió su madre. Por las correrías de su padre y por la historia del penal en Cipolletti sí se acordaban de él. Al volver a la casa de su infancia lo dejaron pasar y allí reconoció la puerta desde donde lo llamaba su madre, el rincón en el que se murió un perro, el escritorio en el que su padre lo trató de pelotudo por aquel descuido con el preservativo. "Ese era mi jardín y ahí estaba mi *Rosebud* cualunque, erguido entre otros árboles. Si hubiera estado solo me habría subido de nuevo por aquellas ramas", escribió. "Todos tenemos nuestro *Rosebud* personal y nos llevamos el secreto a la tumba. El trineo de Charles Foster Kane, en *El ciudadano*, no es la verdad de su vida, pero sí aquello que para él había sido el origen de la verdad. Lo que siempre pasará desapercibido para cualquier otro. Al elegir un árbol para evocar mi infancia estoy mintiéndoles a los demás, pero detrás de esa mentira hay un hilo secreto que me conduce hacia mi propio Aleph. Podemos borrar o confundir las huellas de una vida, pero las llevamos a cuestas. En eso pensaba más de treinta años después en Cipolletti, al caminar sobre mis propios rastros en el jardín".

"Rosebud" es el quinto artículo de 1993, en *Página*, enfocado en la infancia, el padre, los años idos. *Mi viejo murió hace casi diecinueve años. Así que es una cosa un poco nebulosa: escribo sobre mi viejo pero no es mi viejo, quizás el viejo que hubiera querido tener. Una suerte de*

reescritura del viejo. Invitado al programa de radio *Hora 25*, que conducía Lanata, el tema era el padre, y de refilón aparecieron *La invención de la soledad*, novela de Paul Auster, y *Luna de papel*, película de Peter Bogdanovich. *No sé por qué, pero se hizo muy presente en mi vida. O sí sé por qué, y creo que es obvio: a partir de que yo fui padre, hace tres años. Y si querés, a partir de que uno se hace viejo.*

—No sos viejo.

—*En la medida en que me veo como personaje de esos artículos, me doy cuenta de que por entonces mi padre tenía mi edad. Y para mí era viejo. Tenía el pelo viejo, ya no saltaba paredes, y al mismo tiempo estaba lleno de frustraciones, de esperanzas incumplidas…*

—Así contado, es como si los estuvieras escribiendo para tu hijo…

—*En una de esas sí. Y en una de esas también para aventar el ridículo de ser viejo, del contraste con el viejo… Uno sabe que ya no es más un pibe, que hay una pila de cosas que no podés hacer.*

Aunque creía haber escrito que se recuerda la infancia como el lugar de la felicidad y creía, a la vez, que eso no era cierto para él, su próximo libro se llamará *Cuentos de los años felices* y será su tercera recopilación de textos aparecidos previamente en diarios y revistas. Los diecisiete que abren el volumen se agrupan en el título "En nombre del padre". Que empezó a escribir los relatos sobre la infancia sin saber que José Vicente campearía en ellos, que a sus amigos les gustó el personaje y por eso siguió con las historias. "Muchos lectores me preguntan si era tal como lo cuento ahora. Claro que sí. Ya lo dice un personaje de Armando Discépolo: 'Hijo, si vos lo soñaste, yo lo viví'", consigna en la presentación. En la última entrevista que dio, a fines de 1996, ubicaba la frase en *Stéfano*, una obra que Discépolo estrenó en el Teatro Cómico de Buenos Aires en 1928. Fue a ver una versión junto a Tito Cossa. *Y en esa escena en que el hijo le cuenta a su padre fracasado que soñó con aquello que el padre pudo haber sido, remata diciendo: "Llevabas un traje nuevo, papá", y el padre le contesta: "Si vos lo soñaste, yo lo viví".* Ficciones o sueños que de padre a hijo se trafican hacia lo efectivamente hecho o vivido. Un bucle en el tiempo que abarca tres generaciones, porque a la vez son historias que Osvaldo escribe también para Manuel. Y se entrelee, a veces, que el

padre es Osvaldo. “Todavía hoy sigo subido a una barda, oyéndolo putear ahí abajo, mientras mi hijo juega con la espuma de las olas y grita alborozado en una playa de Mogotes —escribió en ‘Petróleo’—. Somos muchos y uno solo, hasta donde me alcanza la memoria. A cada generación tenemos menos cosas que podamos sentir como propias. Queda el hermetismo de mi padre en la mirada del chico que corre junto al mar. A él le contaré esta tonta historia de pérdidas y caídas, la de mi padre que rueda y la mía que no supe defender”.

El texto apareció publicado originalmente con otro título, “Algunas caídas”, y empezaba así: “Ahora que el petróleo ya no es nuestro y el Congreso ha prohibido fumar en los lugares públicos, seguro que a mi padre le gustaría estar tan muerto como está”. El menemismo acababa de privatizar YPF y tras largo cajoneo prosperaba al fin una ley antitabaco, que Menem vetaría en un par de semanas. “Debe estar pitando un rubio sin filtro, escondido entre unos arbustos como lo veo todavía. Estamos en un camino de arena, en el desierto de Neuquén, y vamos hacia Plaza Huincul, a ver los pozos de YPF. Salimos temprano, por primera vez juntos y a solas, cada uno en su moto. Él va adelante en una Bosch flamante, y yo lo sigo en una ruidosa Tehuelche de industria nacional. Es el otoño del 62 y está despidiéndose para siempre de la Patagonia”. “Petróleo” es un cuento precioso. El padre anda con tos de fumador aunque de buen carácter, porque el joven Frondizi anunció hace un tiempo que está ganada la batalla del petróleo. Pero en algún momento se desbarranca, se da un golpazo y le echa la culpa. En el horizonte hay una torre petrolera con su péndulo, que parece un fantasma de luto en la lejanía. Más tarde, en una pensión, discutirán. “Nunca ganó un peso sin trabajar. No sé si está conforme con su vida. Igual, no puede hacerla de nuevo. Ha vivido frente a los palos, mirando venir una pelota que nunca aterriza. Intentó zafar de la marca, correrse, poner la cabeza, pero no supo usar los codos. Caminó siempre por los peldaños de una escalera acostada. Tarzán en monopatín, Batman esperando el colectivo, San Martín soñando con las chicas de Divito. Y sin embargo, cuando fuma en silencio, parece a punto de encontrar la solución”.

Supongo que uno tiende a reescribirse, a reescribirlo —le dice a Lanata

—, para hacer de esto una masa más manejable. Que deje de morirse, que es la mueca más obvia que te queda. Hay gente que ha idealizado enormemente al viejo, y no fue mi caso. Pero cuando ves a tu hijo sentís que esa relación inevitablemente se va a repetir de alguna manera, deformada, o como contracara; y por ahí sea una cierta manera de prevenir que no te pase lo mismo. Ver qué cosas le reprocho y no tengo razón, y en qué cosas sí tengo razón. Creo que por ahí no hay nada ideal: todos los chicos tienen algo violento que reprocharle al viejo, con o sin razón. Y por tanto hay una carga de culpa considerable. Es competitiva siempre la relación con el padre; uno lo sabe después, pero lo que quiere es ser mejor que el viejo; y el viejo también de algún modo se defiende, no es que sea inocente, es una pelea perpetua. No me gustaba que mi viejo no entendiera o que le fuera indiferente lo que me gustaba, cuando iba a los bailes o a jugar al fútbol…

Un espectro, una aparición descomunal. Decía aquella noche, en la radio: *No hay nada más pesado en la Tierra. Una vez que se sube al hombro… Uno tiene la autonomía que puede tener, pero sin duda te quiere manejar. Está dentro tuyo. En una de esas es la culpa; lo estoy reescribiendo: él no hacía esto o lo otro, y yo estoy diciendo que lo hace, tal o cual cosa que no hizo. Entonces uno siente que se sienta el fantasma atrás, que dice: "¿Por qué me usás?". Porque estás usando al padre. Y la única defensa que tenés es tan miserable: "Yo puedo usar lo que quiero, porque soy escritor". Entonces uso el material que se me canta. Pero es verdad que el tipo está ahí.* Escribió en "Petróleo": "Discutimos en la pensión porque yo ignoraba las matemáticas y la química y volvimos en silencio, muy lejos uno del otro. Lo dejé ir adelante y todavía veo su camisa sudada flotando en la ventolera. Yo no sabía qué hacer de mi vida y miraba para arriba a ver si bajaba la pelota. Tenía 19 años y me sentía solo en una cancha vacía. Todavía estoy ahí, demorado con mi padre en medio del camino. Imagino historias porque me gusta estar solo con un cigarrillo y estoy cerca de la edad que tenía mi padre cuando se tumbaba de la moto. Fueron muchas las caídas y no siempre lo levanté. Me gustaría saber qué opinión tendría de mí, que he perdido su petróleo. Quisiera que echara una ojeada a estas líneas y a otras. Que me regalara un juguete y me contara cuántas veces estuvo

enamorado".

—¿Sentiste odio por tu viejo alguna vez? —preguntó Lanata.

—Sabés que no sé si algo tan fuerte como odio… Me parece que no. Porque mi viejo jugaba el papel de bueno en casa. Mi vieja era la que me retaba, me pegaba, la que me reprimía, de alguna manera. El viejo trabajaba casi todo el día y venía de la oficina y decía "bueno, no es tan grave lo que hizo". "Rompió un vidrio"; "Y bueno, los chicos rompen vidrios…" "Valdo", así me llamaba, un diminutivo. Me pegó una sola vez, y por razones comprensibles: estábamos jugando y yo le pegué un piñón en los huevos. Le debe haber dolido tanto que me dio una paliza de esas, terrible, metódica. Me acuerdo que se sacó el zapato y me dio hasta que se cansó. Fue la única vez, y no se arrepintió, se sacaba la bronca: una venganza que cualquiera haría, porque te deja ciego. Pero después, al contrario: era una figura demasiado tolerante. Toleró que dejara el colegio sin mucha explicación. En tercer año le dije "no quiero seguir, no me gusta", y entonces me dijo "bueno, tenés que trabajar". Que era lo menos, supongo, que me podía decir. Otra vez le dije que no quería seguir inglés. Y eso me da bronca, que no me haya cagado a trompadas, porque tanto que lo necesito…

—¿En qué te sentís parecido a tus viejos?

—Siento que heredé, a pesar de mí, una cierta visión más o menos perturbada de la vida. Cómo decirte. Un poco la cosa del fracaso. Casi sublimada hacia un valor. Que eso está en las novelas. Es difícil deshacerse de eso. De la idea de que el éxito esconde alguna trampa. Algo que no se debe hacer.

Las frustraciones del padre, entonces, están en lo medular de estos relatos: el mango que falta, los aparatos que compra en cuotas y luego le incautan por falta de pago, los proyectos que no prosperan, la tirria con el peronismo y las *humillaciones* que le significan que el pibe idolatre al General y reciba juguetes de regalo, o tener que ocultar su antipatía para no poner en riesgo el trabajo en Obras Sanitarias, o saludar incluso a Perón en un acto protocolar al que fue convocado en San Luis. Entre el "¡No me voy a morir sin verlo caer!" y el

reconocimiento por las obras públicas que van desarrollando el país, en contraste con el desguace menemista. “Obras Sanitarias ya está muerta y sepultada y pronto el recuerdo de mi padre será un legajo amarillento en el fondo de un cajón”, anotó en el comienzo de “Olimpo”, retocado apenas para el libro y retitulado “Encuentros”; en “Trenes”, otro de esos cuentos, enfoca más bien en su madre, los viajes que hicieron juntos, los sándwiches de milanesa y las limonadas caseras, los sueños de distintas etapas de su vida. Después de publicarla pensó que si la leía por ahí se disgustaba: *Porque qué derecho tengo yo a revelar cosas que son muy íntimas, y además que tienen una parte cierta y otra que yo imagino… Mi vieja no compra ningún diario, pero de vez en cuando mis tías se lo llevan: ¿qué va a decir, cómo lo va a interpretar?*

En la nebulosa le compone peripecias al padre, lo ubica en encrucijadas, lo saca a la aventura. En “Caídas” está al borde luego de ser atropellado por un auto y a poco de “decidir” renunciar al empleo público en Cipolletti: en un impulso de juventud se larga a cruzar nadando en calzoncillos el río Limay. En “Vidrios rotos” se enfrenta en San Luis con un ricachón en plena fiesta que tiene llena su pileta en época de restricciones con el agua. En “Palizas” se trenza con otro, que manguerea canchero un Chevrolet, chapea su pertenencia al peronismo, lo forrea cuando le extiende el talón de la multa y lo maldice: “Que se te mueran los hijos, la puta que te parió”. “En ese tiempo yo no sabía muy bien qué era morirse, pero a mi viejo se le subió la sangre a la cabeza y le tiró un derechazo que me lo convirtió para siempre en Colt el Justiciero”.

Algunos compañeros en el diario le decían que con esas historias se estaba exponiendo demasiado. *Es un poco lo que un escritor tiene que hacer, exponerse: este soy yo, lo que yo viví. Al compilar para un volumen me di cuenta de que hacía referencias a los años 52, 53, 56, y que hay cosas que están a caballo entre la ficción y el psicoanálisis, con la figura del padre ahí, uno está violando ese cadáver terrible, y entonces eso interesó. De todos modos uno está cabalgando sobre el periodismo, porque lo escribís en un día o dos, no te da tiempo a corregirlo, hay cosas que se pasan y decís “puta, cómo no lo vi”. Pero después me acuerdo de lo de*

siempre, un diario se lee un día y después se tira. Los tontos creen que pueden escribir en el diario algo perdurable. Mis primeros maestros me decían en el diario "apúrese"; y yo, "no, tengo que corregir". "Pasado mañana con eso van a envolver las verduras".

Entre los diecisiete textos de "El nombre del padre", siete fueron publicados en 1992 y ocho en 1993; la serie se completa con "Geneviève" y con "Aquel peronismo de juguete". *Cuentos de los años felices* está organizado en tres partes; la segunda se llama "Otra historia" y agrupa diez de aquellos textos enfocados en los comienzos de la patria, revolución, personajes, las que provienen de sus lecturas de la Biblioteca de Mayo, que presenta como crónicas que a veces contradicen la historia oficial y también las de los revisionistas.

La tercera parte del volumen se llama "Pensar con los pies" y contiene seis relatos futboleros. Los tres primeros ya habían aparecido en *Rebeldes*: "El penal más largo del mundo", "Orlando el Sucio" y "El Míster Peregrino Fernández". Publicó los otros tres inicialmente en diversos medios: se trata de "El hijo de Butch Cassidy", "Final con rojos en Ushuaia" y "Últimos días de William Brett Cassidy". Componen una saga delirante y desaforada que arranca con un "Mundial que no figura en ningún libro de historia" y se jugó en 1942, cuando los torneos oficiales estaban suspendidos debido a la Segunda Guerra. Soriano sitúa la historia en Barda del Medio, donde se construye una represa: hasta allí llega un grupo de electrotécnicos del Tercer Reich con la misión de instalar la primera línea de teléfonos del Pacífico al Atlántico. Los alemanes traen "la primera pelota del mundo a válvula automática" y apenas advierten la diversidad de países y razas largan la idea del torneo, del que participarán anarquistas italianos, almaceneros españoles, polacos, mapuches, guaraníes, ingleses del ferrocarril. William Brett Cassidy se dice "hijo natural" de Butch y revólver en mano hace de árbitro, junto al tío de Soriano, Casimiro, "que escribió unas memorias fantásticas, llenas de desaciertos históricos y de insanias ahora irremediables por falta de mejores testigos".

En "Final con rojos en Ushuaia", Cassidy, invitado por un profesor italiano, dirige otro partido delirante entre socialistas y comunistas,

con la idea de acercar posiciones y aliarse. El referí-bandido lee a Spinoza y a Hegel, y cuando surge alguna discusión saca un volumen de la *Ética* y desarrolla ante los jugadores las definiciones de Spinoza sobre el amor, la envidia, los celos. En la última parte de la saga encara desde la Patagonia hacia Estados Unidos, dirige algún partido por el camino, asalta un par de bancos, extravía un volumen de *La sagrada familia* y lo reescribe con lo que recuerda. Aunque: "Quienes llegaron a conocerlo aseguran que Cassidy tenía una memoria larga pero pésima". Los textos aparecieron en *Il Manifesto* primero en 1990, luego en *Página/30* y más tarde en *La Vanguardia* de Barcelona.

El 31 de octubre, con la publicación de "Otoño del 53", se anticipaba en *Página* la salida de *Cuentos de los años felices*, con una tirada inicial de 10.000 ejemplares. *Empecé contando algunas cosas de la niñez donde el padre aparecía por detrás, como una figura secundaria. Al cabo de unos meses unos amigos me llamaron la atención sobre el hecho de que estaba escribiendo una novela. Yo me di cuenta de que lo que tenía no era una novela sino una colección de cuentos. Hay algunas contradicciones entre uno y otro, que no quise sacar.*

—Son cuentos probados. Cuando sale el libro, el público va a encontrarse con viejos conocidos.

—Los textos que aparecen en el diario enseguida tienen respuesta. Si no gustan, los amigos llaman y dicen: "¿qué pasó, estabas cansado?". Si gustan, los personajes empiezan a vivir antes de llegar al libro.

—Con ritmo de redacción.

—Siempre sentí orgullo de esos veinte años de periodismo. No cualquier escritor puede sacar un texto si ahora lo apuntan y le dicen: "Máquina, 9 de la noche, 70 líneas, ficción". Yo sí lo hago, porque estuve en situaciones parecidas. Siento que soy capaz de cumplir con un trabajo cuando me piden 192 líneas para ayer. Uno pregunta: "¿No pueden ser 195?". Y te dicen "No, ya puse la foto". Entonces, cuando pongo la línea 192, siento que sirvo para algo. A veces así salen cosas brillantes y, cuando tenés mucho tiempo, empezás a dudar, a hacerte las grandes preguntas de la vida y podés embarrarte mucho. No todos los escritores reconocen como un valor el haber pasado por una redacción porque no quisieron, como yo, ser periodistas desde chicos.

EDUARDO GUDIÑO KIEFFER: Cuando un autor de raza escribe sus propias historias está escribiendo la Historia. “En el nombre del padre” constituye una rememoración cálida y conmovedora de experiencias marcadas por momentos de particular tensión política y social, que giran alrededor de un progenitor muy especial: sin saberlo es algo así como un Virgilio conduciendo al pequeño Dante en los círculos del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. […] En el viaje, aquellos momentos de tensión política y social no se presentan panfletariamente, sino que se intuyen a través de una enormidad de pequeñeces infantiles: viajes, travesuras, personajes inolvidables, peleas, anécdotas. Un homenaje a ese padre visto en su humanidad más auténtica, donde confluyen esfuerzos y debilidades, desafíos y renunciamientos.

DANIEL FREIDEMBERG: Como los buenos conversadores, sabe lo que espera su público y cómo jugar con la expectativa, dejando que la voz narradora fluya, convoque naturalmente asociaciones, vincule tramos del pasado y el presente. […] Podría decirse que el gran tema de *Cuentos de los años felices* es la ética, el sentido de la dignidad, manifiestamente puesto en contraste con una actualidad donde esas alternativas parecen imposibles. Como en el *Quijote* o en los autores de la novela policial negra en la que Soriano dice haber encontrado sus maestros, los hombres éticos suelen resultar ridículos. Pero son precisamente sus caídas su modo de triunfar, su lección está en la mezcla de tozudez y debilidad que los lleva a persistir, pese a que tienen casi todo en contra.

En noviembre de 1993 le dieron en Italia el Premio Raymond Chandler, que una vez al año distingue por su trayectoria a un autor magistral, en el marco de un festival de género negro que abarca cine, televisión y literatura. Comenzó en 1988 y el primero en ganarlo fue Graham Greene. Para cuando lo recibió Soriano ya habían sido premiados Leonardo Sciascia, J. G. Ballard y Manuel Vázquez Montalbán; en los años subsiguientes también sería otorgado a P. D.

James, Leonardo Padura, Henning Mankell, Andrea Camilleri y Margaret Atwood, entre otros. El encuentro se hace en los primeros días de diciembre en Courmayeur, un pueblito cercano al Mont Blanc. Y es probable que Soriano no haya viajado a recibir el *doblón Brasher* de plata que signa al premio porque por entonces trabajaba junto con Héctor Olivera en la versión cinematográfica de *Una sombra ya pronto serás*.

Solía enviarles, a él y a su mujer, Dolores Bengolea, los originales de sus novelas antes de que fueran publicadas. En el borde de la aparición del libro, Olivera le propuso hacer la película y acordaron que compondrían el guion entre ambos. *Yo no sé escribir para cine, no conozco el medio. Héctor casi que me exigió que trabajara con él, pero siempre quedó claro que era su película y que él tenía la decisión final*. Se reunían en el escritorio de Olivera, cenaban y trabajaban hasta la medianoche. *Después yo volvía a casa, me encerraba y escribía las imágenes que habíamos pensado. Al amanecer se las mandaba por fax a la oficina de Aries Cinematográfica y una vez que él las revisaba y retocaba volvíamos a reunirnos. Olivera siempre respetó mis horarios estrafalarios sin perder la paciencia. Lo más difícil para mí fue aceptar que toda la novela no cabía en una película de duración razonable y que ciertos pasajes que funcionaban en literatura sonaban terribles en el guion*.

Cuando leyó *A sus plantas rendido un león* Olivera supo de inmediato que no podría llevarla al cine, porque requería una producción sofisticada. Al leer *Una sombra* al principio dudó, pensó que quizá no fuera ese el libro de Soriano que estaba esperando para filmar. "Porque con Fernando Ayala lo mejor que hemos tenido es saber contar una historia donde pasen cosas. Eso pasa en todas mis películas, salvo en *Una sombra*, donde lo que predominan son más bien los estados de ánimo. Es completamente distinta a casi toda mi obra, por eso me gustó hacerla. Y fue Dolores, gran admiradora de Soriano, la que más me impulsó. A Osvaldo le dije: 'Mirá, quiero que la hagamos, pero de ninguna manera será respetando lo que a mí me dio placer como lector, porque eso no quiere decir que vaya a darle placer al público como espectador'".

La producción fue totalmente argentina y el ingeniero informático

que yira por caminos y pueblos de la pampa fue encarnado por Miguel Ángel Solá. *Cuando estaba escribiendo la novela yo pensé en él, en su cara, para el personaje* —decía Soriano, y lo equiparaba con Robert De Niro, *lo máximo a nivel de actuación—. Si Solá hubiera nacido en un país de lengua inglesa estaría en la cima. Por sus condiciones, por la enorme expresividad de su rostro, por su fuerza. Cuando yo la estaba escribiendo me crucé con él y le comenté: "¿Sabés que estoy escribiendo una novela en la que vos sos el personaje? Pero no el actor, sino vos mismo". Me agradeció y lo olvidamos hasta que surgió la película y le pedí a Olivera que lo llamara.* Pepe Soriano es el acróbata atorrante que se hace pasar por italiano, Coluccini; Eusebio Poncela interpreta al banquero melancólico que quiere hacer saltar la banca de un casino y anda en un Rolls Royce; Alicia Bruzzo hace de Nadia, la tarotista que pronostica destinos de pueblo en pueblo.

En los primeros días de diciembre del 93 Soriano vio en laboratorio las primeras imágenes del film, rodadas "bajo un sol del infierno" en Chacharramendi y en los campos de Carhué. Hacia mediados de mes viajó hasta Bahía Blanca en avión y desde ahí fue hasta Viedma, donde se reunió con Olivera para reformular escenas del final de la película. "No hay discusión: hemos compartido muchos días de trabajo para tomar decisiones que tienen que engrandecer el relato de cine, tan distinto al de la literatura", escribió. En las Salinas del Gualicho un día asistió a parte del rodaje. "Yo, que adoro el cine, nunca había vivido el clima de una filmación. La semana pasada, a cuarenta kilómetros de Viedma, me impactaron el talento, el amor y el sacrificio con que se hace el cine argentino al que algunos le niegan derecho a la vida". Solá, que llevaba un diario de anotaciones sobre esos días, consignó: "Osvaldo Soriano ya vino dos veces: está como un chico, fascinado por el microuniverso que es una filmación".

"La semana pasada, cuando la vi terminada, me dije que esa era la película que yo tenía ganas de ver desde hace tiempo —escribió el 4 de mayo de 1994, a un día del estreno—. Olivera consiguió la difícil ambigüedad de la novela, pero sobre todo reelaboró los momentos más emotivos del libro. Pensé, de nuevo, que ninguna otra forma de arte puede alcanzar la intensidad del cine para representar los

conflictos del corazón e indagar en los recónditos paisajes del alma. Mucho más si hablamos de un país al que todavía buscamos por rutas que parecen no llevar a ninguna parte".

El estreno tuvo despliegue en los diarios principales y comentarios en general muy favorables. Pero la película fue vista por menos de 50.000 espectadores. Hay algo personal, de autor, en el tono de la novela, que patina, desafina en el viaje al cine. En alguna parte Soriano lo definió: creía que sus novelas podían ser engañosas para los cineastas, que el traslado a simple vista pintaba tentador y que luego aparecían las dificultades.

Tres semanas después del estreno el suplemento de cultura de *Clarín* ofrecía una producción especial: ¿Qué se gana y qué se pierde cuando un libro llega a la pantalla? El diario convocó a siete escritores y directores para que contasen sus experiencias. Soriano y Olivera fueron parte de esa producción, y ambos coincidieron en lo grato del trabajo conjunto. "Quisimos hacer una película que estuviera lejos de la autocomplacencia. Nada de final feliz ni de héroes positivos. Una historia jodona pero descarnada. Olivera y yo sabíamos que el film no solo despertaría sentimientos corteses. Ahí está la llanura, el vértigo horizontal del que se asombraba Pierre Drieu la Rochelle ante Borges. En esa chatura nadie puede esconder nada y enseguida la ambigüedad y la angustia recorren la película. Naturalmente el film es opinable, pero yo creo que Olivera y su equipo lograron plasmar una poética de la llanura que nunca antes había sido intentada".

Para septiembre Olivera y Soriano viajaron a la Mostra de Venecia: *Una sombra* participó del festival oficial. "Osvaldo tenía un gran amigo que era secretario general del festival, [Gillo] Pontecorvo, que hizo el gancho para que entrara en la última semana —recuerda Olivera—. Estuvimos en la función de gala, en el palacio, y después en el Pala Galileo, un galpón para 2200 espectadores, casi todo público joven: ahí la película gustó muchísimo. Una cosa importante: el nombre de Soriano valía mucho en Italia. Esos días en Venecia fueron espectaculares, lo pasamos muy bien". Soriano fue entrevistado en varios diarios, interesados por su figura y por su opinión por la película. Pero las críticas fueron negativas. La periodista Irene

Bignardi, que lo había entrevistado y escrito varias veces sobre él, evaluó "con mucho dolor y simpatía" que el film era una decepción. "La poesía irónica de su prosa, en su hermosa novela, en la pantalla suena falsa (quizá también por los peores subtítulos que han aparecido en esta exposición), y las aventuras mágicamente divertidas en las páginas aparecen forzadas en el film". El diario *L'Unità* publicó un cuadro con las calificaciones de cinco periódicos sobre las veintidós películas exhibidas: el promedio para *Una sombra* la ubicaba en el puesto 19.

El 9 de octubre aparecía en *Página* un panorama enviado desde París. "Italia, España, Francia y ni mu. Ni una línea, ni una imagen de la Argentina. Inexistencia absoluta. Nadie se ha enterado en el continente europeo de lo bien que nos va y lo bello que es vivir el menemismo. En ningún banco cambian la libre y poderosa moneda del doctor Cavallo". Pero también se lo ve desencantado con lo que percibe allá: Jacques Chirac, por entonces intendente parisino, había inaugurado una reforma en los Campos Elíseos, "un esplendor que prefigura el apogeo primermundista", y no observa a nadie conmovido por ese "lujo peatonal". "Todo parece muerto también aquí: las voluntades, las grandes ideas que movieron el siglo, las pasiones y el amor. Se ven tantos cadáveres andando por las calles como en Buenos Aires, solo que antes de volver a sus tumbas los técnicos franceses se esfuerzan en idear una ingeniería que reemplace a la historia". Con 77 años, Mitterrand reconocía en esos días que de joven había militado en la derecha nacionalista. Soriano contaba que Brigitte Bardot cumplía 70, que era homenajeada, que la nostalgia allí era un valor: "¡Ah, cómo pasa el tiempo! Todavía me parece ayer cuando BB era la muchacha más hermosa de la Tierra". La nota también refería a una encuesta de *Le Canard Enchaîné* a jóvenes de entre 15 y 25 años en torno a sus deseos, angustias y alegrías: "El 70 por ciento es pesimista respecto al futuro, teme no conseguir un trabajo, desconfía de los preservativos y se aferra al consuelo familiar. Una generación de conservadores a los que no podían indignar las novedades sobre

Vichy. Pero nada de esto debe parecer sombrío, porque la gente dice ser feliz así".

Antes de seguir en el tiempo, desde aquí parten párrafos hacia meses pasados para contar de sucesos, posicionamientos y textos que se quieren dentro de esta historia. En octubre del 93, cuando las legislativas que ratificaron al oficialismo, comentaba que conocidos "insospechables de simpatizar con Menem" le confesaban a último momento que iban a votar "por lo que los medios llaman 'estabilidad'". Con un discurso triunfalista, entre chistes y gracias de dudoso gusto, consignaba, el Presidente ya se consideraba reelecto. Enseguida Menem convocó por decreto a una consulta popular para el 21 de noviembre: ¿a favor o en contra de una reforma constitucional? Pero el Pacto de Olivos desactivó el plebiscito, le reforzó la tirria contra Alfonsín y desembocó en la elección de convencionales constituyentes del 10 de abril de 1994, que ganaría el PJ con el 35% de los votos. Soriano enfocó en el surgimiento del Frente Grande, que ganó en Capital y Neuquén, fue segunda fuerza en provincia de Buenos Aires y resultó tercera a nivel nacional. "Por más optimistas que fueran los rebeldes de la Capital Federal, nadie imaginó una victoria tan contundente del Frente Grande sobre la soberbia menemista y el pacto de caciques. Un no tan rotundo a la política de liquidación de la ciudad y, por extensión, del país, tal como se percibe desde su cabecera política. Triunfo sobre todo de Chacho Álvarez y su capacidad de indignación, de los candidatos frentistas que sostuvieron la idea de que todavía es posible cambiar". El 24 de agosto, en el Palacio San José, en Entre Ríos, se juraba la reforma que posibilitaría la reelección de Menem: "Se acabó la vieja, sabia y tantas veces burlada Constitución del año 53 —escribió—. Desde ayer nos rige otra flamante, producto de un pacto de caudillos celebrado entre gallos y medianoche. Nacida en medio de la indiferencia de la gente, ojalá sea más respetada que su antecesora". La consideraba como la adaptación del ideario liberal a la era menemista, aunque le reconocía "algunas bondades". "Nadie ignora que el documento nace del capricho de un hombre por gobernar hasta el fin de sus días, y la principal inquietud es cuánto durará. Necesitados uno del otro, Menem y Alfonsín se

acoplaron para salvar sus carreras políticas antes que para promover el bienestar de la Nación".

Ese año, a diferencia del Mundial de Italia 90, escribió casi a diario en *Página* sobre el que se jugaba en Estados Unidos. Un poco más de rebobine y están las crónicas sobre las eliminatorias, el catastrófico 0-5 ante Colombia en el Monumental ("nadie imaginaba semejante humillación, pero el partido se había perdido hacía mucho, el día que Ruggeri y los otros se empecinaron en no escuchar las críticas"), la convocatoria a Maradona para el repechaje, los amistosos precompetición oficial, la ilusión de la gloria. "Nada más sucedió en el país —escribió tras el debut, 4 a 0 a Grecia—. Solo la tele encendida y los corazones detenidos. No quedaba resto para otra cosa: no hubo choques, robos ni venganzas. Las muelas dejaron de doler, los amantes postergaron el amor y hasta se adelantaron los partos. También los moribundos tardaron en irse para conocer el resultado. Jugaba Argentina y Dios tuvo que esperar. Hubo un instante, a la una y media de la tarde, en que pareció que las aguas dejaban de correr y los vientos paraban de soplar. Maradona conducía su última batalla contra el fantasma de Alejandro Magno, comandante de los griegos en este Mundial que es un lucero perdido en la era del vacío. Un fragmento de pasión y un simulacro de guerra universal".

En algunas crónicas mechaba conceptos de François Lyotard sobre el posmodernismo, o de Umberto Eco sobre los *voyeurs*, o sobre las campañas de Napoleón en Moscú, una mixtura que más tarde profundizaría en las aventuras del Peregrino Fernández. Ya vislumbraba sólido y pragmático a Brasil, que resultaría campeón, y cuestionaba "la idiotez y pestilencia" en la televisión ante la rápida eliminación de los colombianos. "Cuando Colombia derrotó a Argentina, Maturana y los suyos prefirieron el respetuoso homenaje al vencido. Les devolvemos ahora interminables burlas y cargadas. Derechos y humanos, nosotros. Nelson Rodrigues, el legendario repórter brasileño, decía que quien quiera conocer a un pueblo debe examinarlo en los triunfos y en las derrotas. ¿Qué opinión merecería

al observador imparcial la conducta argentina ante aquel 0-5 y este regodearse con el dolor ajeno?".

Llegaría el 2-1 a Nigeria, aquel éxtasis altísimo: "Todo se ilumina, el mundo gira en torno al astro que pisa la pelota, la acaricia, la hace del tamaño que quiere: grande para que la vea Caniggia, chiquita para esconderla hasta que lleguen los otros —escribía sobre Maradona—. Más admirable que nunca por épico, por agigantar el fútbol entero: ayer todos giraban alrededor de su genio desatado". Del brillo y la euforia a la palabra que usó *Página* en la portada para resumir todo: Dolor. La guía de la enfermera Sue Carpenter al control, la dieta del preparador Daniel Cerrini, las gotas para la nariz, la efedrina, Nastizol y Decidex, la frase del presidente de la AFA, Julio Grondona: "El diablo metió la cola". Antes del resultado de la contraprueba por doping, Soriano escribió: "¿Es cierto que Diego queda fuera del Mundial? Si es exacto lo que la FIFA dejó trascender, el problema no es solo de Diego. Siempre fue de la sociedad entera, porque lo que le ocurre al sujeto de nuestro amor no puede sernos ajeno. Por eso, no cuenten conmigo para crucificar a Maradona. Dejemos ese trabajo a los impecables, vencedores de este tiempo. Ahora, pase lo que pase, si lo multan o lo echan, habrá que reflexionar sobre lo que nos pasa. Desde hace mucho. Diego es el síntoma. La enfermedad está aquí, de Villa Fiorito a Recoleta, entre el pobre Norte y el Sur desierto".

Argentina completó su grupo con un 0-2 ante la Bulgaria de Stoikhov. "Ya está, sin Diego ya somos como antes: humanos, a veces impotentes y llorosos —escribió en un artículo titulado 'Huérfanos'—. Otra vez la pena de ser un equipo del montón. Querer sin poder. El inmenso hueco dejado por Maradona desnuda lo peor del equipo de Basile: la falta de ideas, la desubicación, la mala preparación física y táctica. Bruscamente, de gallardo puntero, el seleccionado argentino pasó a ser tercero en el grupo. Para que la partida de Maradona sea más dolorosa queda claro todo lo que este equipo dependía de él".

El día en el que Argentina quedaría eliminada ante Rumania ("más previsible que la tormenta de Santa Rosa") publicó el artículo "El Mundial vacío": "Creo que mucha gente sintió que con el fusilamiento de Diego se termina el Mundial, que lo que sigue es una comedia sin

héroes muy digna de estos tiempos. Dice Gilles Lipovetsky en *La era del vacío* que 'de la lucha de clases hemos pasado a la guerra de todos contra todos'. Y ese proceso de personalización y narcisismo 'no elimina los códigos sino que los descongela, a la vez que impone nuevas reglas adaptadas al imperativo de producir una *persona pacificada*'. Y si no, te pacifican a palos, como a Diego". Razones *inquietantes*: que hizo todo al revés, que no buscó una princesa para casarse, que no fundó un banco con la plata que ganó, que se puso al lado de Fidel Castro mientras la mayoría lo abandonaba. "Jugó para una ciudad pobre y olvidada de Italia y disgustó a las buenas conciencias del mundo posindustrial. Claro que ganó plata, sin duda mucha, pero no cuidó las formas. Quizá haya hecho cosas feas, es muy posible, pero aquí, con tanta culpa a cuestas, ¿quién puede tirarle la primera piedra? Se metió en líos tantas veces que al final, en el ocaso de un largo partido, aquellos a los que había ofendido decidieron sacarlo de la cancha".

Terminaba esa era de Alfio Basile en la Selección, pero la herida era el Diego. "Una soberbia pifia, él, que no sabe lo que es pifiar. Estaba ensimismado preparando su triunfo, su manera de escapar al destino de tango triste. Iba a salir de escena con aplausos y música de fondo. Quería para él un final feliz, una apoteosis que enterrara las pálidas de Moreno, Rosas, Yrigoyen, Gardel, Malvinas, el coronel y la abanderada. Faltaban solo cinco partidos para que los dioses del Olimpo lo trajeran alzado en nubes de diamantes. Era la leyenda del Ave Fénix, una película de Almodóvar, una comedia de Fred Astaire, un poema de Fito Páez, el Himno de Charly, todo junto. Los otros bailaban a su alrededor, lo acompañaban en puntas de pie, soñaban lo mismo. Hasta que le llegó, inexorable, su final argentino. Le cortaron las piernas. La imagen es suya y los vampiros son sensibles a estas historias que solo son ciertas si estamos dispuestos a creerlas. Hay quienes buscan explicaciones, como si las leyendas no fueran en sí mismas tan elocuentes. […] La que dejó Diego es una que va a durar por los siglos de los siglos, más allá del fútbol. No porque sea edificante, sino porque nos pinta a los argentinos tal como nos gusta vernos: hermosos, llenos de talento, abatidos por una absurda

injusticia”.

Había barajado viajar a cubrir el Mundial, pero a último momento desistió: quizás haya incidido la inminencia de la mudanza. Tras diez años en el PH de Del Valle Iberlucea se instalaron en una casa antigua reciclada que compraron en Francisco Acuña de Figueroa 1590, casi esquina con El Salvador; veredas con plátanos, a unos pocos metros de la plaza Unidad Latinoamericana. Soriano tenía su estudio en el primer piso, con ventanales a una terraza. “A Osvaldo le costó mucho salir de La Boca, no quería irse —contó Catherine—. No estaba contento en Palermo, nunca logró tener la misma sensación de bienestar”. Olivera lo confirma: “Fue una gran desilusión para él, una gran depresión cuando se mudaron. ‘¡Tengo que caminar cuatro cuadras para encontrar un kiosco de diarios!’, se quejaba. No había negocios cerca en ese momento, no tenía esa vida de barrio que había en La Boca. Le pegó mal: nunca se sintió cómodo”. Una cuestión de atmósfera, de clima social. La movida surgió a partir de pensar en la escuela de Manuel. “No sabíamos bien en qué colegio ponerlo, y finalmente decidimos por el Liceo Francés, para que tenga el idioma, también —contextualizó Catherine—. Yo le hablaba en francés, pero queríamos que aprendiera además en la escuela. Y Osvaldo estaba de acuerdo”.

“Fue una pena cuando se fue, porque teníamos una excelente llegada —dice Gasparini, de la unidad básica—. Y hablábamos de todo, de música, de política, de fútbol. Tenía un arraigo y un apego muy grande a lo popular. Era un tipo total y absolutamente sensible y agradecido”. Catherine conserva una carta que le escribió M.E.L., una vecina, dos meses antes de la mudanza. “No pude entender cuando un mediodía de otoño iba caminando por Del Valle Iberlucea, a buscar a mi hijo al jardín de infantes, y vi en su balcón ese horrible cartel de venta. Pocos días después en el diario del domingo, aparece el mismo aviso. La confirmación me la dieron obviamente en el mercado cuando una señora comentaba lo de la venta ‘por motivos familiares’. La tristeza fue muy grande, tan grande que no podía escribir estas líneas.

¿Cómo se va a mudar? ¿Cómo puede irse de La Boca? No hay otro lugar en la ciudad como este. Casi me atrevería a decir que no hay otro lugar en el mundo así de hermoso. No, no existe. […] Estoy triste, muy triste por su mudanza. Se los va a extrañar, a Ud., a su esposa gringa y a su 'Principito'. Si la decisión es imposible de modificar, quiero que al menos sepa que lo recordaré cada vez que camine por Del Valle Iberlucea, recordaré las ventanas con cortinitas de abuela y los geranios del balcón. Con mucho cariño y muy apenada lo saluda una vecina de La Boca".

Una a favor: su nueva casa estaba más cerca de las de varios amigos, Pasquini Durán, Tito Cossa, Dal Masetto, el Negro Juárez. Con Dal Masetto iban cada tanto a comer a un bodegón sobre avenida Córdoba. Un episodio que narra en "Mudanzas", sin embargo, da cuenta de un contratiempo para él cargado de signos. Ponía a este cambio de casa en serie con los de sus primeros años, aquellos determinados por las geografías del trabajo del padre: al ver la nueva casa desierta ve también una de su infancia. "En cada mudanza una pérdida. Esta vez se me extravió el Omega a cuerda que me había dejado mi padre. Quizá me lo robaron y vaya a saber en la muñeca de qué brazo andará. Me lo dio una enfermera en una clínica de Flores la tarde en que él murió. También me entregó el anillo de matrimonio y unos anteojos ordinarios. Yo lo usaba a veces, aunque adelantaba cinco minutos y se me resbalaba bajo el puño de la camisa". En rigor, durante el traslado le robaron varios relojes. "Tenía incluso otro Omega, pero el que le importaba era el Omega del padre", me dijo Catherine. En "Mudanzas" hay elementos de la esencia de su última novela, *La hora sin sombra*, que de hecho en la portada de la primera edición tendrá un ejemplar abierto del *King Lear* de Shakespeare, un cielo azul oscuro jaspeado de nubes, unos anteojos y un reloj.

Ya a mediados del 94 estaba trabajando en el libro. *He andado medio haragán, pero el otro día encontré en la calle un gato chiquito, lo levanté y lo llevé a casa; estaba todo torcido. Mi hijo Manuel, de cuatro años, lo llamó Pirulín. Una noche, cuando iba a trabajar, el gato me siguió, se*

subió a unos apuntes que yo había hecho y empezó a mordisquear los papeles, nervioso. Se les tiró encima, y empezó a hacer unas fiestas que yo, que soy un experto en gatos, he escrito más de veinte trabajos sobre los gatos, no había visto nunca. Entonces me dije: ¿qué quiere? Él siguió con lo suyo, y entonces concluí en que estaba empujándome para que escriba, para que pasara los apuntes a la computadora. Me levanté, abrí la portátil y se volvió loco de alegría. A partir de ahí, cada vez que doy el primer paso para ir a escribir, cada noche, se pone a mi lado y viene conmigo, y me empieza a dictar. Me dicta toda la noche, hasta que empiezan los noticieros de las seis. Va a ser una novela, pero todavía no sé muy bien sobre qué.

Medio haragán, pero ya encaraba otro libro. Dal Masetto lo semblantea al revés e incluye el trabajo entre sus pasiones. “Era una característica suya, la obsesión por el trabajo —me contó—. Y la voluntad. En la casa de Palermo tenía un papel pegado en la pared en el que iba anotando, una noche me lo mostró: ‘Acá, día por día, anoto la cantidad de páginas que escribo. Tres páginas, dos páginas… este día anduve bien, este día anduve mal…’. Y otra característica suya era la curiosidad, una curiosidad extrema. Por cualquier cosa nueva o extraña, a veces tonterías. Yo decía, por comentar algo, ‘puta, estuve como media hora tratando de meter un tornillo en un mueble de mi casa, y al final vengo a descubrir que es un tornillo que gira al revés’. ‘Cómo, ¿un tornillo que gira al revés?’. Se ponía a especular sobre eso, a darle vueltas a la cosa, y seguro que cuando iba a su casa abría la computadora y empezaba a investigar. Las computadoras, justamente —yo no entiendo un carajo—, también lo apasionaban: una noche llegué y me dijo, con gran orgullo: ‘Mirá, logré conectar las tres computadoras a un circuito único’. Contar de sus pasiones era como plantar una bandera”.

En las fotos para una entrevista en *La Maga*, a fines de agosto, se ven las bibliotecas desarmadas en su nuevo estudio, las pilas de libros en el piso y un ejemplar de *Tiempo de abrazar*, de Onetti, en una mano. El reportaje, de Miguel Russo, pivotea en torno a la noche, rutinas de escritura, fantasmas, historial.

—Durante las noches que se queda trabajando, ¿hay algún amigo

con el que pueda hablar?

—Pocos, yo no me animo a llamar a nadie a altas horas de la madrugada. Al Tano Dal Masetto puedo hablarle hasta la una, porque ahora se levanta más temprano que antes. A mí sí me llaman a cualquier hora. Héctor Olivera, por ejemplo, me puede llamar a las cuatro de la mañana. No es que él sea noctámbulo, pero si termina de filmar tarde, me llama. Las pocas veces que me llamó Alberto Olmedo, también lo hacía a las cuatro de la mañana, después del teatro y de la cena.

—¿Es muy distinta una conversación telefónica a las cuatro de la mañana?

—Totalmente. Uno puede estar hablando, como mínimo, dos horas. La charla nunca tiene que ver con el trabajo rutinario. Uno está como en un bar pero con un teléfono mediante. No hay apuros. Me da la sensación de que a nadie le molesta robarle la noche al otro. Esas horas no son productivas para el sistema, nadie está muy apurado por colgar. Uno sabe que a esa hora por delante hay alguna aventura, un estado de ánimo, una amistad. Los escritores tenemos la creencia, la ilusión de que si algo no nos sale, un buen amigo nos puede dar una mano.

También habla de su próxima novela, cuyo título provisorio era "Fotos de familia". Ya tenía buena parte escrita y varias de las ideas centrales de la versión definitiva. *Tenía la necesidad hacer algo más extenso con ese personaje de mi viejo, que ya no es mi viejo desde hace bastante tiempo. Algo distinto, también, de lo que venía haciendo en* Página *y de lo que salió en* Cuentos de los años felices. *Yo tengo la certeza de que si un día sé lo que va a pasar en los próximos capítulos de algo que estoy escribiendo voy a hacer una cagada. No sé ni siquiera lo que va a ocurrir en la página siguiente. Así fue saliendo algo que jamás había hecho: contar una historia que fuera desde 1943 hasta 1994*. Desde el año de su nacimiento hasta el presente. *Quería escribir la historia de alguien que hacía un largo viaje con su padre. Hasta ahora está saliendo una historia de desencuentros*. Contaba entonces que el personaje principal era el padre, un joven inspector de la Paramount al cuidado de las estrellas de la cinematográfica y de que las proyecciones en las distintas salas del país se hicieran sin defectos. En un viaje conoce, accidentalmente, a una mujer que trabaja posando para las

publicidades del jabón Palmolive, el equivalente en los 40 a una modelo en la actualidad. Por entonces ella anda con un amante oligarcón (y andará también con un basquetbolista negro, de Tucson, Arizona), pero después se casan, serán los padres del narrador, se separarán. La novela por momentos también hacía ya centro en ella: *Eso me puso contento, porque nunca había hecho personajes fuertes femeninos. El padre, ya viejo, se escapa de un hospital vestido con la ropa de un rockero que está internado porque se cayó del escenario en un recital. El narrador, el personaje que cuenta la historia, viaja en la memoria hasta el 43 y va a recorrer, de una manera nada lineal, los aspectos y las épocas de su padre y su madre*.

Alguna referencia al trabajo en marcha hizo en las entrevistas con diarios italianos y también en el último artículo del 94 enviado desde Francia que publicó en *Página*, una nota sobre el bar mítico del hotel Ritz, cargado de historias con escritores que pasaron por allí, que arranca con una cita de *París era una fiesta*, Hemingway que alude a Fitzgerald y su cariño por ese lugar, las fotos allí de Wilde, Proust, Greene, Salinger, Yourcenar. “Somos dos nostálgicos que siguen las huellas de sus maestros. Eduardo Febbro, el corresponsal de *Página/12*, ha terminado su novela y yo estoy trabajando en la mía, así que por primera vez en la vida decidimos festejar en el Ritz”.

Hay tres despedidas potentes escritas en unos pocos meses que se consignan a continuación. Unos párrafos antes era fotografiado con un ejemplar de *Tiempo de abrazar*: su autor había muerto en Madrid el 30 de mayo de 1994. Soriano lo había tratado allí durante el exilio, y también en los tiempos de *La Opinión*. “Siempre hubo acuerdo entre los grandes escritores del continente para afirmar que la obra de Onetti ha sido la más vasta, sólida y compleja de las que se han escrito en los últimos cincuenta años. Yo creo que una de sus mayores virtudes es que siempre fue joven de la mejor manera: nunca transó. Desde *El pozo* hasta *Cuando ya no importe*, ninguna de sus novelas es la de un profesional de la literatura o la figuración. No tenía rutina de trabajo ni ambición de poder. Nunca pidió nada ni le chupó las medias

a nadie en un mundo en el que abundan los profesores de Letras y las becas de favor". Como tantos otros, recordó, pasó muchos ratos con él y se llevaron bien, lo que no era fácil. Lo ubicaba afectivamente cercano a Arlt y a Chandler; y aunque a Onetti le gustaba cultivar la idea de que se inspiraba en Faulkner, Soriano opinaba que era más profundo escarbador del alma humana que su inspirador. "A diferencia de muchos figurones, Onetti era saludablemente impresentable. *Inacrochable*, como decía Gertrude Stein. Se tiraba a chanta en los tiempos en que todavía se vestía, se ponía ropa horrible, olía a whisky y cigarrillos. Era insobornable. Fue el único escritor de todos los que conocí inmune a los halagos y las lisonjas".

Entre diciembre del 94 y enero del 95 estuvo junto a Catherine y Manuel en Mar del Plata, y desde allí escribió sobre Monzón, que había muerto en un accidente automovilístico durante una salida transitoria de la cárcel, donde cumplía condena por el asesinato de su ex mujer, Alicia Muñiz. Aunque lo comparaban con otros boxeadores que murieron a la intemperie, como Gatica y Bonavena, lo ubicaba como uno de los mejores de todos los tiempos, quizás un paso atrás de Locche. Pero mientras los otros tenían sentido del humor, este le parecía el Golem de la leyenda medieval. "Monzón nació en una villa miseria, se abrió paso en silencio y nunca se le ocurrió pensar en los demás. Enseguida se compró una estancia, empezó a romperles la cara a las mujeres y al fin mató a Alicia Muñiz. Ayer algunos periódicos hacían del asesinato un dato menor, una anécdota más en la vida del campeón".

La muerte de Miguel Briante, el 25 de enero, fue la que más lo sacudió. Lo conocía desde que se vino a Buenos Aires, a fines de los 60, y los dos eran parte de un grupo que yiraba por los bares de la avenida Corrientes. "Es como escribir sobre un imposible. Se murió Briante. Al verlo así escrito, un rato después de leer su contratapa de ayer, digo que es por lo menos ridículo. Inoportuno. Miguel había sobrevivido a casi todo: a un accidente de autos terrible a comienzos de los años 70, a la cirrosis, a la dictadura, al menemismo municipal, a su propio afán de destruirse. Ahora me dicen que se mató al caer de un techo. Que estaba pintando su casa en General Belgrano, el pueblo

de *Kincón*, de *Las hamacas voladoras* y de casi todos sus cuentos. No puede ser: ¿qué carajo hacía Briante como pintor de brocha gorda? Quizás, al terminar de escribir este artículo, pueda ponerme a pensar, a hacer algún tipo de duelo, llamar a Michele, su mujer embarazada del próximo hijo, a Dal Masetto, que era su amigo de toda la vida". Habían hablado largo por teléfono, una noche, hacía unos meses, recordó Soriano, y que se lo había presentado Di Paola en alguna reunión de escritores, cuando él todavía no lo era y Briante ya había publicado *Las hamacas*, cuentos que consideraba una referencia crucial en la literatura argentina.

"Recuerdo la noche en que me lo presentaron porque empezamos a salir juntos, de bar en bar, con una banda de escritores que, sin pensarlo, caricaturizaba los manierismos de Hemingway. Miguel amaba la pintura y a su lado andaban artistas que en ese tiempo estaban lejos de ser conocidos. Su modo de 1969 —el nuestro— era la trifulca: alguien le tocaba un amigo a Miguel y se tenía que hacer cargo. No salía sano el tipo. Recuerdo peleas a sillazos en el viejo bar Ramos y en La Paz, donde me rescató a piñas de una tunda que me estaban dando unos muchachones ofendidos por algo que dije. Pero no es esa la mejor manera de recordarlo: tengo que decir que es uno de los narradores más audaces de los años 60, a los que rendía un culto nada nostálgico; también un gran cuentista de todos los tiempos, que discutía con virulencia y lealtad". La incredulidad de Soriano ante su muerte: lo imaginaba todavía puteando en la redacción, fumando un cigarrillo tras otro, sin acabar de hacerse a la idea de que ya no se lo cruzaría más. "Al morir un amigo escribimos líneas sensibleras o elogios que lo alejan de nosotros", largó. Y también: "Al irse él, los años 60 se mueren un poco más, la exigencia de hacer bien las cosas, descaradamente bien, deja lugar al mito: Miguel muerto será sitiado y ocupado por estudiosos, panegiristas y disecadores de su obra extraordinaria. Tal vez objeto de culto. Ha llegado su hora. El peleador que mejor escribía se hace a un lado y mira. Espera, me parece, que los chicos con los que discutía y guerreaba sean tan corajudos y talentosos como les exigía. No es fácil ponerse a su altura, ni siquiera ahora que está obligado a callarse y sus relatos empiezan a

hablar por él”.

Durante el verano del 95 escribió sus llamadas internacionales, con el editor que telefonea desde Francia ansioso por saber si ya se había producido la devaluación (que aguantaría todavía bastante), si la economía estallaría antes de las elecciones. Algunos de los temas son la hipótesis de que Gardel había nacido en Tacuarembó, el esbozo de que César Luis Menotti fuera candidato del menemismo en Santa Fe o la primera visita a la Argentina de los Rolling Stones, que convocaron trescientas mil personas en cinco recitales en River y visitaron a Menem en Olivos. El editor europeo confunde México y Río de Janeiro con la Argentina, llama “Manzanero” a José Luis Manzano, “López Morfe” a Ricardo López Murphy, “Machusasi, el rubio de rulos” a Horacio Massaccesi, el candidato radical a la presidencia. Sondea en busca de algo atractivo para el “Créase o no”, pero nada lo convence demasiado. Los candidatos de la oposición, por lo que va relojeándose de estos diálogos, no alcanzan a inquietar a Menem, no parecen poner en riesgo su reelección. El dictador Onganía se blanqueaba en televisión como candidato a la presidencia y Adolfo Scilingo pasaba a la historia como el primer represor en contar al detalle los vuelos de la muerte. Tramos en los que la columna perdía todo humor.

—En aires dolientes y mares de fondo andamos aquí desde la confesión del capitán Scilingo, ¿se enteró?

—No, si estoy siguiendo la cumbre de la ONU. ¿De qué se trata?

—En los tiempos de la dictadura la Marina tiraba a los secuestrados al mar.

—¿Y cuál es la novedad?

—Que por primera vez un verdugo se hace cargo y la Iglesia pide perdón. ¿Quiere que le mande el libro de Verbitsky?

—Urgente, sí. Ahora, digo yo: ¿cuál es la novedad? El que quería saber, sabía, ¿no? También fusilaron a un tipo contra el Obelisco a mediodía, delante de todo el mundo, ¿se acuerda? ¿Por qué no se enteran de una vez?

—Es que Videla y Massera llegaron a ser bastante populares. El otro día Santo Biasatti pasó una película con los aplausos de la gente a la Junta; un papelón…

—También ovacionaron a Galtieri, no se olvide. Había intelectuales embajadores, ¿no? ¿No tenían un diario de la Marina? ¿Esos periodistas no sabían para quién

trabajaban?

—No sé. Menem salió a defender a la Armada.

—Pero yo no le hablo de Menem, le hablo del intelectual, del empresario, del ama de casa y del hombre de a pie, estimado, ¿qué hacían papá y mamá en la guerra? ¿Qué les contaron a los chicos?

—Cuentos de hadas, les contaron. El tal Scilingo dice que unas dos mil personas murieron así. Una inyección, vuelo, empujón. Lo que a él le molesta no es el crimen, sino que sus superiores no salgan a dar la cara.

—¿Qué dijo el rubio de rulos?

—Nada.

—¿Qué opinan Bordón y Chacho?

—No se sabe.

—Bueno, en una de esas el día 24, cuando se cumpla el aniversario del golpe, los diarios que salían en aquel tiempo van a publicar la carta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar… ¿O se van a seguir haciendo los desentendidos? Porque Walsh la mandó a todas las redacciones, ¿verdad?

—Se van a seguir haciendo los desentendidos. ¿Era eso lo que quería oír?

—Mire, hagan lo que quieran; el país es de ustedes… o mejor dicho, lo que no está vendido o hipotecado es de ustedes. Hagan como gusten: vótenlo de nuevo a Menem, cómprense otro televisor, crucen el semáforo en rojo o miren la novela de Maigret. Me importa un rábano.

En continuidad, entre fines de abril y comienzos de mayo, a poco de las presidenciales, hubo una seguidilla de testimonios impactantes con el denominador común de la violencia de los años 70, que contribuyeron a abonar la teoría de los dos demonios. El general Martín Balza reconoció y condenó las "conductas deshonrosas" dentro del Ejército, las torturas y los asesinatos; el jefe de Montoneros, Mario Firmenich, fue al programa de Bernardo Neustadt y tras aseverar allí que la ejecución del ex presidente *de facto* Pedro Eugenio Aramburu había sido decidida por el pueblo, elogió la autocrítica de Balza, "asumió responsabilidades" y abogó por "la reconciliación nacional y la pacificación definitiva", aunque no se tratara de una reconciliación "entre torturadores y torturados". En un artículo que tituló "Confesiones", Soriano se preguntaba: "¿Es verdad que no se puede hacer nada? ¿No hay forma de poner presos a los torturadores que ahora parecen estrellas de televisión? ¿Ni siquiera por evasión de impuestos se los puede juzgar? ¿Es tan necesario para el rating que

estén en pantalla día y noche contando sus hazañas con mirada amenazante? Scilingo, como Al Capone, cayó esta semana por delitos menores, los que le reprochaba Menem. Los otros, en cambio, no paran de regodearse, sobre todo el llamado 'Turco Julián', al que Canal 13 llevó de nuevo al lugar de los hechos. Estaba parado en el terraplén de Paseo Colón y Cochabamba y alardeaba con volver a hacerlo. Nadie lo molestaba. No me cabe duda: en la Argentina cierta prensa hubiera llamado a Hitler para que opine sobre la cuestión judía".

Soriano reparó en que Balza había dado su discurso con todas las medallitas colgadas del uniforme, y a pesar de las acusaciones de hipócrita de un lado y de traidor del otro, le reconoció haber avanzado un casillero al reconocer que los militares habían actuado como vulgares delincuentes. "Pero si habló de esa manera fue porque los asesinos salieron a escenificar, de nuevo, todos los odios argentinos y el representante de los montoneros, después de reiterar las acusaciones al imperialismo, llegó a evocar el fusilamiento de Dorrego como fuente de los desencuentros. Además, el ERP todavía existe y pide, igual que hace veinte años, la intervención de las Naciones Unidas. Claro que lo de ERP y Montoneros era incomparable con lo que presentó al público el Turco Julián: la guerrilla provocó unas seiscientas bajas, mató incluso a gente a la que seguramente no quería matar, pero los represores se cargaron treinta mil personas, incluidos niños, ancianos y tullidos con los que practicó algunas formas de tormento físico y moral que ni siquiera habían imaginado las SS alemanas".

En el artículo hay párrafos enteros con preguntas que considera esenciales para preservar el futuro. "¿Por qué los argentinos llegamos a tanto horror? ¿Es el horror una *cultura* en sí misma? ¿Por qué nos hemos negado a la civilización y por qué, sobre todo, seguimos huyendo de ella? ¿Por qué se esquiva el análisis de los intereses particulares que intervinieron para empujar a los militares a la masacre? ¿Cuál fue el papel de Perón? ¿Cuál el de Balbín, que denunciaba 'guerrilla en las fábricas' sabiendo que eso significaba mandar a la muerte a miles de delegados obreros? ¿Por qué monseñor

Bonamín abrió las puertas al golpe con la famosa exhortación a los militares que 'velan sus armas en las puertas de los festines de la corrupción'?". Hay miles de preguntas sin respuesta, planteaba, y entreveraba esto con las medidas de los dos gobiernos democráticos que tabicaron las investigaciones de los crímenes de lesa humanidad de la dictadura. "Cada vez se ve mejor la perversidad de las leyes alfonsinistas de Obediencia Debida y Punto Final. Ni hablar del indulto de Menem firmado en nombre de la 'reconciliación nacional'. Minga de reconciliación con esos tipos ahí, mostrándoles a las madres cómo tiraban a sus hijos desde los aviones, cómo los torturaban 'acá mismo, ¿ve?, porque más allá estaban los calabozos'. ¿Qué hacían los vecinos para no ver ni oír? ¿Ponían fuerte la música? ¿Qué hacen ahora, cambian de canal y corren a votar por Menem? ¿En qué lugares, en casas de quiénes planeaban militares y civiles el golpe de Estado? ¿Qué dijeron los curas al día siguiente? ¿Cómo defendieron las instituciones judías a los suyos? ¿Qué decían en sus almuerzos con Videla los famosos escritores de aquellos tiempos? ¿Por qué los candidatos opositores esquivan el bulto al tema y nadie les formula de nuevo la pregunta? ¿Hasta cuándo vamos a vivir con la mierda hasta el cuello?".

Soriano publicó este texto el 7 de mayo y el 14, día de los comicios, publicó otro titulado "La hora de decidir", donde señalaba que la campaña había sido chiquita, con pocas cosas en discusión, "como si estuviéramos en el mejor de los mundos", aunque destacaba la continuidad democrática, que hubiera una tercera presidencial consecutiva, situación que no se daba desde el período 1916-1928. La práctica política como misión de cambio o como herramienta de conservación se ha desacreditado, planteaba. "Sin duda, en el futuro se hallarán nuevas ideas para defender la solidaridad, la fraternidad, la igualdad de oportunidades, los bellos sueños. En este fin de siglo reina el capitalismo feroz con un apogeo impensable hace apenas una década".

En paralelo a su desencanto, vivió las elecciones con emoción. "Más allá de las controversias, de los tapujos, de las corrupciones y la impunidad, los argentinos hemos aceptado vivir en libertad.

Recortada, limitada, imperfecta, tenemos que cuidarla, ampliarla, ponerla a la altura de los olvidados hombres que lucharon por un espacio en el que todos tengan una patria, un trabajo, un techo digno, un juez imparcial y mil opiniones distintas. Aunque eso parece ahora una utopía, hay sociedades que al cabo de mucho sufrimiento lo han conseguido. Son muy pocas, es verdad, pero lo primero que aprendieron fue a desear la felicidad, por imposible que parezca. Una clave es el deseo, el ferviente deseo. Otra, la inteligencia. Hoy unos votarán con el bolsillo y otros con el corazón. ¿Cuál nos estará doliendo más?". Con más de veinte puntos porcentuales de diferencia sobre la fórmula José Octavio Bordón-Chacho Álvarez, Menem fue reelecto con el 49,94 por ciento de los votos.

Es de acero inoxidable, Menem, escribió Soriano una semana después, digerida ya la contundencia del resultado. "Imposible negar que su victoria nos pone en ridículo a los que creemos defender a pobres y ausentes mientras ellos votan por quien les aconseja dedicarse a jugar golf, los postergados tienen su propia y sólida opinión sobre la parábola menemista y el destino que les reserva". Satisfacción en Recoleta y en La Matanza, observaba, y también que las propuestas de cambio resultaban poco convincentes. Menem como representante de sueños de dos sectores extremos: "Los magnates, que lo ven como al tipo que hizo el trabajo sucio, el que puede contener las broncas y desórdenes; y los marginados, que lo miran como a uno de los suyos, un *parvenu* admirable, teñido, bien trajeado, que va, según la edad, del fútbol al golf. Ellos, sus votantes, harían como él. Sueñan que serían como él".

Pero no había que ser pesimistas, razonaba: "Tanto valoramos al pueblo, a sus decisiones soberanas, al brillante futuro que iba a construir, que ahora sería mezquino escupir sobre sus decisiones". La frase suena mordaz en línea con el párrafo siguiente, que apuesta a sobrellevar a Menem con humor y con firmeza. "Con una aspirina de vez en cuando —recetaba—. Homeopatía, acupuntura, medicinas chinas, clásicas y alternativas. Correr a la mañana y a la noche. Buen vino, mejor tabaco y excelentes compañías. Pensar de tanto en tanto lo que hubiera sido si ganaba Massaccesi. Mirar la paja en el ojo

ajeno, que es costumbre argentina. Después de todo, ¿qué son cuatro años? Los moros estuvieron ocho siglos en España y después tuvieron a Franco y hay que ver lo alegres que están los españoles. No se trata de resignarse, solo hay que hacer de tripas corazón. Un motivo para estar contentos es que los pobres son cada vez más dichosos. La clase obrera y también los desocupados van al paraíso. Cantando con el televisor encendido. Si las cosas siguen así un día, tarde o temprano, van a llenar los campos de golf".

A esa altura del año Carmen Balcells había arreglado un cambio de editorial. Tras el tironeo con Planeta por *El ojo de la patria*, ya desde el año anterior se rumoreaba un pase, que dejaría Sudamericana. En marzo de 1995 se anunciaba que la editorial colombiana Tesis-Norma había comprado los derechos por sus dos próximos libros, una novela y un volumen de relatos o artículos, y que en el paquete de la negociación estaba incluida la reedición de varios libros anteriores. "Triste, con ese tipo de tristeza que proporciona un divorcio", dijo al confirmar la noticia en ese momento Rodrigué, la directora de Sudamericana, que explicaba que todavía le quedaban unos años de derechos por *Artistas, El ojo de la patria* y *Cuentos de los años felices*. Fernando Fagnani, jefe de prensa de Norma, indicaba a la vez que el contrato superaba "holgadamente" lo que había cobrado por la novela anterior. Algunos meses después trascendía la cifra: medio millón de dólares. Una desmesura para entonces. Y también para hoy. Al mismo tiempo Tesis-Norma anunciaba la compra de la obra de Bioy Casares por 200.000. Un desembarco potente.

Fagnani lo conoció en ese momento. "Se suponía que la amenaza para Sudamericana era Planeta, porque ahí estaban Forn, Dal Masetto, sus amigos. Pero Osvaldo me dijo que no le daban muchísimas ganas de ser parte de eso, que lo editorial pasaba por otro lado. Norma ya había intentado contratarlo en la novela anterior, pero Balcells les dijo que no. A Moisés Melo, que era el editor de Norma en ese momento. 'En esta no participas —le dijo—. Para la próxima tráeme una oferta por toda la obra de Soriano y hablamos'. Y así fue. Porque era mucho

dinero, la verdad. A Moisés y a Margarita Valencia, que era su editora, les gustaba mucho la obra de Soriano. Lo contrataron por lo que significaba en la Argentina, pero no fue solo una operación comercial, de posicionamiento: les gustaba el autor y creían que lo podían vender en Colombia. Hicieron el intento pero no funcionó tal como esperaban; lo vendieron, pero no de una manera tan significativa como para recuperar la plata". Margarita Valencia sitúa el momento: "Norma se había montado en la ola de los grandes anticipos, con la misma alegría y la misma irresponsabilidad de las demás editoriales. ¡Medio millón de dólares! Había olvidado la cifra. Yo personalmente creía que Soriano era uno de los grandes de su generación, y peleé mucho su inclusión en el catálogo".

Los libros de Soriano siguieron vendiéndose bien en la Argentina, indica Fagnani. "Norma quería que eso les sirviera para instalarse acá, pero también tenían que venderlo afuera, porque ese dinero no se recuperaba solo con las ventas de acá. A Moisés le interesaba una movida más integral, que los argentinos se vendieran en Colombia, que los colombianos se vendieran acá. Una apuesta un poco desmesurada, con un interés real de su parte. Así que llegaron con la oferta, sacaron a todo el mundo de la cancha y se lo quedaron".

Desde 1994 Norma también editaba a Gabriel García Márquez en Colombia, Centroamérica y la región andina: Moisés Melo ha contado que Balcells también los hizo esperar un par de años para la contratación, que se inició con la publicación del volumen de cuentos *Del amor y otros demonios*. En la Argentina, sin embargo, García Márquez decidió seguir publicando en Sudamericana. "En su caso, siempre tuvimos al autor de nuestro lado —me dijo Rodrigué—. Con Osvaldo, en cambio, fue muy raro lo que pasó. Una locura. A ver: si habíamos pagado 120.000 por la novela anterior, podíamos llegar a 180, 200. Pero 500.000 era como… imposible".

Aunque las personas más cercanas cuentan que Soriano recién supo de su dolencia a mediados de 1996, Rodrigué cree que él estaba enfermo y lo sabía. "A mí, por algunas cosas que pasaron después, siempre me dio la impresión de que quiso dejar solucionado el tema de su familia. De alguna manera. Con algún respaldo. Por algunas

conversaciones que además tuve con Balcells, como que él sabía. Y que ese contrato fue diferente por algo. Es una intuición. Que al principio hubiera dicho 'no digo nada, no voy a arruinarles la vida a los demás, me la banco solo', y que llegado un momento el cuerpo ya no le diera más. Vaya uno a saber. Mantengo la idea de que algo extraño había, porque ese contrato fue anormal respecto al trato cotidiano que teníamos con él. Y con Balcells también, porque uno establece una relación. Pero acá pasó algo diferente. En fin, uno supone cosas, y es mejor suponer eso a que fuera el vil metal".

Rodrigué plantea que tenían una muy buena relación, que nunca habían surgido reproches, por lo que duda de la posibilidad de que solo se hubiera tratado de la aparición de una competidora que pagaría cuatro veces más que por el libro anterior. "Porque, a ver: pasó muchas veces en la historia de la editorial, con otros autores. Pero lo plantearon, lo pusieron arriba de la mesa: 'Pasa esto, me ofrecen esto, ¿qué hago?'. 'Bueno, andate, porque no te puedo pagar eso. Pero no te pierdas…'. Eso no pasó. Como que desapareció. Fue muy raro".

El 17 de mayo Soriano viajó a París, dispuesto a recluirse y terminar la novela. Al llegar se encontró con una decoración de pósters y banderines sanlorencistas a cargo de Francisco Juárez, a quien unas semanas antes le había prestado su pequeño departamento, que describe así: colchón sin cama, bañito, ducha en la cocina junto a las hornallas, barrio de africanos. Sostiene Juárez: "Me habló para agradecerme el decorado, pero también me dijo: 'Negro querido, ahora me cansa muchísimo subir los cinco pisos. Bajo una sola vez por día y subo con cuatro botellas de agua mineral. Pero estoy bien, adelantado'".

En esos días se hizo una escapada y participó del ciclo "Argentina 6 encuentros" en la Casa de América de Madrid, organizado por la Secretaría de Cultura española y la embajada argentina en España, que abarcó teatro, cine, música. En las jornadas dedicadas a la escritura, el jueves 8 de junio compartió con Rodrigo Fresán la charla "Problemas

de ida y vuelta en las dos literaturas"; al día siguiente darían otra charla Ricardo Piglia y Vlady Kociancich. "Fue el más divertido y te diría que penoso de nuestros encuentros —me contó Kociancich—. Era una especie de intercambio entre escritores españoles que venían al ICI [Instituto de Cultura Iberoamericano] y argentinos que iban allá. Yo llegaba desde Eslovenia y Osvaldo desde París; Rodrigo y Ricardo llegaban desde Buenos Aires. El arribo fue un desastre, nadie nos estaba esperando y los taxistas no conocían el camino hasta el lugar en el que nos alojábamos, que era la mítica Residencia de Estudiantes, un lugar alejado del centro, en el que habían estado Picasso y muchos personajes extraordinarios. Creímos que nos iban a dar un lugar cómodo y moderno pero no, no había para mandar fax y tampoco para enchufar computadoras, era un tercer piso sin ascensor, así que hubo que subir las valijas por la escalera y menos mal que estaba Rodrigo, que era el más joven. Nos pusimos a charlar en el café de la pensión, y cuando nos quisimos acordar ya cerraban y no conseguíamos ni unos sánguches. No había nada por ahí cerca y entonces Rodrigo, que conocía bien Madrid, dijo de ir hasta el centro, a una especie de McDonald's hispánico. Llovía muchísimo y hasta llegar al asfalto había que bajar por unos jardines empinados, así que esperábamos un poco a que amainara, debajo de un alerito, cuando Osvaldo dijo: 'Al próximo escritor español que vaya a la Argentina no lo mandamos a un buen hotel: que vaya a un lugar legendario, lo alojamos en la casa de Gardel'".

Cuando llegó el día de la charla no había un solo funcionario de la embajada, por entonces a cargo de Guillermo Jacovella, que mandó una nota: los invitaba a comer. Kociancich: "Lo mandamos a la miércoles, con Osvaldo a la cabeza". Fresán recuerda de ese viaje que en la Casa del Libro, en la Gran Vía de Madrid, Soriano le regaló un ejemplar del *Quijote* y que cuando le pidió una dedicatoria se puso a los gritos: "¡¿Pero cómo te voy a dedicar el *Quijote*, vos estás loco, Rodrigo?!".

"Había envejecido físicamente muy de golpe —dijo Kociancich—. Yo no sabía si tenía o no una enfermedad, pero era muy raro, porque lo había visto poco antes y estaba bien. Y de pronto parecía un

hombre de mucha más edad. Recuerdo algo que nos entristeció y nos silenció a todos. Volvíamos de una librería y él contó esto: 'Yo venía caminando y de pronto, en un espejo alejado de una galería, vi que venía un viejito. Y cuando llegué más cerca me di cuenta de que ese viejito era yo'".

Por una entrevista de AFP que publicó el diario chileno *La Época* el 25 de junio se sabe que el libro todavía se llamaba "Fotos de familia". *Espero ponerle punto final ahora que los parisinos se van de vacaciones y me dejan la llave de la ciudad*, bromeaba. También aclaraba que no trabajaba sus libros en París por esnobismo y más bien rumbeaba por el lado de la cábala, *aquí empecé* Una sombra ya pronto serás *y terminé* El ojo de la patria*, y esos libros tuvieron muy buena acogida*. Más peso tenía el contexto de abstracción: *Vengo a Francia porque en Buenos Aires no tengo la tranquilidad necesaria para dedicar todo mi tiempo a una novela, que necesita toda la atención y toda la fuerza. Allá cualquier cosa me distrae y al final siempre termino encerrándome en alguna parte para trabajar sin interrupciones*.

Terminaba dándoles la razón a los amigos que vislumbraban una novela en sus contratapas. *Creo que es como una prolongación de esos textos que hice sobre mi viejo. Sobre ese viejo que tiene distintas miradas, que en realidad es un personaje distinto en cada una*. Otra vez: la escritura para el diario como laboratorio de la narrativa. Una de esas contratapas se titula "Fantasmas" y sirve de ejemplo para seguir la traza entre un texto y otro. En la novela el padre, ya mayor, da conferencias de historia por distintos pueblos y eso encubre algunas misiones encargadas por la guerrilla; en el artículo el padre le presenta a una socia, que es quien da conferencias y tiene el vínculo con la guerrilla, aunque el narrador sospecha que más que socia se trata de una amante fugaz que de vez en cuando lo invitaba a comer. "¿Hago mal en escribir esto? ¿Estoy manchando su memoria? —se pregunta en 'Fantasmas'—. Imposible, porque la única que le queda es la mía. Está a mi merced, tan muerto e indefenso como todos estaremos algún día".

El narrador y protagonista de la novela no tiene nombre y es nítidamente un álter ego. Anda por las rutas en un Torino que su padre puso a nuevo en el taller de un ex guerrillero de La Boca, con la idea de que viajaran juntos, uno dando conferencias, el otro escribiendo su libro. Estaban por largarse cuando el viejo quedó internado en el hospital con el diagnóstico de cáncer terminal. "Entonces me di cuenta de que no me sentía capaz de cargar con su muerte, de que quería huir, poner distancia entre él y yo", cuenta el narrador, que aprovisiona el auto y sale a la ruta sin rumbo fijo. "Me sentía sin culpa o al menos eso creí hasta el día en que llamé desde Tucumán y me dieron la noticia de que se había escapado", sigue. Como *Una sombra ya pronto serás*, *La hora sin sombra* es una novela del camino, aunque sus improntas son muy distintas.

Porque aquí, por primera vez en la obra de Soriano, el narrador es un escritor, y a lo largo de todo el camino aparecen referencias literarias: los relatos de viajes de Jack London y Ambrose Bierce, Arlt tomándose por Jesucristo en la redacción del diario *El Mundo*, la desesperación de Lugones y Quiroga en camino al suicidio, los comienzos de Kafka y Melville en *La metamorfosis* y *Moby Dick*, la maestría y la profundidad de Conrad, pasajes de Chandler y Hammett, los homenajes a Bioy Casares y Borges, el Quijote ante los molinos y Cervantes "como inventor de todo", Haroldo Conti y Rodolfo Walsh en el relato alucinado de un amigo, una chica que parece sacada de un cuento de Maupassant, un dentista llamado Hadley Chase, textos extraviados de Hemingway y Apollinaire, Matheson y el gato que rescató de su casa en llamas. El narrador sale a la ruta con el encargo de un editor que le paga un anticipo para escribir una *Guía de pasiones argentinas* (simplemente debía tomar apuntes por los lugares por los que pasara y darles la forma que quisiera), pero enseguida se pone a componer una novela que cuenta de su padre y su madre, de la época en que se conocieron, de sus juventudes, impulsos, sueños, tropiezos, desengaños. En tiempos de Perón y con la aprobación del General el padre construyó una fabulosa ciudad de cristal en una isla que luego, en la Revolución Libertadora, el almirante Rojas arrasaría a cañonazos. Su madre posaba para avisos en las revistas y ponía su voz

en algún radioteatro, una suerte de estrella incipiente que a poco de casarse con su padre y de parir al narrador los dejó para irse con un bodeguero mendocino. Con fragmentos y retazos, lo que recuerda, lo que le cuentan, lo que rescata de archivos, va componiendo su narración el protagonista, que anda con un zumbido en el oído y la cabeza que no lo deja pensar y le confunde la memoria. Que al zumbido siempre se le atribuyó un sentido de culpabilidad, anota. Para neutralizarlo, cada tanto acerca un revólver a su cráneo y dispara. "El zumbido era un conjuro contra lo que Soriano describía como 'la insoportable turbina de un jet que está despegando' y que atormentaba su vigilia en los dos, tres últimos años de su vida", escribió Tomás Eloy Martínez en el prólogo de la reedición que hizo Seix Barral en 2004.

Con excepción quizá de Ignacio Fuentes en *No habrá más penas ni olvido,* los protagonistas de sus libros son solitarios. En *La hora sin sombra* el escritor marcha en compañía del fantasma de su padre. La trama está impulsada por la expectativa del reencuentro, y esto a la vez se entrevera con el rescate de la novela que viene escribiendo, porque en un bosque de pinos marplatense una colilla mal apagada desata un incendio que le incinera el Torino y todo lo que llevaba escrito. En algún lugar del recorrido enterró un diskette de resguardo, pero el mapa con la indicación también se esfumó en el fuego y no recuerda con claridad en qué ruta, en qué sitio, junto a qué árbol lo dejó. En la quemazón de la nave tiene mucho que ver Lucas Rosenthal, un viejo amigo y muy buen actor, que en esos días protagoniza *Rey Lear* y viaja hasta Mar del Plata para bancarlo: "Había estado demasiado solo y necesitaba cotejar mi locura con la de alguien capaz de hacer trizas mi mundo, ponerlo al revés y devolvérmelo convertido en una gran fogata", anticipa el narrador, que lo describe como "uno de esos tipos que ya no se usan, que saben escuchar y dicen siempre la verdad". En un tramo de la conversación, tras hablar del viejo fugado, por algún recóndito lugar del inconsciente se filtra Hamlet dialogando con el espectro del rey asesinado.

—No, cuando escribís siempre estás solo, ese no es el problema. Lo que no podés

digerir es que tu viejo se largue sin vos, se encierre en su propia selva como el tipo de *El corazón de las tinieblas*, ¿cómo se llamaba?
—Kurtz.
—Kurtz… ¡Carajo, cómo lo hizo Marlon Brando…! Mirá, el viejo te quiere a su manera, no como a vos se te da la gana. Entonces hacés como que no lo entendés y te rajás. Pensás que va a venir arrastrándose a pedirte perdón.
—¿Y yo qué?
—Ah, viejo, ahí el que escribe el libreto sos vos. En su mundo el Niñito Dios hace lo que quiere.

El narrador le ladra un poco, pero el otro le dice: "Mirá. Para tu viejo ya es tarde. Salvate vos, largá el papel de fugitivo y hacele frente a las cosas. Disculpame, pero ya que me pediste que viniera te bancás lo que te digo y si no te gusta te jodés". No era un borracho cualquiera, apunta el narrador, y también que detestaba la fama, y que en una entrevista le respondió a un periodista con un poema de Malcolm Lowry:

Es un desastre el éxito. Más hondo
que tu casa entre llamas consumiéndose.
El estruendo de ruinas y el desplome
ante el que asiste, inerme, a su condena.
Y la fama desgasta como un ebrio
la morada del alma y te revela
que tan solo por ella trabajaste.

Para el viejo ya es tarde, pero el fantasma ahí sigue. Con algún retoque, en la novela está aquello que contaba en "Año Nuevo", otra de las contratapas, citada cuando se contó de la muerte de José Soriano: que le había encargado para que le pasara en limpio una novela en la máquina de escribir y que luego le reprochó que se le hubieran escapado errores de tipeo, faltas de ortografía. "Bajó la vista en silencio, como un chico, y tuvo un ataque de tos que era mucho más que eso: un rechazo brutal a mi insolencia, una expulsión de broncas acumuladas desde hacía mucho tiempo", escribió, y también que este ataque de tos fue uno de los primeros síntomas de la

enfermedad. “Sentí que aquel arrebato de su pecho hablaba más de mí que de él; me enrostraba mi arrogancia, me acusaba de haber ocupado su lugar y confinarlo en el papel de un hijo desvalido. Era Navidad y en la calle estallaban cohetes y fuegos artificiales. No creo que se hubiera atrevido a decírmelo tal como lo estoy escribiendo ahora ni de ninguna otra forma que pudiera causarme sufrimiento. Tuvo que usar el lenguaje de la tos para que yo empezara a comprender el desdén con que lo había tratado para desafiar su autoridad”. “¿Por qué me usás?”, imaginaba Soriano que le preguntaba el fantasma, unas páginas y un par de años atrás; en *La hora sin sombra* el narrador recuerda un alto de uno de esos viajes por la Patagonia, en moto, en que su padre le anticipa al adolescente que fue: “‘¿Sabés?’, me dijo al apagar el último cigarrillo. ‘Un día vas a caer en la tentación de usarme. De acuerdo, hacé de mí lo que quieras, pero no me dejes mal parado. Con todas las que pasé lo único que me falta es que me robes el epitafio’”.

Mientras camina rumbo a los astilleros, en Mar del Plata, al escritor lo sorprende un murmullo que viene de una boca de tormenta a la que le habían robado la tapa. Allá abajo, en la oscuridad, ladra un perro y pronto lo invita a bajar un hombre: “Pase si gusta”, le dice, y luego “póngase cómodo”. El narrador desliza la espalda contra la pared y piensa que eso era como estar en una cripta. La escena remite a Carré en el Père-Lachaise bajando a su propia tumba. El anfitrión aquí vive a oscuras, se inquieta cuando el visitante quiere alumbrarlo, le pregunta a quién busca. Es un tramo delirado, cargado de signos: al salir, el narrador oye que el otro repite, como una letanía, “Ah, el horror, el horror”, las palabras en el borde de Kurtz. Tras el incendio, con una novela fantasma que podía funcionar como argumento publicitario, pero sin nada para publicar, se pregunta cómo seguir: “Ahora que no tengo las páginas que escribí me es imposible saber si valían algo”, se dice el narrador y especula con dejar todo, esconderse en la isla arrasada del padre, que nadie vuelva a tener noticias de él, que su libro desaparezca sin dejar rastro. Pero también baraja seguir el consejo del amigo, no achicarse: “¿Y si no me daba por vencido? ¿Si salía a pelear el último round con la convicción de que no me iban a

voltear así nomás? En una de esas acertaba un directo a la mandíbula, un gancho, una escupida a los ojos, algo que me ayudara a terminar en pie, tal vez podría afrontar a mi padre, escribirlo y hacerle una vida nueva".

Una noche, luego de unas peripecias que lo hacen pasar por Colonia Vela y desembocar en una casa en la que viven unas chicas, el viejo por fin se le aparece. "Me costó reconocerlo; estaba vestido de negro como un roquero, llevaba anteojos de sol y un pucho colgando de los labios. Las sombras lo confundían todo y nos hacían iguales a los dos. Golpeados pero de pie, en silencio. Separados por unos pocos pasos y al mismo tiempo tan lejos como pueden estarlo un hijo y su padre. El destello de la luna le hacía relucir el pelo plateado y si no hubiera abierto la boca lo habría conocido por el olor o por la forma de tener el cigarrillo. Era él, y todos los insomnios se me borraron de golpe, la sangre se echó a andar, los recuerdos desaparecieron y solo quedó un formidable presente en el que estábamos cara a cara solos y a campo abierto".

"Quería decirte algo ahora que es noche y las palabras se van… Decirte que te quiero, hijo, que mi sueño sos vos".

Apenas eso. El padre sube al auto en el que había llegado y desaparece en la noche. El encuentro le activa el recuerdo de dónde había dejado el diskette con el resguardo de la novela. Hacia allá irá, y en el camino ajustará alguna cuenta con su editor, y se reencontrará con Noriega, un pastor evangélico y televisivo que, despojado de su dinero por unos matones de Morosos Empedernidos y bajo la lluvia, busca crucificarse sobre un médano. Al encontrar el árbol que señala su tesoro el escritor se deja caer de rodillas y cava con sus uñas, remueve barro y piedras hasta dar con la bolsa de plástico. "Adentro me esperaba, negro y perfecto, el disco con la novela. Todo lo que había escrito sobre mi padre y sobre mí estaba ahí".

Y cierra: "Solo faltaba agregar el final".

Ese final dialoga con el último párrafo de "Mudanzas", donde lo recuerda a la salida del hospital de Cañuelas al que fue a parar tras el vuelco con el Gordini, inseguro y débil pero no angustiado. O en el cuarto de una pensión con una luz de mala muerte, la regla de

cálculos, una Parker, un compás y el reloj. “El Omega aún estaba en su brazo y ahora que no lo tengo más siento que mi padre empieza a alejarse de mí —escribió en esa contratapa—. Al verlo más distante, me parece que acerca el dedo al mapa y me señala un lugar en el que tarde o temprano vamos a encontrarnos para charlar largo de sus mudanzas y las mías”.

En la versión que trabajaba al llegar a París en ese verano había una diferencia radical: para acabar con su sufrimiento, el narrador mataba al padre. Una tarde se encontró con Eduardo Febbro en un café del Boulevard Saint-Germain, y le regaló *Tifón*, de Conrad; la jornada terminó casi al mediodía siguiente sobre el puente de Austerlitz e involucró varios bares, un restaurante y la propia casa de Febbro, donde le dijo lo que pensaba del libro. “Se armó una discusión tremenda, y para aversión de Osvaldo terminamos en pleno día —me contó Febbro—. No me entraba en la cabeza de ninguna manera que el hijo asesine al padre. Yo se lo decía enardecido y le explicaba que con las condiciones narrativas que él había configurado eso no funcionaba. Yo no tuve padre, y él en algún momento de la discusión hizo sobre mi crítica una lectura psicológica, algo que por supuesto era válido. Desde ahí pasamos a las diversas formas de no tener padre. Cuando nos despedimos no estaba convencido, pero dijo que lo iba a pensar. Y efectivamente reaccionó, la cosa se resuelve de otro modo”.

Terminé La hora sin sombra *enfermo, intoxicado, pero feliz* —dirá ocho meses después, durante la Feria del Libro—. *Pocas veces me había emocionado tanto al terminar una novela. Estaba en un altillo en París y al escribir las últimas líneas, que no son las del capítulo final sino las del encuentro entre el narrador y su padre, me puse a llorar como un novato. No debería contar esto, pero bueno, me viene a la cabeza ahora que es medianoche y acabo de volver de la Feria y nadie entre los que me acercaron el libro para que lo firmara podía imaginar lo que sufrí y me alegré al escribirlo.*

Tres meses y medio estuvo en Goutte d'Or. *Las condiciones en las que yo trabajo son mucho más crueles que en las que trabaja el personaje de la novela. La escribí a razón de catorce o quince horas por día, sin moverme del lugar en donde estaba, encerrado y comiendo latas de comida hecha. Iba de la computadora al colchón y del colchón a la computadora, sin ver nada más*. En la primera semana de septiembre describía su llegada a Buenos Aires: "De vuelta a casa. La novela terminada, copiada en cinco diskettes separados por precaución: uno en el bolsillo, otro en el bolso, el tercero en la valija, uno más por correo y el quinto allá en París, en manos de Eduardo Febbro. '¿Qué trae?', me pregunta el de la Aduana y mira feo el Macintosh. 'Nada, está registrado en el pasaporte'. Mira el pasaporte, mira el Powerbook, me lo hace prender. Busca entre medias sucias y camisas arrugadas. Me digo que tanto celo se justifica por el combate contra las mafias que ha denunciado Cavallo".

De cada encuentro sale una pequeña historia; con el taxista que le habla de fútbol y del tiempo, por ejemplo: "Me había olvidado de ese milagro. Una de las cosas por las que vale la pena volver a la Argentina, además de la familia y los amigos, es la sensación térmica. En Europa no se consigue. Allá seis grados son siempre seis grados. No hay creatividad, carecen de magia". Al llegar a la cochera encuentra la batería de su auto fallecida y llama al Automóvil Club. "Viene un tipo petiso, de bigote, con pinta de no tenerle miedo a la desocupación. Se queda parado ahí, esperando a que le abra el capó. Conecta unos cables y me avisa que le dé arranque. El efecto es parecido al de la bomba atómica de Chirac: la maravilla armada por Renault Argentina se despierta de golpe y los limpiaparabrisas se ponen a andar solos; la alarma del agente secreto X28 se queda pegada, no hay manera de parar ese súbito estallido de vida. Tengo que apagar el motor, desconectar la batería flamante y como queda feo andar con la alarma puesta y las escobillas a todo trapo en un día de sol, me encamino al taller de la otra cuadra. 'Un consejo', me dice el mecánico: 'Nunca lo lleve a hacer un service, se lo hacen pelota'. En un rato cambia la batería, va a comprar una llave de control nueva, saca unos fusibles y al fin me dice: '¿Qué le puedo cobrar?'. Textual. Eso, en Europa,

tampoco se consigue". Ese auto es el Renault 21 blanco, el único que compró cero kilómetro, el último que tendrá. Es el que comprará el escritor y periodista Caparrós para recorrer el país y componer las crónicas de *El interior*. Una coincidencia capaz que pintoresca: el narrador de *La hora sin sombra* anda con el Torino por las rutas con el encargo inicial de narrar una *Guía de pasiones argentinas*.

Unas semanas antes de la publicación, cuando el libro ya estaba prácticamente terminado, le pasó un original a Fagnani para que le hiciera los comentarios que se le ocurrieran. En ese momento empezaba en su rol de editor; en rigor, estaba a cargo de la prensa. "Le comenté un par de cosas y nada más. Porque una semana después tenía que entrar a corrección o a imprenta, no me iba a poner a mirar cosas raras. Y tampoco es que tuviera una relación de confianza, recién lo conocía. Además Norma había pagado medio millón de dólares, por lo tanto… lo que el escritor diga. Sí hubo una zona medio gris, porque en la práctica los editores estaban en Colombia. No hubo demasiado tiempo de edición: cuando un libro sale en veinte o veinticinco días, lo que hay que hacer es terminarlo y fin de la cuestión". "Como tantos escritores de su generación, sentía una enorme desconfianza hacia los editores y no fue fácil establecer una relación fluida y amable, aunque al final lo logramos —me contó Valencia—. No discutió conmigo sus dudas y mi contribución se limitó a señalar algunas cositas aquí y allá. Yo vivía en Colombia y nos comunicábamos por fax: larguísimas cartas mías que él respondía muy escuetamente al comienzo y menos escuetamente después".

El domingo 29 de octubre de 1995 se anuncia en *Página* la publicación de la novela para la primera semana de noviembre y en el suplemento *Primer Plano* lo entrevista Luis Bruschtein. *Hay un "andante" por la ruta, que escribe y al que todo se le descuajeringa. Hay un poco una mirada a los padres, a los padres genéticos, a los padres de la literatura, quiénes son nuestros padres, nuestras figuras ejemplares, y al mismo tiempo, las preguntas que a veces retenemos, que no nos hacemos, que son la vida y la muerte, de las cuales la novela en general casi ya no habla.*

—¿Por qué dice que habla de la vida y la muerte?

—*Porque es que de alguna manera siempre se plantea eso. De qué habla una novela siempre que sea una novela de fondo, si uno no es un minimalista exacerbado y escribe sobre su esposa que está en la cocina y el chico que hace ruido con la tele y eso es todo el cuento. Esta década ha sido muy ganada por la novela intimista familiar minimalista. "Voy al peluquero y vuelvo", y eso es todo lo que pasa.*

¿Pero por qué eligió usted la vida y la muerte?, insiste Bruschtein. Soriano lo pone en contexto: el padre agonizante en el hospital que sin embargo escapa, disfrazado. *Superada esta idea imposible, él se plantea qué busca alguien que va a morir y a quien él ha abandonado. Esta presunta búsqueda del padre escapado le plantea su propio destino, es decir su propia idea de muerte y qué carajo hacemos en la vida, y la muerte como parte esencial de la vida. Que no solo no podemos ignorar, sino que también tiene ese aspecto de rendición de cuentas.*

—En sus libros la muerte no llega nunca a un punto dramático, porque en ese momento la narración gira hacia el humor o el grotesco.

—*Está sublimado, sí. Es que es insoportable. La idea de la muerte es intolerable. Por un lado por eso, por otro lado porque ya no escribimos novelas realistas. Pero no obstante esa sublimación de la muerte de hecho se atiene a los mayores miedos que todos internalizamos, podamos o no verbalizarlos. La muerte es la muerte. Cuando un tipo se suicida, lo que hace es adelantarla, ganarle de mano, pero no se puede evitar. Y la muerte lleva a preguntarse por el destino, por Dios, el gran momento de angustia cuando uno no tiene a nada ni a nadie. Un tipo como yo, que no soy creyente, se lo pregunta doblemente.*

Los 10.000 ejemplares de la primera edición se agotaron a los pocos días y enseguida se imprimió una segunda de 5000. Volvió a encabezar las listas de *best sellers*. La novela se vendía también en supermercados y kioscos. Una campaña intensa y singular para un novelista: dos mil afiches callejeros, postales. "Aunque mi relación fue sumamente cómoda, muy de entrecasa, él estaba tenso —cuenta Fagnani—. Tenía angustia ante la exhibición del libro. Y vivía el

proceso de la publicación con un compromiso emocional fuerte; no le daba igual la repercusión, las reseñas. Le importaba que las cosas se hicieran bien. No diría que era exigente, pero sí que estaba muy presente. Muy seguidor. Pero no mal: interesado en mirar el asunto". De *La hora sin sombra*, dice, se vendieron unos 50.000 ejemplares.

En el momento de mayor intensidad hablaban dos horas diarias por teléfono. "Era muy lindo escucharlo —dice Fagnani—. Yo atendía y había una fórmula común: él no había ido a las librerías, pero los amigos le decían… exactamente cómo estaba la cosa. Es una preocupación de los escritores, pero no todos tienen el mismo signo; y a la vez es normal, si un tipo se pasa tres o cuatro años escribiendo un libro, cuando sale quiere que las cosas anden bien. Que sea lindo, que se exhiba, que salgan notas: para eso trabajaste. En su caso todavía más entendible, ya tenía un lugar en el mercado y siente que no lo puede perder. Entonces miraba atento los lugares donde eso se edifica: la prensa y las librerías. Por supuesto, la venta; pero lo principal era seguir teniendo la respetabilidad y la importancia para el librero que él había tenido. Contaba una anécdota buenísima de Sudamericana; en una reunión de libreros un vendedor lo abrazó y le dijo: 'Gracias a sus libros me cambié el auto'".

Salvo en *Página*, lo del medio millón de dólares apareció en primer plano en las entrevistas que le hicieron en ese momento: fue tapa de la revista *Viva* de *Clarín*, por ejemplo. "Lo de los quinientos mil era un poco fuerte, pero al mismo tiempo eso era el menemismo —dice Fagnani—. En la lógica de ese tiempo, la plata era un signo fuerte. Y a la vez Soriano tiene en *Página* una tribuna desde la que oponerse, donde se constituye un sujeto político". El editor no cree que escribiera pensando en vender. "Lo angustiaba mucho la idea de no vender, pero al mismo tiempo no era en ese sentido un 'escritor profesional'. Realmente no sabía, no era un tipo que tuviera un termómetro y dijera 'ahora me toca Carré' y luego 'ahora me toca la novela de papá'. No era eso. Entre *Una sombra* y *A sus plantas* hay un mundo de diferencia: es lo contrario a lo que hace un profesional, porque si le va bien, ¿por qué no escribe un *A sus plantas 2*, o *Una sombra 2*? Sus libros no se parecen entre sí. Incluso *Cuarteles de*

invierno y *No habrá más penas*, que comparten cierta unidad en cuanto a la violencia política, no tienen nada que ver entre sí en términos de estilo. Y cuando los escribe no son los libros que esperaría el mercado. Eso sí: como cualquiera que disfrutó del éxito, no lo quiere perder. Ahora, lo que no sabía es cómo no perderlo. Lo que en el fondo habla bien de él".

¿Por qué no le preguntan a Silas cuánto gana?, larga en una entrevista con la revista *Gente*. Paulo Silas era el 10 de San Lorenzo en ese momento. Luego de decirle que se lee poca ficción en la Argentina y que sus novelas, al contrario, "venden, se leen, se comentan", le preguntan por qué será. *Mirá, no lo sé. Las únicas certezas que tengo vienen cuando, por ejemplo, estoy escribiendo un capítulo y lo siento pesado. Es entonces cuando me digo: "Si esto es un plomazo para mí, va a ser un plomazo para los demás". Y cambio.* Le plantean que el libro signa una visión pesimista sobre el futuro del país.

—¿Y por qué habría de ser optimista? Dame un solo elemento para que lo sea. ¿Por lo que dice Mariano Grondona, que en treinta años vamos a ser Francia? ¡Es maravilloso! Creo que debe ir muy poco a Francia el doctor Grondona.

—Admitamos que algo progresamos: hace quince años las internas políticas se dirimían a los balazos y no existía la democracia. Me acuerdo de *No habrá más penas ni olvido*.

—Soy el primero en reconocerlo. Pero son virtudes que, hoy por hoy, comparten los países más miserables del mundo. Todos tienen democracia y votan, los militares se van retirando y la moneda es estable. Cavallo, entonces, hay montones. Hasta en Guatemala hay tipos como Cavallo.

—Pero a ese mismo plan Cavallo que usted relativiza lo vota la gente, Soriano.

—Ah… que se joroben. Me parece un fenómeno digno de estudio que lo voten los pobres. Yo reclamo porque no lo voto, ni lo voté ni lo votaré jamás. Pero los que sí lo hacen… ¡bien merecido lo tienen! Es duro, pero la democracia trae sus costos. Si vos votás a Bussi, después no te podés quejar de que empiece por tirar abajo el monumento de la paz y mañana entre sin permiso a tu casa. No nos hagamos los tontos.

Entre los comentarios del libro que aparecieron, en general favorables, resalta el que escribió Tomás Eloy Martínez: le parecía que esta era la mejor novela de Soriano. Y también que era una suerte de autobiografía encubierta, una larga reflexión sobre lo que había leído y escrito. “El texto está lleno de guiños sobre el autor mismo, pero también sembrado de revelaciones sobre las supersticiones y delirios que son inseparables de toda escritura. Aunque esté disimulado detrás de otras búsquedas —la del padre, la de un disco de computadora perdido—, el eje del relato es el trabajo de composición de una novela, con todas las idas y vueltas del proceso: desde el editor que ya ha pagado el anticipo y quiere ver ahora mismo las páginas prometidas para el mes pasado, hasta los desánimos del narrador que corre a ciegas hacia el final de su historia, sin advertir que ese final podría estar en cualquier parte”. Su mirada sobre la novela es lúcida y denota, a la vez, una lectura destilada de la obra que a lo largo de veinticinco años edificó aquel jovencito que se había aparecido en la redacción de *Primera Plana* a fines de los 60. “Todo lo que en el relato empieza como drama termina de una manera torpe, caricatural (como sucede siempre en las novelas de Soriano), pero a la vez se abre hacia otros horizontes. ‘No nos queda otra posibilidad que afrontar lo que somos —escribe el narrador en el último capítulo—, el relato que llevamos para siempre’. La vida es algo que los hombres pierden a cada paso; el relato es algo que, con cada paso, ganan”.

Con el agregado de algunos párrafos adicionales, este comentario publicado en *Página* será el que funcionará como prólogo de la reedición de Seix Barral nueve años después. TEM contó que cada vez que encaró el libro lo leyó de un tirón. “Y cada vez que llegué al final sentí que Soriano había dado lo mejor de sí, su ternura, su melancólico humor, las tensiones de un lenguaje siempre transparente, y sentí idéntica curiosidad por saber cuál iba a ser su próximo paso, cómo se iban a tensar ahora las cuerdas de su arco. En la Argentina, donde abundan las buenas novelas pero escasean los grandes narradores, *La hora sin sombra* pareciera marcar el punto de culminación en la obra de uno de esos raros maestros, pero a la vez

tiene la juventud, el envión y la riqueza de un nuevo comienzo".

Además de Colombia, la novela se distribuyó en Chile y en Uruguay. En España apareció publicada en 1996 por Mondadori. Hacia fin de ese año fue editada por Einaudi, aunque recién empezaría a circular en enero del año siguiente, y sería reeditada en 2001. Por la editorial Livros do Brasil también fue publicada en portugués. En Francia apareció a comienzos de 1998, editada por Grasset.

En diciembre de 1995 le escribió Bioy Casares. "Querido Osvaldo Soriano: usted me ha llevado, con mano segura y delicada, a lo largo de situaciones y aventuras extrañas, divertidísimas, hasta la última línea de la última página de su espléndida novela. El personaje del padre me parece muy grato, muy logrado. Hoy, cuando emprenda otras lecturas, echaré de menos el magistral ritmo de *La hora sin sombra*". Una madrugada llamó a Chiatti, exultante, para contarle de la carta. "Le dije que la pusiera en la contratapa, incluso así, con la letra temblorosa de Bioy —me contó Chiatti—. Y él me dijo: 'No, no, no me da para hacer eso'". La carta trascendió después de que Soriano muriera.

Le había puesto otro título al libro, pero cuando fue a registrarlo se encontró con que otro escritor ya lo había hecho. "Él tenía las obras completas de Borges en Mar del Plata —dijo Chiatti—. Abrió el libro al azar y a ciegas puso el dedo en una página: *la hora sin sombra*, decía en medio de una frase. Borges se refería al mediodía. Vio que no tiene nada que ver el título con lo que pasa en el libro: fue puro azar. Pero es un lindo título, por otra parte".

Borges usa la frase al menos en un par de textos. Uno de ellos está en *El Aleph* y se llama "La escritura del dios": su narrador es un prisionero que se sabe condenado a morir allí, en una celda oscura, profunda, de piedra. "En la hora sin sombra se abre una trampa en lo alto, y un carcelero que han ido borrando los años maniobra una roldana de hierro, y nos baja en la punta de un cordel, cántaros con

agua y trozos de carne. La luz entra en la bóveda; en ese instante puedo ver al jaguar". El jaguar está del otro lado del muro que divide la celda en dos, y puede verlo a través de una raja con barrotes que está al ras del piso. "Yo, que alguna vez era joven y podía caminar por esta prisión, no hago otra cosa que aguardar, en la postura de mi muerte, el fin que me destinan los dioses". Quien narra es Tzinacán, el mago de la pirámide de Qaholom; Pedro de Alvarado es quien lo encarceló. "Urgido por la fatalidad de hacer algo, de poblar de algún modo el tiempo, quise recordar, en mi sombra, todo lo que sabía. Noches enteras malgasté en recordar el orden y el número de unas sierpes de piedra o la forma de un árbol medicinal. Así fui revelando los años, así fui entrando en posesión de lo que ya era mío. Una noche sentí que me acercaba a un recuerdo preciso; antes de ver el mar, el viajero siente una agitación en la sangre. Horas después empecé a avistar el recuerdo: era una de las tradiciones del dios. Este, previendo que en el fin de los tiempos ocurrirían muchas desventuras y ruinas, escribió el primer día de la Creación una sentencia mágica, apta para conjurar esos males. La escribió de manera que llegara a las más apartadas generaciones y que no la tocara el azar. Nadie sabe en qué punto la escribió, ni con qué caracteres; pero nos consta que perdura, secreta, y que la leerá un elegido. Consideré que estábamos, como siempre, en el fin de los tiempos y que mi destino de último sacerdote del dios me daría acceso al privilegio de intuir esa escritura".

El condenado intenta descifrar ese mensaje de conjuro; en esa búsqueda, con él Borges despliega un universo poético de posibilidades para ese texto salvador. En algún momento el narrador recuerda que el jaguar era uno de los atributos del dios; en otro imagina que quizás en los dibujos de la piel del animal dios imprimió aquella sentencia mágica, una salvación. El prisionero se propone entonces *aprender* el orden y la configuración de las manchas del animal del otro lado del muro. "Cada ciega jornada me concedía un instante de luz, y así pude fijar en la mente las negras formas que tachaban el pelaje amarillo", anotó Borges. Cuando descifre lo que busca será tarde, porque ya ni recuerda quién es. "La escritura del dios" remata así: "Que muera conmigo el misterio que está escrito en

los tigres. Quien ha entrevisto el universo, quien ha entrevisto los ardientes designios del universo, no puede pensar en un hombre, en sus triviales dichas o desventuras, aunque ese hombre sea él. Ese hombre ha sido él, y ahora no le importa. Qué le importa la suerte de aquel otro, qué le importa la nación de aquel otro, si él, ahora, es nadie. Por eso no pronuncio la fórmula, por eso dejo que me olviden los días, acostado en la oscuridad".

19

Cuando todavía creía que lo mejor estaba por llegar

—Lo llamo para desearle feliz Año Nuevo, estimado, que los duendes lo acompañen y que el país salga adelante. Parece que el mundo recupera la confianza en ustedes, me lo dijo un banquero suizo.
—No sabe cuánto me alivia escucharlo. Acá no tenemos mucha fe, pero escucharlo de boca de un extranjero siempre hace bien.
—No soy tan extranjero. Mi mujer vive en París igual que si estuviera en Rosario, pendiente del lío que hubo en las elecciones de la provincia, angustiada por la suerte de Rosario Central, pasando los videos de Olmedo. Ahora se está devorando *La mesa de los galanes*, de Fontanarrosa.
—Notable narrador el Negro. Tiene cuentos sutiles y desopilantes.

En la primera Llamada Internacional de 1996 con el editor del "Créase o no" el diálogo abarca los tironeos políticos, la desocupación descomunal en convivencia con una encuesta que indicaba que el ochenta y pico por ciento de los argentinos decían ser felices, la búsqueda del cuerpo del Che Guevara en Bolivia, el relato de Maradona sobre su adicción a las drogas, la muestra sobre el escenario de "el dedal y los colgantes" de Charly García en un recital ("y la gente aplaudía, ¡no sabe cómo los balanceaba!"), el misterio sobre la nacionalidad de Gardel.

Hizo un viaje a Rosario para hablar de *La hora sin sombra* y también para grabar junto a Fontanarrosa una charla futbolera para el ciclo "Tercer ojo": fue la última vez que se encontraron y Soriano no alcanzaría a ver el programa, que se estrenaría al año siguiente. Relatores, figuritas, primeros partidos, pesadillas, las camisetas invadidas por la publicidad, los ídolos, el gusto por los partidos y el disgusto por la escuela: la grabación fue en un barcito sencillo.

Soriano contó que por jugar en el equipo del colegio zafaba algunas materias y se largó con su historia de centrodelantero.

Yo jugaba en Cipolletti, 16, 17 años. Y entonces mi viejo se cambia a Tandil; hijo único, ¿qué hago? ¿Me separo de mis viejos, me quedo acá? Yo estaba de tránsito en Cipolletti, rumbo a San Lorenzo de Almagro. No pensaba en Boca, pensaba en San Lorenzo. No era bueno para nada, en el sentido de habilidad, pero era un 9 con la suerte del 9, los rebotes me caían: uno va a buscarla a un lugar medio absurdo, pifia alguno, pega en otro y cae ahí… Y me acuerdo de que me presento en un club de Tandil, Independiente, sin conocer a nadie. A ver si me tomaban una prueba. Ahhh, el desdén: yo era 9-9, y el que estaba me miraba feo… todavía no había empezado el campeonato. Recuerdo lo de la suerte porque empieza el partido, un amistoso contra un cuadro que no conocía, al venir de afuera ni sé cómo se llamaba. Saqué del medio; en ese tiempo siempre sacaba el 9, impensable que sacara el 8. Un wing me mete una pelota larga, cortada, y yo supe enseguida que la agarraba, que era mía, me acuerdo de eso; esas son imágenes que uno tiene siempre, el arquero achicando… Yo soy zurdo contrariado; zurdazo cruzado, palo, adentro. Se me había abierto un mundo en Tandil: un gol en un minuto. Después no agarré una pelota más, un desastre…

Desde las vacaciones en Mar del Plata envió al diario “Un porvenir sin sueños ni despertares”, un artículo para un suplemento especial que pretende esbozar “la Argentina del 2000”, en la que vislumbra a Menem perpetuándose en el gobierno. Empieza con unos versos del “Cambalache” de Enrique Santos Discépolo, a quien define como un tipo a contramano, y larga: “Con una dosis de pesimismo en este país cualquiera adivina el futuro. Hay una contundencia de lo negro que viene desde el fondo de la historia y atraviesa el tango y el rock, la literatura y la política”. A nivel global relojea el peso creciente que van teniendo Bill Gates y Nicholas Negroponte y los pone en diálogo con Kubrick, *2001 Odisea del espacio* y Hal 9000, la computadora dotada de inteligencia, voz y sentimientos que controla una nave norteamericana que viaja en misión decisiva, “hasta que de pronto

entra en conflicto con la tripulación y todo empieza a andar mal. Por fin, en un tramo inolvidable de dolor y suspenso, el capitán consigue desconectar ese cerebro perverso que contiene el saber de la humanidad entera. Asistimos a su agonía con la incómoda sensación de que a su muerte volveremos a estar solos en un espacio infinito: solos frente a nosotros mismos. De esa manera comienza el próximo siglo. Hemos llegado tan lejos que estamos en el mismo lugar que al principio, de cara a los enigmas eternos".

Otras dos muertes lo sacudieron en enero, como había pasado el año anterior. "Recuerdo aquel día de 1981 en que Mitterrand ganó las elecciones y yo vivía en París, pobre e indocumentado. La gente de izquierda corría a reunirse en las plazas a cantar, soñar y reír. A las ocho de la noche la televisión había anunciado que la alianza entre socialistas, radicales de izquierda y comunistas había llevado al gobierno a François Mitterrand. Todavía veo la cara demudada del presentador, un propagandista de la peor derecha, que fue destituido de inmediato. Parecía un milagro". Le elogia la seguridad social, las obras, la reducción de horarios de trabajo, la ampliación de derechos, que de golpe los extranjeros dejaran de ser extranjeros, arrastrados por la última corriente internacionalista del siglo. Esa euforia duró un par de años y luego fue enfriándose, moderándose con Parlamentos menos favorables, cebándose en consumos: algo de eso empezaba a percibir cuando con Catherine se vinieron a vivir a Buenos Aires. Pero al evocarlo en esa hora, anota, lo envuelve la nostalgia de un tiempo lleno de ilusiones. "Fue el único período de mi vida en que vivía bajo un sistema democrático y socialista, y aunque era forastero lo sentí como mío, intensamente. El fervor duró poco pero estuvo ahí, en las calles, oficinas y fábricas, pude tocarlo y sudarlo con la gente que quería un mundo mejor". Aunque muchos franceses tuvieran cosas que reprocharle a Mitterrand, Soriano prefería convocar aquellos días de banderas rojas, y también su lucha junto a los exiliados argentinos para combatir a la dictadura.

El 11 de enero murió Tato Bores. Explicar al humorista que durante décadas ironizó sobre generales, caudillos, politiqueros y ministros fugaces, anotó, sería tan arriesgado como tratar de interpretar en

pocas líneas la segunda mitad del siglo argentino. “Podía ser tierno a veces pero sus supuestas llamadas al mandamás de turno eran temibles. Todos los dictadores, de Onganía a Videla, dijeron respetarlo y al rato nomás lo prohibían”. El humor como la más hiriente de las armas, planteaba. “Un tipo imprescindible del que esta sociedad se daba el triste lujo de prescindir cada vez que las cosas andaban mal. Ahora que ha muerto todos los necios nos parecerán más solemnes y la estupidez de los poderosos y aspirantes quedará impune”.

En los primeros meses del año publicó cada quince días una Llamada Internacional, con el editor bastante indiferente a los vaivenes políticos de la oposición progresista y buscando temas de impacto, notas del estilo “El Che y Menem, ética y estética de los argentinos” (que relacionaría la revolución socialista del primero con la “revolución productiva” del segundo), o los vaivenes con Madonna durante la filmación en Buenos Aires de la *Evita* versión Alan Parker, si el gobierno le prestaba o no la Casa Rosada para el rodaje. La llamada del 17 de marzo, con el enfrentamiento entre Cavallo y el empresario postal Alfredo Yabrán ya en crescendo, se centra en uno de los anuncios más delirados de Menem durante su presidencia, el de los viajes en cohete a Japón en una hora y media, desde una plataforma quizá cordobesa.

—Oiga, lo llamo para que me explique ese asunto de los viajes a la estratósfera que inauguró el Presidente en Córdoba. Hace unos días lo consagramos Hombre del Año en el “Créase o no”, lo pusimos en tapa y ahora necesito ir explicando a los lectores por qué lo hicimos. ¿Usted ya viajó a Japón?
—No, si todavía no se inauguró.
—Nunca imaginé que la Argentina tuviera un desarrollo así, tan notable. ¿Cómo es?
—El qué.
—El aparato. El nombre del proyecto es Tartagal, ¿no?
—Qué sé yo. Lo anunció ahí, a los pibes del colegio.
—Muy bien hecho, los chicos son los científicos del futuro. ¿Es un avión nuclear, un plato volador… qué?
—Debe ser un piróscafo de Yabrán para tirar a Cavallo al espacio y que caiga en

Japón.

—¿Quién es Yabrán?

—Un amigo de Menem. Cavallo dice que maneja una mafia y que quiere asesinarlo.

—¡Cómo va a estar en la mafia si es amigo de Menem! ¡Sea razonable, hombre!

—No se imagina el reto que le pegó el Presidente esta semana… le dijo de todo, se lo quiere sacar de encima, pero no hay caso, no renuncia ni a palos. Ahora con el piróscafo usted pone al tipo ahí, lo dispara desde Córdoba y en un rato está en la atmósfera; después se sitúa en la estratósfera y al cabo de una vuelta por el espacio sideral aterriza en Japón.

—¿Es necesario?

—Bueno, se acortan mucho los viajes…

—Digo si es necesario hacerles eso a los japoneses. Mire que nunca se sabe cómo pueden reaccionar.

Para mayo participaba en la Feria del Libro y lo entrevistaban de varios medios chilenos, porque del otro lado de la cordillera acababa de publicarse *La hora sin sombra*. *Yo, que detesto la vida social, los reportajes con fotógrafos, las presentaciones de libros y la televisión, la vivo de una manera contradictoria: es la única ventana por la que puedo asomarme a mis lectores y el lugar en el que temo encontrarme con lo peor de esta época argentina, que es la frivolidad.*

—¿Cómo calificaría este momento de su carrera?

—Me atrevo a arriesgar que los escritores que no piensan en la literatura hacen carrera, los otros trabajan para hacer una obra, buena o mala, eso lo deciden los lectores y los críticos. Yo estoy conforme con lo que la vida me ha dado. Mis libros están traducidos a diecisiete idiomas y puedo vivir de los derechos de autor, elegir adónde quiero viajar y tener tiempo para mi hijo y mis gatos. Es más de lo que cualquier escritor podría esperar a los 53 años.

—¿Soriano escritor trabaja como el narrador de la novela? ¿Necesita experiencias de carretera para escribir una novela sobre el tema?

—Como les ocurre a todos los escritores, somos eso que escribimos y a la vez grandes fabuladores. No, yo no trabajo así, pero ando mucho por rutas solitarias, conduciendo al azar, y he ido conociendo personajes que pasan fugazmente por mi vida. No ocurrió, lamentablemente, que mi padre

pudiera huir del hospital; él murió allí, no tuvimos esa conversación la última vez que nos vimos, pero alcanzó a darme un beso en la mejilla un minuto antes de morir. Ese instante me marcó para siempre. Mi madre nunca fue modelo, sino un ama de casa española que me daba buenas palizas cada vez que me portaba mal. Escribí esta novela en un Powerbook Macintosh y me ayudaba saber que el personaje tenía uno igual. No entierro los diskettes, se los paso a mis amigos para que los cuiden. No he quemado bosques, pero mientras escribía un edificio frente al que yo estaba se quemó a las dos de la mañana y fui yo quien llamó a los bomberos en Francia. Mis personajes y ciertas situaciones que imagino suelen corporizarse después de las novelas y no antes. Así debe ser. Tarde o temprano vienen a pedirme explicaciones.

En otra entrevista le comentaban que con el rigor de asceta que se había impuesto para encerrarse a escribir *La hora sin sombra* era "candidato para la clínica de recuperación", y le preguntaban si le gustaba aparecer como un escritor sufrido.

—No, no. Al contarlo así aparece como tal, pero no. Tampoco es que escribir me llene de gozo y de alegría, como dicen algunos. Los escritores siempre mienten, yo mismo miento. Si escribimos con la mentira, ¿por qué vamos a decir la verdad hablando? Uno necesita construir una ficción paralela, hacer creer cosas que no son incluso en nuestras vidas. […] *Es muy placentero pensar en lo que voy a escribir mañana y que nunca escribiré. Solo se escribe con esfuerzo. Y yo ¡tengo! que crearme condiciones de obligación muy severas. Porque, por otro lado, soy muy cumplidor. Tengo esas dos facetas. Por eso me voy del lado de mi hijo Manuel, de mis amigos y del teléfono, que es mortífero. Me voy lejos. Desaparezco de un día para otro y al rato nadie se acuerda de mí… Me gusta sentir que no me queda más remedio. Me da fortaleza para evitar tentaciones, pero eso no significa sufrir.*

El 17 de mayo volvió a París, pero antes dejó en la editorial la primera versión de *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, cuyo nombre provisorio era *Historias con dinosaurios*: cuarenta y cuatro artículos publicados previamente en *Página*. Antes de irse dejó lista también una

contratapa fabulosa, “Rutas”, que apareció publicada el 26 de mayo, noveno cumpleaños del diario: es un diálogo con un policía de la Bonaerense que levanta a la vuelta de una curva que tomó a ciento cuarenta por hora.

“‘Exceso de velocidad’, me dice el vigilante tocándose la gorra. ‘¿Mucho?’. ‘Depende. ¿Haría la gauchada de llevar a un oficial hasta La Morada?’”. La negociación con las multas, la conveniencia o no de usar el cinturón de seguridad, los tiros que se escapan, el gatillo fácil. “¿Y usted de qué se ocupa?”, pregunta el agente, y él no se anima a decirle que en *Página/12*.

—Deportes —le digo—. Hago deportes en *Ámbito Financiero*.
No sé por qué me ha salido eso, qué oscuro laberinto de cobardía me conduce a buscar refugio en un diario que presumo amigo del orden y la policía.
—Periodista deportivo… —me mira de nuevo—. Hay un diario jodido… ¿Cómo se llama?
—Cuál.
—Un diario quilombero, que está contra la policía. ¿Cómo era?
—*Clarín*, *La Nación*…
—No, no… Contra nosotros.
Sacudo el acelerador. Mira el velocímetro y se repantiga en el asiento.
—No lo ubico —le digo.
—Finito así, gritón, ya me voy a acordar… —y de pronto—: ¿Usted qué piensa de la Policía de la Provincia de Buenos Aires?

Lo habían invitado a participar entre el 25 y el 27 de mayo en el Festival Viajeros Asombrosos de Saint-Malo, donde coincidió con Bioy Casares, Sasturain, Luis Sepúlveda, Enrique Medina, Rolo Diez, Paco Ignacio Taibo II, Alicia Dujovne Ortiz. En las mesas que le asignaron habló sobre literatura latinoamericana y los caminos del exilio. El periodista y escritor Bruno Arpaia lo semblanteó en esos días: “Hacía varios años que no nos encontrábamos, pero lo vi amable, afectuoso y tímido como siempre. Por la noche, en los cafés, no se sustraía a ningún tema de conversación, se interesaba en todo y de toda cosa que valía la pena de ser contada. Y sin embargo, cuando intervenía en algún discurso, lo hacía cuidando de no ser inoportuno y de no atraer demasiado la atención. Era uno de los pocos escritores no afectado por

el narcisismo". Paco Taibo conoció ahí a Soriano y lo elogió hasta hacerlo ruborizar: lo consideraba un maestro. A pocos meses de aquello lo evocaría así: "Osvaldo ya había comenzado a navegar en su ropa como un bote en medio del mar. Cansado, delgado, con los ojos enrojecidos y un enorme cigarro siempre entre sus labios, parecía uno de sus personajes destartalados y descuidados de la vida, uno de esos antihéroes tiernos y absurdos en los que la tragedia nace sin dárselo a entender, con reticencia y modestia". Sepúlveda también recordó una caminata junto al mar y un diálogo en el que se decían que se les habían empezado a notar los años, bromas en torno a practicar algún deporte, y una observación de Soriano:

—¿Viste cómo he bajado de peso?

"Hicimos juntos ese viaje desde París a Saint-Malo, en mi auto —recuerda Febbro—. Es el lugar donde Francia va a legitimar la literatura popular; acá también había un complejo con eso, con Alejandro Dumas: hoy está en el panteón, pero en esa época todavía no. A Michel Le Bris, un biógrafo de Stevenson, se le ocurrió reunir en esa ciudad, frente al mar, a los narradores y viajeros. A Osvaldo le fascinaba este lugar de mareas altas y bajas, en Bretaña, donde está la tumba de Chateaubriand. También habíamos planeado ir a dejar una flor en la tumba de Graham Greene, en Ginebra, pero ese viaje quedó pendiente".

Soriano había escrito unas treinta páginas de lo que proyectaba como una nueva novela, un texto que le envió a Febbro por fax y empezaba así: "Vine a esta isla a buscar un tesoro". "Hablamos sobre ese texto, que a mí me había gustado mucho, pero él tenía montones de dudas, no sabía si iba a ser de piratas o de qué. Casi al mismo tiempo en que arrancaba con la novela lo llamaron desde Italia para avisarle que le habían dado el Premio Scanno, y él en vez de alegrarse se abrumó". La recompensa al ganador era fabulosa: tres kilos de oro, en lingotes.

Scanno es un pequeño municipio de la provincia de L'Aquila, a unos 150 kilómetros al este de Roma, y entre los premiados de ediciones

anteriores estaban Anthony Burgess, Saul Bellow, Vargas Llosa, Updike, Tabucchi, Kazuo Ishiguro; luego sería otorgado a José Saramago, David Grossman, Handke. A Soriano lo premiaron por *Pensare con i piedi*, el título con el que en Italia apareció publicado *Cuentos de los años felices*, y entre los ternados como finalistas estaban Vázquez Montalbán y David Lodge.

Cuando me dieron el Scanno pasó algo muy gracioso. Este premio lo entrega una familia de nobles desde hace tiempo inmemorial. Y toda la ceremonia es una cosa ritual, pomposa y simpática al mismo tiempo, como son los tanos. Yo llegué al castillo y me recibió este señor feudal, que estaba mamado de la mañana a la noche, pero sin perder la línea en ningún momento. A cada rato me decía: "Professore, ¿le molesta?", y se zampaba otro vaso de whisky. La cuestión es que todo el pueblo se reúne para la ceremonia, que transmite la RAI. Porque es un premio que se entrega a las distintas disciplinas, y lo curioso es que los tres kilos de oro van para el escritor; los demás reciben una medalla, sean científicos del carajo, modelos despampanantes, actores, diseñadores de moda… Y cuando estaba todo listo, la conexión para transmitir por satélite, todo, el presentador (un tipo de lo más serio, que se había leído todos mis libros para la ocasión) dice: "Ahora esperamos la señal, hacemos el acto rapidito y nos vamos todos a ver el partido". Porque esa noche jugaba el seleccionado italiano por las eliminatorias.

Desde París envía al diario "Café de Flore", una nota que es casi un cuento: se centra en un par de noches y en una vieja dama elegante que manguea a los clientes y turistas de países varios que andan por ahí. Una faena perseverante, la de la mujer: cigarrillos, copas, dinero; usa la vía pacífica y también el escándalo. Soriano comparte la primera cena con Febbro y en la segunda están también los escritores Santiago Gamboa y José Manuel Fajardo. Es una noche feliz y hay que traerla a esta página: "Como en la canción de Calamaro, brindamos por victorias, empates y derrotas. Empezamos por las victorias, pero a cierta altura de la noche nos conformamos con los empates. Eduardo cuenta una linda historia: es tan difícil ver gente riéndose por nada, por reír, que una vez, ganados por un desopilante relato menemista, tres argentinos se desternillaron de risa toda la noche. Sonoros pero

sin alharaca. Al fin, muerto de envidia, o ganado por la admiración, un alemán se puso de pie, empezó a aplaudirlos y los invitó a brindar con una botella de Dom Pérignon. Nos reímos también de eso y de los fantasmas librescos que corren por el barrio Montparnasse. […] Entonados, dichosos por un rato, brindamos por cualquier cosa que se nos viene a la cabeza".

Están en la Closerie des Lilas y al rato van a descubrir a la dama del Flore: "Parece una princesa, fuma en boquilla, ha comido ostras, ha bebido, se tiene confianza". Esperan la trifulca con el mozo, que inevitablemente llegará. Hay que contar esto, se dicen los cuatro, y sortean con terrones de azúcar que hacen de dados. "Ruedan los terrones y el número más bajo me cae a mí. Brindamos de nuevo y salimos a caminar. Orillamos el Sena y remontamos la Rue de Rivoli hasta la Concorde. Ya lo decía el viejo Hemingway: París es una ciudad de fiesta. Para que sea perfecta solo hay que conocer un truco: el de irse sin pagar".

En uno de los últimos días de la estadía, Febbro lo acompañó al médico, porque no paraba de toser. Le dieron un jarabe y le recomendaron que hiciera otra consulta al llegar a Buenos Aires. Salió desde París el 20 de junio. Cuenta Febbro: "Yo lo llevé al aeropuerto, pero pasó algo. Esas cosas que se concentran en un instante y no sabés por qué. Nos despedimos, se fue a hacer la cola para la aduana. Y entonces volvió, me abrazó otra vez y me dijo: 'Gracias por todo, y perdoname'. 'Yo no te tengo que perdonar por nada', le dije".

"Nos seguíamos escribiendo, como siempre. Cuando no había internet nos mandábamos faxes, a diario. Los temas eran en general la literatura y la informática. En algún momento mandó un correo electrónico en el que me decía que *El corazón de las tinieblas* era la novela humana más perfecta y que *Tifón* pertenecía al terreno de lo divino. La frase me pareció muy buena, pero me sorprendió la brevedad. Me di cuenta de que las cartas eran cada vez más cortas, y que no tenían el entusiasmo ni la pasión de siempre. Empecé a captar algo raro. Hasta que un día me dijo lo que estaba pasando".

“Cuando conocí a Osvaldo me dijo: ‘Yo me voy a morir joven. Y me voy a morir de cáncer de pulmón’”.

Catherine recuerda que se lo dijo en Bruselas, una vez, convencido. Y que no lo volvió a decir. “Dejó de fumar cuando tuvo un hijo y se dijo que quería verlo crecer. Pienso que fue por Manuel que dejó de fumar. Igual, quién sabe. Quién sabe si la enfermedad no hubiera sido igual de haber dejado antes”.

Hizo varios intentos por dejar. Cualquier fumador o ex fumador ha experimentado lo dificultoso que es sobreponerse a la adicción que genera el cigarrillo. A comienzos del 94 lo había conseguido. “Le costó mucho —cuenta Catherine—. Primero empezó a masticar chicles de nicotina, pero el dentista le dijo que tenía que parar, porque se iba a arruinar los dientes. Y entonces encontró en Francia unos cigarros muy baratos, que usaba para tener en la mano y llevárselos apagados a la boca”. Dal Masetto recordaba la etapa de los habanos: “Al principio tenía siempre un toscano, no podía estar sin algo, se desesperaba. Pero se le iban deshilachando, se desprendían las hebras, y los tenía que ir cortando. Y ahí descubrió en París estos cigarros que valían tres mangos, bastante berretas, pero eran duros, de tabaco grueso, y entonces los podía tener en la boca sin que se mojaran tan rápido. Cada vez que alguien iba a Francia le encargaba que le trajera unos paquetes; de hecho una vez me tocó ir, me prestó su departamento, y le traje. Tenía un placard lleno con esos cigarros. Quedarse sin esa droga, por llamarlo de alguna manera, realmente lo aterrorizaba”.

Cuando volvió de aquel viaje la tos subsistía. “En esos días hablábamos mucho por teléfono —me contó Dal Masetto—. Tenía problemas en el pecho, en los pulmones, como que respiraba mal, la voz la tenía mal… Se iba a la farmacia a buscar algún medicamento, que le dieran algo para calmarse. Tardó en ir al médico; esas cosas que tenemos, no sé si todos, pero…”. Catherine y Manuel estaban en Francia; no está claro en qué momento se cruzaron, si fue en París o en Buenos Aires. Finalmente fue a ver a un viejo doctor en La Boca: lo conocía desde los tiempos en el barrio, y le tenía confianza. En

principio observó una bronquitis y le encargó una radiografía.

Marta Degracia también recuerda conversaciones telefónicas, la agitación y la preocupación en su voz: “Tengo un resfrío que no se me va, no sé si será una alergia”, le dijo. Samoilovich también habló con él, desde Bruselas: “‘Estoy con una gripe’, me dijo. Era el cáncer. Él siempre sostenía que el cáncer se presenta con síntomas de la gripe. Medicina fantástica imaginaria, pero así fue. Capaz que de la experiencia con el padre”. “Estaba convencido de que le iba a pasar lo mismo que al padre —cuenta Sonia Freites—. Muchos hombres tienen esa fantasía, es algo común ese temor, así que con Pasquini no le dimos mucha bolilla en sí. Pero en su caso sucedió”.

Tras la consulta y radiografía inicial derivó en una neumonóloga, que profundizó estudios. La tos y el malestar subsistían. “Y así fue que se descubrió —dice Catherine—. Él me llamó por teléfono para contarme que había hecho esta otra consulta, pero todavía no tenía el diagnóstico. Cuando volví leí las observaciones sobre la radio y era bastante evidente. O bueno, había indicios fuertes, pero uno quiere agarrarse a que no sea. Tuvo que hacerse una biopsia y a los pocos días volvimos a buscar los resultados junto con Pasquini y ahí sí, ya nos dijeron que era cáncer. Pasquini estuvo muy presente, siempre, y de hecho creo que fue el que primero se enteró”. Pasquini situó la llegada del diagnóstico preciso una noche, al final de las vacaciones de invierno. “Lo que hasta entonces podía ser una bronquitis severa, o quizá la secuela de una neumonía anterior, se convirtió en la puerta de entrada a uno de esos laberintos que la vida propone como desafío terminal. La circunspecta voz de la medicina lo enunció en pocas palabras: tumor maligno alojado en un pulmón. Todo lo demás que se dijo aquella noche, incluso las estadísticas y antecedentes para el optimismo, resbalaron como agua mansa absorbida por el desconsuelo. Brotaron palabras conocidas pero lejanas, hasta entonces patrimonio de otros (quimioterapia, radiaciones, horizontes quirúrgicos), que se volvían propias pero se marchitaban apenas pronunciadas. Solo dos quedaban en pie, empecinadas: vida o muerte”.

Pasquini contó que las semanas que sobrevinieron al diagnóstico

fueron sombrías, de agobio, de ensimismamiento. Enseguida se sometió en la Clínica Suizo Argentina a la primera de las siete sesiones de quimioterapia, cuya intensidad implicaba permanecer internado un par de días. La enfermedad y el tratamiento se mantuvieron en reserva. "Él no quería que la gente se enterara —dice Catherine—. Muy pocas personas lo sabían: Dal Masetto, Tito Cossa, Olivera, el Negro Juárez… Y del diario, Tiffenberg y Hugo Soriani. No sé si alguien más". Durante esas internaciones los amigos lo acompañaban. El trajín de la primera coincidió con una etapa de definiciones sobre *Piratas, fantasmas y dinosaurios*. "Él no encontraba un título que lo dejara conforme, hubo muchas rondas con eso —sitúa el editor Fagnani—. Parte del asunto fue que estaba muy difícil superar el de la recopilación anterior, *Cuentos de los años felices*. Al final incidió su amor por Salgari". Dal Masetto me contó cómo se decidió la portada.

"Las tapas que le proponía la editorial no le gustaban, no lo convencían. 'Pero vos ¿qué clase de tapa querés?', le pregunté. 'Quiero una que sea del tipo del libro anterior', me dijo, y se refería a la de *los años felices*, que tiene ahí a un Tarzán de historieta, corriendo. Y me acordé de que cuando vine de Italia a los 12 años había traído mis libros de Salgari en un baúl, y que las tapas eran muy hermosas. Yo llegué en el 50 y esos libros quedaron en la casa de mi hermana, en el pueblo de Salto. Se lo comenté a él, que podía llamarla y preguntarle, y le interesó. Y enseguida llegó un comisionista con un paquete. Justo se los mostré a Osvaldo cuando estaba en la clínica, durante la primera internación: le gustaron mucho, y la que más le gustó fue a la tapa".

Sandokán viste de rojo, lleva un turbante en la cabeza y una pistola enfundada a la cintura, y a la vez que mira de frente tiene agarrado del cuello a un oficial inglés; por detrás aparece la cabeza de un tigre que muestra los colmillos. Con algún leve retoque, la ilustración de la portada de Salgari, *Sandokán contro il leopardo di Sarawak*, pasó a la de Soriano. Dal Masetto tenía en su cuarto de trabajo copias enmarcadas de las tapas de ambos libros.

"Cuando finalmente lo conocí en persona, a finales de 1996, me pareció un hombre tan entrañable como sus libros —cuenta Margarita

Valencia—. Ya estaba enfermo, y sin embargo conversamos largamente en su casa, adonde me llevó Fernando Fagnani. Habló de una araña que lo acompañaba mientras escribía. Habló de su padre, de lo mucho que a él lo había preocupado la idea de que su hijo no lograra vivir dignamente con su trabajo de escritor, y de cómo insistía en que se entrenara en algún oficio útil, como mecanógrafo o plomero. Subimos a su estudio y hablamos allí de hacer un libro sobre los horribles editores que siempre se aprovechan de los escritores: sabía muchas historias de esas".

"Lo vimos tranquilo, porque iba a la operación y suponía que ahí se arreglaba todo —recuerda Fagnani—. El estudio tenía un ventanal a la calle. Y nos cuenta que una noche, mientras estaba escribiendo, empieza a sentir ruidos y enseguida ve a un viejito que entra por la ventana. Y que el tipo cuando lo ve se paraliza y le dice: 'Uhhh, disculpemé, la verdad que no sabía que usted estaba…'. '¿Pero qué está haciendo?'. 'No… soy ladrón, me dedico a esto…'. '¿Usted no está un poco grande para seguir robando?'. 'Y, mi mujer me dice lo mismo, ¿vio?, pero bueno, uno al final está en el oficio…'. Y cuenta toda la charla que tienen, se ponen a conversar sobre cómo el tipo afanaba, cómo estaba en la cosa, que la calle estaba dura… Al final el tipo le dice: 'Bueno, me voy a ir, no le voy a robar a usted…'. 'Gracias', le dice Soriano. 'Venga, salga por la puerta…'. 'No, de ninguna manera', le dice el tipo. 'Yo soy un ladrón: entré por la ventana, salgo por la ventana'. Margarita y yo nos miramos y dijimos: '¡Esto es imposible!' —sigue Fagnani—. ¡Ni en un cuento de los años 30! Y él lo contó con absoluta naturalidad. El relato era inverosímil, aunque era muy perfecto. Tan redondito que terminás diciendo 'es verdad'. Cuando nos fuimos, con Margarita, dijimos: 'Bueno, ¿qué importa si es verdad o no? Lo contó tan bien, ¿a quién le interesa si es cierto o no, qué importancia tiene?'".

"A pesar de que era una quimio realmente fuerte, él siempre era divertido y mantenía el humor —recuerda Marta Degracia—. Y contaba todo lo que pasaba ahí con muchísima gracia, con cualquier

cosa armaba una historia. Era muy duro el tratamiento, pero pasó por todo aquello con mucha dignidad". Por las noches Soriano navegaba en la incipiente internet; Pasquini narró aquellas jornadas con emoción y agudeza. "Desde que recibió aquel diagnóstico, la palabra 'cáncer' era disparada desde su pantalla hacia las autopistas de la realidad virtual en busca de todas las respuestas para una sola pregunta: ¿cómo vencer? La respuesta más útil jamás apareció en la pantalla; tuvo que encontrarla él mismo y, en realidad, no fue una respuesta sino otra pregunta: ¿vencer para qué? La tuvo que repetir setenta veces siete, cada vez que los malestares derivados del tratamiento atormentaban su cuerpo, encima lacerado por una extrema sensibilidad al dolor físico. Si la pregunta la encontró en sí mismo, dictada tal vez por el propio instinto de supervivencia, la respuesta que calzaba pudo hallarla a su lado. Era el amor infatigable de su mujer y, más que nada, era Manuel. Ese hijo que fue convocado a su vida cuando ya se arrimaba a los cincuenta años de edad era el más fuerte llamado a la victoria en la pelea que nunca buscó. Preservarse para él era una decisión previa, muy anterior a cualquier diagnóstico". Pasquini contaba que además de dejar de fumar había empezado a acostarse y levantarse algo más temprano y a ejercitarse caminando, hasta llegar al final del 96 a los dos kilómetros diarios.

"A lo mejor estaba bastante preocupado, por supuesto, pero no estaba caído —me dijo Dal Masetto—. Yo lo veía normal. Siempre me pareció que estaba animado, con esperanza. Eso sí, no soportaba el dolor físico. En la clínica, durante las sesiones de quimioterapia, le pinchaban el dedo a cada rato con una jeringa, para sacarle un poquito de sangre, seguramente para ver la glucosa. Cuando él sabía, y a lo mejor ya hasta lo había probado, que hay unos aparatitos que tienen un disparador y una agujita muy finita que toma la muestra y no sentís nada. Entonces reclamó, empezó a imponer cosas, que tenían que renovarse: ¿cómo iban a pincharlo si podían hacer ese monitoreo con algo que no le doliera? 'Noooo, van a cambiar muchas cosas en esta clínica', me dijo". Se reía, Dal Masetto, al recordar la escena.

Hacia diciembre los médicos apreciaron que la quimioterapia había reducido el tumor y pautaron para el 20 de enero la operación

complementaria. “El Alien se achicó lo suficiente como para hacerla posible”, le escribió por correo electrónico a Verbitsky. “Era el paso obligado hacia la curación, el doloroso asalto final para tomar la colina y plantar bandera —escribió Pasquini—. Osvaldo creyó con todas las ganas en esa esperanza. Autorizado por los médicos, manejó el Renault hasta Mar del Plata y allí estuvo, hacia fin de año, una semana. Comenzó a pensar en su nuevo libro, regresó en avión para tener el auto en la costa cuando volviera en febrero, y poco antes de la operación brindamos por 1997 como el año de la salud, para él, para nosotros, para el país”. Catherine conserva una agenda azul, pequeña, de la que lee unas pocas anotaciones de esos primeros días del año: “La encontré hace poco. El lunes 6, que es el día del cumpleaños de Osvaldo, dice: ‘Sigo contándole a Manuel el cuento del capitán Ahab’… Porque él partía de ahí, desde el capitán, y después iba ampliando a otras cosas. Hubiera sido para grabarlo, eso, porque se lo contaba antes de dormir, y era… fabuloso. Acá, el 9, se hacía un análisis, un hematograma. El 13, turno con el cirujano y el cardiólogo. El 17 anotó: ‘Cumple Tiffenberg’. Y después, el 20, ‘Cirugía - Doctor Rosemberg’”.

Se internó en la Clínica Suizo Argentina. Dal Masetto estuvo un rato junto a él, en la previa a la operación. “Y Osvaldo recordó una ida al Paraguay desde Tandil. Lo habían mandado desde el diario en el que escribía a ver si podía entrevistar a un personaje, porque no sé qué había pasado. Y lo que recordó fue que la pieza del hotelucho en el que se alojaba estaba llena de grillos, unos grillos enormes que andaban por las paredes. Y entonces comentó que los grillos traían buena suerte y que si en ese momento, ahí, en la pieza de la clínica, aparecía un grillo, él sabría que todo iba a ir bien. Comentó exactamente eso”. Y repitió, Dal Masetto, como si ahora el que lo dijera fuera Soriano:

—Si en este momento apareciera un grillo, acá, en estas paredes, yo sabría que todo va a ir bien.

En el quirófano le quitaron un lóbulo del pulmón izquierdo. “La operación salió bien y lo pasaron a una sala de terapia intensiva, como corresponde a una intervención de este tipo —cuenta Catherine—. Él

estaba muy angustiado y muy cansado; como tenía la costumbre de dormir de día, no podía dormir, y estaba realmente agotado. La morfina lo había puesto en un estado medio raro y contaba cosas extrañas, pero no se lo veía dolorido. Desde ahí lo pasaron a piso normal, a internación".

Tito Cossa fue a visitarlo el miércoles 22 al mediodía: en la habitación 412 lo encontró recostado, leyendo el *Página*. "Fuimos con León Rozitchner —recordó—. Conversamos de todo un poco, también de cómo estaba y del proceso posoperatorio. Hablaba de su enfermedad con fastidio, como si fuera una mala jugada del destino". Cossa recuerda, además, que bromeó sobre su salud. "Dejate de joder, Gordo, vos tenés que vivir para hacerme la necrológica el día que yo me muera". "Ya la tengo pensada", le respondió Soriano.

Dal Masetto volvió a visitarlo algo más tarde, tras la operación, y lo vio entubado, un tanto confundido, bajo los efectos de las drogas para el dolor.

Los dos amigos se fueron de la clínica pensando que volverían a verlo al día siguiente, pero ya no fue posible. "Hizo una complicación, los médicos no supieron bien qué pasó, porque de repente se empezó a descompensar, a tener dificultad para respirar, volvió a terapia intensiva con intubación, lo durmieron, le subió mucho la temperatura —rememora Catherine—. Todos los análisis de bacteriología dieron negativo, así que no sabían por qué había pasado eso. Y a partir de que entró otra vez a terapia ya no se podía hablar, porque estaba sedado y con máquina para respirar".

Cossa contó que sobrevinieron unos días de vigilia compartida en la clínica entre los pocos que sabían de la encrucijada. "Hicimos lo que hace cualquiera, aferrarnos a las pequeñas señales, creer en los médicos como solo creen en la ciencia los que creen en Dios, y hablar tonterías todo el tiempo. Intentamos rodear a Catherine, como pudimos. Personalmente me hubiera gustado hablar muy bien el francés. Sentí que necesitaba confesar su dolor en su propio idioma. Pero todo se iba desbarrancando. El domingo 26 a la tardecita fui un testigo a diez metros del momento en que Catherine recibía el parte del día. Por la cara del médico me pareció que todo se terminaba.

Intuición de teatrero. Le dije al Negro Juárez que si en el escenario un actor tuviera que dar una mala noticia lo haría con esa cara".

Para el día siguiente la noticia había trascendido. La agencia Télam consignó que los familiares habían solicitado no ser molestados, que la clínica no difundía partes médicos y que "allegados" habían reconocido que su estado era grave.

"El 29 a la tarde Osvaldo hizo un paro. Quisieron recuperarlo y no… no lo lograron", dice Catherine.

El acta de defunción indica que fue a las 18.10 a consecuencia de un "paro cardiorrespiratorio no traumático".

"A las seis y media, en medio del estrépito habitual de la redacción de este diario, alguien entró con una expresión tal que no hizo falta que dijera nada —escribió Forn en *Página*, al día siguiente—. En los últimos días se habían recibido infinidad de llamados preguntando qué pasaba con Soriano, cuán grave estaba, qué chance tenía. No hablar del tema había sido, hasta entonces, una especie de conjuro para ahuyentar a la Parca. Hora por hora, día por día, parecía funcionar, hasta entonces. Por eso, el silencio súbito y absoluto que se hizo en toda la redacción en el momento en que cada uno alzó la mirada y vio la expresión de esa persona fue estremecedor. No hace falta ser periodista para saber que es casi imposible silenciar a una redacción entera. No hay manera de describir ese silencio horroroso, salvo decir lo obvio: que todos los que estábamos ahí sentimos al mismo tiempo que nos habíamos quedado sin Soriano, literalmente".

Desde las siete de la mañana del 30 de enero Soriano fue velado en una sede de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, Alsina 779. De continuo llegaban personas a despedirlo. Entre otros estuvieron allí Verbitsky, Piglia, Van der Kooy, Oscar Cardoso, Cristina Mucci, Alicia Steimberg, Pino Solanas, Jesús Rodríguez, Pacho O'Donnell y María Sáenz Quesada (secretarios de Cultura de Nación y Ciudad, respectivamente), Graciela Dufau, Víctor Laplace. Rodolfo Terragno le dejó un banderín de San Lorenzo. Hebe de Bonafini le trajo jazmines de su jardín. Charly García apareció casi al final y le agradeció una nota muy elogiosa que Soriano había escrito unos días atrás: "No soy su amigo, pero leí un artículo muy lindo que escribió

sobre mí estando tan enfermo y me emocionó", dijo. Desde el mediodía hubo multitud en la puerta: muchos lectores querían mucho a Soriano. A las cuatro de la tarde la caravana inició el camino hacia el cementerio de la Chacarita y se detuvo en la avenida Belgrano, ante la redacción de *Página*: los compañeros lo saludaron con una lluvia de flores y un aplauso muy largo. Era un día de sol tremendo.

El cortejo entró al cementerio por la avenida Jorge Newbery. Unas ochenta o cien personas escuchamos la despedida de Pasquini Durán en las sombras de resguardo de un salón abierto. "Venimos a honrar a un socialista sin partido, a un hombre de izquierda. Soriano estaba orgulloso de ser izquierdista, y con su vida y su obra enalteció a la izquierda. Venimos a recoger los sueños de un soñador de espíritu noble, un hombre que pensó siempre en la injusticia como un crimen de lesa humanidad y que pensó que cada hombre y mujer de esta Tierra deberían tener la oportunidad de vivir en dignidad y de alcanzar la mayor felicidad posible. Venimos a rescatar a un patriota que estudió en las raíces de la historia nacional los sentidos de nuestra grandeza y nuestra miseria, de un patriota que pudo adivinar en la mirada de hombres y mujeres de todo el mundo un igual sentido de patria. Por sus ideas tuvo que exiliarse, pero esas mismas ideas lo trajeron de vuelta para siempre en su patria y en su suelo, entre nosotros. Venimos a despedir a un hombre honrado y en esta época el calificativo es casi revolucionario: Soriano era un hombre honrado". Allí estaban, entre otros, Dal Masetto, Bayer, Olivera, Cossa, Forn, Fresán, Juárez. Eduardo Galeano viajó desde Montevideo. También estaba Lidia Lafón. Desde París viajó Christine, la hermana de Catherine. "Sería incapaz de despedir al contador de historias, porque estoy seguro de que volverá a contarlas a cada generación", dijo Pasquini, emocionado. "Hasta siempre, Osvaldo", dijeron muchos de los que estaban ahí.

Sección 7E, tablón 19, sepultura 1. Algunos compañeros de escuela acompañaron a Manuel, que llevaba puesta una camiseta de San Lorenzo. "Él eligió ponérsela, yo no le dije nada —recuerda Catherine —. Fue impresionante eso. Porque a él no le interesaba el fútbol: se la puso por su padre". Manuel llevaba también una pala chiquita, de

jardín, con la que echó la primera tierra.

La noticia de la muerte de Soriano apareció en las portadas de todos los diarios argentinos y en las de varios diarios italianos, como *L'Unità, La Repubblica, La Stampa* e *Il Manifesto*. También repercutió en los principales periódicos de Francia, España, Chile, Uruguay, Brasil, México y Colombia. Muchísimos escritores y periodistas contaron sobre él en decenas de artículos, entrevistas, semblanzas.

ERNESTO TIFFENBERG: Este es el primer diario que hacemos solos. Sin Soriano. Para la mayoría de los que trabajamos en *Página/12* hace poco más de diez años Osvaldo era uno, dos o cuatro libros leídos de un tirón. Ese periodista mítico que algún día íbamos a conocer. O ese protagonista de anécdotas siempre ajenas y envidiadas. Pero hace diez años se sentó a la mesa para compartir esos desaforados días en que parecía que trabajábamos en un diario que iba a desaparecer un mes después y lo escuchábamos contar historias como nadie las había contado. Y reíamos hasta llorar todas las noches, porque, como todo el mundo sabe, era la noche el territorio de Soriano.

JUAN GELMAN: No puedo. Se amontonan veinticinco años de amistad en la garganta. Voy a tardar mucho tiempo en decirle adiós. Si es que alcanzo a decírselo. Voy a creer que alguno que pasa es él porque camina como él. El dolor finge distracciones para golpear de nuevo con la pérdida. Él conoció esa historia, muchos fantasmas pisaron las calles de su exilio. Viven extrañamente en su escritura. Afrontó lo que era, un narrador nato que practicaba la difícil sencillez. Ahora verá del otro lado la hora sin sombra que le mostraba el padre. Ya no habrá de molestarle el día. Por fin tiene toda la noche para seguir escribiéndonos.

JACOBO TIMERMAN: Él entendía bien a esta nación que resulta absurda desde tantos puntos de vista, porque Soriano manejaba el absurdo. Había creado símbolos, términos, personajes, fantasmas, y todo eso era la forma en que nos hacía entender las dificultades del

vivir en la Argentina. Y los deseos de vivir en la Argentina. Lo vamos a extrañar mucho porque no creo que simplemente se pueda decir que vendrán otros a escribir como él. Porque no era su talento de escritor sino su talento de desentrañar las dificultades de vivir un poco satisfechos. Lo que ya no vamos a encontrar es su humor, su alegría. Su hermosa desfachatez.

ADOLFO BIOY CASARES: Estoy desolado, era un amigo y lo quería mucho. Un gran escritor, de los que ya no quedan en la literatura nacional. Soriano contaba historias complicadas con una sencillez envidiable.

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ: Pocos escritores argentinos han alcanzado el reconocimiento internacional que tuvo Soriano. Con pocos, a la vez, los intelectuales de su propio país fueron tan mezquinos y reticentes. Por ser un escritor popular pagó un intolerable precio de murmuraciones y envidias. Era uno de los mejores narradores argentinos de esta segunda mitad del siglo. Un grande, como Arlt y como Cortázar, que fundó su propio lenguaje y su propio reino de imaginación. La noche que murió, Gabriel García Márquez me llamó desolado desde México. “Tengo una terrible amargura en la garganta por no haber ido a Buenos Aires a despedirme de él —dijo por teléfono—. ¿Cómo a Osvaldo se le ocurre enfermarse sin avisar a los amigos?”.

HORACIO VERBITSKY: Pocos tuvieron estos años tanto reconocimiento como él, dentro y fuera del país. Los italianos se identificaban con el tono y los personajes de sus crónicas, García Márquez leía sus novelas con tanto interés que se olvidaba de que el autor era argentino, lo traducían a los idiomas obvios y a los imposibles.

ABELARDO CASTILLO: Nos encontramos con él y con Ricardo Piglia hace muy pocos meses. Esa noche estaba exultante y literalmente lleno de vida. Me contó que había estado en la casa de Alejandro Dumas en París, y que en ese momento estaba leyendo una biografía suya, absolutamente conmovido con su vida, lo que de alguna manera es un retrato del propio Osvaldo. Él siempre vivió obsesionado por que los intelectuales y los profesores lo dejaran afuera como si sus novelas

no pertenecieran a la literatura. De ahí su preocupación por el cuidado de las ediciones y por que se conocieran sus libros. Sin darse cuenta estaba en el punto exacto en el que debe estar un escritor: llegando a los lectores, porque sin dudas es el escritor argentino contemporáneo más leído.

GUILLERMO SACCOMANNO: No es solo que se muere un amigo. Con él se muere una consigna, si cabe la expresión panfletaria. Una clase de literatura que parece fácil pero no lo es, y que plantea un hecho central de la creación: ¿cómo ser solidario con el lector? Si alcanzó éxito es porque sabía tocar, como ciertos grandes narradores, desde Mark Twain hasta Roberto Arlt, una cuerda de lo popular, una actitud que exige un rigor y una síntesis.

VICENTE BATTISTA: Su manera personalísima de narrar, lo desaforado de sus historias y el riguroso modo de elaborar los diálogos, atrapaban sin vueltas al lector y lo convertían en un devoto de su escritura. Sus personajes solían ser figuras que recordaban a esas criaturas de Fellini, a mitad de camino entre lo grotesco y lo trágico, incapaces de abandonar ese círculo de espanto, pero conscientes de su irremediable derrota. En estos rasgos residen algunas de las claves del éxito de Soriano: un escritor de mayorías, a quien sus pares envidiaban en secreto y criticaban a viva voz.

JUAN MARTINI: La muerte de Soriano ha desencadenado una copiosa literatura de homenaje y despedida que los medios han recogido en estos días con generosidad. Las ausencias, los silencios, en ese mar de reconocimientos doloridos y cordiales, son los que señalan uno de los debates literarios pendientes. […] Se metió por la ventana en el canon literario argentino, y habrá que ver si se queda o no. Sus siete novelas, y los cuatro libros que recopilan relatos, notas y escritos diversos, constituyen un cuerpo, lo que se llama una obra, y es todo lo que hay. La forma de la ilusión, entonces, será el olvido, o, por el contrario, pervivirá en los lectores y Soriano, le pese a quien le pese, será un clásico de la literatura argentina.

ROBERTO FONTANARROSA: Compartíamos la pasión por el fútbol y el gusto por ese modo de narrar entretenido, con mucho diálogo y mucha acción. Claro que la referencia a los norteamericanos es

meramente de forma: difícilmente otro escritor haya captado como Soriano el tono coloquial y las costumbres argentinas.

OSVALDO BAYER: Así como en la década del 30 tuvimos a Roberto Arlt, en las décadas del 80 y 90 tuvimos a Soriano. No solo es uno de los escritores más populares de la Argentina, sino que también es uno de los mejores en cuanto a comprender el alma argentina y el alma humana. Quedan sus libros, el hermoso recuerdo de su vida, su pasión por el pueblo, por las cosas populares, pero también por la justicia y su sentido de la ética. Siento un gran dolor porque además era un gran amigo: me dio mucha tristeza verlo morir tan joven.

"El día en el que él murió pasó una cosa loquísima en mi casa: se metió un gato negro —me contó Claudia Pasquini—. Yo vivía en un PH, segundo piso. Jamás había sucedido algo así, y además no había gatos en el vecindario. En ese momento todavía no sabía que se acababa de morir, y cuando me llamaron para avisarme, un rato después, me di cuenta de que el gato había entrado a la misma hora que había muerto Soriano. Se había metido no sé cómo, ahí, el gato: intenté darle leche, llevarlo para afuera, y volvía. Se pasó maullando toda la noche y recién al día siguiente se fue".

Jorge Di Paola contaba una historia por el estilo. Estaba en Tandil cuando murió Soriano: hacía varios meses que no se veían. Por entonces Dipi subía todas las mañanas al Parque Independencia. "Por lo general iba muy temprano, cuando no hay nadie, ni siquiera animales. Pero el día después de la muerte del Gordo, cuando bajaba, descubrí cuatro gatitos que comenzaron a seguirme, maullando. Uno era amarillo, y me miraba fijamente: '¡Soriano reencarnó!', me dije. Me costó bastante perder de vista a los gatitos. En el Parque he visto perros, liebres, incluso un lagarto overo que se creía extinguido. Pero nunca había visto gatos, y nunca más los volví a ver".

En abril, como titular de la cátedra de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Bayer invitó a Piglia para que

hablara de la obra de Soriano. Bayer lo presentó como un desagravio: en el ámbito en el que su amigo había sido menospreciado, ignorado o desaconsejado (táchese lo que no corresponda), su figura, sus libros y su impronta serían perfilados por un escritor y crítico de altísima consideración para la academia. “Habría que decir dos cosas: una, que a narrar no se aprende en la universidad, y, dos, que los más grandes escritores argentinos —Sarmiento, Hernández, Borges y Roberto Arlt— no cursaron el colegio secundario —planteó de arranque Piglia—. Es justo, entonces, poner a Soriano en ese grupo. Suelo decir, un poco en broma, que son grandes escritores justamente porque se salvaron de la secundaria argentina”. Observó Piglia que como Faulkner, que dijo tras publicar *El sonido y la furia* que había aprendido a leer mientras escribía su libro, Soriano aprendió a leer a medida que escribía cada una de sus novelas: “En síntesis, una manera de construirse una cultura, distinta de la que se construye en el universo académico”. Su singular lectura del policial y su mirada desprejuiciada le aportó un elemento suplementario: cómo hacer literatura social. “Él percibió que el policial le permitía manejar una gran agilidad narrativa, una intriga de mucho interés popular, y que a través de la utilización de esta forma tan moderna y tan libre era posible hablar de la sociedad sin que eso supusiera hacer literatura comprometida (en el mal sentido) ni contrabandear (en el sentido del realismo socialista) las ideas que el escritor tenía”. Piglia observó también que quienes cuentan en la obra de Soriano son los vencidos, que la narración está ligada a la derrota, a los perdedores de las grandes catástrofes históricas; y que el otro relato, el abstracto, el que manipula la significación histórica general, está en manos de los vencedores. Soriano construyó su obra a partir de captar las voces de quienes tienen cosas para contar porque han sufrido el peso de la experiencia social.

“Parece que Soriano aprendió muy rápidamente la lección de Chandler y Hemingway —siguió Piglia—. Aquello que dice que lo fundamental en una historia es lo que no se cuenta. Esa teoría extraordinaria de Hemingway que decía que el relato es como un iceberg: la serenidad y la elegancia del iceberg tiene que ver con que el ochenta por ciento de su masa es invisible. Un narrador es aquel

que conoce tan bien la historia que es capaz de suprimir lo fundamental para que lo que quede en la superficie tenga una significación múltiple y misteriosa. Ese talento tan natural que tenía Osvaldo para contar historias estaba elaborado con la cultura de que un narrador es alguien que sabe escuchar las historias que lo rodean. La obra de Osvaldo está conectada con los derechos humanos porque supo comprender, desde el principio, que los que narran son las víctimas y que sin embargo hay historias que los exceden y parecen imposibles de transmitir si no es de una forma metafórica. Por eso creo que los libros de Osvaldo están escritos con mucha delicadeza, con una gracia particular. Me parece que hubiera compartido la frase de Walter Benjamin que decía que solo por amor a los desesperados conservamos todavía la esperanza".

"¿Qué valoración hace de Soriano, su obra y su figura?", le pregunté a Piglia en una entrevista, diez años después. "Soriano es un tipo que yo valoro mucho. Y me parece que se ha sido injusto con él. Se ha sido injusto por una lógica que uno percibe rápidamente: cuando un escritor tiene un público amplio, en general recibe una mirada paternalista, negadora. Qué sé yo cómo llamarla". "¿Peyorativa?". "Peyorativa es la palabra. Porque lo mismo le pasó a Puig. A Soriano le costó ser un tipo que tenía una llegada amplia, y no solo acá. Y él lo vivió mal, también, le costó cierta indiferencia de parte de ciertos sectores que se supone se autodesignan como los que pueden legitimar a los escritores. Pero él logró pese a todo persistir, hizo su obra, fue fiel a su poética, y no se dejó intimidar. Eso me parece que es lo que hay que valorar, como hay que valorarlo en Arlt y en el propio Borges, que hacían cosas que no le gustaban a nadie en la academia. Quizás haya que esperar un poco para que la obra de Soriano se valore integralmente".

Catherine y Manuel se mudaron a Francia en julio de 1999. "Yo al principio pensaba quedarme —cuenta Catherine—. Más bien por Manuel, porque me decía 'es el país de su padre, es importante que tenga su lado argentino'. Y fue Pasquini el que me dijo: 'Manuel va a

estar bien donde vos estés bien. Tenés que hacerlo por vos, después él te va a seguir'. Finalmente me pareció mejor volver. Además me sentía un poco sola en Buenos Aires, porque en realidad los amigos eran amigos de Osvaldo, no eran mis amigos. Más allá de que hubo gente que estuvo muy cerca: Dal Masetto y Juárez me llamaban seguido. También yo tenía algunas amigas, no es que estuviera completamente sola. Creo que fue una buena decisión, aunque si nos quedábamos también hubiera estado bien, porque yo me sentía muy cómoda en la Argentina, viví quince años y eso es parte de mí, me sentía casi como en mi país".

Manuel tuvo un bajón en el rendimiento en el Liceo Francés, perdió un año y en consecuencia la cursada con sus amigos. Catherine puso en venta las casas de Buenos Aires y Mar del Plata. Su idea inicial era instalarse en París, pero su hermana y su cuñado le advirtieron que podía resultar difícil, y entonces se radicaron en el pueblo en el que ellos vivían, Janville-sur-Juine, que tiene unos 1800 habitantes. "Y resultó muy bueno, porque era una escuela chiquita, cien alumnos entre todos los cursos, y Manuel tuvo una maestra que fue una maravilla —dice Catherine—. Lo integró enseguida, lo hizo hablar de su padre, le hizo traer sus libros y los llevaron a la biblioteca; los compañeros también lo integraron enseguida, lo invitaban a los cumpleaños. Fue más fácil para él y él lo decía, estaba contento de haber dejado el Liceo".

Catherine volvió a trabajar en la maternidad del hospital des Diaconesses. Allí acabaría jubilándose.

Viajaron a Francia con los tres gatos que vivían con ellos en Buenos Aires. Chiruza, aquella que maullaba en los techos de La Boca, murió en 2001; Pirulín y Gatín, los otros dos, murieron en 2012. Tenían 17 y 18 años.

Eugenia, la madre de Soriano, murió el 10 de enero de 2000, a los 91 años. En 1992 había tenido un accidente vascular que la puso en el borde: "Y se recuperó, pero estaba un poco perdida. Se ponía muy contenta cuando la íbamos a visitar a su casa en Tandil y lo veía a

Manuel; a veces se confundía y creía que era Osvaldo. Manuel de chico era muy parecido a Osvaldo de chico. Después su estado se agravó, salía y no sabía dónde estaba, se perdía, y entonces la pusimos en un geriátrico, un lugar chiquito y bien atendido. Fue bastante duro para Osvaldo". La visitaban seguido y en los últimos tiempos, a veces, no los reconocía. "Se le confunden los caminos", escribió en alguna de sus notas. Dice Catherine que en el estado avanzado de la enfermedad, Eugenia no alcanzó a enterarse de la muerte de su hijo. Tras la mudanza a Francia, se ocupó con puntualidad del pago de los gastos de la internación. Ya no volvieron a verse.

En 2003 Forn impulsó y se puso al frente de la reedición de todos sus libros a través de Seix Barral y la Biblioteca Soriano. En junio se publicaron en simultáneo *Triste, solitario y final,* con prólogo de Galeano, y *Cuarteles de invierno*, con prólogo de Bayer. La reedición de cada novela incluyó una sección complementaria de varias páginas sobre la génesis y la escritura de cada libro, con tramos de entrevistas diversas a Soriano sobre imaginarios, contextos, disparadores, búsquedas; críticas y comentarios literarios; opiniones de otros escritores. Convocado por Forn, armé esos *collages*: reúno materiales "sorianescos" desde fines de los 80. Entre 2003 y 2004 volvieron a circular todas las novelas y algo más adelante se publicaron también sus cuatro volúmenes de recopilaciones. Como parte de esta Biblioteca, estuvo a mi cargo la edición y compilación de otros dos volúmenes: *Arqueros, ilusionistas y goleadores* (2006), sus textos futboleros, y *Cómicos, tiranos y leyendas* (2012), una serie de cuarenta y un artículos, crónicas, retratos y entrevistas inéditas hasta ese momento en libro, textos que fue publicando en diversos medios entre 1971 y 1996.

"Soriano tenía un desparpajo y una impudicia característica de cierta clase de escritores que se guían por el pálpito, que trabajan intuitivamente y que a veces consiguen ser una antena que decodifica

y transmite una época, lo contemporáneo —me dijo Forn en una entrevista—. Trabajaba con lo que estaba a la vista, pero conseguía describir las claves de una manera muy sencilla y nítida: aunque esas claves estén conviviendo con otras cosas, él las traía para adelante y las volvía mucho más nítidas. Las cuatro o cinco cosas que elegía como marcas de época terminaban siendo las marcas de época: no sé si porque él las elegía, o porque el pálpito de él se correspondía con la dirección que tomaban esas cosas. Tiendo a pensar que no es como Arlt, que construyó su época, en cierto sentido; Soriano más bien pescó esas marcas y las puso en escena de una manera potentísima. Hizo una épica de la dignidad de los perdedores, por ejemplo: eso lo aprendió de Chandler, de Graham Greene, de Simenon. Si hay alguien que trabaja sobre los perdedores de los últimos cincuenta años en la Argentina, es él".

Francisco Juárez hizo una gestión especial para conseguir una parcela que fuera la tumba definitiva de Soriano. Durante el mandato de Aníbal Ibarra como jefe de gobierno de Buenos Aires se inició un expediente que derivó en la asignación de un triángulo delimitado por la calle 6 y las diagonales 103 y 115 en la Chacarita. Cuando se cumplieron diez años de la muerte de Soriano se hizo allí una ceremonia en la que estuvieron Catherine y Manuel, que viajaron desde Francia. "A Osvaldo siempre le gustaba ir a las tumbas de los escritores que admiraba, y cuando iba a alguna ciudad buscaba siempre el cementerio", dijo Catherine a *Página/12*. Adolfo Resnik, de la Subcomisión del Hincha de San Lorenzo, le regaló a Manuel una camiseta que acabó poniéndose ahí mismo. Un par de hileras de margaritas flanquea el camino que lleva hasta el centro de la parcela, destinada por entero a la tumba de Soriano; alrededor hay unas tipas enormes, de película, y una de ellas, justo frente a la entrada del camino, es abrazada por una hiedra frondosa que ya está cerca de las ramas más altas. Aquel 29 de enero de 2007 —el calor también era tremendo— se descubrió una lápida en la que se lee: "Basta de muertes". Lo dice Marlowe casi al cierre del penúltimo capítulo de

Triste, solitario y final: acaba de descubrir a su gato muerto, de empezar a asimilar el golpe, de darse una ducha de una hora, de tomar un whisky, de cavar un pozo de medio metro en el jardín.

Entre mediados de 2003 y fines de 2016 la editorial Seix Barral vendió 412.200 libros de la Biblioteca Soriano. Unos 30.533 al año. Eso sin que sus textos estén demasiado a la vista, expuestos a primera mirada en las librerías; tampoco hubo grandes campañas ni agites publicitarios. Hay un fenómeno potente con su obra, sostenida por los lectores en el tiempo. *Triste, solitario y final*, *No habrá más penas ni olvido* y *Cuarteles de invierno*, sus tres primeros libros, son las novelas más requeridas. Entre las recopilaciones que publicó en vida la más leída es *Rebeldes, soñadores y fugitivos*. De *Arqueros, ilusionistas y goleadores*, la recopilación de relatos futboleros, se vendieron 65.900 ejemplares. En el cruce entre fútbol y literatura los textos de Soriano son de referencia internacional y a diario es citado en los más diversos medios del mundo.

A cinco años de su muerte, Fontanarrosa escribió: “A veces, cuando me acuerdo de él, pienso: ‘Qué boludo el Gordo. ¿Cómo se va a morir?’. Es una broma tonta que nos hizo. Cuando tenía tanto para contar, para decir. ¿Qué diría el Gordo, ahora, de Rodríguez Saá, del Pipi Romagnoli, de Nicole Kidman, de Lucas Pusineri? Y no me refiero a la opinión periodística, con intención de repercusión general, de letra de molde. Me refiero a la cosa más egoísta, de escucharlo al Gordo en una mesa de amigos, en alguna parrilla de Buenos Aires, con esa voz chiquita que tenía, algo apagada, casi de ventrílocuo, y esa forma fantástica de narrar. Uno se quedaba pegado cuando él contaba cualquier cosa. El pucho en la mano y las pausas justas. Señalaba. Callaba. Seguía. Se reía cortito. Era filoso el Gordo en la opinión, muy duro a veces. Pero nunca pomposo, ni dramático. Por eso cuando me acuerdo de él procuro eludir la sensiblería. Digo, simplemente, que me gustaría encontrarlo en alguna parrilla de Buenos Aires. Que me dijera

qué le parece Walter Erviti. Y Remes Lenicov. Y yo, a los postres, posiblemente le diría lo que, en 'Nocturno a mi barrio', las estrellas que iluminaban las esquinas de su casa le decían a Aníbal Troilo: 'Gordo, quedate aquí. Quedate aquí'".

Después, cuando ya todo está concluido, cuando solo queda esperar la aparición del libro, empieza otro proceso. Estoy alerta a la ráfaga de una imagen que me sugiera algo. Mis novelas brotan siempre de una imagen. Cuando surge una interesante, me siento a la máquina, a menudo de mal humor, obligado, porque soy perezoso, y me dejo ir. Nunca sé cuál es mi rumbo. Escribo y vivo al día. Parece que voy a la deriva, pero yo sé que no es así. Siempre hay que tener confianza. Si uno es confiado, las palabras lo guían.

Piratas, fantasmas y dinosaurios también encabezó las listas de los libros más leídos. "Al armarlo como un rompecabezas me pregunto si este o aquel texto deben ir al comienzo o al final —escribió en la nota introductoria—. Después todo es bastante arbitrario y caótico: los cuentos se mezclan con los homenajes, las evocaciones con los apuntes y las narraciones con las historias de fútbol. Así me gusta leerlos a mí, y mientras los reviso y corrijo pienso que son fragmentos de los instantes más felices de mi vida". Textos con el padre como protagonista, retratos de Arlt y de Borges y Bioy, semblanzas de Monzón y Fangio, artículos sobre la escritura y las peleas con los editores. La última parte del libro es futbolera y rescata un par de notas de *La Opinión*, el "Gallardo Pérez, referí" y algunos textos más recientes publicados en *Página*. "Centrofóbal" es un cuento lindísimo, un picadito de la infancia en un potrero de Río Cuarto, con el padre como ocasional réferi trampeado por el hijo que narra. "Bombero y vendido" (titulado originalmente en el diario "Coimero y mafioso") tiene como protagonista a otro árbitro con precios de lista, un penal a mil pesos, un gol anulado a dos o tres mil, córneres y tiros libres en oferta. El partido del relato transcurre en el 62, en Barda del Medio, y

el narrador de la pelotera que se ve venir es Soriano, por entonces centrodelantero juvenil de Cipolletti, cuyo director técnico es el Míster Peregrino Fernández, el protagonista de los últimos tres cuentos de *Piratas*.

Dos de esos cuentos fueron escritos en París, mientras estaba con el final de *La hora sin sombra*, y se publicarían en *Página* en julio y agosto de 1995 como "Parque de los príncipes" y "Goles". En el primero Soriano se encuentra con el Cuco Pedrazzi, un ex compañero de los tiempos de Cipolletti que se fue con el Míster al Racing francés, que le cuenta que el viejo técnico está recluido en un geriátrico, cerca de Neuilly. Al Míster lo semblantea como cultor del fútbol ofensivo, sus equipos al ataque cueste lo que cueste, y entonces aparecían los resultados desmesurados, partidos de 6 a 5, de 8 a 12. En algún momento, cuando le descubrieron que disimuladamente metía a uno más para jugar con doce, tuvo que mudarse a seguir su carrera en Australia. El juvenil Soriano había sido testigo de Cipolletti como campo de pruebas: "Fue en ese tiempo que empezó a meter un jugador de contrabando. Lo hacía cambiar al chileno Jara, lo escondía entre el masajista y el utilero y al rato, cuando se armaba algún revuelo alrededor del referí, lo mandaba a colarse en la cancha". No lo hacía por tramposo, sino porque le encantaba ver la pelota cerca de los arcos.

En "Goles", rebautizado "Nostalgias" para *Piratas*, Soriano visita al Míster en el geriátrico. El Míster tarda en ubicarlo y en algún intento cree recordarlo en el San Lorenzo del Toto Lorenzo, junto a Dobal, Rendo, Arean y el Manco Casa. Un par de intentos más adelante lo sitúa en la memoria: el 9 zurdo que en un partido frente a Pacífico y solo ante el arquero desmayó a un perro de policía de un pelotazo. Monologa, el Míster, le cuenta lo de los doce jugadores, y que una vez ante el Standard de Melbourne puso trece sin que nadie se diera cuenta. "Inventó mil cosas: el volante fantasma, el stopper de cuatro patas, el líbero gentil, el puntero ausente". "Carajo, qué jodida es la vida. Mirame a mí: con un pie en el vestuario y otro en el crematorio. Yo que inventé el wing electrónico".

Conversan; el narrador le compra al Míster unos helados que

paladea de contrabando, a escondidas de los enfermeros.

—Decime, ¿qué hacés acá con este calor?
—Estoy terminando una novela.
—¿Tiene gol?
—Algunos.
—Muy bien. Guarda con el back que tiene cara de asesino.
—Quédese tranquilo.
—Me acuerdo que me decías eso, sí… ¿De qué trata el libro? ¿De fútbol?
—No. Trata de los goles que uno se pierde en la vida.
—Ya veo. Poneme a la sombra, pibe, que te cuento la del arquero sin manos.

"Casablanca", el cuento que cierra *Piratas,* está narrado ya por el Míster: que estuvo en el bar de Rick, el de la película, entre el 39 y el 44. "Ahora que estoy postrado en una casa para viejos, aburrido y esperando el fin, se me dio por escribir las cosas de las que me acuerdo y que pueden servirles a los más jóvenes. Un escritor de la Argentina que pasó a verme hace unos meses me contó que los jóvenes no quieren saber nada con el ejemplo de los mayores, que olvide la moralina y los consejos. Si es así narraré latrocinios y vendettas, vejaciones y tormentos. Tengo 85 años y he visto bastantes". Imagina un manual que traslade las enseñanzas del fútbol a la vida de todos los días, pero no sabe si podrá ser. Es el relato más herido, desarticulado, devastado de la serie, y concluye su último libro: "Estoy cansado, tengo más edad de la que he confesado y la enfermera se acerca para llevarme a cenar. Acá en París nos acostamos muy temprano y ahora que se acerca el invierno lo único que puedo hacer es mirar viejas películas, leer viejos libros y evocar viejos partidos. No tengan piedad de mí: la memoria, si voraz y violenta, es una materia exquisita".

En la segunda mitad de 1996 las contratapas de *Página* aparecerían ya formalmente como serie: *Memorias del Míster Peregrino Fernández.* En la sucesión de notas (serían otras trece) Soriano definió un formato: el Míster se dirige a alguien que no nombra, que lo visita en el geriátrico

y registra sus historias. “Anote bien y corríjame el vocabulario, que estoy viejo y no quiero que se note”, le indica. El interlocutor le trafica helados, *croissants*, frutillas con crema, un vasito de oporto, panqueques de dulce de leche, todo a escondidas de los enfermeros. Ahí están, entre los textos que escribió en los últimos meses, las señales de los achaques de la salud, la glucemia y el colesterol, la tos, el ciático, el cansancio. “A esta edad para qué cuidarse de las comidas, ¿me querés decir? ¿Para qué esperar los noventa pirulos sentado en una silla de ruedas? Me lo pregunto y al rato algo me hace dudar. Allá, en la ladera de la colina, ¿ves? Ahí se juntan los ciervos, de ese lado vienen las tormentas, aunque te parezca mentira, así de estrolado como estoy hay veces en que me digo ‘dale, Míster, vivite un día más, aunque sea uno, para disfrutar de los ciervos bajo la lluvia’”.

Y lo que le va contando son sus memorias como jugador. Lo tratan bien en el geriátrico, pero a los franceses no les interesa mucho el fútbol y el médico le habla de rugby, de ciclismo… “Y yo le digo: ‘Sí doctor, claro, doctor’, y a veces me pongo a dormitar. Es así, con los ojos entrecerrados, que me veo joven, con reflectores en los ojos y músculos de tigre. No te imaginás lo rápido que era yo en ese tiempo, en Excursionistas, Tigre; después, en San Lorenzo ya gané experiencia, distancia, inteligencia. Y en Europa, bueno, me comí todos los garrones, cómo iba a saber yo que iba a haber una guerra. Me fui a Torino sin que me importara un pito del Duce ni del Führer de Alemania ni del Padrecito de los Pueblos de Rusia, un carajo; yo lo que quería era jugar al fútbol. Claro que siempre andaba con libros porque en mi familia se leía mucho, si hasta me llevé a Italia uno de Roberto Arlt, que era el escritor más famoso de entonces”. Y cita de memoria, el Míster, a Arlt, y a Chandler, y a Bret Harte. Aventuras fabulosas vive: mientras jugaba en Argel lo viene a tentar el dueño del Racing de París, desesperado y en busca de un goleador para que su equipo zafe del descenso, así que lo hace debutar con los documentos de un polaco judío que tenía habilitado. En simultáneo van llegando los goles, la fama y también los nazis, que se expanden en Europa. Y aunque Camus lo tranquiliza con la Línea Maginot, llegó el momento en el que las tribunas se llenaron de esvásticas y tuvo que salir

corriendo, disfrazado con la camiseta de otro equipo.

Durante cuatro capítulos anda por Moscú, detenido una temporada en un campo de concentración, apretado por la KGB, jugando en el Dínamo en un equipo de tullidos y averiados, con Stalin en un palco en un partido clave y una condena a muerte por ahorcamiento: lo represalian por argentino, por un envío de carne a Rusia que la Argentina nunca mandó a pesar de haber cobrado. Cuando en el patíbulo la suerte está por jugarse, el Míster se pone a relatar algunos de sus mejores goles con el estilo de Fioravanti. Qué, le dice el verdugo, ¿vos también sos de allá? El periplo incluye encuentros con Graham Greene, lecciones a un príncipe florentino lleno de oro con el que jugaron ante el papa Pío XII, un viaje con Perón al África para organizar un partido junto a Lumumba en el Congo. En las notas aparece cada tanto algún consejo y/o alguna chicana a su interlocutor en torno a la futura publicación, que esquive la política, que chequee en los libros de historia: "No quiero aparecer como un tipo que habla de lo que no sabe. Haceme quedar bien, ni muy bestia ni muy sabihondo". Imagina las memorias como breves historias suyas y de otros: interrogaciones y blasfemias. "¿Qué otra cosa puedo hacer ahora que estoy en tiempo de descuento? —se pregunta—. Mirarme para adentro, buscarme, eso es todo". Cuando el que escribirá sus memorias aparece con el dulce de membrillo se relame, pero también calcula que le habrá costado unos mangos y hace sus deducciones. "Ganaste la lotería o te estás patinando por anticipado los derechos de autor de mis memorias. ¡Atorrante! Te llevás el 50 por ciento, pero el cuentito lo pongo yo, el que vivió estas historias en este cuerpo que ahora arrastran las enfermeras en una silla de ruedas. ¿Ya arreglaste con alguna editorial?". Que elija bien, le recomienda. Y evoca, apenas enmascaradas, sus malas experiencias.

—¿Su próximo libro va a ser de fútbol? —le preguntó Forn en la última entrevista.

—Pasto para los enemigos, ¿no? El fútbol nunca funcionó como tema de libro. Carece de la épica que tiene el box, por ejemplo. Pero con el Míster

hay una punta: eso de contar la historia del siglo a través de él. Los nazis ocupando Francia y el Míster jugando en un club con papeles truchos, de un judío polaco justamente. Y además la posibilidad de la novela episódica, por entregas, en las contratapas que voy haciendo para el diario.

La editorial Norma publicaría para junio de 1998 las memorias incompletas del Míster, que también forman parte de *Arqueros, ilusionistas y goleadores*. El 19 de enero de 1997, un día antes de la operación, apareció la última contratapa que vería publicada. "Escritor ejemplar" arranca con el Míster situándose en París al final de la Segunda Guerra, otra vez con documentos falsos y como jugador del Red Star. El Míster va con su novia de entonces a ver el estreno de *Las moscas*, la obra que Sartre estrenó en plena ocupación nazi. "El teatro estaba lleno de oficiales alemanes en uniforme de gala, entorchados de esvásticas", recuerda, y dice que habían ido ahí con la expectativa de ver un escándalo: "Queríamos presenciar con nuestros propios ojos un acontecimiento que pasaría a la historia: el sacrificio de un artista rebelde. No me vas a creer: cae el telón y los oficiales nazis empiezan a aplaudir. Se ponen de pie y se rompen las manos de tanto aplaudir. Y los actores, chochos, que llamaban al autor a que suba al escenario. El teatro entero ovacionaba y el gran Jean-Paul Sartre hacía gestos de agradecimiento, se plegaba en dos, saludaba como si no viera los uniformes. ¡Qué desilusión! ¡Qué compleja es el alma de los hombres! Estuve dos partidos sin hacer goles, mirá".

"Ahora, en este geriátrico impoluto, hago la cuenta sin remordimientos: ciento setenta goles en siete países, pocos de penal; unas cuantas veces en cana por meterme donde nadie me llamaba —empieza a cerrar el Míster—. Jugué en todas partes: estadios, potreros, castillos, avenidas de doble mano, buques y hasta en un Hércules que volaba clandestino con armas para Cuba. Hice plata y la derroché. Vi el mundo agonizar y renacer. Vi la derrota nazi y se me vino encima el Muro de Berlín. Yo estaba ahí. Te lo cuento sin nostalgia. Al escribir, cuidame. Son mis memorias; no quiero aparecer como un viejo gruñón que idealiza sus años juveniles. Andate con esta cita de Sartre que

tengo subrayada en *El idiota de la familia*: 'El lenguaje del locutor se disuelve inmediatamente en el alma del que oye; queda un esquema conceptual y verbal a la vez, que preside a la reconstitución y a la comprensión. Esta será tanto más profunda cuando la restitución palabra por palabra sea más inexacta'.

"Ahora andá. La próxima vez no te olvides de traerme unos cigarros cubanos. Cuando te vas enciendo uno y medito sobre la eterna y cruel inexactitud de la palabra".

Por si la recuperación demoraba un poco, Soriano dejó lista otra memoria del Míster, "Algunas lecciones", que apareció publicada el 2 de febrero de 1997. Empieza así:

> "Esos habanos que me trajiste me recuerdan los días de esplendor, cuando todavía creía que lo mejor estaba por llegar, ¿sabés?".

Agradecimientos

La generosidad y confianza de Catherine Brucher para con este libro han sido descomunales. Me facilitó el acceso a correspondencia, textos, fotografías, contactos y muy diversos materiales de Soriano, y ha tenido infinita predisposición para mis ¡infinitas! consultas. A la vez, ha autorizado la reproducción de un gran caudal de sus escritos, asunto por el que agradezco también a Manuel Soriano.

A mi editora Ana Laura Pérez, cuya mirada enriqueció en varios sentidos este libro y ha sido decisiva en su formato final. Y a Mercedes Sacchi, por su lectura artesanal, sus observaciones y sugerencias.

A Juan Ignacio Boido, por la vieja confianza.

A Juan Bautista Duizeide, por su entrañable lectura de este libro cuando este libro era un continente. Y también por las que en distintos momentos hicieron Ulises Muschietti, Juan Saharrea y Juan Di Loreto.

A Tito Cossa y Marta Degracia, por las cartas desde el exilio, un material fabuloso. A Osvaldo Bayer, que me permitió ver parte de su correspondencia en El Tugurio, su casa en Belgrano, bautizada así por Soriano.

A Félix Samoilovich, por sus horas de conversación y por el acceso a diversos materiales que Soriano le dejó durante su estadía en Bruselas. A Francisco Negro Juárez, que me orientó con incontables referencias, historias y publicaciones.

A Pablo González, por la correspondencia que Soriano le envió a Lidia Lafón. También compartieron algunas de sus cartas Jorge Palant, Eduardo Van der Kooy y Carlos Ulanovsky, quien además me puso en contacto con Ivelise Markovits.

A Diego Igal, por el bosquejo manuscrito para la redacción de *El Periodista de Buenos Aires* que Soriano le presentó a Andrés Cascioli. A Pascual Pina, por los números de *Tiempos tandilenses*. A Martín Pérez, que compartió algunos *materiales uruguayos* sobre Soriano.

A Mariana Pernas, que me habilitó el archivo de *El Cronista*. Al personal de las hemerotecas de la Biblioteca Nacional y de la Biblioteca del Congreso de la Nación.

A Juan Ignacio Carrasco, por su gestión en la Dirección Nacional de Migraciones en torno a las fichas de llegadas al país de los padres de Soriano.

A Oscar Finkelberg, por sus relatos en torno a los contratos editoriales y por la copia del acta de defunción de Soriano.

A Carlos Bosch, por las fotos y las historias con Soriano, por su aventura extraordinaria. A Paloma García, por su tesón para que en este libro estén esas fotos de Bosch.

A Carlos Ferreira, que en 1997 leyó mi propuesta para hacer un número de homenaje a Soriano en *La Maga* y me enganchó al proyecto, en el que trabajamos junto a Rodolfo González Arzac.

A Juan Forn, que además de abrirme la puerta en *Página/12* me hizo partícipe de la reedición de la obra completa de Soriano, que Seix Barral impulsó en 2003. Y al gran Alberto Díaz, por su trabajo como editor de esa colección.

A Rubén Darío Insúa, Pipo Gorosito, Pipi Romagnoli, Marcelo Bielsa, Víctor Hugo Morales, Carlos Rocha, Juan Román Riquelme, Pablo Aimar, Lionel Messi y Diego Maradona, por la música y la belleza del fútbol.

A mis compañeros en *Radar* y *Página/12*, en el Taller III de escritura periodística en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UBA y en la agencia Anccom, que algo han escuchado sobre esta investigación.

A Carlos Barragán, que acompañó en los viajes a Colonia Vela y a Tandil.

A Marina Arias y Ulises Cremonte, por compartir desde 2013 los concursos de cuento Osvaldo Soriano, que organiza la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Plata.

A Malena Garamendy, que me dio algunas pistas en Tandil.

A cada uno de los entrevistados, que me confiaron historias compartidas, materiales diversos, pistas, recuerdos, asombros e inquietudes.

A Fernando Reberendo, por su trabajo y su arte.

Aguantaron, manijearon, alentaron y manejaron tiempos, incluso telepáticamente, amigos muy queridos: Alejandro Olivella, Alejandra Álvarez, Marcelo Pradells, Santiago García Isler, Alberto Carpo Cortés.

A los escritores que ya no están y siguen estando: Abelardo Castillo, Antonio Dal Masetto, Juan Forn, Vlady Kociancich, Rodolfo Rabanal, Alberto Szpunberg, Osvaldo Bayer, Héctor Tizón, Ricardo Piglia, Angélica Gorodisher, Alberto Laiseca, Miguel Briante, Hebe Uhart, Tomás Eloy Martínez, Jorge Di Paola y Rafael Chirbes. Leerlos, entrevistarlos y compartir algún tiempo con ellos está en el epicentro de la hermosura del oficio.

A mi padre. A mi madre (se te extraña, vieja). A mi hermano Pablo.

A mis hijos cuervos, Manuel y Santiago.

A Débora, mi compañera hermosa, el universo que eso signa.

Y a Oscu y Mitens, los gatos que andan por acá.

Fuentes y notas

Abreviaturas de los libros de Osvaldo Soriano

TSF: *Triste, solitario y final*
NHPO: *No habrá más penas ni olvido*
CDI: *Cuarteles de invierno*
APRL: *A sus plantas rendido un león*
USPS: *Una sombra ya pronto serás*
EOP: *El ojo de la patria*
LHSS: *La hora sin sombra*
ENP: *El negro de París*
ALC: *Artistas, locos y criminales*
RSF: Rebeldes, soñadores y fugitivos
CAF: Cuentos de los años felices
PFD: Piratas, fantasmas y dinosaurios
AIG: Arqueros, ilusionistas y goleadores
CTL: Cómicos, tiranos y leyendas

Abreviaturas de los medios más citados

LO: La Opinión
LOC: La Opinión Cultural
EC: El Cronista
HU: Humor
P12: Página/12
LM: La Maga
LN: La Nación
CL: Clarín

1. Nueve señales a modo de entrada

I / Del gato en la cocina le contó a Silvia Chejter, entrevista para la Audiovideoteca de Escritores, 1988; sobre el Gordo y el Flaco, "El error de hacer reír", *LO*, 30/1/1972; sobre cómo supo de Chandler, "Soriano por Soriano", suplemento especial en *P12*, 29/1/1998; Soriano, "Dolor y dignidad", *LO*, 15/8/1971; sobre el lenguaje de los gatos, entrevista de Mona Moncalvillo, "Osvaldo Soriano desde París", *HU*, feb. 1983.

II / Sobre el encuentro con Troiani contó en "Osiris", *P12*, 6/12/1993; Soriano, "La pasión según Tandil", *Primera Plana*, 15/4/1969, compilada con recortes como "Tandil-Buenos Aires, 1969" en *PFD*, pág. 69; sobre esa nota y su llegada a Buenos Aires, entrevistas personales con sus amigos Francisco "Negro" Juárez y Félix Samoilovich; Samoilovich pinta detalles en "Soy una montaña", en el número especial *Homenaje a Osvaldo Soriano, LM*, sep. 1997; Soriano conservaba entre sus papeles el recorte de la carta de monseñor Actis, publicada en *Actividades*, 19/4/1969, y en *Primera Plana*, 22/4/1969.

III / Soriano, "En principio no me gustaba verme tan maltratado", entrevista de Alejandro Margulis, "Sí a la pasión", *LN*, 15/1/1995; Soriano, "Gorilas", *P12*, 18/4/1993, compilado en *CAF,* pág. 45; Soriano, "Siempre se equivocaba" y "Mi viejo sabía aceptar sus errores", en "Mecánicos", *P12*, 15/11/1992, compilado en *CAF*, págs. 51 y 54; Soriano, "Oremos, hermano", en "Olimpo", *P12*, 16/5/1993, retitulado "Encuentros" en *CAF*, pág. 81; Soriano, "Tenía la necesidad de hacer algo más largo", entrevista de Miguel Russo, "La noche me atrae por las dudas que encierra", *LM,* 31/8/1994; Soriano, "Tuve la nítida alucinación" y "Ciorán decía que las palabras", *LHSS*, págs. 222 y 226; sobre el final de *LHSS*, entrevista de Luis Bruschtein, "A la intemperie y como perdidos", *P12*, 29/10/1995.

IV / Los testimonios provienen del número especial del suplemento *Radar*, *P12*, 2/2/1997.

V / Osvaldo Bayer, en Feria del Libro, abr. 1997.

VI / Entrevista personal con Sonia Freites.

VII / Desde el exilio y a propósito del retorno de San Lorenzo a

Primera División, diario *La Voz,* 8/11/1982.

VIII/ Entrevista personal con Catherine Brucher, su mujer, en su casa de Janville Sur-Juine, septiembre de 2013.

IX / Soriano, "Educación sentimental", en *P12*, 28/11/1993.

2. De acá para allá

Muchos datos de este capítulo fueron tomados de documentación familiar que conservaba Soriano; las referencias a la llegada al país de sus padres y abuelos provienen de la Dirección Nacional de Migraciones; sobre cómo se conocieron sus padres, entrevista de Cristina Mucci, "Las reglas del juego", en *LN*, 9/9/1997, y en *Voces de la cultura argentina*, editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1997; entrevista personal con Nilda Villarreal, su prima; Soriano, "Cocinero", en *PFD*; "Mi bisabuelo fue bandolero", Soriano, "Algunas caídas", *P12*, 10/10/1992, compilado como "Petróleo" en *CAF*, pág. 31; Soriano, "Tierra de Quijotes", diario *El Tiempo* de Colombia, 11/10/1992; Soriano conservaba entre sus papeles correspondencia de su madre; sobre cómo ser cuervo en provincias le preguntó Carlos Ferreira, "¿Vos te imaginás mi imagen frente a los franceses? No entendían nada: ¡un intelectual pendiente de un partido de fútbol! Me miraban raro", *Revista 10*, 25/5/1983; entrevista personal con Eduardo Belgrano Rawson; Marta Nassif contó sus recuerdos en *CL*, 29/1/2007; "No sé con qué cacharro", Soriano en "Primeras palizas", *P12*, 6/9/1992, compilado como "Palizas" en *CAF*, pág. 63; entrevista personal con C. Brucher; sobre el antiperonismo de su padre, entrevista de Ricardo Ibarlucía, "Me siento un paracaidista", *El Porteño*, feb. 1987; Soriano, "Aquel peronismo de juguete", *CAF*, pág. 20; de Gatica y Leonardo Favio en "¡Mono las pelotas!", *P12*, 13/6/1993, compilado en *CTL*, pág. 80; sus primas Irma y Nilda, y el amigo de la infancia Jorge Alí, entrevistados en *LM*, sep. 1987.

3. Una temporada en el *Far West*

De la falta de libros en su casa habló con Mempo Giardinelli, "Para vivir también es necesaria la ficción", revista *Puro Cuento*, nov. 1988,

compilado en *Así se escribe un cuento*; de su mundo poblado por la historieta, el cine y la radio le contó a José Luis Solís, "El narrador de ficciones siempre es impune", revista *Cultura*, 1993; del fútbol a través de la radio, entrevista de Pepe Eliaschev, nov. 1993, *Esto que pasa*, radio Del Plata; las voces de sus compañeros futboleros provienen de *Osvaldo Soriano. Los años felices en Cipolletti*, de Pablo Montanaro, págs. 39 a 44; sobre el fútbol en el Far West, entrevista con Rafael Vaquero, "Un fana por siempre serás", *El Gráfico,* 9/4/1991; Soriano, "¿Soy yo aquel chico…?", "Rosebud", *P12,* 30/5/1993, compilado en *CAF*, pág. 104; "La ficción, cuando funciona", entrevista de Solís, 1993; del 1 a 0 goleador contra *Siete Días* me contó Samoilovich; Soriano, "Evoco la prehistoria del fútbol", "Finales", *P12*, 17/7/1994, compilado en *AIG*, pág. 97; César Aníbal Fernández, "Los años felices de Osvaldo Soriano en Cipolletti", diario *Río Negro*, 8/4/2012; el testimonio de Hugo González sobre cuando fueron presos proviene de *Osvaldo Soriano. Los años felices en Cipolletti*, P. Montanaro, pág. 22; Soriano, "Con toda seguridad éramos terriblemente machistas", "Primeros amores", *P12*, 14/6/1992, compilado en *CAF*, pág. 24; Soriano, "Donde Geneviève y el Flaco Martínez perdieron las ilusiones", publicado inicialmente en *Le Monde* y luego compilado en *RSF* y *CAF*; sobre las voces futboleras de la radio, entrevista de R. Vaquero, 1991; sobre el intento de armar un diario en Cipolletti, en *Osvaldo Soriano. Los años felices en Cipolletti*, P. Montanaro, pág. 65; "Osvaldo Soriano, lector de *El Gráfico*": le debemos al periodista Germán Ferrari el hallazgo de sus cartas a la revista, nota en *El Arca*, 2007.

4. El descubrimiento de los libros

R. Matheson, *Soy leyenda*, Minotauro, 1960; Soriano, "Educación sentimental", *P12*, 28/11/1993; entrevista personal con Ana María Colombo; sobre Metalúrgica Tandil le contó a Verónica Chiaravalli, "Con mis libros compro libertad", *LN*, 9/6/1996; sobre *El Eco de Tandil*, entrevista con M. Russo, 1994; del amigo Juan Campagnolle y los libros le contó a R. Ibarlucía, 1987; de las primeras lecturas literarias, a M. Giardinelli, 1988; sobre sus primeros relatos,

entrevistas de Mucci, 1997, y Solís, 1993; correspondencia que conservaba Soriano; Ana María Colombo leyó la dedicatoria del libro; entrevista personal con Hugo Nario; sobre la sección Deportes, entrevista de P. Eliaschev, 1993; la historia del resultado adulterado se la contó a Norma Morandini en *Temas y Debates*, canal TN, en 1994; de las giras truqueras le narró a Solís, 1993; Jorge Di Paola y la "cápsula soviética" en "Viejo y peludo", *Radar, P12*, 2/2/1997; sobre la experiencia actoral, entrevistas personales con Nilda Villarreal, Ana María Colombo, Daniel Pinhao y Pascual Pina; *Soriano*, documental de Eduardo Montes-Bradley, 1998; entrevista personal con Alberto Gauna; sobre la persecución ideológica y la clausura de Grupo Cine sigo las investigaciones ensayísticas de Aníbal Minucci, "Cine, cultura y dictadura. El Grupo Cine en Tandil, 1968", en *Ensayos sobre vanguardias, censuras y representaciones artísticas en la Argentina reciente,* y de Fernando Ramírez Llorens en "El control de la exhibición cinematográfica durante el gobierno de Onganía"; Soriano, "Dictador", *P12*, 23/12/1995; de su renuncia a *Actividades* cuenta Pablo Dal Dasso en "Deportes, cuentos y cenas para un cronista maoísta", *Tiempos Tandilenses,* Nº 105.

5. Grandes revistas porteñas

J. Di Paola, "El cuaderno de Osvaldo", *Radar, P/12*, 28/1/2007; Antonio Dal Masetto y S. Freites, entrevistas personales; A. Dal Masetto, "Una imagen", *Radar, P/12*, 2/2/1997; Julio Algañaraz, entrevista con Marcelo Bonelli, radio Mitre, 30/1/1997; Tomás Eloy Martínez, entrevista con Horacio Caride, radio Mitre, 30/1/1977; sobre Tomás Eloy Martínez, entrevista de M. Giardinelli, 1988; entrevista de C. Mucci, 1997; entrevista personal con Nora Lafón; Soriano, "Bayer, el último rebelde", *P/12*, 8/8/1993; M. Giardinelli, entrevista personal; Carlos Bosch, "Un tímido Ulises", *Radar, P/12*, 29/1/2012; sobre la noche de la época, entrevista de M. Russo, 1994; Rodolfo Rabanal, "El largo adiós", *Radar*, *P/12*, 2/2/1997; entrevista de Carlos Ulanovsky, "Pertenezco a una generación que murió y renació muchas veces", *CL*, 2/12/1984; C. Ulanovsky, *Paren las rotativas*, pág. 154 (eslogan de la revista); colección de *Panorama*,

Biblioteca del Congreso de la Nación; Soriano, “Sonny: el último suspiro”, *Panorama,* 12/1/1971.

6. Redactor estrella y novelista

Soriano, *ALC,* pág. 7; Graciela Mochkofsky, *Timerman, el periodista que quiso ser parte del poder*; Soriano, “El mal absoluto”, *P12*, 24/3/1996; F. Samoilovich, entrevista personal; Di Paola contó el viaje a Cariló en *LM,* sep. 1997, entrevista de Rodolfo González Arzac; Soriano, “La iconografía del retorno. La peronización, abierta por apertura política, auspicia oportunos negocios”, *LO,* 8/5/1971; Soriano, “Empresario y banquero, Pelé es ahora propagandista de los objetivos del gobierno de mano dura de Brasil”, *LO,* 4/7/1971; Soriano, “La AFA creó una imagen primorosa y amable para recibir a Stanley Rous, *LO,* 30/7/1971; Soriano, “Deporte y violencia en la sociedad occidental”, *LO,* 15/6/1971; Soriano, “Una recopilación de textos de fútbol plantea nuevos interrogantes”, comentario sobre *Literatura de la pelota*, de Roberto Jorge Santoro, *LO,* 30/9/1971; Soriano, “Bradbury es un plañidero que construye sueños y fantasías”, *LO*, 17/9/1971; Soriano, “Enigma y violencia conforman la segunda novela de Dashiell Hammett”, comentario sobre *La maldición de los Dain*, *LO,* 11/6/1971; entrevista personal con Lucas Soares; Rodolfo Rabanal, “El largo adiós”, *Radar*, *P12*, 2/2/1997; Soriano, “Raymond Chandler, dolor y dignidad”, *LOC,* 15/8/1971; “trabajar poco y salteado” en Deportes, mixtura de entrevista personal con Eduardo Rafael y de entrevista de C. Ferreira, 1983; Soriano, “El caso Robledo Puch”, *LOC,* 27/2/1972, y *ALC,* pág. 37; Soriano, “Nicolino Locche procura recuperar el título a la vez que reniega del boxeo despiadado”, *LO*, 20/12/1972, y *CTL*, pág. 78; Soriano, “Quino: pensar no es divertido”, *LOC*, 3/12/1972; Soriano, “El talento de Sábat o milanesas con huevos fritos en la cancha de River”, *LOC*, 17/12/1972; Soriano, “Obdulio Varela, el reposo del centrojás”, *LOC*, 16/7/1972, y *ALC*, pág. 69 (sobre las historias de vida); Soriano, “César Tiempo, paseo alrededor de los demás”, *LOC*, 10/12/1972; Soriano, “En una autobiografía, Caldwell narra su experiencia de escritor”, *LO*, 8/9/1972; Soriano, “Chandler, el duro”, *LOC,* 3/9/1972*;* sobre la gata negra de Chandler y el indicio

de que el investigador debía ser Marlowe, entrevista de M. Moncalvillo, 1983; sobre el barrio de Marlowe, R. Rabanal, "El largo adiós", *Radar, P12*, 2/2/1997; entrevista personal con C. Ulanovsky; carta a F. Samoilovich en *LM*, sep. 1997; sobre el proceso de escritura de *TSF*, J. Di Paola en "Viejo y peludo", *Radar, P12*, 2/2/1997; sobre la ayuda de Di Paola, entrevista de M. Moncalvillo, 1983; sobre su inclusión como personaje, entrevista de Graciela Speranza, en *P12*, 21/6/1992, y en *Primera persona. Conversaciones con quince escritores argentinos,* pág. 58; F. Samoilovich, entrevista personal; Rodolfo Terragno, "El novelista y el banderín", *Radar, P12,* 2/2/1997; Alberto Szpunberg, entrevista personal; su amigo F. N. Juárez me contó que fue él quien le trajo desde Estados Unidos la foto para la portada de *TSF*; del Gordo y el Flaco como antihéroes le dijo a P. Eliaschev; entrevista personal con Tito Cossa; Soriano, "Cómo hacían reír el Gordo y el Flaco", *Satiricón*, sep. 1973; Ariel Dorfman en *Soriano*, documental de E. Montes-Bradley, 1998; A. Dorfman, *TSF*, contratapa; Jorge B. Rivera, "Personajes marginales de la ficción en una aguda metáfora sobre la represión", *LO*, 12/7/1973; Ricardo Piglia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, abr. 1997; A. Dal Masetto, entrevista personal; Julio Cortázar, *Cartas 1969-1976*, págs. 390 y 391.

7. Entre el peronismo y Los Ángeles

Soriano, "Julio Cortázar llega a la Argentina convencido de que a pesar de las contradicciones, se consolida la vía al socialismo en América Latina", *LO,* 11/3/1973; sobre cómo lo ubicó en Mendoza y el concurso de novela, entrevista de C. Ferreira, "Como intelectual fue un modelo, y respecto a Cuba, un ortodoxo", *LM,* 5/11/1994; Soriano, "Un riguroso relato de Martelli propone el análisis de los aparatos represivos", *LO*, 15/8/1973; Soriano, "Juan Carlos Onetti o la espera de la obra redonda", *LOC*, 29/4/1973; Soriano, "Mario Soficci. Vida de artista", *LOC*, 21/1/1973; Soriano, "Pedro Godoy, el pan de la poesía", *LOC,* 20/5/1973; Soriano, "Bartolomé Mirabelli, del dibujo a la aventura de pintar", *LOC,* 11/2/1973; Soriano, "Ernesto Serigós, un médico porteño en Bariloche 1923", *LOC,* 18/3/1973*;* Soriano,

"Horror y crueldad en un texto que narra la desesperada búsqueda de una identidad / Aparece hoy *El Frasquito*, primera novela de Luis Gusmán, que durante dos años fue marginada por su lenguaje", *LO*, 3/1/1973; J. Di Paola, "Caballo sin titán", *LOC*, 15/7/1973; Alberto Laiseca, "Dionisios Iseka, autor desconocido", *LOC*, 19/8/1973; entrevista personal con Laiseca; Soriano, "Lanusse, de Perón a Cámpora", *P12*, 28/7/1996; Soriano sobre Cámpora en "Fotos borrosas", *P12*, 15/12/1991; Soriano, s/firma, "Gaspar Campos zona cero", *LOC,* 8/7/1973, publicado en *ALC* como "Los vecinos de Perón", pág. 148: Soriano, "El Operativo Dorrego", *LO, 21/10/1973*, y *ALC,* pág. 159; Soriano, "De la euforia al terror. Elección de Perón y asesinato de Rucci", *LO*, 30/12/1973, y *ALC,* pág. 177; Tununa Mercado, "Un destello amarillo", *Radar, P12*, 2/2/1997; sobre su relación con las organizaciones armadas le contó a C. Mucci, *Los siete locos*, 1991; sobre el viaje a Turquía e Italia, el pedido de plata a *LO* y los dramas para viajar a Los Ángeles le contó a Santo Biasatti en *El programa de Santo*, TN, 10/9/1996; Soriano, "El recuerdo de Atatürk y el empuje hacia la europeización conviven en Turquía bajo la mirada atenta de un ejército que rehúye de los extremos", *LO*, 11/11/1973; entrevista personal con Ivelise Markovits, 24 de septiembre de 2014; sobre la estadía en Roma y Venecia, en "El detective Giorgio Bufalini y la muerte en Venecia", *LO*, 8/2/1974 y *ALC,* pág. 225; Soriano en "Osiris", *P12*, 6/12/1993; Soriano en revista *Cuestionario*, 1974; Soriano, "Tribulaciones de un argentino en Los Ángeles", *LO*, 20/1/1974, y *ALC,* pág. 202; Soriano, "Para Ross Macdonald la novela policial es una forma parabólica de reflexiones políticas sobre la actual sociedad norteamericana", *LO*, 8/12/1974; Soriano, "Un ciudadano satisfecho", *EC*, 26/12/1975.

8. Despedidas y cruces: el tiempo acelera

Soriano, "Año Nuevo", *PFD*, pág. 15; Soriano, "Relojes", *P12*, 13/12/1992, y en "Reloj", *PFD*, pág. 24; la escena de la enfermera entregándole el reloj, la alianza y los anteojos está en "Mudanzas", *P12*, 8/8/1994, y *PFD*, pág. 39; entrevista de C. Ulanovsky, 1984; Soriano, "Año Nuevo", *PFD*, págs. 18 y 19; sobre el padre y las deudas,

entrevista de Jorge Lanata, en *Hora 25*, radio Rock & Pop, 1993; sobre los malos augurios, *PFD*, pág. 38; Soriano, "El pueblo volvió a gritar '¡Queremos a Perón!'", *LO*, 3/7/1974; Soriano sobre *La Opinión* en *ALC,* pág. 8.; A. Szpunberg me contó de las consignas sorpresa en el diario; sobre Jara y los careos policiales, Soriano en *ALC,* pág. 226; Ramón Camps, *Caso Timerman. Punto final*, págs. 103, 104, 211 y 221; sobre la diferencia entre Jara y Timerman, entrevista de C. Mucci, 1997; sobre Hemingway escribió en *Crisis*, julio de 1974; de la experiencia en *Mengano* me contaron Lorenzo Amengual, Carlos Marcucci y el diseñador gráfico Martín Mazzei (entrevistas personales); Soriano, "Fidel Pintos recreó con profundidad el personaje típico del 'chanta', *LO*, 12/5/1974; la descripción de Soriano en esos meses pertenece al ilustrador y humorista Sanyú en la presentación de su versión en historieta de *TSF*; del momento en que empezó *NHPO* le contó a Daniel García Molt en 1987; su prima Nilda refiere los relatos del tío Casimiro; de las primeras lecturas sobre *NHPO* le contó a M. Russo, 1994; de la reescritura en Bruselas le dijo a Sergio Kiernan, *La Semana*, sep. 1987; sobre Lidia Lafón me contaron Sonia Freites, Oscar Finkelberg, Tito Cossa y Marta Degracia, entrevistas personales; del viaje a Europa rescato información por las cartas a su madre; F. Samoilovich me contó del encuentro en París y el viaje a Bruselas; Jorge Palant, su analista, me refirió elementos de la relación; Soriano, "¡Araca, París! Un redactor de *Mengano* en las Uropas", 4/8/1975; Soriano, "Venecia sin nosotros. El gordo Soriano es una porquería", *Mengano*, 15/9,/1975; Soriano, "Carta desde Bruselas", *Mengano*, 29/9/1975; la carta a F. Samoilovich sobre su precaria situación, en *LM*, sep. 1997; sobre la entrada a *El Cronista*, entrevista personal con T. Cossa y entrevista de C. Mucci, 1997; del compañerismo en ese diario, entrevistas personales con Eduardo Van der Kooy y Norberto Colominas; Soriano, "Fillol, un arquero que ya entró en la historia", *EC*, 22/12/1975*;* Soriano, "Cada uno se gana la vida como puede", *EC*, 3/11/1975; Soriano, "Como un chico, Locche jugó despreocupado con el peligro", 20/10/1975; Soriano, "Las venas abiertas de Eduardo Galeano", *EC*, 8/11/1975; T. Cossa y M. Degracia me contaron de la estadía de Soriano en su casa; Max Ferrarotti,

"Ferrarotti-Cafiero, reunión en los altos mandos financieros", *Mengano,* 10/11/1975; M. Ferrarotti, "Yo conocí a Sarmiento, a Mitre, a Rosas. Ferrarotti frente a un presidente olvidado en Martín García", *Mengano*, 24/11/1975; de sus días en Bangkok, carta a su madre, 14/2/1976; cartas a Lidia Lafón, 4/3/1976 desde París y 15-16/3/1976 desde Bruselas; sobre cómo se conocieron Osvaldo y Catherine, entrevistas personales con F. Samoilovich y C. Brucher; sobre su salida del país hacia Tailandia y de cómo se anotició del golpe de Estado, C. Mucci, 1997.

9. Exilio

De cómo recibieron el golpe me contó F. Samoilovich; de las amenazas y el cierre de *Mengano* me contaron C. Marcucci y M. Mazzei; sobre las amenazas a Soriano me contaron E. Van der Kooy, S. Freites, T. Cossa; sobre la denuncia de Roberto Aizcorbe, T. Cossa en *Soriano*, documental de E. Montes-Bradley y entrevista personal; R. Aizcorbe, "Revolución social y decadencia. El personal revolucionario", en *La Nueva Provincia*, 4/10/1976; Soriano, carta a Lidia Lafón, 7/8/1976; sobre la salida de Tandil me contaron A. Gauna y N. Villarreal, y Di Paola se refirió en "El cuaderno de Osvaldo", *Radar, P12*, 28/1/2007; M. Giardinelli me contó de la despedida frente al Colón; F. Samoilovich contó de la inminencia del viaje en "Soy una montaña", *LM*, sep. 1997; entre sus papeles Soriano conservaba el registro intelectual de *NHPO*; del viaje a Ezeiza, entrevista personal a N. Colominas; del soldado en el aeropuerto le contó a C. Mucci, 1997; C. Brucher y F. Samoilovich me contaron de los primeros meses del exilio; correspondencia con su madre; correspondencia con T. Cossa y M. Degracia; J. Cortázar, en *Cartas 1969-1976*, págs. 575 y 576; correspondencia con Lidia Lafón, 8/7/1976, 16/7/1976, 9/10/1976; Soriano sobre Pedro Páramo en "Escritores en apuros", *RSF*, pág. 86; las cartas a Osvaldo Bayer por la publicación de *TSF* en Alemania del 23/3/1977 y de 9/1977, citadas en "Las cartas del exilio", O. Bayer, *Radar, P12*, 28/1/2007; sobre Aída Bortnik, correspondencia con su madre y entrevista a F. Samoilovich; del viaje a Polonia, correspondencia a T. Cossa y M. Degracia, entrevista a F. Samoilovich;

de la mudanza a la casa sobre Palmerston, carta a O. Bayer, y entrevistas a F. Samoilovich y Szpunberg; de cómo se le hizo cuesta arriba ese primer año me contó F. Samoilovich y Soriano le escribió a T. Cossa; sobre su condición de clandestino le contó a J. L. Solís, 1993; Soriano, "Carlos Gardel, un amor argentino", en *RSF,* pág. 165; sobre el intento de la novela con Gardel le escribió a O. Bayer el 22/3/77 (*Radar,* 2007), a T. Cossa, 19/4/1977 y a Giovanni Arpino el 3/4/1977; la correspondencia entre Soriano y Arpino fue compilada por Massimo Novelli en *Bracconieri di storie*, págs. 47 y 48; G. Arpino, "Charlo trapito / Perche nessuno l'ha letto?", *La Stampa*, 29/11/1974; la carta a Arpino explicándole que no tiene cuentos es del 27/4/1977; la referencia al boxeador en decadencia y al cantor de tangos está en *RSF*, pág. 7; sobre los avances de *CDI,* correspondencia con T. Cossa y M. Degracia; sobre los personajes arrastrados por la historia del país le argumenta a L. Bruschtein, 1995; R. Piglia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, abr. 1997; Isidoro Blaisten alude al habla de sus personajes, "En un cielo con gatos y con noches", *Radar, P12,* 2/2/1997; Soriano, *CDI*, págs. 67 y 68; sobre ficción y realidad en sus relatos orales, entrevistas con I. Markovits y F. Samoilovich; del paso de comedia con adminículos, entrevista personal con O. Bayer; Nico Orengo cuenta de cuando lo conoció en *Osvaldo Soriano, un retrato,* de E. Montes-Bradley, pág. 66 (versión en libro del documental); el popurrí de referencias y lecturas de comienzos de 1978 proviene de su correspondencia; sobre *Facundo*, de Sarmiento, y el Mundial 78, cartas a T. Cossa y M. Degracia; respecto al Mundial, correspondencia con T. Cossa y G. Arpino; de las traducciones de *TSF*, correspondencia con T. Cossa y G. Arpino (14/10/1978); "Llevamos a los muertos con nosotros…", fragmento de *El mar*, de John Banville, pág. 102; a T. Cossa le cuenta del gato Negro Vení, de quien también me contó C. Brucher; sobre Onetti y las negociaciones con Bruguera y Seix Barral, cartas a T. Cossa; el comentario de Italo Calvino sobre *NHPO* apareció en la solapa de la primera edición de la novela en español, Bruguera, Barcelona, 1982; sobre la situación legal en Francia y el casamiento me contó C. Brucher; sobre *Sin Censura*, entrevistas personales con Hipólito Solari Yrigoyen y Carlos Gabetta; *Sin Censura*. *Periódico de*

información internacional para América Latina, Washington-París, Nº 0, nov. 1979; Soriano, "El Uruguay amordazado y su inteligencia en el exilio", *Sin Censura*, nov. 1979; Soriano, "Ellos allá, nosotros en la vereda de enfrente", entrevista a David Viñas, *Sin Censura*, mar. 1980; Soriano, en *Argentine. Le diable dans le soleil*, de Carlos Gabetta, prefacio; de la visita de Di Paola, correspondencia con T. Cossa; sobre los encuentros con amigos de visita en París, entrevistas personales con Van der Kooy, Daniel Divinsky, Degracia, Palant, Cossa y Ulanovsky; Marco Antonio Campos, "Dos novelas de Osvaldo Soriano", revista *Proceso*, 31/10/1981; Tununa Mercado, "La novela es puro cuerpo", revista *Sábado*, 16/8/1980; Ángel Rama, "Discurso chirriante para una sociedad desgarrada", *Unomasuno*, 2/8/1980; correspondencia con Carmen Balcells, 5/2/1981 y 1/4/1981; sobre la llegada de Mitterrand al poder, carta a su madre; Soriano, "San Lorenzo, réquiem", *HU*, sep. 1981.

10. Cuervos

Soriano, "San Lorenzo, réquiem", *HU*, sep. 1981; la historia del 5 a 2 de Racing se la contó a P. Eliaschev en 1993 y dos años después en un reportaje en *La Razón*; Soriano, "La vuelta de Sanfilippo suscita nostalgia de un mundo mejor", *LO*, 17/2/1972; a E. Rafael le contó que Albrecht era su ídolo; sobre el mejor San Lorenzo, entrevista de C. Ferreira, 1983; Eduardo Rafael me contó de la final del 72 en el estadio; Soriano, "San Lorenzo coronó invicto su campaña y obtuvo el Torneo Nacional de fútbol", *LO, 19/12/1972;* Soriano, "Francisco Xarau y Juan Giannella. El nacimiento de San Lorenzo de Almagro", en *LOC*, 7/1/1973, y en *ALC*, págs. 109 y 117; las historias con el experto en computación francés y la demolición del viejo estadio se las contó a E. Rafael en 1991, publicada en *LM*, jul. 1997; Soriano, "Bienvenido, Ciclón", *La Voz*, 8/11/1982; Soriano, "Historia de una mufa", *P12,* 15/6/1988; Soriano sobre la inauguración del nuevo estadio en "Cuervos", *P12*, 2/5/1993; de Sanfilippo en el supermercado le escribió a Eduardo Galeano, *El fútbol a sol y sombra*, pág. 129; del orsai de Sanfilippo como máximo goleador Galeano contó en "Somos las historias que vivimos", entrevista de Daniel

Viglione en revista *Ñ*, 6/4/2012; de San Lorenzo campeón, Soriano, "Festejos", 27/6/1995.

11. Para no olvidar este tiempo infame: *best seller* y regreso

Soriano, *CDI*, Bruguera, Barcelona, 1982, contratapa de Michelangelo Antonioni; Antonio Tabucchi, "Me quedan sus libros", *Radar, P12*, 2/2/1997; Soriano, "El gran problema argentino es la falta de memoria histórica", entrevista de Rosa María Pereda, *El País*, 20/4/1982; Soriano, "El idioma como trabajo", entrevista de Ana Basualdo en *La Vanguardia*, 17/4/1982; "Desde el vértigo hacia el abismo", comentario de Nora Catelli en *Quimera*, may. 1982; entrevista de Alejandro Rozitchner, *El diario de Caracas,* 10/1/1982; sobre la guerra de Malvinas, cartas a su madre, entrevistas personales con E. Van der Kooy e H. Solari Yrigoyen; sobre la versión cinematográfica alemana de *CDI* crucé correos electrónicos con Peter Lilienthal; sobre la publicación de *NHPO* en la Argentina, entrevistas de G. Speranza y M. Moncalvillo, 1983; Soriano, "Martini el inmoralista", *HU,* dic. 1982; Juan Carlos Kreimer, "Crónica de un libro solo", nota sobre *CDI* y la ausencia de los libros de Soriano en el país, en *HU*, ago. 1982; Marcos Mayer, comentario en *Punto de Vista*, nov. 1982; Alfonso Fierro Obregón, "Novela dura y posdictadura militar argentina", tesis de grado en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2013; sobre la falta de reconocimiento a *CDI* como novela de la dictadura, entrevista de Inés Pardal, "Osvaldo Soriano's little people in a funny dirty world", *Buenos Aires Herald*, 8/1/1989; sobre exilio, literatura, Teatro Abierto, lo perdido y lo adquirido, y sus novelas, entrevista de M. Moncalvillo; Solari Yrigoyen me contó que le presentó a Alfonsín; sobre la inminencia del regreso, correspondencia con T. Cossa; del viaje entre Ezeiza y el centro porteño cuenta en "Buenos Aires después de un largo insomnio", *RSF*, págs. 214 y 215; T. Cossa recuerda su llegada en "Qué lejos está todo, y qué cerca", *P12*, 29/1/1998.

12. Siempre es difícil volver a casa

HU, mar. 1983; sobrevuelo por la edición de *CL* del 27/2/1983; de la llegada a Buenos Aires me contó Catherine Brucher; Soriano, la atmósfera de la ciudad, en "Buenos Aires después de un largo insomnio", *RSF*, pág. 216; "La anécdota y el trasfondo", comentario de C. A. Gómez en *LN*, 10/4/1983; "Una cruda descripción", comentario de H. O. Grosso en *CL*, 31/3/1983; Soriano, sobre ser *best seller*, en "Buenos Aires después de un largo insomnio", *RSF*, págs. 211 y 212; entrevista personal con Juan Forn en torno al fenómeno de ventas de los libros de Soriano; la carta de Sabato apareció en *HU*, mar. 1983; las declaraciones de Sabato sobre la reunión con Videla aparecieron en *LO*, 20/5/1976; la polémica de Sabato con Bayer fue publicada inicialmente en el *Periódico de las Madres de Plaza de Mayo,* entre dic. 1984 y mar. 1985, y luego fue compilada en *Rebeldía y Esperanza*, Osvaldo Bayer, págs. 281 a 297; Gabriel García Márquez, "La última y mala noticia de Haroldo Conti", *El Espectador*, 21/4/1981, compilado en *Notas de prensa 1980-1984*; la charla de Soriano en Filosofía y Letras de la UBA, en la sede de la calle Puán, fue el 11 de noviembre de 1991, reproducida por la revista *Maniático Textual*, feb. 1992; Sabato habló sobre Soriano con el periodista Dante López Foresi en el programa *Sin dudas*, Cablevisión, 21/3/1994; en la previa de la Feria, entrevista de Josefina Delgado, "La sangre nos marcó", *CL*, 7/4/1983; Silvina Jensen, "Vientos de polémica en Cataluña: los debates entre los de adentro y los de afuera de la Argentina de la última dictadura militar"; Liliana Heker, *El Ornitorrinco*, Buenos Aires, ene.-feb. 1980; Luis Gregorich, "La literatura dividida", *CL*, 29/1/1981; declaraciones de Asís a la Agencia AP en Madrid, recogidas por *LN*, 29/9/1981; Soriano sobre el "genocidio cultural", entrevista de R. M. Pereda, *El País*, 20/4/1982; Luis Gregorich, "Las dos caras de Mefisto", *HU*, jun. 1983; Osvaldo Bayer, "Elogio del exilio", *HU*, ago. 1983; L. Gregorich, "Un elogio poco elogiable", *HU,* ago. 1983; crónica de la Feria del libro sobre la mesa "Literatura, censura y educación", Carlos Ares, *HU*, abr. 1983; Héctor Olivera me contó sobre el llamado a París para filmar *USPS*; Soriano sobre Olivera y cómo se toman los escritores las novelas llevadas al cine, en *LM*, "Los diálogos malos son una tradición del cine argentino", entrevista de Diego Lerer y Pablo Marchetti,

5/4/1994; Soriano, sobre Timerman, en *ALC,* pág. 13; sobre fútbol y literatura, entrevista de C. Ferreira, 1983; sobre la situación política, carta a Cossa, 22/7/1983; Soriano, entrevista al fiscal Albert Paul Lentin, *HU*, jul. 1983; Héctor Olivera, "Cuando un amigo se va", *LM*, sep. 1997; entrevista personal con Olivera; del juicio objetivo del libro a partir de la película, entrevista de Daniel García Molt, 1987; sobre la influencia de la película, entrevista con Nancy Pazos en *Ruleta rusa*, canal TN, dic. 1995; Liliana Heker, "Osvaldo Soriano: los subproductos del exilio. A propósito de *NHPO*", *El Ornitorrinco,* jun. *1983;* entrevista personal con Heker; Heker y Ana María Shua en *Soriano*, documental de E. Montes-Bradley, 1998; entrevista a Soriano de Néstor Ponce, firmada con el seudónimo Felipe Navarro, en revista *Chile-América*, jul. 1983; prólogo de José Pablo Feinmann en la reedición de Seix Barral de *NHPO*; Soriano, "El nuevo presidente frente a la historia", *HU*, oct. 1983; "Las clases medias", "Un rotundo desmentido" y "del miedo del oficinista", Soriano, "La coalición del miedo", *HU*, nov. 1983, recopilado en *RSF,* págs. 247, 250 y 251; cartas de lectores, "El país contra Soriano", *HU*, dic. 1983; "Tamaño olvido", Soriano, "La autocensura de la democracia", *HU*, dic. 1983; sobre Cortázar en Buenos Aires me contaron C. Gabetta y H. Solari Yrigoyen; Soriano, "Julio Cortázar, un escritor, un país, un desencuentro", *HU*, mar. 1984, también *RSF,* págs. 127 y 128; Soriano, "Cortázar y la agenda de Alfonsín", *P12*, 20/3/1994, compilado en *CTL*, págs. 163 y 164; Soriano, "La provocación militar", *HU*, dic. 1983; Enrique Vázquez, "La impaciencia desestabilizadora", *HU*, dic. 1983; Soriano, "El miedo al disenso", *HU*, ene. 1984; Soriano, "El contragolpe de Alfonsín", *HU*, feb. 1984.

13. Breve historia del amor por los gatos

Carta a su madre, 3/2/1984; D. Divinsky, entrevista personal; "Un lindo gato" y "El Negro tenía un carácter", Soriano, *ENP,* págs. 14 y 19; la referencia al gato Pulqui en Soriano, "Educación sentimental", *P12*, 28/11/1993, recopilado en *CTL*, pág. 12; de la genética gatuna y la escritura nocturna, entrevista con M. Russo, 1994; "soy uno de ellos" y el gato que lo espera el día que nació, Soriano, "Educación

sentimental", *P12*, 28/11/1993, recopilado en *CTL*, pág. 10; "Decían que había que regresar" y "No bromeo", Soriano, *ENP*, págs. 24 y 29; "Adentro, al calorcito de la estufa", Soriano, *ENP*, pág. 31; "La gente empezó a hacer comentarios" y "No sé quién ganó la calle primero", Soriano, *ENP*, págs. 36 y 39; de la relación mágica le contó a Silvia Chejter para la audiovideoteca de escritores en 1988; sobre los gatos como teléfonos, entrevista con R. Ibarlucía, 1987; la escena en la casa de Marlowe está en *TSF*, pág. 139; de Matheson, el gato y el incendio cuenta en "Educación sentimental", *CTL,* págs. 11 y 12; la escena del incendio, el bosque y Matheson, "Tenía más de sesenta años", está en *LHSS*, pág. 134; entrevistas personales con A. Szpunberg y M. Degracia; Soriano, "Breve historia de mi amor por los gatos", *Super Humor*, oct. 1982; Soriano, "Maldición eterna", *P12*, 1/12/1991; Soriano, "Buen provecho", *P12*, 14/5/1996; Antonio Dal Masetto, *La culpa*, pág. 60; J. Lanata en *Diario Popular*, 2/2/1997*,* y *Perfil*, 24/1/2007; sobre los gatos en Sudamericana, entrevistas personales con Luis Chitarroni y Gloria Rodrigué; de los gatos como críticos supervisores, entrevistas de Florencia Fontana, "Los gatos de la inspiración", *LN*, 8/12/1992, y de M. Russo, 1994; sobre la llegada del Negro Vení, entrevistas personales con F. N. Juárez y C. Brucher.

14. Unos años para hacer pie

Sobre la muerte de la gata de Cortázar, entrevista de C. Ferreira, 1994; la carta a S. Freites y José María Pasquini Durán, "Julio Cortázar, un escritor, un país, un desencuentro", en *RSF,* pág. 123; sobre el regreso, última carta a T. Cossa desde París; Soriano, entrevista a Rodolfo Mattarollo, *HU,* abr. 1984; Soriano, "Entrevistas con gente de talento. Bocetos de París", *HU*, may. 1984; sobre la preparación de *El Periodista* y el conflicto posterior, entrevistas con C. Brucher, Nora Bonis, F. N. Juárez, C. Gabetta, Carlos Alfieri y N. Colominas; Soriano, manuscrito del boceto del organigrama de *El Periodista*; Soriano, "El que no pacta es un gorilón", *HU*, may. 1984; Soriano, "Alfonsín y los sofocones del FMI: ¿el primer paso hacia la unidad nacional?", *HU*, jun. 1984; Soriano, "La Cancillería auspició en España a los economistas del Proceso", *HU,* jun. 1984; Soriano, "La hipoteca del

pasado y el valor de los símbolos", *HU*, jul. 1984; anuncio de *El Periodista*, *HU*, ago. 1984; Soriano, carta de renuncia a Cascioli, 10/8/1984; sobre el desacuerdo con Cascioli, entrevista con R. Ibarlucía, feb. 1987; Tato Pavlovksy sobre su papel en *CDI*, "Ese don de la marginalidad", *P12*, 27/1/2002; Soriano, sobre la versión de *CDI*, entrevista de D. Lerer y P. Marchetti, 1994; sobre la controversia por los derechos, entrevistas con C. Brucher, O. Finkelberg y P. Lilienthal; Soriano, en la Feria del Libro de Montevideo, "Para quebrar el exilio y el 'inxilio'", revista *Jaque*, 5/10/1984; en esa nota, la cita de Tomás de Mattos; en el mismo número, entrevista de Elvio Gandolfo, "El café, Burundi y el horror al trabajo"; sobre escritores que han sido periodistas y sobre el éxito, entrevista de C. Ulanovsky, 1984; entrevista personal con Omar Gasparini; Soriano, "Escritores en apuros", en *RSF,* pág. 83; que el exilio no lo movilizó, entrevista de C. Ares, "Soriano vuelve sin pena ni olvido", *La Razón,* 26/8/1986; la alimentación de la araña, en "Escritores en apuros", *RSF*, pág. 91; sobre el proceso de *APRL*, entrevistas personales con Claudia Pasquini y Rolando Graña; sobre la adopción de la computadora, entrevista de Camilo Sánchez, revista *Libre*, dic. 1986; Soriano, "La escritura electrónica y la presunta muerte de la máquina de escribir", revista *Crisis*, mar. 1988, compilado en *CTL*, pág. 106; entrevista personal con Vlady Kociancich; "¿Qué hago yo en este lugar…", Soriano, "Fidel, el insomne", *El Periodista*, ene. 1986, recopilado en *RSF*, págs. 185 y 186; "Solucionados todos los problemas", *RSF*, págs. 190 y 191; del viaje en 1981 contó Pedro Orgambide, "Daiquiris en Cuba", *P12*, 2/2/1997; sobre la condena a las dictaduras en el encuentro de intelectuales le contó a C. Ferreira, 1994; de los cuestionamientos al PC, entrevista con Tito Cossa; sobre Derrida y lo que le dolía de Cuba, entrevista de P. Eliaschev; de su apoyo al MAS le contó a R. Graña, "Rutas argentinas hasta el fin", *El Porteño*, nov. 1990; "Este texto no oculta mi simpatía" y "La revolución sandinista", Soriano, "Nicaragua, la revolución más vigilada del mundo", *El Porteño*, mar. 1987, recopilado en *RSF,* págs. 193 y 196-197; sobre la segunda etapa de *Crisis* y sus cortocircuitos con Zito Lema, entrevistas personales con C. Pasquini y Oscar Smoje; Soriano, "Pagar el deslumbrante frac del Zorzal", *Crisis,*

abr. 1986; sobre la revista anclada en el pasado, entrevista con R. Ibarlucía, 1987; sobre los relatos futboleros en *Il Manifesto*, Mauricio Matteuzzi en *Soriano, un retrato*, de E. Montes-Bradley, pág. 67; Dal Masetto me contó cómo supo el desenlace de "El penal más largo del mundo"; sobre la invitación a *Il Manifesto*, "Entre el truco y la novela", *Crónica*, 15/2/1987; la reacción de Don Salvatore por Platini está en "Maradona sí, Galtieri no", *RSF*, pág. 79; de cómo conoció a Maradona, introducción de "Pensar con los pies", *CAF,* pág. 179; que la cultura oficial no lo necesitaba, entrevista de C. Ares, 1986; "Eludimos la obligación", "Las clases dominantes", "una línea refinadamente reaccionaria", la verdadera salvación" y "Sosnowski se divierte", Soriano en el Segundo Encuentro de Intelectuales Argentinos, ponencia "Una cultura en deuda" en el Centro Cultural San Martín, 15/8/1986, publicada en *El Porteño*, oct. 1986, y compilada en *RSF*, págs. 209 a 213; C. Mucci, "Literatura, democracia y desconcierto", *La Razón*, 18/8/1986; Beatriz Sarlo, "Leer, hoy, no es un acto eminentemente político", *La Razón*, 18/8/1986; sobre popularidad y reconocimiento crítico, entrevista de R. Ibarlucía, feb. 1987; Soriano, entrevista de C. Ares, 1986; sobre el rechazo en Letras, entrevista personal con C. Pasquini; Daniel Gigena, "Plegarias atendidas: los rezos de mi madre para que me salvara de la colimba", *LN*, 9/8/2017; Patricia Kolesnikov, "Lectora tardía", *CL*, 20/1/2002; Soriano, sobre el cónsul de Pasquini Durán, revista *Extra*, feb. 1987; sobre la elección del título le contó a C. Sánchez, 1987; sobre la crítica por izquierda y su búsqueda, entrevista con R. Ibarlucía, 1987; del fracaso y el éxito, *Crónica*, 1987; sobre que no planteaba la caída del comunismo, entrevista con Elisabeth Dhaine, sep. 1994, publicada en *Caravelle*, 1997, págs. 109 a 122; de su interpretación fundamental, entrevista con Gustavo Beliz, "Soriano y los best sellers", *La Razón*, 16/2/1987; entrevista personal con Gloria Rodrigué.

15. El corazón de *Página/12*

"Sátira política y aventuras", Jorge Masciángoli, *LN*, 20/12/1986; sobre "un nuevo Boedo y Florida", entrevista de G. Beliz, 1987; "Algo huele a podrido en la literatura argentina. Las patotas del Nuevo

Boedo y la New Florida", J.P. Feinmann y Juan Carlos Martini, *HU*, mar. 1987; Ignacio Xurxo, "Soriano no se rinde", *CL,* 8/1/1987; Soriano, "Punto final. Los generales no resbalan", *El Porteño*, ene. 1987; Soriano, "Crónica de una Pascua inolvidable", *El Porteño*, may. 1987; sobre Soriano en *El Porteño* y el contacto con J. Lanata, entrevista personal con R. Graña; del esquema inicial de *Página/12*, Lanata en *Lanata*, de Luis Majul, pág. 362; Blaustein sobre Lanata, Nora Veiras sobre los números cero y Santiago Rodríguez sobre la imprenta, en "La primera página: 30 años de la fundación de *Página/12*", nota de Andrés Fidanza e Ignacio Fusco en el blog Medios y Opinión; sobre los comienzos del diario me contaron S. Freitas, R. Graña, Ernesto Tiffenberg y Alberto Dearriba; sobre los números cero, entrevistas con Catherine y E. Tiffenberg; *Página/12*, primer número, 26/5/1987; Soriano, "Alfonsín, con el alma en la cara", 26/5/1987; del cotidiano en *Página*, primeros tiempos, entrevistas con E. Tiffenberg, C. Pasquini, S. Freites y A. Dearriba; J. Lanata sobre Soriano, en *Diario Popular*, 2/2/1997; Soriano sobre *Historia de Teller*, *P12,* 1/11/1992; la esquela sobre la promoción, papeles personales de Soriano; J. Lanata sobre Soriano en *Rolling Stone*, oct. 1999; carta de Soriano a Catherine, 7/8/1987; Soriano, "Los invasores de la isla imaginaria", *P12*, 11/6/1987; Soriano, "El candidato de la muerte", *P12*, 29/8/1987; Soriano, "Pinochet. Chile, el país de los carapintadas", *P12*, 15/7/1987; Soriano, "Hammett, crónica de un hombre flaco y solo", *P12*, 27/9/1987; Soriano, "Variaciones en negro", *P12*, 27/9/1987; Soriano, "El símbolo de un encono permanente que lleva al exilio y al desprecio", *P12*, 13/6/1987; Soriano sobre Borges, entrevista de C. Mucci, 1997; "Un escritor, cuando trabaja también en periodismo", Soriano, *RSF*, pág. 6; Rogelio Demarchi, "La gran Soriano: el periodismo como sostén del dispositivo mitográfico", revista *Questión*, jul. 2016; Soriano, desde Roma, "El contradictorio socio de la Argentina", *P12*, 6/3/1988; Soriano, "El país sin Olmedo", *P12*, 13/3/1988; sobre el encuentro con Mastroianni, entrevista con D. Lerer y P. Marchetti en *LM*, 1994; Soriano sobre la muerte de Mastroianni, "¿Que paese e' queste?", *P12*, 20/12/1996; sobre el tole tole con Martín Caparrós, entrevistas

personales con E. Tiffenberg, Jorge Dorio, A. Dearriba, S. Freites, C. Brucher; M. Caparrós en *Lanata*, L. Majul, págs. 99 y 100; M. Caparrós en *Soriano, un retrato*, E. Montes-Bradley, pág. 87; entrevista con Guillermo Saavedra; G. Saavedra, "¿A sus plantas rendido un lector?", *La Razón*, 3/5/1987; sobre la tensión entre Soriano y la revista *Babel*, entrevistas personales con L. Chitarroni y Fernando Fagnani; sobre quienes despreciaban a Soriano, J. P. Feinmann en el prólogo de *NHPO*, págs. 7 y 8; Soriano, "Breve historia de mi amor por los gatos", *Super Humor*, oct. 1982; entrevistas personales con C. Pasquini y Camilo Sánchez; sobre la tumba de Carrié y el origen de *EOP*, Soriano, "Nuestro hombre en París", *P12*, 12/7/1992; de su asombro por el hallazgo le contó a I. Pardal, 1989; sobre G. Greene, entrevista de M. Giardinelli, 1988; Soriano sobre G. Greene, en "El otro y su doble", *P12*, 23/10/1988, y en "Nuestro hombre en el cielo", *P/12*, 4/4/1991; Soriano sobre Simenon, "La novela en su esplendor", 10/9/1989; Soriano, "Gelman, el fin de un largo invierno", *P12*, 17/1/1988; sobre Monzón y el asesinato de Alicia Muñiz, "Ricos y famosos", *P12*, 16/2/1988; Soriano sobre Pinti, "¿Qué hacías vos en la guerra, papá?", *P12*, 15/6/1988; Soriano desde Chile, "El día del chacal", *P12*, 31/7/1988; Soriano, sobre la obra de teatro de García Márquez, "La desgracia de ser feliz", *P12*, 21/8/1988; Soriano, sobre la rebelión carapintada, "La tercera es la vencida", *P12*, 3/12/1988; Soriano sobre Angeloz, "La imaginación administrada", *P12*, 26/5/1988; Soriano, sobre el gastado Alfonsín, "El capitán Mac Whirr atraviesa la tormenta. Cinco años de democracia", *P12*, 31/12/1988; Soriano, "La duda externa", 13/11/1988; Soriano, "Vientos y tempestades", 24/1/1989; Soriano, "Una memoria con muchos olvidos", *P12*, 19/3/1989; Soriano, "Al socialismo lo conduce Dios", *P12*, 9/4/1989; Soriano, "Mitterrand y la Biblioteca de Babel", *P12*, 16/4/1989; Soriano, "Volver a casa", *P12*, 23/4/1989; Soriano, "El vals del adiós", *P12*, 4/5/1989; Soriano, "Entre la magia y el mito", *P12*, 7/5/1989; Soriano, "Un destino sudamericano", *P12*, 15/5/1989; Soriano, "Si ves al futuro", *P12*, 15/5/1989; Soriano, "Memorias del presente. De Sartre a Noti Dormi", *P12*, 9/7/1989; acerca de su resistencia a la paternidad, entrevistas personales con C. Brucher, S. Freites, O.

Finkelberg y Eduardo Febbro; Soriano, “Aquel peronismo de juguete”, *P12*, 8/10/1989, recopilado en *CAF*, pág. 19; sobre los primeros años con Manuel, testimonios de C. Brucher, S. Freites y A. Dal Masetto.

16. *Una sombra* en la fiesta de los 90

Soriano, “Años 90. Acá lo único que cambia son los precios”*, P12,* 31/12/1989; Soriano, el diálogo sobre los libros de colores, en “Sucesos argentinos”, *P12*, 6/5/1990; acerca de televisión, clase media y publicidad, Soriano, “La sagrada familia”, *P12*, 21/1/1990; la referencia a Zaki Laïdi y las relaciones Norte-Sur, Soriano en “Ciertas peripecias del paraíso liberal”; *P12*, 15/4/1990; J. M. Pasquini Durán sobre la desconfianza a los grandes medios, en “A sus plantas rendido un león”, *Radar, P12*, 2/2/1997; sobre cómo pasó de trabajar de una novela a otra, entrevista con Vicente Muleiro, “En las rutas del ajuste”, diario *Sur*, 4/6/1990; sobre *Moby Dick* y la traducción de Pezzoni, entrevista de Norberto Soares, “Yo no creo en el futuro del país pero me esfuerzo por defenderlo”, *Acción*, feb. 1991; sobre el descubrimiento de *Moby Dick*, entrevista de María Esther Vázquez, “Los difíciles destinos argentinos”, *LN*, 16/12/1990; sobre Melville y Dios, entrevista de Judith Gociol, “Si Dios existiera sería Shakespeare o Cervantes”, *LM*, 15/11/1995; “Nunca me había pasado” y “Hace tiempo que todo”, Soriano, *USPS*, pág. 15; del narrador que no se deja arrastrar por el destino le dice a M. E. Vázquez, 1990; “Fuimos caminando juntos”, *USPS*, pág. 32; escribir a partir de una imagen, entrevista con V. Chiaravalli, 1996; “Los otros pasajeros”, *USPS*, pág. 16; “Alguna vez debió ser”, *USPS*, pág. 35; “por las rutas peladas de la provincia” le dice a V. Muleiro, 1990; el parlamento de Barrante, *USPS*, pág. 95; Soriano, columna en *CL*, 26/5/1994; sobre su apego a la política, entrevista de N. Soares, 1991; sobre el proceso de edición en Sudamericana, entrevistas personales con G. Rodrigué y L. Chitarroni; de cómo apareció el título y del proceso de trabajo, entrevista de M. E. Vázquez, 1990; sobre la promoción y preocupación por la llegada de sus libros, entrevistas con G. Rodrigué, L. Chitarroni y A. Dal Masetto; Garganta Profunda, “¿Cuánto vale un escritor?”, *Primer Plano, P12*, 16/6/1991; John Updike sobre *A Funny Dirty Little*

War, en *Odd Jobs: Essays and Cristicism*, pág. 607; John Updike sobre *Shadows*, en *More Matter: Essays and Cristicism*, Ballantine Books, 2000, pág. 634; Ramón Chao, reseña en *Le Monde*, ago. 1994; comentario de Carlos Alberto Morán, "El regreso de la Argentina patética a través del ojo de un buen Soriano", *EC*, 18/11/1990; comentario de Ignacio Zuleta, "Soriano, una sombra de lo que fue", *Ámbito Financiero*, 14/11/1990; comentario de Oscar Hermes Villordo, "El tren detenido de nuestra historia", *LN*, 2/12/1990; comentario de Charlie Feiling, "El culto de San Cayetano", revista *Babel*, 22/3/1991; Mauro Libertella, "Un cambio de conversación. A 20 años del cierre de *Babel*", revista *Ñ*, *CL*, 17/6/2011; sobre el comentario de Feiling, entrevistas personales con L. Chitarroni, F. Fagnani y Juan Forn; Soriano en el ciclo "Conversaciones en Puán", 11/11/1991; tramos del reportaje público, Telma Luzzani e Hinde Pomeraniec, "Yo camino por la cornisa de la literatura", *CL*, 26/12/1991; la charla fue reproducida por revista *Maniático Textual*, feb. 1992; Hinde Pomeraniec sobre la polémica, "Aplausos y autógrafos", *Radar, P12*, 11/3/2007; Eduardo Romano, "Soriano y la literatura argentina que se enseña en la UBA", *Radar, P12*, 18/2/2007; sobre sus reacciones por la charla en Puán, entrevistas personales con S. Freites y C. Pasquini; entrevista de C. Ares, "Libertad, igualdad, independencia, esa es la utopía", *LM*, 27/5/1992; sobre sus reacciones ante la academia y la crítica, entrevistas personales con Ángel Chiatti, E. Tiffenberg y C. Brucher; Soriano, "Bioy durmiendo al sol", *P12*, 25/11/1990, compilado en *CTL*, págs. 129 a 131; sobre el Buenos Aires sobrenatural de Bioy, Soriano en "Bioy Casares en la tierra del Quijote", *P30*, abr. 1991, compilado en *PFD*, pág. 124; sobre los escritores y Buenos Aires, entrevista de M. Russo, 1994; Soriano, "Socialismo a la francesa", *P12*, 15/5/1991; Soriano, sobre la Argentina potencia, en "Después del terremoto", *P12*, 30/6/1991; Tato Dondero, histórico delegado de *Página*, me contó la escena de Menem, el descapotable y Soriano; Soriano, "Luz verde para el ajuste", *P12*, 9/9/1991; Soriano, acerca de las hipotéticas secuelas del terrorismo, en "Indulto, corrupción y guerra", *P12*, 22/1/1991; sobre el naufragio argentino, entrevista de C. Ares, 1992; sobre la lectura fascinante de la Biblioteca de Mayo,

"Uno no nace por generación espontánea sin ser afectado, nadie escapa a su tiempo y a su biografía", entrevista en *Unicornio*, s/firma, dic. 1993; Soriano cita a Beruti y sus *Memorias curiosas* en "Las palabras del adiós", *P12*, 3/2/1991, compilado en *CAF*, pág. 142; sobre por qué el menemismo no citaba a los próceres, entrevista de J. L. Solís, 1993; sobre la Revolución de Mayo y lo pendiente, entrevista con C. Ares, 1992; sobre el ideario desmesurado que atrajo a la inmigración, entrevista de Jorge Halperín, "¿Cómo podemos desvalorizarnos tanto?", *CL*, 11/11/1990.

17. *El ojo* secreto

Soriano, "Escritor corsario y editor pirata", *P12,* 3/11/1991, compilado en *PFD*, págs. 165, 167 y 168; entrevistas personales con los escritores que compartieron la cena con Soriano y el editor pirata; "¿Ya arreglaste con alguna editorial?", Soriano, "El ahorcado huye. Memorias del Míster Peregrino Fernández", *P12*, 10/11/1996, compilado en *AIG*, pág. 245; "El más afortunado de los autores", Soriano, "Putas y cafiolos", *P12*, 10/11/1991, compilado como "Cafiolos" en *PFD*, págs. 170 y 172; D. Divinsky, "A vos no te va tan mal, gordito", *P12*, 12/11/1991; entrevista personal con D. Divinsky; Guillermo Saccomanno, "Derechos de autor, derechos humanos", *P12*, 15/11/1991; Soriano, "La muerte del corsario negro", *P12*, 17/11/1991, compilado en *PFD*, págs. 179 y 176; sobre el debate en la Feria, "Escritores y editores opinan sobre el derecho de autor", *LM*, 19/4/1995; "Los metí a todos en la misma bolsa", en *PFD*, pág. 163; Soriano, "Stalin por teléfono", *P12*, 12/1/1992; Soriano, "El padrecito de los pueblos", *P12,* 26/1/1992; Soriano, "La estirpe argentina", *P12*, 23/2/1992; Soriano, "Pito catalán", *P12*, 9/2/1992; Soriano, "Un domingo de otro planeta", *P12,* 5/5/1992; Soriano, "El dilema de Manuel", *P12*, 20/9/1992; Soriano, "El inventor de Buenos Aires", *P12*, 26/7/1992, compilado en *PFD*, págs. 116 y 117; sobre el diálogo con otros integrantes del equipo y su estudio, entrevista de G. Speranza, *P12*, 21/6/1992; sobre cómo lo ceñía situar la acción en 1910 y la persistencia del prócer, entrevista de Carlos Algeri, "Soriano, el espía de la patria", *EC*, 29/11/1992; sobre el encierro para escribir

y la traición en la historia argentina, entrevista de Analía Roffo, “Los ojos de la traición”, *CL*, 26/11/1992; Soriano, “tan joven y tan hijo de puta”, *EOP*, pág. 119; “Carré en francés significa cuadrado”, entrevista de C. Algeri, 1992; Soriano, sobre *Barton Fink*, en “Estas voces, aquellos ámbitos”, *P12*, 17/5/1992; “tal vez encontraría a su chica”, Soriano, *EOP*, pág. 123; “Un odio profundo”, Soriano, *EOP*, pág. 132; “Si pudiera me gustaría escribir con amor”, Soriano, *EOP*, pág. 138; “Cuando era joven publicó…”, Soriano, *EOP*, pág. 134; “Hace novelas con intriga…”, Soriano, *EOP*, pág. 139; “Vea, voy a serle sincero…”, Soriano, *EOP*, pág 140; “Usted tiene un no sé qué…”, Soriano, *EOP*, pág. 141; Soriano, “Mis personajes no leen”, entrevista de C. Ares, 1992; “Esa noche hizo lo de siempre…”, Soriano, *EOP*, págs. 22 y 23; “Si se convertía en el confidencial…”, Soriano, *EOP,* pág. 105; Soriano, “Nuestro hombre en París”, *P12*, 12/7/1992; Soriano, “El vacío de la página llena”, *P12*, 9/8/1992; Soriano, “Volver del futuro”, 23/8/1992; “Es su mejor novela”, L. Chitarroni en revista *Somos*, 16/11/1992; sobre el tironeo entre Sudamericana y Planeta, entrevista personal con Juan Forn; Soriano, “Son las cosas que pide Balcells”, entrevista de C. Mucci en *Los siete locos*, 1992; sobre que trascendieran los montos de los anticipos, entrevistas personales con G. Rodrigué y Juan Forn; Soriano, “Yo me gano la vida bien” y “Un Renault 11 modelo 90”, entrevista de L. Majul, “Alfonsín es un inútil; Menem, no tanto”, *Somos*, 16/11/1992; Soriano, “Primero hay que hacer las cuentas” y “Lo sostendría al Beto Acosta”, entrevista de C. Algeri, 1992; en torno al cansancio “con las pequeñas miserias del diario”, nota de sus papeles personales; G. Saccomanno, “El escritor confidencial”, *Primer Plano*, *P12*, 13/12/1992; R. Demarchi, “Pulsiones argentinas”, revista *Maíz*, Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata, mar. 2015; “Escúcheme bien”, y “Recordaba tantos trastornos”, Soriano, *EOP*, págs. 39 y 41; “No tuvo que hacer ningún esfuerzo” y “Con un cáncer así”, Soriano, *EOP*, págs. 50 y 70; “Un tipo que lleva un cáncer” y “Yo a este tipo no lo veo”, Soriano, *EOP*, págs. 71 y 84; “Pensó que en ninguna parte”, Soriano, *EOP*, pág. 230.

18. Iluminaciones y penumbras

Soriano, el artículo en la enciclopedia del futuro, *Primer Plano, P12*, 18/4/1993; sobre la casa en Mar del Plata, entrevista personal con C. Brucher; “El público me da miedo”, crónica de Patricia Kolesnicov en la Feria, *CL*, 19/4/1993; sobre el tipo que le aseguraba jugar un partido de ficción, Soriano en la crónica de Julio Spina, “Fútbol y literatura en la Feria”, *P12*, 4/5/1993; en torno a si se arrepentía de haber dejado el fútbol, entrevista de J. L. Solís, 1993; “Las imágenes del pasado”, Soriano, en *EOP*, pág. 171; “La memoria lo agiganta todo”, Soriano, “Rosebud”, *P12,* 30/5/1993, compilado en *CAF*, pág. 101; “Ese era mi jardín…”, Soriano, “Rosebud”, *CAF*, pág. 103; sobre el padre, entrevista de J. Lanata, 1993; “Muchos lectores me preguntan”, Soriano, “En el nombre del padre”, *CAF*, pág. 11; alude a *Stéfano* en “Mister S”, entrevista de Juan Forn en *Radar*, *P12*, 3/11/1996; “Todavía hoy sigo subido”, Soriano, “Algunas caídas”, *P12*, 10/10/1992, compilado como “Petróleo” en *CAF*, pág. 31; “Debe estar pitando…” y “Nunca ganó un peso...”, Soriano, “Petróleo”, *CAF*, págs. 29 y 31; “Obras Sanitarias ya está muerta”, Soriano, “Olimpo”, *P12*, 16/5/1993, retitulado “Encuentros” en *CAF,* pág. 79; “Que se te mueran los hijos”, Soriano en “Palizas”, *CAF*, pág. 63; sobre lo que el escritor tiene que hacer, la exposición, entrevista en *Unicornio*, 1993; “que escribió unas memorias fantásticas”, Soriano en “El hijo de Butch Cassidy”, *CAF*, pág. 201; “Quienes llegaron a conocerlo”, Soriano en “Últimos días de William Brett Cassidy”, *CAF*, pág. 222; “Empecé contando algunas cosas”, entrevista de P. Kolesnicov, 1993; Eduardo Gudiño Kieffer, “Amar al país”, *LN*, 26/12/1993; Daniel Freidemberg, “El árbol de la memoria”, *CL*, 27/1/1994; sobre el proceso de escritura del guion, entrevista de D. Lerer y P. Marchetti, 1994; entrevista personal con H. Olivera; Soriano, sobre el proceso de filmación, en “Sombras”, *P12*, 26/12/1993; Soriano, “De la novela al cine”, *P12*, 4/5/1994; Soriano, en el marco de “Lo que el cine se llevó”, *CL*, 26/5/1994; sobre la película en Venecia, entrevista personal con H. Olivera; Irene Bignardi, comentario de la película, “Com’e falsa l’Argentina in sogno”, *La Repubblica*, 12/9/1994; “Italia,

España, Francia y ni mu", Soriano, "Desde París", *P12*, 9/10/1994; sobre la elección de convencionales constituyentes y el triunfo del Frente Grande en Capital, Soriano, *P12*, 11/4/1994; Soriano sobre la reforma constitucional, "Hoy un juramento", *P12*, 25/8/1994; Soriano, crónica Argentina *vs*. Grecia, "Pasión", *P12*, 22/6/1994; Soriano, sobre la televisión y las burlas a Colombia, "Cuidado con el gordo", *P12*, 25/6/1994; Soriano, crónica Argentina *vs*. Nigeria, "Bendición", *P12*, 26/6/1994; "¿Es cierto que Diego queda fuera?", Soriano, "Vencedores", *P12*, 30/6/1994; Soriano, crónica Argentina *vs.* Bulgaria, "Huérfanos", *P12*, 1/7/1994; Soriano, "El Mundial vacío", *P12*, 3/7/1994; Soriano, "Una soberbia pifia", en "Telón", *P12*, 4/7/1994; sobre la mudanza de La Boca a Palermo, entrevistas con C. Brucher y H. Olivera; "En cada mudanza una pérdida", Soriano, "Mudanzas", *P12*, 28/8/1994, compilado en *PFD*, pág. 39; del gato torcido que le mordisqueó los apuntes, entrevista de Carlos Baudry, revista *Gente*, 26/5/1994; sobre la obsesión por el trabajo y la curiosidad, entrevista personal con A. Dal Masetto; sobre la noche y el borrador de *LHSS*, entrevista de M. Russo, 1994; Soriano, "Ritz Fitz", *P12*, 23/10/1994; Soriano, despedida a Onetti, "Un cinismo desesperado", *Primer Plano*, *P12*, 5/6/1994; Soriano sobre la muerte de Monzón, "Un duro", *P12*, 10/1/1995; Soriano, despedida a Briante, "El King Kong de los escritores", *P12*, 26/1/1995, compilado en *CTL*, pág. 194; Soriano, sobre la confesión de Scilingo, "Geografías. Llamada Internacional", *P12,* 12/3/1995; Soriano, "Confesiones", *P12*, 7/5/1995; Soriano, elecciones presidenciales, "La hora de decidir", *P12*, 14/5/1995; Soriano, "Es de acero inoxidable, Menem", en "Menem y los otros", *P12*, 21/5/1995; "El pase de Osvaldo Soriano de Sudamericana a Tesis", M. Russo en *LM*, 22/3/1995; sobre el cambio de editorial, entrevistas personales con F. Fagnani, G. Rodrigué y Margarita Valencia; Francisco N. Juárez, "Un novelista exhumador en el Père-Lachaise", revista *Maíz*, 2015; Vlady Kociancich me contó del encuentro en Casa de América de Madrid; Rodrigo Fresán lo alude también en "Chivas Gonçalves Chivas: el fino arte de redactar cronológicas", *La velocidad de las cosas*; "Soriano termina su nueva novela", entrevista de AFP en diario *La Época*, Chile, 25/6/1995;

acerca de la prolongación de las contratapas, entrevista de L. Bruschtein, 1995; "¿Hago mal en escribir esto?", Soriano, "Fantasmas", *P12*, 4/12/1994, compilado en *PFD*, págs. 59 y 60; "Entonces me di cuenta" y "Me sentía sin culpa", Soriano, *LHSS*, págs. 24 y 25; "El zumbido era un conjuro", Tomás Eloy Martínez, prólogo de *LHSS*, pág. 8; "Había estado demasiado solo" y "No, cuando escribís siempre estás solo", Soriano, *LHSS*, págs. 122 y 126; "Mirá, para tu viejo", Soriano, *LHSS*, pág. 127; "Bajó la vista en silencio" y "Sentí que aquel arrebato", Soriano, *LHSS*, pág. 103; "¿Sabés?", Soriano, *LHSS*, pág. 74; "¿Y si no me daba por vencido?" y "Me costó reconocerlo", Soriano, *LHSS*, págs. 137 y 212-213; "Adentro me esperaba, negro y perfecto", Soriano, *LHSS*, pág. 228; "El Omega aún estaba en su brazo", Soriano, "Mudanzas", *PFD*, pág. 42; sobre la versión en la que el narrador mata al padre, entrevista personal con E. Febbro; sobre que terminó enfermo, entrevista de Pedro P. Guerrero, "Es una feria de vanidades", *El Mercurio*, 12/5/1996; acerca del trabajo diario, entrevista de J. Gociol, 1995; Soriano, "De vuelta", *P12*, 10/9/1995; sobre las lecturas y la edición de la novela, entrevistas personales con F. Fagnani y M. Valencia; sobre la vida y la muerte en la novela, entrevista de L. Bruschtein, 1995; "¿Por qué no le preguntan a Silas?", entrevista de Jorge Fernández Díaz y César Litvak, "Este país está mal narrado", *Gente*, nov. 1995; Tomás Eloy Martínez, "Memorias secretas de un gran narrador", comentario en *Primer Plano, P12*, 31/3/1996; la carta de Bioy Casares está entre la correspondencia que conservaba Soriano; entrevista personal con M. A. Chiatti en torno a cómo surgió el título del libro; "En la hora sin sombra se abre", Jorge Luis Borges, "La escritura del dios", *El Aleph,* Obras completas, pág. 596; "Yo, que alguna vez era joven", y "Urgido por la necesidad de hacer algo", J. L. Borges, *El Aleph*, pág. 596; "Cada ciega jornada", J. L. Borges, *El Aleph*, pág. 597; "Que muera conmigo el misterio", J. L. Borges, *El Aleph*, pág. 599.

19. Cuando todavía creía que lo mejor estaba por llegar

“Lo llamo para desearle feliz Año Nuevo”, Soriano, “Frío, frío / Llamada Internacional”, *P12*, 7/1/1996; el programa *Tercer ojo* con Soriano y Fontanarrosa se estrenó el 31/8/1997 en T&C Sports; Soriano, “Un porvenir sin sueños ni despertares”, *P12*, 2/1/1996; Soriano, “El Mitterrand argentino”, *P12*, 9/1/1996; Soriano, despedida a Tato Bores, “El espejo tan temido”, *P12*, 12/1/1996; Soriano, “Estratósfera / Llamada Internacional”, *P12*, 17/3/1996; sobre la Feria del Libro, su “carrera” y la forma de trabajo, entrevista de P. P. Guerrero, 1996; sobre escritura, trabajo y placer, entrevista de Lina Meruane, revista *Caras* de Chile, 3/6/1996; Soriano, “Rutas”, *P12*, 26/5/1996; Bruno Arpaia, “Quella partita allo stadio con Arpino”, *La Repubblica*, 31/1/1997; Paco Ignacio Taibo es citado por B. Arpaia en “El Gordo”, *exlibris.it,* 24/5/1997; E. Febbro me contó del viaje a Saint-Malo y del proyecto de novela; sobre el Premio Scanno le contó a J. Forn, “Mister S”, *Radar*, *P12*, 1996; Soriano, “Café de Flore”, *P12*, 9/6/1996; sobre los intentos por dejar de fumar, el diagnóstico de la enfermedad y el tratamiento, entrevistas personales con E. Febbro, C. Brucher, A. Dal Masetto, F. Smoilovich, M. Degracia, S. Freites; sobre cómo afrontó la encrucijada, J. M. Pasquini Durán, *Radar,* 1997; M. Valencia y F. Fagnani me contaron de la visita a su casa para la edición de *Piratas*; Horacio Verbitsky, “Una materia exquisita”, *P12,* 30/1/1997; sobre la internación me contaron C. Brucher, A. Dal Masetto y T. Cossa; T. Cossa, “Un golpe de dados”, *Radar, P12*, 2/2/1997; Juan Forn, “Sin aliento”, *P12*, 30/1/1997; E. Tiffenberg, “Todos”, *P12* 30/1/1997; J. Gelman, “Osvaldo”, *P12* 30/1/1997; J. Timerman, “Su hermosa desfachatez”, *P12* 30/1/1997; Adolfo Bioy Casares, *LN*, 30/1/1997; Tomás Eloy Martínez, “Como Arlt y Cortázar”, *P12* 30/1/1997, y en *LN*, 9/2/1997; H. Verbitsky, “Una materia exquisita”, *P12* 30/1/1997; Abelardo Castillo, “Borraron una foto en el álbum”, *P12* 30/1/1997; G. Saccomanno, “Cómo ser solidario con el lector”, *P12* 30/1/1997; Vicente Battista, “Pasión argentina”, revista *Noticias*, 31/1/1997; Juan Martini, “Será un clásico”, *CL*, 7/2/1997; Roberto Fontanarrosa, *CL*, 30/1/1997; O. Bayer, *CL*, 30/1/1997; C. Pasquini me contó del gato que entró a su casa el día que murió Soriano; J. Di Paola, “Regreso a los años

felices", revista *Cicatrices*, ene. 2007; R. Piglia, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, abr. 1997; entrevista personal con R. Piglia; Catherine me contó de la mudanza a Janville-sur-Juine; entrevista personal con Juan Forn; F. N. Juárez me contó acerca de su gestión en la Chacarita ante el gobierno porteño; C. Brucher en Chacarita, entrevista de Oscar Ranzani, *P12*, 30/1/2007; la información sobre las cifras de ventas de la reedición de la obra de Soriano proviene de Seix Barral; R. Fontanarrosa, "Un chiste", *Radar, P12*, 27/1/2002; "Después, cuando ya todo está concluido", entrevista de Hugo Beccacecce, "Verdes laureles que supo conseguir", *LN,* 25/12/1992; "Al armarlo como un rompecabezas", Soriano, *PFD,* pág. 11; "Fue en ese tiempo", Soriano, "Parque de los príncipes", *P12*, 30/12/1995, compilado como "Peregrino Fernández" en *PFD*, pág. 224; "Inventó mil cosas", Soriano, "Peregrino Fernández", *PFD*, pág. 228; "Carajo, qué jodida es la vida", "Peregrino Fernández", *PFD*, pág. 229; "Decime, ¿qué hacés acá?", "Peregrino Fernández", *PFD*, pág. 230; "Ahora que estoy postrado" y "Estoy cansado, tengo más edad", Soriano, "Casablanca", *PFD*, págs. 232 y 234; "Anote bien", Soriano, "Shoteador", *P12,* 18/8/1996, compilado en *AIG*, pág. 219; "A esta edad para qué cuidarse", Soriano, "Invierno del 42", *P12*, 13/10/1996, compilado en *AIG*, pág. 237; "Y yo le digo: 'Sí, doctor'", Soriano, "Bataclanas", *P12*, 1/9/1996, compilado en *AIG*, pág. 227; "No quiero aparecer como un tipo", Soriano, "El ahorcado huye", *P12*, 10/11/1996, compilado en *AIG*, pág. 246; "¿Qué otra cosa puedo hacer?", Soriano, "El alma del guerrero", *P12*, 22/12/1996, compilado en *AIG*, pág. 261; "Ganaste la lotería", Soriano, "Lejos del barrio", *P12*, 27/10/1996, compilado en *AIG*, pág. 241; entrevista de Juan Forn, 1996; "El teatro estaba lleno", "Queríamos presenciar con nuestros propios ojos", "No me vas a creer", Soriano, "Escritor ejemplar", *P12*, 19/1/1997, compilado en *AIG*, págs. 271 y 272; "Ahora, en este geriátrico impoluto", Soriano, "Escritor ejemplar", *P12*, 19/1/1997, compilado en *AIG*, pág. 274; "Estos habanos que me trajiste", Soriano, "Escritor ejemplar", 2/2/1997, compilado en *AIG*, pág. 275.

Bibliografía

Libros

ARPINO, GIOVANNI, *Azzurro tenebra*, Turín, Einaudi, 1977.

ASÍS, JORGE, *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, Buenos Aires, Losada, 1980.

BAYER, OSVALDO, *Rebeldía y esperanza*, Buenos Aires, Planeta, 2016.

BANVILLE, JOHN, *El mar*, Barcelona, Anagrama, 2006.

BERGER, JOHN, *Cada vez que decimos adiós*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2008.

BLAUSTEIN, EDUARDO, *Las locuras del Rey Jorge*, Buenos Aires, Ediciones B, 2014.

BORGES, JORGE LUIS, *El Aleph. Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

BOROCOTÓ, RICARDO LORENZO, *El diario de Comeuñas*, Buenos Aires, Atlántida, 1951.

CALVINO, ITALO, *Si una noche de invierno un viajero*, Barcelona, Siruela, 1999.

CAMPS, RAMÓN J.A., *Caso Timerman. Punto Final*, Buenos Aires, Tribuna Abierta, 1982.

CAPARRÓS, MARTÍN, *El interior*, Buenos Aires, Planeta, 2006.

CHANDLER, RAYMOND, *El largo adiós*, Barcelona, Bruguera, 1981.

CONRAD, JOSEPH, *Tifón,* Barcelona, Mondadori, 2000.

———, *El corazón de las tinieblas*, Losada, Buenos Aires, 2010.

CORTÁZAR, JULIO, *Cartas 1969-1976,* Buenos Aires, Alfaguara, 2012.

DAL MASETTO, ANTONIO, *La culpa*, Buenos Aires, Tusquets, 2010.

DISCÉPOLO, ARMANDO, *Mateo. Stéfano. Relojero*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.

ELIASCHEV, PEPE, *Esto que queda. Voces e ideas de fin de siglo,* Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

FRESÁN, RODRIGO, *La velocidad de las cosas*, Buenos Aires, Random House, 2006.

GABETTA, CARLOS, *Argentine. Le diable dans le soleil*, París, Les Droits de l'homme, 1979.

———, *Todos somos subversivos*, Buenos Aires, Bruguera, 1983.

GALEANO, EDUARDO, *El fútbol a sol y sombra*, Buenos Aires, Catálogos, 1995.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *Notas de prensa 1980-1984*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

GIARDINELLI, MEMPO, *Así se escribe un cuento,* Buenos Aires, Beas, 1992.

GONZÁLEZ, HORACIO, *La realidad satírica. 12 hipótesis sobre Página 12*, Buenos Aires, Paradiso, 1992.

GREENE, GRAHAM, *El fin de la aventura*, Buenos Aires, Sur, 1959.

IGAL, DIEGO, *Humor registrado. Nacimiento, auge y caída de la revista que superó apenas la mediocridad general*, Buenos Aires, Marea, 2013.

LE CARRÉ, JOHN, *El espía que vino del frío*, Buenos Aires, Random House Mondadori, 2014.

LOWRY, MALCOLM, *El trueno más allá del Popocatépetl*, Buenos Aires, Tusquets, 2009.

MAJUL, LUIS, *Lanata*, Buenos Aires, Margen Izquierdo, 2012.

MATHESON, RICHARD, *Soy leyenda*, Buenos Aires, Minotauro, 1960.

MELVILLE, HERMAN, *Moby Dick*, traducción de Enrique Pezzoni, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.

MOCHKOFSKY, GRACIELA, *Timerman, el periodista que quiso ser parte del poder,* Buenos Aires, Planeta, 2013.

MONTANARO, PABLO, *Osvaldo Soriano. Los años felices en Cipolletti*, Neuquén, Vigilias, 2012.

MONTES-BRADLEY, EDUARDO, *Osvaldo Soriano, un retrato*, Buenos Aires, Norma, 2000.

MONTES CAPÓ, CRISTIÁN, *Osvaldo Soriano, una contrautopía posmoderna*, Santiago de Chile, RIL, 2004.

MUCCI, CRISTINA, *Voces de la cultura argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1997.

NOVELLI, MASSIMO, *Bracconieri di storie*, Turín, Spoon River, 2007.

PIGLIA, RICARDO, *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2005.

ROUSSEL, RAYMOND, *Impresiones de África*, Buenos Aires, Mansalva, 2016.

SALGARI, EMILIO, *Sandokán contro il leopardo di Sarawak*, Milán, Caroccio, 1947.

SORIANO, OSVALDO, *Triste, solitario y final*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003.
———, *No habrá más penas ni olvido*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003.
———, *Cuarteles de invierno,* Buenos Aires, Seix Barral, 2003 (primera edición: Barcelona, Bruguera, 1982).
———, *A sus plantas rendido un león*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003.
———, *Una sombra ya pronto serás*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003.
———, *El ojo de la patria*, Buenos Aires, Seix Barral, 2004.
———, *La hora sin sombra*, Buenos Aires, Seix Barral, 2004.
———, *Rebeldes, soñadores y fugitivos*, Buenos Aires, Seix Barral, 2005.
———, *Arqueros, ilusionistas y goleadores*, Buenos Aires, Seix Barral, 2006.
———, *El negro de París,* Buenos Aires, Seix Barral, 2007.
———, *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, Buenos Aires, Seix Barral, 2011.
———, *Cuentos de los años felices*, Buenos Aires, Seix Barral, 2012.
———, *Cómicos, tiranos y leyendas*, Buenos Aires, Seix Barral, 2012.
———, *Artistas, locos y criminales*, Buenos Aires, Seix Barral, 2012.
SPERANZA, GRACIELA, *Primera persona, Conversaciones con quince escritores argentinos,* Buenos Aires, Norma, 1995.
TOMASI, DIEGO, *Cortázar por Buenos Aires, Buenos Aires por Cortázar*, Buenos Aires, Seix Barral, 2013.
ULANOVSKY, CARLOS, *Paren las rotativas,* Buenos Aires, Espasa, 1997.
UPDIKE, JOHN, *Odd Jobs: Essays and Criticism*, Nueva York, Random House, 2012.
———, *More Matter: Essays and Cristicism*, Nueva York, Ballantine Books, 2000.
VERBITSKY, HORACIO, *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Ensayos

DEMARCHI, ROGELIO, "La gran Soriano: el periodismo como sostén del dispositivo mitográfico", revista *Questión*, jul. 2016.
DHAINE, ELISABETH, "Osvaldo Soriano", *Caravelle*, Nº 68, 1997, págs. 109-121.
FIERRO OBREGÓN, ALFONSO, "Novela dura y posdictadura militar

argentina", tesis de grado en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

JENSEN, SILVINA, "Vientos de polémica en Cataluña: los debates entre los de adentro y los de afuera de la Argentina de la última dictadura militar", Editorial del Departament d'Història Moderna i Contemporánia, Universitat Autònoma de Barcelona, 2005, págs. 189-209.

MINUCCI, ANÍBAL, "Cine, cultura y dictadura. El Grupo Cine en Tandil, 1968", en AA.VV., *Ensayos sobre vanguardias, censuras y representaciones artísticas en la Argentina reciente*, Tandil, Facultad de Arte-UNCPBA, 2010.

MONTES CAPÓ, CRISTIÁN, "Escritura y subjetividad lírica en *La hora sin sombra* de Osvaldo Soriano, *Revista Chilena de Literatura,* Nº 62, 2003.

RAMÍREZ LLORENS, FERNANDO, "El control de la exhibición cinematográfica durante el gobierno de Onganía", XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

RAN, AMALIA, "El viaje por la memoria en *La hora sin sombra*", Department of Modern Languages and Literatures, University of Nebraska, publicado en *Chasqui. Revista de Literatura Latinoamericana*, Nº 37, págs. 25-35 (2008).

SPAHR, ADRIANA, "Historia y ficción en tres obras de Osvaldo Soriano", tesis de doctorado en el Departamento de Español y Portugués, Universidad de Toronto, 2001.

Entrevistas con Soriano

ALEJANDRO ROZITCHNER, *El Diario de Caracas,* 10/1/1982.

ANA BASUALDO, "El idioma como trabajo", *La Vanguardia*, 17/4/1982.

ROSA MARÍA PEREDA, "El gran problema argentino es la falta de memoria histórica", *El País*, 20/4/1982.

MONA MONCALVILLO, "Osvaldo Soriano desde París", *HU*, feb. 1983.

JOSEFINA DELGADO, "La sangre nos marcó", *CL*, 7/4/1983.

CARLOS FERREIRA, "¿Vos te imaginás mi imagen frente a los franceses?

No entendían nada: ¡un intelectual pendiente de un partido de fútbol! Me miraban raro", *Revista 10*, may. 1983.

NÉSTOR PONCE (seud. Felipe Navarro), "La memoria del exiliado (sin penas ni olvido)", revista *Chile-América*, jul. 1983.

ELVIO GANDOLFO, "El café, Burundi y el horror al trabajo", revista *Jaque*, 5/10/1984.

CARLOS ULANOVSKY, "Pertenezco a una generación que murió y renació muchas veces", *CL*, 2/12/1984.

CARLOS ARES, "Soriano vuelve sin pena ni olvido", *La Razón,* 26/8/1986.

CAMILO SÁNCHEZ, revista *Libre*, dic. 1986.

RICARDO IBARLUCÍA, "Me siento un paracaidista", *El Porteño*, feb. 1987.

S/firma, "El extraño ejercicio de pensar", entrevista conjunta con Marco Denevi, *Extra*, feb. 1987.

S/firma, "Entre el truco y la novela", *Crónica*, 15/2/1987.

GUSTAVO BELIZ, "Soriano y los *best sellers*", *La Razón*, 16/2/1987.

HUGO FERMA, "Faltan novelas que cuenten una historia", *El Cronista*, 21/8/1987.

SERGIO KIERNAN, "Historia de un *best seller* argentino", *La Semana*, sep. 1987.

SILVIA CHEJTER, Audiovideoteca de Escritores, 1988.

HUGO FERMA, "Soriano y su versión del mundo del espionaje", *El Cronista*, 6/7/1988.

MEMPO GIARDINELLI, "Para vivir también es necesaria la ficción", *Puro Cuento*, nov. 1988.

INÉS PARDAL, "Osvaldo Soriano's little people in a funny dirty world", *Buenos Aires Herald*, 8/1/1989.

CARLOS ALGERI, "Un artista siempre es desmesurado, porque los mesurados son apenas buenos ciudadanos", *El Cronista*, 20/5/1990.

VICENTE MULEIRO, "En las rutas del ajuste", diario *Sur*, 4/6/1990.

ROLANDO GRAÑA, "Rutas argentinas hasta el fin", *El Porteño*, nov. 1990.

JORGE HALPERÍN, "¿Cómo podemos desvalorizarnos tanto?", *CL*, 11/11/1990.

MARÍA ESTHER VÁZQUEZ, "Los difíciles destinos argentinos", *LN*, 16/12/1990.

MARGARITA CEA, “No creo que pueda escribir sin gatos”, revista *Análisis* (Chile), 24/12/1990.

MARISA GRINSTEIN, “Una sombra nunca será”, *Noticias*, feb. 1991.

MILI RODRÍGUEZ VILLOUTA, “Taxista nocturno de la novela”, revista *Maga*, feb. 1991.

NORBERTO SOARES, “Yo no creo en el futuro del país pero me esfuerzo por defenderlo”, *Acción*, feb. 1991.

RAFAEL VAQUERO, “Un fana por siempre serás”, *El Gráfico,* 9/4/1991.

ELIO KAPSZUK, “Menem es un personaje de Sofovich”, *Nueva Sión*, 13/8/1991.

S/firma, “Soriano secreto”, *Brecha*, 25/10/1991.

TELMA LUZZANI e HINDE POMERANIEC, “Yo camino por la cornisa de la literatura”, *CL*, 26/12/1991.

CRISTINA MUCCI, sobre la reedición de *Artistas, Los siete locos*, Canal 7, 1991.

CARLOS ARES, “Libertad, igualdad, independencia, esa es la utopía”, *LM*, 27/5/1992

GRACIELA SPERANZA, “The Buenos Aires Review, La Boca, invierno 1992”, *P12,* 21/6/1992.

ROBERTO CABALLERO, “La crítica no respeta el gusto de los lectores”, *La Prensa*, 8/11/1992.

LUIS MAJUL, “Alfonsín es un inútil; Menem, no tanto”, *Somos*, 16/11/1992.

ANALÍA ROFFO, “Los ojos de la traición”, *CL*, 26/11/1992.

CARLOS ALGERI, “Soriano, el espía de la patria”, *EC*, 29/11/1992.

FLORENCIA FONTANA, “Los gatos de la inspiración”, *LN*, 8/12/1992.

HUGO BECCACECCE, “Verdes laureles que supo conseguir”, *LN,* 25/12/1992.

CRISTINA MUCCI, sobre *El ojo de la patria*, *Los siete locos*, Canal 7, 1992.

JOSÉ LUIS SOLÍS, “El narrador de ficciones siempre es impune”, revista *Cultura*, 1993.

PATRICIA KOLESNICOV, “El público me da miedo”, *CL*, 19/4/1993.

JORGE LANATA, en *Hora 25*, radio Rock & Pop, 1993.

BETO CASELLA, “Soriano juega con fuego”, *Somos*, 11/10/1993.

PEPE ELIASCHEV, en *Esto que pasa,* Radio del Plata, nov. 1993.

Patricia Kolesnicov, “Futbolistas, próceres y Manuel”, *CL*, 18/11/1993.
Sin firma, “Uno no nace por generación espontánea sin ser afectado, nadie escapa a su tiempo y a su biografía”, revista *Unicornio*, dic. 1993.
Diego Lerer y Pablo Marchetti, “Los diálogos malos son una tradición del cine argentino”, *LM,* 5/4/1994.
Carlos Baudry, revista *Gente*, 26/5/1994.
Norma Morandini en *Temas y debates*, canal TN, en 1994.
Miguel Russo, “La noche me atrae por las dudas que encierra”, *LM,* 31/8/1994.
Elisabeth Dhaine, sep. 1994, publicada en *Caravelle*, 1997.
Carlos Ferreira, “Como intelectual fue un modelo, y respecto a Cuba, un ortodoxo”, *LM,* 5/11/1994.
Alejandro Margulis, “Sí a la pasión”, *LN*, 15/1/1995.
AFP, “Soriano termina su nueva novela”, *La Época*, Chile, 25/6/1995.
Luis Bruschtein, “A la intemperie y como perdidos”, *P12*, 29/10/1995.
Jorge Fernández Díaz y César Litvak, “Este país está mal narrado”, *Gente*, nov. 1995.
Judith Gociol, “Si Dios existiera sería Shakespeare o Cervantes”, *LM*, 15/11/1995
Cristina Castello, “Los ideales son la única prueba de que estamos vivos”, revista *Viva*, *CL*, 19/11/1995.
Nancy Pazos, en *Ruleta rusa*, canal TN, dic. 1995.
Pedro P. Guerrero, “Es una feria de vanidades”, *El Mercurio*, Chile, 12/5/1996.
Lina Meruane, revista *Caras* de Chile, 3/6/1996.
Verónica Chiaravalli, “Con mis libros compro libertad”, *LN*, 9/6/1996.
Juan Forn, “Mister S”, Radar, *P12*, 3/11/1996.
Cristina Mucci, “Las reglas del juego”, *LN*, 9/9/1997.

Entrevistas personales

Aram Aharonian, Lorenzo Amengual, Osvaldo Bayer, Nora Bonis, Carlos Bosch, Catherine Brucher, Ana María Colombo, Norberto Colominas, Tito Cossa, Miguel Ángel Chiatti, Luis Chitarroni, Antonio

Dal Masetto, Alberto Dearriba, Marta Degracia, Daniel Divinsky, Tato Dondero, Jorge Dorio, Fernando Fagnani, Eduardo Febbro, Oscar Finkelberg, Juan Forn, Sonia Freites, Rodrigo Fresán, Carlos Gabetta, Miguel Ángel García, Omar Gasparini, Alberto Gauna, Mempo Giardinelli, Rolando Graña, Liliana Heker, Diego Igal, Francisco "Negro" Juárez, Vlady Kociancich, Nora Lafón, Alberto Laiseca, Telma Luzzani, Carlos Marcucci, Ivelise Markovits, Oscar Martínez Zemborain, Juan Martini, Martín Mazzei, Eduardo Montes Bradley, Hugo Nario, Eric Nepomuceno, Héctor Olivera, Jorge Palant, Claudia Pasquini, Vicente Pernía, Ricardo Piglia, Pascual Pina, Daniel Pinhao, Rodolfo Rabanal, Eduardo Rafael, Gloria Rodrigué, Guillermo Saavedra, Félix Samoilovich, Camilo Sánchez, Oscar Smoje, Lucas Soares, Hipólito Solari Yrigoyen, Manuel Soriano, Saúl Sosnowski, Alberto Szpunberg, Ernesto Tiffenberg, Carlos Ulanovsky, Eduardo Van der Kooy, Nilda Villarreal, Ema Wolf.

Mar del Plata, 1944. La foto más antigua que se conoce de Soriano.

Eugenia Goñi, su madre, en 1937.

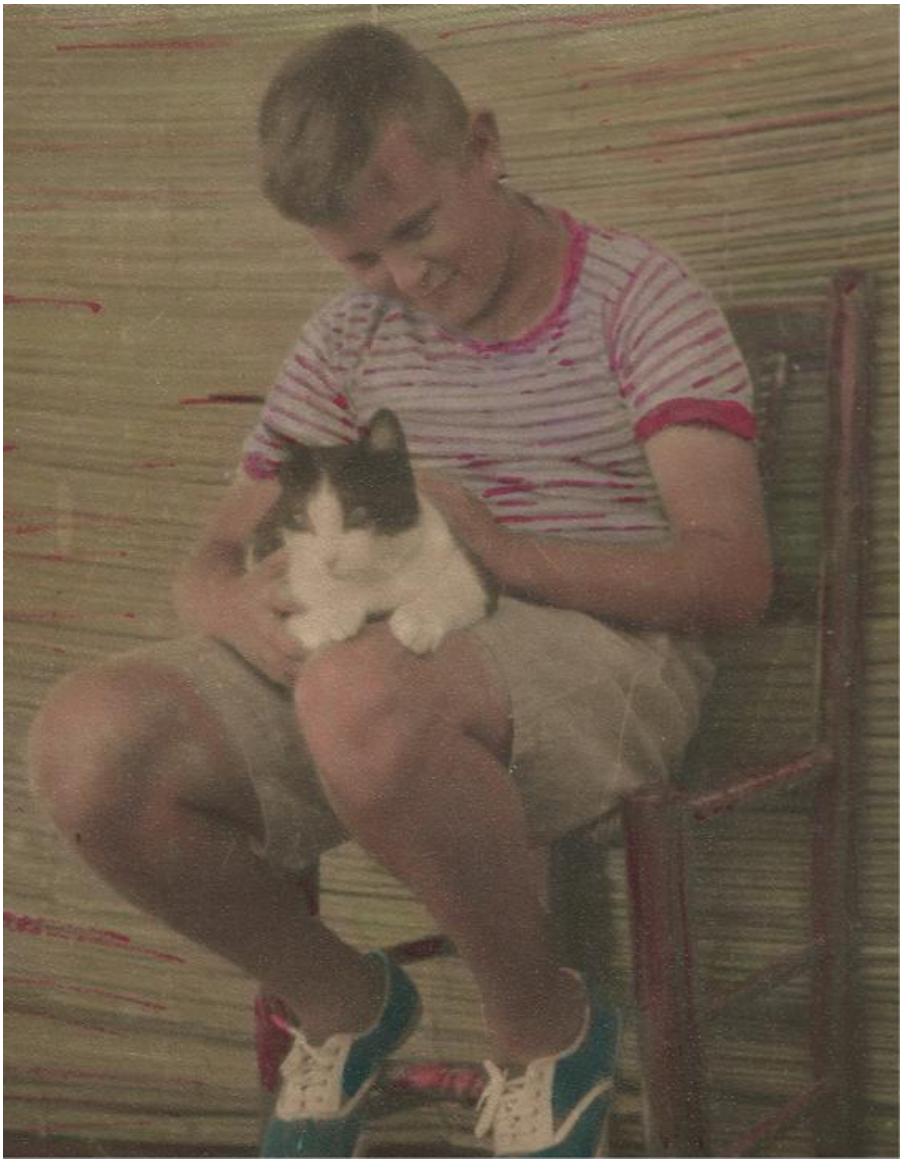
José Vicente Soriano, su padre, en Mar del Plata, 1941.

Mar del Plata, 1946.

En San Luis, escenario de los primeros cuentos de los años felices.

San Luis, comienzos de los años 50.

En Río Cuarto, cuando cumplió 11 (en el centro del grupo).



Con la gata Pulqui, 1954.

En Tandil, primera y breve estadía. Soriano en la fila superior, primero a la izquierda.

En Cipolletti, primeros tiempos.

Invierno en Cipolletti, años 50.

Sus padres, en la cocina. Cipolletti, años 50.

Con su madre en el chalet de Cipolletti.

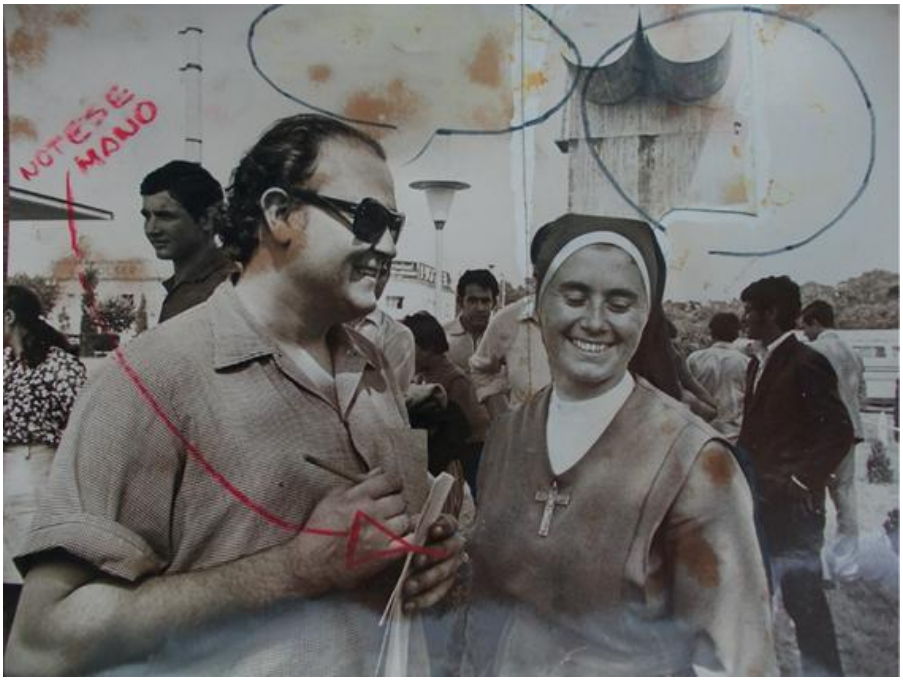
Con su padre a comienzos de los 60.

1956, General Belgrano de Cipolletti. En cuclillas, Soriano abraza a dos compañeros.

1959, General Belgrano de Cipolletti. Soriano, abajo en el centro, con la pelota.

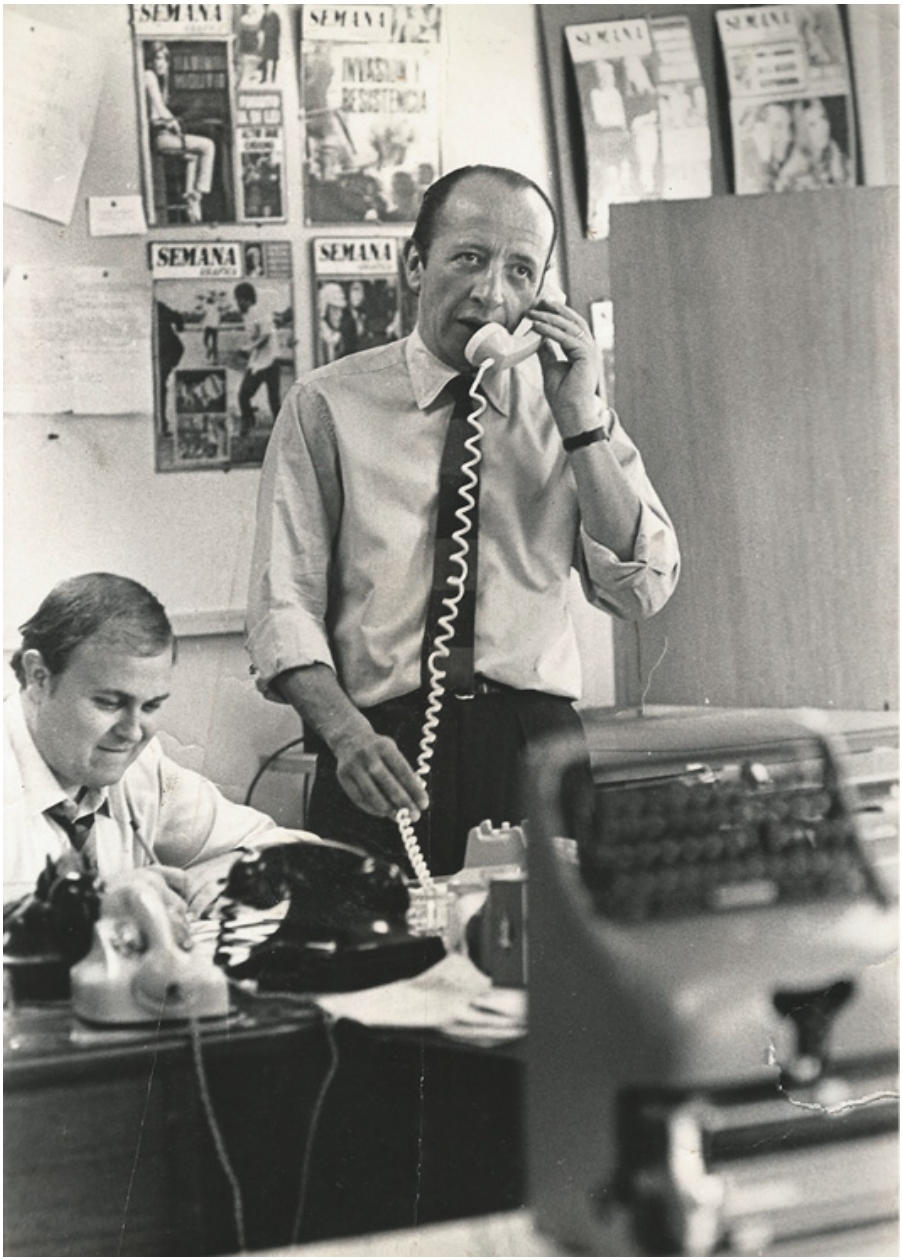
1960, R. Vázquez, Contrera, Soriano, R. Renzetti, Colo González.

Cipolletti, 1960.

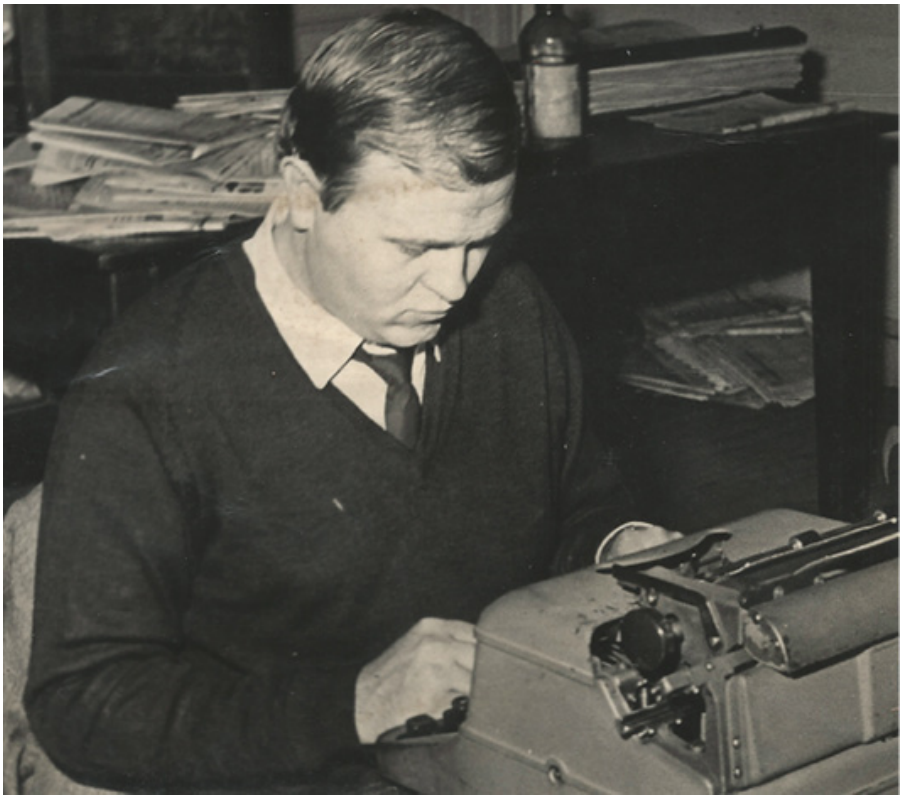


Cronista en Tandil, años 60. La fotografía conserva las marcas originales de la edición para el diario.

Del breve tiempo en *Primera Plana*, julio de 1969.



En la redacción de *Semana Gráfica*, 1970.



En la revista *Panorama*, 1970.

Enviado a los Valles Calchaquíes, Salta, 1970.

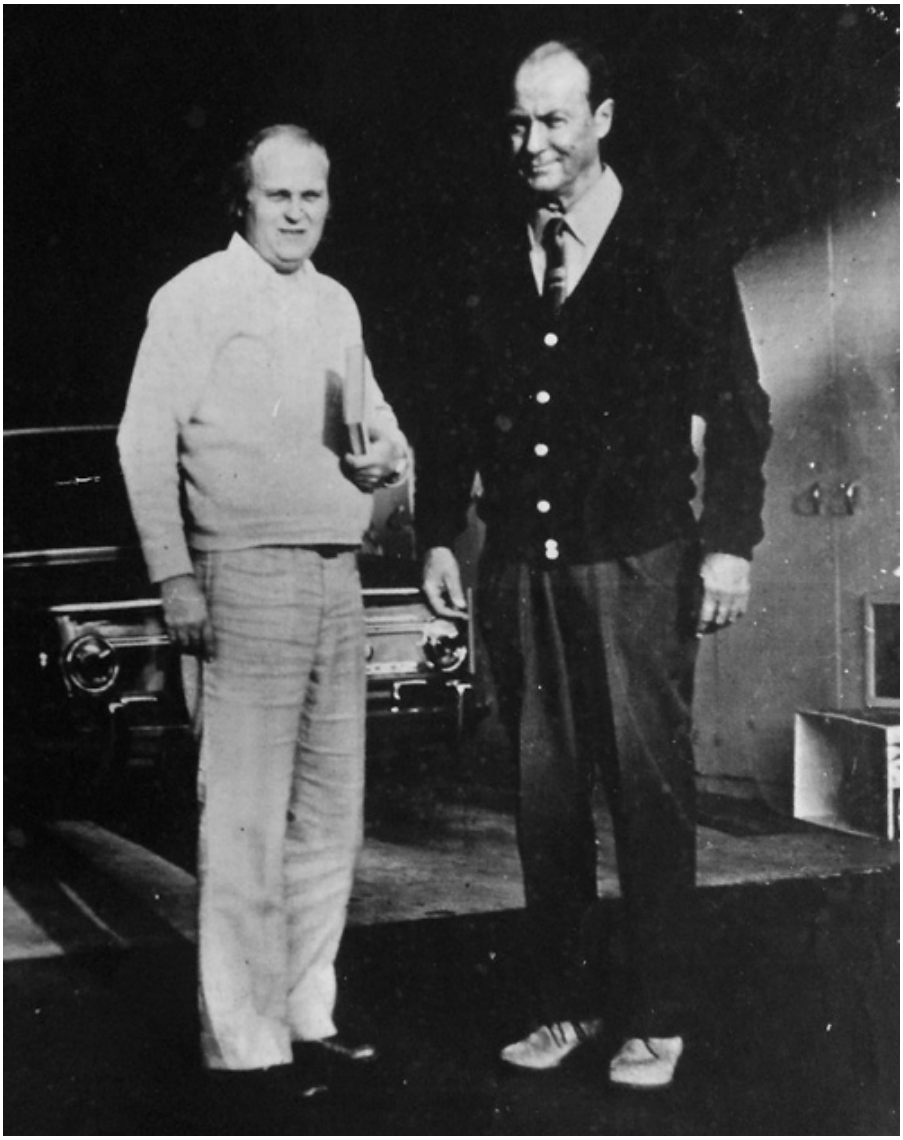
Río de Janeiro, junio de 1970. Foto de Carlos Bosch.

Río de Janeiro, junio de 1970. Foto de Carlos Bosch.

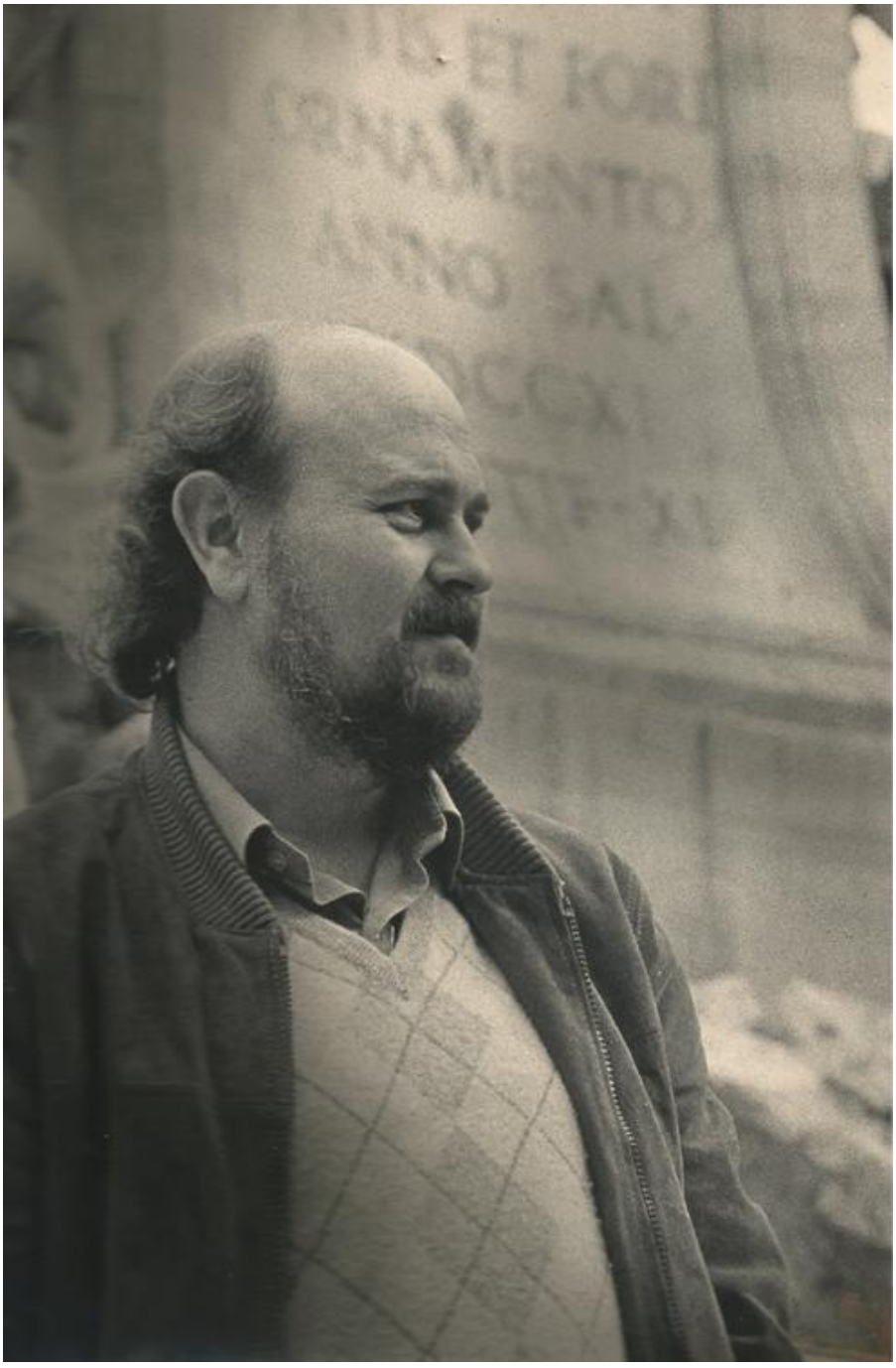
Río de Janeiro, junio de 1970. Foto de Carlos Bosch.

En manos de Mempo Giardinelli. Redacción de *Semana Gráfica*, 1970. Foto de Carlos Bosch. Archivo Carlos Bosch, Fototeca ARGRA.

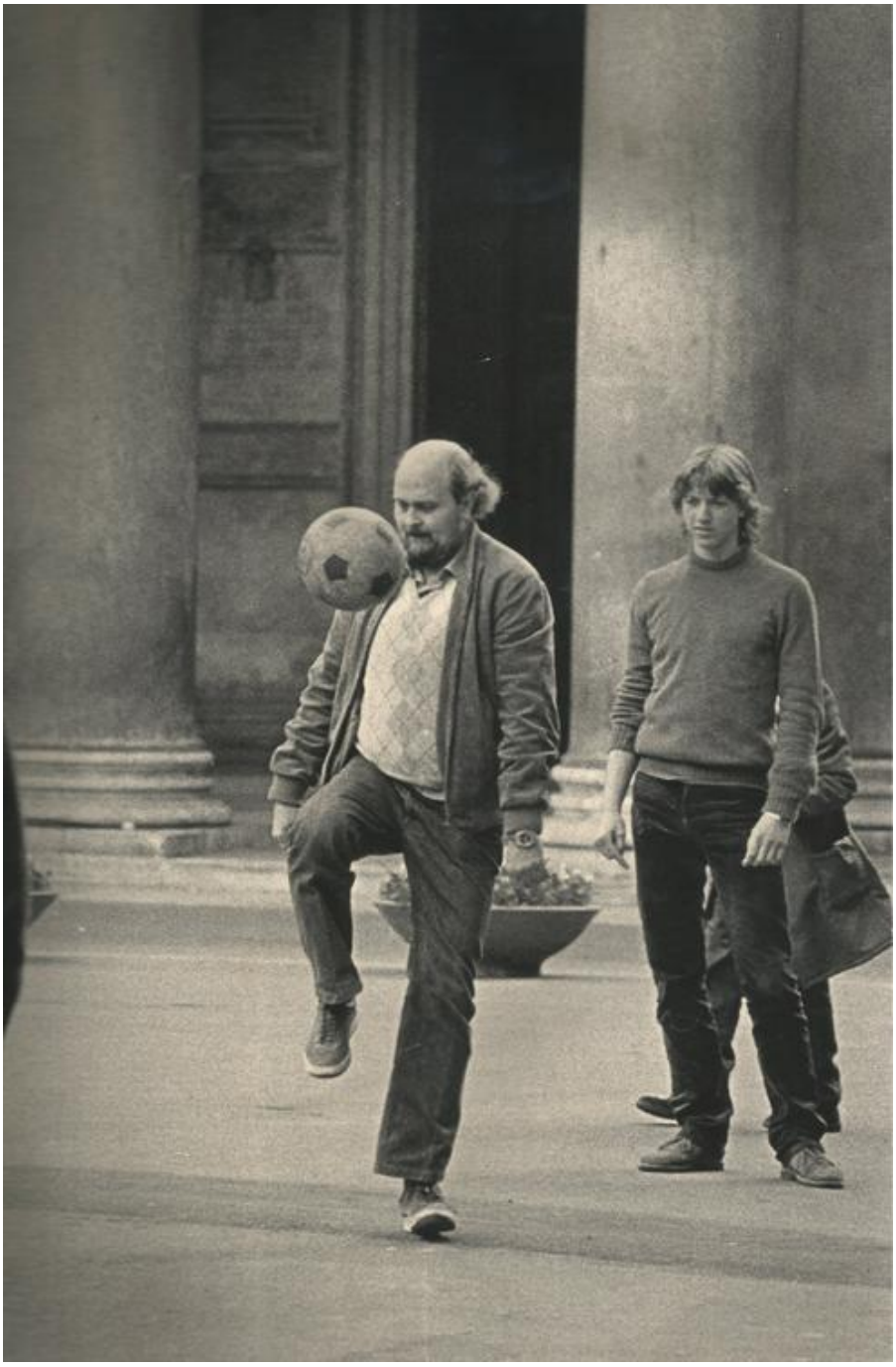
Del viaje a Estados Unidos, fines de 1973.

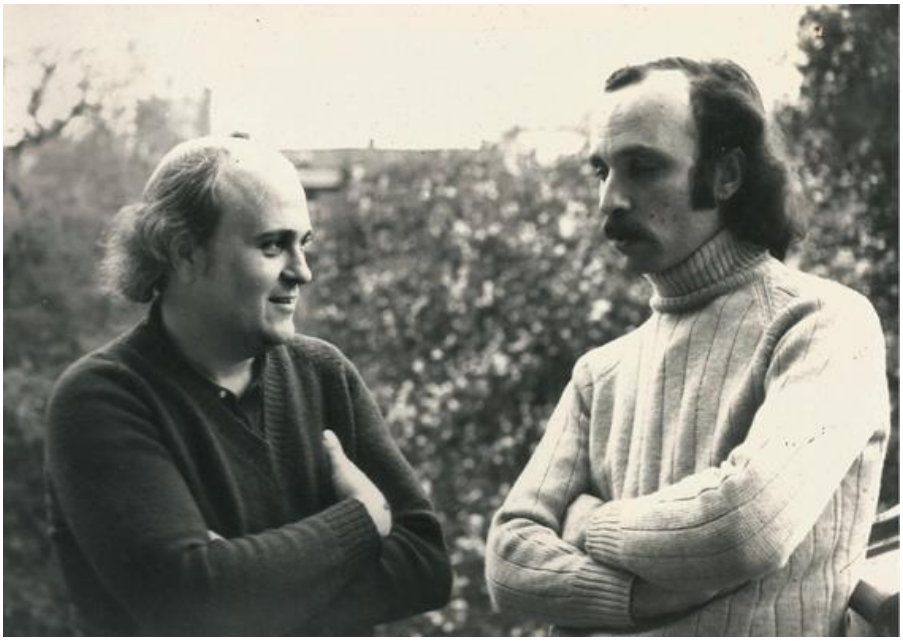


Con Ross Macdonald en Santa Bárbara, 1973.



Del viaje a Europa, 1975.





Con Félix Samoilovich, 1975.

En Highgate, Londres, marzo de 1976, frente a la tumba de Karl Marx.

En Europa, 1976, poco antes del exilio.

En Europa, 1976, poco antes del exilio.

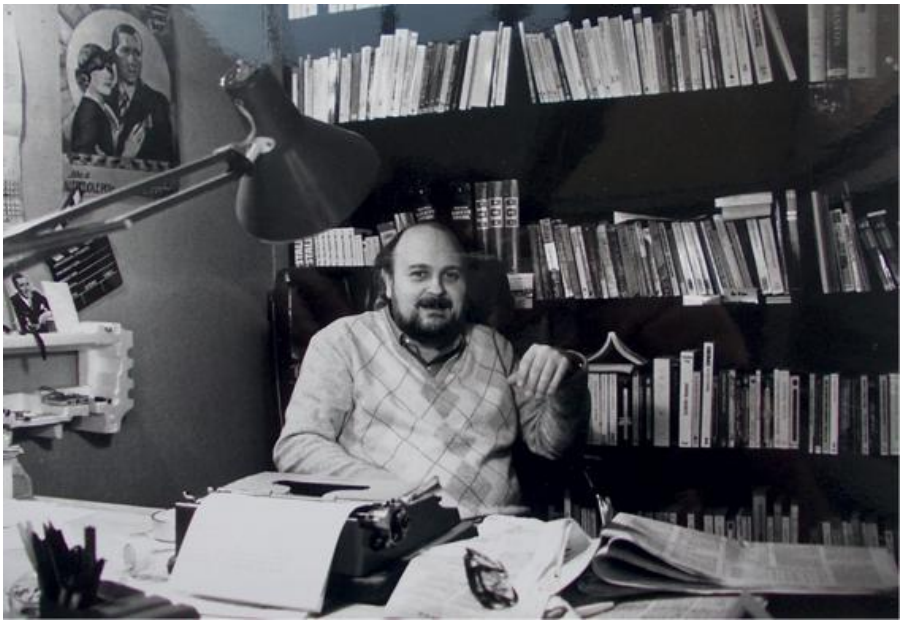
Con Juan Rulfo y Osvaldo Bayer en Frankfurt, septiembre de 1976.

Del viaje a Polonia, noviembre de 1976.

En Bruselas, a comienzos de 1977.

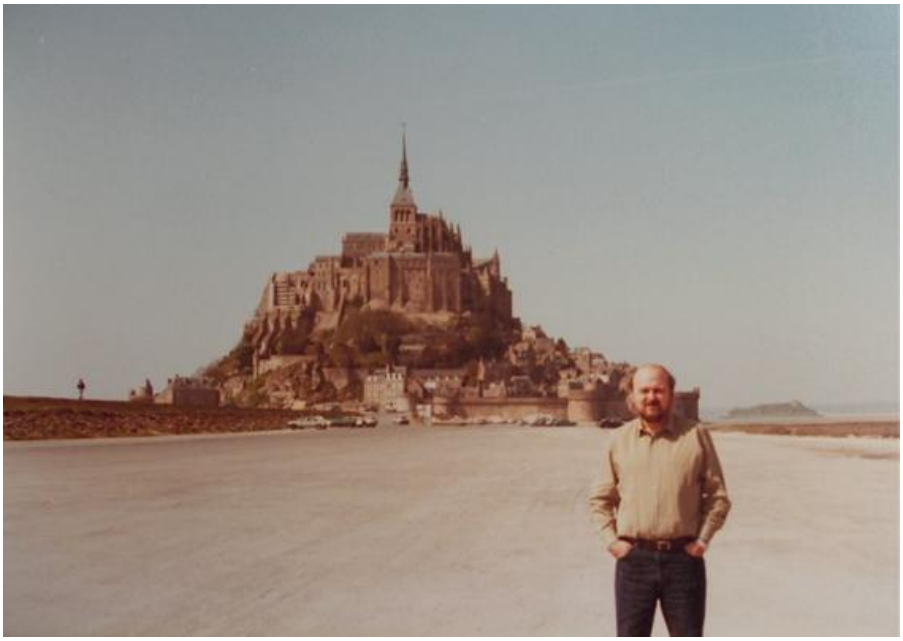
En el departamento que alquilaron con Catherine en París.

Catherine Brucher en París, a fines de los 70.



París, comienzos de los 80.

Feria del libro de Madrid, 1982.

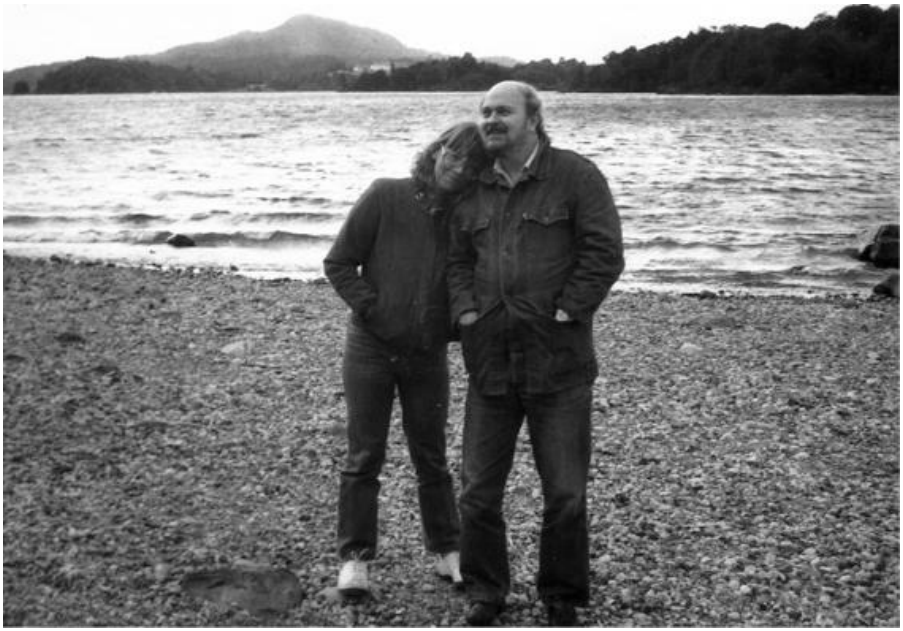


En Saint Michel, Normandía, a comienzos de los 80.

Con Héctor Olivera y Federico Luppi en el Festival de Cine de Berlín, 1984.

Presentación de *Historia de vida*, de Hebe de Bonafini, 1985.

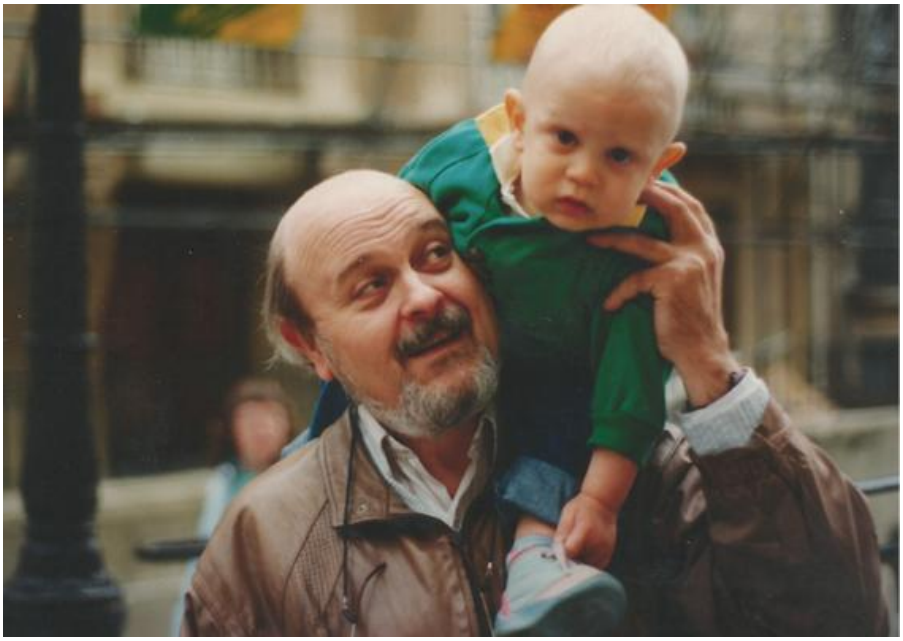
Con Jacobo Timerman y Carlos Ares.



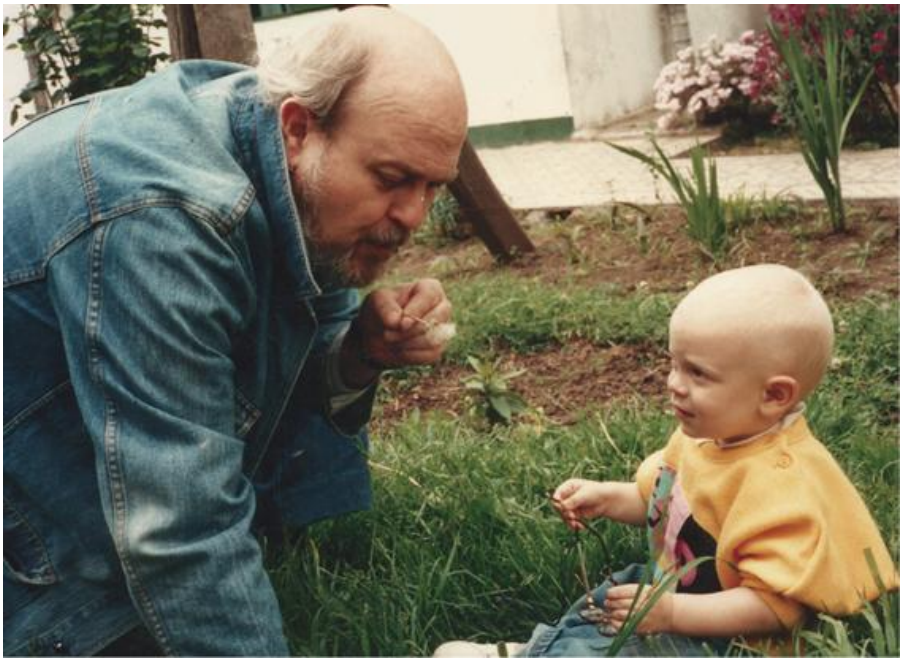
Con Catherine en Bariloche, 1985.

Diciembre de 1989 con Julio Algañaraz, Aída Bortnik, José María Pasquini Durán, Catherine (embarazada de Manuel) y Sonia Freites.

En la entrega del Premio Cervantes a Bioy Casares, abril de 1991.



Con Manuel en París, 1991.

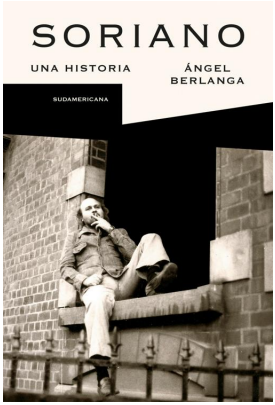


Con Manuel en Tandil.

Vuelta a la casa de Cipolletti, 1993.

Rodaje de *Una sombra ya pronto serás*, con Héctor Olivera, fines de 1993.

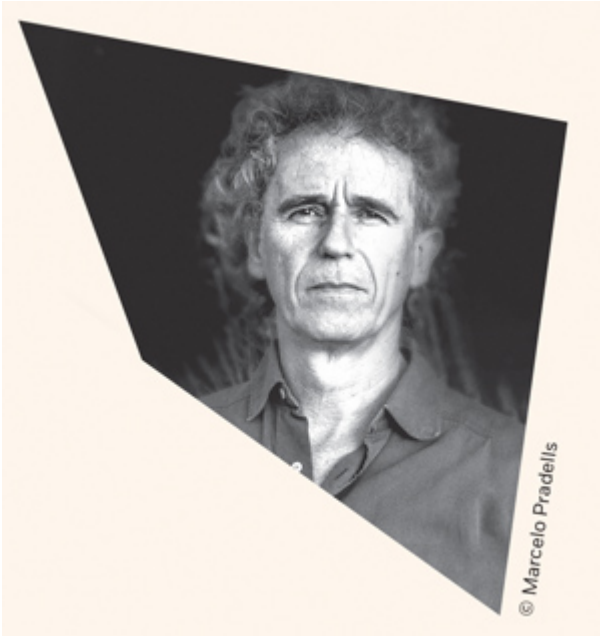
De la serie de retratos que le hizo Carlos Bosch en Barcelona, fines de los 70.
Archivo Carlos Bosch, Fototeca ARGRA.



LA VIDA DEL ESCRITOR QUE AMABA A LOS GATOS, EL FÚTBOL Y LA NOCHE

Cuando a fines de 1982 se conocieron en Buenos Aires las novelas *Cuarteles de invierno* y *No habrá más penas ni olvido*, publicadas en Europa durante su exilio en Bruselas y París, Osvaldo Soriano se convirtió en una celebridad: desde entonces cada uno de sus libros encabezaría los rankings de ventas. Hijo único de un funcionario de Obras Sanitarias y de un ama de casa, hincha apasionado de San Lorenzo, es hoy un referente mundial de la narrativa futbolera. A los veinte, mientras era sereno en Metalúrgica Tandil, su pasión se expandió al cine, el periodismo y la literatura, y así pasó de los medios locales a redactor estrella del diario *La Opinión*. Personaje entrañable, cronista brillante y protagonista central de *Página/12*, fue también un polemista enérgico. “A la literatura argentina le falta épica y sentido del humor”, desafiaba, y eso abunda en sus historias: el gusto por la aventura, las causas perdidas, la rebeldía y la amistad.

En esta biografía monumental e íntima a la vez, que se nutre de innumerables entrevistas, de la investigación de su obra y del acceso a archivos privados, Ángel Berlanga amalgama la voz de su protagonista con las de amigos, detractores, parientes, colegas y editores. Por su extraordinaria labor, el retrato de un hombre se convierte en el de toda una época.



ÁNGEL BERLANGA

Nació en Buenos Aires en 1966. Escribe en el suplemento *Radar* y coordina *Verano/12*, de *Página/12*. Es docente de periodismo en Ciencias de la Comunicación de la UBA y en la agencia ANCCOM. Es autor de las entrevistas para el libro *La literatura argentina por escritores argentinos*. Trabajó junto con Juan Forn en la reedición de la obra completa de Osvaldo Soriano y compiló dos volúmenes de artículos periodísticos: *Cómicos, tiranos y leyendas* (textos inéditos en libro) y *Arqueros, ilusionistas y goleadores*, sus escritos futboleros.

Foto del autor: © Marcelo Pradells

Berlanga, Ángel
Soriano / Ángel Berlanga. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2023.
(Biografías y Testimonios)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-950-07-6857-3
1. Biografías. I. Título.
CDD 923

Penguin Random House Grupo Editorial

Frag. de *Piratas, fantasmas y dinosaurios* © Osvaldo Soriano, 1996, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *El ojo de la patria* © Osvaldo Soriano, 1992, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *Cuentos de los años felices* © Osvaldo Soriano, 1994, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *La hora sin sombra* © Osvaldo Soriano, 1995, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *Cómico, tiranos y leyendas* © Herederos de Osvaldo Soriano, 2012
Frag. de *El negro de París* © Osvaldo Soriano, 1989, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *Arqueros, ilusionistas y goleadores* © Osvaldo Soriano, 1998, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *Artistas, locos y criminales* © Osvaldo Soriano, 1983, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *Rebeldes, soñadores y fugitivos* © Osvaldo Soriano, 1987, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *Una sombra ya pronto serás* © Osvaldo Soriano, 1988, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *Triste, solitario y final* © Osvaldo Soriano, 1973, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *Cuarteles de invierno* © Osvaldo Soriano, 1982, y herederos de Osvaldo Soriano Frag. de *No habrá más penas ni olvido* © Osvaldo Soriano, 1980, y herederos de Osvaldo Soriano Edición en

formato digital: marzo de 2023
Foto de tapa: la casa de la calle Palmerston, en Bruselas, 1977, durante su exilio.
Archivo personal de Catherine Brucher
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Max Rompo

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6857-3

Conversión a formato digital: Libresque Facebook: penguinlibrosar

Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Soriano
Dedicatoria
Epígrafes
1. Nueve señales a modo de entrada
    I
    II
    III
    IV
    V
    VI
    VII
    VIII
    IX
2. De acá para allá
3. Una temporada en el Far West
4. El descubrimiento de los libros
5. Grandes revistas porteñas
6. Redactor estrella y novelista
7. Entre el peronismo y Los Ángeles
8. Despedidas y cruces: el tiempo acelera
9. Exilio
10. Cuervos
11. Para no olvidar este tiempo infame: *best seller* y regreso
12. Siempre es difícil volver a casa
13. Breve historia del amor por los gatos

14. Unos años para hacer pie
15. El corazón de *Página/12*
16. Una sombra en la fiesta de los 90
17. El ojo secreto
18. Iluminaciones y penumbras
19. Cuando todavía creía que lo mejor estaba por llegar
Agradecimientos
Fuentes y notas
1. Nueve señales a modo de entrada
2. De acá para allá
3. Una temporada en el Far West
4. El descubrimiento de los libros
5. Grandes revistas porteñas
6. Redactor estrella y novelista
7. Entre el peronismo y Los Ángeles
8. Despedidas y cruces: el tiempo acelera
9. Exilio
10. Cuervos
11. Para no olvidar este tiempo infame: best seller y regreso
12. Siempre es difícil volver a casa
13. Breve historia del amor por los gatos
14. Unos años para hacer pie
15. El corazón de. Página/12
16. Una sombra en la fiesta de los 90
17. El ojo secreto
18. Iluminaciones y penumbras
19. Cuando todavía creía que lo mejor estaba por llegar
Bibliografía
Libros
Ensayos
Entrevistas con Soriano
Entrevistas personales
Álbum de imágenes
Sobre este libro

Sobre el autor
Créditos